

# DAVE EGGERS

## Qué es el Qué



Lectulandia

En esta emocionante y conmovedora novela, Dave Eggers narra la vida de Valentino Achak Deng, uno de los niños perdidos de la guerra civil de Sudán. La historia comienza cuando las milicias árabes arrasan su pueblo. Sin saber qué ha sido de sus padres, Valentino emprende, junto a otros niños, un viaje a pie hacia los campos de refugiados de Etiopía y Kenia.

*Qué es el qué* recrea su periplo a través de un territorio sembrado de minas y animales salvajes, a merced del hambre, las enfermedades y la crueldad de rebeldes y milicianos, un periplo en el que, a pesar de todo, queda un resquicio para un romance inesperado. Su larga travesía está basada en los hechos reales que Valentino contó a Eggers mientras escribía esta novela.

«Una novela sobre la asombrosa capacidad de un niño para soportar atrocidad tras atrocidad sin abandonar la decencia, la amabilidad y la esperanza de tener un hogar y ser aceptado. Es imposible leer este libro y no sentirnos más humildes, más sabios, transformados. Creo que nunca olvidaré la historia de Valentino Achak Deng». KHALED HOSSEINI, autor de *Mil soles espléndidos*.

# Lectulandia

Dave Eggers

## Qué es el qué

ePub r1.0

Titivillus 15.02.2019

Título original: *What Is the What*  
Dave Eggers, 2006  
Traducción: Toni Hill

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---





## PREFACIO

Este libro es el sincero relato de mi vida: desde el momento en que me separaron de mi familia en Marial Bai, pasando por los trece años que permanecí en campos de refugiados de Kenia y Etiopía, hasta mis posteriores encuentros con las vibrantes culturas occidentales, en Atlanta y otros lugares.

A medida que vayáis leyendo el libro os enteraréis de los dos millones y medio de personas que han muerto en la guerra civil sudanesa. Yo era solo un niño cuando estalló la guerra. Como cualquier ser humano indefenso, sobreviví tras cruzar muchos parajes agotadores mientras las bombas de las fuerzas aéreas de Sudán caían a mi alrededor, esquivando las minas de tierra, perseguido por bestias salvajes y asesinos humanos. Me alimenté de frutos desconocidos, verduras, hojas, cadáveres de animales, y a veces pasé días sin probar bocado. En ciertos momentos las penalidades fueron insoportables. Me odié a mí mismo y traté de quitarme la vida. Muchos de mis amigos, y miles de mis compatriotas, no consiguieron salir con vida de esta lucha.

Este libro nació del deseo, por mi parte y por parte del autor, de conseguir que otros entiendan las atrocidades que muchos gobiernos sucesivos de Sudán han cometido antes y durante la guerra civil. A ese fin, y en el transcurso de varios años, relaté mi historia al autor oralmente. Después él dio forma a la novela, aproximándose a mi voz y usando los hechos básicos de mi vida como cimientos. Dado que muchos fragmentos son ficción, el resultado recibe el nombre de novela. No debería tomarse como la historia definitiva de la guerra civil de Sudán, ni de los sudaneses, ni siquiera de mi generación, conocida como la de los Niños Perdidos. Se trata simplemente de la historia de un hombre, contada desde un punto de vista subjetivo. Y aunque pertenece al territorio de la ficción, debería resaltarse que el mundo que he conocido no es tan distinto del que aparece reflejado en estas páginas. Vivimos en un momento en que los momentos más terribles de este libro podrían ocurrir, y en muchos casos ocurrieron.

Incluso en mis momentos más tristes, creí que algún día podría compartir mis experiencias con los lectores para evitar que estos errores lleguen a repetirse. Este libro es una forma de lucha, y mantiene mi espíritu vivo para luchar. Luchar significa fortalecer mi fe, mi esperanza y mi confianza en la humanidad. Gracias por leer este libro. Os deseo que paséis un buen día.

VALENTINO ACHAK DENG, *Atlanta, 2006*

# LIBRO PRIMERO



No tengo ningún motivo para no abrir la puerta, así que abro la puerta. No dispongo de mirilla para ver quién llama, así que la abro de par en par y ante mí aparece una afroamericana alta, de compleción robusta, algo mayor que yo, vestida con unas mallas de nailon rojo.

—¿Tiene teléfono, señor? —me dice en voz muy alta.

Su cara me resulta familiar. Estoy casi seguro de haberla visto en el aparcamiento hace una hora, cuando volvía de la tienda de platos precocinados. La vi en las escaleras y le sonreí. Le digo que tengo teléfono.

—Se me ha estropeado el coche —dice ella. A su espalda ya casi asoma la noche. Me he pasado la mayor parte de la tarde estudiando—. ¿Me deja usar el teléfono para llamar a la policía? —pregunta ella.

Aunque ignoro por qué quiere llamar a la policía si lo que necesita es un mecánico, accedo. Entra. Cuando me dispongo a cerrar la puerta, ella me lo impide.

—Será solo un segundo —añade.

Para mí no tiene ningún sentido dejar la puerta abierta, pero lo hago porque ella así lo quiere. Este país es más suyo que mío.

—¿Dónde está el teléfono? —pregunta.

Le digo que el teléfono está en mi habitación. Antes de que termine la frase, ella me ha apartado y se escabulle por el pasillo, cual susurrante fantasma de nailon. Se cierra la puerta de mi cuarto y luego oigo el pestillo. Se ha encerrado en mi habitación. Me dispongo a seguirla cuando oigo una voz a mi espalda.

—Quédate aquí, África.

Me giro y me encuentro con un afroamericano vestido con una enorme cazadora de béisbol de color azul pálido y tejanos. Apenas le veo la cara, que queda oculta bajo la gorra de béisbol, pero su mano sostiene algo a la altura de la cintura, como si necesitara aguantarse los pantalones.

—¿Viene con la señora? —pregunto. Todavía no entiendo nada y estoy enfadado.

—Tú límitate a sentarte, África —dice él, señalando el sofá con un gesto.

Me quedo de pie.

—¿Qué está haciendo en mi cuarto?

—He dicho que apoyes ese culo en el sofá —dice él, ahora en tono de amenaza.

Me siento y me enseña la culata de un revólver. Al parecer lo ha tenido en la mano durante todo este rato y yo habría debido saberlo. Ahora sé que soy víctima de un atraco y que preferiría estar en otra parte.

Es extraño, lo sé, pero en este momento pienso que me gustaría estar de regreso en Kakuma. En Kakuma no había lluvia, el viento soplaba nueve meses al año y ochenta mil refugiados procedentes de Sudán y otros lugares sobrevivían a base de una comida diaria. Pero en este instante, con la mujer encerrada en mi cuarto y sometido a la vigilancia de ese hombre armado, preferiría estar en Kakuma, donde

vivía en una cabaña hecha de plástico y sacos de arena y mi única posesión eran unos pantalones. No estoy seguro de que en el campo de refugiados de Kakuma existiera esta clase de maldad, y quiero volver. O incluso a Pinyudo, el campo etíope donde viví antes de ir a Kakuma; allí no había nada, a lo sumo un par de comidas al día, pero disfrutaba de sus pequeños placeres: entonces yo no era más que un niño y podía olvidar que era un refugiado desnutrido que se hallaba a miles de kilómetros de casa. En cualquier caso, si esto es un castigo por el orgullo de querer salir de África, por albergar el sueño de recibir una educación universitaria y ganar dinero en América, reconozco mi pecado y pido mis más humildes disculpas. Regresaré cabizbajo. ¿Por qué le habré sonreído a esa mujer? La sonrisa me sale de manera espontánea y esa es una costumbre que debo cortar. Invita al castigo. He sido humillado tantas veces desde que llegué que empiezo a pensar que alguien intenta transmitirme un mensaje a marchas forzadas y que ese mensaje es: «Lárgate de aquí».

Tan pronto como me dejo llevar por la culpa y el remordimiento, del fondo de mí surge una reacción de protesta. El nuevo estado me impulsa a levantarme y a dirigirme al hombre de la cazadora azul pálido.

—Quiero que os larguéis de aquí, los dos —le digo.

El hombre de azul se enoja al instante. He trastornado el equilibrio, he alzado un obstáculo: mi voz se ha interpuesto en su tarea.

—¿Me estás diciendo lo que tengo que hacer, capullo?

Le miro a sus pequeños ojos.

—Dime, África, pedazo de capullo, ¿me estás dando órdenes?

La mujer oye las voces y grita desde el dormitorio:

—¿Podrás ocuparte de él? —Está harta de su amigo, y él de mí.

Azul Pálido inclina la cabeza hacia mí y enarca las cejas. Da un paso hacia mí y señala de nuevo el revólver que lleva prendido del cinturón. Parece a punto de usarlo, pero de repente relaja los hombros y baja la cabeza. Se mira los zapatos y respira despacio hasta recobrar la compostura. Cuando vuelve a alzar la vista ya se ha calmado.

—Vienes de África, ¿no?

Hago un gesto de asentimiento.

—Muy bien. Eso significa que somos hermanos.

No estoy dispuesto a mostrarme de acuerdo.

—Y como somos hermanos y todo eso, te enseñaré una lección. ¿No sabes que no debes abrir la puerta a los extraños?

La pregunta me hace estremecer. En cierto sentido, un simple robo habría sido aceptable. He presenciado robos y he sido atracado a escalas mucho menores que esta. Hasta que llegué a Estados Unidos, mi posesión más valiosa era el colchón donde dormía, de manera que los robos eran mucho más nimios: una cámara de usar y tirar, unas sandalias, una resma de papel blanco para escribir a máquina. Todos ellos eran objetos valiosos, sí, pero ahora tengo un televisor, un vídeo, un microondas, un

despertador, y muchos otros electrodomésticos, todos procedentes de la sede de la Peachtree United Methodist Church de Atlanta. Algunos eran objetos usados, otros nuevos, y todos han sido donados de forma anónima. Mirarlos, utilizarlos todos los días, me provoca un estremecimiento: una extraña pero genuina expresión física de gratitud. Y ahora intuyo que todos estos regalos están a punto de desaparecer en cuestión de minutos. Me quedo ante Azul Pálido y mi recuerdo busca el momento en que sentí una traición parecida, la última vez que me hallé en presencia de una maldad tan desconsiderada.

Mientras con una mano agarra la empuñadura del revólver, apoya la otra sobre mi pecho.

—¿Por qué no dejas caer el culo en el sofá y te limitas a mirar?

Doy dos pasos atrás y me siento en el sofá, otro regalo de la iglesia. Una mujer blanca con cara de manzana que llevaba una camisa desteñida lo trajo el día en que me instalé aquí con Achor Achor. Se disculpó porque el sofá no había llegado antes que nosotros. La gente de la parroquia se disculpaba a todas horas.

Miro a Azul Pálido y sé a quién me recuerda: a un soldado etíope que disparó contra dos de mis compañeros y estuvo a punto de matarme. Sus ojos despedían el mismo brillo salvaje. Al principio fingió acudir en nuestro rescate. Huíamos de Etiopía, perseguidos por los disparos de centenares de soldados etíopes; el río Gilo iba teñido de nuestra sangre y ella apareció en medio de las altas hierbas. «¡Venid conmigo, niños! ¡Soy vuestra madre! ¡Venid conmigo!» No era más que una cara en la hierba parda, una silueta con los brazos abiertos. Vacilé; dos de los chicos con quienes corría, chicos que había encontrado en el banco del río de sangre, fueron hacia ella. Y cuando los tuvo lo bastante cerca levantó un rifle automático y les disparó al pecho y al estómago. Cayeron delante de mí, y yo di media vuelta y salí corriendo. «¡Vuelve! —siguió diciendo—. ¡Ven con tu madre!».

Aquel día había corrido entre la maleza hasta que encontré a Achor Achor; con él hallamos al Bebé Tranquilo y lo salvamos, y durante un tiempo nos consideramos médicos. Esto sucedió hace mucho tiempo. Debía de tener diez años, once como mucho. Es imposible saberlo. El hombre que está ante mí, Azul Pálido, nunca sentiría esa sensación. Ni le interesaría. Pensar en ese día, cuando nos devolvieron a Sudán desde Etiopía, en los miles de muertos en el río, me da fuerzas para enfrentarme a esta persona que ha irrumpido en mi apartamento, y vuelvo a levantarme.

Ahora el hombre me mira, como un padre que está a punto de hacer algo que lamenta pero que su hijo le ha obligado a hacer. Está tan cerca de mí que puedo oler algo químico en él, algo que recuerda a la lejía.

—¿Estás...? ¿Estás...?

Se le tensa la boca y hace una pausa. Saca el revólver de la cintura y lo mueve con un gesto ascendente y hacia atrás. Noto una impresión negra: me crujen los dientes y veo cómo el techo se precipita encima de mí.

Aunque en la vida me han dado muchos golpes, es la primera vez que me pegan con el cañón de un revólver. Tengo la suerte de haber visto más sufrimiento del que he padecido en mis carnes, pero sin embargo he pasado hambre y me han pegado con palos, con varas, con escobas, piedras y lanzas. He viajado ocho kilómetros en un camión repleto de cadáveres. He visto morir a demasiados niños en el desierto: algunos como si se durmieran, otros después de días de locura. He visto cómo tres chicos morían en las garras de los leones, devorados al azar. Vi cómo aquellas bestias los levantaban del suelo, se los llevaban a sus fauces y se internaban en la maleza para dar cuenta de ellos: yo estaba lo bastante cerca como para oír los húmedos chasquidos de la carne al rasgarse. He visto morir a un amigo íntimo, a mi lado, en un camión volcado, con los ojos abiertos y la vida escapándosele de un orificio invisible. Y pese a todo, en este momento, tendido en el sofá con la mano húmeda de sangre, descubro que echo de menos África. Echo de menos Sudán, echo de menos el profundo desierto pardo del noroeste de Kenia. Echo de menos la nada ocre de Etiopía.

La visión de mi asaltante queda ahora limitada a su cintura y sus manos. Ha guardado el revólver en algún sitio y ahora sus manos me cogen de la camisa y del cuello y me lanzan del sofá a la alfombra. En la caída mi nuca vuelca la mesita y arrastra consigo dos vasos y un radiodespertador. En la alfombra, con la mejilla descansando sobre un charco de su propia sangre, vivo un momento de consuelo y pienso que, con toda probabilidad, ya ha terminado. Estoy tan cansado... Me siento como si pudiera cerrar los ojos y terminar con todo esto.

—Y ahora cierra la puta boca —dice él.

Estas palabras suenan poco convincentes y esto me proporciona un cierto solaz. Me percató de que no es un hombre colérico. No pretende matarme; tal vez haya sido manipulado por la mujer que ahora abre los cajones y los armarios de mi cuarto. Ella parece llevar la voz cantante. Está concentrada en lo que hay en mi habitación, y la tarea de su compañero no es otra que neutralizarme. Parece sencillo, y él no parece inclinado a infligirme más dolor. De manera que descanso. Cierro los ojos y descanso.

Estoy cansado de este país. Me siento agradecido hacia él, sí, he disfrutado muchos aspectos durante los tres años que llevo aquí, pero estoy harto de promesas. Vine aquí, como otros cuatro mil, con la esperanza de hallar tranquilidad. Paz, universidad y seguridad. Supongo que esperábamos encontrar una tierra sin guerra, una tierra sin miseria. Estábamos ansiosos e impacientes. Lo queríamos todo enseguida: hogares, familias, estudios, poder enviar dinero a casa, títulos superiores, y por último cierta influencia. Pero para la mayoría de nosotros la lentitud de esta transición —cuatro años después aún no he cursado los créditos suficientes para matricularme en una carrera de cuatro años— ha desembocado en caos. Esperamos diez años en Kakuma y supongo que no queríamos reanudar la espera. Queríamos que el paso siguiente fuera rápido. Pero esto no ha sucedido, no en la mayor parte de

casos, y en el ínterin hemos encontrado maneras de pasar el tiempo. He desempeñado muchos trabajos menores; en la actualidad trabajo en la recepción de un gimnasio, en el turno más temprano posible, permitiendo el acceso a los miembros y explicando las ventajas del club a los que aún no lo son. No es nada del otro mundo, pero representa un nivel de estabilidad desconocido para algunos. Demasiados han fracasado, demasiados sienten que han fracasado. La presión a que estamos sometidos, las promesas que nos hicimos a nosotros mismos y que ahora no podemos cumplir, nos están convirtiendo en monstruos. Y la única persona que, en mi opinión, podía ayudarme a superar el desengaño y la frivolidad de todo esto, una sudanesa ejemplar llamada Tabitha Duany Aker, se ha ido.

Ahora están en la cocina. Ahora en el cuarto de Achor Achor. Aquí tendido, empiezo a calcular qué cosas más pueden llevarse. Con cierta satisfacción caigo en la cuenta de que el ordenador está en mi coche, así que no podrán robarlo. Pero el portátil nuevo de Achor Achor se irá con ellos. Y será culpa mía. Achor Achor es uno de los líderes de los refugiados más jóvenes de Atlanta y me temo que todo lo que necesita desaparecerá con ese ordenador. Las actas de todas las reuniones, las cuentas, miles de e-mails. No puedo permitir que le roben todo eso. Achor Achor ha estado conmigo desde Etiopía y lo único que le he traído a cambio es mala suerte.

En Etiopía miré a un león a los ojos. Debía de tener diez años; me habían enviado al bosque a buscar leña y el animal salió despacio de detrás de un árbol. Permanecí inmóvil durante un instante, que pareció una eternidad, el tiempo suficiente para grabar en la memoria aquella cara de ojos muertos antes de salir corriendo. Rugió, pero no me persiguió; me gusta pensar que me consideró una presa demasiado formidable. De manera que me enfrenté a ese león; me enfrenté docenas de veces a las pistolas de militares árabes que iban a lomos de caballos, con las túnicas blancas resplandeciendo al sol. Si hice eso, también puedo detener este robo miserable. De nuevo me pongo de rodillas.

—¡No te muevas, capullo!

Y mi cara vuelve a estamparse contra el suelo. Ahora empiezan las patadas: me patea el estómago, el hombro. Duele más cuando mis huesos golpean mis huesos.

—¡Maldito nigeriano hijo de puta!

Ahora parece disfrutar y esto me preocupa. El placer a menudo conduce al abandono, y se cometen errores. Tras siete patadas en las costillas y una en la cadera, decide parar. Tomo aire y compruebo mi estado. No es demasiado grave. Me acurruco hecho un ovillo en una esquina del sofá, decidido a estarme quieto. Debo admitir para mis adentros que nunca he sido un luchador. He sobrevivido a muchas opresiones, pero nunca he luchado contra un hombre cuerpo a cuerpo.

—¡Puto nigeriano! ¡Imbécil!

Jadea, tiene las manos sobre las rodillas.

—¡No es de extrañar que unos capullos como vosotros sigan viviendo en la Edad de Piedra!

Me propina un puntapié más, menos fuerte que los anteriores, pero dirigido a la sien: una explosión de luz blanca invade mi ojo izquierdo.

En América me han llamado nigeriano con anterioridad —debe de ser el país africano más conocido—, pero nunca me habían pateado. Sin embargo, sí he presenciado cosas parecidas. Supongo que en lo que a violencia se refiere hay pocas cosas que no haya visto en Sudán o en Kenia. Me pasé dos años en un campo de refugiados en Etiopía, y allí vi a dos niños pelearse con tanta saña por una ración de comida que uno mató al otro a patadas. El chaval no había tenido la intención de matar a su contrincante, desde luego, pero éramos pequeños y estábamos muy débiles. No se puede luchar cuando no se ha comido bien desde hace semanas. El cuerpo del chico muerto no estaba preparado para traumatismos, una fina capa de piel cubría unas frágiles costillas que ya no conseguían proteger el corazón. Estaba muerto antes de tocar el suelo. Fue justo antes de comer, y después de que se llevaran al chico para enterrarlo en el suelo de piedras nos sirvieron judías estofadas con maíz.

Ahora mi intención es no decir nada, limitarme a esperar que Azul Pálido y su amiga se marchen. No pueden quedarse mucho más tiempo; seguro que enseguida se habrán llevado todo lo que quieren. Veo la pila de cosas que están amontonando en la mesa de la cocina, las cosas que planean robar. La tele, el portátil de Achor Achor, el vídeo, los teléfonos inalámbricos, mi móvil, el microondas.

El cielo se oscurece; mis invitados llevan unos veinte minutos en nuestro apartamento y Achor Achor no volverá hasta dentro de muchas horas, si es que vuelve. Su trabajo es parecido al que yo tuve en el pasado: en una exposición de muebles, en la trastienda, preparando los envíos de muestras para los decoradores de interiores. Incluso cuando no está trabajando, apenas para en casa. Tras muchos años sin compañía femenina, Achor Achor se ha echado novia: una afroamericana llamada Michelle. Es encantadora. Se conocieron en la universidad estatal, en una clase de confección de colchas a la que Achor Achor se matriculó por error. Entró en el aula, se sentó al lado de Michelle y ya no se fue. Ella despide un aroma a limón, a limón con esencia de flores, y yo cada día veo menos a Achor Achor. Hubo un momento en que albergué esta clase de ideas respecto a Tabitha. Nos imaginé forjando planes para una boda y rodeados de varios niños que hablarían inglés, como hacen los americanos, pero Tabitha vivía en Seattle y esos planes quedaban muy lejos. Quizá le esté dando a todo eso un tinte romántico. También me pasó en Kakuma; perdí a alguien muy cercano a mí y después creí que podría haberlo salvado de haber sido un amigo mejor. Pero todos desaparecen, no importa quién los quiera.

Ahora empieza el transporte de nuestras pertenencias. Azul Pálido ha colocado los brazos en forma de cuna y su cómplice está amontonando allí nuestras posesiones: primero el microondas, luego el portátil y ahora el aparato de música. Cuando la montaña le llega a la barbilla, la mujer se dirige a la puerta y la abre.

—¡Mierda! —dice ella, y cierra la puerta al instante.

Dice a Azul Pálido que fuera hay un coche de policía, estacionado en nuestro aparcamiento. De hecho, ese coche bloquea la salida del suyo.

—¡Mierda mierda mierda! —escupe ella.

El pánico continúa durante un rato, y enseguida se colocan a ambos lados de la ventana que da al patio, protegidos por la cortina. De su conversación deduzco que el policía está hablando con un latino, pero el lenguaje corporal del agente parece indicar que el tema no es acuciante. La mujer y Azul Pálido intuyen con alivio que el agente de policía no está allí por ellos. Pero en ese caso, ¿por qué no se marcha?

—¿Por qué ese capullo no se va a hacer su trabajo? —pregunta ella.

Se disponen a esperar. La herida de mi frente parece haber dejado de sangrar. Con la lengua exploro los desperfectos de mi boca. Uno de los dientes traseros superiores está astillado, y tengo un molar aplastado; lo noto afilado, como un pico serrado. Pero no me preocupan los temas dentales. La perfección de la dentadura no es precisamente el rasgo distintivo de los sudaneses.

Levanto la vista y descubro que la mujer y Azul Pálido tienen mi mochila, que no contiene nada más que mis deberes del Georgia Perimeter College. Al imaginar el tiempo que necesitaré para reproducir esos cuadernos, ahora que los exámenes de medio trimestre están tan próximos, casi me pongo de pie otra vez. Miro a mis visitantes con tanto odio como soy capaz, con tanto odio como me permite mi dios.

Soy un idiota. ¿Por qué abrí la puerta? En Atlanta tengo una amiga afroamericana, Mary, nada más que una amiga, que se va a reír de esto. No hace ni una semana estábamos en esta misma sala, sentados en el sofá, viendo *El exorcista* con Achor Achor. Llevábamos años queriendo verla, Achor Achor y yo. Admito que tenemos un interés especial en el concepto del mal, y nos intrigaba la idea de un exorcismo. Aunque creíamos que nuestra fe era fuerte y habíamos recibido una profunda educación católica, nunca habíamos oído hablar de un exorcismo llevado a cabo por un sacerdote católico. De manera que vimos la película, y nos aterró a los dos. Achor Achor no superó los primeros veinte minutos. Se retiró a su cuarto, cerró la puerta, puso en marcha el aparato de música y se concentró en sus ejercicios de álgebra. En una escena de la película alguien llama a la puerta, un augurio de mala suerte, y se me ocurrió una pregunta. Paré la película y Mary suspiró con paciencia; ya está acostumbrada a que interrumpa un paseo, ya sea a pie o en coche, para hacer alguna pregunta. «¿Por qué la gente pide dinero en la mediana de la autopista?» «¿Todas las oficinas de este edificio están ocupadas?» En ese momento pregunté a Mary quién abre en América cuando alguien llama a la puerta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—¿Va el hombre o la mujer? —pregunté.

Ella se rió.

—El hombre —dijo—. El hombre. El hombre es el protector, ¿no? Por supuesto que es el hombre quien abre. ¿Por qué?

—En Sudán —dije—, no puede ser el hombre. Siempre es la mujer la que la puerta, porque quien llama siempre viene en busca del hombre.

Ay, acabo de notar otro diente astillado. Mis amigos siguen junto a la ventana, separan las cortinas a intervalos regulares, descubren que el poli aún está allí y maldicen durante unos minutos antes de sumirse de nuevo en su alicaída vigilancia.

Ha transcurrido una hora y ahora siento curiosidad por lo que debe de estar haciendo el agente de policía en el aparcamiento. Empiezo a albergar esperanzas de que esté enterado del robo, y de que, con el fin de evitar un enfrentamiento, haya optado por esperar a que salgan mis amigos. Pero, entonces, ¿por qué anunciar su presencia? ¿Tal vez el agente esté en el edificio para investigar a los camellos del C4? Sin embargo, los hombres del C4 son blancos, y por lo que he podido deducir el agente está hablando con Edgardo, el ocupante del C13, a ocho puertas de mi apartamento. Edgardo es mecánico y amigo mío; según sus estimaciones me ha ahorrado dos mil doscientos dólares en reparaciones de coche en los dos años que llevamos siendo vecinos. A cambio, yo le he llevado a la iglesia, a trabajar, al centro comercial North DeKalb. Tiene coche, pero prefiere no conducir. No he visto los ejes de ese vehículo en movimiento desde hace al menos seis meses. Le encanta repararlo, y no le importa hacer lo mismo con el mío, un Corolla de 2001. Edgardo siempre se empeña en que lo entretenga mientras trabaja en mi coche.

—Cuéntame algo —me dice, porque no le gusta la música que suena en la radio—. En todas partes del país, excepto en Atlanta, ponen música del norte. ¿Qué estoy haciendo aquí? Este no es lugar para un melómano. Cuéntame algo, Valentino. Habla conmigo. Habla conmigo. Cuéntame una historia.

La primera vez que me lo pidió empecé a relatarle mi propia historia, que empezó cuando los rebeldes, hombres que acabarían uniéndose al Ejército de Liberación del Pueblo Sudanés, asaltaron la tienda que mi padre tenía en Marial Bai. Yo tenía seis años, y la presencia de los rebeldes en nuestro pueblo parecía incrementarse mes tras mes. La mayoría los toleraba, otros los desanimaban. Para los estándares de la zona, mi padre era un hombre acaudalado: propietario de una tienda en nuestra ciudad y de otra más pequeña a varios días de camino a pie. Años atrás él también había sido un rebelde, pero ahora que se había convertido en un hombre de negocios no quería líos. No quería revolución, no tenía nada en contra de los islamistas de Jartum. Decía que no le molestaban, que estaban a medio mundo de distancia. Él solo quería vender grano, maíz, azúcar, cerámica, telas, caramelos.

Un día que yo estaba en la tienda, jugando en el suelo, oí barullo por encima de mi cabeza. Tres hombres, dos de ellos armados con rifles, exigían llevarse lo que querían. Proclamaban que era por el bien de la revolución, que contribuiría al nacimiento de un Nuevo Sudán.

—No, no —dijo Edgardo—. Nada de violencia. No quiero oír hablar de violencia. Ya leo tres periódicos al día. —Señaló los periódicos extendidos debajo del coche, ahora marrones de grasa—. Ya estoy harto de eso. Conozco vuestra guerra. Cuéntame



otra historia. Dime cómo conseguiste ese nombre, Valentino. Es un nombre raro para un africano, ¿no crees?

Así que le conté la historia de mi bautismo. Esto sucedió en mi ciudad natal. Yo debía de tener unos seis años. El bautismo fue idea de mi tío Jok; mis padres, que se oponían a las ideas cristianas, no asistieron. Creían en las ideas religiosas tradicionales de mi clan, y los experimentos del pueblo con el cristianismo quedaban limitados a los jóvenes como Jok, y a aquellos a quienes estos podían persuadir, como yo. La conversión suponía un sacrificio para cualquier hombre, dado que el padre Dominic Matong, un sudanés que había sido ordenado sacerdote por misioneros italianos, prohibía la poligamia. Mi padre, que tenía muchas esposas, se basaba en eso para rechazar la nueva religión; en eso y en el convencimiento de que los cristianos parecían preocuparse mucho por el lenguaje escrito. Ni mi padre ni mi madre sabían leer y no eran ninguna excepción entre la gente de su edad.

—Vete a tu Iglesia de Libros —me dijo—. Ya volverás cuando recobres el sentido común.

Yo iba vestido con una túnica blanca, rodeado por Jok y su esposa Adeng, mientras el padre Matong formulaba las preguntas. Había caminado durante dos días desde Aweil para bautizarnos, a mí y a tres chicos más, todos situados en fila a mi espalda. Nunca me había sentido tan nervioso. Los demás decían que esto no era nada comparado con enfrentarse a una paliza de sus respectivos padres, pero yo no podía ponerme en su lugar: mi padre nunca me levantó la mano.

De cara a Jok y a Adeng, el padre Matong sostenía la Biblia en una mano y elevaba la otra en el aire.

—¿Ofrecéis a vuestro hijo, con todo vuestro corazón y vuestra fe, para que sea bautizado y se convierta en un miembro devoto de la familia de Dios?

—¡Sí! —dijeron ellos.

Di un salto al oírlo. Habían gritado más de lo que esperaba.

—Y al hacerlo, ¿rechazáis a Satanás, con todo su poder, engaño y falta de fe?

—¡Sí!

—¿Creéis en Jesucristo, el hijo de Dios, nacido de la Virgen María, que sufrió y fue crucificado, y resucitó al tercer día para salvarnos de nuestros pecados?

—¡Sí!

Y entonces vertieron agua limpia y fría sobre mi cabeza. El padre Matong la había traído consigo durante los dos días de camino desde Aweil.

Con el bautismo se me impuso mi nombre cristiano, Valentino, escogido por el padre Matong. Muchos chicos usaron desde entonces el nombre del bautismo, pero en mi caso no fue así, ya que nadie, ni siquiera yo, sabía pronunciarlo. Decíamos Valdino, Baldero, Benedino. No fue hasta que me encontré en un campo de refugiados de Etiopía cuando el nombre fue usado por alguien que me conocía. También fue entonces cuando, por improbable que parezca, volví a ver al padre

Matong. Fue entonces cuando me recordó mi nombre cristiano, me habló de su origen y me enseñó a decirlo en voz alta.

A Edgardo le encantaba esta historia. Hasta ese momento no supo que yo era católico como él. Hicimos planes para asistir a una misa juntos algún día, pero todavía no lo hemos hecho.

—¡Mira a este tío! ¡Con la cabeza ensangrentada y esa cara de cabreado!

Azul Pálido se dirige a mí. Aún está apostado en la ventana, pero su cómplice lleva un buen rato encerrada en el cuarto de baño. Este desarrollo, el hecho de que haya usado mi cuarto de baño, me convence de la necesidad de abandonar este apartamento. La violación de mi intimidad ha sido completa. En cuanto se vayan me gustaría prenderle fuego.

—Eh, Tonya, ven a echar un vistazo al príncipe nigeriano. ¿Qué pasa, tío? ¿No te habían robado nunca?

Ahora ella también me mira. Se llama Tonya.

—Vete acostumbrando, África —dice ella.

Se me ocurre que cuanto más tiempo pase el agente de policía en el aparcamiento, mayores probabilidades hay de que me encuentren. Mientras el poli siga allí, existe la posibilidad de que regrese Achor Achor o de que pase a verme Edgardo. No es que esto último sea muy habitual —prefiere el teléfono—, pero no es imposible. Si llamara a la puerta, no habría forma de ocultar lo que está pasando aquí.

Suena mi teléfono móvil. Tonya y Azul Pálido lo dejan sonar. Minutos más tarde, suena de nuevo. Deben de ser las cinco.

—¡Vaya con el chulo! —dice Azul Pálido—, le suena el teléfono cada minuto. ¿Te dedicas a chulear chicas, príncipe?

Si no hubiera establecido unas reglas, el teléfono móvil no pararía de sonar. En Estados Unidos debe de haber un círculo de tal vez trescientos sudaneses que se mantienen en contacto, yo con ellos pero sobre todo ellos conmigo, y lo hacemos hasta un extremo que podría considerarse excesivo. Todos creen que dispongo de una especie de línea directa con los rebeldes, con el ELPS. Me llaman para confirmar cualquier rumor, para pedirme opinión sobre los últimos acontecimientos. Antes de que insistiera en que las llamadas quedaran limitadas al período que va entre las cinco y las nueve, recibía una media de setenta llamadas por día. No exagero. Las llamadas eran incesantes. Cualquier conversación de cinco minutos quedaba interrumpida ocho o nueve veces por nuevas llamadas. Bol llama desde Phoenix y mientras hablo con él sobre el visado de su hermano, que ha conseguido llegar a El Cairo, llama James desde San José para pedir dinero. Compartimos información sobre trabajos, préstamos para coches, seguros, bodas, acontecimientos en el sur de Sudán. Cuando John Garang, líder del ELPS y el hombre que más o menos provocó el inicio de la guerra civil, murió en un accidente de helicóptero el pasado mes de julio, las llamadas no respetaron límites ni horarios. Estuve al teléfono, sin parar, durante cuatro días. Y sin embargo no sabía nada que no supieran los otros.

En muchos casos, los Niños Perdidos de Sudán no tienen a nadie más. Por cierto, la verdad es que el nombre de Niños Perdidos no es un apodo muy apreciado por muchos de nosotros, pero resulta útil: huimos o nos echaron de nuestros hogares; la

mayoría éramos huérfanos, y miles de nosotros deambulamos por desiertos y bosques durante lo que parecieron años. En cierto sentido estábamos solos, y la mayoría ni siquiera sabía adónde iba. Mientras estuvimos en Kakuma, uno de los mayores y más remotos campos de refugiados del mundo, encontramos nuevas familias, al menos muchos de nosotros. Viví con un maestro de mi ciudad natal, y cuando, dos años después, trajo a su familia al campo, disfrutamos de algo parecido a una familia. Había cinco niños y tres niñas. Yo las llamaba hermanas. Íbamos al colegio juntos, a buscar agua juntos. Pero con nuestra reubicación en Estados Unidos volvíamos a ser solo chicos. Hay muy pocas sudanesas en Estados Unidos, y muy pocos ancianos, de manera que confiamos los unos en los otros para casi todo. Esto tiene sus desventajas, ya que a menudo compartimos rumores infundados y una abyecta paranoia.

Cuando llegamos aquí, permanecemos en el interior de nuestros apartamentos durante semanas y solo nos aventurábamos a salir cuando era necesario. Uno de nuestros amigos, que llevaba en Estados Unidos mucho más tiempo que nosotros, acababa de ser atracado de camino a casa. Me entristece decir que eran afroamericanos, y esto hizo que nos planteáramos qué imagen tenían de nosotros. Nos sentíamos vigilados, perseguidos. Los sudaneses somos reconocibles; no nos parecemos a ningún otro pueblo de la tierra. Ni siquiera nos parecemos al resto de habitantes del este de África. El aislamiento de muchas zonas del sur de Sudán ha asegurado que nuestra sangre se mantenga inalterada. Nos pasamos semanas encerrados, preocupados no solo por los jóvenes depredadores sino también por si los agentes de inmigración de Estados Unidos cambiaban de opinión sobre nosotros. Es divertido pensarlo desde el momento presente: lo ingenuos que éramos, lo sesgado de nuestra perspectiva. Todo parecía posible. Si nos dejábamos ver demasiado, o si alguno de nosotros se metía en líos, parecía perfectamente probable que fuéramos reenviados a África. O quizá solo encarcelados. Achor Achor creía que podían ejecutarlos si llegaban a descubrir que alguna vez estuvimos afiliados al ELPS. En Kakuma fuimos muchos los que mentimos en las solicitudes y durante nuestras conversaciones con los agentes. Sabíamos que si admitíamos haber pertenecido al ELPS, no nos enviarían a Atlanta, a Dakota del Norte o a Detroit. Nos quedaríamos en Kakuma. Así que los que teníamos que mentir, mentimos. El ELPS había sido parte de nuestra vida desde muy temprana edad, y alrededor de la mitad de los jóvenes que se llaman a sí mismos los Niños Perdidos fueron niños soldados en mayor o menor grado. Pero se trata de una parte de nuestra historia que nos han aconsejado omitir.

Así que no salíamos. Nos pasábamos la mayor parte del día y la noche viendo la tele, actividad que solo interrumpíamos para echar una siesta o una partida de ajedrez. Uno de los hombres que vivía con nosotros aquellos días nunca había visto la televisión, a excepción de algún momento aislado en Kakuma y Nairobi; desde luego nada que se pareciera a los ciento veinte canales que podíamos sintonizar en aquel primer piso. Era algo demasiado gordo para absorberlo en un par o tres de días.

Estuvimos viendo la tele sin pausa durante una semana, y al final de ese período estábamos alterados, descorazonados, totalmente confundidos. Uno de nosotros se aventuraba a salir al anochecer, a comprar comida o cualquier otra cosa que necesitáramos, siempre con el temor de ser, también nosotros, atracados por jóvenes afroamericanos.

Aunque los ancianos de Sudán nos habían advertido sobre el índice de criminalidad en Estados Unidos, esta clase de cosas no formaba parte de nuestra orientación oficial. Cuando, después de diez años, nos dijeron que por fin abandonaríamos el campo de refugiados, nos impartieron un cursillo de dos días sobre lo que veríamos y oiríamos en Estados Unidos. Un americano llamado Sasha nos habló de la moneda americana, de cómo encontrar trabajo, del alquiler, el aire acondicionado, el transporte público y la nieve. Muchos íbamos a parar a lugares como Fargo o Seattle, y para ilustrar la lección, Sasha nos dejó tocar un trozo de hielo. Muchos de los asistentes a la clase nunca habían tocado el hielo. Yo sí, pero solo porque fui uno de los jóvenes líderes del campo, y en el recinto de la ONU había visto muchas cosas, entre ellas los almacenes de comida, el equipo de atletismo donado por Japón y Suecia, y las películas de Bruce Willis. Pero aunque Sasha nos dijo que en América ni siquiera los hombres más poderosos podían tener más de una esposa a la vez —mi padre tenía seis— y nos habló de escaleras mecánicas, tuberías interiores y de las diversas leyes del país, no nos advirtió que los adolescentes americanos me dirían que volviera a África. La primera vez que me pasó iba en un autobús.

Unos meses después de nuestra llegada empezamos a aventurarnos a salir del piso, en parte porque solo nos habían proporcionado suficiente dinero para vivir durante tres meses, y nos hacía falta encontrar un empleo. Era enero de 2002 y yo trabajaba en el almacén de Best Buy. Volvía a casa a las ocho, después de efectuar tres transbordos (el trabajo no duró porque tardaba noventa minutos en recorrer veinte kilómetros). Pero aquel día estaba bastante satisfecho: ganaba ocho dólares con cincuenta la hora y compartía el trabajo en el almacén de Best Buy con otros dos sudaneses: metíamos en cajas televisores de plasma y lavavajillas. Estaba agotado, volvía a casa y ardía en deseos de ver una cinta que había estado circulando entre los Niños Perdidos de Atlanta; alguien había filmado la reciente boda de un célebre sudanés y una sudanesa que yo había conocido en Kakuma, instalados ahora en Kansas City. Iba a bajar en mi parada cuando dos adolescentes afroamericanos se dirigieron a mí.

—Tú —me dijo uno de los chicos—, tú, tío raro, ¿de dónde eres?

Me volví y le dije que era de Sudán. Esto le dio que pensar. Sudán no es muy conocido, o al menos no lo era hasta que la guerra iniciada por los islamistas hace veinte años, con sus ejércitos sustitutos, sus milicias desatadas, llegó a Darfur en 2003.

—¿Sabes? —dijo el adolescente, inclinando la cabeza y mirándome de arriba abajo—, eres uno de esos africanos que nos ha vendido.

Siguió así durante un rato, y dejó claro que me creía responsable de la esclavitud de sus ancestros. Lógicamente, su amigo y él me siguieron a lo largo de una manzana, hablando a mi espalda, sugiriéndome de nuevo que volviera a África. Esta idea también le ha sido formulada a Achor Achor, y ahora mis dos huéspedes también la han expresado en voz alta. Hace un momento, Azul Pálido me ha mirado con cierta compasión y ha dicho:

—Tío, ¿qué haces aquí? ¿Has venido a ponerte nuestros trajes y a actuar como si fueras alguien educado? ¿No creías que te pillarían aquí?

Aunque tengo una mala opinión de los adolescentes que me acosaron, siento más tolerancia hacia esta clase de experiencia que algunos de mis compañeros sudaneses. Es algo terrible, las opiniones que hemos desarrollado los africanos de los afroamericanos. Vemos películas americanas y llegamos a este país convencidos de que los afroamericanos son todos traficantes y ladrones de bancos. Los ancianos sudaneses de Kakuma nos dijeron, sin ambages, que nos mantuviéramos alejados de los afroamericanos, sobre todo de las mujeres. Qué sorprendidos habrían estado de haber sabido que la primera persona, y la más importante, que nos ayudó en Atlanta fue una afroamericana que solo quería hacer de puente con otras personas dispuestas a ayudar. Cabe resaltar que esta ayuda nos dejó perplejos; en cierto sentido la veíamos como un derecho adquirido, aunque a la vez cuestionábamos que otros la necesitaran. En Atlanta, cuando veíamos a gente sin trabajo, sin techo o jóvenes bebiendo en esquinas o coches, les decíamos: «¡Id a trabajar! Tenéis manos, ¡trabajad!». Pero eso era antes de que empezáramos a buscar trabajo, y desde luego antes de que comprendiéramos que trabajar en Best Buy no facilitaba en absoluto nuestros objetivos de estudiar en la universidad o simplemente de progresar.

Cuando aterrizamos en el aeropuerto internacional John F. Kennedy, nos prometieron el suficiente dinero para cubrir el alquiler y la comida durante tres meses. Me llevaron a Atlanta, me proporcionaron una carta verde temporal y otra para la asistencia médica, y a través del International Rescue Committee me dieron suficiente dinero para pagar el alquiler durante exactamente tres meses. Los ocho dólares con cincuenta que ganaba por hora en Best Buy no bastaban. Aquel primer otoño acepté un segundo empleo, en una tienda temática navideña que abría en noviembre y que cerró a principios de enero. Colocaba figuras de Santa Claus de cerámica en las estanterías, rociaba objetos en miniatura con nieve sintética, barría el suelo varias veces al día. Sin embargo, entre ambos empleos, ninguno con horario completo, ganaba menos de doscientos dólares a la semana, descontados impuestos. Conocía a hombres en Kakuma que ganaban más, en términos relativos, vendiendo zapatillas hechas de cuerda y neumáticos de goma.

Por fin, un artículo de periódico sobre los sudaneses en Atlanta trajo consigo nuevas ofertas de trabajo de ciudadanos bienintencionados y acepté uno en un

expositor de muebles, la clase de lugar frecuentado por diseñadores, en un complejo suburbano con muchos expositores parecidos. El empleo me condenaba a estar en la trastienda, entre las muestras de tela. Es algo de lo que no debería avergonzarme, y sin embargo no puedo evitarlo: mi trabajo consistía en enviar muestras de tela para los diseñadores y volver a archivarlas cuando me eran devueltas. Lo desempeñé durante casi dos años. Ese tiempo desperdiciado, todo ese tiempo que pasé sentado en un taburete de madera catalogando, sonriendo, archivando, dando las gracias — cuando debería haber estado en el colegio— es algo que prefiero olvidar. Las horas que hago ahora en el centro de Century Club Health and Fitness son superficialmente agradables: los socios del gimnasio me sonrían y yo a ellos, pero mi paciencia se agota por momentos.

Azul Pálido y Tonya llevan un rato discutiendo. Cada vez están más nerviosos por el propósito que ha traído a la policía al aparcamiento. Tonya le echa la culpa a Azul Pálido por haber aparcado el coche allí; ella quería aparcar en la calle para facilitar la huida. Azul Pálido replica que fue Tonya la que insistió en que dejara el coche en el aparcamiento, para así poder salir lo más deprisa posible. Este debate ha durado veinte minutos, más o menos, en forma de acalorados intercambios verbales seguidos de largos y tensos silencios. Actúan como si fueran hermanos, y empiezo a pensar que son parientes. Se hablan sin respeto, ni límites, como hacen los hermanos en América.

En estos momentos yo debería estar en Ponte Vedra Beach, Florida, con Phil Mays y su familia. Phil ha sido mi anfitrión, el mecenas y mentor americano que accedió a ayudarme durante mi vida aquí. Abogado especializado en el sector inmobiliario, Phil me compró ropa, me alquiló el apartamento, financió mi Toyota Corolla, me dio una lámpara de pie, los electrodomésticos de la cocina y un teléfono móvil, y me llevó al médico cuando sufrí esas tremendas jaquecas. Ahora Phil vive en Ponte Vedra Beach y hace dos semanas me invitó a pasar un fin de semana allí y a visitar la Universidad de Florida. Le dije que no, pensando que el viaje estaba demasiado cercano a mis exámenes de medio curso en el Georgia Perimeter College. Mañana tengo dos.

Pero llevo algún tiempo pensando en irme de Atlanta.

Mi próximo destino no tiene por qué ser Florida, pero no puedo quedarme aquí. Tengo otros amigos aquí, otros aliados —Mary Williams y una familia apellidada Newton—, pero no me bastan para convencerme de permanecer en Georgia. Todo es muy difícil en la comunidad sudanesa de aquí; hay demasiadas suspicacias. Siempre que alguien intenta ayudar a uno de nosotros, el resto de sudaneses se queja de que es injusto, de que ellos también merecen esa contribución. ¿Acaso no cruzamos todos el desierto a pie?, preguntan. ¿No nos comimos los intestinos de hienas y cabras para llenar el estómago? ¿No bebimos todos nuestra propia orina? Esta última parte es, desde luego, apócrifa, totalmente falsa para la gran mayoría de nosotros, pero suele impresionar a la gente. Durante nuestro viaje a pie desde el sur de Sudán a Etiopía

hubo un puñado de chicos que se bebió su orina, y unos cuantos más que comieron barro para mantener la humedad de la garganta, pero nuestras experiencias eran muy distintas en función de cuándo cruzamos Sudán. Los últimos grupos gozaron de más ventajas, de más apoyo por parte del ELPS. Hay un grupo, que cruzó el desierto justo detrás del mío, que hizo el viaje en un camión cisterna. ¡Disponían de soldados, armas, camiones! Y del camión cisterna, que simbolizaba para nosotros todo lo que nunca tendríamos, y el hecho de que siempre habría castas entre las castas: de que incluso entre los grupos de niños que huían seguía habiendo jerarquías. Pese a ello, los relatos de los Niños Perdidos se han vuelto notablemente parecidos a lo largo de los años. Todos incluyen ataques de leones, hienas, cocodrilos. Todos han presenciado ataques a manos de los Murahaleenes —milicias a caballo pagadas por el gobierno—, bombardeos de Antonovs, caravanas de esclavos. Pero no todos vimos las mismas cosas. En el punto álgido de nuestro viaje del sur de Sudán a Etiopía debíamos de ser unos veinte mil, y las rutas que seguimos fueron distintas. Algunos llegaron con sus padres. Otros con soldados rebeldes. Unos miles viajaron solos. Pero ahora, tanto los mecenas como los periodistas y similares esperan que las historias contengan ciertos elementos, y los Niños Perdidos se han mostrado coherentes en su deseo de no defraudarlos. Los supervivientes cuentan el relato que les piden los simpatizantes, y eso implica dotarlos de la mayor cantidad de detalles escabrosos posible. Mi propia historia incluye tantos adornos menores que no me siento con fuerza moral para criticar los relatos ajenos.

Me pregunto si a mis amigos Tonya y Azul Pálido les importaría algo si lo supieran. No saben nada de mí, y me pregunto si, de conocer los detalles sobre mi viaje hasta aquí, alterarían el curso de acción emprendido en mi contra. No albergo muchas esperanzas al respecto.

Ahora han vuelto a apostarse junto a la ventana, los dos, y maldicen al agente. Creo que no han pasado más de noventa minutos, pero, aun así, resulta desconcertante. Nunca he visto a un agente de policía pasar más de unos minutos en el aparcamiento de este complejo de viviendas. Hubo un robo hace tiempo, pero nadie estaba en casa y se olvidó en unos días. Este robo en marcha, unido a la prolongada presencia de la policía... parece ilógico.

Tonya emite un grito.

—¡Largo, cerdo, largo!

Azul Pálido está sentado en la silla de la cocina y separa las varillas de la persiana con los dedos.

—Sí, ¡súbete al puto coche! ¡Vete, capullo!

Estoy hecho polvo, pero al mismo tiempo, la partida del agente podría significar la desaparición rápida de mis dos huéspedes. Ahora se ríen.

—Eh, tío, creía que...

—Dos en sus tiendas y en sus hogares ¡Ya lo sé! Estaba...

No pueden parar de reír. Tonya suelta una exclamación de alegría.



Ahora se mueven a toda prisa. Tonya vuelve a amontonar el estéreo, el vídeo y el microondas en los brazos de Azul Pálido, y una vez más él se dirige a la puerta. Ella se la abre, y por un momento siento el temor de que el poli les haya tendido una especie de trampa y haya fingido que se iba. ¿Tal vez esté escondido en la esquina? Podría significar el arresto de esos dos, pero también un enfrentamiento más largo, un rehén, disparos. Por improbable que parezca, me descubro esperando que el agente de policía se haya ido de verdad y que estos dos se larguen cuanto antes.

Y, durante unos diez minutos, eso parece. Al amparo de la noche, sus movimientos desprenden un cinismo total: realizan dos viajes cada uno para llevar todos los objetos valiosos del apartamento al coche. Y ahora los tengo delante.

—Bueno, África, espero que esto te haya servido de lección —dice Tonya.

—Gracias por tu hospitalidad, hermano —añade Azul Pálido.

Están exaltados ante la perspectiva de su inminente y segura huida. Azul Pálido está de rodillas, desenchufando el televisor.

—¿Puedes? —pregunto Tonya.

—Ya está —responde él.

Jadea al levantar el aparato de la mesita. Es un televisor grande, un modelo antiguo, ancho como un yunque, con una pantalla de diecinueve pulgadas. Tonya le abre la puerta y Azul Pálido sale de espaldas. No me dicen nada. Se van y cierran la puerta.

Espero un momento tendido en el suelo, sin creérmelo. El apartamento tiene ahora una atmósfera extraña. Por un instante, todo se vuelve más raro sin ellos que con ellos dentro.

Me incorporo. Me pongo de pie, despacio, y el dolor de mi cabeza envía rayos de calor blanco por mi espalda. Me dirijo, dando traspiés, hasta mi cuarto, a comprobar la magnitud de la tragedia. No parece muy distinto de como lo dejé, excepto por la ausencia de la cámara, el teléfono, el reloj y las zapatillas deportivas. En el cuarto de Achor Achor han sido menos amables: todos los cajones están abiertos y han sido vaciados; su archivador, ordenado de forma casi compulsiva, está ahora volcado y su contenido —cada pedazo de papel que ha firmado desde que tenía once años— aparece diseminado por el suelo.

Vuelvo al comedor y me detengo. Están aquí. Tonya y Azul Pálido están de nuevo en mi apartamento y estoy asustado. No quieren dejar testigos. No se me había ocurrido antes pero ahora me parece comprensible. Pero ¿cómo van a disparar contra mí sin alertar a los otros cincuenta y cuatro residentes del edificio?

Tal vez piensen matarme de otra forma.

Los observo desde la puerta. No hacen el menor movimiento hacia mí. Si lo hacen, dispondré de un momento para encerrarme en mi habitación. Tal vez incluso para escapar por la ventana. Lentamente, doy un paso atrás.

—No te muevas, África. No des ni un puto paso.

Azul Pálido se ha llevado la mano a la pistola. El televisor está en el suelo, entre ambos.

—Podemos descargar la furgoneta —le dice Tonya.

—No vamos a descargar la furgoneta. Tenemos que salir de aquí cagando leches.

—¿No me dirás que tenemos que dejar esto aquí?

—¿Y qué quieres hacer?

—Deja que piense.

Como ya he dicho antes, soy un imbécil. Porque soy imbécil y porque recibí demasiadas lecciones de hombres y mujeres buenos provistos de rígidos códigos morales, hallo mis fuerzas en la afirmación de lo que es correcto. Esto pocas veces me ha servido de nada en situaciones como esta. Al verlos discutir se me ocurre una idea y tomo la palabra.

—Es mejor que os vayáis. Se acabó. He llamado a la policía. Vienen hacia aquí —digo en un tono de voz neutro.

Pero mientras pronuncio las últimas palabras, Azul Pálido se dirige hacia mí y en una sucesión rápida de palabras y gestos dice: «Tú no has hecho una mierda, capullo», y luego hace ademán de golpearme. Como creo que va a darme en la cara, me cubro la cabeza y dejo el torso sin protección. Y por primera vez en mi vida recibo un golpe que creo que podría matarme. Un puñetazo en el estómago, propinado con toda la fuerza por un hombre como Azul Pálido, es algo difícil de soportar, sobre todo por alguien como yo, de complexión débil: metro cincuenta de estatura y sesenta y cinco kilos de peso. Es como si me arrancara los pulmones del pecho. Jadeo. Escupo. Al final resbalo y caigo al suelo; en la caída me golpeo la cabeza contra algo duro e irrompible, y ese es, por el momento, el final de Valentino Achak Deng.

Cuando abro los ojos, la escena ha cambiado. La mayor parte de mis posesiones han desaparecido, sí, pero el televisor sigue allí: ahora está en la mesa de la cocina. Alguien lo ha devuelto. Alguien lo ha enchufado de nuevo y hay un chico sentado con la vista fija en la pantalla. El niño no debe de tener más de diez años y ha ocupado una de las sillas de la cocina. Le cuelgan los pies. Tiene un teléfono móvil en su regazo y no me presta la menor atención.

Podría ser un sueño, una alucinación, cualquier cosa. No parece posible que haya un niño en la mesa de mi cocina, la mar de contento, viendo la tele. Mantengo los ojos fijos en él, a la espera de que la imagen se evapore. Pero no se evapora. Hay un chaval de diez años en mi cocina, viendo la tele, que ha sido reubicada. Alguien trasladó el aparato del comedor a la cocina y se tomó la molestia de volver a enchufarlo. Mi cabeza tiembla, asaltada por un dolor que supera con creces el resto de jaquecas que he sufrido desde que aterricé cinco años atrás en el JFK.

Sigo tendido en la alfombra, preguntándome si debería intentar moverme de nuevo. Ni siquiera sé quién es este chico; podría estar metido en la misma clase de lío que yo. Intento encontrar mis brazos y me percató de que los tengo detrás, atados con lo que supongo que es el cable del teléfono.

Esto también es algo nuevo para mí. Nunca me han atado así, aunque he visto a hombres maniatados y he visto ejecuciones con mis propios ojos. Tenía once años cuando vi morir a esos hombres, cuando lo vimos yo y diez mil niños más en Etiopía. Se suponía que era una lección para todos.

Me han amordazado. Es cinta aislante, lo sé porque Achor Achor y yo la hemos usado para la comida que guardamos en el congelador. Azul Pálido y Tonya deben de habérmela colocado en la boca; el rollo yace junto a mi hombro. Mi voz y mis movimientos están restringidos por cosas que son mías.

No estoy seguro de qué me va a pasar. He llegado a la conclusión de que los tiroteos obedecen más a la lucha que a un plan previo. Dado que no he presentado batalla, y dado que tengo a un niño de diez años en la mesa de la cocina, intuyo que no pretenden matarme. Pero sé que me hallo perdido en esta serie de acontecimientos. No sé dónde están los asaltantes ni si van a volver. ¿Y tú quién eres, chico de la tele? Deduzco que te han dejado aquí para vigilarnos, a mí y a la tele, y que no tardarán en regresar para llevarnos a los dos. De niño me pidieron en más de una ocasión que vigilara el AK-47 de un soldado del Ejército de Liberación del Pueblo Sudanés. Durante gran parte de la guerra se decía que cualquier soldado que perdiera su arma sería ejecutado por el ELPS, así que cuando estaban ocupados solían recurrir a alguno de los chicos, que siempre estábamos deseosos de ayudar. Una vez vigilé un rifle mientras el soldado en cuestión se divertía con una mujer anyuak. Era la segunda vez que tocaba con las manos un rifle como aquel y a día de hoy aún recuerdo su calor.

Pero pensar, evocar cualquier recuerdo, provoca un dolor tan lacerante en la parte trasera de mi cráneo que cierro los ojos y no tardo en volver a perder la consciencia. Me despierto tres o cuatro veces, sin saber qué hora es, ni cuánto tiempo llevo tendido en el suelo, atado. Ya no hay relojes en la estancia, y la noche es tan oscura como cuando caí por primera vez. Cada vez que me despierto veo al chico en la mesa de la cocina: apenas se ha movido. Tiene la cara a no más de veinte centímetros de la pantalla y sus ojos no parpadean.

Mientras yazgo aquí, mi cerebro va recobrando la lucidez y empiezo a hacerme preguntas sobre ese chico. No se ha vuelto a mirarme ni una sola vez. No alcanzo a ver la pantalla, pero distingo ruido de risas: es lo más triste que he oído desde que llegué a este país. Si estoy en lo cierto, y ese chico me está vigilando, creo que abandonaré Atlanta para siempre. Tal vez me marche incluso del país; podría irme a Canadá. Conozco a muchos sudaneses que se han instalado en Vancouver, Toronto, Montreal. Me han propuesto que me una a ellos, que allí hay menos criminalidad, más oportunidades de trabajo. Para empezar me han garantizado el seguro médico, y ahora, aquí tendido, se me ocurre que no tengo seguro alguno. Lo tuve durante un año, hasta hace poco, en que lo dejé caducar. Hace cuatro meses dejé mi empleo con las muestras de tela para estudiar a tiempo completo y el seguro parecía un gasto superfluo. Intento adivinar mis heridas, pero en este momento no tengo la menor idea. Lo que puedo pensar me conduce a creer que o bien he escapado de una herida grave en la cabeza, o bien ya estoy muerto.

Los sudaneses que no han escogido Canadá se están trasladando a las Grandes Llanuras, a Nebraska y Kansas: estados donde el ganado se convierte en carne. La elaboración de la carne está muy bien pagada, según dicen, y la vida resulta relativamente barata en esas zonas del país. A día de hoy, Omaha acoge a miles de sudaneses, Niños Perdidos y otros, de los cuales un gran porcentaje cobra por dividir y trinchar animales, ganado, que en muchas partes de nuestro Sudán nativo solo se matarían como sacrificio para las ocasiones más sagradas: bodas, funerales, nacimientos. En América los sudaneses se han convertido en carniceros; es la ocupación más popular entre mis conocidos. No tengo claro que esto suponga un gran progreso de nuestra vida en Kakuma. Supongo que sí, y que los carniceros están labrando una vida mejor para sus hijos, si es que los tienen. ¡Oír a niños sudaneses, hijos de inmigrantes, hablando como americanos! Así son las cosas, ahora, en 2006. No consigo acostumbrarme a la idea.

Levanto la vista del sofá y pienso en Tabitha. No hace mucho, ella se sentó en ese mismo sofá, conmigo, con sus piernas sobre las mías. Estábamos tan entrelazados que yo tenía miedo hasta de respirar para que no se moviera. Chico de la tele, la echo de menos con un ardor tan acuciante que me sorprende y se apodera de mí por completo. No hace mucho estuvo aquí: pasamos juntos un fin de semana en el que apenas salimos del piso; era algo decadente y contrario a la educación que habíamos recibido. Ella había llegado a Estados Unidos, a Seattle, procedente del campamento

de refugiados de Kakuma, como yo, y aquí estábamos: dos críos que nos habíamos criado en ese campamento, años después, viviendo en América y sentados en el sofá de esta sala, preguntándonos cómo habíamos conseguido llegar hasta aquí y qué nos depararía el futuro. Ella se reía de mis brazos delgados, y me demostró que podía rodear mi bíceps con sus dedos. Pero no había nada que pudiera hacer o decir que lograra ofenderme o disuadirme de amarla. Había venido a Atlanta a verme y eso ya lo decía todo. Estaba sentada en mi sofá, en mi piso, vestida con una camiseta rosa que yo le había comprado el día anterior en el centro comercial DeKalb. «¡Comprar es mi terapia!», decía, en relucientes letras plateadas que surcaban la camiseta de izquierda a derecha, con una estrella enorme ocupando el lugar del punto de los signos de exclamación. Estar sentado a su lado y verla con aquella camiseta era excitante, y amé a Tabitha de un modo que me hizo sentir adulto, como si por fin me hubiera convertido en un hombre. Con ella creí que podría escapar de mi infancia, de sus privaciones y de su miseria.

Ahora el niño ha ido hasta la nevera. No encontrará nada que le guste. Achor Achor y yo cocinamos al estilo sudanés, y todavía tengo que dar con un americano que aprecie los resultados. Debo admitir que tampoco es que seamos cocineros dotados. En las primeras semanas que pasamos aquí no sabíamos qué alimentos iban al congelador, cuáles a la nevera, cuáles al armario y a los cajones. Para asegurarnos, metimos más cosas, incluyendo la leche y la mantequilla de cacahuete, en el congelador, lo que a la larga resultó una decisión problemática.

El niño encuentra por fin algo de su gusto y vuelve a su asiento. Tengo la seguridad de que este chico que ahora vuelve a ver la tele, con una Fanta en la mano, no sabe nada de lo que vi en África. No cabe esperar que lo sepa, ni le echo la culpa. Yo era bastante mayor que él cuando me enteré de que había todo un mundo más allá del sur de Sudán, de que existían los océanos. Pero no era mucho mayor que él cuando empecé a narrar mi historia, lo que había visto. Durante los años que siguieron al viaje que nos llevó de nuestros respectivos pueblos hasta Etiopía, y luego a través del río sangriento hasta Kenia, contar nuestra historia nos ha ayudado, a mí y a muchos. Cuando presentamos nuestro caso ante los agentes de la ONU en Kakuma, o cuando ahora intentamos reflejar la urgencia de la situación en Sudán, contamos las historias más horribles. Desde que llegué a Estados Unidos he estado explicando versiones abreviadas de mi relato a congregaciones eclesióásticas, estudiantes universitarios, periodistas; a mi mecenas, Phil Mays. Creo que en este tiempo debo de haber hecho ese resumen unas cien veces. Phil, sin embargo, quiso saber todos los detalles y le he contado la historia completa. Su esposa oyó algunas pinceladas y no pudo resistirlo. Éramos Phil y yo quienes, todos los martes por la noche, después de cenar con su mujer y sus gemelos, subíamos la escalera de caracol y recorríamos el pasillo que llevaba al cuarto de juegos de los niños, empapelado en rosa, donde yo le

contaba mi historia en sesiones de dos horas. Cuando sé que alguien me escucha, y que esa persona quiere saber todo lo que almacena mi memoria, puedo hacer brotar mis recuerdos. Si alguna vez habéis llevado un registro escrito de vuestros sueños, sabréis cómo la mera anotación de estos cada mañana puede lograr que revivan en vuestra memoria. Partiendo de la parte que recordáis mejor, podéis recrear las aventuras, deseos y terrores nocturnos, y conjurar todos los detalles desde el momento en que apoyasteis la cabeza en la almohada.

Al principio de estar en este país narraba historias mudas. Se las contaba a gente que me había molestado. Si alguien se colaba, no me hacía caso, me apartaba o tropezaba conmigo, lo miraba, fijamente, y le transmitía en silencio una de mis historias. «No lo entiendes —les decía—. No añadirías más sufrimiento si supieras lo que he pasado.» Y hasta que esa persona salía de mi vista le hablaba de Deng, que murió después de comer carne de elefante casi cruda, o de Ahok y Awach Ugieth, dos gemelas que fueron secuestradas por jinetes árabes y que, si siguen vivas a día de hoy, habrán tenido hijos de esos hombres o de los hombres a quienes ellos las vendieron. «¿Puedes creerlo?» Esas gemelas inocentes apenas recuerdan nada de mí, ni de nuestro pueblo, ni de sus padres. «¿Te lo imaginas?» Cuando terminaba de hablar con esa persona, proseguía con mis historias, hablándole al aire, al cielo, a toda la gente del mundo y a quien sea que me escuchara desde el cielo. Es incorrecto decir que «solía» contar esas historias. Aún lo hago, y no solo a aquellos que me han molestado de algún modo. Las historias emanan de mí siempre que estoy despierto y respiro, y quiero que todos las oigan. La palabra escrita no es habitual en los pueblos como el mío, y tengo el derecho y la obligación de esparcir mis historias por el mundo, aunque sea en silencio, aunque no sirva para nada.

Solo alcanzo a ver el perfil del chico y no me parece muy distinto a como era yo a su edad. No quiero menospreciar lo que esté pasando o haya pasado a lo largo de su vida. Seguramente sus años no han sido idílicos; en este momento es cómplice de un robo a mano armada y está dedicando gran parte de la noche a vigilar a la víctima. No especularé sobre lo que le enseñan o no en su casa y en la escuela. A diferencia de muchos compatriotas míos, no me ofendo por el hecho de que muchos jóvenes estadounidenses sepan tan poco de las vidas de sus coetáneos africanos. Por cada joven que está mal informado al respecto, sin embargo, hay muchos que saben bastante y sienten respeto por aquello a lo que nos enfrentamos en el continente. Y, por supuesto, ¿qué sabía yo del mundo antes de ir al instituto en Kakuma? No sabía nada. No conocía ni la existencia de Kenia hasta que puse el pie allí.

Mírate, chico de la tele, instalado en la silla de la cocina como si fuera una especie de cama.

Está usando un trío de toallas sacadas del cuarto de baño como mantas, de las que asoman los sonrosados dedos de los pies. Intento no comparar esta vida a la mía, pero su posición recogida me recuerda demasiado al modo en que dormíamos durante el viaje a Etiopía. No me cabe duda de que si habéis oído hablar de los Niños Perdidos

de Sudán, también habréis oído hablar de los leones. Durante mucho tiempo, las historias de nuestros encuentros con los leones nos han granjeado la simpatía de los mecenas y de nuestro país adoptivo en general. Los leones embellecían los artículos de prensa, y sin duda jugaron un papel importante a la hora de despertar el interés de Estados Unidos por nosotros. Pero a pesar de las crecientes dudas de los más cínicos, lo más raro de esos relatos es que, en la mayoría de casos, eran ciertos. Cuando cientos de chicos de mi grupo caminaban a través de Sudán, cinco fueron devorados por leones.

El primer incidente tuvo lugar a los cinco días de camino. Los sonidos nocturnos de la selva empezaban a volvernos locos. Algunos ya no podían andar bien; había demasiados ruidos y cada uno de ellos significaba el posible final de una vida. Avanzábamos por estrechos senderos de la selva y nos sentíamos aprisionados. En la época en que teníamos un hogar y una familia nunca salíamos al bosque de noche porque los animales se comían a los pequeños sin más dilación. Pero eso había terminado y ahora nos alejábamos de nuestras casas y nuestras familias. Caminábamos en fila, a centenares; muchos desnudos, todos indefensos. En la selva, nosotros, los niños, éramos comida. Cruzamos bosques y matorrales, zonas desiertas y las partes más frondosas del sur de Sudán, donde a menudo notábamos la tierra húmeda bajo nuestros pies.

Recuerdo al primer chico que murió. Andábamos en fila de a uno como siempre, y como siempre también Deng iba cogido a mi camisa por detrás. Él y yo íbamos en mitad de la fila, porque habíamos decidido que era la posición más segura. Hacía una noche espléndida, una media luna brillaba en el cielo. Deng y yo la habíamos visto subir: primero roja, luego se tornó amarilla y anaranjada, y cuando se elevó al punto máximo de la cúpula celeste acabó tomando un color plateado. El camino estaba bordeado de altos matorrales y la noche era más silenciosa que la mayoría. Lo primero que oímos fue un rumor. Fuerte. Algo, humano o animal, se movía por la hierba, cerca de nuestra fila; seguimos andando, porque siempre seguíamos andando. Cuando los chicos gritaban en plena noche, los mayores —Dut Majok, nuestro líder, que para bien o para mal no tenía más de dieciocho o veinte años— los reprendían rápida y severamente. Gritar durante la noche estaba prohibido, ya que eso atraía una atención indeseada hacia el grupo. A veces podía transmitirse un mensaje a lo largo de la fila —un chico se ha hecho daño, otro se ha desmayado— susurrándolo de uno a otro hasta que llegaba a oídos de Dut. Pero esa noche Deng y yo asumimos que todo el mundo había oído el rumor de pasos en la hierba y decidido que dicho rumor era algo normal y no una amenaza.

Los sonidos entre la hierba no tardaron en hacerse más audibles. Ramas partidas. La hierba crujía y luego se quedaba en silencio en función de los saltos de la criatura que corría en paralelo a la fila. Los sonidos nos acompañaron durante un rato. La luna estaba alta cuando empezó el movimiento en la hierba y había empezado a caer y a apagarse cuando el rumor paró por fin.

El león era una simple silueta negra, de cuerpo ancho, con las gruesas patas estiradas y la boca abierta. Saltó desde la hierba y derribó a un chico. No pude verlo: la fila de chicos que tenía delante me lo impidió. Oí un grito ahogado. Luego vi al león con claridad mientras trotaba al otro lado del sendero, llevando al chico entre sus fauces. El animal y su presa se internaron en los matorrales y los gemidos se detuvieron poco después. Aquel primer niño se llamaba Ariath.

—¡Sentaos! —gritó Dut.

Nos sentamos como si el viento nos hubiera tumbado, uno a uno, desde el principio de la fila hasta el final. Hubo un chico, recuerdo que su nombre era Angelo, que salió corriendo. Creyó que era mejor huir del león que sentarse, de manera que salió disparado hacia los matorrales. Fue entonces cuando volví a ver al león. El animal cruzó el sendero una vez más, saltó y pilló a Angelo enseguida. En unos instantes el león se llevó al chico a la boca y sus dientes se clavaron en el cuello y la clavícula de Angelo. Llevó al chico al mismo lugar donde había depositado a Ariath.

Oímos gemidos, pero duraron poco. El silencio se reinstauró después.

Dut Majok siguió en pie durante algún tiempo. No sabía si debíamos seguir andando o seguir sentados. Un chico alto, Kur Garang Kur, el mayor después de Dut, gateó por la fila hasta llegar a este y le dijo algo al oído. Dut asintió. Se decidió que debíamos ponernos en marcha y eso hicimos. Fue entonces cuando Kur se convirtió en el principal consejero de Dut Majok y el cabecilla de la fila cuando Dut desaparecía durante unos días. Doy gracias a Dios por Kur; sin él habríamos perdido a muchos otros chicos, a manos de leones, de bombas y de la sed.

Después de los leones no quisimos parar en toda la noche. Dijimos que no estábamos cansados y que caminaríamos hasta el amanecer. Pero Dut nos dijo que dormir era necesario. Presentía la cercanía de las tropas del gobierno en la zona; necesitábamos dormir y enterarnos de dónde estábamos al día siguiente. No creíamos nada de lo que decía Dut porque muchos lo culpábamos de las muertes de Ariath y Angelo. Haciendo caso omiso a nuestras quejas, nos agrupó en un claro y nos ordenó que nos durmiéramos. Pero durante bastante rato, a pesar de que habíamos caminado desde el amanecer, ningún chico pudo cerrar los ojos. Deng y yo nos sentamos, mirando hacia los matorrales, atentos a cualquier movimiento, a cualquier rumor o rotura de ramas.

Ningún chico se puso de espaldas a la hierba. Nos sentamos espalda con espalda, en parejas, para poder advertir al otro de los depredadores. Formamos un círculo, y aquellos que conseguimos conciliar el sueño lo hicimos con las cabezas apuntando hacia el centro, como radios. Encontré un lugar en mitad del círculo y me puse tan cómodo como pude. Mientras tanto, los chicos que estaban en la parte exterior del círculo intentaban avanzar hacia el centro. Nadie quería estar en el borde.

Desperté en plena noche y descubrí que ya no estaba en el centro. Tenía frío, estaba solo. Miré a mi alrededor, solo para descubrir que el círculo se había movido. Mientras dormía, los chicos del exterior se habían ido desplazando hacia dentro, hasta



tal punto que el círculo se había trasladado a unos seis metros de mis pies, dejándome fuera de él, solo. De manera que me reincorporé al centro, pisando la mano de Deng sin querer al hacerlo. Deng me pegó en el tobillo, me lanzó una mirada de desaprobación y volvió a dormirse. Me instalé entre los chicos y cerré los ojos, decidido a no volver a quedarme nunca más fuera del círculo.

Dormir era un problema cada noche, chico de la tele. Siempre que me despertaba en la oscuridad veía otros ojos abiertos, bocas que rezaban una plegaria en voz baja. Intentaba olvidar estos sonidos, cerraba los ojos y pensaba en mi casa. Tenía que conjurar mis recuerdos favoritos y agrupar los días mejores. Era un método que me enseñó Dut, que sabía que los chicos caminaríamos mejor, nos quejaríamos menos y necesitaríamos menos alimentos si dormíamos bien. «¿Imagináis vuestra mejor mañana?», nos gritaba. Siempre hablaba a voces, desprendiendo energía a kilos. «¡Vuestra comida favorita! ¡Vuestra tarde favorita! Vuestro partido de fútbol favorito, vuestra noche favorita, la niña a la que más queríais.» Lo decía mientras recorría la fila de chicos sentados, como si impartiera una clase. «Ahora recread en vuestra mente el mejor día, memorizad esos detalles, colocad ese día en el centro de vuestra mente, y cuando estéis asustados recordad ese día y situaos en él. Revivid todo ese día y os aseguro que antes de que hayáis terminado con ese desayuno de ensueño, ya estaréis durmiendo.» Por poco convincente que parezca, chico de la tele, te aseguro que el truco funciona. Relaja tu respiración, centra tu mente. Todavía recuerdo el día que yo fabriqué, el mejor día, hecho con retazos de muchos otros. Te lo contaré de un modo que lo entiendas. Es mi día, no el tuyo. Es el día que memoricé y el día que todavía siento con más intensidad que cualquier otro de los que he pasado en Atlanta.

Tengo seis años y debo asistir unas horas al día a una clase preelemental en la escuela de aula única de Marial Bai. Aquí estoy, con otros chicos más o menos de mi edad, los que tienen algunos años más o menos, aprendiendo el alfabeto en inglés y árabe. El colegio es tolerable, aún no se ha vuelto tedioso, pero preferiría estar fuera, así que mi día de ensueño empieza cuando llego al colegio y se suspenden las clases. «¡Sois demasiado listos!», dice el maestro, y nos envía a casa, a jugar y a hacer lo que queramos ese día.

Vuelvo a casa a ver a mi madre, a la que dejé hace solo veinte minutos. Percibo que me echa de menos. Mi madre es la primera esposa de mi padre, y vive en la residencia familiar con las otras cinco esposas, con las que mantiene una relación de amistad, casi fraternal. Todas son mis madres, chico de la tele, por raro que te suene. En el sur de Sudán los niños pequeños a menudo no tienen claro quién es su verdadera madre de lo integradas que están las mujeres y sus hijos. En mi familia, los niños de las seis esposas juegan juntos y son considerados de la familia sin barreras ni reservas. Mi madre es una de las comadronas del pueblo, y ha asistido en los partos de todos mis hermanos excepto uno. Mis hermanos y hermanas van desde los dieciséis años hasta los seis meses, y nuestra casa está llena de ruidos de bebés, barullo y risas. Cuando me lo piden, ayudo con los más pequeños: los cojo en brazos si lloran, pongo su ropa mojada a secar junto al fuego.

Salgo corriendo del colegio y me siento junto a mi madre mientras ella repara una cesta que una de nuestras cabras rompió de un mordisco. Dedico un momento a contemplar su belleza. Es más alta que la mayoría de mujeres, mide casi metro ochenta, y aunque es tan delgada como cualquier mujer del pueblo tiene la fuerza de un hombre. Se viste para llamar la atención, siempre en vistosos tonos amarillos, rojos y verdes, aunque su preferido es el amarillo, un vestido de cierto color amarillo, el amarillo preñado de un sol crepuscular. Puedo distinguirla a lo lejos en cualquier campo o a través de los matorrales, puedo verla desde la máxima distancia que me permiten mis ojos: solo tengo que buscar esa cimbreante columna amarilla que se mueve hacia mí por el campo para saber que mi madre se acerca. A menudo pensaba que nada me gustaría más en el mundo que vivir para siempre debajo de ese vestido, agarrado a sus suaves piernas, sintiendo sus largos dedos apoyados en la parte trasera del cuello.

—¿Qué miras, Achak? —pregunta ella, riéndose de mí.

Usa mi nombre de nacimiento, el nombre que usé hasta que quedó relegado por los apodos que me impusieron en Etiopía y Kakuma. Tantos nombres...

A menudo mi madre me pilla mirándola, y esta vez no es ninguna excepción. Ella me envía a jugar con mis amigos, de manera que corro hacia la acacia gigante para reunirme con William K y Moses. Están bajo la retorcida acacia, cerca de la pista de aterrizaje, donde las avestruces gritan y persiguen a los perros.

Moses era fuerte, chico de la tele, más corpulento que yo, más corpulento que tú, con músculos definidos como los de un hombre; una cicatriz semicircular, de un insulso color rosa, le recorría la mejilla: el resultado de atravesar corriendo un matojo de espinos. William K era más menudo, más flacucho, y tenía una boca grande que nunca dejaba de llenar el aire con cualquier cosa que se le ocurría. Desde el momento que abría los ojos se pasaba el día abarrotando el aire con sus pensamientos, opiniones y, sobre todo, sus mentiras, ya que a William K le gustaba mucho mentir. Inventaba cuentos sobre gente, sobre objetos que poseía o quería poseer, cosas que él había visto y oído y las que su tío, policía militar, había visto en el transcurso de sus viajes. Su tío había visto personas que tenían patas de cocodrilo, mujeres que saltaban de un edificio a otro. La víctima principal de sus embustes era William A, el otro William de nuestra edad y por ello el enemigo eterno de William K. A William K no le gustaba que otro chico llevara su mismo nombre, y supongo que pensaba que si fastidiaba lo bastante al otro William este acabaría renunciando a su nombre u optaría por irse de la ciudad.

Hoy, en el día que imagino cuando me hace falta, William K se halla en mitad de una historia cuando llego a la acacia.

—Bebe la leche directamente de las ubres. ¿Lo sabíais? Así se pillan enfermedades. Así es como se pillan los gusanos. Y hablando de gusanos, el padre de William A es medio perro. ¿Lo sabíais?

Moses y yo no le prestamos mucha atención, con la esperanza de que se canse solo. Esto no sucede en este día; nunca sucede. El silencio solo sirve para advertir a William K de que hacen falta más palabras y sonidos procedentes de su oscura e insondable cavidad bucal.

—Supongo que llevar su mismo nombre debería molestarme, pero no tengo de qué preocuparme porque él no estará en mi curso el año próximo. ¿Habéis oído que es retrasado? Lo es. Tiene el cerebro de un gato. No estará en nuestro colegio el año que viene. Tendrá que quedarse en casa con sus hermanas. Es lo que pasa cuando uno bebe leche de las ubres.

En unos cuantos años, cuando les hayan practicado la circuncisión y estén preparados para ello, Moses y William K serán enviados a los campos de ganado junto con los otros chicos, para que aprendan a cuidar de los animales, empezando por las cabras y ascendiendo hasta el ganado. En este día de ensueño, mis hermanos mayores —Arou, Garang y Adim— están en los campos de ganado; se trata de un lugar que atrae mucho a los chicos: en él se puede ir sin vigilancia, y, mientras atiendan a las necesidades del ganado, pueden dormir donde quieran y hacer lo que les dé la gana. Pero a mí me educaban para que fuera negociante y aprendiera el negocio de mi padre; así podría hacerme cargo de las tiendas de Marial Bai y Aweil.

Moses está haciendo una vaca de arcilla mientras William K y yo miramos. Muchos chicos y algunos jóvenes adoptaban la talla de vacas como afición, pero es una práctica por la que ni William K ni yo sentimos la menor curiosidad. Mi único

interés en la actividad es de índole pasiva, pero William K no le encuentra el menor sentido. No le ve la gracia a hacer vacas, ni a guardarlas en el hueco del tronco, que es donde Moses ha metido docenas desde que empezara a labrarlas unos años atrás.

—¿Por qué te molestas? —pregunta William K—. Se rompen con facilidad.

—No es verdad. No siempre —dice Moses en voz baja, profundamente absorto en la tarea de dar forma a los cuernos de la vaca, largos y retorcidos—. Estas las conservo desde hace meses. —Señala con la cabeza un pequeño grupo de ganado de arcilla que se halla a unos metros, apoyado con dificultad sobre el suelo.

—Pero pueden romperse —dice William K.

—No —dice Moses.

—Claro que sí. Mira.

Y con esas palabras, William K pisa una de las vacas y la hace polvo.

—¿Lo ves?

Apenas ha pronunciado la palabra cuando Moses se abalanza sobre él y empieza a pegarle en la cabeza con sus fuertes brazos. Al principio William K se ríe, pero la risa desaparece cuando Moses le asesta un poderoso puñetazo en el ojo. William K grita de dolor y frustración, y de inmediato cambian el tono y el curso de la lucha. En un instante es él quien está encima de Moses: le propina tres golpes rápidos en los brazos, que el otro tiene cruzados cubriéndose la cara, antes de que yo los separe.

En mi sueño la pelea queda interrumpida por la visión de algo tan brillante que todos entornamos los ojos para verlo. Nos levantamos despacio del suelo y caminamos hacia el mercado. La luz emerge del tronco de uno de los árboles del mercado, situado cerca del restaurante de Bok, y caminamos como sonámbulos hacia él, boquiabiertos. Solo cuando estamos frente a la fuente de luz vemos que no se trata de un segundo sol, sino de una bicicleta, nueva, flamante, magnífica.

¿De dónde ha salido? ¿De quién es? Se ha convertido en el objeto más espectacular de Marial Bai. Los pedales tienen el brillo plateado de las estrellas, el manillar posee una forma exquisita. El color del armazón es distinto a cualquier otro que se haya visto en la ciudad, una mezcla de azul, verde y blanco, entrelazados como en la parte más profunda de un río.

Jok advierte que estamos admirando la bicicleta y viene a alardear de ella ante nosotros.

—Bonita bici, ¿eh? —nos dice.

Jok Nyibek Arou, el propietario de la sastrería del pueblo, acaba de comprar la bici a un comerciante árabe procedente de la otra orilla del río que ha llegado con un camión cargado de objetos nuevos e impresionantes, la mayoría de una gran complejidad mecánica: relojes, cabezales de cama de hierro, una tetera con una tapa que se abre sola cuando hierve el agua.

—Me ha costado un buen pico, chicos.

No lo dudamos ni un segundo.

—¿Os gustaría verme montar en ella? —pregunta.

Asentimos con aspecto serio.

Entonces Jok se sube a la bici, con el mismo cuidado que si cabalgara sobre una mula de cristal, y empieza a pedalear tan despacio que apenas se mantiene en posición vertical. Los otros hombres del mercado, que se alegran por él, le tienen celos, y al mismo tiempo quieren reírse un poco a su costa, acogen ese paso lento con una riada de insultos y preguntas retóricas. Jok responde con gran serenidad.

—¿Eso es lo más rápido que puedes ir, Jok?

—La bici es nueva, Joseph. Voy con cuidado.

—¡Podrías romperla, Jok! ¡Es frágil!

—Me estoy acostumbrando a ella, Gorial.

Gorial, que no trabaja, se pasa el día bebiendo y pide dinero prestado que nunca devuelve. No cae muy bien a nadie, pero en este día se apunta un tanto al mostrar a Jok lo lento que pedalea en esa tornasolada bicicleta. Mientras Jok va en bici, Gorial camina a su lado, demostrándole que va más deprisa él a pie.

—Mis dos piernas son más rápidas que toda tu preciosa bicicleta, Jok.

—Da igual. Algún día iré más deprisa. Pero aún no.

—Creo que se te están ensuciando las ruedas, Jok. ¡Ten cuidado!

Jok sonríe a Gorial, dedica una plácida sonrisa a todos los espectadores, porque es él y no ellos quien posee el objeto más hermoso de todo Marial Bai.

Una vez Jok ha vuelto a aparcar la bici contra el árbol, y la está admirando conmigo, con Moses y William K, la conversación se vuelve seria. Se inicia una discusión sobre el plástico. Le han entregado la bici envuelta en plástico, plástico que cubre todo el cuadro metálico como una sucesión de calcetines transparentes. Jok, en pie y de brazos cruzados, examina la bici.

—Es una pena que no te digan si el envoltorio es necesario —dice él.

Nos da miedo decir algo al respecto del plástico por si Jok nos echa.

El hermano de Jok, John, el hombre más alto de Marial Bai, anguloso y con los ojos muy juntos, se acerca.

—Claro que puedes quitarle el plástico, Jok. Se le quita a todo. Solo sirve para el transporte. Ya te ayudo...

—¡No!

Jok lo agarra para impedirselo.

—Dame un momento para que lo piense.

En este momento Kenyang Luol, el hijo menor del jefe, se halla junto a nosotros. Se acaricia la barbilla y finalmente expone su opinión.

—Si quitas el plástico, la bicicleta se oxidará en cuanto se moje. Se desgajará la pintura y al final se desgastará por el sol.

Esto contribuye a que Jok no haga nada. Decide que necesita más opiniones antes de llevar a cabo acción alguna. En el transcurso del día, William, Moses y yo interrogamos a los hombres del mercado y, después de docenas de consultas, nos encontramos con que el debate está perfectamente diferenciado en dos posturas: la

mitad insiste en que el plástico solo se usa para el transporte y que debe ser retirado, mientras que los otros afirman que el plástico debe seguir donde está para proteger la bici de toda clase de daños potenciales.

Informamos a Jok del resultado de nuestra encuesta mientras él sigue contemplando la bici.

—Entonces, ¿por qué quitarlo? —murmura Jok en voz alta.

Parece la opción más cauta, y si algo define a Jok es la cautela y la reflexión; al fin y al cabo, eso es lo que le ha puesto en situación de comprar la bicicleta.

A última hora de la tarde, William K, Moses y yo solicitamos, y se nos concede, el derecho de vigilar la bici para evitar que alguien la robe, la estropee, la toque o ni siquiera la mire durante mucho rato. Lo cierto es que Jok no nos pide que la vigilemos, pero cuando nos ofrecemos a sentarnos delante y a mantenerla a salvo de daños o escrutinios indebidos, él accede.

—No puedo pagaros por esto —admite—. Me resultaría muy fácil guardarla dentro, en lugar seguro.

No nos importa el pago. Lo único que queremos es sentarnos en la puerta de la cabaña de Jok a contemplar ese objeto mientras se pone el sol. Y así tomamos posiciones frente a la bici, con el sol a nuestras espaldas, para verla mejor en el lugar donde este la ha dejado. Vigilamos la bici durante la mayor parte de la tarde, y aunque Jok y su mujer están dentro, apenas nos movemos de sitio. Al principio hacemos rondas de reconocimiento, dando la vuelta a la casa, con un palo apoyado en el hombro como si fuera un arma, pero al final decidimos que es lo mismo que sentarnos frente a la bici y mirarla.

Y eso hacemos: examinamos la máquina por todos lados. Es mucho más compleja que las otras bicicletas del pueblo; parece tener más marchas, más cables y palancas. Debatimos sobre si esta extravagancia ayudará a que corra más, o si el peso de todo ello la ralentizará.

Chico de la tele, debes de pensar que somos gente absurdamente primitiva, que un pueblo que no sabe decidir si quitarle o no el plástico a una bicicleta, un lugar así, tiene por fuerza que ser vulnerable al ataque, a la hambruna y a cualquier otra calamidad. Y hay algo de verdad en ello. En algunos casos la adaptación ha sido lenta. Y sí, el mundo en que vivíamos era un mundo aislado. Debo decirte que no había televisores, y supongo que no te resultará difícil imaginar lo que algo así le haría a tu cerebro, tan necesitado de constante estímulo.

A medida que mi día de ensueño avanza hacia la tarde, me apoyo en mi hermana Amel mientras ella separa el grano. Lo hago a menudo, porque apoyarme y el resultado de ello me producen una gran alegría. Cuando está agachada, me inclino sobre ella, espalda con espalda.

—Así no puedo trabajar, pequeño mono —dice ella.

Olía tan bien... Tal vez no sepas lo que es tener una hermana con un aroma como ese, pero es algo sublime. De manera que me apoyo en ella, fingiendo dormir, incluso roncar, hasta que se aparta y me caigo.

—¡Vete a ver a Amath! —gruñe ella.

¡Qué buena idea! Albergo ciertos sentimientos hacia Amath. Amath tiene la edad de mi hermana; es demasiado mayor para mí, pero ir a verla me parece un plan excelente, y a los pocos minutos la encuentro en el terreno de su familia. Está sentada, sola, aventando sorgo. Parece agotada, no solo por el trabajo sino por tener que hacerlo sola.

Cuando la veo dejo de respirar bien. Las otras chicas de la edad de mi hermana no prestan atención a lo que digo o hago. Para ellas soy un crío, un niño, una ardilla. Pero Amath es distinta. Ella me escucha como si yo fuera un hombre maduro, como si mis palabras tuvieran importancia. Y es una chica de belleza inusual, con la frente alta y unos ojos pequeños y muy brillantes. Cuando sonrío no enseña los dientes; es la única chica que conozco que sonrío así. ¡Y cómo anda! Camina con un extraño contoneo, apoyándose durante más rato que el resto sobre las puntas de los pies; el resultado es un paso alegre, un paso que en ocasiones he intentado emular. Si la imito, me siento más contento, aunque luego me duelen los gemelos. Amath suele llevar un vestido de un vivo color rojo, adornado con el dibujo de un pájaro blanco como la leche, y unas letras inglesas que bailan a su alrededor como flores flotando en un río. Sé que Amath y yo nunca podremos casarnos, ya que con lo guapa que es ya estará comprometida cuando yo alcance la edad suficiente. Ya casi es lo bastante mayor para ello y es probable que se case durante este año. Pero hasta entonces puede ser mía. Aunque siempre fui demasiado tímido para hablar con ella, hubo un día en que, sumido en un estado de elevado coraje o de profundo descaro, me limité a acercarme a ella: ese momento pasa a formar parte de mi mejor día.

—¡Achak! ¿Cómo estás, hombrecito? —dice ella, radiante.

A menudo me llamaba «hombrecito», y cuando lo hacía yo sabía de inmediato qué significaba ser un hombre en todos los sentidos. Estaba seguro de saberlo.

—Estoy bien, madame Amath —digo, empleando el tono más formal posible, ya que sé por experiencia que eso impresiona a Amath—. ¿Puedo ayudarla? Tengo tiempo para ayudar si lo necesita. Si puedo hacer algo por usted...

Sé que me repito, pero no puedo evitarlo. Doy una patada en el suelo queriendo arrancarme la lengua de la boca. Ahora solo tengo que encontrar la forma de redondear mi pensamiento y soltarlo.

—¿Puedo ayudarla en algo? —digo.

—Eres todo un caballero —dice ella, tratándome, como siempre, con la más absoluta seriedad—. Sí que puedes hacer algo por mí. ¿Puedes traerme un poco de agua? La necesitaré para cocinar.

—¡Iré a buscarla al río! —le digo. Mis pies ya se mueven, inquietos, listos para correr.

Amath se ríe sin mostrar los dientes. ¿La amaba más que a cualquier otra persona? ¿Es posible que la amara más que a ningún miembro de mi familia? A menudo sabía que la escogería por encima de cualquier otra, incluso de mi madre. Ella me confundía, chico de la tele.

—No, no —dice ella—. No hace falta. Solo...

Pero ya me he ido. Estoy exultante. Mi sonrisa crece con la carrera, mientras imagino lo emocionada que debe de estar ante mi velocidad, la increíble velocidad con que realizaré su encargo; una sonrisa que se borra solo a medias cuando, a medio camino del río, me percató de que no tengo ningún cubo para acarrear el agua.

Altero el camino y me dirijo al mercado, hacia la masa de comerciantes y tenderos, abriéndome paso entre cien personas a una velocidad tal que solo notan el viento que despido. Vuelo por delante de las tiendas más pequeñas, frente a los hombres que beben vino en los bancos, frente a los viejos que juegan al dominó, frente al restaurante y a los árabes que venden ropa, alfombras y zapatos, frente a las gemelas de mi misma edad, Ahok y Awach Ugieth, dos niñas muy buenas y trabajadoras que cargan sacos de leña sobre sus cabezas, Hola, Hola, nos decimos, y por fin me sumerjo en la oscuridad de la tienda de mi padre, totalmente sin aliento.

—¿Qué pasa? —pregunta él. Lleva las gafas de sol que se pone todos los días, cuando hay luz, y la mayoría de noches. Cambió un ternero por las gafas, así que las trata con tanto cuidado y respeto como trata a su mejor vaca.

—Necesito un cubo —consigo decir, entre jadeos—. Un cubo muy grande.

Mis ojos recorren la tienda en busca de la vasija apropiada. Es una tienda grande para lo que es la región, lo bastante grande como para acoger a seis o siete personas, con dos paredes hechas de ladrillo y el techo de uralita. Hay docenas de objetos para elegir y mis ojos recorren los estantes como un gorrión atrapado en una casa. Por fin cojo una taza para medir que hay detrás del mostrador.

—A esa velocidad no te servirá de mucho —dice mi padre, con expresión divertida—. Derramarás la mitad antes de llevársela.

¿Cómo lo sabía?

—¿Te crees que soy ciego? —dice mi padre, y se ríe.

Mi padre es conocido por su sentido del humor, por encontrar una razón para sonreír ante cualquier desastre menor. ¡Y vaya risa! Una risa que sale de la barriga, retumba y le sacude los hombros y el estómago, y le llena los rabillos de los ojos de lágrimas. Deng Arou puede encontrar algo divertido en una inundación, dice la gente con gran afecto. La gente asume que esa perspectiva serena y equilibrada es una de las razones por las que ha alcanzado el éxito. Por algo es el dueño de quinientas cabezas de ganado y de tres tiendas.

Estira la mano hacia el estante más alto y me baja un pequeño bidón de plástico con tapa.

—Esto debería bastarte para meter lo que te haga falta, hijo. Seguro que Amath estará muy contenta. Pero recuerda...



No oigo nada más. Cruzo corriendo el mercado, por delante de las cabras encerradas en el borde de la zona de mercado, delante de la vieja de los pollos, y sigo hacia el río. Vuelo entre los chicos que juegan al fútbol, paso por delante de la casa de mi tía Akol —ni siquiera miro hacia ella para ver si está fuera— y acelero por el sendero descendente, el sendero de tierra dura emparedado entre las hierbas altas.

Llego al río aún más deprisa que antes, y una vez estoy en la orilla salto entre los chicos que pescan y las mujeres que hacen la colada, hasta llegar al centro, la parte más profunda de la estrecha corriente.

Tanto las mujeres como los niños me miran como si hubiera perdido la cabeza. ¿Es así? Empapado, les devuelvo la sonrisa y hundo el bidón en las lechosas aguas marrones. Lleno el cubo, pero no me satisface la cantidad de sedimento que flota en el agua. Tengo que colarlo, pero para ello necesito otro contenedor.

—¿Puede prestarme el barreño, por favor? —pregunto a una de las lavanderas. Estoy sorprendido ante mi propio coraje. No había hablado nunca con esta mujer, a quien enseguida reconozco como la esposa del maestro principal de la escuela superior, un hombre llamado Dut Majok al que solo conozco de oídas. He oído que la esposa de Dut Majok era, como él, educada y de lengua afilada; podía incluso ser cruel. Ella me sonrío, saca las camisas que está lavando y me tiende el barreño. Más que nada parece curiosa por ver qué es lo que yo —este renacuajo, más pequeño que tú, chico de la tele— voy a hacer con el barreño: un niño de mirada desesperada y un bidón lleno de turbia agua del río.

Sé lo que debo hacer y emprendo la tarea con esmero. Vierto el contenido del bidón en el barreño, a través de mi camisa, y luego, con cuidado, devuelvo el agua al bidón. Una vez he realizado la operación con éxito, no acabo de decidir hasta qué punto aclarar el agua; ¿qué es más importante, me pregunto, llevar el agua enseguida o entregarla en su forma más pura posible? Al final la filtro tres veces, enrosco la tapa en el bidón y devuelvo el barreño a la mujer, expresando gratitud a través de pesados suspiros mientras reanudo el ascenso.

Cuando dejo el sendero del río y me hallo ya en pleno campo, vuelvo a correr otra vez. Me percató de que estoy cansado, y de que ahora, en lugar de saltarlos, rodeo los múltiples baches del camino. Jadeo con fuerza, respiro con dificultad, y maldigo mi falta de fondo. No quiero llegar hasta Amath sin aliento o corriendo despacio. Debo volver con la misma velocidad y agilidad que tenía al partir. Prohíbo que mi aliento pase por la boca, reenviándolo a través de la nariz, y voy ganando ritmo a medida que me acerco al centro de la ciudad.

Esta vez mi tía me ve cuando paso ante su casa.

—¿Eres Achak? —canta ella.

—¡Sí, sí! —digo, pero entonces me doy cuenta de que no me queda aliento suficiente para explicar por qué corro de esta forma, sin poder parar. Tal vez ella lo adivine, como ha hecho mi padre. Yo había pasado vergüenza cuando mi padre intuyó que la tarea tenía algo que ver con Amath, pero dejó de importarme enseguida,

porque Amath era alguien tan poco corriente, tan apreciada por todos, que me enorgullecía tenerla como amiga y que se enteraran de que le hacía un favor a esta hermosa madame que me llama hombrecito y caballero y que, con su sonrisa especial y su alegre contoneo, es la mejor chica de Marial Bai.

Paso ante el colegio y una vez estoy en el claro, veo a Amath, que sigue sentada en el mismo lugar donde la dejé. ¡Ah! ¡Ella también me observa! Su sonrisa resulta visible desde esta distancia y se mantiene mientras yo me acerco a todo correr, mis pies desnudos apenas rozan la suciedad. Ella se emociona al verme con el agua, ya que tal vez aprecia que se trata de agua muy limpia, bien filtrada y apta para lo que quiera utilizarla. ¡Mírala! Sus ojos enormes me ven correr. Es sin duda la persona que mejor me entiende. Decido que no es demasiado vieja para mí. Para nada.

Pero de repente la cara se me llena de polvo. El suelo se ha elevado para derribarme. Me sangra la barbilla. Me he caído, he tropezado con una raíz alta y nudosa, el bidón rueda dando tumbos por delante de mí.

Me da miedo levantar la vista. No quiero verla reírse de mí. Soy un tonto; estoy seguro de haber perdido su respeto y admiración. Ahora me verá no como a un rápido y hábil hombrecito, capaz de cuidarla y de preocuparse de sus necesidades, sino como un niño ridículo que no puede correr por el campo sin caerse y magullarse la cara.

¡El agua! Voy enseguida a recoger el bidón: no se ha derramado.

Sin embargo, cuando levanto la cabeza la veo que viene hacia mí. Su rostro no expresa la menor risa: está serio, como siempre que me mira. Doy un salto para demostrar que no estoy herido. Permanezco de pie y siento un gran dolor en la barbilla, aunque lo niego. A medida que ella se acerca, la garganta se me seca y me falta el aire. Menudo imbécil estoy hecho, me digo, y creo que el mundo es injusto por humillarme de este modo. Pero suprimo cualquier sentimiento y me quedo tan tieso como puedo.

—Corría demasiado deprisa —digo.

—Desde luego que corrías deprisa —dice ella en tono de admiración.

Ahora está cerca, sus manos me tocan, sacuden el polvo de la camisa y de los pantalones; son palmadas cariñosas, acompañadas de un murmullo. La amo. ¡Ella ha visto lo rápido que corro, chico de la tele! Ella ve lo mejor de mí, lo que nadie más es capaz de ver.

—Eres un auténtico caballero —dice ella, con las manos apoyadas en mi cara—. ¡Correr tanto por mí!

Trago saliva y respiro hondo, y compruebo aliviado que soy capaz de hablar claro, como un hombre.

—Ha sido un placer, madame Amath.

—¿Estás seguro de que te encuentras bien, Achak?

—Sí.

Sí. Y ahora, mientras vuelvo a casa —tengo previsto apoyarme en mi hermana dos veces más antes de cenar— solo puedo pensar en bodas.

En unos días está previsto que se celebre una boda entre un hombre, Francis Akol, a quien apenas conozco de vista, y una chica, Abital Tong Deng, que asiste conmigo a la iglesia. Habrá otro ternero sacrificado y esta vez intentaré acercarme lo bastante para verlo, como hice con el último, cuando lo vi pasar al otro mundo. Contemplé el ojo del ternero, lo observé mientras agitaba las patas sin rumbo. El ojo se volvió hacia el cielo blanco; no parecía mirar a quienes lo estaban matando. Pensé que eso facilitaba la matanza. El ternero no parecía culpar a los hombres por poner fin a su vida. Soportó su temprana muerte con valor y resignación. Cuando llegue la próxima boda, me colocaré de nuevo junto a la cabeza del animal para verlo morir.

Me gustaban las bodas, pero en estos últimos meses ha habido demasiadas. Demasiada bebida, demasiado movimiento, demasiados borrachos que me daban miedo. Me pregunto si esta próxima vez, en la boda de Francis y Abital, podré esconderme de los festejos, si podré quedarme en casa en lugar de vestirme con mi mejor ropa y charlar con los adultos, si podré esconderme debajo de la cama.

Pero quizá Amath esté allí, y quizá lleve un vestido nuevo. Yo conocía toda su ropa, conocía los cuatro vestidos que tenía, pero la boda propiciaba el hecho de que estrenara algo nuevo. El padre de Amath era un hombre importante, propietario de trescientas cabezas de ganado y juez en muchas de las disputas de la región, y por ello Amath y sus hermanas a menudo estrenaban ropa e incluso poseían un espejo. Lo tenían guardado en su cabaña, y se pasaban mucho rato mirándose en él, riéndose y arreglándose el pelo. Lo sabía porque había visto el espejo y oído sus risas muchas veces, desde el árbol que da sobre su recinto, el árbol en el que encontré un escondrijo secreto desde el que ver todo lo que sucedía en el interior de la cabaña. Desde donde estaba apostado no podía ver nada impropio, pero podía oírlas hablar, podía ver algún resplandor ocasional cuando el sol penetraba por el tejado, jugueteaba con el brillo de sus pendientes y pulseras, lo reflejaba en el espejo y lo proyectaba hacia el inclemente polvo del pueblo.

¡Había vida en esos pueblos, Chico de la Tele! ¡Hay vida! El mío era un asentamiento de quince mil almas, aunque a ti no te lo parecería. Si vieras fotos de este pueblo, fotos tomadas desde el aire, te sorprendería la aparente ausencia de movimiento, de asentamientos humanos. Gran parte de la tierra es estéril, pero el sur de Sudán no es un desierto interminable. Es una tierra de selvas y junglas, de río y pantanos; hay cientos de tribus, miles de clanes, millones de personas.

Mientras yazgo aquí, me percató de que la cinta que me amordaza la boca se está aflojando. La saliva de la boca y el sudor de la cara han suavizado la adherencia de la cinta. Empiezo a acelerar el proceso, moviendo los labios y generando saliva a placer. La cinta sigue despegándose de mi piel. Tú, chico de la tele, no te enteras de nada. Pareces vivir al margen de que en el suelo haya un hombre atado y amordazado, y de que estés mirando la tele en casa de este hombre. Pero todos, sin excepción, somos capaces de adaptarnos a las situaciones más absurdas.

Sé todo lo que uno puede saber sobre el desperdicio de la juventud, sobre las formas en que puede usarse a los niños. De los chicos que me acompañaron en el viaje, la mitad han terminado convertidos en soldados. ¿Y era eso lo que querían? Solo unos pocos. Tenían doce, trece años a lo sumo, cuando los reclutaron. Todos fuimos utilizados en un sentido u otro. Nos utilizaron para la guerra, nos utilizaron para conseguir comida y para dar pena a las organizaciones de ayuda humanitaria. Incluso cuando íbamos al colegio, seguían usándonos. Ha sucedido antes y ha sucedido también en Uganda, en Sierra Leona. Los rebeldes usan a los refugiados para atraer ayuda, para crear la apariencia de que lo que está pasando se reduce a veinte mil almas buscando cobijo y comida, al margen de la guerra. Pero a pocos kilómetros de nuestro campo de civiles el ELPS tenía su propia base, donde se entrenaban y planeaban su estrategia, y entre ambos campamentos existía un constante trasvase de provisiones y reclutas. «Cebo para ayuda», nos llamaban a veces. Veinte mil niños solos en mitad del desierto; no resulta difícil atraer la atención de la ONU, de Save the Children, y de la Federación Luterana Mundial. Pero mientras el mundo humanitario nos alimentaba, el Ejército de Liberación del Pueblo Sudanés, los rebeldes que luchaban para los dinkas, seguían nuestros pasos, a la espera de que estuviéramos maduros. Se llevaban a aquellos que eran lo bastante mayores, aquellos que tenían suficiente fuerza, capacidad física e ira acumulada. Esos chicos subían la colina hacia Bonga, el campamento de entrenamiento, y ya no volvíamos a verlos.

Casi no me lo creo ni yo, pero en este momento estoy pensando en formas de salvarte, chico de la tele. Imagino que me libero, y que luego te libero a ti. Podría deshacerme de mis ataduras y luego convencerte de que si te quedas conmigo te irá mejor que si sigues con Tonya y Azul Pálido. Podría escaparme contigo, podríamos irnos de Atlanta juntos, en busca de un lugar distinto. Se me ocurre que se debe de

vivir bien en Salt Lake City, o en San José. O quizá debamos mantenernos al margen de esas ciudades, de cualquier ciudad. Creo que ya estoy harto de ciudades, chico de la tele, pero, dondequiera que vayamos, pienso que podría cuidar de ti. No hace tanto tiempo que yo era como tú.

Pero primero tenemos que salir de Atlanta. Debes alejarte de esas personas que te han metido en esta situación, y yo debo abandonar lo que se ha convertido en un clima insoportable.

Las cosas aquí son demasiado tensas, demasiado políticas. Hay ochocientos sudaneses en Atlanta, pero entre ellos no reina la armonía. Hay siete iglesias sudanesas, y se azuzan las unas contra las otras con creciente encono. Los sudaneses han vuelto al sistema de tribus, a las mismas divisiones étnicas que abandonamos hace tanto tiempo. En Etiopía no había nuers, dinkas, furs o nubios. Éramos, en muchos casos, demasiado jóvenes para comprender el significado de tales distinciones, pero, incluso cuando éramos conscientes de ellas, nos habían enseñado a dejar a un lado nuestras supuestas diferencias y habíamos accedido a ello. Todos estábamos solos en Etiopía, y habíamos visto morir a centenares de los nuestros de camino hacia un lugar que era solo un poco mejor que el que habíamos dejado atrás.

Casi desde el mismo momento en que llegamos aquí, resultó imposible volver a las costumbres de Sudán. No he estado en Jartum, así que no puedo hablar del estilo de vida de allí. Me parece que existe algo parecido a la modernidad. Pero no cabe duda de que en el sur de Sudán nos hallamos a unos cientos de años por detrás del mundo industrializado. Algunos sociólogos, los más progresistas, podrían molestarse con la idea de que hay sociedades más adelantadas que otras, de que existe un primer mundo y un tercero. Pero el sur de Sudán no pertenece a ninguno de estos mundos. Sudán es otra cosa, y no consigo encontrar nada que me sirva de comparación. Hay pocos coches en el sur de Sudán. Puedes viajar cientos de kilómetros sin ver ningún vehículo. Solo unas cuantas carreteras están asfaltadas; yo no vi ninguna mientras viví allí. Podría sobrevolarse el país en línea recta, de este a oeste, y no pasar nunca por encima de una casa construida con algo que no sea hierba y tierra. Es una tierra primitiva: lo afirmo sin el menor rastro de vergüenza. Sospecho que en los próximos diez años, si se mantiene la paz, la región alcanzará la clase de progreso que podría conducirnos a los niveles de otras naciones del este de África. No conozco a nadie que desee que Sudán permanezca inmutable. Todos estamos listos para el futuro. Hay tanques del ELPS desfilando en Juba, la capital del sur. Planea un sentimiento de orgullo: y todas las dudas que teníamos del ELPS, y todo el sufrimiento que ha causado, han sido perdonados. Si el sur consigue la libertad, será gracias a su labor, por sucia que esta haya sido.

Me doy cuenta de que tengo la boca empapada y de que la cinta ya no está adherida con firmeza. Soplo, y para mi sorpresa, la mitad izquierda de la cinta se despegue. Ahora puedo hablar si quiero hacerlo.

—Disculpa —digo. Mi voz sale suave, demasiado baja. No hay la menor señal de que me haya oído—. Hombrecito —digo ahora, a un volumen normal. No quiero sobresaltarlo.

No obtengo reacción alguna.

—Hombrecito —repito, en voz más alta.

Me mira de reojo, incrédulo, como si fuera el sofá el que hubiera hablado. Enseguida vuelve a concentrarse en la tele.

—Hombrecito, ¿puedo hablar contigo? —digo, en voz alta, firme.

Él se estremece y se pone en pie de un salto, aterrado. Supongo que le dijeron que yo era africano, y que en su mente dicha categoría no incluía la habilidad de hablar, y mucho menos en inglés. Da dos pasos hacia mí y se detiene en el umbral del salón. Aún no está seguro de que yo vuelva a hablar.

—Hombrecito, debo hablar contigo. Puedo ayudarte.

Esto le envía de regreso a la cocina, donde coge el móvil, aprieta un botón y se lleva el aparato al oído. Escucha, pero no consigue comunicarse con el destinatario al que desea llamar. Es de suponer que le han dicho que llame a sus cómplices si me despierto o pasa algo imprevisto, y, ahora que ha sucedido, no contestan. El chico se lo piensa un momento y por fin toma una resolución: vuelve a sentarse y sube el volumen de la tele.

—¡Por favor! —grito.

Él se remueve en la silla.

—¡Chico! ¡Escucha!

Ahora se dispone a encontrar una solución. Empieza a abrir cajones. Oigo el ruido de los cubiertos y me preocupa que opte por una acción drástica. Abre cinco o seis cajones, y los armarios. Por fin sale de la cocina con la guía telefónica. Se acerca a mí y la eleva por encima de mi cabeza.

—¡Hombrecito! ¿Qué haces?

Deja caer el listín. Es la primera vez que he visto algo que venía hacia mí y he sido incapaz de reaccionar en consecuencia. Intento girar la cabeza, pero aun así el libro me da de lado en la cara. El dolor resultante se compone de la jaqueca previa y del rebote de mi barbilla contra el suelo. La guía telefónica resbala por mi frente y se queda allí, junto a la sien. Convencido de que ha logrado su objetivo, regresa a la cocina y sube de nuevo el volumen. Este chico cree que no pertenezco a su especie, que soy otra clase de criatura, un bicho que puede ser aplastado bajo el peso de un listín telefónico.

No es que duela mucho, pero el simbolismo es ofensivo.

Abro los ojos, debo de haberme adormecido durante minutos, o quizá horas. El chico se ha dormido en el sofá. Con las toallas a modo de sábanas, se ha acostado en el extremo del sofá y ha remetido los pies bajo los cojines. Y ahora se mueve, agitado. Está teniendo una pesadilla, su cara se contorsiona como la de un niño pequeño, la expresión ceñuda y petulante le va quitando años de encima. Pero ahora siento menos simpatía hacia él.

No hay relojes a la vista, aunque tengo la sensación de estar en mitad de la noche. No se oye ruido de tráfico. Podría ser medianoche o incluso más tarde.

No quiero meterme contigo, Achor Achor, pero esta situación sería muy distinta si tuvieras a bien volver a casa. Aunque me gusta Michelle, la admiro, y estoy orgulloso de ti por haber encontrado a una americana que te ame, en este momento considero que tu conducta es irresponsable. Al mismo tiempo, me pregunto cómo sabían los ladrones que no estarías, que podrían dejar a su hijo o hermano aquí. Resulta difícil de entender. O son unos genios, o unos simples inconscientes.

Me pregunto qué imágenes turban tus sueños, Chico de la Tele. Estoy dividido: podría hablar contigo de nuevo, zafarte de esos terrores nocturnos; o podría alegrarme de que el chico que cree que puede aplastar a un africano con un listín telefónico esté sufriendo ahora una pesadilla pavorosa. No me parece tan cruel tenerte temblando en el sofá, Chico de la Tele. Al fin y al cabo, si volviera a hablarte, ¿qué me arrojarías esta vez? Tengo un diccionario enorme en mi cuarto y no me cabe la menor duda de que lo usarías.

Suena un teléfono que no es el mío. El mío ya no está. El tono es el de una canción bastante conocida que ahora no consigo situar. Mis conocimientos de música popular americana son escasos, incluso después de cinco años, aunque la mayoría de mis amigos se han rendido a ella incondicionalmente.

¡Levántate, Chico de la Tele, y contesta al teléfono!

El móvil sigue sonando. Quien llama debe de querer que me liberes; podría ser la policía. ¡Despierta, chico!

Tres timbrazos más y aún no hay señal de que se despierte. Tengo que hacer algo para influir sobre estos acontecimientos. A riesgo de recibir otro golpe en la cabeza, emito un ruido tan fuerte como puedo. Mi desesperación lleva a mi voz a alcanzar el registro más agudo; emito un gemido sonoro que consigue que el chico dé un salto del sofá. El teléfono vuelve a sonar y esta vez atiende la llamada.

—¿Qué? —dice él—. Soy Michael.

La voz que sale del teléfono pertenece a un hombre: lenta y ronca.

—No está.

Una pregunta.

—No lo sé. Ella me dijo que estaría aquí a esta hora.

El chico asiente con la cabeza.

—Vale.

—Vale.

—Adiós.

Así que eres Michael. Me alegro de saber tu nombre, Michael. Es un nombre menos amenazador que Chico de la Tele, y me convence aún más de que eres una víctima de aquellos que tienen la misión de protegerte. Michael es nombre de santo. Michael es el nombre de un chico que quiere ser un chico. Michael era el nombre del hombre que trajo la guerra a Marial Bai. Es lógico pensar que una guerra como la nuestra llegó en un día, que retumbó un trueno y luego apareció la guerra, cayendo copiosamente como si fuera lluvia. Pero antes, Michael, hubo un cielo encapotado.

Tal vez estés ahora de peor humor. Llevas demasiado tiempo en este apartamento, y lo que al principio parecía una aventura se ha vuelto algo tedioso, incluso aterrador. No soy tan inocente como creías y estoy seguro de que temes la posibilidad de que vuelva a hablar. De momento no tengo nada que decir, no en voz alta, pero deberías saber algo sobre el Michael que en 1983 trajo los primeros augurios de guerra a nuestro pueblo.

William K me despertó, susurrando al otro lado de la pared de la cabaña.

—¡Levanta! ¡Levanta! —murmuraba—. Levántate a ver esto.

No me sentía muy inclinado a seguir a William K, ya que en muchas ocasiones me había pedido que fuera corriendo a un lugar u otro, o que me encaramara a un árbol, solo para ver un hoyo excavado por un perro, o una nuez que recordaba la cara del padre de William. Dichas visiones eran siempre mucho más impactantes en la mente de William K y no valía la pena meterse en líos por ellas. Pero mientras William K susurraba a través de la puerta, oí otras voces, voces de una multitud excitada.

—¡Ven! —me apremió William K—. ¡Te juro que esto es algo!

Me levanté, me vestí y corrí con William K hacia la mezquita, donde se había congregado un grupo de curiosos. Después de arrastrarnos entre las piernas de los adultos reunidos en la puerta de la mezquita, nos pusimos de rodillas y vimos al hombre. Estaba sentado en una silla, una de las toscas sillas hechas a base de madera y cuerda por Gorial Bol para luego venderlas en el mercado y cerca del río. El hombre era joven, debía de tener la edad de mi hermano Garang, la edad justa para casarse, tener su propia casa y su propio ganado. El hombre llevaba la frente surcada de cicatrices rituales, lo que significaba que no era de nuestra ciudad. En otras regiones y pueblos a los hombres, cuando cumplían los trece años más o menos, se les hacían cortes en la frente como rito de paso hacia la madurez.

Pero a este hombre, cuyo nombre era Michael Luol, le faltaba una mano. Donde debería haber estado su mano derecha la muñeca acababa en seco. La multitud, formada en su mayor parte por hombres, inspeccionaba el muñón del joven, y



expresaba opiniones distintas sobre quién tenía la culpa. William y yo seguimos de rodillas, desde donde podíamos estar cerca de la mano amputada, a la espera de oír cómo había sucedido esto.

—¡Pero no tienen ningún derecho a hacer algo así! —bramó un hombre.

Tres hombres llevaban el peso de la discusión: el jefe de Marial Bai, un individuo como un toro con los ojos muy grandes; su delgado y lacónico delegado; y un hombre robusto, cuya gran barriga parecía a punto de reventarle la camisa y empujaba mi espalda cada vez que daba un argumento.

—Lo pillaron robando. Fue castigado.

—¡Es un ultraje! Esta no es la justicia de Sudán.

El manco permanecía sentado y en silencio.

—Ahora lo es. Ese es el tema. Esto es la sharía.

—¡No podemos vivir bajo la sharía!

—No estamos viviendo bajo la sharía. Esto fue en Jartum. Si vas a Jartum, te riges por sus leyes. ¿Qué hacías en Jartum, Michael?

Los hombres enseguida hicieron recaer la culpa sobre los hombros del manco, ya que si este se hubiera quedado en su pueblo y se hubiera abstenido de robar, aún conservaría la mano y tal vez tuviera también una esposa: ahora la opinión generalizada era que ya no se casaría, por mucha dote que ofreciera, ya que a ninguna mujer debería pedírsele que aceptara a un marido al que le faltaba una mano. Michael Luol recibió poca compasión ese día.

Cuando salimos de la mezquita, pregunté a William K por la historia del hombre. Había oído la palabra «sharía», y algunos comentarios despectivos sobre los árabes y el islam, pero nadie había relatado con claridad los acontecimientos que habían provocado la amputación de la mano de Michael Luol. De camino a la gran acacia donde habíamos quedado con Moses, William K me contó la historia.

—Fue a Jartum hace dos años. Se fue a estudiar, pero luego se quedó sin dinero y se puso a trabajar de albañil. Trabajaba para un árabe. Para un árabe muy rico. Vivía con otros once dinkas. Compartían un piso en el barrio más pobre de la ciudad. Ahí es donde vivían los dinkas, según Michael Luol.

Me pareció raro que los dinkas vivieran en algún sitio considerado pobre mientras los árabes vivían bien. Voy a decirte algo, Michael de la Tele: el orgullo de los monyjang, los hombres entre los hombres, era muy fuerte. He leído a antropólogos que se quedaron atónitos por la estima en que se tenían los dinkas.

—Michael Luol perdió su empleo —prosiguió William K—. O tal vez se le acabó. No había trabajo. Ha dicho que se quedó sin trabajo y que no podía pagar el alquiler. Los otros lo echaron del piso y empezó a vivir en una tienda de campaña a las afueras de la ciudad. Ha dicho que miles de dinkas vivían allí. Gente muy pobre. Vivían en chozas hechas a base de plástico y palos, en las que hacía mucho calor, sin agua ni comida.

Recuerdo que en aquel momento sentí un fuerte desprecio hacia el manco. Era como si se mereciera haber perdido la mano. ¡Alguien tan pobre, que vivía en una casa de plástico! ¡Pedir comida! ¡No tener agua! Vivir sumido en una pobreza tan extrema cerca de árabes que vivían bien. Me daba vergüenza. Yo detestaba a los hombres que se pasaban el día bebiendo en el mercado de Marial Bai y detesté a este hombre que vivía en una cabaña de plástico. Aunque sé que no es un sentimiento admirable —despreciar a los pobres, los caídos—, yo era demasiado joven para sentir piedad.

William continuó:

—Michael Luol rebuscaba en la basura para conseguir comida. Iba con otros hombres, pasaba por los vertederos, rebuscaba entre los desperdicios por toda la ciudad. Iba por la mañana y ya se encontraba a cientos de personas buscando. Pero como Michael Luol era un hombre fuerte, se le daba bien. Encontraba potes, cajas y huesos de pollo. Comía lo que podía y vendía el resto. En una ocasión encontró una radio rota y se la vendió al hombre que las arreglaba. Con ese dinero compró una casa nueva. Necesitaba una más grande porque tenía una esposa.

—¿Se llevó a su esposa a Jartum? —pregunté.

—No, se casó allí. Consiguió una esposa después de haber perdido el empleo.

William K no parecía muy seguro de esta parte. No tenía demasiado sentido para ninguno de los dos: casarse cuando uno estaba sin trabajo y sin casa.

—Vivían en una casa nueva, algo hecho con palos y plástico. Es entonces cuando el hombre que contó la historia se puso muy triste. Su esposa murió. Contrajo disentería, porque el agua que bebían era un agua mala que sacaban de una zanja cerca de la ciudad. Así que pilló la malaria y no hubo forma de ingresarla en ningún hospital. Y murió. Cuando murió, los ojos se le salieron de la cabeza.

Conocía lo bastante bien a William K para saber que esta última parte se la estaba inventando. Siempre que era posible, en cualquier historia de William K, unos ojos se salían de la cabeza.

—Así que como tenía la casa que había comprado y ya no la necesitaba, la vendió. Cogió el dinero y compró bebida. Y luego lo detuvo la policía, lo llevaron a un hospital y le cortaron la mano.

—Espera. ¿Por qué? —pregunté.

—Creo que cogió algo. Robó algo de alguien. Quizá del hombre para quien trabajaba cuando era albañil. Volvió y se llevó algo. Un ladrillo, creo. Espera. Era un ladrillo, pero lo robó antes. Robó el ladrillo cuando su mujer aún vivía, porque el viento amenazaba con derribar la choza de plástico. Así que cogió el ladrillo y lo encontraron. Lo atraparon, y luego se murió su mujer y él volvió aquí.

—¿Y quién le cortó la mano? —pregunté.

—La policía.

—¿En el hospital?

—Dijo que allí había dos policías, una enfermera y un médico.

La historia fue aumentando con diversos adornos a lo largo de las semanas, en boca del manco y de otros, pero los hechos básicos se mantuvieron tal y como me los había contado William K. La ley islámica, la sharía, se había impuesto en Jartum y era ley en gran parte de Sudán, por encima de los ríos Lol y Kiir. Aumentaba el temor de que no tardaría en imponérsenos también aquí.

Es ahora cuando se complica todo, al menos relativamente, Michael Chico de la Tele. La historia de la guerra civil en Sudán, una historia perpetuada por nosotros, los Niños Perdidos, en interés del drama y la conveniencia, dice a grandes rasgos que un día estábamos sentados en nuestros pueblos, bañándonos en el río y separando el grano, y que al siguiente los árabes nos atacaron: matando, arrasando y esclavizándonos. Y aunque todos esos crímenes sucedieron de verdad, existe cierta discusión sobre las causas que los provocaron. Sí, se había impuesto la sharía, gracias a una sucesiva serie de leyes conocidas como las Leyes de Septiembre. Pero ese nuevo orden no había llegado a nuestro pueblo y había muchas dudas de que lo hiciera. Fue más crucial la ruptura del pacto de Addis Abeba de 1972 por parte del gobierno, que concedía al sur cierto grado de autonomía. En su lugar, el sur quedó dividido en tres regiones, que se dedicaron a azuzarse unas contra otras, sin que ninguna ostentara el menor poder significativo.

Te has dormido de nuevo, Michael, y me alegro de ello, pero tu sueño sigue marcado por patadas y escalofríos. Quizá también tú seas un niño de la guerra. En cierto sentido, deduzco que lo eres. Pueden adoptar diversas formas y diversas guisas, pero las guerras siempre llegan gradualmente. Estoy convencido de que existen pasos, y de que una vez se pone en marcha la rueda de acontecimientos, resulta casi imposible frenarla. Hubo otros pasos en el tambaleo del país hacia la guerra, y ahora recuerdo esos días con claridad. Pero tampoco entonces reconocí lo que estaba pasando: para mí no eran pasos hacia nada, sino días como cualquier otro.

Corría hacia la tienda de mi padre, abriéndome paso entre la densa multitud que acudía al mercado los sábados. Los sábados llegaban camiones del otro lado del río y la actividad comercial del mercado se duplicaba. Los tenderos venían de toda la región: el mercado de Marial Bai era uno de los mayores en casi ciento cincuenta kilómetros a la redonda y, por tanto, atraía mucho comercio ambulante. Cuando llegué a la tienda de mi padre, como siempre a todo correr, estuve a punto de chocar con la túnica grande e impoluta de Sadiq Aziz.

—¿Dónde te has metido hoy? —dijo mi padre—. Saluda a Sadiq.

La mano de Sadiq se posó sobre mi cabeza y se quedó apoyada en ella. Sadiq era un baggara, una tribu árabe que vivía al otro lado del Ghazal. Los árabes se dejaban ver los días de mercado de la estación seca, cuando traían a pastar al ganado. Las tensiones entre dinkas y baggaras, concernientes sobre todo a las tierras de pasto, se remontaban a siglos atrás. Los baggaras necesitaban las tierras más fértiles del sur

para alimentar a su ganado cuando las tierras del norte se resquebrajaban por la sequía. Lo normal era que los jefes llegaran a algún acuerdo, y la cooperación se había basado, históricamente, en alianzas y pagos a base de ganado y otros bienes. Existía un equilibrio. Durante la estación del ganado, y a menudo en los días de mercado, podía verse a baggaras y a otros árabes por cualquier rincón de Marial Bai. Se movían con libertad entre los dinkas, hablaban una mezcla entre dinka y árabe y a menudo se alojaban en sus casas. La convivencia entre ambos pueblos era buena. En muchas zonas se daban incluso matrimonios entre unos y otros, cooperación y respeto mutuo.

Mi padre era conocido entre los baggaras y otros negociantes árabes; se decía que hacía esfuerzos, a veces incluso cómicos, para atraer y complacer a los comerciantes árabes. Él sabía que gran parte de su éxito se basaba en su acceso a la mercancía en la que estaban especializados los del norte, y por tanto siempre se molestaba en dejar claro que los árabes eran bienvenidos en sus tiendas y en sus hogares. Sadiq Aziz, un hombre de grandes ojos y brazos sembrados de huesos y protuberantes músculos, era el comerciante predilecto de mi padre. Sadiq tenía buen ojo para los objetos raros, era capaz de encontrar los bienes más excepcionales: herramientas de granja mecánicas, máquinas de coser, zapatillas deportivas fabricadas en China. Y, lo más importante, Sadiq solía traerme algo.

—Hola, tío —dije. Era costumbre llamar «tío» a los hombres mayores, como muestra de familiaridad y respeto. Si el hombre es mayor que el padre de uno, se le llama «padre».

Sadiq enarcó las cejas en gesto de complicidad y extrajo algo de su bolsa. Me lo lanzó y lo cogí antes de saber qué era. Abrí las manos sobre una especie de gema. Parecía cristal, pero su interior estaba sembrado de líneas radiales, amarillas y blancas, como los ojos de un gato. Era precioso. Se me humedecieron los ojos cuando me quedé mirándolo. Me daba miedo parpadear.

—Está hecho para que parezca una gema —admitió Sadiq—, pero es cristal.

Guiñó un ojo a mi padre.

—¡Es como una estrella! —dije yo.

—Dilo en árabe —dijo Sadiq.

Sadiq sabía que yo había estado aprendiendo árabe en el colegio y a menudo me ponía a prueba. Intenté contestar:

—*Biga ze gamar* —dije, vacilante.

—¡Muy bien! —dijo Sadiq, sonriente—. ¡Eres el más listo de los hijos de Deng! Puedo decirlo porque los demás no están delante. Ahora di *Allah Akhbar*.

Mi padre se rió.

—¡Sadiq, por favor!

—Crees que Dios es grande, ¿no es así, Deng?

—Claro que sí —dijo mi padre—. Pero, por favor...

Sadiq se quedó mirando a mi padre durante un momento y luego se ruborizó.

—Lo siento. Solo bromeaba.

Buscó la mano de mi padre y se la estrechó sin fuerza.

—Y bien —preguntó—, ¿puedo montar a Achak en el caballo ahora?

Los dos hombres se volvieron hacia mí.

—Por supuesto —dijo mi padre—. ¿Te gustaría, Achak?

Mi madre había dicho que Sadiq adivinaba de forma intuitiva lo que quiere y desea un niño, porque cada vez que nos visitaba me traía regalos, y siempre que mi madre no anduviera lo bastante cerca para mostrar su desaprobación, porque lo desaprobaba, me subía a lomos de su caballo, que tenía atado a la puerta de la tienda.

—Allá vamos, pequeño jinete.

Miré desde arriba a los dos hombres.

—Se le ve muy a sus anchas allí arriba, Deng.

—Creo que se le ve muy asustado, Sadiq.

Aunque ambos se rieron, yo apenas los oía.

Una vez montado en la silla, la primera sensación que me embargaba era de poder. Era más alto que mi padre, más alto que Sadiq, y desde luego más alto que cualquier chico de mi edad. Sobre el caballo me sentía adulto y adoptaba una mirada imperiosa. Veía por encima de las vallas de los vecinos, mi mirada alcanzaba el colegio y distinguía a un lagarto que se arrastraba por el tejado. Yo era enorme. Era la combinación de mí mismo y del animal que podía controlar. Mis delirios de grandeza quedaron interrumpidos por los dientes del caballo, que habían encontrado mi pierna.

—¡Sadiq! —gritó mi padre. De un salto me cogió y me hizo bajar de la silla—. ¿Qué diablos le pasa a ese bicho?

—No lo había hecho nunca —tartamudeó Sadiq, que parecía desconcertado de verdad—. Lo siento mucho. ¿Estás bien, Achak?

Levanté la vista y asentí, mientras trataba de ocultar las manos que me temblaban. Sadiq me inspeccionó.

—¡Ese es mi chico valiente! —dijo Sadiq, apoyando la mano sobre mi cabeza.

—Sabía que no era una buena idea —dijo mi padre—. Los dinkas no somos jinetes.

Miré a los ojos del caballo. Odiaba a aquel maldito animal.

—Muchos dinkas han montado a caballo, Deng. ¿No estaría bien que Achak aprendiera a hacerlo? Eso serviría para llamar la atención de las niñas. ¿No es verdad, Achak?

Eso hizo reír a mi padre y se rompió la tensión.

—Creo que no necesita ayuda en ese tema —dijo mi padre.

Entonces ambos prorrumpieron en carcajadas, mirándome de reojo. Yo seguí con la vista fija en el caballo, y, para mi sorpresa, me percaté de que mi enfado ya casi se había esfumado.

Aquella noche comí con los hombres, una docena de comerciantes invitados en casa de mi padre, todos sentados alrededor del fuego. Conocía a varios de las tiendas,

pero muchos me resultaban nuevos. Había otros baggaras entre los invitados, pero me quedé cerca de Sadiq, con el pie apoyado en su sandalia de cuero. La conversación había versado sobre el precio del maíz y las incursiones de ganado dirigidas por ciertos grupos de baggaras al norte de Marial Bai. En general todos estaban de acuerdo en que los tribunales regionales, donde participaban representantes de los baggaras, los dinkas y del gobierno de Jartum, resolverían la cuestión. Los hombres comieron y bebieron durante un rato, y luego un dinka que estaba sentado frente a mi padre, un hombretón de amplia sonrisa más joven que el resto, tomó la palabra.

—Deng, ¿no te preocupa el tema de la insurrección?

Lo dijo con una radiante sonrisa; parecía ser la expresión que presentaba su semblante por defecto.

—No, no —dijo mi padre—. Esta vez no. Como algunos sabéis, participé en la última rebelión. Pero en esta nueva, no sé...

Se levantó un murmullo de aprobación entre el resto de los hombres, que parecían ansiosos de dejar el tema. Pero el hombre sonriente insistió.

—Ahora están en Etiopía. Da la impresión de que se cuece algo.

Y volvió a sonreír.

—No, no —dijo mi padre. Hizo un gesto de desdén con el dorso de la mano, pero el efecto fue más teatral que convincente.

—Cuentan con el apoyo de los etíopes —añadió este.

Este hecho pareció sorprender a mi padre. Ver que mi padre se enteraba de algo que no supiera no era algo que sucediera a menudo. Sadiq arrojó un trozo de carne a una de las cabras que rondaban por el perímetro de la finca y luego se dirigió al joven.

—¿Qué es lo que crees? ¿Que veinte desertores del ejército sudanés volverán y convertirán Sudán en un país comunista? Es una locura. El gobierno de Sudán aplastará Etiopía. Y aplastarán también cualquier pequeña insurrección.

—No discuto que los desertores acaben perdiendo —dijo el joven—, pero no veo que el pueblo dinka sienta un gran aprecio por Jartum. Podrían lograr apoyos.

—Nunca —dijo Sadiq.

—Esta vez no —añadió mi padre—. Sabemos cuál es su coste. De la guerra civil. Si volvemos a hacerlo, no nos recuperaremos. Eso sería el final.

Los hombres parecieron dar su aprobación a esta conclusión y el silencio se instaló en el grupo, solo interrumpido por el ruido que hacían al comer y beber y el de los animales que invaden la selva cuando cae la noche.

—¿Por qué no nos cuentas un cuento, padre Arou? —dijo Sadiq—. Cuéntanos ese sobre el principio del tiempo. Siempre me ha gustado.

—Eso es porque sabes que es cierto, Sadiq.

—Sí. Exactamente. Puedo tirar el Corán y aceptar tu cuento.

Los hombres se rieron y le instaron a contar el cuento. Mi padre se puso en pie y empezó a narrarlo, tal y como hacía siempre.

—Cuando Dios creó la Tierra, nos hizo primero a nosotros, los monyjang. Sí, el primer hombre fue un monyjang, y lo hizo más alto y fuerte que a cualquier otra persona sobre la faz de la Tierra...

Me sabía la historia de memoria, pero nunca había oído a mi padre contarla en presencia de hombres que no fueran dinkas. Observé los rostros de los árabes: esperaba que no se ofendieran; todos sonreían, como si estuvieran escuchando una especie de fábula, y no la auténtica historia de la Creación.

—Sí, Dios hizo a los monyjang altos y fuertes, y hermosas a sus mujeres, más hermosas que a cualquier otra criatura de la Tierra.

Un rápido estallido de aprobación se extendió entre los hombres, esta vez en un tono más gutural, al que se unieron los árabes. Todos se rieron en voz alta. Sadiq me dio un codazo y me sonrió, y yo me uní a sus risas aunque no estaba muy seguro de por qué se reían.

—Sí —prosiguió mi padre—, y cuando Dios hubo terminado, y los monyjang estaban en la Tierra esperando instrucciones, Dios preguntó al hombre: «Ahora que estás aquí, en la tierra más sagrada y fértil que tengo, puedo concederte una cosa más. Puedo concederte esta criatura, llamada vaca...».

Mi padre volvió la cabeza rápidamente, derramando parte del contenido de su taza en el fuego, donde silbó y produjo una nube de humo que subió hacia el cielo. Se volvió hacia el otro lado, y por fin encontró lo que buscaba: señaló una vaca que había a lo lejos, una de las que esperaba ser vendida en el mercado al día siguiente.

—Sí —continuó—, Dios enseñó al hombre la idea de ganado, y el ganado era magnífico. Era la réplica exacta de los deseos de los monyjang. Los hombres y mujeres dieron las gracias a Dios por ese gran regalo, porque sabían que el ganado les daría leche y carne y les reportaría toda clase de prosperidad. Pero Dios no había terminado.

—Nunca termina —dijo Sadiq, levantando una ola de carcajadas.

—Dios dijo: «Podéis quedaros con el regalo del ganado, o bien podéis tener el Qué».

Mi padre aguardó a que alguien le diera la réplica lógica.

—Pero... —intervino Sadiq en su ayuda—, ¿qué es el Qué? —dijo, con un aire de suspicacia muy teatral.

—Sí, sí. Esa era la cuestión. De manera que el primer hombre levantó la cabeza hacia Dios y preguntó qué era eso, qué era el Qué. «¿Qué es el Qué?», preguntó el primer hombre. Y Dios le dijo: «No puedo decírtelo. Pero tienes que elegir. Tienes que elegir entre el ganado y el Qué». Ahora bien, el hombre y la mujer podían ver al ganado con sus propios ojos, y sabían que el ganado les proporcionaría la posibilidad de comer y vivir con gran satisfacción. Vieron que el ganado era la creación más perfecta de Dios, y que poseía parte de la esencia de Dios. Sabían que vivirían en paz con el ganado, y que si lo ayudaban a comer y beber, este a su vez les daría leche, se multiplicaría con los años y mantendría felices y sanos a los monyjang. De manera

que el primer hombre y la primera mujer comprendieron que serían tontos si dejaban escapar al ganado a cambio de esta idea del Qué. Así que el hombre escogió el ganado. Y Dios ha demostrado que fue la decisión acertada. Dios estaba poniéndole a prueba. Le ponía a prueba para ver si podía apreciar lo que le había sido concedido, si era capaz de valorar aquel botín que tenía delante en lugar de cambiarlo por lo desconocido. Y como el primer hombre fue capaz de hacerlo, Dios nos ha permitido prosperar. Los dinkas viven y crecen, y el ganado vive y crece.

El joven sonriente levantó la cabeza.

—Sí, pero, tío Deng, ¿puedo preguntar algo?

Mi padre, advirtiendo las buenas maneras del hombre, se sentó y asintió.

—No nos has dado la respuesta. ¿Qué es el Qué?

Mi padre se encogió de hombros.

—No lo sabemos. Nadie lo sabe.

Enseguida se acabó la cena, y la bebida que la siguió, y los invitados dormían en las múltiples cabañas que formaban la finca de mi padre, y yo estaba tendido en su cabaña: fingía dormir, pero en realidad me dedicaba a observar a Sadiq y a apretar entre los dedos la gema de cristal que este me había regalado.

Había oído la historia del ganado y el Qué muchas veces, pero nunca la había oído terminar así. En la versión que me contaba mi padre, Dios había dado el Qué a los árabes, y por eso los árabes eran inferiores. Los dinkas recibieron el ganado, y los árabes intentaron robárselo. Dios había dado a los dinkas una tierra de más calidad, fértil y rica, además del ganado, y, aunque era injusto, esa había sido la voluntad de Dios, así que no había nada que hacer. Los árabes vivían en el desierto, sin agua ni suelo cultivable; por ello, para conseguir parte del botín de Dios, tenían que robar el ganado y luego llevarlo a pastar al territorio de los dinkas. Eran unos pésimos ganaderos, los árabes, y como no llegaban a comprender el valor del ganado, se dedicaban solo a despedazarlo. Mi padre a menudo me decía que eran gente confusa, gente de la que, en muchos sentidos, no cabía esperar nada.

Pero nada de esto había aparecido en la historia que había relatado mi padre aquella noche, y me alegré de ello. Estaba orgulloso de mi padre, ya que había alterado el relato para proteger los sentimientos de Sadiq y los demás comerciantes. Estaba seguro de que los árabes eran conscientes de su inferioridad en relación a los dinkas, pero también sabía que no era de buena educación resaltar ese hecho en mitad de una cena.

A la mañana siguiente vi por última vez a Sadiq Aziz. Era día de iglesia, y a la hora en que se levantó mi familia, Sadiq ya estaba en la calle, ensillando el caballo. Me arrastré al exterior de la cabaña para verlo montar y me encontré con que mi padre también estaba allí.

—¿Estás seguro de que no quieres venir con nosotros? —dijo mi padre.



Sadiq sonrió.

—Quizá otro día —dijo con una mueca. Montó sobre la silla y partió en dirección al río.

Este día fue también el último en que vi a los soldados apostados en el pueblo. Los soldados del ejército del gobierno habían estado destacados desde hacía años en Marial Bai; en esa época eran unos diez, encargados de mantener la paz. Después del servicio religioso, que se prolongó hasta pasado el mediodía, me dirigí a la capilla episcopal y aguardé en la puerta a que salieran William K y Moses. Por mucho que me disgustaba la duración de nuestras misas católicas, me alegraba no estar en la congregación del reverendo Paul Akoon, cuyos sermones eran famosos por prolongarse hasta la noche. Cuando William K y Moses hubieron terminado, y el último se hubo cambiado de camisa, caminamos hacia el campo de fútbol mientras los soldados y los hombres del pueblo se situaban y empezaban a calentar con los dos balones que los soldados tenían en sus barracones. Los soldados dedicaban gran parte del tiempo a jugar al fútbol y al voleibol, y el resto del tiempo a fumar y, cuando anocheaba, a beber vino. Nadie les decía nada por ello; el pueblo estaba contento de contar con los soldados, para proteger el mercado y el ganado cercano de los asaltos de los murahaleenes o de cualquiera. Los soldados destacados en Marial Bai eran un grupo formado por diversas etnias y creencias: cristianos dinkas, musulmanes de Darfur, musulmanes árabes. Compartían los barracones y llevaban una vida relativamente tranquila. Pasaban los días patrullando la ciudad, y en sus ratos de ocio se instalaban en la tienda de mi padre, a beber areki, un vino local, y a hacer planes para su vida futura, cuando se licenciaran del ejército.

Cuando empezó el partido, William K, Moses y yo ocupamos nuestros lugares detrás de una de las porterías, con la esperanza de devolver las pelotas perdidas. Por todo el campo, en los córneres y fuera de las líneas, se había diseminado un grupo de niños demasiado pequeños para jugar con los hombres, esperando tener la oportunidad de captar una pelota desviada y lanzarla o chutarla de nuevo hacia el campo. Cuando se puso el sol y las hogueras para la cena empezaron a arder por todo el pueblo, pude devolver dos pelotas, y en cada una de esas ocasiones chuté con precisión hacia el campo. Fue un día fantástico para mí. El partido terminó y los hombres se estrecharon las manos y se dispersaron.

—¡Chico de rojo! —gritó un soldado.

Me giré. Miré la camiseta que llevaba; era de color rojo.

—Ven si quieres algo bueno.

Corrí hacia el soldado, un hombre bajo de cara ancha y la frente sembrada de cicatrices nuers. Me tendió una bolsita llena de dulces amarillos. Lo miré sin moverme.

—Coge unos cuantos, chico. Es un regalo.

Cogí uno y me lo llevé enseguida a la boca. Al instante me arrepentí de haber sido tan impulsivo. Debería haberlo guardado en el bolsillo, haberlo reservado para una

ocasión especial. Pero ya era demasiado tarde. Lo tenía en la boca y era delicioso: como el limón, pero sin ser ácido. Parecía un terrón de azúcar con forma de limón.

—Gracias, tío —dije.

—Coge otro —dijo el soldado—. Tienes que aprender a coger lo que se te ofrece. Solo un niño rico sería tan remilgado. ¿Es eso cierto, chico? ¿Eres lo bastante rico para ser caprichoso?

Yo no estaba muy seguro de si eso era verdad. Sabía que mi padre era un hombre acaudalado, importante, pero no podía estar de acuerdo en que eso me hubiera vuelto un caprichoso. Todavía le estaba dando vueltas al asunto cuando el soldado dio media vuelta y se alejó.

A todos los efectos, la guerra estalló unas semanas más tarde. De hecho, la guerra ya había estallado en algunas partes del país. Corrían rumores de árabes asesinados por los rebeldes. En varias ciudades se habían producido matanzas de árabes: asesinatos en masa de comerciantes árabes, la quema de sus tiendas. Los grupos rebeldes, formados en su mayoría por dinkas, se habían situado por todo el sur y habían enviado un mensaje claro a Jartum: no tolerarían la aplicación de la sharía en territorio dinka. Los rebeldes aún no se habían organizado bajo el epíteto de Ejército de Liberación del Pueblo Sudanés, y su presencia era esporádica en el sur. La guerra aún no había llegado a Marial Bai, pero no tardó en hacerlo. Nuestro pueblo fue uno de los más duramente asaltados, primero por la presencia de los rebeldes y luego por las milicias enviadas por el gobierno a castigar a los rebeldes, y a quienes los apoyaban, activamente o de cualquier otra forma.

Estaba sentado en la tienda de mi padre, jugando en el suelo con un martillo, fingiendo que era el cuello y la cabeza de una jirafa. Lo movía con la gracia lenta de las jirafas, inclinaba el cuello para que bebiera agua y lo elevaba para que comiera de las hojas de un árbol.

Arrastraba en silencio la jirafa-martillo por el suelo sucio de la tienda cuando la jirafa miró a su alrededor. Había oído un ruido. ¿Qué era? No era nada. Decidí que la jirafa necesitaba un amigo. Bajé otro martillo de un estante y lo uní al primero. Las dos jirafas se deslizaron por la sabana, con los cuellos inclinados hacia delante, la primera marcaba el paso, seguida por la segunda, alternándose en el tiempo.

Me imaginé como un hombre de negocios, encargado de llevar los asuntos de mi padre, organizar la tienda, negociar con los clientes, hacer nuevos pedidos a gentes del otro lado del río, ajustar los precios a los vaivenes del mercado, visitar la tienda de Aweil; conocería los nombres de muchos comerciantes, me movería a mis anchas por los pueblos, sería conocido y respetado por todos. Sería un hombre importante, como mi padre, y tendría muchas esposas. Aprovecharía el éxito de mi padre y abriría otra tienda, muchas más, y quizá llegaría a poseer un rebaño de ganado mayor: seiscientas cabezas, o quizá mil. Y en cuanto pudiera permitírmelo tendría una

bicicleta, y la conservaría envuelta con el plástico. Me aseguraría de que el plástico no se rompiera.

Una sombra invadió la tierra de mis jirafas.

—¡Hola! —dijo mi padre, mirando hacia el cielo.

El saludo que recibió no fue cálido. Al levantar la vista me encontré con tres hombres; uno de ellos llevaba un rifle atado a la espalda con una cuerda blanca. Lo reconocí. Era el joven de sonrisa fácil que había cenado con nosotros junto al fuego aquella noche. El que había preguntado a mi padre qué era el Qué.

—Necesitamos azúcar —dijo el más bajo de los tres. No iba armado, pero estaba claro que era el cabecilla. Fue el único que habló.

—Por supuesto —dijo mi padre—. ¿Cuánto?

—Todo, tío. Todo el que tengas.

—Eso te costará un buen pico, amigo.

—¿Es esto todo lo que tienes?

El bajito cogió el saco de veinte libras que había en un rincón.

—Es todo el que tengo.

—Bien, nos lo llevamos.

El hombrecillo levantó el saco y se dispuso a marcharse. Sus compañeros ya estaban fuera.

—Espera —dijo mi padre—. ¿Me estás diciendo que no pretendes pagarlo?

El hombre bajito estaba en la puerta, sus ojos se ajustaban a la luz del sol matutino.

—Tenemos que alimentar al movimiento. Deberías alegrarte de contribuir.

—Estabas equivocado, Deng —intervino el joven de la sonrisa.

Mi padre salió de detrás del mostrador y se unió al hombre en la puerta.

—Puedo regalaros parte del azúcar, por supuesto. Y lo hago con gusto. Recuerdo la lucha. Y sé que la lucha necesita alimentos. Pero no puedo daros el saco entero. Eso me arruinaría, y lo sabes. Todos tenemos que poner de nuestra parte, sí, pero lleguemos a un trato que sea justo para ambos. Te daré el que me sea posible.

Mi padre fue en busca de un saco más pequeño.

—¡No! ¡No! ¡Imbécil! —gritó el bajito. El volumen me hizo ponerme en pie—. Nos llevamos este saco, y puedes darnos gracias de que no cojamos más.

Ahora el de la sonrisa y su compañero, el hombre que llevaba el rifle atado con una cuerda, habían vuelto y estaban detrás del bajito. Posaron sus ojos en mi padre. Este les sostuvo la mirada, uno a uno.

—Por favor. ¿De qué vamos a vivir si nos robáis?

El de la sonrisa avanzó hacia mi padre y casi me pisa al hacerlo.

—¿Robar? ¿Nos estás llamando ladrones?

—¿Cómo voy a llamaros? Es así como...

El joven de la sonrisa le asestó un fuerte puñetazo y mi padre cayó al suelo, a mi lado.

—Sacadlo fuera —dijo el hombre—. Quiero que todos lo vean.

Los hombres arrastraron a mi padre al exterior de la tienda, hacia el bullicioso mercado. Una multitud se congregó allí enseguida.

—¿Qué pasa? —preguntó Tong Tong, el dueño de la tienda contigua.

—Mira y toma ejemplo de esto —dijo el hombre de la sonrisa.

Los tres hombres tumbaron a mi padre bocabajo y le ataron las manos y los pies con cuerda de su propia tienda. Entonces salió mi madre.

—¡Basta! —gritó ella—. ¡Estáis locos!

El hombre del rifle apuntó a mi madre con él. El bajito se volvió hacia ella con una mirada de intenso desprecio.

—Tú serás la próxima, mujer.

Me volví y corrí hacia la oscuridad de la tienda. Estaba seguro de que matarían a mi padre, quizá también a mi madre. Me escondí debajo de los sacos de grano y me imaginé viviendo sin mi madre. ¿Me enviarían a vivir con mi abuela? Decidí que sería la madre de mi padre, Madit, la que me acogería. Pero su casa estaba a dos días de camino, y nunca volvería a ver a William K y a Moses. Me incorporé de debajo de los sacos de grano y atisé por un resquicio: en el mercado mi madre se había interpuesto entre mi padre y los tres hombres.

—¡Por favor, no lo matéis! —gemía mi madre—. Matarlo no os servirá de nada.

Ella le sacaba una cabeza al bajito, pero el del rifle seguía apuntándola. Yo no podía respirar. Algo zumbaba en mi cabeza y parpadeé para mantener los ojos abiertos.

—Tendréis que matarme a mí también —dijo ella.

El tono del bajito se hizo de repente más suave. Miré por la puerta y vi que el otro había bajado el arma. Y entonces, sin el menor atisbo de pasión, propinó una patada a mi padre en la cara. El sonido fue sordo, como un manotazo en el costado de una vaca. Volvió a patearlo, y el ruido fue distinto esta vez. Un crujido, exactamente igual a cuando partes una rama bajo la rodilla.

Y en ese momento algo en mí se rompió. Lo sentí, no era un error. Era como si dentro de mí hubiera un puñado de cuerdas que me mantenían erguido, que unían el cerebro, el corazón y las piernas, y en ese momento una de esas cuerdas, finas y delicadas, se rompió.

Ese día la presencia rebelde se estableció y Marial Bai se convirtió en una ciudad en guerra consigo misma: disputada por los rebeldes y el gobierno. Se olvidaron los partidos de fútbol. Los rebeldes realizaban incursiones nocturnas, robando lo que podían, y durante el día los soldados del ejército patrullaban por el pueblo, sobre todo por el mercado, husmeando en busca de amenazas. Cargaban y descargaban los rifles. Sospechaban de cualquiera que no les resultara familiar, los jóvenes eran acosados a

la mínima. ¿Quién eres? ¿Estás con los rebeldes? La confianza en el ejército se había evaporado. Los no implicados tenían que escoger un bando u otro.

Ya no me permitían jugar en el mercado. El colegio se había suspendido indefinidamente. Nuestro maestro se había ido y se decía que entrenaba con los rebeldes en algún lugar cercano a Juba, en el extremo sudeste del país. Las discusiones entre los hombres de Marial Bai eran constantes y acaloradas, después de la iglesia, durante la cena y en los caminos. Mi padre me dijo que me quedara en casa y mi madre intentaba no dejarme salir, pero yo me escapaba de vez en cuando en compañía de William K y de Moses y veía cosas. Fuimos los únicos que vimos huir a Kolong Gar.

Era de noche, ya habíamos cenado. Habíamos ido al árbol desde el que podíamos oír hablar a Amath y a sus hermanas. Aquel escondrijo había sido mi secreto hasta que William K me vio un día y me amenazó con revelarlo a los cuatro vientos si no lo dejaba subir. Desde entonces nuestro espionaje nocturno se había vuelto habitual, aunque infructuoso. Si el viento soplaba con fuerza, las hojas de la acacia se agitaban y susurraban, ahogando cualquier cosa que pudiéramos oír en la cabaña de abajo. La noche en que vimos a Kolong Gar era así: una noche sin estrellas y sembrada de viento. No oíamos nada de lo que se decían Amath y sus hermanas, y estábamos aburridos de intentarlo. Nos disponíamos a descender cuando Moses, que ocupaba el saliente más alto, vio algo.

—¡Esperad! —murmuró.

William y yo obedecimos. Moses señaló hacia los barracones y vimos lo mismo que él. Luces, cinco focos, danzando sobre el campo de fútbol.

—Soldados —dijo Moses.

Las linternas se movían despacio por el campo y luego se dispersaron. Dos desaparecieron en el interior de la escuela y proyectaron sus haces de luz por el aula. Luego la escuela volvió a quedarse a oscuras y las luces empezaron a correr.

Fue entonces cuando Kolong Gar corrió directamente a los pies de nuestro árbol. Kolong Gar era un soldado del ejército del gobierno, pero también era un dinka, y ahora corría, vestido solo con un pantalón corto blanco, sin zapatos ni camisa. Distinguimos la fuerza de sus músculos y el blanco de las órbitas de sus ojos: de un salto pasó por debajo de nuestras piernas colgantes. Le vimos la espalda mientras cruzaba la finca de Amath y descendía el sendero principal de Marial Bai en dirección al sur.

Minutos más tarde dos luces le siguieron. Se pararon a poca distancia del árbol que nos escondía, y por fin dieron media vuelta y volvieron a los barracones. La búsqueda había terminado, al menos por aquella noche.

Fue así como Kolong Gar desertó del ejército. Nos pasamos semanas contando la historia, que todos encontraban rara y fascinante, hasta que otras parecidas se convirtieron en moneda común. Los dinkas que hasta entonces formaban parte del ejército del gobierno estaban desertando para unirse a los rebeldes. Los soldados del

gobierno destacados en Marial Bai habían llegado a ser doce, pero pronto se redujeron a diez y luego a nueve. Los que seguían eran árabes del norte y dos soldados furs de Darfur. La opinión pública no alentaba su permanencia. Marial Bai se decantaba rápidamente por la causa de los rebeldes —que exigían, entre otras cosas, mayor representación en Jartum para el sur de Sudán—, y los soldados no eran ciegos a ello.

Y un buen día todos se fueron. Marial Bai se despertó una mañana y los soldados encargados de proteger al pueblo de las incursiones y de mantener la paz ya no estaban allí. Sus pertenencias también se habían esfumado, al igual que los camiones: no quedaba ni rastro de ellos. Se fueron del sur de Sudán y se dirigieron al norte, y con ellos partieron muchas familias prósperas de Marial Bai. Hombres que trabajaban para el gobierno en cualquiera de sus funciones —jueces, contables, recaudadores de impuestos— se llevaron a sus familias a Jartum. Cualquier familia con posibles partía hacia lo que consideraba un lugar más seguro, ya fuera al norte, al este o al sur. Marial Bai, así como gran parte de la región de Bahr al-Ghazal, ya no era un lugar seguro.

El día en que desaparecieron las tropas, Moses y yo fuimos a los barracones de los soldados, nos arrastramos bajo sus camas, en busca de dinero o recuerdos, de cualquier cosa que se hubieran podido dejar olvidada con las prisas. Moses encontró una navaja de bolsillo y se la quedó. Yo encontré un cinturón sin hebilla. El edificio aún olía a hombres, a tabaco y a sudor.

Los escasos comerciantes árabes que permanecían en el mercado tampoco tardaron mucho en cerrar sus tiendas y partir. En una semana la mezquita quedó cerrada, y tres días más tarde un incendio la destruyó por completo. No se realizó ninguna investigación. Ahora que los soldados se habían ido, la presencia rebelde en Marial Bai aumentó durante un tiempo. Los rebeldes pronto se bautizaron con un nuevo nombre: el Ejército de Liberación del Pueblo Sudanés.

Pero unas semanas más tarde ellos también se fueron. No estaban en Marial Bai para patrullar ni proteger. Pasaban a reclutar gente, a coger lo que necesitaban de la tienda de mi padre. Los rebeldes no estaban cuando la gente de Marial Bai recogió lo que ellos habían sembrado.

El teléfono de Michael vuelve a sonar.

El chico se despierta poco a poco y corre hasta la cocina para contestar. Gran parte de la conversación se me escapa, pero le oigo decir: «Dijiste diez», seguido de una serie de protestas similares.

La llamada se acaba en menos de un minuto y sé que debo reanudar los intentos de razonar con el chico. Quizá ahora se sienta ya más cómodo conmigo, con mi presencia inmóvil, y ya no le tenga miedo a mi voz. Y es evidente que está disgustado con sus cómplices. Quizá pueda forjar una alianza, ya que aún albergo esperanzas de que vea que tiene más en común conmigo que con los que le han dejado aquí.

—Hombrecito —digo.

Se halla entre la cocina y el comedor; dudaba entre si volver a acostarse o encender otra vez la tele. Capto su atención un momento. Me mira un instante y luego aparta la vista.

—No quiero asustarte. Sé que estar aquí conmigo no ha sido idea tuya.

Mira hacia el listín telefónico, pero como este está apoyado en mi sien, retirarlo de su lugar implicaría acercarse demasiado a mí. Pasa por delante y desaparece en el pasillo, directo a los dormitorios. Se me seca la garganta al pensar que esta vez pueda volver con el diccionario completo.

—Hombrecito —digo, proyectando la voz hacia el pasillo—. ¡No me arrojes nada más, por favor! Me callaré si es lo que quieres.

Ahora lo tengo delante y, por primera vez, me mira a los ojos. Sostiene mi manual de geometría en una mano y una toalla en la otra. De entrada no logro descifrar cuál de los dos objetos supone una amenaza mayor. La toalla... ¿le servirá para asfixiarme?

—¿Quieres que me esté callado? Me callaré si dejas de arrojarme cosas encima.

Hace un gesto de asentimiento. Luego, con delicadeza, acerca el pie a mi boca y recoloca la cinta en su sitio. La imagen de este chaval, pisándome la boca, es demasiado fuerte para aceptarla.

Desaparece de mi vista pero no ha terminado. Cuando vuelve, inicia un proyecto de construcción en el comedor.

Primero empuja la mesita hacia el centro del salón, reduciendo el espacio que hay entre los tres objetos: yo, la mesa y la estantería. Luego saca una silla de la cocina y la coloca cerca de mi cabeza. Del sofá extrae uno de los tres grandes cojines que forman el respaldo y lo sitúa en el asiento de la silla. Tras sacar otra silla de la cocina, repite la operación con otro cojín, y lo ubica todo a mis pies. Ha conseguido su propósito: me ha borrado de su campo visual. El mío queda limitado al techo, y a lo poco que alcanzo a ver por la abertura de la mesita. Permanezco inmóvil, impresionado por su habilidad arquitectónica, hasta que me sorprende con la manta. El edredón de mi cama queda esmeradamente extendido por encima de los cojines

para formar una especie de tienda de campaña. Esto ya es demasiado, Michael. Se me agota la paciencia. Estoy harto de ti, ojalá hubieras visto lo que presencié yo. Deberías mostrarte agradecido, Chico de la Tele. Deberías tener un poco de respeto. ¿Has visto el principio de una guerra? Imagina el barrio donde vives, y ahora escucha los gritos de las mujeres, mira cómo los bebés son arrojados a los pozos. Contempla cómo explotan tus hermanos. Te quiero ver allí conmigo.

Estaba con mi madre, ayudándola a hervir el agua. Había ido a por leña y ahora alimentaba el fuego, mientras ella me agradecía mi ayuda con la mirada. No era habitual que un niño de mi edad fuera tan útil. Existe una intimidad entre una madre y un hijo, un hijo de seis o siete años. A esa edad aún puede ser un niño, puede mostrarse débil y refugiarse en los brazos en su madre. Para mí, sin embargo, esta es la última vez, porque mañana ya no seré un niño. Seré otra cosa: un animal con un único objetivo desesperado, sobrevivir. Sé que no puedo volver y por eso saboreo estos días, los momentos en que puedo ser pequeño, hacer favores nimios, arrastrarme bajo mi madre y avivar el fuego de la cena. Me gusta pensar que me estaba regodeando en el último momento de mi infancia cuando llegó el ruido.

Era como el de los aviones que sobrevolaban el pueblo de vez en cuando, pero más intenso, más disonante. El ruido parecía dividirse una y otra vez. Chaca-chaca. Chaca-chaca. Me paré a escuchar. ¿Qué era eso? Chaca-chaca. Era como el rumor de un camión viejo, pero llegaba desde arriba, se dispersaba por el cielo.

Mi madre se quedó quieta, alerta. Me dirigí a la puerta de la cabaña.

—Achak, ven y siéntate —dijo ella.

A través de la puerta entreabierta vi una especie de avión que se cernía sobre el pueblo. Era un modelo fascinante, negro por todas partes y opaco, sin reflejos. Los aviones que yo había visto hasta entonces recordaban a pájaros en un estilo rudimentario, con picos, alas y pechos, pero esta máquina no se parecía a nada. A un grillo quizá. Vi cómo sobrevolaba el pueblo. El sonido era rico y denso, más fuerte que cualquier otro que hubiera oído nunca; sus vibraciones me sacudían las costillas, me desgajaban.

—¡Achak, ven aquí!

Oí las palabras de mi madre, aunque su voz era como un recuerdo. Lo que estaba sucediendo ahora era algo totalmente nuevo. Llegaban cinco o más máquinas idénticas, grandes grillos negros que volaban en todas direcciones. Salí de la cabaña y me planté en el centro de la finca, como hipnotizado. Vi a otros niños del pueblo que, como yo, miraban al cielo; algunos saltaban, se reían y señalaban aquellos grillos tan estruendosos.

Pero había algo raro. Los adultos huían corriendo de las máquinas, se caían, gritaban. Yo miraba a los que corrían, aunque estaba demasiado atónito para moverme. El volumen ensordecedor de las máquinas me paralizaba. Sentía un



cansancio que era nuevo, mientras veía cómo las madres cogían a sus hijos pequeños y los metían en sus cabañas. Vi correr a los hombres hacia la maleza y arrojarse al suelo. Vi cómo uno de los grillos surcaba el campo de fútbol, volando más bajo que el resto de máquinas; vi cómo los veinte jóvenes que estaban jugando en el campo corrían hacia el colegio, entre gritos. Entonces un nuevo ruido atronó el aire. Era como si la máquina se cortara en pedazos, se dividiera. Pero no se trataba de eso.

Los hombres que huían hacia el colegio empezaron a caer. Caían de cara a mí, como si huyeran hacia mi casa, hacia mí. Diez hombres cayeron derribados en unos segundos, con los brazos levantados. La máquina que les había disparado también volaba en mi dirección y permanecí quieto, mientras esta se hacía cada vez más grande y más ruidosa. Distinguí los rifles, en manos de dos hombres sentados en la máquina, provistos de cascos y gafas de sol, como las de mi padre. Era incapaz de moverme; la máquina se acercaba, el ruido era abrumador.

—¡Achak!

Las manos de mi madre me rodearon la cintura y tiraron de mí con fuerza hacia la oscuridad. Me encontré en el interior de la cabaña, con ella. El ruido rugió sobre nuestras cabezas: sibilante, entrecortado, a ráfagas.

—¿Estás loco? ¡Te matarán!

—¿Quién? ¿Quiénes son?

—El ejército. Los helicópteros. Oh, Achak, tengo miedo. Reza por nosotros, por favor.

Recé. Me tumbé debajo de su cama y recé. Mi madre se quedó sentada, rígida, temblorosa. Las máquinas se alejaron y luego volvieron; el sonido partió y regresó con ellas, llenando mi cabeza de nuevo.

Me tendí junto a mi madre, preguntándome qué habría sido de mis hermanos, de mi hermana y mis hermanastras, de mi padre y mis amigos. Sabía que cuando los helicópteros se fueran, la vida en el pueblo habría sufrido un cambio irreversible. Pero ¿habría acabado? ¿Se irían los grillos? No lo sabía. Mi madre no lo sabía. Era el principio del fin de la conciencia de que la vida continuaba. ¿Tienes la sensación, Michael, de que mañana te despertarás? ¿De que mañana comerás? ¿De que el mundo no se acabará mañana?

Todo terminó en una hora. Los helicópteros se marcharon. Los hombres y mujeres de Marial Bai abandonaron sus hogares poco a poco y salieron al sol del mediodía. Atendieron a los heridos y contaron a los muertos.

Había treinta cadáveres. Veinte hombres, la mayoría entre los que estaban jugando al fútbol. Ocho mujeres y dos niños más pequeños que yo.

—Quédate en casa —dijo mi madre—. No hace falta que lo veas.

A la mañana siguiente volvieron los camiones del ejército. Los camiones que habían partido con los soldados del gobierno semanas antes regresaron ahora, llenos de soldados. Iban acompañados por tres tanques y diez Land Rovers, que rodearon la ciudad a primera hora de la mañana. En cuanto hubo suficiente luz para maniobrar

con eficacia, los soldados saltaron de los camiones y procedieron a incendiar la ciudad de Marial Bai. Prendieron una gran hoguera en medio del mercado y de ella fueron cogiendo troncos y teas encendidos y arrojándolos sobre los techos de la mayoría de las casas que había en un radio de mil quinientos metros. Los escasos hombres que opusieron resistencia fueron abatidos a tiros. Durante un tiempo esto supuso, sin duda, el final de cualquier clase de vida en Marial Bai. Una vez más, los rebeldes a quienes iba dirigido el castigo no se dignaron aparecer por allí.

Nos fuimos de Marial Bai unos días más tarde, Michael. Mi padre y su tienda eran objetivo tanto del gobierno como de los rebeldes, así que él decidió trasladar el objetivo. Cerró la tienda de Marial Bai, dividió a su familia y se preparó para trasladarse, él y sus negocios, a Aweil, a unos ciento sesenta kilómetros al norte. Se llevó consigo a dos esposas y a siete de sus hijos; yo fui escogido para acompañarlo, pero no mi madre. Ella, junto al resto de esposas e hijos, debía quedarse en Marial Bai, a vivir en nuestra casa semiderruida. Mi padre nos aseguró que ahora estarían a salvo en el pueblo; un día nos reunió a todos a la salida de la iglesia y nos explicó su plan. Según él, lo peor ya había pasado: Jartum había dado la lección que quería dar, se había impuesto el castigo a quienes colaboraban con los rebeldes, y ahora lo importante era permanecer neutrales y dejar claro que no existía colaboración alguna con el ELPS, que esta ni tan siquiera era posible. Si mi padre no tenía una tienda en Marial Bai, no podría ayudar al ELPS ya fuera voluntaria o involuntariamente, así que no podría imponérsele castigo alguno, ni a él ni a nosotros, ya fuera por parte del gobierno, de los rebeldes o de los murahaleenes.

Mi madre estaba furiosa por tener que quedarse. Pero no protestó.

—Quiero que obedezcas a tus madrastras —me dijo.

Le dije que lo haría.

—Hazles caso. Sé listo y útil.

Le dije que lo haría.

Estaba acostumbrado a viajar con mi padre. En sus viajes de negocios a Aweil o a Wau, a menudo me escogía para ir con él, ya que era yo quien estaba destinado a llevar las tiendas cuando él fuera demasiado viejo para hacerlo. Ahora mi padre trasladaba sus operaciones allí, a una ciudad más grande, situada en la línea del ferrocarril que conectaba el norte y el sur. Aweil estaba en el sur de Sudán y su población era mayoritariamente dinka, pero se hallaba bajo la jurisdicción del gobierno y actuaba como base del ejército de Jartum. Mi padre consideraba que era un lugar seguro donde llevar sus negocios y a la vez permanecer al margen del creciente conflicto. Todavía estaba convencido de que la rebelión, o lo que fuera, acabaría en agua de borrajas.

Nuestro camión llegó por la noche y me llevaron, medio dormido, a una cama que mi padre había dispuesto en la cabaña. Desperté a medianoche, rodeado del ruido de hombres que discutían, de botellas rotas. Un grito. Un arma que abría fuego hacia el cielo. Los sonidos de la selva habían desaparecido, reemplazados por los de grupos de hombres al pasar, de mujeres cantando a coro durante la noche, de aullidos de hienas y de un millar de gallos.

Por la mañana me dediqué a explorar el mercado mientras mi padre departía con sus amigos de Aweil. Por primera vez no podía contar con Moses o con William K, y Aweil era enorme, mucho más poblada que Marial Bai. En Marial Bai yo había visto

algunos edificios de ladrillo, pero aquí los había por docenas, y muchas más estructuras con techos de uralita de las que yo había visto nunca. Aweil parecía mucho más próspera y urbana que Marial Bai, lo que no me hacía mucha gracia. Ese primer día vi muchas cosas nuevas y muy tristes, incluyendo al segundo manco con que me topaba en mi vida. Lo seguí por el mercado: era un anciano vestido con un *dashiki* de hilo, dorado y azul; vi cómo el brazo sin mano oscilaba bajo la manga. Nunca descubrí cómo había perdido la mano, pero me dije que allí habría más miembros amputados. Aweil era una ciudad del gobierno.

Vi a un mono montado en la espalda de un hombre. Un monito negro que saltaba de un hombro al otro, gritando y aferrándose a los hombros de su dueño. Vi camiones, coches, furgonetas. Más vehículos en un solo lugar de los que yo creía posible. En Marial Bai, durante los días de mercado, podía haber dos camiones, tres a lo sumo. Pero en Aweil, los coches y los camiones iban y venían a toda prisa, por docenas, levantando nubes de polvo. Había soldados por todas partes y estaban tensos; cualquier recién llegado a la ciudad despertaba sus sospechas, sobre todo los hombres jóvenes.

Cada día traía consigo un asalto, un interrogatorio. Los hombres eran llevados a los barracones con tal regularidad que cabía esperar que cualquier joven dinka de Aweil fuera interrogado más pronto o más tarde. Se le detenía, se le propinaba una paliza de intensidad variable, se le obligaba a jurar su odio hacia el ELPS y a nombrar a aquellos que creía que simpatizaban con su causa. Esa misma tarde se le ponía en libertad y se procedía a detener e interrogar a los hombres que él había citado. Permanecer alejado del mercado aseguraba la falta de acoso, pero como el ELPS se movía en el bosque, al amparo de las sombras, los que vivían en las afueras de la ciudad eran automáticamente sospechosos de colaborar con él, de ayudarlo y conspirar en contra de Aweil desde granjas y campos.

Aunque había ido con mucha cautela y había tratado bien a los soldados, no pasó mucho tiempo antes de que mi padre fuera sospechoso de ayudar a los rebeldes.

—Deng Arou.

—Sí.

Había dos soldados en la puerta de la tienda de mi padre.

—¿Eres el Deng Arou de Marial Bai?

—Sí. Ya sabéis que sí.

—Tenemos que requisar esta tienda.

—No vais a hacer nada de eso.

—Cierra por hoy. Ya la reabrirás cuando terminemos de hablar.

—¿Hablar de qué?

—¿Qué haces aquí, Deng Arou? ¿Por qué te fuiste de Marial Bai?

—Hace diez años que tengo una tienda aquí. Tengo todo el derecho a...

—Diste bienes gratuitos al ELPS.

—Dejadme hablar con Bol Dut.

—¿Bol Dut? ¿Conoces a Bol Dut?

Mi padre había inclinado la balanza. Su mejor amigo, tanto en Marial Bai como en cualquier otro sitio, era Bol Dut, un hombre de rostro macilento y perilla canosa, conocido prestamista de dinero; él había ayudado a mi padre a abrir la tienda en Aweil. Asimismo era miembro del Parlamento nacional. En resumen, era uno de los líderes dinkas más célebres en Bahr al-Ghazal, y había conseguido ser miembro del Parlamento ocho años sin traicionar a los dinkas de su región. No era un logro fácil.

—Bol Dut es un rebelde —dijo el soldado.

—¿Bol Dut? Vigila con lo que dices. Estás hablando de un miembro del Parlamento.

—Un miembro del Parlamento a quien se ha escuchado hablar por radio con Etiopía. Colabora con los rebeldes. Y si eres amigo suyo, tú también.

Vi cómo se llevaban a mi padre para interrogarlo. A pesar de que él era más alto que los chicos soldados, a su lado parecía débil y afeminado. Llevaba una camisola de color rosa y sandalias destrozadas mientras que ellos iban de uniforme, calzados con gruesas botas de recios tacones negros. Ese día me avergoncé de mi padre, me sentía enfadado. No me había dicho adónde iba. No me había dicho si lo encarcelarían, lo matarían o regresaría en una hora.

Volvió por la mañana. Lo vi bajar la calle hacia nosotros, murmurando para sus adentros. Mi hermanastra Akal corrió hacia él.

—¿Dónde estabas? —preguntó ella.

Él pasó por delante de ella, sin detenerse, y entró en la cabaña. Salió unos minutos más tarde.

—¡Achak, ven!

Corrí hacia él y volvimos al mercado; había dejado la tienda sola cuando lo arrestaron. Mientras andábamos, observé su cara y sus manos buscando señales de heridas o malos tratos. Comprobé sus mangas para ver si le faltaba una mano.

—Es un mal momento para ser hombre en este país —dijo él.

Cuando llegamos encontramos la tienda intacta. Estaba rodeada de comercios llevados por árabes, y dedujimos que estos habían estado vigilándola. Sin embargo, en vista de los acontecimientos, permanecer en Aweil parecía imposible.

—¿Nos vamos de Aweil? —pregunté.

Mi padre se apoyó en el muro trasero y cerró los ojos.

—Creo que nos iremos de Aweil, sí.

Bol Dut vino a cenar. Le vi bajar por el camino. Sus andares eran conocidos. Caminaba con paso magistral: golpeaba el suelo con un pie y luego con el otro, como si estuviera sacudiéndose el agua de los zapatos. Tenía un pecho ancho y fuerte, su rostro siempre mostraba, o fingía, un gran interés por todo.

Empujó la puerta de la casa y tomó las manos de mi padre entre las suyas.

—Lamento el malentendido con los soldados —le dijo.

Mi padre se desasíó.

—En circunstancias normales haría algo.

Mi padre sonrió y negó con la cabeza.

—Ya lo sé.

—En circunstancias normales, podría hacer algo —añadió Bol.

—Lo sé, lo sé.

—Pero ahora tengo más problemas que tú, Deng Arou.

Dijo que lo vigilaban. Había mantenido reuniones con la gente equivocada. Sus frecuentes salidas y entradas de Aweil eran vistas con gran preocupación. Había rechazado una invitación para ser recibido por el ministro de Defensa en Jartum. Sus palabras divagaban mientras él paseaba la vista por el mercado: parecía perdido.

—Entra, Bol —dijo mi padre, tomándolo del brazo.

Los hombres se metieron en la cabaña de mi padre. Me arrastré a toda prisa y me quedé acostado, fingiendo dormir.

—Achak. Fuera.

No hice sonido alguno. Mi padre suspiró. No insistió más.

—Bol —dijo mi padre—, vuelve con nosotros a Marial Bai. Allí no hay soldados. Estarás a salvo. Harás amigos. No es una ciudad del gobierno.

—No, no. Supongo que debo hacer algo, pero...

A Bol Dut se le quebró la voz.

—Bol. Por favor.

Bol bajó la cabeza. Mi padre apoyó las manos en sus hombros. Era un gesto íntimo. Desvié la mirada.

—No —dijo Bol en voz algo más firme. Levantó la cabeza—. Debería esperar. Si me fuera sería peor. Despertaría muchas más sospechas. Tengo que quedarme o...

—Entonces vete a Uganda —suplicó mi padre—. O a Kenia. Por favor.

Los hombres permanecieron un rato sentados. Bol apoyó la espalda y encendió la pipa. La cabaña se llenó de humo acre. Bol miraba la pared como si en ella hubiera una ventana, y a través de ella, una salida a su situación.

—Bien —dijo por fin—. Lo haré. Lo haré.

Mi padre sonrió y luego le cogió la mano.

—¿Qué harás?

—Marial Bai. Iremos. Me iré contigo.

Bol Dut parecía seguro. Asintió con firmeza.

—¡Bien! —dijo mi padre—. Eso me hace muy feliz, Bol. Bien.

Bol Dut siguió asintiendo, como si quisiera convencerse a sí mismo. Mi padre se sentó en silencio, a su lado, sonriendo sin demasiado convencimiento. Los dos hombres siguieron juntos mientras los animales invadían la noche y las luces de Aweil proyectaban sombras afiladas por la ciudad.

Por la mañana nadie tuvo la menor duda de lo que le habían hecho a Bol Dut ni de quiénes eran los responsables. Un grupo de mujeres lo había encontrado cuando iba a buscar leña. Mi padre estaba abatido, luego procedió a iniciar los preparativos para regresar a Marial Bai. Se decidió que partiríamos al día siguiente. Desmantelaríamos la casa inmediatamente y se alquilaría un camión.

Yo quería ver a Bol Dut y convencí a una niña de la ciudad de la que me había hecho amigo para que me acompañara.

—Echemos un vistazo —dije.

—No quiero verlo —dijo ella.

—No está allí —mentí—. Ya lo han enterrado. Solo veremos las huellas del tanque.

Guiándonos por el rastro que este había dejado en la tierra y el lodo, nos internamos en la selva. Las huellas se hacían más profundas por momentos y desaparecían después, en los puntos donde el camión había topado con un arbusto o unas raíces.

—¿Has visto cómo se mueve uno de estos? —preguntó ella.

Le dije que sí.

—¿Son rápidos o lentos?

No me acordaba. Cuando pensaba en el tanque, imaginaba los helicópteros.

—Muy rápidos —le dije.

—Quiero parar —dijo ella.

Fue ella quien vio primero al hombre: sentado en una silla, con las piernas cruzadas, justo al final de los surcos. Estaba solo, con las manos apoyadas en las rodillas y la espalda erguida, como si estuviera de guardia. Cerca de su silla, en el barro, había una manta de un material parecido a la lana. Era del mismo color gris que los ríos al anochecer y cubría las huellas del tanque. Le dije que no era nada, aunque sabía que era Bol Dut.

Ella dio media vuelta y se dispuso a regresar a casa. La seguí.

A primera hora de la mañana siguiente, el día previsto para la partida, las balas rociaron la valla de acero que rodeaba nuestra finca. Era un mensaje dirigido a mi padre.

—El gobierno quiere que nos marchemos —dijo mi padre. Arrojó la última bolsa en el camión y se montó en él con nosotros—. Y en este tema debo reconocer que estoy de acuerdo con él —añadió, riéndose.

Mis madrastras no le vieron la gracia.

Habíamos estado tres meses fuera. Cuando volvimos encontramos solo una serie de círculos de tierra chamuscada. Ignoro si aún quedaban casas en pie. Supongo que

había unas cuantas y que las familias que aún residían en Marial Bai se habían agrupado en ellas. Las casas de mi padre ya no existían. Cuando partimos, nuestro hogar, aunque dañado, aún comprendía tres cabañas y una casa de ladrillo. Ahora no había nada, solo runas, ceniza. Bajé del camión y me planté en la entrada de la antigua casa de ladrillo donde dormía mi padre. Quedaba una pared, y la chimenea, intacta.

Encontré a mi hermana Amel, que volvía del pozo.

—Los murahaleenes se acaban de ir —dijo ella—. ¿Qué haces aquí?

El cubo estaba vacío. El pozo había sido contaminado. Habían arrojado en él cabras muertas y a un hombre medio quemado.

—Esto no es seguro —dijo ella—. ¿Por qué os habéis ido de Aweil?

—Padre dijo que estaríamos más seguros aquí. Más seguros que en Aweil.

—Pues no es así, Achak. En absoluto.

—Pero los rebeldes están aquí. Tienen armas.

Yo había oído que la milicia de Manyok Bol, un grupo rebelde con base en Bahr al-Ghazal, pasaba de vez en cuando por Marial Bai.

—¿Ves a algún rebelde? —dijo ella, alzando la voz—. Muéstrame dónde están los rebeldes y sus armas, so burro. Aquí viene madre.

Su vestido amarillo era una nube que barría la hierba. Estaba a mi lado antes de que yo pudiera romper a llorar. Me cogió, me abrazó y casi me asfixia sin querer, y yo le olí la barriga y le dejé que me lavara la cara con agua y con el dobladillo de su vestido del color del sol. Insistió, a mí y a mi padre, en que debíamos abandonar Marial, en que este era el lugar menos seguro, en que el ejército había escogido este pueblo como objetivo por delante de otros. El mensaje de Jartum era claro: si los rebeldes optaban por seguir, sus familias serían masacradas, sus mujeres violadas, los niños esclavizados, el ganado robado, los pozos envenenados, las casas arrasadas, la tierra quemada.

Corrí hacia la cabaña de William K. Lo encontré jugando en la sombra de su casa, que había sido quemada pero que de todos modos presentaba mejor aspecto que cualquier otra casa del pueblo.

—¡William!

Levantó la cabeza y me miró.

—¡Achak! ¿Eres tú de verdad?

—Soy yo. ¡He vuelto!

Me acerqué corriendo y le di un puñetazo en el pecho.

—Había oído que volvías. ¿Ya te has convertido en un chico de ciudad?

—Sí —dije, e intenté andar como uno de ellos.

—Me parece que sigues igual de tonto. ¿Sabes leer?

No sabía leer, ni tampoco William K, y así se lo dije.



—Sé leer —dijo él—. Leo cualquier cosa que caiga en mis manos.

Me apetecía pasear con él, explorar el pueblo, buscar a Moses.

—No puedo —dijo William—. Mi madre no me deja. Mira.

William K me mostró una línea de palos, dispuesta de extremo a extremo, circundando la finca de su familia.

—No puedo traspasar esa línea sin ella. Mataron a mi hermano Joseph.

No sabía nada de eso. Recordaba a Joseph, mucho mayor, bailando en la boda de mi tío. Era un hombre muy delgado, menudo, frágil según la opinión general.

—¿Quién lo mató?

—Los jinetes, los murahaleenes. Lo mataron junto con cuatro hombres más. Y al viejo, el tuerto del mercado. Lo mataron por bocazas. Hablaba árabe y maldecía a los invasores. Así que lo mataron, primero con una pistola y luego con cuchillos.

Me pareció una forma muy tonta de morir. Solo un guerrero muy malo moriría a manos de los murahaleenes, de un invasor baggara. Mi padre me lo había dicho muchas veces. Según él, los baggaras eran unos guerreros terribles.

—Siento que tu hermano haya muerto.

—Quizá no muriera. No lo sé. Se lo llevaron. Le dispararon y luego le ataron al caballo y se lo llevaron a rastras. Aquí.

William me llevó hasta un árbol pequeño que se salía del sendero de su casa.

—Fue aquí donde le dispararon. Estaba allí.

Señaló hacia el árbol.

—El hombre iba a caballo. Gritó a Joseph: «¡No corras! ¡No corras o disparo!».

Así que Joseph se detuvo y se volvió hacia el jinete. Y entonces le disparó. Justo aquí.

Hundió el índice en el hueco de mi garganta.

—Cayó al suelo y lo ataron al caballo. Así.

William K se tumbó en el suelo.

—Cógeme los pies.

Le levanté las piernas.

—Vale, ahora tira de mí.

Arrastré a William K por el sendero hasta que empezó a dar patadas.

—¡Para! Me haces daño, joder.

Le solté los pies, a sabiendas de que en el momento en que lo hiciera, William K se incorporaría y me pegaría en el pecho, cosa que hizo. Se lo permití porque Joseph estaba muerto y porque ya no comprendía nada de lo que estaba pasando.

Mi madre me hizo la cama y yo di vueltas a un lado y a otro para entrar en calor debajo de la manta de piel de becerro.

—No pienses en Joseph —dijo ella.

No había pensado en Joseph desde la cena, pero entonces volví a pensar en él. Me dolía la garganta, en el lugar donde William K había hecho presión con el dedo.

—¿Qué les había hecho? ¿Por qué le dispararon?

—No hizo nada, Achak.

—Tuvo que hacer algo.

—Corrió.

—William K dice que se paró.

Mi madre suspiró y se sentó a mi lado.

—Entonces no lo sé, Achak.

—¿Van a volver?

—No lo creo.

—¿Vendrán hasta aquí? ¿A nuestra parte de la ciudad?

Albergaba la débil esperanza de que los baggaras no pasaran de las afueras de Marial Bai, de que no atacaran la casa de alguien importante como mi padre. Pero ya la habían asaltado.

Mi madre empezó a dibujar en mi espalda: triángulos dentro de círculos. Era algo que hacía desde que tengo memoria, para tranquilizarme cuando no podía dormir. Tarareaba en voz baja mientras me frotaba la espalda trazando círculos lentos. Cada vez que trazaba un círculo con el índice, dibujaba luego un triángulo cuyos vértices iban de mi cintura a los hombros.

—No te preocupes —dijo ella—. El ELPS no tardará en llegar.

Círculo, círculo, triángulo.

—¿Con pistolas?

—Sí. Van armados, como los jinetes.

Círculo, círculo, triángulo.

—¿Somos tantos como los baggaras?

—Tenemos tantos soldados como ellos. O más.

Me reí y me senté en la cama.

—¡Los mataremos! ¡Los mataremos a todos! Si los dinkas tenemos armas mataremos a todos los baggaras como si fueran animales.

Quería ver cómo sucedía. Lo deseaba con todas mis fuerzas.

—¡No será una batalla! —me reí—. Terminará en cuestión de segundos.

—Sí, Achak. Ahora duérmete. Cierra los ojos.

Quería ver disparar a los rebeldes contra los hombres que habían matado a Joseph Kol, el hermano de William K, sin motivo alguno. Cerré los ojos e imaginé a los árabes cayendo de los caballos entre chorros de sangre. Si me pillaba cerca, me abalanzaría sobre ellos y les tiraría piedras. En mi visión había muchos, al menos un centenar de árabes a caballo, y todos acababan muertos. Los rebeldes disparaban contra ellos y William K y yo les aplastábamos la cara con los pies. Era glorioso.

Por la mañana encontré a Moses. Estaba viviendo con su madre y un tío suyo en la cabaña medio quemada de este. Moses no estaba seguro de adónde había ido su padre. Esperaba verlo regresar en cualquier momento, aunque su tío parecía desconocer su paradero. Moses creía que su padre se había unido al ejército.

—¿Qué ejército? ¿El del gobierno o el de los rebeldes? —pregunté.

Moses no lo sabía con certeza.

Moses y yo deambulamos por la fresca penumbra de la escuela. Estaba vacía, y sus paredes llenas de orificios de bala. Metimos los dedos en uno, dos, tres... tantos que dejamos de llevar la cuenta. Moses metió los dedos, que eran más grandes que los míos, en cinco agujeros a la vez. La escuela estaba abandonada. El mundo parecía haberse detenido en Marial Bai. El mercado constaba solo de unos cuantos puestos; para otra clase de productos uno tenía que desplazarse hasta Aweil. Solo las mujeres viejas podían emprender el viaje. Cualquier hombre que se atreviera a viajar a Aweil sería detenido, encarcelado, eliminado.

La mayoría de hombres de Marial Bai se había ido. Los que quedaban eran o muy jóvenes o muy viejos. Todos los comprendidos entre catorce y cuarenta años se habían marchado.

Vimos a dos avestruces persiguiéndose, dándose picotazos y arañándose. Moses les tiró una piedra y se pararon, concentrando su atención en nosotros. Los avestruces eran comunes en el pueblo y se les consideraba dóciles, pero nos habían dicho que eran capaces de matar a un chico en cuestión de segundos, de destripar a alguien de nuestra edad en un santiamén. Nos escondimos detrás de un árbol medio quemado, de un tronco chamuscado y negro.

—Pajarracos feos —dijo Moses, y entonces se acordó de algo—. ¿Te has enterado de que mataron a Joseph?

Le dije que sí.

—La bala le atravesó por aquí.

Y entonces, tal y como había hecho William K, hundió el dedo índice justo debajo de mi nuez.

¿Quieres saber cuándo me marché de ese lugar para siempre, Michael?

Hacía un día radiante, el techo del cielo estaba muy alto. Mi padre se había ido a Wau por negocios. Había transcurrido una semana desde nuestro regreso a Marial Bai. Una vez más yo estaba alimentando el fuego cuando mi madre levantó la vista. Ella hervía agua con la leña que yo había traído a casa. Vi que su mirada pasaba por encima de mi hombro.

Dime, Michael, ¿tienes madre? ¿Alguna vez la has visto aterrada? Ningún niño debería presenciar algo así. Es el final de la infancia: ver su rostro desencajado de terror, sus ojos muertos. Verla derrotada ante una amenaza inminente. Verla derrotada porque cree que ya no puede salvarte.

—Oh, Dios mío —dijo ella. Se le hundieron los hombros y derramó gotas de agua caliente encima de mi mano. Solté un grito, pero entonces oí el rumor.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—¡Ven! —susurró ella. Sus ojos recorrieron la finca—. ¿Dónde están tus hermanas?

Yo no había visto lo que había visto mi madre. Pero estaba el ruido. Una vibración que subía desde el suelo. Busqué a mis hermanas, aunque sabía que habían bajado al río. Mis hermanos estaban atendiendo el ganado. Dondequiera que se hallaran, o estaban a salvo del rumor o habían sido sobrepasados por él.

—¡Ven! —me dijo, y me atrajo hacia ella.

Corrimos. Iba de su mano, pero me caía. Ella aflojó el paso y me agarró del brazo. Al final me aupó sobre su hombro y siguió corriendo. Contuve el aliento con la esperanza de que se detuviera. Fue entonces, tumbado sobre su hombro, cuando vi lo que ella había visto.

Era como una polvareda, como si una nube baja avanzara hacia nosotros a toda velocidad. El rumor procedía de los caballos. Entonces los vi: eran hombres a caballo que ensombrecían la tierra. Nos detuvimos y mi madre dijo:

—¿Dónde os escondéis? —susurró sin aliento.

—Ven al bosque —dijo una voz de mujer.

Me dejó en el suelo.

—Escondeos en la hierba —nos dijo la mujer—. Desde aquí podemos huir hacia Palang.

Nos agachamos en la hierba con la mujer, que era vieja y olía a carne. Me percaté de que nos hallábamos cerca de la finca de mi tía, de camino al río. Estábamos ocultos, en la sombra y en medio de un denso arbusto. Desde nuestro escondrijo vimos cómo la tormenta arrasaba la ciudad. Todo era polvo. Algunos caballos llevaban a dos hombres. Otros iban montados en camellos y arrastraban carros a sus espaldas. Oí el silbido de las balas. Una multitud de caballos invadió la selva. Venían

por todas partes y se reunían en el centro de la ciudad. Los murahaleenes tomaban las ciudades así, Michael. Las cercaban y luego machacaban todo lo que quedaba dentro.

—La última vez eran solo veinte —dijo la mujer.

Ahora había fácilmente doscientos o trescientos, quizá más.

—Esto es el final —dijo mi madre—. Intentan matarnos a todos. Lo siento mucho, Achak, pero no sobreviviremos al día de hoy.

—No, no —la reprendió la mujer—. Quieren el ganado. El ganado y la comida. Luego se irán. Nos quedaremos aquí.

En ese momento empezaron los disparos. Los rifles eran como los que llevaba el ejército del gobierno, grandes y negros. El cielo se llenó de balas. La metralla resonaba por todos los rincones del pueblo.

—Oh, señor. Oh, señor.

La mujer había roto a llorar.

—¡Chist! —dijo mi madre. Buscó la mano de la mujer y al final la encontró—. No hagas ruido. Chist.

Un caballo con dos hombres montados galopó cerca de nosotros. El segundo jinete iba de espaldas, apuntando a ambos lados con el rifle.

—*Allah Akhbar!* —gritó él.

Un coro de voces le contestó:

—*Allah Akhbar!*

Un hombre encendió una antorcha y la arrojó contra el tejado del hospital. Otro hombre, que iba montado sobre un gran caballo negro, preparó una especie de arma redonda y la lanzó contra la iglesia episcopaliana. Una explosión resquebrajó los muros y destruyó el techo.

Cuando se me ocurrió pensar en ella, vi que los jinetes cercaban la cabaña de Amath. Seis hombres montados en cuatro caballos. Rodearon la cabaña por todos lados y luego le lanzaron una antorcha. El techo ardió lentamente, sin llamas, y luego se ennegreció. Al final su casa fue pasto del fuego, un fuego que subió por las paredes y luego fue bajando. Un humo marrón envolvió la cabaña. De ella salió una figura, un chico joven, con las manos en alto. Los rifles resonaron desde el perímetro y el pecho del hombre se tiñó de rojo. Cayó al suelo, y ya nadie más salió de la cabaña. Los gritos empezaron poco después.

—Achak.

Mi madre estaba detrás de mí. Su boca me susurraba al oído.

—Achak. Mírame.

La miré a los ojos. Era tan duro, Michael. No le quedaban esperanzas. Creía que íbamos a morir ese día. Sus ojos no tenían luz.

—No podré llevarte lo bastante rápido. ¿Lo entiendes?

Asentí.

—Tendrás que correr. ¿Vale? Sé que eres muy veloz.

Asentí. Yo creía que podíamos sobrevivir. Que yo podía.

—Pero si corres con tu madre, te verán. ¿No crees? Tu madre es muy alta y los jinetes la verán, ¿verdad?

—Sí.

—Iremos corriendo a casa de tu tía, pero quiero que corras tú solo, ¿de acuerdo? Te irá mejor si corres solo.

Estuve de acuerdo y corrimos por la hierba, hacia el río, hacia la finca de mi tía, alejándonos del centro de la ciudad y del campo de pasto y de cualquier otra cosa que los jinetes pudieran querer. Yo corría detrás de mi madre, observaba cómo sus pies desnudos golpeaban el suelo. Nunca había visto correr así a mi madre y me preocupé. Era muy lenta, era demasiado alta para correr. El vestido amarillo y la lentitud de la carrera la hacían muy visible y yo quería ocultarla.

Oímos un piafar de caballo y de repente nos encontramos frente a un hombre que, con el rifle en guardia, nos miró y detuvo al caballo.

—¡Estaos quietos, dinkas! —ladró en árabe.

Mi madre se quedó rígida. Yo me escondí detrás de sus piernas. El hombre seguía apuntándonos con el rifle. Decidí que, si bajaba el arma, yo saldría corriendo. El jinete gritó hacia el lugar de donde venía, señalándonos a mí y a mi madre. Otro jinete galopó hacia nosotros, despacio, listo para desmontar. Y entonces algo nos salvó. El pie se le enredó, y al querer soltarlo el rifle se disparó contra la pata derecha del caballo. Con un aullido, el animal se revolvió y cayó de bruces. El hombre voló por los aires como una muñeca, todavía atrapado en el lío de riendas y la correa del rifle. El primer jinete desmontó para ayudarlo, y en cuanto nos dio la espalda mi madre y yo nos esfumamos.

No tardamos en llegar a casa de la tía Marayin. Estaba en silencio. El ruido del asalto sonaba lejano, sofocado. Marayin no estaba.

Subimos por la escalera hacia la buhardilla donde se guardaba el grano y nos sentamos entre las almendras; nos enterramos mutuamente, echándonos la masa por encima, hundiéndonos cada vez más. Los ojos de mi madre miraban hacia todas partes.

—No sé si esto es lo mejor, Achak.

Un grito sacudió el silencio. Era, sin duda, Marayin.

—Señor, señor —murmuró mi madre.

Enterró la cara en las manos pero se recobró enseguida.

—Bien. Quédate aquí. Tengo que ir a ver qué le pasa. No me alejaré. ¿De acuerdo? Si no veo nada, volveré al instante. Tú quédate. No hagas el menor ruido, ¿vale?

Asentí.

—¿Me prometes que apenas respirarás?

Asentí, y empecé a aguantar la respiración.

—Buen chico —dijo ella.

Me acarició la cara durante un momento y luego retrocedió hacia la puerta. La oí bajar la escalera y noté cómo la cabaña temblaba con ese descenso. Luego paró. Sonó un disparo, más próximo. Otro grito de Marayin. Silencio. Mientras esperaba, me hundí en el grano hasta que este me cubrió los hombros. Escuché y me mantuve alerta.

Unas pisadas rascaron el suelo. Alguien estaba muy cerca. Se movía en silencio, con cautela. Sentí renacer la esperanza: era mi madre. Con suma lentitud me zafé del grano y me dirigí a la puerta, para estar listo cuando viniera a por mí. Atisé por la puerta, solo distinguía unos centímetros del exterior. No vi movimiento alguno, pero aún oía los pasos. Luego llegó el olor. Era parecido al que flotaba en los barracones, intenso y dulzón. Me tumbé de espaldas sobre el grano, y Michael, te juro que aún no entiendo cómo pude permanecer tan inmóvil. Cómo pude evitar hacer ruido alguno. Cómo ese hombre no me oyó. Fue Dios quien decidió que aquel día Achak Deng se moviera en el más absoluto silencio.

Cuando el hombre se hubo ido, Michael, corrí hacia la iglesia. Me habían enseñado que la iglesia es siempre un lugar seguro. Los muros de la iglesia eran fuertes, así que corrí hacia ellos. Una vez dentro, descubrí que era un refugio seguro, al menos de momento. Me escondí detrás de un agujero que había en el muro de paja, al amparo de las frescas sombras, debajo de una mesa rota, y esperé allí durante horas. Alcanzaba a ver el pueblo desde un agujero del tamaño de un ratón y miré mientras pude soportarlo.

En el pueblo, los asaltados estaban aprendiendo. Los que corrían se ganaban un tiro. Las mujeres y los niños que permanecían quietos eran conducidos hacia el campo de fútbol. Un hombre mayor que cometió el error de intentar unirse al rebaño recibió un disparo. Los asaltados aprendieron otra cosa: los hombres adultos debían correr, o luchar y morir. Los jinetes no los querían para nada. Sus presas eran mujeres, niños y niñas, y a todos ellos los agruparon en el campo de fútbol, acorralados por dos docenas de jinetes. Por otro lado, las acciones de los jinetes parecían seguir cierto orden establecido. Mientras unos parecían encargados de quemar todas las casas, otros cabalgaban sin rumbo, disparando y profiriendo gritos en árabe, en función de la necesidad o la inspiración del momento.

El hombre que había intentado unirse a las mujeres y niños en el campo de fútbol estaba muerto. Lo ataron por los pies y lo arrastraron con un par de caballos. Muchos baggaras parecían encontrarlo divertido y fue entonces cuando recordé lo que le habían hecho a Joseph.

Un hombre provisto de un rifle distinto, estrecho y con un cañón más largo, saltó del caballo e hincó una rodilla en el suelo. Apuntó el arma a un objetivo lejano y disparó. Satisfecho con el resultado, se recolocó y volvió a abrir fuego. Esta vez hicieron falta cuatro disparos más antes de sonreír de nuevo.

Un jinete, más alto que el resto y vestido con una túnica blanca, llevaba una espada tan larga como yo. Le vi correr en pos de una mujer que huía hacia el bosque y levantar la espada en el aire. Aparté la mirada. Enterré la cabeza en la tierra y conté hasta diez; cuando volví a mirar, solo vi el vestido, una mancha azul celeste, desparramado en el suelo.

En el campo de fútbol se había congregado un grupo de jinetes. Diez hombres habían desmontado y procedían a atar a un grupo de chicas. En cuanto pensé en buscar a Amath, la vi. Estaba de pie, con el semblante tranquilo, las manos atadas a la espalda y las piernas también atadas. A siete metros, una mujer se dirigía a gritos a los milicianos: era una maldición árabe que yo conocía. Llevaba un vestido chillón, de estampado rojo y blanco. Nunca había oído que una mujer le dijera a un hombre que tuviera relaciones sexuales con una cabra, pero eso era lo que la mujer gritaba a los asaltantes. Y así, sin demasiado entusiasmo, uno de los hombres desenfundó la espada y fue hacia ella. La mujer se desplomó, con la parte blanca de su vestido bañada de rojo.

El resto de las chicas fueron izadas por parejas y atadas a las monturas. Lanzaban a las chicas sobre la silla y usaban una cuerda para inmovilizarlas, como quien carga una alfombra o un haz de leña. Vi cómo cogían a las gemelas, Ahok y Awach Ugieth, y las ataban a caballos distintos. Las chicas gritaban y se buscaban con las manos; cuando los caballos se movieron, Ahok y Awach consiguieron quedarse lo bastante cerca como para cogerse de la mano, y lo hicieron.

Una hora después la actividad cesó. Los dinkas que habían querido luchar habían luchado y estaban muertos. El resto estaba siendo atado para ir hacia el norte. El asalto tocaba a su fin y, para los murahaleenes, había sido un éxito. Ni un solo miembro de sus filas había resultado herido. Busqué con la mirada a Moses y a William K, pero no vi a ninguno de los dos. Veía la cabaña de Moses y algo que parecía un cuerpo humano tendido en el suelo junto a la puerta.

Pero entonces se oyó un disparo procedente de un árbol, y un jinete, de piel más oscura que la mayoría de los murahaleenes, cayó hacia delante y fue resbalando muy despacio hasta que su cabeza chocó contra el suelo, aunque sus pies seguían atrapados en el estribo. Una decena de jinetes se apresuraron a rodear el árbol. Se oyó una ráfaga de palabras en árabe, escupidas con furia. Apuntaron con los rifles y dispararon más de veinte balas en un segundo; una figura cayó del árbol, muerta. Llevaba el uniforme naranja de la milicia de Manyok Bol. Me fijé en él. Era Manyok Bol. Era el único rebelde que estaba allí aquel día, Michael. Más tarde me enteré de que lo habían cortado en seis partes y arrojado dentro del pozo de mi padre.

—¡Levántate!

Oí una voz conocida. Me volví y vi a un chico en pie, junto al cuerpo que había tendido cerca de la cabaña de su tío: era una mujer la que yacía en el suelo, con los puños cerrados.

—¡Levántate!



Era Moses. Estaba junto a la mujer, que era su madre. Su madre se había quemado con la cabaña. Había escapado, pero no se movía y Moses estaba enfadado. La tocó con el pie. Él había perdido la razón. Se veía a la legua que estaba muerta.

—¡Arriba! —gritó él.

Yo quería correr hacia Moses, esconderlo en la iglesia conmigo, pero tenía demasiado miedo para abandonar mi escondrijo. Había demasiados jinetes y si me aventuraba a salir nos atraparían a los dos. Pero él se limitaba a seguir allí, pidiendo a gritos ser descubierto, y me percaté de que no era consciente de los peligros que se cernían sobre él. Decidí que debía rescatarlo de allí aunque eso significara sufrir las consecuencias; huiríamos juntos. Pero en ese momento le vi volver la cabeza y sus ojos vieron la misma escena que los míos: un jinete cabalgaba hacia él. Un hombre montado sobre un salvaje caballo negro se abalanzó sobre Moses, que a la sombra del animal no parecía mayor que un niño. Moses reaccionó y sorteó con rapidez las cenizas de lo que había sido su casa; el jinete lo siguió con la espada en alto. Moses corrió, pero su huida topó con una valla: no tenía salida. El jinete lo embistió y yo desvié la mirada. Me senté y traté de hundirme en la tierra de la iglesia. Moses ya no estaba.

A medida que anochecía muchos de los asaltantes abandonaron la ciudad, algunos cargando con sus prisioneros, otros con lo que habían rapiñado de las casas y el mercado. Pero aún quedaban cientos en el pueblo, comiendo y descansando mientras el fuego consumía las últimas casas. No vi a nadie de mi familia; todos habían escapado, o estaban muertos.

Al anoecer planeé mi huida. Tenía que hacerse lo bastante de noche como para pasar sin ser visto, y tenía que haber el suficiente ruido como para que mis pasos no llamaran la atención. Cuando los animales ocuparon la selva supe que pasaría desapercibido. Vi el centro comunitario de Marial Bai, que se alzaba a unos cincuenta metros, y me dije que solo tenía que llegar hasta allí. Cuando lo conseguí me arrojé al suelo, a la sombra del tejado, ahora descolgado. Contuve la respiración y esperé hasta estar seguro de que nadie me había visto u oído. Luego me interné en la selva.

Esa fue la última vez que vi la ciudad, Michael. Me arrastré por el bosque, corrí durante una hora y por fin encontré el hoyo de un tronco y me metí en él, de espaldas, empezando por las piernas. Permanecí oculto durante unas horas, alerta, oyendo a los animales que se adueñaban de la noche, el crepitar de fuegos lejanos, los ocasionales silbidos de las balas. No tenía ningún plan. Podía seguir corriendo, pero no sabía dónde estaba ni adónde debía encaminar mis pasos. Nunca había ido más allá del río sin mi padre, y ahora estaba solo y lejos de cualquier camino conocido. Podría haber continuado, pero no era capaz de decidir en qué dirección hacerlo. Temía tomar un sendero que me llevara de bruces hasta los murahaleenes. Pero ellos no eran los

únicos que me daban miedo. A estas horas la selva ya no pertenecía a los hombres; era el territorio del león, de la hiena.

Un intenso crujido en la hierba me sacó del tronco y me hizo escapar. Pero hacía demasiado ruido. Cuando corría por la hierba parecía estar rogando al mundo que se percatara de mi existencia, que me devorara. Intenté amortiguar mis pasos, pero no veía dónde ponía los pies. Todo era negro, aquella noche no había luna, y me veía obligado a correr con las manos extendidas para anticipar los obstáculos.

Michael, te juro que no sabes lo que es la oscuridad hasta que has visto la que reina en el sur de Sudán. No hay ciudades a lo lejos, no hay farolas, no hay carreteras. Si se oculta la luna, tu entorno se confunde. Ves ante ti formas que no existen. Quieres convencerte de que puedes ver, pero no ves nada.

Tras horas de caerme en la maleza, vi un brillo anaranjado en la distancia: una hoguera. Me agaché y avancé a gatas hacia ella. Estaba derrotado. Sangraba por todo el cuerpo y había decidido que, aunque fuera un fuego baggara, me dejaría capturar. Me importaba un comino que me ataran y me llevaran al norte. La espesura se aclaró y me hallé en un camino. Me incorporé de nuevo y corrí hacia las llamas de color naranja. Tenía la garganta seca, me dolían las costillas y los pies gritaban de dolor por los miles de espinos; mis huesos crujían sobre el duro camino. Corrí sin hacer ruido, agradeciendo el silencio de la tierra bajo mis pies; el fuego se aproximaba. No había bebido nada desde la mañana, pero sabía que podría pedir agua cuando llegara al fuego. Frené y comencé a andar, pero aun así mi respiración era tan ruidosa que sofocaba el ruido de los látigos, de las correas de cuero, de los hombres. Estaba tan cerca que llegaba hasta mí el hedor rancio de sus camellos. Estos hombres estaban cerca del fuego, pero alejados de aquellos que lo vigilaban.

Me agaché y les oí la voz, las palabras dichas en árabe. Me puse de rodillas y me arrastré por el camino, con la esperanza de dar con el fuego antes de que las voces me encontraran. Pero enseguida me di cuenta de que las voces pertenecían a los guardianes del fuego. Las voces estaban tan cerca del fuego que tenía que tratarse de un destacamento de Murahaleenes.

—¿Quién va? —preguntó una voz. Estaba tan cerca de mí que di un salto.

Había movimiento justo por encima de mí, y ahora los veía: eran dos hombres, montados en camellos. Los animales eran enormes, ocultaban las estrellas. Los hombres iban de blanco; en la espalda de uno de ellos se adivinaba la forma dentada de un rifle. Contuve el aliento y me convertí en una serpiente, retrocedí a gatas, alejándome del sendero.

—¿Es eso un chico dinka? —dijo una voz.

Escuché y los hombres escucharon.

—¿Un chico dinka o un conejo? —preguntó la misma voz.

Seguí reptando, centímetro a centímetro, palpando con los pies hasta dar con una pila de palos que se movieron con gran estrépito.

—¡Espera! —murmuró uno.

Me paré; los hombres escucharon. Me quedé tendido bocabajo, inmóvil, respirando en la tierra. A los hombres también se les daba bien no moverse. Se pararon y escucharon, y lo mismo hicieron sus camellos. El silencio se prolongó días y noches.

—¡Chico dinka! —susurró.

El hombre hablaba en dinka ahora.

—Chico dinka, ven a beber un trago de agua.

Contuve el aliento.

—¿O eres una chica dinka? —dijo el otro.

—Ven a beber un poco de agua —añadió el primero.

Me quedé allí, inmóvil, durante lo que pareció una eternidad. Estaba tendido en el suelo, observando las siluetas de los hombres y sus camellos. Uno de ellos se alivió sobre el camino y eso disparó las lenguas de los hombres, ahora en árabe. Poco después, se movieron. Avanzaron despacio por el camino y yo permanecí quieto. Tras dar unos pasos, los hombres se pararon. Habían esperado que yo me moviera cuando lo hicieran ellos, pero yo seguí tumbado, contuve la respiración y hundí la cara en el suelo.

Al final se marcharon.

Pero la noche no terminaba.

Sabía que tenía que salir de aquel camino que ahora pertenecía a los baggaras. Me alejé corriendo del sendero y a partir de ese momento las horas de la noche fueron pasando sin orden ni concierto. Mis ojos vieron lo que vieron y mis oídos oyeron mi respiración y los sonidos que se sobreponían a ella. Mientras corría me asaltaban ráfagas de pensamientos, y entre uno y otro llenaba la mente con plegarias. Protégeme, Dios. Protégeme, Dios de mis ancestros. No hagas ruido. ¿Qué es esa luz? ¿La luz de una ciudad? No. Párate. No hay ninguna luz. ¡Malditos sean esos ojos! ¡Maldito sea este aliento! Calla. Calla. Dios que proteges a mi pueblo te ruego que alejes a los murahaleenes. Calla. Siéntate. Respira con calma. Respira con calma. Protégeme Dios, protege a mi familia en su huida. Necesito agua. Espera al rocío de la mañana. Lame el agua de las hojas. Necesito dormir. Oh, Dios del cielo, mantenme a salvo esta noche. Mantenme oculto, mantenme en silencio. Sigue corriendo. No. No. Sí, corre. Tienes que correr hacia la gente. Tienes que correr, encontrar a alguien y luego descansar. Corre ahora. Oh, Dios de la lluvia, haz que encuentre agua. No me dejes morir de sed. Tranquilo. Tranquilo. Oh, Dios del alma, ¿por qué me haces esto? No he hecho nada para merecerlo. Soy un niño. Soy un niño. ¿Castigarías así a un cordero? No tienes derecho. Salto un tronco. ¡Ay! Dolor. ¿Qué ha sido eso? Para. No, no. Corre, no pares. Sigue corriendo. ¿Es la luna? ¿Qué es esa luz? ¡Mis ancestros! Nguet, Ariath, Makuei, Jokluel, escuchadme. Arou Aguet, escúchame. Jokmathiang,

escúchame. Escúchame y ten piedad de este niño. Escucha a Achak Deng y sácalo de este mal trago. ¿Es la luna? ¿Dónde está la luz?

Mi respiración sonaba demasiado fuerte, cada aliento era un vendaval, un árbol que caía. Era consciente de mis exhalaciones y del ruido que hacían cuando corría y cuando me sentaba en la hierba a vigilar. Contuve la respiración para ahogar el sonido pero cuando volví a abrir la boca mi respiración sonó aún más. Me llenaba los oídos y el aire a mi alrededor, y en ese momento me convencí de que había llegado el final. Cuando se calmó la respiración que sofocaba los demás ruidos, enseguida oí una voz, una voz dinka, que entonaba una canción dinka.

Corrí hacia la voz.

Era un viejo el que cantaba, con voz débil y áspera. No reduje la velocidad al llegar hasta él: salí de la selva como un animal y casi le embestí.

Él gritó. Yo grité. Vio que no era más que un niño y se llevó la mano al corazón.

—¡Menudo susto me has dado!

El hombre jadeaba. Me disculpé.

—El crujido de la hierba sonaba como una hiena. ¡Oh, chico!

—Lo siento mucho, padre —dije.

—Soy un viejo. Todo esto es demasiado para mí.

—Lo siento —repetí—. Perdona.

—Si un animal saliera de la maleza solo tendría que echarme el aliento encima para mandarme al otro barrio. ¡Oh, hijo mío!

Le conté dónde había estado y lo que había visto. El hombre me dijo que me llevaría a su casa para que estuviera a salvo hasta el amanecer; entonces decidiríamos cuál era el curso de acción más sensato.

Anduvimos, y mientras andábamos esperé que me ofreciera comida y agua. Necesitaba ambas cosas, no había tomado nada desde la mañana, pero me habían enseñado a no pedir bajo ninguna circunstancia. Aguardé, con la esperanza de que como era de noche y yo era un niño solo, el viejo me ofrecería comida. Pero el hombre se limitó a cantar con voz queda y a seguir andando por el camino.

—Ha pasado mucho tiempo desde que los hombres león estuvieron por aquí —dijo él por fin—. Yo era muy joven cuando los vi por última vez. ¿Iban a caballo?

Asentí.

—Ya. Son árabes que se han rebajado al nivel de las bestias. Son como el león, siempre ávido de carne cruda. No son humanos. Estas criaturas león adoran la guerra y la sangre. Esclavizan a la gente, y eso va en contra de las leyes de Dios. Han sido transformados en animales.

El hombre caminó en silencio durante un rato.

—Creo que Dios nos envía un mensaje a través de estos hombres león. Me parece obvio. Dios nos está castigando. Ahora solo tenemos que averiguar por qué está

enfadado con nosotros. Este es el misterio a resolver.

Ignoraba adónde me llevaba el viejo, pero un rato después vi un pequeño fuego que ardía a lo lejos. Nos acercamos a él y fuimos amablemente recibidos por la gente que allí había. Conocían al anciano, y me preguntaron de dónde venía y qué había visto. Se lo expliqué, y ellos a su vez me contaron que también habían escapado. Me dieron agua y vi sus rostros dinkas enrojecidos a la luz del fuego; pensé que esa noche sería el fin del mundo y que la mañana no llegaría nunca. Los rostros rojos junto al fuego eran espíritus y yo estaba muerto: todos habíamos muerto. La noche era eterna. Estaba demasiado cansado para enterarme o preocuparme de ello. Caí dormido entre ellos, al abrigo de su calor y de sus murmullos.

Desperté bajo la luz purpúrea del amanecer, entre cuatro hombres, todos viejos a excepción de uno, y dos mujeres, una de las cuales amamantaba a un bebé. El fuego se había apagado y me sentí solo.

—Ya estás despierto —dijo uno de los ancianos—. Bien. Tenemos que empezar a movernos cuanto antes. Me llamo Jok.

Jok no era más que huesos cubiertos con una bata de hilo azul. Se sentó con las rodillas junto a las orejas y las manos apoyadas sobre las rodillas. Una de las mujeres me preguntó de dónde venía. Hablaba de cara al niño que mamaba. Le dije que había nacido en Marial Bai.

—¡Marial Bai! Eso está lejos de aquí. ¿Quién es tu padre?

Le dije que mi padre era Deng Nyibek Arou. Jok pareció interesado.

—¿El comerciante? ¿Ese es tu padre? —preguntó.

Le dije que sí.

—¿Y qué hijo eres tú?

Le di mi nombre completo: Achak Nyibek Arou Deng. El tercer hijo de la primera esposa de mi padre.

—Lo siento, Achak Deng —dijo él—. Alguien de tu familia ha muerto. Un hombre.

Tanto Jok como las dos mujeres comentaron que habían oído algo sobre la familia de un comerciante llamado Deng Nyibek Arou.

—O tu padre o tu tío —dijo un hombre más joven, con gafas—. Uno de ellos está muerto.

—Creo que era tu padre —dijo la mujer que amamantaba al bebé, sin apartar la vista de él—. Era el hombre rico.

—No —repuso el joven—. Estoy casi seguro de que se trataba del hermano.

—Lo averiguarás enseguida —dijo la madre—. Cuando vuelvas a casa. Oh, no llores. Lo siento.

Pasó el brazo por encima de las cenizas de la hoguera consumida para tocarme, pero estaba demasiado lejos. Decidí no creerla, decidí que esa mujer no sabía nada de mi padre. Me sequé la nariz con el dorso de la mano y les pregunté si sabían cómo se iba a Marial Bai.

—Está a medio día de viaje, en esa dirección —dijo Jok—. Pero no puedes volver allí. Los jinetes aún no se han ido. Están por todas partes. Quédate con nosotros, o vete con Dut Majok. Planea acercarse para ver qué está pasando.

Me enteré de que el joven de gafas se llamaba Dut Majok. Lo reconocí: era el maestro de Marial Bai, el maestro de los niños mayores, el marido de la mujer con la que hablé en el río. Era apenas un muchacho.

Al amanecer opté por unirme a Dut Majok. Nos fuimos después de comer unas cuantas nueces con okra. Dut no debía de tener más de veinte años, era más bajo que la media y tenía un poco de barriga. Su cara era pequeña y casi no tenía cuello. Mientras andábamos iba arrancando hojas de los árboles: las rompía en pedazos y las tiraba al suelo. Se movía con cierto aire de mando, que se extendía más allá de sus gafas. Parecía más interesado en todo —en mí, en mi familia, en las huellas que encontrábamos por el camino— que ninguna otra persona que hubiera conocido.

—¿Estabas en los campos de pasto? —preguntó.

—No.

—Supongo que eres demasiado pequeño. ¿Dónde estabas cuando vinieron?

—En casa. En mi casa.

—Tu padre era un hombre muy listo. Me caía bien. Divertido, inteligente. Lamento mucho tu pérdida. ¿Sabes algo de tu madre?

Negué con la cabeza.

—Bueno. Esta vez redujeron el pueblo a cenizas. Muchas mujeres murieron quemadas en sus casas. A los murahaleenes les ha dado por ahí ahora. Es algo nuevo. Las casas de tu zona, donde vivía la gente más pudiente, las grandes casas, son las preferidas de los jinetes. Supongo que le prendieron fuego la última vez, ¿me equivoco? ¿Ella huyó?

—Sí —dije.

—Quizá esté bien. Apuesto a que así es. ¿Es rápida?

No dije nada.

—Bueno. Ven conmigo, hijo. Ya veremos qué encontramos.

El sol salió mientras andábamos y estaba en su punto más alto, lejos, cuando Dut se encaramó a un árbol y me levantó del suelo. Desde allí veíamos el claro lejano donde se asentaba Marial Bai. Todo estaba rodeado de polvo.

—De acuerdo. Siguen allí —dijo él—. Esos son sus caballos, parte del ganado que robaron. Donde veas polvo, Achak, están los murahaleenes. No volveremos de momento a la ciudad. Mañana echaremos otro vistazo. Ven.

Seguí a Dut: bajamos del árbol y regresamos en dirección al lugar donde habíamos dormido. Llevábamos una hora de camino cuando Dut se paró, miró en todas direcciones con aire enigmático, y luego dio media vuelta. A lo largo de la tarde se detuvo en muchas ocasiones: parecía estar haciendo cálculos, en la cabeza y con

las manos. Cada vez, después de los cálculos, parecía decidido y volvía a ponerse en marcha, seguro de la nueva ruta, conmigo detrás. Luego, tras un rato de camino bajo una luz cada vez más tenue, repetía la operación. Se paraba, miraba al sol, miraba a su alrededor, contaba con los dedos y tomaba una nueva ruta.

El sol se había puesto cuando llegamos de nuevo al campamento.

—¿Dónde estabais vosotros dos? —dijo la madre del bebé.

—¡Habéis salido de buena mañana! —se rió Jok.

Dut no les hizo caso.

—Los baggaras siguen allí —dijo él—. Mañana lo comprobaremos de nuevo.

—Te has perdido —dijo la mujer—. Eres un hombre culto, pero no tienes el menor sentido de la orientación.

Él le hizo un gesto de impaciencia.

—¿Dónde está la comida, Maria? ¿Cuánto tenemos que esperar? Danos comida y agua. Llevamos todo el día andando.

Aquella noche dormí con esos hombres y las mujeres en un refugio que habían construido. A primera hora de la mañana oí los mismos ruidos que oía desde la puerta de la cabaña de mi madrastra cuando mi padre pasaba la noche allí. Mantuve los ojos cerrados y no me aparté del fuego. En lo que parecieron solo unos minutos me desperté y vi una luz débil en el cielo. Abrí los ojos; frente a mí había uno de los ancianos del grupo. Aún no le había oído la voz.

—Es hora de levantarse, chico. Repítame cómo te llamas. Eres el hijo del difunto Deng Nyibek Arou, Dios lo tenga en su gloria.

La voz del hombre era frágil y temblorosa.

—Achak —respondí.

—Lo siento, Achak. Debería acordarme. Tenemos un plan. Vindrás con nosotros. Vamos a unirnos a otro grupo que ha dormido esta noche cerca de aquí. Ven a ver.

—¿Dónde está Dut?

—Se ha ido. Suele hacer estas cosas. Ven.

El hombre tembloroso me llevó hasta un claro donde un grupo formado al menos por cien personas, mujeres, niños y ancianos, se hallaba reunido entre una variedad de animales: cabras, pollos y más de cuarenta cabezas de ganado.

—Nos vamos a Jartum —dijo él.

Yo era un crío, Michael, pero incluso a mi corta edad sabía que eso era una locura.

—¿Dut también viene? —pregunté.

—Dut se ha ido. A Dut no le gustaba la idea, pero Dut es incapaz de encontrar la puerta de su propia cabaña. Estarás más seguro con nosotros.

—¿En Jartum?

Pensé en el hombre manco.

—Allí estaremos a salvo —dijo la mujer del bebé—. Ven con nosotros. Puedes ser mi hijo.

Yo no quería ser su hijo.

—Pero ¿por qué Jartum? —pregunté—. ¿Con los árabes? ¿Cómo?

—La gente ya se ha ido a Jartum —dijo el hombre de voz etérea—. Es un camino conocido. Estaremos a salvo de los murahaleenes. En los campos nos darán de comer. Tienen víveres para gente como nosotros, gente a la que no le importa la guerra. Nos quedaremos allí hasta que acabe todo esto.

No tenía más elección que caminar con ellos. Me preocupaba su plan, pero me dolían las piernas de la carrera de dos noches antes y me alegraba estar entre tanta gente en lugar de solo. El olor rancio del ganado me reconfortaba y apoyé la mano sobre sus lomos mientras andábamos. Viajamos hasta el mediodía, susurrando cuando no nos quedaba más remedio, intentando irnos de la región con el ganado sin ser vistos. Jok, el líder del grupo, creía que una vez llegáramos al río y cruzáramos hacia el norte estaríamos a salvo. Era una estrategia bastante rara.

No tardamos en encontrarnos con un hombre que vestía el uniforme naranja de la milicia de Manyok Bol. Nos miró con la incredulidad dibujada en el semblante.

—¿Quiénes sois? ¿Adónde vais?

—A Jartum —dijo el viejo.

El hombre de naranja se plantó frente a nosotros, obstruyéndonos el paso.

—¿Estáis locos? ¿Cómo vais a ir a Jartum con cuarenta cabezas de ganado? ¿Quién ha trazado ese plan? Os matarán a todos. Los murahaleenes andan cerca. Os los encontraréis.

El viejo negó con la cabeza muy despacio.

—Eres tú quien debería preocuparse —le dijo—. Tú llevas rifle. Nosotros vamos desarmados. No nos harán daño. No tenemos nada que ver con vosotros.

—Que Dios os ayude —dijo el hombre de naranja.

—Confío en que así sea —repuso el viejo.

Murmurando para sus adentros, el hombre de naranja se alejó en la dirección de donde veníamos. Nuestro grupo continuó por el sendero durante un momento, hasta que la voz del soldado llegó hasta nosotros a lo lejos.

—Los veréis en unos cien metros. Moriréis a cien metros de donde estáis ahora.

En ese momento el grupo se paró y los ancianos comenzaron a discutir. Algunos eran de la opinión de que si pasábamos en son de paz nadie nos molestaría, de que la única razón que explicaba los problemas habidos en Marial Bai era la afiliación de la ciudad al ELPS. Si nuestro grupo denunciaba a los rebeldes y proclamaba su intención de dirigirse a Jartum, nadie nos impediría el paso. Otra facción creía que esto era absurdo, que los murahaleenes no albergaban la menor lealtad hacia el gobierno ni tampoco rencor hacia el ELPS: solo perseguían apoderarse del ganado y



de los niños. El grupo siguió adelante durante un rato; avanzamos por el sendero mientras los viejos discutían y el ganado pastaba, hasta que el rumor de cascos de caballo y una nube de polvo que se acercaba puso fin al debate.

En cuestión de segundos los murahaleenes cayeron sobre nosotros.

El grupo se dispersó en todas direcciones. Seguí al hombre que parecía más rápido: nos internamos en la hierba y nos arrastramos entre un denso arbusto hasta ocultarnos detrás de un montón de troncos y palos. El hombre que tenía a mi lado era mayor que mi padre, muy delgado, con los brazos marcados por venas protuberantes. Llevaba una gran gorra que le cubría los ojos.

—El ejército —dijo el hombre de la gorra, señalando a los jinetes. Eran siete, cuatro vestidos con el traje baggara tradicional y tres enfundados en el uniforme del ejército sudanés—. No entiendo nada.

Una gran parte de nuestro grupo había optado por quedarse, por permanecer inmóvil en el camino. Ahora los vigilaban dos de los soldados de uniforme. El grupo siguió allí, sin decir nada. Hubo un momento prolongado en el que creímos que no iba a pasar nada. O quizá todos los implicados esperaban que sucediera algo. Y así fue. De repente uno de los viejos salió corriendo hacia el bosque, con pasos lentos y torpes. Dos soldados desmontaron de los caballos y lo persiguieron, entre risas. Se oyeron disparos y los hombres volvieron sin el viejo.

Uno de los soldados del gobierno se volvió; parecía estar mirándonos, a mí y al hombre de la gorra. Mi respiración volvía a ser demasiado fuerte, mis ojos demasiado grandes. Ambos bajamos la cabeza.

—Nos están viendo. Huyamos —susurré.

Sin avisar, el hombre de la gorra se puso en pie, con las manos en alto.

—¡Ven aquí, *abeed!* —dijo el soldado, usando la palabra árabe para llamar a los esclavos.

El hombre de la gorra caminó hacia ellos. Yo le veía la espalda, y asimismo veía a las mujeres, niños y ancianos rodeados por los caballos. Pensé en Amath, y al recordar la dignidad con que había aceptado su destino sentí una intensa oleada de ira. No debería haberme movido en un momento así, pero la ira me invadió. «¡Malditos seáis!», pensé, y salí corriendo. Me volví y corrí mientras ellos gritaban: «¡Abeed! ¡Abeed!». «¡Malditos seáis! —pensé mientras corría—. Os maldigo con el poder de Dios y de mi familia.» Esperaba que dispararan contra mí en cualquier momento, pero seguí corriendo. «Os maldigo, hombres. Os maldigo a todos.» Moriría maldiciéndolos y Dios lo entendería, y así, esos hombres seguirían oyendo mis imprecaciones durante toda la eternidad.

Me dispararon dos veces, pero escapé y continué mi huida a través de la espesura. No me persiguieron. Corrí a través de la evanescente luz rosada de la tarde hacia la oscuridad de la noche. Corrí por la maleza, buscando a mi gente o un camino

transitable, sin hallar ninguna de las dos cosas, y cuando me rodearon las sombras ya había abandonado la esperanza de ver una carretera o un camino.

Y entonces, por fin, lo hallé. Cuando encontré el camino me senté a descansar detrás de un árbol cercano y me puse a vigilarlo: intentaba oír voces, quería cerciorarme de que era seguro. Un rato después oí los pesados resoplidos de un hombre. Solo con ese ruido deduje que se trataba de un hombre grande, un hombre que sufría. Lo vi desde el árbol: un dinka enorme que parecía caminar con un rumbo definido. Iba con la espalda recta y parecía joven. Solo llevaba un pantalón corto de color blanco, nada más. Creí que este hombre sería mi salvación.

—¡Tío! —exclamé, mientras corría hacia él—. ¡Disculpa!

Se volvió hacia mí, pero le habían arrancado la cara del cráneo. La piel se había fundido. Estaba húmeda y lucía un tono sonrosado, que hacía resaltar el blanco de unos ojos que miraban sin parpadear porque no había párpados.

Acercó aquel rostro surcado de venas rojas hacia mi cara.

—¿Qué? ¿Qué pasa? No me mires a la cara.

Intenté huir, pero el hombre me agarró del brazo.

—Ven conmigo, chico. Coge esto.

Me dio su bolsa. Pesaba tanto como yo. Intenté sostenerla, pero se me cayó al suelo. El hombre me dio un revés en la oreja.

—¡Cógela, chico!

—No puedo. No quiero.

Le dije que solo quería volver a Marial Bai.

—¿A qué? ¿A que te maten? ¿Dónde crees que me hicieron esto? ¿Dónde crees que perdí la cara, imbécil?

Entonces lo reconocí. Era Kolong Gar, el soldado que había desertado del ejército después del primer asalto. Lo habíamos visto huir cuando estábamos en el árbol desde donde observábamos a Amath, perseguido por las linternas.

—Te vi —dije.

—Tú no has visto nada.

—Te vi cuando corrías. Estábamos en el árbol.

No estaba interesado en esto.

—Quiero que me mires a la cara, chico. Necesito que lo hagas. ¿Ves esta cara? Era la cara de un hombre que confió. ¿Ves lo que le pasa a un hombre confiado? ¡Dime qué le pasa!

—Le quitan la cara.

—¡Bien! ¡Sí! Me quitaron la cara. Es una buena forma de decirlo. Es lo que merezco. Dije que era amigo de los árabes, y los árabes me recordaron que no somos amigos ni nunca lo seremos. Serví en el ejército con ellos, pero cuando los rebeldes iniciaron la lucha los árabes ya no me conocían. Planeaban llevarme al norte para matarme. Lo sé. Y cuando dejé el ejército, me siguieron el rastro, me encontraron y

tiraron mi cara al fuego. Esta cara es una lección para todos los dinkas que creen que se puede convivir con esa gente...

Solté la bolsa y salí corriendo. Sabía que no era de buena educación huir del hombre sin cara, pero al final me dije: «A la mierda todos». Nunca había maldecido, ni en voz alta ni en susurros, pero entonces lo hice, una y otra vez. Corrí perseguido por sus gritos, por sus imprecaciones, y mientras corría le dediqué todos los insultos que se me ocurrieron. «Maldito sea el hombre sin cara, malditos sean los murahaleenes, maldito sea el gobierno, y la tierra, y los dinkas y sus lanzas inútiles.» Corrí a través de la hierba, pasé entre una arboleda y llegué hasta una ribera seca; en el siguiente grupo de árboles encontré una gran acacia, como la que compartía con William K y Moses, y en sus raíces hallé un agujero, y en él me acurruqué y me quedé allí, atento a mi respiración. Me había convertido en un experto a la hora de encontrar agujeros para dormir. «Maldita sea la porquería, y los gusanos, y las abejas, y los mosquitos.» Durante la carrera no había mirado hacia atrás, y hasta que estuve en el árbol no pude cerciorarme de que nadie me había seguido. Miré desde el agujero negro y no vi nada, ni oí nada, y las negras alas de la noche no tardaron en batir desde el cielo y dejarme a oscuras, en el árbol, con la única compañía de mis ojos y mi respiración. Como por la noche el aire venía repleto de rumores de animales me llené los oídos con guijarros para no oír. «Maldita sea la selva y malditos sus animales, todos y cada uno de ellos».

Me desperté por la mañana, me sacudí las piedras de los oídos, me levanté, caminé y corrí; y cuando oía un ruido o veía algo a lo lejos avanzaba a gatas. Caminé, corrí y me arrastré durante toda una semana. Encontré a gente de mi tribu y les pregunté cómo llegar a Marial Bai; unos lo sabían, otros no tenían ni idea. «Malditos seáis, desorientados, inútiles.» Algunas personas que encontré eran de la región, otras habían venido del norte y algunas del sur. Todos emigraban. Cuando daba con un pueblo o un asentamiento, me paraba y les pedía agua. Ellos me decían: «Aquí estás a salvo, chico, ahora estás a salvo», y yo dormía allí a sabiendas de que no estaba a salvo. Los caballos, las armas y los helicópteros siempre volvían. No podía escapar de este círculo, era un círculo que se cerraba a nuestro alrededor, un círculo del que nadie podía salir. Vi a una vieja, la mujer más anciana que he conocido nunca: estaba cocinando en compañía de su nieta, una niña de mi edad, y me dijo que esto era el final y que debía limitarme a sentarme muy quieto, con ellas, a esperar lo inevitable. Este sería el final de los dinkas, dijo con voz áspera y frágil, pero si era el deseo de los dioses y de la Tierra, que así fuera. Asentí a las palabras de la abuela y me dormí en sus brazos, pero partí a primera hora de la mañana y seguí corriendo. Pasé por pueblos que habían sido y ya no eran, pasé ante autobuses que habían ardidido de dentro a fuera, las manos y las caras apretadas contra los cristales. «Malditos seáis todos. Malditos los vivos, malditos los muertos».

Cuando despuntaba el día pasé por un campo de aviación donde vi un pequeño avión blanco, una familia y un hombre que actuaba como su delegado. Llevaba un extraño atuendo, que luego llegué a identificar como un traje, y un pequeño maletín negro. Unos cuantos metros por detrás se hallaba la familia: un hombre, una mujer y una niña de cinco años, todos bien vestidos; la mujer y la niña estaban sentadas sobre una gran maleta. El hombre del traje, el delegado, hablaba en tono nervioso con el piloto del avión, que, por lo que pude ver, era un hombre de baja estatura y de piel mucho más clara que la nuestra.

—¡Son personas importantes! —decía el delegado.

El piloto permanecía impasible.

—¡Este hombre es policía militar! —dijo el delegado.

El piloto subió a la cabina.

—¡Tienes que llevarlos! —suplicó el delegado.

Pero el piloto no se los llevó. Despegó, alejándose del sol, y la familia y su delegado se quedaron en el campo de aviación. Nadie era lo bastante importante como para huir de la guerra, no en aquellos días.

Seguí corriendo.

Michael está despierto, paseando. Como cree que me ha neutralizado, ahora se siente lo bastante a sus anchas como para recorrer la casa. Pasó delante de mí de camino al cuarto de baño y cuando salió de él oí el crujido de la puerta del dormitorio de Achor Achor. Ignoro lo que Michael puede estar buscando, pero no hay mucho que ver en la habitación donde duerme Achor Achor. Ha decorado las paredes con dos cuadros: un póster de Jesús que le dieron en la clase de estudios bíblicos, y una gran foto, algo borrosa, de su hermana, que vive en El Cairo y se dedica a limpiar restaurantes.

Ahora Michael recorre el pasillo y se introduce en mi cuarto. Mi puerta no hace el menor ruido, solo un leve rumor del roce con la moqueta. Oigo el ruido del armario al abrirse, y poco después, el de las persianas al bajar. Sé que ha cogido los dos libros que tengo a lado de la cama —*The Purpose-Driven Life*, de Rick Warren, y *Seeking the Heart of God*, de la madre Teresa y el hermano Roger— porque los oigo caer al suelo, uno detrás de otro. Oigo cómo crujen los muelles de la cama, y cómo se callan. Abre los cajones de la cómoda y luego los cierra.

Michael es un chico curioso y su registro le vuelve más humano a mis ojos. Mi simpatía por él vuelve a crecer; el perdón se abre paso por mi alma.

—¡Michael! —grito.

No pretendía pronunciar su nombre, pero ahora ya es demasiado tarde. Ahora tengo que repetirlo y tengo que decidir por qué lo llamo.

—Michael, tengo una propuesta para ti.

Él sigue en mi cuarto. No oigo ruido, ni movimiento.

—Michael, será una propuesta atractiva. Te lo aseguro.

No dice nada. Ni siquiera sale de mi habitación.

Oigo el ruido del cajón de la mesita de noche al abrirse. El estómago se me contrae cuando caigo en la cuenta de que verá las fotos de Tabitha. No tiene ningún derecho a mirarlas. ¿Cómo podré olvidar que este chico roto ha manoseado esas fotos? Estas fotografías son demasiado importantes para mi propia sensación de equilibrio. Sé que las miro con demasiada frecuencia; sé que parece una autoflagelación. Achor Achor me ha regañado por ello. Pero me dan consuelo; no me causan dolor alguno.

Debe de haber unas diez, y la mayoría fueron tomadas con la cámara que hoy han robado los secuaces de Michael. En una aparece Tabitha con sus hermanos, los cuatro juntos sosteniendo un pescado gigante en un mercado de Seattle. Ella está en el centro, y se aprecia a la legua lo mucho que ellos la adoran. En otra se la ve con su mejor amiga, otra refugiada sudanesa llamada Veronica, y el bebé de esta, Matthew. Delante del bebé —un niño que ya nació en Estados Unidos— se distingue una masa redonda de color marrón, el primer intento de Tabitha de hacer una tarta de cumpleaños al estilo americano. La cara del bebé está manchada de chocolate, y Tabitha y Veronica sonrían, cada una a un lado del niño, pellizcándole una mejilla.

Aún no son conscientes de que el azúcar del festín de Matthew le tendrá despierto durante las próximas veinticuatro horas. La mejor foto es una que ella creía que yo había destruido, a insistencia suya. Está en mi habitación, con las gafas puestas, y este hecho la convierte en una foto única. Cuando la saqué, una noche antes de que nos acostáramos, ella se quedó lívida y no me dirigió la palabra hasta el mediodía del día siguiente.

—¡Tírala! —me dijo, aunque luego se corrigió—: ¡Quémala!

Lo hice, en la pila, pero unos días después, cuando ella ya había vuelto a Seattle, imprimí otra copia de la cámara digital. Muy poca gente sabía que Tabitha usaba lentillas, y casi nadie la había visto con gafas, que eran grandes, poco favorecedoras, de cristales tan gruesos como parabrisas. Las tenía a mano mientras dormía por si necesitaba ir al cuarto de baño. Pero a mí me encantaba vérselas puestas y quería que se las pusiera más a menudo. Aquellos cristales enormes le restaban belleza, y cuando se las veía puestas, podía convencerme con más facilidad de que ella era verdaderamente mía.

Nos conocimos en Kakuma, en una clase de economía doméstica. Ella tenía tres años menos que yo y era muy lista: esa fue la razón de que acabaran sentándonos juntos. Las clases eran obligatorias en el campo, tanto para los chicos como para las chicas, lo que provocaba una gran consternación entre los ancianos sudaneses. ¿Hombres en clases de cocina? Para ellos era absurdo. Pero a la mayoría no nos importaba. Yo disfrutaba mucho con la clase, aunque no mostré la menor aptitud para cocinar o para cualquiera de las demás tareas que se enseñaban. Tabitha, sin embargo, no demostraba ningún interés por la economía doméstica, ni siquiera por aprobar la asignatura. Sus faltas de asistencia eran constantes, y cuando estaba presente resoplaba con fuerza cada vez que la maestra, una sudanesa a la que llamábamos señora Espátula, intentaba convencernos de lo útiles que nos resultarían en nuestras vidas las clases de economía doméstica. La señora Espátula no sentía el menor aprecio por los bufidos de Tabitha, ni por sus suspiros de desprecio, ni por los días en que Tabitha se dedicaba a leer novelas mientras ella nos enseñaba los distintos modos de cocinar los huevos. La señora Espátula no sentía el menor aprecio por Tabitha Duany Aker.

Pero los chicos y los niños sí la apreciaban. Era imposible no hacerlo.

Había más chicas en las aulas de Kakuma, más que en Pinyudo, pero pese a ello seguían siendo una minoría: una de cada diez alumnos en el mejor de los casos. Y no duraban mucho. Todos los años desaparecían del colegio para dedicarse a las labores domésticas y a prepararse para el matrimonio. A los catorce años, cualquier chica que no mostrara alguna deformidad era solicitada en matrimonio, y una vez devuelta al sur de Sudán, se convertía en la esposa de algún oficial del ELPS que podía permitirse satisfacer la dote solicitada. Y en muchos casos se iban contentas, ya que

la vida en Kakuma no era fácil para ellas. Las chicas trabajaban hasta caer rendidas, corrían el riesgo de ser violadas si salían del campo a buscar leña. En Kakuma no tenían poder, no tenían futuro.

Pero nadie se lo dijo a Tabitha. O, si alguien lo hizo, ella no se inmutó.

Vivía con sus tres hermanos y su madre, una mujer educada que estaba decidida a proporcionar a Tabitha la mejor vida posible en aquellas circunstancias. El padre de Tabitha había muerto muy al principio de la guerra y su madre se negó a aceptar la protección de la familia de su marido. En Sudán era habitual que el hermano del fallecido se hiciera cargo de la viuda y de su familia, pero la madre de Tabitha se negó a seguir la costumbre. Se marchó de su pueblo, Yirol, y se dirigió a Kakuma, consciente de que una vida en Kenia, aunque fuera en un campo de refugiados, proporcionaría un mundo más abierto a sus hijos.

Yo me sentía agradecido al coraje y a la inteligencia de su madre. Le daba las gracias cada vez que Tabitha se dignaba asistir a la clase de economía doméstica, cada vez que entrecerraba los ojos, cada vez que sonreía con suficiencia. Era la joven más enigmática de Kakuma.

Acabamos siendo novios, o al menos alcanzando el estatus más parecido al noviazgo que era posible para unos adolescentes en Kakuma, y fueron muchas las veces que le dije que la quería. Estas palabras, cuando las usé entonces, no significaban lo que significaron mucho después en América, cuando supe que la amaba como un hombre ama a una mujer. En Kakuma éramos tan jóvenes; éramos cautelosos y castos. Ni siquiera en un campo como ese resulta adecuado que unos jóvenes demuestren su afecto en público. Quedábamos para dar un paseo al salir de la iglesia, nos escapábamos siempre que podíamos. Asistíamos juntos a los eventos, comíamos con amigos, charlábamos en la cola de la comida. Yo contemplaba su cara en forma de corazón, sus ojos brillantes y sus redondas mejillas, y para mí lo era todo. Pero ¿qué era en realidad? Quizá no era nada.

Ella abandonó Kakuma antes que yo. Era algo extraordinario porque hubo muy pocas chicas sudanesas que emigraran a Estados Unidos, y casi ninguna que tuviera padres en el campamento. Tabitha afirma que fue cuestión de suerte, pero creo que su madre encaró el proceso con inteligencia. Cuando los rumores de recolocación se hicieron realidad, su madre estaba radiante; sabía que Estados Unidos estaba interesado en menores sin acompañantes. Tener padres en Kakuma disminuía las posibilidades de ser seleccionado. Permitted que sus hijos mintieran, y ella optó por desaparecer y se instaló en otra parte del campo. Tabitha y sus tres hermanos fueron considerados huérfanos, y como eran jóvenes, más jóvenes que la mayoría de nosotros, fueron escogidos, se les proporcionó un pasaje e incluso se les mantuvo juntos una vez estuvieron en América.

Con su madre aún en Kakuma, Tabitha y sus hermanos se instalaron en un apartamento de dos habitaciones en Buriem, un barrio de Seattle, y asistieron juntos al instituto. Tabitha estaba encantada y no le costó adaptarse al estilo de vida americano.

Su inglés era inglés americano, no el inglés con acento de Kenia que aprendí yo. Cuando se graduó, obtuvo una beca otorgada por la Fundación Bill y Melinda Gates para matricularse en la University of Western Washington.

Cuando llegué a Estados Unidos, casi dos años más tarde, ella me había olvidado, y yo a ella. No del todo, por supuesto, pero éramos lo bastante listos como para no aferrarnos a esa clase de apegos. Los sudaneses de Kakuma eran repartidos por todo el mundo, y sabíamos que no estaba en nuestras manos decidir nuestros destinos. Cuando me instalé en Atlanta, ya casi no pensaba en Tabitha.

Un día yo estaba hablando por teléfono con uno de los trescientos Niños Perdidos que me llaman regularmente, uno que vivía en Seattle. Se había declarado un alto el fuego en el sur de Sudán y él quería saber mi opinión, ya que asumía que yo mantenía contacto de primera mano con el ELPS. Me hallaba en plena explicación de lo equivocado que estaba, diciéndole que sabía más o menos lo mismo que él, cuando me interrumpió y dijo: «¿Sabes quién está aquí?». Le dije que no lo sabía. «Alguien que creo que conoces», dijo él. Pasó el teléfono a otras manos y yo esperaba oír la voz de un hombre, pero lo que llegó a mis oídos fue una voz femenina.

—¿Hola? ¿Hola, quién es? ¿Hay un ratón al otro lado de la línea? —dijo ella.

¡Menuda voz! Tabitha se había convertido en una mujer. Su voz era más profunda, parecía llena de experiencia, capaz de manejar el mundo. Esa clase de confianza me deja sin habla. Pero la reconocí al instante.

—¿Tabitha?

—Claro, cielo —dijo ella en inglés. Su acento americano era casi perfecto. Había aprendido mucho en los dos años de instituto. Charlamos de tonterías durante unos minutos hasta que le espeté la única pregunta que quería hacerle desde el principio.

—¿Tienes novio?

Tenía que saberlo.

—Claro que sí, cariño —dijo ella—. No te he visto desde hace tres años.

¿Dónde había aprendido palabras como «cielo» y «cariño»? Eran embriagadoras. Aquel día nos pasamos una hora hablando, a la que siguieron más horas durante la semana. Me decepcionaba que saliera con alguien, pero no podía afirmar que fuera una sorpresa. Tabitha era una sudanesa impresionante, y hay pocas sudanesas solteras en Estados Unidos: doscientas, quizá; tal vez incluso menos. De los miles de sudaneses trasladados bajo los auspicios del transporte aéreo de los Niños Perdidos, solo había ochenta y nueve mujeres. Muchas de ellas ya se han casado, y la escasez resultante nos pone las cosas difíciles a los hombres como yo. Y si miramos fuera de la comunidad sudanesa, ¿qué podemos ofrecer? Con nuestra falta de dinero, nuestra ropa donada por la iglesia, los pequeños apartamentos que compartimos con otros dos o tres refugiados, no es que seamos príncipes azules, al menos aún no. Existen incontables ejemplos de relaciones amorosas, por supuesto, con mujeres afroamericanas, americanas blancas, europeas. Pero, por lo general, los sudaneses de



América intentan conocer a mujeres de su país, y esto para muchos implica verse obligados a regresar a Kakuma o incluso al sur de Sudán.

Pero Tabitha, codiciada por muchos de los que viven en América, me escogió a mí.

—Michael, por favor —digo.

Quiero sacarle de mi habitación y traerle a la cocina, donde pueda verle y donde sé que no estará a solas con las fotos.

—Necesito hablar contigo. Y creo que te interesará lo que tengo que decirte.

Soy tonto al pensar que este chico pueda comprenderme. Pero, por así decirlo, los chicos son mi especialidad. En Kakuma yo era un líder juvenil; me encargaba de supervisar las actividades extraescolares de seis mil jóvenes refugiados. Trabajé para la oficina del Alto Comisionado para Refugiados de la ONU, y colaboré en la organización de partidos, ligas deportivas, obras de teatro. Desde mi llegada a América he hecho un gran número de amigos, aunque tal vez ninguno sea tan importante para mí como Allison, la única hija de Anne y Gerald Newton.

Los Newton fueron la primera familia americana que se tomó interés por mí, incluso antes que Phil Mays. Llevaba apenas unas semanas en el país cuando me pidieron que diera una charla en una iglesia episcopal, y cuando lo hice conocí a Anne, una afroamericana de ojos llorosos y manos pequeñas y frías. Me preguntó si podía ayudarme. No estaba seguro de cómo podía hacerlo, pero ella dijo que lo discutiríamos mientras cenábamos, así que fui a cenar con Anne, Gerald y Allison. Formaban una próspera familia que vivía en una casa grande y cómoda, cuyas puertas me abrieron de par en par; me prometieron acceso a todo lo que tenían. En aquel momento Allison tenía doce años y yo veintitrés, pero en muchos aspectos parecíamos iguales. Jugábamos a baloncesto delante de su casa y montábamos en bici, como hacen los críos, y ella me habló de las dudas que tenía sobre un compañero de colegio llamado Alessandro. Allison sentía debilidad por los niños de ascendencia italiana.

—¿Debería escribirle una carta muy larga? —me preguntó ella un día—. ¿A los chicos les gustan las cartas, o se sienten intimidados ante el exceso de información, el exceso de entusiasmo?

Le dije que una nota me parecía buena idea, siempre que la carta no fuera demasiado larga.

—Pero, incluso en ese caso, una nota es algo permanente. Nunca podré retirarla. Es un riesgo increíble, ¿no crees, Valentino?

En aquel entonces Allison era, y sigue siendo, la joven más inteligente que he conocido nunca. Ahora tiene diecisiete años pero incluso a los doce hablaba con una elocuencia que a veces provocaba escalofríos. Sus palabras, entonces y ahora, salen de su boca en forma de frases perfectas, como si las hubiera escrito antes, y en voz

baja, a través de unos labios que apenas se mueven. Siempre he sentido curiosidad por verla interactuar con sus compañeros de clase, porque es totalmente distinta de cualquier adolescente que haya conocido. A los trece años parecía haber decidido que era una adulta y deseaba ser tratada como tal. Incluso con doce y trece años usaba ropa y gafas de estilo conservador, y con el pelo bien sujeto en la nuca, aparentaba casi treinta. Sin embargo, no era inmune a la diversión adolescente. Fue Allison quien me enseñó a anotar los cumpleaños de la gente en mi móvil, así que me lancé a preguntar a todos mis conocidos cuándo cumplían años; aunque había quien me miraba con perplejidad, para mí supuso un gran placer, un placer que nacía de cierta sensación de orden. En última instancia, Anne sugirió que, en cierto modo, yo podía considerarme aún un adolescente, ya que, en su opinión, había sido privado de la infancia. Pero no estoy seguro de que esta sea la razón por la que me siento próximo a Allison, o por la que simpatizo con este tal Michael.

Los humanos se dividen entre los que aún pueden ver el mundo a través de los ojos de la juventud y los que no. A pesar de que no suelo ganar nada con ello, me resulta fácil meterme en la piel de casi cualquier chico y soy capaz de conjurar mi propia juventud con una facilidad fastidiosa.

—Michael —repito, sorprendido del tono de cansancio que se detecta en mi voz.

Se cierra la puerta de mi habitación. Yo estoy aquí, él está allí, y así son las cosas.

La mañana posterior a mi paso por el campo de aviación y después de haber dormido unas cuantas horas encaramado a un árbol, me desperté y los vi. Era un gran grupo de chicos, a unos cien metros. Aguardé a que mis ojos se habituaran a la luz y luego volví a mirar. Parecían ser al menos treinta, todos sentados en círculo. Un hombre se hallaba de pie, en el centro de la circunferencia, gesticulando de forma ostentosa. Sabía que los chicos eran dinkas y vi que no huían, así que bajé del árbol y me encaminé hacia el grupo. Era difícil de creer que pudiera darse una reunión así. Cuando estuve lo bastante cerca vi que se trataba de Dut Majok, el profesor de los chicos mayores de Marial Bai. No pareció sorprenderse al verme.

—¡Achak! Bien. Me alegro mucho de encontrarte vivo. Ahora estás a salvo. Aquí hay otros chicos de tu pueblo. Mira.

Miré con atención al hombre que me llamaba por mi nombre. ¿Podía ser de verdad Dut Majok? Sacó del bolsillo un pedazo de papel color verde río y, con un pequeño lápiz naranja, anotó algo. Luego dobló el papel y lo devolvió al bolsillo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —pregunté.

—Bueno, no estoy loco, Achak. No tanto como para intentar ir andando hasta Jartum.

Era, sin duda, Dut Majok, e iba bien vestido y limpio. Parecía un estudiante universitario, o alguien a punto de emprender un importante viaje de negocios.

Llevaba pantalones de algodón de color gris claro y una camisa blanca, sandalias de cuero y un amplio sombrero de tela, color crema, en la cabeza.

Posé mis ojos en el grupo: todos eran chicos de mi franja de edad, algunos mayores, otros más pequeños, pero todos de talla similar y aspecto hambriento, cansado, y en absoluto feliz de verme. Algunos iban cargados con bolsas, pero la mayoría iban como yo, sin nada, como si hubieran huido de sus pueblos en mitad de la noche. No conocía a ninguno.

—Nos dirigimos a Bilpam —dijo Dut—. ¿Conoces el lugar? Vamos hacia el este, hacia Bilpam, donde estaréis a salvo de todo esto. Andaremos un rato y luego se os dará de comer. Estos chicos son como tú. Han perdido sus hogares y sus familias. Necesitan un santuario. ¿Conoces esta palabra? Es una palabra inglesa. Es allí adonde vamos, chico. A Bilpam. ¿No es así, chicos?

Los chicos miraron a Dut con expresión hosca.

—Luego, cuando todo esto haya pasado, volveréis con vuestras familias, a vuestros pueblos. A lo que quede de ellos. Por el momento es lo único que podemos hacer.

En la masa de chicos reinaba el silencio.

—¿Estáis todos listos? Recoged lo que tengáis y partamos. Vamos hacia el este.

Partí con ellos. No tenía elección. No quería seguir corriendo a solas, de noche, y decidí que me quedaría en su compañía durante un día y una noche; luego ya decidiría qué hacer. Así que partimos, en dirección al sol naciente. Avanzábamos en parejas y solos, la mayoría de nosotros en fila de a uno, y aquella primera mañana — algo que nunca se repetiría— anduve con energía y entusiasmo. Caminábamos convencidos de que el camino se terminaría en cualquier momento. No sabíamos nada de Bilpam, de la guerra, ni del mundo. Durante el camino los chicos que andaban a mi lado me informaron de que Dut había ido al colegio en Jartum y había estudiado economía en El Cairo. Dut era el único en el grupo mayor de dieciséis años. La confianza que en él depositaban los demás chicos parecía inquebrantable. Pero cuanto más andábamos, más me convencía de que no pertenecía a aquel grupo. Estos chicos parecían estar seguros de que sus familias habían muerto, y a pesar de lo que me habían dicho el viejo y la mujer del bebé a la luz del fuego, yo me había convencido de que eso no le había sucedido a la mía. A medida que la tarde se desvanecía, me situé junto a Dut.

—¿Dut?

—Sí, Achak. ¿Tienes hambre?

—No. No, gracias.

—Bien. Porque no tenemos comida.

Sonrió. Solía creerse gracioso.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Quieres caminar delante, conmigo?

—No, gracias. Estoy bien al final.

—De acuerdo. Porque iba a advertirte que solo los escogidos por mí pueden caminar en primera línea, conmigo. Y a ti aún no te conozco muy bien.

—Sí. Gracias.

—¿Qué pasa pues? ¿Qué puedo hacer por ti?

Esperé un momento para asegurarme de que estaba preparado para oír lo que iba a decirle.

—Solo quiero ir a Marial Bai. No quiero ir a Bilpam.

—¿Marial Bai? ¡Viste cómo quedó Marial Bai desde el árbol al que te subiste! ¿No te acuerdas? Marial Bai se ha convertido en el hogar de los baggaras. Ya no hay nada allí; no hay casas, no hay dinkas. Solo polvo, caballos y sangre. Lo viste. Nadie vive allí ahora. Achak, para. Achak.

Leyó algo en la expresión de mi cara. Yo estaba agotado, y supongo que fue entonces cuando todo se me vino encima. La posibilidad, la probabilidad incluso, de que lo que el destino de los que habían muerto en Marial Bai, el destino de las familias de estos chicos taciturnos, hubiera sido también el de mi propia familia. Los imaginé acuchillados, heridos, surcados de cicatrices. Vi a mi padre caer de un árbol, muerto antes de tocar el suelo. Oí los gritos de mi madre, atrapada en la casa en llamas.

—Achak. Achak. Basta. No mires así. Para.

Dut me cogió por los hombros. Sus ojos eran pequeños y quedaban ocultos tras una serie de pliegues superpuestos que parecían querer racionar la entrada de la luz.

—Este grupo no llora, Achak. ¿Ves llorar a alguien? Nadie llora. Tu familia podría estar viva. Muchos sobreviven a estos ataques. Tú lo sabes. Tú has sobrevivido. Estos chicos han sobrevivido. Lo más probable es que tu madre y tu padre estén huyendo ahora mismo. Podemos encontrarnoslos. Sabes que esa posibilidad existe. Todo el mundo huye. ¿Adónde huimos? Huimos en mil direcciones distintas. Todos vamos hacia donde sale el sol. Ese lugar es Bilpam. Vamos a Bilpam porque me dijeron que Bilpam sería un refugio seguro para un puñado de chicos. Así que aquí estamos: tú, yo y estos chicos. Pero Marial Bai no existe ahora. Si encuentras a tus padres, no será en Marial Bai. ¿Lo entiendes?

Lo entendí.

—Bien. Se te da bien escuchar, Achak. Escuchas y sacas conclusiones sensatas. Esto es importante. Cuando quiera hablar sensatamente con alguien te buscaré. Bien. Ahora tenemos que seguir. Tenemos un largo camino por recorrer antes de que anochezca.

Entonces caminé con confianza. Estaba convencido de que, inmerso en un grupo como este, lograría encontrar a mi familia o ser encontrado. Andaba en la cola de una línea formada por tres docenas de chicos, todos más o menos de mi edad, un puñado lo bastante mayor como para tener vello en el sobaco. Me dije que era una buena idea

seguir con ellos, con tantos chicos, y con un cabecilla tan capacitado como Dut. Me sentía seguro con todos estos chicos, algunos casi hombres, porque si venían los árabes podríamos hacer algo. Tantos chicos harían algo. ¡Y si tuviéramos armas! Se lo mencioné a Dut: le dije que deberíamos llevar armas.

—Estaría bien, sí —dijo él—. Tuve una en el pasado.

—¿Disparaste?

—Sí. Disparé muchas veces.

—¿Podemos conseguir alguna?

—No lo sé, Achak. No son fáciles de encontrar. Ya veremos. Creo que deberíamos encontrar hombres armados que nos ayudaran. Pero por ahora nuestro número nos mantiene a salvo. El grupo es nuestra arma.

Yo estaba seguro de que correría la voz de la existencia de un grupo como el nuestro y de que mis padres vendrían a por mí. Me parecía bastante lógico, y por ello compartí la idea con el chico que caminaba delante de mí, un chico llamado Deng. Deng era bajito para su edad, tenía una cabeza demasiado grande para su frágil complexión, y se le veían las costillas, finas como los huesos de las alas de un pájaro. Dije a Deng que estaríamos más seguros y encontraríamos más fácilmente a nuestras familias si nos quedábamos con Dut. Deng se rió.

—¿Acaso los árabes temían a los chicos de tu ciudad? —preguntó él.

—No.

—¿Dispararon contra ellos?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué crees que los árabes nos tendrán miedo? No seas tonto. No temen a nuestros hermanos ni a nuestros padres. Si nos encuentran, se nos llevarán o nos matarán. No estamos a salvo, Achak, precisamente al contrario. Nunca estamos a salvo. No hay presas más fáciles que los chicos como nosotros.

Como he dicho ya, Michael, estoy seguro de que la tuya es una historia triste. No voy a descartarlo. No creo que el hombre y la mujer que te dejaron aquí sean tus padres. Así que, ¿dónde están tu padre y tu madre? No puede ser una historia feliz. Pero vas vestido, y estás bien alimentado; conservas los dientes y la salud, y seguramente tienes tu propia cama.

Pero estos chicos no eran tan afortunados. No oí muchas de sus historias, porque todos asumíamos que procedíamos de circunstancias similares. No teníamos ningún interés en oír más relatos de violencia y de pérdida. Me limitaré a contarte la historia de Deng, o mejor dicho dejaré que sea Deng quien te la cuente, como me la explicó a mí, mientras caminábamos a media tarde por una tierra más tropical que Marial Bai en aquella época del año. Ya estábamos muy lejos de casa.

El pueblo de Deng no se diferenciaba mucho del mío. Él estaba en los campos de pasto, a unos kilómetros de distancia, cuando llegaron los murahaleenes. Empezaron

los disparos, los chicos mayores cayeron derribados y el campo de pasto fue tomado de inmediato.

—Corrí —dijo Deng—. Volví corriendo a la ciudad, pensando que sería lo mejor, pero era allí hacia donde se dirigían los jinetes. Fue una estupidez por mi parte. Corrí hacia mi casa que ya estaba en llamas. A los árabes les encanta quemar casas. ¿Los viste hacerlo?

Deng siempre me hacía esa clase de preguntas.

—Luego fui hacia la escuela —prosiguió—. Era un edificio sencillo, de cemento y techo de calamina, pero parecía más seguro, y sabía que no ardería porque el maestro siempre nos lo había dicho: el modo en que estaba construido impedía que ardiera. Así que corrí hacia el colegio y me escondí allí; permanecí todo el día en la escuela, acurrucado en la taquilla donde guardaban el material.

Parecía un escondrijo bastante tonto, dado que siempre buscaban a chicos para llevárselos. Pero no se lo dije a Deng. Solo pregunté si los árabes entraron en el colegio en busca de gente.

—¡Sí! Claro que sí. Pero yo seguía escondido en el armario, un armario de metal. Estaba en el estante de abajo, y coloqué una bolsa de pita a mi alrededor. Estaba en el estante inferior cubierto por la bolsa de pita, y no me vieron, aunque un hombre abrió la taquilla. Me quedé allí durante dos días, mientras ellos prendían fuego a la ciudad.

Pregunté a Deng cómo había podido permanecer tanto tiempo en un espacio tan reducido.

—¡Oh, me avergüenza reconocer que me ensucié los pantalones! En ese momento cagué y aún no puedo entender cómo no lo olieron. Todavía me da vergüenza haberme cagado en los pantalones. Y caminé con ellos puestos durante muchos días, Achak. Con esos mismos pantalones. Me quedé dos días en la taquilla. No salí ni una sola vez. Vi cómo se hacía de día, y luego de noche, a través del agujero de la cerradura. Dos veces vi nacer y morir el día. No dejaba de oír el ruido de los caballos y de los árabes. Había hombres durmiendo en la escuela y pude oírlos.

—¿No volvieron a abrir la taquilla?

—¡Sí! La abrieron muchas veces, Achak. Pero fue aquí cuando mis heces se convirtieron en mi aliado y no en mi enemigo. Cada vez que abrían la puerta, la peste de mis heces les daba náuseas. Eso me alegró tanto... Estaba castigando a los cabrones árabes con mis heces y eso me hacía sentir orgulloso. En diez ocasiones abrieron la taquilla y en todas ellas volvían a cerrarla con una mueca de asco, dejándome a salvo. Cerraban de una patada. Cabrones imbéciles. Creyeron que ahí dentro había algún animal muerto.

Me sorprendía la cantidad de insultos que sabía Deng.

—Finalmente los árabes abandonaron el colegio. Dejé de oírlos, así que abrí despacio la puerta. Estaba irritado por las horas que había permanecido sentado, y por no tener ni agua ni comida. Cuando salí no había nadie en el colegio pero había hombres fuera. La mayoría se habían ido, pero algunos se habían quedado. Hombres

a camello y algunos soldados. No sé por qué estaban allí, pero vivían en nuestras casas, las que no habían quemado. Dos vivían en la casa de mi abuela. Me enfermaba verlos entrar y salir de su casa como si fuera suya. Me oculté en la escuela hasta la noche y luego me fui. No fue difícil. Yo solo era un chico y la noche era muy oscura. De manera que me marché del pueblo; corrí y corrí, hasta estar lo bastante lejos como para sentirme seguro. Corrí hasta que se hizo de día y encontré un pueblo donde dos hombres dinkas me acogieron y me dieron de comer. La primera vez que me oyeron se asustaron. Salí de la maleza y uno de ellos me apuntó con un arma. Tenía una pistola pequeña, que le cabía en la mano. Así.

Deng me apuntó con el dedo, pequeño y huesudo.

—Los hombres parecían asustados, pero luego vieron que era solo un niño. Luego me olieron. Me reprendieron a gritos por la peste que echaba. Me disculpé. Me llevaron al arroyo y me metieron en él a patadas; me dijeron que permaneciera en el agua hasta que estuviera limpio. Me quité la ropa, la froté y vi cómo mis heces se convertían en parte del río.

Lo divertido, Michael, es que Deng aún apestaba, incluso mientras contaba la historia del olor. De verdad que olía a rayos, la peste no desaparecía de su ropa. Pero debería añadir que todos olíamos mal; era casi imposible separar un olor de otro.

—Me uní a esos hombres durante un tiempo —prosiguió Deng—. No sabía adónde íbamos, pero me sentía mucho mejor en compañía de dos adultos. Nos pasábamos el día escondiéndonos. Los hombres temían cualquier ruido y evitaban a todo el mundo. Les pregunté por qué y me dijeron que tenían miedo de los árabes y de los soldados. Pero también huían de otros dinkas. Caminábamos de noche y cuando llegábamos a un pueblo donde había gente me decían que me introdujera en él a hurtadillas a robar comida. Me arrastraba hasta una cabaña y robaba nueces, carne o lo que encontraba. Una vez cogí una cabra. La engañé con un mango para que me siguiera hasta el bosque. Fue idea de los hombres. Me dijeron que usara un mango como cebo para atraer a la cabra. Yo había robado el mango la noche anterior. Así que lo hice y funcionó. La cabra vino hasta nosotros y la mataron con una piedra; aquella noche nos comimos parte de la cabra y guardamos el resto. A los hombres se les daban bien estas cosas. Tenían buenas ideas y conocían un montón de trucos. Mi alianza con ellos funcionó hasta que llegamos a un pueblo que había sido tomado por el ELPS. Mis compañeros se apresuraron a dar media vuelta y a alejarse sin ser vistos, internándose en la maleza, cuando nos topamos con un soldado rebelde que parecía patrullar por el límite de la ciudad. El soldado no era muy distinto de los hombres. Se puso a hacerles preguntas. ¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué no estáis en Kapoeta? ¿Quién es ese chico? Cosas así. Creo que el soldado sabía que los hombres iban conmigo. Les dijo que esperaran mientras iba en busca de refuerzos. El soldado se giró para volver hacia el campamento y fue entonces cuando uno de los hombres le hundió un cuchillo en la espalda. Le clavó el cuchillo justo aquí.

Deng señaló el centro de mi espalda.

—Entró con gran facilidad. Me quedé sorprendido. Y el hombre del ELPS cayó hacia delante, en silencio, y murió. Salimos huyendo de nuevo. Corrimos, y nos pasamos la noche escondidos, y en algún momento me dije que esos hombres debían de haber estado en el ELPS. Habían sido rebeldes y habían abandonado, algo que no le está permitido a un soldado. Si abandonas, cualquiera puede matarte. ¿Lo habías oído?

No lo había oído

—Entonces decidí que tenía que alejarme de esos hombres. Pero el problema era que estaba seguro de que a mí me pasaría lo mismo. Ellos temían que la gente del ELPS les pegara un tiro por desertar, y yo temía que esos hombres acabaran conmigo si me iba. Parecía dárselos bien matar a gente. Era de lo más raro, Achak. Estoy tan confundido... ¿Tú también estás confundido?

Le dije que también yo estaba confundido.

—De manera que seguimos adelante; yo esperaba la ocasión de huir de ellos. Después de ocho días juntos, íbamos caminando por una carretera y vi un camión. Los hombres corrieron a ocultarse en el bosque y yo esperé a que pasara. Cuando se acercó el camión me percaté de que a bordo iban rebeldes. Esto me dio una idea. Pegué un salto y corrí hacia el camión. Sabía que los desertores no dispararían contra mí por miedo a ser descubiertos por los rebeldes. Así que corrí hacia el camión y pedí a gritos que pararan. Se detuvieron y me subieron a bordo. Me senté en el camión rodeado de rebeldes. Al principio tuve mucho miedo porque todos llevaban armas. Estaban muy cansados, parecían malos y me miraban con odio. Pero me quedé callado y, como seguí sin decir nada, acabé cayéndoles bien. Fuimos hasta otro pueblo y dejaron que me quedara con ellos. ¡Era un rebelde, Achak! Viví en su campamento durante semanas, con un hombre llamado Malek Kuach Malek. Era un comandante del ELPS. Era muy importante. Tenía una gran cicatriz aquí.

Deng dibujó una línea con el dedo desde mi sien a mi oreja.

—Decía que era de una bomba. Decía que pronto me convertiría en soldado, que me entrenaría. Me convertí en su ayudante. Iba a buscar agua para él y le limpiaba las gafas, y apagaba y encendía la radio. Le gustaba decirme que lo hiciera en lugar de hacerlo él mismo. Juntos escuchábamos la emisora de los rebeldes, y a veces las noticias de la BBC. Fue un buen padre para mí, me permitía comer la misma comida que tomaba él, un comandante, y pensé que sería su hijo para siempre, Achak. Deseé seguir viviendo con él durante el mayor tiempo posible.

La idea de vivir en un lugar me resultó muy atrayente aquel día.

—Entonces, un día, llegó el ejército del gobierno. Malek no estaba en casa cuando oí que el tanque se acercaba. Todos los rebeldes se dispersaron, listos para luchar, y un segundo después el tanque salió con estrépito de entre los árboles. Todo explotó, y yo corrí. Corrí solo, corrí hasta dar con un camión que había sido quemado. Era el único que había sido pasto de las llamas, de manera que aquella noche me escondí en él hasta que cesaron los disparos. Por la mañana no vi a nadie.



Malek había desaparecido, los rebeldes habían desaparecido y los soldados del gobierno habían desaparecido. De manera que caminé en la dirección que creí que habían tomado los rebeldes. Y al final encontré un pueblo que no había sido atacado, donde conocí a una mujer muy amable que se dirigía a Wau. Me monté con ella en un autobús. Planeaba irme a Wau, a vivir con esa mujer. Ella dijo que allí estaría a salvo, que podría ser su hijo. Subí al autobús y estuvimos un rato viajando, y me dormí. Unos gritos me despertaron. El autobús se había detenido. Miré por la ventanilla: eran rebeldes. Había al menos diez, armados con rifles, gritándole al conductor. Nos obligaron a bajar del autobús. Hicieron que todo el mundo explicara adónde iba. Entonces cogieron...

—¿De dónde has sacado esta camisa?

Dut se había desplazado hasta el final de la fila, cerca de nosotros, y se fijó en Deng. La camisa de Deng le pareció curiosa.

—Me la dio mi padre —dijo Deng—. La compró en Wau.

—¿Sabes para qué se usa esa clase de camisas?

—No —dijo Deng, que sabía que Dut se estaba riendo de su camisa—. Mi padre decía que era una camisa de muy buena calidad.

Dut sonrió y pasó el brazo por encima de los hombros de Deng.

—La llaman camisa de esmoquin, hijo. Suele llevarse en las bodas. Llevas la camisa de un novio en el día de su boda. —Dut se rió—. Pero nunca había visto una de color rosa —añadió, y soltó una carcajada más fuerte.

Deng no se rió. Fue una muestra de crueldad por parte de Dut decir eso, y, como se dio cuenta, intentó reparar la ofensa.

—¡Hemos formado un grupo bueno de verdad! —gritó, dirigiéndose a todos nosotros—. Sois unos caminantes excepcionales. Ahora seguid andando. Tenemos que caminar hasta la noche. Entonces llegaremos a un pueblo y podremos comer algo.

Olvidé entonces que Deng había estado contándome su historia y olvidé pedirle que la terminara. Todos los chicos llevaban a cuestas historias como esta, llenas de lugares donde creyeron que se quedarían, llenas de gente que los ayudó y que luego desapareció, llenas de fuegos, batallas y traiciones. Pero nunca llegué a oír el final de la historia de Deng y siempre me he preguntado cómo terminaba.

Pasamos por un paisaje extraño. Vimos campos asolados, cabras destripadas y decapitadas. Vimos los rastros que habían dejado caballos y camiones, la estela de hermosos casquillos de bala. Nunca había andado tanto en un solo día. No nos habíamos detenido desde la mañana y seguíamos en ayunas. El agua a la que habíamos tenido acceso la compartíamos de una palangana que Dut había traído consigo y cuyo transporte nos turnábamos.

Habíamos caminado durante todo un día cuando llegamos a un bullicioso pueblo que yo no había visto nunca. Era un pueblo perfecto. Sus habitantes iban y venían como solíamos hacer en Marial Bai. Las mujeres transportaban ramas y agua en sus cabezas, los hombres estaban sentados en el mercadillo, jugando al dominó y bebiendo vino. El pueblo parecía vivir ajeno a cualquier conflicto. Seguí al grupo hasta el centro del pueblo.

—Sentaos todos —dijo Dut, y nos sentamos—. Quedaos aquí. No os levantéis. No molestéis a nadie. No os mováis.

Dut se fue. Algunas mujeres se paraban a mirarnos cuando pasaban por nuestro lado, pero luego siguieron su camino. Tras ellas un perro vino husmeando hasta nosotros. Tenía el pelo corto y con clapas, de un color raro, casi azul en algunas partes.

—¡Un perro azul! —dijo Deng, y el perro fue hacia él, le lamió la cara y luego apoyó el hocico entre sus piernas—. ¡Un perro azul! Le caemos bien, Achak. Mira qué manchas tan extrañas tiene el perro azul.

Deng le rascó las orejas al perro, que de verdad parecía de color azul, y el animal enseguida se puso panza arriba mientras Deng le frotaba el culo con gran intensidad. El perro sacudía las patas a un lado y a otro. Resultaba raro estar parado, descansando en un pueblo desconocido. Acariciando a un alegre perro azul.

Un grupo de chicos mayores vino hasta nosotros. El mayor de todos no tardó en ahuyentar al perro y se plantó justo al lado de donde estábamos Deng y yo; estaba tan cerca que tenía que mirar directamente hacia arriba para ver la barbilla de su ancha cara. Calzaba unos brillantes zapatos blancos. Parecían nubes que nunca hubieran rozado la tierra.

—¿Adónde vais? —inquirió.

—A Bilpam —contesté.

—¿Bilpam? ¿Qué es Bilpam?

Caí en la cuenta de que lo ignoraba.

—Una gran ciudad, a muchos días de distancia —apunté. No tenía ni idea de su tamaño, ni de lo que nos quedaba por andar, pero quise conferir al viaje un aire definido e importante.

—¿Por qué? —preguntó el chico de los zapatos como nubes.

—Nuestros pueblos han sido quemados —dijo Deng.

Yo no quería contarle a este chico lo que había sucedido en Marial Bai. Al ver este pueblo, que se había mantenido inmune a la guerra, volví a sentirme avergonzado por no haber combatido mejor a los árabes, por haber permitido que quemaran nuestros hogares. Si este pueblo seguía intacto, no era el fin del mundo. Me dije que tal vez los árabes habían asolado los pueblos donde vivían los hombres más débiles.

—¿Quemados? ¿Por quién? —preguntó el chico, en tono escéptico.

—Por los baggaras —respondió Deng.

—¿Los baggaras? ¿Por qué no se lo impedisteis?

—Tenían rifles nuevos —dijo Deng—. Más rápidos. Podían matar a diez hombres en segundos.

El chico se rió.

—No podéis quedaros aquí —dijo otro chico.

—No pretendemos hacerlo —dije.

—Bien. Deberíais ir tirando. No sois más que peregrinos. Igual hasta traéis enfermedades. ¿Tenéis malaria?

En ese momento decidí que había terminado con esos chicos. No quería oír nada más. Les di la espalda. Enseguida noté un puntapié en la espalda. Procedía del chico de los zapatos blancos como nubes.

—Aquí no queremos mendigos. ¿Lo entendéis? ¿No tenéis familia?

No reaccioné, pero Deng se puso en pie de un salto y arremetió con la cabeza contra el pecho del chico. Al lado de este chico mayor y bien alimentado, Deng parecía un insecto.

—¡Chicos!

El que gritó era Dut. El grupo que nos acosaba se dispersó, y Dut salió del mercado acompañado de un hombre muy alto, de edad avanzada, vestido con una túnica color sangre. Este nuevo hombre llevaba un báculo y caminaba con decisión y aplomo. Cuando llegó hasta el círculo de chicos sentados se detuvo, perplejo, y soltó un profundo suspiro de sorpresa.

—Ya le he dicho que éramos muchos —dijo Dut.

—Ya lo sé, ya lo sé. Así que, ¿esto es lo que está pasando? ¿Chicos que se dirigen hacia Bilpam a pie?

—Es nuestra única esperanza, tío.

El jefe volvió a suspirar y observó al grupo; sacudía la cabeza y sonreía a la vez. Unos momentos después el jefe cogió el bastón con ambas manos, lo clavó con decisión en el suelo y regresó al pueblo.

—Bien, chicos. El jefe ha accedido a darnos de comer. Por favor, no os mováis y no pidáis nada. El jefe ha ido a que unas mujeres nos preparen yuca.

Lo cierto fue que una frenética actividad invadió las cabañas que nos quedaban más cerca. Las mujeres y las niñas se dispusieron a preparar la comida y, cuando terminaron, la repartieron entre nosotros, en raciones que nos sirvieron directamente en las manos; no había bastantes platos para tantas docenas de chicos y Dut había insistido en que eran innecesarios. Después de haber comido, y de que el jefe entregara a Dut dos sacos de nueces y dos bidones de agua, reemprendimos el camino, ya que no nos permitieron quedarnos más.

Aquel día me había sentido débil, me pesaban las piernas, pero la comida me había revitalizado y mejorado el estado de ánimo. Quería ver qué sucedería a continuación. Aunque me preocupaba por mi familia, me dije que si yo estaba a salvo, ellos también, y que hasta que nos reuniéramos viviría una especie de aventura.

Había oído hablar de ríos tan anchos que los pájaros no podían sobrevolarlos: caían a medio camino y eran devorados por la incesante corriente. Había oído hablar de montículos que alcanzaban una altura tal que era como si la tierra se inclinara de lado, y de parajes que adoptaban una forma parecida al contorno de una persona dormida. Quería ver todas estas cosas y luego volver con mis padres para contarles mi viaje. Al imaginar ese momento noté que las cuerdas de mi interior se tensaban y tuve que respirar hondo para aflojarlas.

Anocheceía y seguíamos andando, cruzándonos con gente por el sendero, pero cuando cayó la noche nos encontramos solos y el sendero desapareció.

—Caminad en línea recta —dijo Dut—. El sendero es reciente.

Yo había andado a oscuras muchas veces. Podía andar a la luz de la luna o en la noche más negra. Pero entonces, tan lejos de casa, sin camino marcado, el esfuerzo era enorme. Tenía que enfocar los ojos en la espalda del chico que iba delante y mantener el ritmo. Frenar, aunque fuera durante unos momentos, implicaba perder al grupo. Sucedió a veces, por la noche: un chico se salía de la fila, o se alejaba unos pasos para orinar, y se veía obligado a llamarnos a gritos para volver a encontrarnos. Quienes lo hacían recibían las burlas del resto, y a veces también golpes y patadas. Hacer ruido podía llamar la atención y esto era algo indeseable cuando las bestias se apoderaban de la noche.

Deng iba detrás de mí e insistía en cogerse de mi camisa. Era una práctica habitual aquella noche y lo fue también en algunas otras, sobre todo entre los niños más pequeños: coger la camisa de quien los precedía en la fila. Sin duda Deng y yo estábamos entre los más jóvenes del grupo. Los chicos más cómodos sacaban un brazo de la manga y dejaban que quienes los seguían se agarraran a ella como si fuera una correa. Muchos chicos lo hacían con sus hermanos menores. Había muchos hermanos en el grupo, y por las mañanas, cuando pasaban lista, cuando oía sus nombres, me embargaba una envidia enorme. Yo no sabía nada de mis hermanos: ni siquiera si estaban vivos, muertos o en el fondo de un pozo.

Aquella noche nos detuvimos en un claro y se envió a algunos chicos al bosque, a buscar leña. Pero los chicos escogidos por Dut no querían ir. La jungla era un espacio rebosante de ruidos, gemidos de animales y pasos en la maleza.

—Yo no voy —dijo un chico de aspecto fortachón.

—¿Qué? —gritó Dut.

Era obvio que él también estaba cansado, hambriento, y al límite de su paciencia.

—¿No quieres encender una hoguera? —preguntó Dut.

—No —replicó el chico.

—¿No?

—No. Me importa un rábano tener fuego o no.

Fue la primera vez que Dut golpeó a un chico. Le cruzó la cara con el dorso de la mano y el chico cayó al suelo, entre gemidos.

—¡Tú, tú, tú! —balbució Dut. Parecía tan sorprendido por el golpe como el chico. Pero no cedió—: Ahora, ve. ¡Ve!

Dut se apresuró a elegir a otros tres chicos, se apiló la leña, y cuando hubo prendido el fuego nos sentamos alrededor de la hoguera. La mayoría se durmió enseguida, pero Deng y yo permanecimos despiertos contemplando las llamas.

—No quería pegar a ese chico —dijo Dut.

Deng y yo nos percatamos de que hablaba con nosotros. Éramos los únicos que seguíamos despiertos. No contestamos, porque no se me ocurrió nada apropiado que decir. En su lugar pregunté a Dut por algo que había dicho el viejo: que los jinetes se habían rebajado a la altura de las bestias. Nadie me había explicado aún por qué habían atacado Marial Bai. Le conté a Dut lo que había dicho el hombre, que los baggaras habían descendido al nivel de los animales, que estaban poseídos por espíritus que los habían transformado en hombres león.

Dut me miró. Parpadeaba y en su cara se apreciaba una sonrisa dura.

—¿De verdad dijo eso?

Asentí.

—¿Y te lo has creído?

Me encogí de hombros.

—Achak —dijo él, y clavó la mirada en el fuego durante unos largos minutos—. No es mi intención desautorizar las palabras de ese anciano. Pero no son hombres león. Son árabes comunes. Os contaré cómo hemos llegado a esta situación, chicos, aunque quizá no lo comprendáis del todo. ¿Queréis oírlo?

Deng y yo asentimos.

—Soy maestro, y esto es lo que pienso. Os veo aquí sentados, escuchando, y quiero contároslo. ¿Estáis seguros de que queréis oírlo?

Deng y yo insistimos en que así era.

—Muy bien. ¿Por dónde debería empezar? Bien. Empezaré con un hombre llamado Suwar al-Dahab. Es el ministro de Defensa del gobierno de Jartum.

—¿Qué es Jartum? —interrumpió Deng.

Dut suspiró.

—¿De verdad no lo sabes? En Jartum es donde está el gobierno, Deng. El gobierno central del país. De todo Sudán. ¿No lo sabías?

—Pero el jefe es el que más manda en el país —insistió Deng.

—Es el que más manda en tu pueblo, Deng. Vaya, ahora no estoy seguro de que podáis entenderme.

Le rogué que lo intentara, y Dut dedicó un rato a explicarnos la estructura del gobierno, formado por tribus, jefes y el antiguo Parlamento, y a hablarnos de los árabes que gobernaban Jartum.

—Habéis oído hablar de los anyanyas, ¿verdad, chicos? Veneno de serpiente. Es el grupo rebelde que precedió al ELPS. Vuestros padres fueron probablemente miembros de este grupo. Todos vuestros padres lo fueron.

Deng y yo asentimos con la cabeza. Yo sabía que mi padre había servido con los anyanyas.

—Bien, ahora tenemos al ELPS. Algunas metas son las mismas; otras son nuevas. ¿Recordáis los primeros ataques de los helicópteros?

Dijimos que sí.

—Bien, pues los helicópteros eran del gobierno. Atacaron en represalia por los actos cometidos por un hombre llamado Kerubino Bol. Estaba en el ejército sudanés. ¿Recordáis cuando en el ejército había tanto árabes como dinkas? Sé que tú te acuerdas, Achak. Había muchos destinados en Marial Bai.

Le dije que lo recordaba.

—Kerubino era el comandante del batallón Ciento cinco, destinado en una gran ciudad llamada Bor. Bor está en el sur de Sudán, en una región llamada el Nilo Superior. La gente de allí son como vosotros, pero distinta. Aunque todos somos dinkas, las costumbres difieren. En muchos clanes sus miembros se hacen cicatrices cuando llegan a la edad adulta. Seguro que lo habéis oído. Hay otra ciudad donde todos los hombres fuman en pipa. Tenemos costumbres distintas, pero todos somos dinkas. ¿Lo entendéis? Este es un país muy grande, chicos; imaginad algo muy, muy grande, y luego doblad su tamaño.

Deng y yo asentimos al unísono.

—Bien. Kerubino y sus hombres llevaban algún tiempo en Bor y estaban contentos allí. Conceder este tipo de poder a una parte del sur de Sudán formaba parte del acuerdo de paz que se firmó con los anyanyas. En Bor, Kerubino y sus hombres estaban rodeados de su gente, muchos habían trasladado a sus familias a la ciudad y vivían felices. No tenían que trabajar mucho. Ya habéis visto a los soldados. No les gusta mucho moverse. Un día empezaron a circular rumores de un traslado al norte, rumores que no fueron bien recibidos: aquellos hombres no querían un destino que los alejara de sus familias. El hecho de que Jartum no les pagara lo que les había prometido empeoró la situación. Las cosas fueron a peor, y al final los leales a Jartum, a sabiendas de que Kerubino planeaba un motín, atacaron el batallón Ciento cinco. Kerubino Bol huyó con el batallón en pleno a Etiopía. Ahí es adonde vamos, chicos. Bilpam está en Etiopía. ¿Lo sabíais?

Paramos la historia allí. Deng y yo no habíamos oído nunca la palabra «Etiopía». No sabíamos lo que era.

—Es un país, igual que Sudán —explicó Dut.

—Si es igual, ¿por qué es un sitio distinto? —preguntó Deng.

Dut tenía mucha paciencia.

—En Etiopía —siguió—, un hombre llamado John Garang se unió a Kerubino. Era un coronel del ejército sudanés que también había huido. Más tarde, el batallón Ciento cuatro, destinado en Ayod, también se refugió en Etiopía. Para entonces ya era todo un movimiento. Había cientos de soldados entrenados, la mayoría dinkas, que

configuraron el nuevo ejército rebelde: el ELPS. Así empezó este estadio de la guerra civil. ¿Me habéis entendido hasta aquí?

Asentimos.

—Cuando John Garang inició el movimiento rebelde, el general Dahab se enfadó mucho, al igual que todo el gobierno de Jartum. Quisieron aplastarlos. Pero los rebeldes eran muchos. Estaban bien armados y tenían algo por lo que luchar. Esto los hacía muy peligrosos. Y contaban con la ayuda de Etiopía, lo que los convertía en una amenaza aún mayor.

—¿Los rebeldes tienen rifles? —pregunté.

—¡Rifles! Por supuesto. Tenemos rifles, artillería y lanzacohetes, Achak.

Deng soltó una carcajada y yo sonreí, orgulloso. Me convencí de que los hombres que habían golpeado a mi padre eran distintos de esos rebeldes. O de que quizá los rebeldes habían aprendido mejores modales.

—El gobierno se enfadó mucho ante la nueva presencia rebelde, y fue entonces cuando envió los helicópteros. El gobierno quemó los pueblos como castigo por apoyar a los rebeldes. Es fácil arrasar un pueblo, ¿verdad? Más fácil que derrotar a un ejército. De manera que mientras los hombres huían a Etiopía para entrenarse, el ELPS seguía creciendo e incluso ganando algunas batallas. Ocuparon tierras. Las cosas pintaban mal para el gobierno. Tenían un problema. Necesitaban más soldados, más armas. Pero dotar a un ejército sale caro: a los soldados hay que pagarles, alimentarles, darles armas. Así que el general Dahab usó una estrategia que ya habían utilizado otros gobiernos: armó a otros para que realizaran las funciones del ejército. En este caso, entregó armas automáticas a decenas de miles de árabes, entre ellos a los baggaras. Muchos procedían del otro lado de Bahr al-Ghazal. Miles venían de Darfur. Los visteis, a ellos y sus armas. Armas que disparan cien balas en el tiempo que se necesitaría para disparar un rifle dos veces. No podemos defendernos contra esas armas.

—¿Y por qué a estos no hacía falta que les pagara? —pregunté.

—Buena pregunta. Los baggaras habían luchado tiempo atrás contra los dinkas por las tierras de pasto y por otras cuestiones. Supongo que ya lo sabéis. Durante muchos años ha existido una relativa paz entre las tribus del sur y las tribus árabes, pero al general Dahab se le ocurrió la idea de romper la paz, de suscitar el odio de los baggaras. Cuando les dio esas armas, los baggaras se dieron cuenta de que tenían una gran ventaja sobre los dinkas. Disponían de AK-47, mientras nosotros usábamos lanzas, palos y escudos de cuero. Esto alteró el equilibrio que se había mantenido durante tantos años. ¿Cómo pagaría el gobierno a toda esta gente? Era sencillo. Dijeron a los jinetes que a cambio de sus servicios estaban autorizados a saquear todo lo que se cruzara en su camino. El general Dahab les dijo que cayeran sobre los pueblos dinkas que había a lo largo de las vías del ferrocarril y se apropiaran de todo lo que quisieran: ganado, comida, cualquier cosa del mercado, incluso personas. Este

fue el principio del resurgimiento de la esclavitud. Sucedió en mil novecientos ochenta y tres.

Los años eran un concepto que no entendíamos.

—Hace unos cuantos años —dijo Dut—. ¿Os acordáis del principio?

Asentimos.

—Caían sobre un pueblo, por la noche, y lo rodeaban. Cuando el pueblo despertaba, entraban por todos lados, matando y robando a su antojo. Se llevaban todo el ganado y mataban al resto de animales. Cualquier acto de resistencia era castigado. Mataban a todos los hombres, violaban a las mujeres, quemaban las casas, contaminaban los pozos y secuestraban a los niños. Supongo que lo habéis visto.

Así era.

—Esto les ha ido muy bien a los baggaras, porque sus granjas sufrían por la sequía. Habían perdido ganado y sus cosechas no eran buenas. Así que se dedicaron a robar el nuestro y a venderlo en Darfur; luego era revendido en Jartum. Los beneficios eran enormes. La provisión de ganado en el norte ha aumentado drásticamente, hasta tal punto que hay exceso de él, lo que ha bajado el precio de la ternera. Todo ese ganado era de los dinkas, nuestras dotes y nuestros legados, el fruto de nuestro esfuerzo. Robar animales y comida de estos pueblos resolvió un montón de problemas de los baggaras, pero, no contentos con eso, se dedicaron a esclavizar a nuestro pueblo. ¿Sabéis por qué, chicos?

No lo sabíamos.

—Mientras ellos están fuera, robándonos los animales, ¿quién cuida de los suyos? Ajá. Por eso secuestran a mujeres y niños. Nos dedicamos a vigilar sus rebaños mientras ellos saquean nuestros pueblos. ¿Os lo imagináis? Es un asunto muy feo. Pero los baggara no son malos por naturaleza. La mayoría son como nosotros, ganaderos. *Baggara* no es más que el término árabe para designar a un pastor, y lo usamos para hablar de otros pueblos ganaderos: el pueblo rezeigat de Darfur, los misseriyas de Kordofan. Todos son musulmanes, suníes. ¿Habéis conocido a musulmanes?

Pensé en Saliq Aziz. No había vuelto a pensar en él desde la última vez que lo vi.

—La mezquita de nuestro pueblo fue quemada —dije.

—Las milicias estaban formadas por jóvenes que están acostumbrados a guiar al ganado por los pastos. En su idioma, *murahaleen* significa «viajero»: y eso es lo que eran, hombres a caballo que conocían la tierra y estaban habituados a llevar armas para protegerse, a sí mismos y al ganado, de los ataques de otros animales. Los *murahaleenes* no se convirtieron en una milicia hasta que estalló la guerra, y, armados hasta los dientes, cambiaron la tarea de vigilar el ganado por la de saquear pueblos.

—Pero ¿por qué nosotros no teníamos armas? —preguntó Deng.

—¿Quién iba a darnoslas? ¿Los árabes? ¿El gobierno de Jartum?

Deng bajó la cabeza.



—Ahora disponemos de algunas armas, Deng. Pero no fue fácil. Tuvo que transcurrir cierto tiempo. Tenemos las armas con las que se marcharon los batallones Ciento cuatro y Ciento cinco, y las que los etíopes nos han proporcionado.

Dut avivó el fuego y se metió unas nueces en la boca.

—Pero los hombres de Marial Bai tenían uniformes —le contestó Deng—. ¿Quiénes eran?

—Soldados del gobierno. Jartum se está volviendo holgazán. Ahora envían al ejército junto con los murahaleenes. No les importa. Todo el mundo va. Cualquiera. La estrategia es todos contra los dinkas. ¿Habéis oído la expresión: «Drenar un estanque para pescar un pez»? Están vaciando el estanque de posibles rebeldes, están eliminando sus puntos de apoyo. Asolan las tierras de los dinkas para aplastar cualquier conato de rebelión que pueda surgir en esta zona. Los ataques de los murahaleenes dispersan a la gente, y cuando la gente se haya ido, cuando todos los dinkas nos hayamos disgregado, ocuparán nuestras tierras. Ganan a muchos niveles. Se quedan con nuestro ganado. Con nuestras tierras. Tienen a nuestro pueblo esclavizado, al cuidado de las reses que nos han robado. Nuestro mundo está patas arriba. Deambulamos por el país, estamos lejos de nuestras propiedades, de nuestras granjas, hogares y hospitales. El objetivo de Jartum es arruinar a los dinkas, convertir sus tierras en un lugar inhabitable. De este modo luego los necesitaremos para restaurar el orden, los necesitaremos para todo.

—Entonces ese es el Qué —dije.

Dut me miró durante un largo rato, y luego volvió a remover el fuego.

—Tal vez, Achak. Tal vez lo sea. No lo sé. No sé lo que es el Qué.

Nos estábamos durmiendo sentados.

—Ya veo que os estoy aburriendo —dijo Dut—. Como maestro, ya estoy acostumbrado.

Cuando despertamos el grupo había aumentado. Si la noche anterior rondábamos la treintena, ahora éramos cuarenta y cuatro. Tras caminar todo el día y dormir otra noche, habíamos pasado a ser sesenta y uno. La semana siguiente trajo consigo más chicos, hasta que el grupo alcanzó los doscientos miembros. Salían de las ciudades por las que pasábamos, salían de la maleza, por la noche, jadeando de lo mucho que habían corrido. Salían en forma de grupos que se mezclaban con el nuestro y salían de uno en uno. Y nuestras filas eran cada vez más numerosas. Dut desdoblaba el papel verde río; anotaba en él los nombres de los chicos nuevos, lo doblaba de nuevo y se lo guardaba en el bolsillo. Se sabía los nombres de todos.

Me acostumbré a las caminatas, al dolor de piernas y al de los huesos de las rodillas, al del abdomen y al de los riñones; a quitarme espinos de los pies. Esos primeros días no nos costaba tanto encontrar comida. Pasábamos por un pueblo cada día, y en ellos nos proporcionaban suficientes nueces, semillas y maíz para nuestro

sustento. Pero a medida que crecía el grupo esto fue haciéndose más difícil. ¡Y cómo creció, Michael! Cada día traía a más chicos, y a veces incluso a chicas. En muchos casos, mientras comíamos en un pueblo, empezaban las negociaciones entre Dut y los ancianos de la ciudad, y cuando salíamos, ya comidos, los chicos de aquel pueblo habían pasado a formar parte del grupo. Algunos de estos chicos y chicas aún tenían padres, y en muchos casos eran sus mismos padres los que enviaban a sus hijos con nosotros. En aquel momento no éramos del todo conscientes de por qué lo hacían, de por qué había padres dispuestos a enviar a sus hijos a un viaje a pie con destino desconocido, pero estas cosas pasaban, y era un hecho que los que se venían con nosotros obedeciendo los deseos de sus padres iban mejor equipados que los que nos habíamos refugiado en el grupo a falta de otra opción mejor. Estos chicos y chicas venían con ropa, sacos de provisiones y, en algunos casos, incluso zapatos y calcetines. Pero las desigualdades se acababan enseguida. En unos días los nuevos estaban tan desposeídos como el resto. Luego lamentaban haber intercambiado la ropa por comida, por una mosquitera o por cualquier pequeño lujo que creyeron a su alcance. Lamentaban no saber hacia dónde nos dirigíamos, lamentaban haberse unido a esta marcha. Ninguno de nosotros había caminado nunca tanto en un solo día, pero seguíamos andando, cada día más, sin que nadie supiera que era un viaje sin retorno.

Oigo llaves en la puerta, Michael. Creo que dentro de poco estarás metido en un lío, porque Achor Achor está aquí y su llegada provocará un reajuste de todo esto. ¡Si al menos pudiera ver la escena a través de sus ojos! No habrá mucha compasión por su parte para ti y para tus secuaces.

Cede la cerradura y se abre la puerta. Veo la gruesa silueta de Tonya.

—¡Mira quién está despierto! —dice ella al verme—. ¡Michael! —grita. Se ha cambiado de ropa y se ha puesto un vestido de satén negro. Michael sale enseguida de mi cuarto. Se deshace en disculpas, pero ella le corta de lleno—. Mueve el culo —le dice—, hemos traído la furgoneta.

Michael va al cuarto de baño y vuelve con las zapatillas; empieza a atarse los cordones. No sé por qué las habrá dejado en el cuarto de baño.

Otro hombre, distinto a Azul Pálido, está en mi cocina. Es más bajito que Azul Pálido, de dedos largos y finos, y observa el televisor como si quisiera calcular cuánto pesa. Lo desenchufa y deja la caja de cables en la encimera. Con el cable enrollado en esa mano de dedos largos, se agacha frente al televisor y lo apoya contra su pecho. Está fuera de casa en cuestión de segundos.

Tonya pasa por delante de mí, dejando un fuerte aroma a perfume de fresas, y vuelve a entrar en mi habitación. Está registrando los cajones otra vez, como si viviera aquí y se hubiera olvidado algo. Me da un vuelco el estómago al imaginarla, a ella también, encontrando las fotos de Tabitha. La idea de que las toque con sus manos me provoca unas náuseas instantáneas.

Michael está junto a la puerta, con los zapatos puestos y la Fanta en la mano. Ni siquiera me mira. Mantengo la boca abierta durante un largo minuto, dispuesto a decir algo, pero al final decido lo contrario. Podría pedirle que me desatara, pero eso solo serviría para recordarles que dejar atrás a un testigo puede ser más peligroso que acabar con él.

En unos segundos reaparece Tonya y se planta en la puerta con el hombre nuevo. Echa un vistazo a la sala por última vez, sin mirarme. Saca a Michael de casa de un empujón; él actúa como si yo no estuviera. Una vez satisfecha, Tonya cierra la puerta. Se han ido.

La resolución y rapidez que imprimen a esa visita es sorprendente. Aunque esta vez no han estado en mi apartamento más de dos minutos, su olor permanece allí.

Vuelvo a estar solo. Detesto esta ciudad de Atlanta. No recuerdo ningún momento en que haya sentido algo distinto hacia ella. Tengo que salir de este lugar.

¿Qué hora es? Sé que puede transcurrir un día entero hasta que vea a Achor Achor. Con un poco de suerte pasará por casa antes de ir a trabajar. Pero a veces no lo veo durante días, ya que se queda en casa de Michelle: allí tiene un cepillo de dientes

y un traje de repuesto. Tal vez no vuelva esta noche y vaya directamente de su casa al trabajo. Si es así, estaré aquí, en el suelo, por lo menos hasta las seis de la tarde de mañana. No, ocho y media: mañana tiene clase después del trabajo.

Intento gritar; pienso que, aunque mi voz salga sofocada, tal vez consiga meter ruido suficiente como para alertar a un vecino. Lo intento, pero el sonido resultante es patético, sordo, un gemido quedo.

En poco tiempo habré humedecido la cinta lo bastante como para liberar los labios, pero con la cinta enrollada en la cabeza, será difícil que la lengua consiga bajarla del todo. Tengo que hacerme oír, tengo que avisar a algún vecino, atraer a alguien hasta mi puerta. Hay que llamar a la policía, hay que capturar a los ladrones. Necesito agua, comida, cambiarme de ropa. Hay que terminar con esta pesadilla.

Pero no se acaba. Estoy en el suelo y podrían pasar veinticuatro horas o más antes de que vuelva Achor Achor. A veces se ha pasado tres días sin venir a casa. Pero nunca sin avisar. Llamará, y cuando vea que no atiendo el teléfono ni devuelvo la llamada se percatará de que algo va mal. Y hasta entonces existen otras opciones. Hay gente en este edificio y lograré que me oigan.

Puedo patear el suelo. Puedo levantar los pies para que el golpe, aunque amortiguado por la moqueta, resulte audible desde abajo. Los vecinos de abajo, con los que solo he hablado una vez, son personas decentes: dos mujeres y un hombre, todos blancos, todos de más de sesenta años. Es obvio que no deben de nadar en la abundancia si se ven obligados a vivir los tres en un piso idéntico al que comparto con Achor Achor. Una de las mujeres, robusta y con una mata de pelo canoso que parece un casco, tiene un empleo que conlleva el uso de un uniforme de guardia de seguridad. No estoy seguro de si los otros dos trabajan, ni de dónde lo hacen.

Sé que son cristianos evangélicos. Han echado panfletos por debajo de la puerta de mi casa, y sé que han hablado de su fe con Edgardo. Edgardo es católico, como yo, pero aun así estos vecinos han intentado acercarnos hacia su clase de resurrección. Sus ansias proselitistas no me han ofendido. Cuando Ron, el anciano que se queda en casa, se me acercó un día justo cuando me dirigía a clase, quería hablar de la esclavitud. Era un individuo de aspecto nervioso y con cara de niño sobrealimentado; había leído algo sobre la vigencia de la esclavitud en Sudán. Su parroquia enviaba dinero a un grupo evangélico que planeaba viajar a Sudán a recomprar esclavos. «Unas docenas», me dijo.

Era un negocio en alza, o al menos lo fue hace unos años. En cuanto los círculos evangélicos se enteraron de las prácticas de secuestro de esclavos de la zona, esto se convirtió en su obsesión. El tema es complejo, pero como muchas de las cuestiones que afectan a Sudán, no es tan complejo como Jartum querría que creyera Occidente. Los Murahaleenes reanudaron los secuestros en 1983, una vez estaban armados y podían actuar con impunidad.

Vecinos cristianos de abajo, ¿dónde estáis esta noche? ¿Estáis en casa? ¿Me oiríais si grito? ¿Bastaría solo con golpear el suelo? ¿Oiréis mis patadas? Levanto las

piernas, aún atadas, de rodillas abajo, y las dejo caer contra el suelo con todas mis fuerzas. El resultado es insulso, un golpe sordo. Vuelvo a intentarlo con más fuerza. Después de un minuto de patear el suelo estoy agotado. Espero oír alguna reacción, una escoba que golpee el techo en señal de respuesta. Nada.

Vecinos cristianos, ya que os interesa, os hablaré de las incursiones en busca de esclavos, del comercio de esclavos. El comercio de esclavos empezó hace miles de años; es más antiguo que nuestra fe. Lo sabéis, o al menos así lo suponéis. Los árabes solían asaltar los pueblos del sur de Sudán, a menudo con la ayuda de otras tribus de la zona. Esto no es ninguna novedad: sigue el mismo patrón que la mayor parte de las capturas de esclavos en África. La esclavitud fue oficialmente abolida por los británicos en 1898, pero su práctica continuó, aunque fue decayendo.

Cuando empezó la guerra y los murahaleenes dispusieron de armas, las personas robadas —porque es así como los llamaba mi padre, «personas robadas»— fueron llevadas al norte y vendidas entre los árabes. Gran parte de lo que habéis oído, vecinos cristianos, es la pura verdad. Las niñas eran puestas a trabajar en casas de árabes y más tarde se convertían en sus concubinas y parían a los hijos de sus amos. Los chicos se ocupaban del ganado y a veces también eran violados. Tengo que decir que esta es una de las más graves ofensas cometidas por los árabes. La homosexualidad no forma parte de la cultura dinka, ni siquiera de forma encubierta; simplemente no había homosexuales practicantes, y debido a ello, la sodomía, sobre todo la sodomía forzada sobre niños inocentes, ha avivado la guerra tanto o más que cualquier otro crimen cometido por los murahaleenes. Digo esto con todo mi respeto hacia los homosexuales de este u otro país. Es un hecho puro y duro que la simple idea de un chico sodomizado por los árabes basta para que un soldado sudanés sea capaz de acometer actos de coraje inaudito.

Debe decirse que en el transcurso de esta guerra casi todos los dinkas hemos llegado a vilipendiar a todos los árabes de Sudán, hasta tal punto que hemos olvidado a los amigos que teníamos en el norte, la coexistencia pacífica e interdependiente que antaño mantuvimos con ellos. Esta guerra ha convertido en racistas a demasiados de ellos y de nosotros, y es el gobierno de Jartum el que ha avivado este fuego, el que ha sacado a la superficie, y en algunos casos creado de la nada, nuevos odios que han generado actos de brutalidad sin precedentes.

Lo más raro es que los llamados árabes no presentan tantas diferencias, ni siquiera en su aspecto, con los pueblos del sur. ¿Habéis visto al presidente de Sudán, Omar el-Bashir? Tiene la piel casi tan oscura como la mía. Pero él y sus predecesores islamistas despreciaban a los dinkas y a los nuers; quieren convertirnos a todos, y los líderes de Jartum han intentado en el pasado convertir Sudán en el centro mundial del fundamentalismo islámico. Entretanto hay muchos árabes de Oriente Próximo que albergan sus propios prejuicios contra Bashir, su piel oscura, y sus orgullosos amigos musulmanes sudaneses. Muchos, tanto dentro como fuera de las fronteras de Sudán, no los consideran árabes en absoluto.

Pero aun así los árabes de piel negra del norte de Sudán defendían la esclavitud de los dinkas del sur de Sudán. ¿Y qué alega Jartum en su defensa, vecinos cristianos? En primer lugar afirman que todo el problema se reduce a «desacuerdos tribales» que se remontan a siglos atrás. Si se les presiona un poco más, niegan que se trate de secuestros: los califican de acuerdos laborales consensuados. Esa niña de nueve años que es transportada a grupas de camello seiscientos kilómetros al norte y obligada a servir en la casa de un teniente del ejército, ¿es una esclava? No, dice Jartum. La niña, dicen, está allí porque quiere. Su familia, en previsión de tiempos difíciles, llegó a un acuerdo con el teniente, según el cual él se comprometía a darle trabajo, comida, y a proporcionarle una vida mejor hasta el momento en que su familia biológica pudiera volver a asumir su manutención. Una vez más los gobernantes de Jartum hacen gala de un cinismo pasmoso: negar que la esclavitud haya existido durante los últimos veinte años, insistiendo en que los habitantes del sur de Sudán escogían servir como criados, ser apaleados, violados y no percibir sueldo alguno. Eso sin contar con que la palabra que usa la mayoría de árabes para designar a los sudaneses del sur significa esclavo.

Resulta casi cómico. ¡Os aseguro que esto es lo que dicen! Y han logrado convencer a otros. Roces entre tribus, prácticas culturales propias de la zona, eso dicen. Un diplomático americano enviado a Sudán para investigar la pervivencia de la esclavitud regresó totalmente convencido de lo contrario. Le engañaron, y él debería haberse percatado del engaño. He visto esclavos con mis propios ojos. He visto cómo los secuestran —se llevaron a las gemelas, Ahok y Awach Ugieth, durante el segundo ataque— y lo mismo han visto otros amigos míos. Ahora, cuando los pueblos intentan repatriar a antiguos esclavos, mujeres y niños, surgen problemas. Algunas mujeres fueron secuestradas a tan temprana edad, con seis o siete años, que no conservan el menor recuerdo de sus casas. Ahora tienen dieciocho, diecinueve años, y como se las llevaron con tan corta edad no hablan dinka, solo árabe; desconocen todas nuestras costumbres. Y muchas de ellas han dejado hijos en el norte. Muchas han parido a los hijos de sus captores, y cuando son descubiertas por los abolicionistas y liberadas, se ven obligadas a abandonar a los niños. Es una vida muy difícil para estas mujeres, incluso para las que han vuelto a casa.

Es un crimen que haya sucedido todo esto, que se haya permitido que sucediera.

Llevado por un ataque de furia, golpeo el suelo una y otra vez, moviendo el cuerpo como un pescado fuera del agua. ¡Oídmme, vecinos cristianos! ¡Oíd al hermano que tenéis justo arriba!

Nada. Nadie escucha. Nadie espera oír las patadas del vecino de arriba. Es algo inesperado. No tenéis oídos para alguien como yo.

En las primeras y esperanzadas semanas de singladura, una tarde llegamos a un pueblo llamado Gok Arol Kachuol. En las afueras, las mujeres se congregaron en el camino para observar a nuestro grupo, que ahora sobrepasaba los doscientos cincuenta chicos.

—Mirad qué enfermos están —decían las mujeres al vernos pasar.

—¡Qué cabezas más grandes! ¡Como huevos apoyados en palillos!

Las mujeres se reían, llevándose las manos a la boca con gesto teatral.

—Ya lo tengo —dijo otra, una anciana vieja y arrugada como una acacia—. Son como cucharas. ¡Parecen cucharas andantes!

Y las mujeres no paraban de reírse y de señalarnos, escogiendo a los chicos que presentaban un aspecto especialmente malo o desesperado.

En cuanto la avanzadilla de nuestro grupo entró en el pueblo supimos que no éramos bienvenidos.

—No queremos rebeldes aquí —dijo el jefe, que caminaba a toda prisa hacia el sendero—. No, no, no. Seguid adelante. ¡Fuera!

El jefe, con una pipa en la boca, bloqueaba el acceso al pueblo con los brazos, moviendo las manos como si el aire que generaba pudiera quitarnos de en medio.

Dut dio un paso al frente y habló con una firmeza que no le había oído antes.

—Tenemos que descansar y lo haremos aquí. Si no, tendréis noticias de los rebeldes.

—Pero si no tenemos nada que daros —insistió el jefe—. Los rebeldes nos asaltaron hace solo dos días. Podéis sentaros a descansar, pero no hay nada para comer.

Posó los ojos sobre nosotros, aquella fila interminable de chicos surgidos del sendero, el manantial incesante de chicos que salían de la jungla hasta llenar el pueblo. Se cambió la pipa de un lado al otro de la boca.

—Nadie podría alimentar a tantos —dijo el jefe.

Dut no cedió.

—Quiero que sea consciente de las consecuencias de sus palabras.

El jefe hizo una pausa y emitió un sonoro suspiro de resignación. El segundo fue más conciliador. Dut se volvió hacia nosotros.

—Sentaos aquí y no os mováis hasta que vuelva.

Dut siguió al jefe hasta su cabaña. Nos dejamos caer sobre la hierba, hambrientos, sedientos y enfadados con ese pueblo. La reunión entre Dut y el jefe duró mucho más de lo habitual, y el sol se alzó sobre nosotros, observándonos y castigándonos. No había ni un atisbo de sombra, y aunque nos daba miedo movernos, no podríamos seguir mucho tiempo allí quietos. Algunos chicos se desplazaron unos cientos de metros, para sentarse bajo un árbol. Otros chicos, los mayores, se asignaron la tarea

de conseguir comida por su cuenta. Los vimos arrastrarse hasta una casa cercana, donde encontraron un cesto con nueces y huyeron con él.

La escena que tuvo lugar a continuación fue caótica. Primero llegaron los gritos de las mujeres. Luego una docena de hombres salió a perseguirlos. Cuando no pudieron dar caza a los tres ladrones, arremetieron contra el resto, lanzas en mano. Corrimos, los doscientos cincuenta, en todas direcciones, hasta acabar tomando el mismo camino que nos había llevado al pueblo. Corrimos durante una hora, con los hombres pisándonos los talones; capturaron a algunos de los chicos más lentos y los castigaron mientras el resto desandábamos la mayor parte del camino en el que habíamos invertido el día. Por eso la caminata duró más de lo que debería haber durado: no era una ruta recta, todo menos eso.

Cuando paramos, Kur nos reunió para contarnos. Faltaban seis.

—¿Dónde está Dut? —preguntó.

No teníamos ni idea. Kur era el mayor de los chicos, así que todos lo miramos en busca de respuestas. Él ignoraba el paradero de Dut y esto nos preocupaba.

—Nos quedaremos aquí hasta que venga Dut —decidió él.

Había cinco chicos heridos. A uno le habían clavado una lanza en el hombro. Kur se encargó de llevar al chico a una sombra, donde le dio agua. Kur no sabía cómo ayudarlo. El único lugar donde podían ayudarlo era el mismo pueblo que le había hecho esto. No teníamos nada, nadie en el grupo sabía curar heridas.

Tres chicos, junto con el herido, fueron enviados al pueblo para pedir tratamiento. No estoy seguro de lo que les pasó a esos chicos ya que nunca volvimos a verlos. Quiero creer que fueron aceptados por la gente del pueblo, arrepentida de lo que nos había hecho.

Fueron días malos. Dut no se unió a nosotros hasta un día entero después, lo que dejó a Kur al mando. Esto no era realmente una desventaja: el sentido de orientación de Kur parecía más seguro que el de Dut, su incertidumbre ante el trayecto quedaba más encubierta. Pero Dut era nuestro líder, a pesar de que a veces traía consigo mala suerte. Poco después de su reaparición, un león nos atacó en plena noche y se llevó a dos chicos. Los devoró entre la maleza. No nos quedamos a escuchar.

Cuando nos cruzábamos con otros viajeros estos nos advertían de la presencia de murahaleenes en la zona. Siempre estábamos listos para correr; todos los chicos tenían un plan en caso de que nos topáramos con la milicia. Teníamos que inspeccionar los paisajes que íbamos encontrando en busca de escondrijos y senderos. Sabíamos que esos rumores eran ciertos porque Deng llevaba uno de sus turbantes.

Lo encontró un día en que habíamos estado andando hasta la extenuación, aunque nuestros ojos seguían alerta. Lo vio en un árbol. Era un trozo de tela blanca, colgado de las ramas, movido por el viento. Icé a Deng en el aire para que pudiera cogerlo, y



Kur confirmó que lo había llevado un baggara; no sabíamos cómo había ido a parar a un árbol.

—¿Puedo ponérmelo? —preguntó Deng a Kur.

—¿Quieres llevarlo como lo hacen los árabes?

—No, me lo pondré de otro modo.

Y lo hizo. Se lo puso sobre la cabeza, sin apretarlo mucho; tenía un aspecto absurdo, pero afirmaba que le protegía del calor. El esfuerzo que tenía que hacer para que no se le metiera en los ojos o cayera al suelo contradecía cualquier ventaja inmediata, pero no dije nada. Sabía que un trozo de tela podía ser útil en cualquier momento.

Pero todo acabó enseguida y yo estaba en casa. Estaba en casa, ayudando a mi madre con el fuego. Mis hermanos jugaban a las puertas de la cabaña y mi padre estaba sentado en su silla, fuera, con un vaso de vino a sus pies. Yo oía canciones a lo lejos: el coro, que ensayaba el mismo himno que entonaba cuatrocientas veces al día. Los pollos piaban y los gallos cantaban, y aullaban los perros mientras intentaban romper las cestas en busca de comida. Una luna brillante y redonda flotaba sobre Marial Bai, y yo sabía que los jóvenes del pueblo andarían por la calle, buscando bronca. Las noches como esta eran largas: la actividad de los alrededores dificultaba el sueño, así que apenas hice el menor esfuerzo por dormirme. Permanecí despierto, atento, mientras imaginaba lo que hacía la gente, lo que significaba cada sonido. Adivinaba a quién pertenecían las voces, en la distancia que me separaba de los ruidos. Para que mi madre estuviera contenta mantuve los ojos cerrados durante gran parte de la noche, pero en algunas ocasiones, durante noches como estas, cuando los abría me encontraba con que mi madre también estaba despierta. En tales momentos compartíamos una somnolienta sonrisa. Y así fue también esa noche, cuando me encontré de nuevo al abrigo del hogar, junto al vestido amarillo de mi madre, al calor de su cuerpo. Sentaba bien estar en casa, y cuando les hube contado mis aventuras todos se quedaron muy intrigados e impresionados.

—Miradle —dijo una voz—. Sueña con su madre.

Parecía la voz de Deng. Yo le había hablado de mi familia. Le había contado muchas cosas.

Abrí los ojos. Deng estaba allí, pero no estábamos en casa. En un instante todo el calor que me rodeaba se enfrió. Estaba a la intemperie, durmiendo en el círculo de chicos, y el aire era aquella noche más afilado que ninguna otra desde que emprendimos la caminata.

No me moví. Deng estaba sobre mí; a su espalda no había los cálidos carmesís y ocre de casa de mi madre, sino solo el negro chamuscado de una noche sin luna. Cerré los ojos, embargado por el deseo, estúpido, lo sé, de sumergirme de nuevo en el sueño. Qué raro que un sueño pueda abrigarte cuando tu cuerpo sabe exactamente

que hace mucho frío. Qué raro era estar durmiendo allí con todos esos chicos, en aquel círculo cerrado, bajo un cielo opaco. Quise castigar a Deng por no ser mi madre ni mis hermanos. Pero sin él no podía vivir. Ver su cara todos los días era la única tabla de salvación que tenía a mano.

Fueron muchos los chicos del grupo que se volvieron raros. Uno no conseguía dormir, ni de noche ni de día. Se negó a hacerlo durante días, porque quería ver lo que se avecinaba, estar consciente ante cualquier posible amenaza. Al final lo dejamos en un pueblo, al cuidado de una mujer que lo acogió en su regazo; en cuestión de minutos se había dormido. Había otro chico que iba arrastrando un palo, y con él trazaba una línea en la tierra para poder encontrar el camino de vuelta. Lo hizo durante dos días, hasta que uno de los mayores le quitó el palo y se lo partió en la cabeza. Otro creía que aquel viaje a pie era un juego, y saltaba, corría y se metía con los demás chicos. Intentaba jugar a pillar con ellos, pero no encontraba a nadie dispuesto a seguirle la corriente. Dejó de jugar cuando recibió un buen puntapié en la espalda que le propinó otro chaval, hartado de verlo hacer el tonto todo el rato. Había un chico aún más raro: Ajiing guardaba toda la comida que le daban. Guardaba la comida —consistente sobre todo en sémola de nueces— en una camisa que había traído consigo. Echaba mano a la comida solo una vez al día: sacaba la porción de aquella mezcla grumosa suficiente para cubrir sus tres primeros dedos. Los lamía hasta dejarlos limpios y luego volvía a atar la camisa. Se preparaba para pasar muchas semanas sin comida. Pero la mayoría de chicos solo caminaba, sin hablar mucho porque no había nada que decir.

—¡El perro azul!

Cuatro días después de que nos hubieran echado del pueblo aquellos hombres con lanzas, volvimos a cruzarnos con el perro azul. Deng lo vio primero.

—¿De verdad es el mismo? —pregunté.

—Claro que sí —dijo Deng, y se arrodilló para acariciarlo.

El animal estaba bastante más gordo que la última vez que lo vimos. No comprendíamos cómo el perro podía haberse alejado tanto de su casa. ¿Nos habría estado siguiendo a lo largo de estos días, sin que lo viéramos pero sin que él nos perdiera de vista? Oímos un barullo por delante: voces de chicos. Fuimos hacia las voces y el perro azul nos siguió con desgana.

Al final resultó que el perro azul no se hallaba lejos de su casa. Los árboles del lugar me resultaban familiares. Enseguida nos percatamos de que era el pueblo feliz. Habíamos caminado en círculo; habíamos retrocedido sin saberlo durante días y ahora nos encontrábamos en el bullicioso pueblo del que habíamos salido no hacía mucho, el pueblo donde los chavales nos habían acosado con sus flamantes zapatos

blancos y donde las mujeres nos dieron de comer antes de que nos pusiéramos de nuevo en camino. Sus habitantes habían negado la amenaza de los murahaleenes, pero ahora ya no había nadie. Donde antes había pueblo, ahora no había nada. Las casas se habían perdido en el cielo. Solo quedaban círculos negros que señalaban los antiguos asentamientos de dichas casas. El pueblo estaba totalmente arrasado.

Y entonces vi los cadáveres. Brazos y cabezas entre los arbustos, en los restos de las cabañas. A lo lejos, el perro azul masticaba algo. Supimos entonces por qué había engordado tanto.

Una mujer salió de entre la maleza. Llevaba un bebé en un cabestrillo sujeto al torso. Al acercarse el bebé se convirtió en dos, gemelos, y la mujer estalló en sollozos y gritos incontrolables. Su mano estaba envuelta en una tela rosa, empapada de sangre. Los chicos estaban por todas partes, inspeccionando los daños y tocando cosas que yo no tocaría nunca.

—¡Volved aquí! —gritó Dut.

Pero la curiosidad de los chicos era incontrolable. No todos habían visto de primera mano la obra de los murahaleenes. Se dispersaron: algunos encontraron comida abandonada y dieron cuenta de ella, y a medida que andaban por el pueblo, los supervivientes empezaron a salir de sus escondrijos: mujeres, viejos, niños, más chicos. La mujer de los dos bebés no paraba de llorar, y Kur la hizo sentarse e intentó sosegarla. Me senté, de espaldas a la mujer y a las otras mujeres que vinieron tras ella. Me tapé las orejas con las manos. Ya había visto todo esto y estaba cansado.

Pasamos la noche allí. Aún había comida en el pueblo, y se decidió que era el lugar más seguro para nosotros: el escenario de un ataque reciente. Mientras descansábamos, salieron muchos más de entre los arbustos. Hablaron con Dut y compartieron información, y por la mañana partimos del pueblo con dieciocho chicos más. Eran muy silenciosos y ninguno llevaba zapatos blancos como nubes.

—Me duele la barriga —dijo Deng—. Achak.

—Sí.

—¿A ti también te duele así? ¿Como si hubiera algo dentro, moviéndose? ¿Lo notas?

Habían pasado muchos días y a mí se me había acabado la paciencia. A todo el mundo le dolía la barriga; todas nuestras barrigas se habían vuelto duras y redondas, y ya estábamos acostumbrados a las penurias del hambre. Le dije algo en ese sentido, con la esperanza de que mis palabras sirvieran para tranquilizar sus temores y acallarlos.

—Pero es un dolor nuevo —dijo Deng—. Me duele más abajo que antes. Como si alguien me pellizcara, me clavara algo.

Me costaba sentir compasión por Deng cuando yo mismo estaba tan hambriento. Mi propia hambre aumentaba y disminuía, pero cuando me invadía la sentía por todas

partes: en el estómago, en los brazos, en los muslos.

—Echo de menos a mi madre —dijo Deng.

—Quiero irme a casa —dijo él.

—No puedo andar más —dijo.

Aceleré el paso para no tener que oír sus quejas continuas. La mayoría de nosotros se comportaba con estoicismo, éramos conscientes de lo absurdo que resultaba quejarse. La conducta de Deng era una afrenta para todos.

Un chasquido rasgó el cielo de la tarde. Nos paramos. El sonido se repitió; estaba claro que se trataba de un arma de fuego. Los disparos prosiguieron, hubo cinco más. Dut detuvo al grupo y escuchó.

—Sentaos. Sentaos y esperad —nos dijo.

Él se adelantó a todo correr. Cuando volvió, sonreía.

—Han matado un elefante. ¡Venid! Hoy todos comeremos carne.

Salimos corriendo. Nadie había entendido todo lo que había dicho Dut, pero habíamos oído la palabra «carne». Corrimos tras Dut y Kur Garang Kur.

Corrí tan rápido que el suelo volaba bajo mis pies, salté por encima de rocas y arbustos. Todos corrimos, entre risas. Habían pasado semanas desde la última vez que probamos cualquier clase de carne. Yo estaba contento, pero ya mientras corría me asaltó un conflicto. Tenía tanta hambre, tanta hambre que esta me atacaba por todas partes, pero en mi clan el elefante era sagrado. Ni una sola persona de mi pueblo, Marial Bai, se plantearía matar a un elefante, y mucho menos comérselo; sin embargo, seguí corriendo hacia el animal. Ningún otro chico parecía vacilar; corrían como si no estuvieran enfermos, como si no hubieran andado mucho. En ese momento no éramos moribundos, no éramos los mismos que andaban sin descanso. Éramos chicos hambrientos y voraces a punto de regalarnos con un succulento banquete de carne fresca.

Al acercarnos vimos una pequeña montaña gris rodeada de chicos. Había cientos de chicos, diez de ellos casi se hallaban encima del elefante. Uno le arrancaba la oreja; se había encaramado sobre la cabeza de aquella bestia y le estaba separando la oreja del cráneo. Otro estaba de pie junto al elefante: su hombro estaba rojo de sangre y no se le veía la mano. Un momento después el chico volvía a tener mano, pero esta estaba cubierta de sangre: la había metido en el orificio de la bala. Había sacado la carne que había podido encontrar y ahora la devoraba, cruda, mientras gotas de sangre del animal le salpicaban la cara.

Cerca del elefante había dos hombres de uniforme, armados. Mientras los chicos la emprendían con el animal yo observé a los hombres.

—¿Quiénes son? —pregunté a Kur.

—Ese es vuestro ejército —dijo él—. La esperanza de los dinkas.

Observé a Dut, Kur y a uno de los soldados, que emprendieron la tarea de cortar al elefante en pedazos. Lo abrieron en canal, y los chicos, en grupos de diez, le arrancaron la piel, tirando de ella, echándola al suelo. Bajo la piel, el elefante era rojo como el fuego. Los chicos cayeron sobre el animal, desgajaron su carne a base de mordiscos y tirones, y cuando todos hubieron obtenido un pedazo se refugiaron bajo los árboles a dar cuenta de la comida, como hienas.

Algunos empezaron a comer inmediatamente. Otros no sabían si debían esperar a cocinar la carne. Era por la mañana, y muchos chicos no estaban seguros de poder quedarse allí, con el elefante, de si les permitirían llevarse la carne.

Los soldados del ELPS habían encendido un buen fuego. Dut ordenó a cinco chicos que fueran a por leña para avivar las llamas. Kur hizo otro fuego al otro lado del elefante y los que todavía no nos habíamos comido nuestra porción de carne la asamos con ayuda de palos.

Los soldados estaban contentos de vernos comer y nos hablaban en tono simpático. Me senté al lado de Deng y le vi comer. Me sentía bien al ver comer a Deng, aunque lo hacía sin sonreír, y no disfrutó de la carne tanto como los demás. Tenía los ojos amarillos, la boca seca y con manchas blancas. Pero comió tanto como pudo. Comió hasta que no le cabía más.

Cuando terminamos de comer, nos percatamos de la presencia del grupo de rebeldes que se había sentado alrededor de un enorme dátíl del desierto. Nos pusimos junto a ellos, a mirarlos.

Dut no tardó en reprendernos.

—¡Dejadles espacio, chicos! Sois como moscas.

Retrocedimos unos cuantos pasos, pero luego, despacio, volvimos a acercarnos. Los hombres sonrieron, como si apreciaran la deferencia.

—Tuvimos problemas en Gok Aron Kachuol —dijo Dut.

—¿Qué clase de problemas? —preguntó un rebelde.

Dut le mostró a uno de los chicos heridos. Presentaba un corte de lanza en la pierna.

—¿Quién le hizo esto? —inquirió el soldado.

El hombre se llamaba Mawein, y en un acceso de furia se levantó. Dut explicó lo sucedido: que habíamos entrado pacíficamente en el pueblo, que nos habían negado la comida, y luego nos habían echado a lanzazos. No mencionó el tema de las nueces robadas y ningún chico creyó oportuno sacarlo a colación. Nos embargaba el orgullo y la sed de venganza al ver cómo crecía la ira de Mawein.

—¿Hicieron esto a chicos del Ejército Rojo? ¿Chicos desarmados?

Dut saboreaba la venganza y añadió leña al fuego.

—Nos persiguieron durante medio día. No querían rebeldes allí. Nos llamaron rebeldes e insultaron al ELPS.

Mawein se rió.

—Ese jefe no tardará en vernos las caras. ¿Era el hombre de la pipa?

—Sí —dijo Dut—. Muchos de ellos fumaban en pipa.

—Conocemos el lugar. Mañana les haremos una visita y discutiremos con ellos el trato dispensado a los chicos del Ejército Rojo.

—Gracias, Mawein —dijo Dut. Había adoptado un tono de gran respeto.

Mawein le hizo una señal.

—Ve a comer algo —dijo—. Comed mientras podáis.

Comimos sin dejar de mirar a los hombres. Cada soldado estaba rodeado de unos veinte chicos, que comían sin apartarle los ojos de encima. Los hombres parecían inmensos, los más grandes que habíamos visto en meses. Estaban sanos, lucían buenos músculos y sus caras expresaban confianza. Eran los hombres que luchaban contra los murahaleenes o contra el ejército del gobierno. Esos hombres simbolizaban toda nuestra furia, eran la respuesta a cualquier esperanza que pudiéramos concebir.

—¿Estáis ganando la guerra? —pregunté.

—¿Qué guerra es esa, *jaysh al-ahmar*?

Me quedé callado.

—¿Qué palabra has dicho?

—*Jaysh al-ahmar*.

—¿Qué significa eso?

—Dut, ¿acaso no les enseñas nada a estos chicos?

—Estos chicos no son *jaysh al-ahmar* aún, Mawein. Son solo niños.

—¿Niños? Míralos. ¡Están listos para luchar! ¡Son soldados! Echa un vistazo a esos tres.

Señaló a tres de los mayores, aún ocupados en asar carne junto al fuego.

—Son altos, sí, pero son muy jóvenes. Tienen la misma edad que estos de aquí.

—Ya nos ocuparemos de eso, Dut.

—¿Estáis ganando la guerra, Mawein? —insistió Deng—. ¿La guerra contra los murahaleenes?

Mawein posó la mirada en Dut, y luego en Deng.

—Sí, chico. Estamos ganando la guerra. Pero la guerra es contra el gobierno de Sudán. Lo sabéis, ¿verdad?

Por mucho que Dut me lo explicara, yo seguía confuso. Nuestros pueblos eran atacados por los murahaleenes, pero los rebeldes abandonaban a los pueblos a su suerte para pelear en otra parte, contra el ejército del gobierno. Era algo que entonces me resultaba incomprensible y que tardé años en entender.

—¿Quieres cogerlo? —dijo Mawein refiriéndose a su rifle.

Quería cogerlo, me moría de ganas.

—Siéntate. Pesa demasiado para ti.

Me senté. Mawein hizo algunos ajustes en el arma y la depositó sobre mi regazo. Yo tenía miedo de que quemara, pero cuando la noté en las piernas desnudas sentí su peso, pero también que era fría al tacto.

—Pesa, ¿eh? Intenta cargar con ella todo el día, *jaysh al-ahmar*.

—¿Qué significa *jaysh al-ahmar*? —susurré. Intuía que Dut no quería que supiéramos la respuesta a esa pregunta.

—Eso eres tú, chico. Significa Ejército Rojo. Tú eres el Ejército Rojo.

Mawein sonrió, y yo sonreí a mi vez. En ese momento me gustó la idea de ser parte de un ejército, de merecer el apodo de un guerrero. Recorrí la superficie del rifle con las manos. Pensé que tenía una forma muy rara. No me recordaba a ningún otro objeto, con esos bultos por todas partes, resortes que iban en todas direcciones. Tuve que mirarlo con atención para recordar por qué lado salían las balas. Metí los dedos en el cañón.

—Es una abertura tan pequeña... —dije.

—Las balas no son grandes. Ni falta que hace. Son afiladas y vuelan a tanta velocidad que podrían atravesar el acero. ¿Quieres ver una bala?

Le dije que sí. Había visto casquillos, pero nunca una bala sin disparar.

Mawein rebuscó en uno de los bolsillos delanteros de su camisa y sacó un pequeño objeto dorado. Se lo puso en la palma de la mano y me lo mostró. Era del tamaño de mi dedo pulgar, plano por un lado y en punta por el otro.

—¿Puedo cogerla? —pregunté.

—Desde luego. ¡Eres muy educado! —exclamó, sorprendido—. Un soldado nunca es educado.

—¿Quema? —pregunté.

—¿Si quema la bala? —Se rió—. No. La calienta el rifle. Ahora está fría.

Mawein dejó caer la bala sobre mi mano y el corazón se me aceleró. Confiaba en Mawein, pero no las tenía todas conmigo: temía que la bala me atravesara la mano. La sostuve, era más liviana de lo que creía. No se movía, no me hería la piel. La cogí con los dedos y me la acerqué a la cara. Primero la olí, para ver si desprendía olor a muerte o a fuego. Solo olía a metal.

—¡Déjame olerla!

Deng intentó quitármela y la bala cayó al suelo.

—Tened cuidado, chicos. Son valiosas.

Aparté a Deng de un manotazo en el pecho y encontré la bala, le quité la tierra y la limpié con mi camisa. Se la devolví a Mawein, avergonzado.

—Gracias —dijo Mawein. La cogió y se la volvió a guardar en el bolsillo de la camisa.

—¿Cuántas balas hicieron falta para matar al elefante? —preguntó Deng.

—Tres —dijo Mawein.

—¿Y para matar a un hombre?

—¿A qué clase de hombre?

—A un árabe —dijo Deng.

—Solo una.

—¿A cuántos árabes podría matar ese rifle? —preguntó Deng.

—A tantos como balas haya —respondió Mawein.

Deng seguiría preguntando mientras Mawein le diera respuestas.

—¿Cuántas balas tenéis?

—Tenemos muchas, pero intentamos conseguir más.

—¿De dónde las sacáis?

—De Etiopía.

—Allí es adonde vamos.

—Lo sé. Todos vamos a Etiopía.

—¿Quiénes son todos?

—Tú, yo, todos. Todos los chicos del sur de Sudán. Miles van ahora hacia allí. Vosotros sois solo un grupo de muchos. ¿No os lo ha contado Dut? ¡Dut! —gritó. Este estaba intentando empaquetar parte de la carne de elefante—. ¿Educas a estos chicos o no? ¿No les explicas nada?

Dut miró a Mawein con expresión contrita. Deng tenía más preguntas.

—¿Qué es más fácil: que un árabe mate a un dinka, o que un dinka mate a un árabe?

—La misma bala los matará a los dos. A la bala le da igual.

Esto fue una decepción, para mí y para Deng, pero este insistió.

—¿Por qué nosotros no tenemos armas? ¿Podríamos disparar un arma como esta?

Mawein echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¿Lo ves, Dut? ¡Estos chicos están preparados! Tienen ganas de luchar.

Seguimos haciendo preguntas hasta haber comido todo lo que podíamos y hasta que Mawein se hartó de nosotros. Se puso el sol y llegó la noche. Los soldados dormían en una cabaña vacía y nosotros lo hicimos en círculo: aquella noche descansamos bien, nos sentíamos seguros cerca de los rebeldes, con las mentes rebosantes de ideas de venganza.

Me dormí junto a Deng, y supe que en días sucesivos encontraríamos más comida. Imaginé que habíamos entrado en un territorio lleno de rebeldes cazadores. Donde hubiera cazadores habría elefantes muertos a la espera de ser comidos, y los elefantes eran un alimento perfecto: su tamaño bastaba para alimentar a cientos de chicos y su carne fortalecía. Ya no me preocupaba la opinión de mis ancestros. Éramos el Ejército Rojo y necesitábamos comer.

A la mañana siguiente me levanté enseguida, sintiéndome más fuerte de lo que me había sentido desde hacía semanas. Deng estaba a mi lado y le dejé dormir. Di una vuelta por el campamento en busca de los soldados, pero no vi a ninguno.

—Ya se han ido —dijo Dut—. Han ido a hacerle una visita al jefe de Gok Arol Kachuol.

Me reí.

—¡Una visita de cortesía, seguro!

—Me gustaría verlo —dijo Dut.



¡Acción! Solo pensarlo me llenaba de satisfacción. Mi imaginación ardía con los rifles, el poder de las armas, el ajuste de cuentas con el pueblo de Gok Arol Kachuol. Por primera vez en semanas estaba ansioso de aventuras. Quería andar. Quería ver qué nos deparaba el camino aquel día. Imaginé a otros grupos de chicos como el nuestro, todos en camino hacia Etiopía. La imagen de los soldados rebeldes, de sus armas y su disposición a luchar por nosotros me llenaba de fuerza. Era la primera vez que creía que nos quedaban fuerzas, que los dinkas también podíamos luchar.

El sol volvía a ser mi aliado: estaba listo para ver cosas, progresar y seguir vivo. Busqué con la mirada a los otros chicos, que se levantaban y recogían sus cosas. Deng aún dormía, y me alegraba tanto verle dormir así, profundamente, sin quejarse, que no quise despertarle.

Me encaminé hacia la cabaña donde habían dormido los soldados. Se habían ido, pero distinguí sombras pertenecientes a otros chicos, en busca de comida, de cualquier cosa. No había nada. Al salir de la cabaña, la mayoría ya se había sentado en grupos, dispuestos a partir. Ocupé mi lugar en el grupo y entonces me acordé de Deng.

—Dut —grité—. Creo que Deng aún duerme.

Pero Deng no estaba donde yo lo había dejado. Algunos de los chicos que tenía cerca actuaban de forma extraña. Evitaban mirarme a los ojos.

—Ven aquí, Achak —dijo Dut, y me rodeó el hombro con el brazo.

Juntos recorrimos una breve distancia y luego él se paró y señaló al frente. A lo lejos, vi que Deng seguía dormido pero en otro sitio, y con el blanco turbante árabe sobre la cara.

—No está dormido, Achak.

Dut apoyó su mano en mi frente.

—No te acerques a él, Achak. No querrás caer enfermo.

Entonces Dut se volvió y se dirigió a un grupo de chicos mayores.

—Id a recoger hojas. Hojas grandes. Necesitaremos muchas si queremos cubrirlo bien.

Tres chicos fueron escogidos para transportar el cadáver de Deng hasta el árbol más viejo y grueso de la zona. Depositaron su cuerpo bajo el árbol y lo cubrieron de hojas para apaciguar al espíritu de los muertos. Dut rezó unas oraciones y luego reemprendimos el camino. Deng no fue enterrado y yo no vi su cuerpo.

Tras la muerte de Deng decidí dejar de hablar. No hablaba con nadie. Deng fue el primero en morir, pero la muerte empezó a hacer estragos entre los chicos y no había tiempo para enterrar a los muertos. Morían de malaria, de hambre, de infecciones. Cada vez que moría alguno, Dut y Kur hacían lo posible por presentar sus respetos, pero había que seguir caminando. Dut sacaba un lápiz del bolsillo, anotaba quién había muerto y dónde, y partíamos de nuevo. Si un chico caía enfermo, se le separaba

del grupo: los demás tenían miedo de contagiarse y tampoco querían trabar mucha relación con él por si se moría enseguida. No queríamos oír el eco de su voz en nuestras cabezas.

Cuando el número de muertos llegó a diez, a doce, Dut y Kur empezaron a asustarse. Tenían que llevar a cuestas a chicos todos los días. Cada mañana había alguno demasiado débil para andar, y Dut cargaba con él en brazos durante todo el día, con la esperanza de cruzarse con un médico o de encontrar un pueblo donde dejarlo. A veces había suerte, la mayoría no. Dejé de mirar dónde enterraba u ocultaba a los muertos, ya que sabía que, a medida que avanzaba el viaje, cada vez ponía menos cuidado. Todos estábamos débiles, demasiado débiles para pensar con claridad en situación de peligro. Íbamos casi desnudos, ya que habíamos intercambiado la ropa por comida en los pueblos por los que habíamos pasado, y la mayoría también descalzos.

¿Por qué despertaríamos el interés de un bombardero aéreo?

Cuando lo vi, lo vimos todos. Trescientas cabezas miraron hacia el cielo a la vez. Al principio el sonido no era distinto del de un avión de suministros, o el de una de las avionetas que surcaba el cielo de vez en cuando. Pero el zumbido penetró en mi piel, y el avión era mayor que cualquier otro que recordara haber visto.

Pasó por encima de nosotros y desapareció, así que seguimos andando. Habíamos recibido órdenes de escondernos en los árboles, entre la maleza, ante la aparición de helicópteros, pero con los Antonovs la única regla establecida era desprenderse u ocultar cualquier cosa que pudiera reflejar el sol. Espejos, cristal, todo lo que podía reflejar la luz estaba prohibido. Pero hacía tiempo que no teníamos nada de eso, y pocos chicos tenían algo así de entrada. De manera que caminamos, sin suponer que nos convertirían en un objetivo. Éramos cientos de chicos semidesnudos, desarmados, menores de doce años en su mayoría. ¿Por qué iba a interesarse por nosotros ese avión?

Pero unos minutos después regresaba el avión, y enseguida oímos un silbido. Dut nos gritó que corriéramos, pero no nos dijo hacia dónde. Salimos disparados en cien direcciones distintas: dos chicos escogieron la dirección equivocada. Fueron a refugiarse bajo un gran árbol y fue allí donde cayó la bomba.

Fue como si un puñetazo atravesara la tierra de dentro a fuera. La explosión arrancó de cuajo el árbol y levantó una nube de polvo y tierra de casi dos metros de altura. El cielo se llenó de polvo y el día se ennegreció. La onda expansiva me tiró al suelo, y allí me quedé: me silbaban los oídos. Miré hacia arriba. Había chicos diseminados por todas partes. El árbol había desaparecido y el agujero era lo bastante grande como para dar cabida a cincuenta chicos. Por un instante el aire se quedó inmóvil. Miré, demasiado aturdido para moverme, cómo los chicos se iban levantando y acercándose al cráter.

—¡No os acerquéis! —gritó Dut—. ¡Ya no están allí! ¡Marchaos! ¡Id hacia el bosque! ¡Marchaos!

Los chicos llegaron al borde del cráter y miraron hacia dentro. No vieron nada: no quedaba nada, ni rastro de los dos chicos.

No me planteé la posibilidad de que volviera el bombardero. Pero lo hizo. El gemido cortó las nubes.

—¡Alejaos de la ciudad! —gritó Dut—. ¡Alejaos de los edificios!

Nadie se movió.

—¡Apartaos de los edificios!

El avión reapareció. Me alejé corriendo del cráter, pero algunos chicos fueron hacia él.

—¿Dónde os escondéis? —les pregunté y vi que eran incapaces de hablar. Éramos solo cuerpos y ojos que corrían. Chicos que corrían por todas partes.

A mi espalda oí otro silbido, más veloz que el anterior; otro puñetazo reventó la tierra desde dentro y el día se volvió negro de nuevo. Hubo un momento de silencio, de calma tranquila, antes de sentir que volaba por los aires. Un torbellino de tierra se enredó en mi oreja y me golpeó en la nuca. Estaba de espaldas. Un intenso dolor surcó mi cabeza cual chorro de agua fría. No oía nada. Permanecí un rato tendido. Era como si mis miembros no formaran parte de mí. Por encima flotaba el polvo, pero justo ante mis ojos se abría una ventana redonda y azul. Miré hacia ella y creí ver a Dios. Me sentía indefenso, en paz, porque no podía moverme. No podía hablar, ni oír, ni moverme, y esto me llenaba de una extraña serenidad.

Las voces me despertaron. Risas. Me puse de rodillas pero no conseguía apoyar los pies en el suelo. Ya no me fiaba del suelo. Vomité donde había estado arrodillado y volví a tumbarme. El cielo se despejaba cuando lo intenté de nuevo. Primero me puse de rodillas; la cabeza me daba vueltas. Luces blancas brillaban ante mis ojos, tenía agujetas en brazos y piernas. Estuve un rato de rodillas y fui recuperando la visión.

Se me despejó la cabeza. Miré a mi alrededor. Había chicos moviéndose, y otros sentados, comiendo maíz. Apoyé el cuerpo sobre los pies y fui incorporándome muy despacio. Estar de pie me parecía poco natural. Cuando me levanté del todo, el aire giró a mi alrededor, con un silbido. Estiré piernas y manos, abriéndolas a los lados. Esperé hasta que se calmó el temblor de mis miembros. Un rato después estaba en pie y volvía a sentirme humano.

El ataque había matado a cinco chicos: tres al instante, y otros dos, a quienes las bombas les habían amputado las piernas, vivieron el tiempo suficiente para ver cómo la sangre abandonaba sus cuerpos y teñía la tierra.

Reemprendimos el camino en un silencio casi absoluto. No eran solo los muertos los que se perdieron ese día: muchos se habían rendido. Uno de ellos se llamaba Monynhial; una pelea con otro niño, años atrás, se había saldado con su nariz rota.

Tenía los ojos muy juntos, no sonreía y casi nunca hablaba. Yo había intentado hablar con él, pero sus intervenciones eran breves y tajantes: la conversación se acababa enseguida. Después del bombardeo, los ojos de Monymhial perdieron la luz.

—No voy a dejar que me cacen así —me dijo.

Anocheceía; cruzábamos una zona antaño poblada que ahora estaba vacía. La luz de la noche era hermosa, una mezcla de rosas, amarillos y blancos.

—No te están cazando a ti —repliqué—. Nos están cazando a todos.

—Sí, y yo no puedo seguir así. Cada ruido del bosque o del cielo me aterra. Tiemblo como un pájaro atrapado en un puño. Quiero dejar de andar. Quiero quedarme quieto, al menos ya sabré qué sonidos cabe esperar. Quiero detener todos los sonidos, la posibilidad de acabar bombardeado o devorado.

—Estás más seguro a nuestro lado. Vamos a Etiopía. Sabes que es verdad.

—Somos el objetivo, Achak. Míranos. Demasiados chicos. Todos nos quieren muertos. Dios nos quiere muertos. Intenta matarnos.

—Sigue con nosotros unos días más. Te sentirás mejor.

—En cuanto entremos en un pueblo dejaré el grupo —dijo Monymhial.

—No digas eso.

Pero lo hizo. Se paró en el siguiente pueblo que cruzamos. A pesar de que estaba desierto, y a pesar de que Dut le advirtió que los murahaleenes volverían a este pueblo, Monymhial dejó de andar.

—Os veré en otro momento —dijo.

En el pueblo Monymhial encontró un hoyo profundo, fruto de la bomba de un Antonov, y se metió dentro. Nos despedimos de él porque estábamos acostumbrados a los chicos que morían y a los que abandonaban el grupo de otras formas. Nuestro grupo siguió adelante mientras Monymhial permaneció en el agujero durante tres días, sin moverse, disfrutando del silencio. Excavó una cueva en un lado del cráter, y con leños de una cabaña medio quemada construyó una pequeña puerta para tapar la entrada; en ella se escondía de las alimañas. Nadie visitó a Monymhial; ningún animal, ninguna persona; nadie sabía que estaba allí. Cuando le entró hambre, el primer día, se arrastró hacia el exterior del agujero y siguió arrastrándose por el pueblo, hasta llegar a una cabaña donde encontró un hueso en las cenizas de una hoguera. Prendidos del hueso había tres jirones de carne de cabra, negros por fuera, que sirvieron para saciarle aquel día. Bebió de los charcos y luego volvió a rastras al agujero, donde se pasó el resto del día y toda la noche. Al tercer día decidió morir en el agujero, porque allí estaba caliente y no había ruidos. Y murió aquel día, porque estaba listo para ello. Ninguno de los chicos que caminaba a mi lado vio cómo Monymhial fallecía en su hoyo pero todos sabemos que la historia es cierta. No hay nada más fácil para un chico que morir en Sudán.

Tendido en el suelo de mi casa, mientras doy patadas para hacerme oír por mis vecinos cristianos, oscilo entre momentos de calma y gran nerviosismo. Acepto este apuro con resignación, a sabiendas de que terminará con la llegada de Achor Achor, pero cada hora experimento un ataque de impotencia, de furia ciega, y me agito, doy golpes y trato de liberarme. Invariablemente estos movimientos solo sirven para tensar las cuerdas y llenarme los ojos de lágrimas, para provocar punzadas de dolor en la base del cráneo.

Pero en el último estallido de frustración descubro algo. Me percaté de que puedo rodar. Me siento idiota por no haber caído en ello antes, pero en cuestión de un segundo me he dado la vuelta y me sitúo en perpendicular a la puerta principal. Ruedo de lado, con la barbilla hundida en la moqueta: cinco giros hasta quedar frente a la puerta. Giro como si fuera una rueda y doblo las rodillas. Tomo aliento, satisfecho al ver que he dado con la solución y me dedico a golpear la puerta con los pies atados.

Ahora, aunque no derribe la puerta, al menos llamaré la atención de la gente de fuera. Sigo dándole patadas, y la puerta, maciza y con remaches de metal, vibra en el marco. El sonido que produce es agradablemente estruendoso. Doy más patadas, intentando adoptar cierto ritmo. Hago ruido. Estoy seguro de que alguien tiene que oírme. Pateo la puerta con una sonrisa en la cara, al pensar que todo el mundo exterior está despertando al ruido de alguien que tiene problemas. En Atlanta hay alguien que está sufriendo, que ha sido golpeado, que cuando llegó a esta ciudad solo buscaba una educación y algo parecido a la estabilidad y que ahora se halla atado de pies y manos en su propio apartamento. Pero da patadas y mete ruido.

¡Escucha, Atlanta! Sonrío y las lágrimas me bañan las sienes porque sé que, pronto, alguien, quizá los vecinos cristianos, quizá Edgardo o un transeúnte desconocido, se acercará a la puerta y dirá: ¿Quién hay ahí? ¿Qué pasa? Se sentirán culpables al saber que podrían haber hecho algo antes si hubieran prestado más atención.

Empiezo a contar las patadas que doy a la puerta. Veinticinco, cuarenta y cinco. Noventa.

A las ciento veinticinco me tomo un descanso. No puedo creer que este estruendo no haya atraído la presencia de nadie. Mi frustración es peor que el dolor provocado por las ataduras, por el golpe con la culata del revólver. ¿Dónde está esta gente? Sé que me oyen. Es imposible que no me oigan. Pero creen que no es asunto suyo. ¡Abrid la puerta y ayudadme a ponerme de pie! ¡Con las manos libres puedo incorporarme! Con las manos libres puedo quitarme la mordaza y contaros lo que ha pasado aquí.

Reemprendo las patadas. Ciento cincuenta. Doscientas.

Es imposible que no se acerque nadie. ¿Acaso el ruido del mundo es tan cacofónico que sofoca el mío? ¡Solo pido una persona! Con una persona que viniera en mi ayuda sería suficiente.

Para la mayoría de los Niños Perdidos, Mary Williams fue una de las primeras personas que conocieron al llegar a América: el salvoconducto hacia cualquier información o ayuda disponible. De mirada diáfana y con una voz siempre al borde del sollozo, Mary era la fundadora de la Fundación para los Niños Perdidos, una ONG diseñada para ayudar a los Niños Perdidos de Atlanta a adaptarse a su nueva vida aquí, matricularse en el instituto, encontrar trabajo. Achor Achor me llevó a verla a la semana de haber llegado a Atlanta. Llovía y tomamos el autobús hasta su cuartel general: dos mesas en un edificio chato de cristal cromado situado en el centro de Atlanta.

—¿Quién es? —le pregunté.

—Es una mujer que nos aprecia —dijo él. Me explicó que era como una de las cooperantes de los campos, aunque en su caso no cobraba. Ella y su personal eran voluntarios. Me pareció un concepto extraño y me pregunté qué llevaba, a ella y a sus colegas, a hacernos favores a cambio de nada. Es una pregunta que formulé a menudo, al igual que hacían otros sudaneses: ¿qué problema tiene esta gente que quiere dedicar tanto tiempo a ayudarnos?

Mary era una mujer de pelo corto y rasgos suaves, de manos cálidas con las que rodeó las mías. Nos sentamos y hablamos de la obra de la fundación, de mis necesidades. Ella había oído que yo había dado charlas en público y me preguntó si estaría dispuesto a hacerlo en iglesias, institutos y colegios. Le dije que sí. Por encima de la mesa había diseminadas muchas vacas de arcilla, como las que hacía Moses cuando éramos pequeños. Eran obra de los sudaneses de Atlanta y Mary las subastaba como medio de recaudar fondos para la fundación, que funcionaba gracias a la ayuda y a las instalaciones cedidas por la madre de Mary, una mujer llamada Jane Fonda. Me informaron de que Jane Fonda era una conocida actriz, y que como la gente estaba dispuesta a pagar más dinero por objetos dedicados por ella, Jane Fonda había estampado su firma sobre algunas vacas de barro.

Recuerdo que después de haber mantenido una breve charla con Mary sobre mis necesidades y mis planes me llevaron a dar una vuelta por la oficina, y también recuerdo mi sensación de perplejidad. Me mostraron una urna muy grande y elaborada que contenía cientos de brillantes estatuas y medallas ganadas por Jane Fonda. Mientras avanzaba despacio junto a la urna vi, con los ojos secos —no podía parpadear; debo admitir que me gusta mirar trofeos y diplomas—, muchas fotos de una mujer blanca que no guardaba el menor parecido con Mary Williams. Mary era afroamericana pero, a medida que avanzaba en mi visita, conjeturé que Jane Fonda era blanca, y supe que tendría más preguntas para hacer a Mary en cuanto terminara

de inspeccionar el contenido de la urna de cristal. En muchas de las fotos que colgaban en las paredes de la oficina, Jane Fonda iba vestida con poca ropa, ropa de deporte en tonos rosas y violetas. Parecía una mujer muy activa. Cuando salíamos de la oficina, pregunté a Achor Achor si podía explicármelo.

—¿No sabes nada de ella? —me dijo.

Yo no sabía nada, por supuesto, así que me contó su historia.

Mary nació en Oakland a finales de los sesenta, en el mundo de los Panteras Negras; su padre había sido uno de sus capitanes, un miembro prominente, un hombre valeroso. Ella era la menor de cinco hermanos, y la familia era pobre y cambiaba de domicilio con mucha frecuencia. Su padre entraba y salía de la cárcel, acusado de delitos relacionados con sus actividades revolucionarias. Cuando estaba en la calle, se debatía entre las drogas y los empleos de baja estofa. En medio de todo esto, Mary fue enviada a un campamento benéfico de verano que se realizaba en Santa Barbara para los chavales de la ciudad, un campamento que pertenecía y era dirigido por la actriz Jane Fonda. A lo largo de dos veranos Jane Fonda llegó a conocer a Mary: acabó sacándola de su cochambrosa casa de Oakland y la adoptó. Mary pasó de Oakland a Santa Monica, donde se crió con el resto de hijos biológicos de Jane Fonda. Quince años más tarde, tras la facultad y tras una estancia en África trabajando en pro de los derechos humanos, y tras enterarse de que su hermana, que era prostituta desde los quince años, había sido asesinada en un callejón de Oakland, Mary leyó algunos artículos de prensa sobre los Niños Perdidos y poco después montó su organización. El dinero de base le llegó de Jane Fonda y Ted Turner, quien, por lo que me dijeron, era marino y propietario de muchas cadenas de televisión. Más adelante llegué a conocer a Jane Fonda y a Ted Turner, por separado, y ambos me parecieron personas muy decentes que se acordaban de mi nombre y me estrechaban la mano con cariño.

Esta no fue la única ocasión en la que los Niños Perdidos de Atlanta se vieron en contacto directo con gente de alto standing. No entiendo muy bien por qué, aunque supongo que se debía sobre todo al empeño de Mary, que hacía todo lo posible por atraer la atención pública sobre nosotros, lo que por extensión redundaría en más fondos para la fundación. La verdad es que al final el asunto no funcionó, pero entretanto estreché la mano de Jimmy Carter e incluso de Angelina Jolie, que pasó toda una tarde en el apartamento donde vivía uno de los Niños Perdidos. Fue un día raro. Unos días antes me informaron de que una joven actriz blanca vendría a charlar con alguno de los Niños Perdidos. Como siempre, se suscitó un vivo debate sobre quién debía representarnos y por qué. Dado que yo había sido delegado de muchos jóvenes en Kakuma, fui uno de los escogidos para estar allí, pero eso no sentó muy bien entre el resto de jóvenes sudaneses. Esto tampoco me importó mucho, la verdad, porque me gustaba estar presente en esa clase de momentos y asegurarme de que se mostraba la imagen correcta de nuestras vidas, sin caer en demasiadas exageraciones. De manera que unos veinte sudaneses nos apiñamos en el apartamento de uno de los

que más tiempo llevaba en Atlanta, y luego llegó la señorita Jolie, acompañada de un hombre de pelo canoso que asomaba bajo una gorra de béisbol. Ambos se sentaron en el sofá, rodeados de sudaneses que intentábamos tomar la palabra, decir algo, y al mismo tiempo mantener la educación y no hablar a gritos. Debo admitir que cuando la conocí no tenía ni idea de quién era; me habían dicho que era una actriz, y lo cierto es que al verla me pareció una actriz: hacía gala de la misma pose afectada y la misma mirada seductora que la señorita Gladys, la atractiva profesora de arte dramático que tenía en Kakuma, así que me cayó bien al instante. La señorita Jolie nos escuchó durante dos horas y luego nos dijo que tenía la intención de ir a Kakuma en persona. Y creo que lo hizo.

¡Aquellos primeros meses en Estados Unidos estuvieron tan llenos de acontecimientos interesantes! Y entretanto Mary Williams me llamaba, y yo a ella, y teníamos una relación muy productiva. Cuando tuve problemas para recibir tratamiento para las jaquecas y la rodilla —que había quedado dañada en Kakuma—, Mary llamó a Jane Fonda, quien me llevó a su propio médico de Atlanta. El médico acabó operándome de la rodilla, lo que mejoró mucho mi movilidad. Era muy generosa, Mary, pero ya se sentía dolida por las actitudes de ciertos sudaneses a los que ayudaba; era algo que se le veía en los ojos, que siempre parecían estar al borde de las lágrimas: estaba agotada y no tardaría mucho en dejar el servicio a nuestra causa. Recuerdo la primera vez que comprendí lo difícil que resultaba para ella y la escasa gratitud que recibía a cambio del trabajo que hacía. Fue en una fiesta de cumpleaños. Ella lo había organizado todo: una fiesta con comida, entradas para un partido de los Atlanta Hawks, una charla privada ofrecida por Manute Bol, el sudanés más famoso de la historia, un ex jugador de la NBA que destinaba una gran parte de sus ingresos al ELPS. Pero aun así no cesaban los rumores y especulaciones sobre el trabajo de Mary en la Fundación para los Niños Perdidos. ¿Hacía mal uso de algunas donaciones? ¿Era ineficaz a la hora de procurar estudios superiores para los Niños Perdidos?

Yo solo llevaba unos meses en el país, y ahí estaba, trajeado, asistiendo a un partido de baloncesto profesional. ¡Imaginadlo! Imaginad a doce refugiados de Sudán, todos trajeados, todos con trajes que nos iban una talla pequeña, donados por parroquias y patrocinadores. Imaginadnos sentados, intentando comprender el sentido de todo eso. La confusión se inició antes del partido, cuando un grupo de doce jóvenes americanas, de múltiples razas, con buenos cuerpos y vestidas con leotardos, salieron a la vacía cancha de baloncesto, donde realizaron una danza hiperactiva y muy sensual al ritmo de una canción de Puff Daddy. Todos nos quedamos mirando a aquellas jóvenes bailarinas, que conformaban una imagen de intenso poder y sexualidad voraz. Habría sido de mala educación desviar la mirada, pero no puedo negar que el espectáculo me hacía sentir incómodo. La música era la más estruendosa que yo había oído en mi vida, y la visión del estadio, con sus paredes de cuarenta metros de altura, sus miles de asientos, la estructura de cristales, cromo y rótulos



luminosos, las animadoras y el sonido matador... Todo parecía diseñado para hacer que la gente se volviera loca.

Poco después otro grupo de animadoras empezó a lanzar camisetas hacia las gradas, usando máquinas que parecían cañones. Contemplé aquellas armas, capaces de almacenar diez camisetas enrolladas en la recámara y de lanzarlas a doce o trece metros de altura. Las jovencitas, animadoras de los Atlanta Hawks, intentaban inspirar a la multitud, regalando ropa y pelotas de baloncesto en miniatura, aunque la tarea se les presentaba difícil. Los Atlanta Hawks se enfrentaban a los Golden State Warriors, y como ninguno de los dos equipos estaba haciendo una buena temporada, apenas unos cientos de personas ocupaban los diecisiete mil asientos del estadio.

Un gran porcentaje de los asistentes de aquella noche eran sudaneses —ciento ochenta, para ser exactos— y doce habían sido elegidos para la fila que se hallaba más cerca de la pista, para ocupar un lugar preferente junto a Manute Bol. Y ahí estábamos: viendo el partido al lado de uno de los hombres más altos del mundo del baloncesto profesional. Aquella noche fue una experiencia extraña, y debería haber sido positiva en conjunto, pero no lo fue: la primera nota discordante sonó cuando uno de los Niños Perdidos que no había sido agraciado con uno de los mejores asientos se abrió paso hasta nosotros y empezó quejarse en voz alta, dirigiéndose incluso a Manute, de lo injusto que era todo aquello. Y mientras aquel joven, cuyo nombre prefiero no mencionar, desgranaba su rosario de quejas, el nombre de Mary aparecía una y otra vez como responsable de todos los males.

—¿Cómo puede hacer cosas así? —exigía él—. ¿Qué derecho tiene?

Esa noche me formé una opinión muy mala de ese chico. Por fin uno de los acomodadores le pidió que regresara a su sitio, y, algo avergonzados, volvimos a concentrarnos en la pista. Mientras el baile de los animadores continuaba, unos cuantos jugadores de los Atlanta Hawks, que en persona parecían mucho más grandes que por la tele, se acercaron con sus enormes pies hasta Bol para saludarlo. Bol permaneció sentado, ya que era evidente que estar de pie le costaba mucho más que antes. Todos le vimos hablar con los jugadores americanos, que en su mayoría acompañaron el apretón de manos con algún breve comentario antes de volver a las filas de su equipo. Unos cuantos jugadores de los Hawks posaron sus miradas sobre nosotros, los invitados de Bol, y parecieron deducir al instante quiénes éramos.

Era conmovedor y vergonzoso a la vez. En conjunto estábamos más sanos de lo que habíamos estado nunca, pero al lado de aquellos jugadores de la NBA teníamos una pinta frágil y desnutrida. Incluso nuestro líder, Manute Bol, con aquella cabeza pequeña y los enormes pies, parecía una ramita que hubiera crecido demasiado y se hubiera caído del árbol. Nuestro aspecto proclamaba a gritos que todos los habitantes de Sudán pasaban hambre y eran de complexión débil. Ningún traje conseguía disimular lo incómodos que nos sentíamos en este mundo.

El partido era el principio de una velada de celebración en honor de nuestros cumpleaños colectivos, organizada por Mary y su equipo de voluntarios. Después del

partido, celebramos la fiesta en el CNN Center, el edificio contiguo. Mary había movido los hilos con Ted Turner para que nos cedieran el espacio, y los patrocinadores nos facilitaron pollo frito, judías, ensalada, tarta y refrescos. La Fundación para los Niños Perdidos había celebrado una fiesta parecida para todos el año anterior, antes de que yo llegara. ¿Por qué celebraban todos nuestros cumpleaños el mismo día? Es una buena pregunta, y su respuesta es de una banalidad fascinante. Cuando entramos en las listas de la oficina del Alto Comisionado para Refugiados de la ONU, los cooperantes nos asignaron una edad tan exacta como les fue posible y a todos nos inscribieron con la misma fecha de nacimiento: el 1 de enero. A día de hoy sigo sin saber por qué; uno diría que a la ONU le habría resultado igual de fácil escoger fechas al azar para cada uno de nosotros. Pero no lo hicieron, y aunque muchos chicos han escogido sus propias y nuevas fechas de cumpleaños, la mayoría hemos aceptado el día 1 de enero como aniversario de nuestro nacimiento. Al fin y al cabo sería muy complejo modificarlo en todos los documentos oficiales.

En la fiesta, los hombres, algunos venidos incluso desde lugares tan lejanos como Jacksonville o Charlotte, charlamos entre nosotros y con las familias patrocinadoras. Por cada refugiado había uno o dos patrocinadores americanos. Los patrocinadores y sus familias iban casi todos vestidos de blanco, a pesar de que procedían de entornos socioeconómicos diversos: había parejas jóvenes de profesionales liberales, hombres mayores con gorras de camionero, ciudadanos de edad avanzada. Pero las mujeres respondían todas al mismo patrón: de entre treinta y sesenta años, capaces y afables, la clase de mujer que uno espera encontrar de voluntaria en un colegio o una iglesia.

Ver a todos esos hombres allí reunidos suponía un impacto tremendo. Echando un vistazo entre la multitud distinguí a un par de hermanos a los que había entrenado en el equipo de fútbol cuando eran adolescentes. A otros los conocía de las clases de inglés, a otro del grupo de teatro de Kakuma, otro vendía zapatos en el campo de refugiados. Era la primera vez que me reunía con más de una docena de chicos de Kakuma, y la experiencia casi me hizo perder el sentido. Que todos hubiéramos sobrevivido, que todos lleváramos trajes nuevos, zapatos nuevos, ¡que todos asistiéramos a aquella fiesta organizada en un cavernoso templo de cristal! Nos saludamos unos a otros con abrazos y sonrisas francas, embargados por la sorpresa.

Había un subgrupo que vestía prendas distintas al resto: sudaderas, viseras, gorras de béisbol y camisetas de baloncesto, amén de una profusión de relojes y cadenas de oro. Los bautizamos con el nombre de Hawai 5-0 porque acababan de regresar de Hawai donde habían estado trabajando de extras en una película de Bruce Willis. Es cierto. Al parecer uno de los voluntarios de la Fundación para los Niños Perdidos conocía a un director de cásting en Los Ángeles que buscaba africanos del este para colaborar en una película dirigida por un afroamericano llamado Antoine Fuqua. El voluntario envió una foto de diez de los sudaneses afincados en Atlanta, y los diez fueron contratados. El día de la fiesta, los diez acababan de volver después de pasar tres meses en las islas, donde se habían alojado en un hotel de cinco estrellas, con

gran lujo y con un sueldo generoso. Ahora que estaban otra vez en Atlanta, parecían decididos a mostrar que habían llegado a alguna parte, que ahora pertenecían a una casta superior al resto. Uno de ellos llevaba media docena de cadenas de oro sobre una camisa hawaiana. Otro una foto suya junto a Bruce Willis estampada en la camiseta. Este chico llevó esa camiseta todos los días durante un año entero y la lavó tantas veces que al final la cara de Willis aparecía difuminada, fantasmal.

Mientras los de Hawai 5-0 se daban ínfulas y hacían poses, el resto agotábamos todos nuestros esfuerzos por aparentar indiferencia. En el mejor de los casos, nos alegrábamos por ellos o podíamos reírnos con ellos ante el absurdo de todo. En el peor, sin embargo, asomaban los celos, celos intensos, y una vez más Mary era el blanco de todas las iras. Se rumoreaba que había sido ella la que organizó la selección de quién debía ir a Hawai, ¿y quién era ella para ejercer tanto poder? Las semillas del fracaso de la Fundación para los Niños Perdidos se plantaron aquella noche. A partir de ese momento, Mary no hizo nada a derechas. No creo que los sudaneses seamos personas especialmente quisquillosas, pero los de Atlanta parecen tomarse como una ofensa personal cualquier cosa que se le da a otro. Empezó a costar el hecho de aceptar un trabajo, una recomendación. Cualquier regalo, ya fuera procedente de la Iglesia o de algún patrocinador, era recibido con una mezcla de gratitud y nerviosismo. En Atlanta había ciento ochenta pares de ojos puestos sobre nosotros en todo momento, y nunca parecía haber suficiente de nada para todos, ningún reparto era totalmente equitativo. Con el tiempo lo mejor fue no aceptar regalo alguno, ni siquiera invitaciones para hablar en iglesias o colegios: la única solución parecía ser abandonar la comunidad en su conjunto. Solo así uno podía vivir a salvo de juicios ajenos.

Después empezó el baile, a pesar de que solo había cuatro mujeres con quienes bailar, y de las cuatro solo dos eran sudanesas. Cuando acabó el baile, Manute Bol pronunció su discurso. Cerniéndose sobre nosotros, fue severo y pedante: ofreció un parlamento primero en dinka y luego en inglés, en señal de respeto a los americanos presentes. Nos conminó a que nos comportáramos bien en Estados Unidos. Insistió en que nos convirtiéramos en inmigrantes modelo, en que trabajáramos mucho y fuéramos a la universidad. Si nos portábamos con dignidad, modestia y ambición, nos dijo, seríamos bien recibidos por nuestros anfitriones americanos y nuestro éxito animaría al gobierno de Estados Unidos a traer más refugiados sudaneses a América. Nos explicó que de nosotros dependía el hecho de ser la luz de la esperanza para los sudaneses que aún vivían en los campos y para aquellos que aún sufrían en Sudán.

—¿Recordáis que el tiempo es oro? —insistió.

Hizo una pausa para enfatizar sus palabras.

—¡En América no podéis llegar tarde!

Otra pausa prolongada.

Manute hablaba a ráfagas; empezaba cada frase con unas cuantas palabras en voz muy alta, que luego daban paso a una serie de reflexiones en tono más tranquilo.

Mientras hablaba todos le escuchamos en silencio, asintiendo con la cabeza. Sentíamos un enorme respeto por Manute Bol; él había hecho todo lo posible por devolver la paz a Sudán. Años atrás, el gobierno le había instado a que regresara a Jartum, ofreciéndole el cargo de ministro de Deportes y Cultura. Debido a su lealtad hacia su país y considerando que la propuesta representaba una magnífica oportunidad para llamar la atención sobre las necesidades de su gente ante el gobierno islámico, Manute aceptó y viajó a Jartum. Una vez allí, le informaron de que el trabajo no sería suyo a menos que renunciara al cristianismo y se convirtiera al islam. Se negó, lo cual resultó desastroso. El gobierno se lo tomó como una ofensa personal y, según la leyenda, estuvo a punto de acabar allí sus días. Gracias a varios sobornos consiguió salir de país y volver a Connecticut.

—¡Ya no vivís en tiempo africano! ¡Esos días se han terminado!

No nos decía nada nuevo. En las conversaciones mantenidas con él había quedado claro que todos estábamos dispuestos a dejarnos la piel por conseguir un título universitario y poder enviar dinero a Sudán.

—¡Haced que vuestros antepasados se sientan orgullosos de vosotros! —gritó él.

Mary observaba todo esto sumida en sus múltiples ocupaciones: desenvolver comida, dar las gracias a patrocinadores, limpiar, estrechar manos. Fue la última vez que la vi contenta mientras trabajaba para nosotros. En los meses siguientes llegué a intimar con Mary —con ella vimos *El exorcista*— y fui el depositario de sus confidencias sobre las dificultades con que se encontraba para ayudar a otros sudaneses. Le gritaban, cuestionaban su competencia, a menudo usando su condición femenina como explicación de su ineptitud; admito que fue una defensa para muchos sudaneses. Ante cada nueva acusación de que era objeto —que desviaba el dinero de las donaciones que recibía, que tenía favoritos, etcétera, etcétera—, ella se iba retirando, y como es lógico no tenía más opción que favorecer a aquellos sudaneses que no intentaban desacreditarla con sus actos. Yo seguí apoyándola, porque comprendí que muchas de las cosas que los sudaneses tenían en Atlanta se habían conseguido gracias a su esfuerzo. Reconozco que esa paciencia y compasión que mostré con ella me reportaron ciertos beneficios. El principal regalo que ella me ofreció se llamaba Phil Mays.

Aunque había muchos patrocinadores como cualquiera de vosotros, vecinos cristianos —practicantes bien intencionados que habían quedado conmovidos por las súplicas de los Niños Perdidos—, tras unos meses en Atlanta yo seguía sin patrocinador, y los tres meses de alquiler gratuito donados por el gobierno de Estados Unidos estaban a punto de expirar. Sufría jaquecas constantes que a menudo me paralizaban; el dolor alcanzaba cotas cegadoras. Quería empezar una nueva vida y necesitaba ayuda en un sinnúmero de temas: un permiso de conducir, un coche, un empleo, la admisión en la universidad.

—Phil te ayudará con todo eso —dijo Mary, un día de lluvia, mientras esperábamos en la oficina de la Fundación para los Niños Perdidos. Me dio una

palmada en la rodilla—. Es el mejor patrocinador que he encontrado.

La mayoría de los patrocinadores eran mujeres, y yo era consciente de la antipatía que despertaría el hecho de que uno de los escasos hombres me fuera adjudicado a mí. Pero no me importaba. Necesitaba la ayuda y estaba harto de la política de los jóvenes sudaneses de Atlanta.

La reunión con Phil me tenía muy nervioso. No bromeo cuando os digo que todos, cualquiera de nosotros, estaba convencido de que lo inesperado podía suceder en cualquier momento. En concreto, yo albergaba el temor de llegar a la oficina de la fundación, la mañana de la reunión, y ser puesto inmediatamente en manos de los oficiales de inmigración. De ser devuelto a Kakuma o enviado a cualquier otro lugar. Confiaba en Mary, pero temía que el tal Phil Mays fuera alguna clase de agente que desaprobaba nuestra conducta en Estados Unidos. Phil admitió después que lo había notado en mis gestos: suplicantes, tensos. Yo daba gracias por cada hora en la que era bien tratado, cada hora en que estaba fuera de peligro.

Esperé en el vestíbulo, vestido con un pantalón de traje azul, donado por la Iglesia. Era demasiado corto y demasiado ancho de cintura, pero estaba limpio. La camisa era blanca y me quedaba bien. Había pasado una hora planchándola la noche anterior y la había vuelto a planchar por la mañana.

Un hombre salió del ascensor, llevaba tejanos y un polo. Era de rasgos agradables, rondaba la treintena, y recordaba al típico ciudadano de Atlanta. Era Phil Mays. Sonrió y vino hacia mí. Me cogió la mano entre las suyas y la estrechó despacio, sin dejar de mirarme a los ojos. En ese momento estuve más seguro que nunca de sus intenciones de deportarme.

Mary nos dejó solos y le conté una versión abreviada de mi historia. Vi que el relato le afectaba profundamente. Él había leído artículos sobre los Niños Perdidos en los periódicos, pero el hecho de oír una versión más detallada de viva voz le turbó. Le pregunté por su vida y él me contó parte de su historia. Dijo ser promotor inmobiliario y haber ganado mucho dinero. Se crió en Gainesville, Florida, hijo adoptivo de un catedrático de entomología que abandonó la vida académica para ser mecánico. Su madre adoptiva abandonó a la familia cuando él tenía cuatro años y su padre lo crió solo. Phil había sido atleta, y cuando no pudo desarrollarse a nivel profesional se convirtió en entrenador, un trabajo que aún conservaba cuando se graduó. Al final estudió derecho, se trasladó a Atlanta, se casó y abrió su propio bufete. En la adolescencia descubrió que era adoptado e inició la búsqueda de sus padres biológicos. Los resultados fueron confusos, y siempre había albergado preguntas sobre su vida, sus orígenes, su naturaleza, y los primeros momentos de su vida. Cuando Phil leyó sobre nosotros y sobre la Fundación para los Niños Perdidos, decidió donar dinero a la organización; él y su esposa, Stacey, habían llegado al acuerdo de donar diez mil dólares. Llamó a la FNP y habló con Mary. Ella se emocionó ante la perspectiva de la donación y preguntó a Phil si tal vez le gustaría

donar algo aparte del dinero, ¿le gustaría tal vez pasarse por la oficina y ceder parte de su tiempo?

Y ahora estaba sentado a mi lado, y resultaba obvio que se debatía interiormente ante la situación en que ambos nos veíamos inmersos. No se había planteado la posibilidad de ser mi patrocinador, pero a los pocos minutos sabía que si aquel día se iba y se limitaba a extender un cheque, me dejaría exactamente igual que antes: perdido e indefenso. Yo me sentí fatal por él, al verlo debatirse para tomar una decisión, y en cualquier otro momento de mi vida le hubiera dicho que con el dinero bastaba. Pero sabía que necesitaba un guía, alguien que pudiera decirme, por ejemplo, cómo hallar tratamiento para mis jaquecas. Le miré e intenté adoptar el aspecto de alguien que merecía su tiempo, alguien a quien sería apropiado llevar a casa, a conocer a su mujer y a sus gemelos, que entonces no llegaban al año de edad. Sonreí y traté de aparentar ser una persona amable y complaciente, en lugar de alguien que solo traía desgracias y problemas.

—¡Me encantan los *bebese*s! —dije. Siempre he tenido problemas con ciertos plurales—. Se me dan muy bien —añadí—. Cualquier ayuda que me ofrezca se la devolveré cuidando de los niños. O trabajando en su jardín. Estaré encantado de hacer cualquier cosa.

Pobre hombre. Supongo que se lo puse difícil. Cuando por fin se levantó y me estrechó la mano estaba al borde de las lágrimas.

—Seré tu patrocinador. Y tu mentor. Te conseguiré un empleo; te proporcionaré un coche y un apartamento. Después ya nos ocuparemos de tu acceso a la universidad.

Y supe que lo haría. Phil Mays era un triunfador, y no fracasaría conmigo. Le estreché la mano con fuerza, y le sonreí, y le acompañé hasta el ascensor. Volví a las oficinas de la FNP y miré por la ventana. Justo salía por la puerta del edificio, situada a mis pies. Le vi entrar en su coche, un vehículo elegante, de flamante color negro, que tenía aparcado justo delante. Se sentó al volante, puso las manos en su regazo y rompió a llorar. Vi cómo le temblaban los hombros y cómo se cubría la cara con las manos.

Cenar en casa de Phil y Stacey fue un acontecimiento relevante; tenía que causar buena impresión. Tenía que mostrarme agradable, agradecido y asegurarme de caer bien a los niños. Pero no podía ir solo. En ese momento aún no tenía coche, así que le pedí a Achor Achor que me llevara a casa de los Mays, de camino a una reunión que tenía con otros Niños Perdidos. Lavé y planché la misma camisa que me puse en mi primer encuentro con Phil —era la única camisa apropiada que tenía en esa época— y planché también los pantalones militares. Cuando Achor Achor y yo nos montamos en el coche, él me dijo que pasaríamos a recoger a otros dos refugiados sudaneses, Piol y Dau.

—¿Qué? —dije, enojado.

Había previsto que Achor Achor me acompañara hasta la puerta porque no me sentía capaz de hacerlo solo. ¿Y ahora tendría que ir escoltado por tres sudaneses? Lo más probable era que Phil y Stacey ni siquiera se molestaran en abrir.

—No te preocupes —dijo Achor Achor—. En cuanto te dejemos, nos vamos.

Aparcamos el coche en la calle y subimos a pie el sendero. La casa era enorme, del tamaño de las casas donde viven los más altos dignatarios de Sudán, ministros y embajadores. El césped estaba brillante y verde, los setos cortados en forma de cubos y óvalos.

Llamamos al timbre. Se abrió la puerta y vi la sorpresa en sus caras. Eran Phil y Stacey, cada uno con un gemelo en brazos.

—Heeey —dijo Stacey.

Era menuda y rubia, con la voz clara pero dubitativa. Miró a Phil, como si este se hubiera olvidado de decirle que serían cuatro, y no uno, los sudaneses invitados a cenar.

—¡Entrad, entrad! —dijo Phil.

Así lo hicimos y ellos cerraron la puerta.

—Espero que os apetezca una barbacoa, chicos —dijo Stacey.

Me volví hacia Achor Achor y le indiqué con la mirada que se marchara, pero estaba demasiado fascinado por la casa para prestarme atención. Resultaba obvio que tanto Achor Achor como Piol y Dut se habían olvidado ya de la reunión a la que iban. Se quedaban a cenar.

El interior de la casa era aún más impresionante que el edificio por fuera. Los techos parecían estar a diez metros de altura. Había un salón luminoso, y una escalera que ascendía hacia la derecha y conducía a las habitaciones, con un descansillo que daba al salón. Las paredes estaban forradas de librerías y en el rincón había un televisor gigantesco, encajado en el mueble. Todo era blanco y amarillo: era un lugar brillante y alegre, lleno de aire. En una península de mármol que se extendía en la cocina había un único cuenco plateado, reluciente y rebosante de fruta fresca.

Nos dirigimos al porche trasero, donde Phil inspeccionó la parrilla sobre la que había dispuesto seis hamburguesas que se estaban asando. Intenté sonreír a los bebés, pero no me los gané enseguida. Me miraron, y al contemplar mi piel color berenjena y mis dientes torcidos rompieron a llorar.

—No pasa nada —dijo Phil—. Lloran con todo el mundo. ¿Habéis probado las hamburguesas? —nos preguntó.

Achor Achor y yo habíamos comido en restaurantes y habíamos probado las hamburguesas en el tiempo que llevábamos en Atlanta.

—Sí, sí —contesté.

—¿Y sabéis lo que hay dentro de una hamburguesa?

—Sí, claro —dijo Achor Achor—. Jamón<sup>[1]</sup>.

Parece un chiste fácil, como tantos de nuestros errores y múltiples malentendidos, y a los americanos a menudo les hacían gracia. Al principio de estar instalados en el apartamento no sabíamos cómo funcionaba el aire acondicionado; ignorábamos que podíamos pararlo. Durante una semana dormimos vestidos, tapados con mantas y toallas, con cualquier prenda que teníamos a mano.

Les contamos esa anécdota a Phil y a Stacey y les hizo gracia. Luego Achor Achor les contó la historia de la caja de tampones. Había una pareja de Niños Perdidos a los que hacía poco habían llevado de compras por primera vez a un enorme centro comercial. Tenían cincuenta dólares para gastar y ni idea de por dónde empezar. Durante el recorrido por el centro comercial escogieron una caja muy especial y la metieron en el carrito. Su patrocinadora, una mujer de unos cincuenta años, intentó explicarles, sonriente, qué contenía la caja, que era, de hecho, una caja de tampones. «Para mujeres», les dijo, sin saber qué conocimientos tenían sobre la anatomía femenina y sus ciclos. (No tenían ninguno.) La mujer creyó haber cumplido con su misión, pero enseguida descubrió que los chicos querían la caja de todos modos. «Es bonita», dijeron, y la compraron, se la llevaron a casa y la tuvieron de adorno encima de la mesita durante meses.

Intentamos ser educados con la comida pero en la mesa de los Mays había demasiados alimentos que nos resultaban nuevos, y no podíamos distinguir cuáles podían ser peligrosos. La ensalada parecía distinta de todas las que habíamos probado antes, y Achor Achor ni la tocó. Las verduras parecían conocidas, pero nos las sirvieron crudas, y Achor Achor y yo las preferíamos hervidas. Toda la fruta y las hortalizas frescas suponían un problema para nosotros; no habíamos comido nada parecido en los diez años pasados en Kakuma. Me bebí la leche que me sirvieron. Era el primer vaso de leche al estilo occidental que probaba, y me provocó muchos problemas en las horas siguientes. Entonces aún no sabía que había desarrollado intolerancia a los lácteos. Me pasé el primer año en América en constante guerra con mi estómago.

Cuando acabamos de cenar, Phil dejó la servilleta de tela en la mesa.

—Eh, chicos, ¿el idioma dinka tiene expresiones propias? ¿Refranes?

Achor Achor y yo intercambiamos miradas. Phil volvió a intentarlo.

—Lo siento. Me interesan especialmente los proverbios, ¿me entendéis? Por ejemplo, si yo digo: «Mejor prevenir que curar», lo que significa es... —Phil se calló. Miró a Stacey, pero ella no intervino en su ayuda—. Bueno, no sé cómo explicarlo. Pero ¿comprendéis de qué os hablo? ¿Frasas que os decían vuestros padres o abuelos?

Los cuatro sudaneses fuimos mirándonos de reojo, con la esperanza de que alguien tuviera una respuesta satisfactoria.

—Disculpad —dijo Achor Achor, y se encaminó hacia el cuarto de baño.

Ya en el pasillo, carraspeó con fuerza. Le miré; sus gestos frenéticos me indicaban que fuera tras él. Procedí a disculparme también y segundos después Achor



Achor y yo nos entregábamos a un furioso debate, en voz baja, dentro del dormitorio de los Mays.

—¿Sabes de qué habla? —susurró él.

El tema parecía importante, al igual que lo parecían todos en aquella primera época. Creíamos que nos lo jugábamos todo en cada pregunta y en cada respuesta. A ambos nos parecía posible que si no complacíamos a Phil en este asunto, este tal vez cambiara de opinión y me retirara su ayuda.

—No —le dije—. Pensé que lo sabrías tú. Sabes más dinka que yo.

Era cierto. El dominio que tenía Achor Achor del idioma y sus dialectos y variantes siempre ha sido mucho mayor que el mío.

Tras cinco minutos juntos en el cuarto de baño se nos ocurrieron dos proverbios que podían cumplir las expectativas de Phil.

—Aquí va uno —dijo Achor Achor mientras se sentaba a la mesa—. Lo pronunció un oficial de alto rango del Movimiento de Liberación del Pueblo Sudanés. «A veces los dientes pueden morder la lengua sin querer, pero la solución de la lengua no es encontrar otra boca en la que vivir».

Achor Achor sonrió, y todos nos unimos a su sonrisa. Él era el único en la mesa que comprendía el significado de aquel proverbio.

Después de retirar los platos, Achor Achor, Piol y Dau se marcharon, y Phil me pidió que me quedara para charlar un rato. Stacey nos dio las buenas noches y subió a acostar a los niños. Phil y yo nos dirigimos al cuarto de juegos a través de la imponente escalera. Yo nunca había visto tantos juguetes en un solo lugar. Parecía una guardería preparada para docenas de críos, no solo para dos. Las paredes estaban pintadas con murales, ilustraciones de cuentos infantiles: hadas y vacas voladoras. Había peluches, puzzles en tres dimensiones y una casa de muñecas, todo en colores blanco, rosa y amarillo. Al fondo de la habitación había un gran escritorio provisto de ordenador portátil, teléfono y una impresora.

—La oficina en casa —explicó Phil. Me dijo que era mía y que podía usarla cuando quisiera.

La estancia no contenía más de una silla, así que nos sentamos en el suelo.

—Bueno —dijo él.

Yo no sabía qué hacer, por lo que dije lo que quería decir, que era:

—Ha sido Dios quien ha unido nuestros caminos.

Phil se mostró de acuerdo.

—Me alegro.

Le pregunté por los dibujos de las paredes y Phil me habló de Alicia en el País de las Maravillas, Humpty Dumpty, el Lobo Feroz y Caperucita Roja. Cuando la habitación fue oscureciéndose Phil encendió la lámpara; la luz atravesaba una serie de siluetas giratorias. Caballos color salmón y elefantes verde pistacho galopaban por las paredes y las ventanas.

—Bien, creo que deberías contarme toda la historia —dijo él.

Desde que llegué a Atlanta no se la había explicado a nadie, pero de verdad quería que él la supiera. Phil Mays parecía una buena persona, dispuesta a escuchar.

—No querrás oírlo todo —dije.

—Sí. De verdad —insistió.

Tenía en las manos un caballo de peluche y lo depositó en el suelo, con cuidado, procurando que se mantuviera en pie.

Me gustó que se pusiera serio así que empecé a contárselo todo, desde los primeros días en Marial Bai. Le hablé de mi madre y de su vestido amarillo como el sol, y de la tienda de mi padre, y de mis juegos con los martillos como si fueran jirafas, y del día en que la guerra llegó a Marial Bai.

Se convirtió en un ritual. Todos los martes me invitaban a cenar, y cuando terminábamos, Stacey se llevaba a los gemelos a la cama y Phil se sentaba conmigo en el suelo del cuarto de juegos y hablábamos de la guerra de Sudán y del viaje que yo había realizado. Los días en que no nos dedicábamos a esto, Phil me ayudaba con todo lo demás.

En el plazo de un mes habíamos abierto una cuenta bancaria a mi nombre y me había conseguido una tarjeta de crédito. Me matriculé en una autoescuela y prometí que contribuiría a la hora de pagar el préstamo para la compra de un coche. Fuimos al supermercado con Stacey y los gemelos, y allí me explicaron qué alimentos eran los más apropiados para cada comida. Antes de esa excursión yo nunca había probado un sándwich. Achor Achor y yo no éramos precisamente unos cocineros modélicos y hasta el momento comíamos una vez al día; era la costumbre, y además sufríamos la constante preocupación de que se acabara la comida. Creo que Phil no dejaba de sorprenderse acerca de lo poco que sabíamos y lo poco que podía fiarse de que supiéramos cosas que él daba por sentadas. Nos explicó cómo funcionaba el termostato del apartamento, cómo rellenar un talón bancario, cómo pagar una factura y qué autobuses te llevaban a cada sitio. Al final firmó conmigo el préstamo para mi Toyota Corolla, cuya posesión redujo en gran medida mis tiempos de desplazamiento. Me permitía ir al almacén de muebles y de allí al Georgia Perimeter College en menos de un tercio del tiempo que invertía si iba en autobús. Nunca he echado de menos ese autobús.

Junto a Phil, la curva de aprendizaje siempre se mantuvo ascendente, pero yo permanecí a su lado y Phil no aparentaba sentirse agobiado; al revés, parecía auténticamente satisfecho de explicar las cosas más básicas, como el proceso de hervir agua en la cocina o la diferencia entre la nevera y el congelador. Abordaba todos los problemas con el mismo tono atento y serio, y solo parecía frustrarse por el hecho de no poder hacer más. Le preocupaba mucho Achor Achor. Achor Achor no tenía patrocinador; de hecho, compartía uno, una mujer de sesenta y tantos años, con otros seis sudaneses, lo que no tenía nada que ver con la atención individualizada que yo recibía. Achor Achor nunca dijo ni una palabra al respecto, ni yo tampoco, pero

había dos cosas evidentes para todos: él también necesitaba con desesperación la ayuda de Phil, y este no podía dársela.

Achor Achor llevaba dieciocho meses más que yo en Estados Unidos, y, como es lógico, su proceso de adaptación estaba mucho más avanzado. Tenía coche, un empleo estable, y estudiaba en el Georgia Perimeter College. También era uno de los líderes de los sudaneses de Atlanta y se pasaba media vida al teléfono, mediando en conflictos y organizando y asistiendo a reuniones tanto en Atlanta como en otros lugares. Cuando yo llevaba un tiempo en Atlanta asistí a mi primer encuentro importante, que se celebraba en Kansas City; fue allí donde conocí a Bobby Newmyer.

La conferencia había sido diseñada y organizada por Bobby Newmyer con un doble propósito: él era un productor cinematográfico que quería rodar una película sobre la experiencia de los Niños Perdidos, y por tanto quería hablarnos del proyecto. En segundo lugar, quería montar una red nacional para los sudaneses de América, en la que pudiéramos intercambiar información y recursos, presionar a los gobiernos de Estados Unidos y Sudán, y enviar fondos e ideas al sur de Sudán.

Treinta y cinco sudaneses llegamos a Kansas en un fin de semana de noviembre del año 2003. Era una escena digna de verse. Nos asignaron habitaciones en el Courtyard del Marriott y se nos entregó un horario en el que aparecían detalladas las actividades y eventos que tendrían lugar en los tres días siguientes, que culminaban con un gran encuentro en la sala de actos de una iglesia luterana próxima al hotel. Pero mantenerse fiel al horario se reveló una tarea imposible. Todo el mundo llegaba a horas distintas, en días distintos, y una gran parte de los asistentes no consiguió encontrar el hotel. Y cuando por fin estuvimos todos reunidos teníamos demasiadas cosas que contarnos. Nos cedieron una sala de reuniones del hotel y solo las presentaciones ya duraron dos horas. Allí había sudaneses instalados en Dallas, Boston, Lansing, San Diego, Grand Rapids, San Jose, Seattle, Richmond, Louisville, y muchos otros sitios. Yo conocía a la mayoría, de Kakuma o Pinyudo, personalmente o de oídas. Eran jóvenes sudaneses prominentes; llevaban dando conferencias y organizando actos desde la adolescencia.

Cuando nos hubimos puesto al día y por fin ocupamos nuestros asientos, conocimos a Bobby Newmyer, de quien Mary Williams ya me había hablado. De hecho, Mary fue la primera persona con quien Bobby comentó la idea de filmar una película sobre nuestras vidas. Y ahora nos tenía allí, sentados en semicírculo, ataviados con nuestros mejores trajes. Me percaté al instante de lo poco que encajaba su imagen con la del hombre poderoso, responsable de este evento y de haber producido muchos éxitos de Hollywood. Su pelo, una mezcla de pelirrojo, castaño y rubio, estaba despeinado, y llevaba los faldones de la camisa, desabrochada, por fuera del pantalón. Nos dirigió unas palabras, algo encorvado, siempre daba la impresión

de estar doblado, tanto cuando andaba como cuando permanecía inmóvil, y luego pareció ansioso de ceder el turno a una de sus socias, una mujer llamada Margaret, que sería la encargada de escribir el guión de la película que Bobby pretendía rodar.

Ella tomó la palabra y explicó sucintamente la trama de la historia que intentaba contar y que me pareció de lo más razonable. Pero no todos los asistentes opinaron lo mismo. Las cosas se complicaron mucho enseguida. Se formularon preguntas acerca de quién se beneficiaría de la película, acerca de por qué se contaría una versión de la historia y no otra. Uno tras otro, los representantes de los Niños Perdidos fueron pidiendo turno y dando su opinión. Por si nunca habéis oído el discurso de un sudanés, debo explicaros que cuando tomamos la palabra nuestra intervención no acostumbra a distinguirse por su brevedad. Hay quien dice que es debido a la influencia de John Garang, de quien se decía que era capaz de hablar durante ocho horas sin interrupción y creer aún que no se había explicado del todo. En cualquier caso, a los sudaneses de mi generación nos gusta mucho hablar. Si se discute sobre cualquier tema, es muy probable que todos los presentes quieran intervenir y que cada uno de ellos necesite cinco minutos para expresarse. Incluso en un encuentro reducido, como el que se celebraba en Kansas, donde éramos solo treinta y cinco, eso implicaba que cualquier tema, por trivial que fuera, quedaría sometido a dos horas de discursos. Cada discurso poseía una estructura y una seriedad parecidas. Quien tenía la palabra en ese momento se levantaba, se estiraba el traje y carraspeaba. Luego empezaba: «He seguido con atención el debate y tengo algunas ideas que aportar». Y lo que seguía era un relato parcialmente autobiográfico y que tocaba puntos que, con toda probabilidad, ya habían sido mencionados. Dado que todos los asistentes sienten que es necesario que se les escuche, se repasan los mismos aspectos media docena de veces.

Aquel día en Kansas todos intentaban proteger sus intereses. El representante que procedía de la región sudanesa de Nuba quería asegurarse de que Nuba aparecía representada como correspondía. Los de Bor querían asegurarse de que se prestaba atención a las necesidades de los habitantes de Bor. Pero como todo esto tenía que ser discutido detalladamente antes de que se llegara a hacer nada, el resultado era que en Kansas, y en otras reuniones parecidas, se acababa haciendo muy poco. Entre los asistentes en Kansas había una Niña Perdida que quiso saber qué pensaba hacerse en favor de las refugiadas sudanesas. ¡Niños Perdidos!, exclamó. ¡Siempre Niños Perdidos! ¿Y qué hay de las Niñas Perdidas? Este punto se prolongó durante un rato en Kansas y se planteó luego con frecuencia en otras conferencias. Nadie se mostraba en desacuerdo con ella, pero todos sabíamos que su presencia, y la necesidad de incluir las necesidades de las ochenta y nueve Niñas Perdidas en todo lo que nos concernía, solo servía para impedir que nos concentráramos en muchos otros temas.

Aunque el evento de Kansas no ofreció grandes progresos, pude llegar a conocer a Bobby y acabé siendo uno de sus ayudantes tanto en la película como en la red nacional de refugiados. Al final presté toda la ayuda que estuvo en mi mano en la

organización de una conferencia mucho mayor que tuvo lugar en Phoenix dieciocho meses más tarde. Fue organizada por Ann Wheat, patrocinadora de los Niños Perdidos de esa ciudad, y por Bobby, quien llegados a este punto debía de estar tan atónito como yo por su profunda implicación en todos los aspectos de la diáspora sudanesa. La reunión de Phoenix sería el mayor encuentro de sudaneses jamás realizado en América. El centro de convenciones de la ciudad albergaría al menos a mil Niños Perdidos y a sus familiares, en algunos casos a sus esposas e hijos. La asistencia desbordó las previsiones y llegó a alcanzar la cifra de tres mil doscientos sudaneses, metidos en una enorme sala de banquetes.

Pero aquel fin de semana hizo un calor de órdago en Phoenix. Todos los asistentes se quejaban. Esto es peor que Kakuma, decíamos riéndonos. ¡Al menos en Kakuma soplaba el viento! Estábamos a más de treinta y cinco grados, aunque lo cierto es que solo sentíamos esa temperatura en las contadas ocasiones en que abandonábamos el centro de convenciones. Toda la acción se desarrollaba de puertas adentro: en una sala gigante, cuyo único adorno era una simple tarima y miles de sillas. El objetivo era juntarnos, celebrar una reunión a gran escala y sentar las bases para organizar una especie de congreso de jóvenes sudaneses en Estados Unidos. Queríamos elegir un consejo de líderes, cuyos miembros mantuvieran el orden entre el resto de miles de sudaneses y se convirtieran en la voz internacional de los jóvenes sudaneses desplazados. El fin de semana culminaba con una visita de John Garang en persona. Para la mayoría de nosotros suponía la primera vez que le veíamos desde que teníamos diez o doce años, en Pinyudo.

Era alucinante ver a tantos hombres de Kakuma reunidos en Phoenix. ¡Y trajeados! Todos iban vestidos como si estuvieran en un viaje de negocios. Era genial ver a los hombres, y también a las Niñas Perdidas —cuyas representantes alcanzaban las tres cuartas partes de las ochenta y nueve, y cada una de ellas gritaba más que sus homólogos masculinos—. Nada de bromas con las Niñas Perdidas, nunca las subestiméis. Son bellas y valerosas, su inglés es invariablemente mejor que el nuestro, y sus mentes son más ágiles y están más preparadas para el debate. Al menos en Estados Unidos, en aquel contexto, exigen y consiguen el respeto de todos.

El orden de acontecimientos era el que marcaba el protocolo en estos casos. El alcalde de Phoenix nos dirigió su saludo al principio del día. John Prendergast, del Grupo Internacional de Crisis, habló de la actitud del mundo hacia Sudán y de las perspectivas de futuro. Habíamos visto a Prendergast en Pinyudo en 1989, y algunos de los hombres se acordaban de él. Bobby y Ann intentaron pasar desapercibidos durante la mayor parte del tiempo, en un esfuerzo por dejar claro que aquella convención, a pesar de ser el fruto de su iniciativa, nos pertenecía, y que en ella nos jugábamos el triunfo o el fracaso.

No estoy muy seguro de cuál fue el resultado. Creo que el triunfo quedó sofocado por nuestra tendencia habitual a la controversia. Se nominó a los miembros de un consejo nacional. Dichos nominados, unos cuarenta en total, subieron al estrado uno

por uno y nos dirigieron un breve discurso. Ese mismo día se realizaron las votaciones y, cuando se dieron a conocer los resultados, hubo reacciones airadas e incluso un conato de motín. Resultó que la mayoría de los electos procedían de la región de Bahr al-Ghazal, mi región, y los de Nuba se sintieron poco representados. El debate coleó durante las barbacoas nocturnas y las veladas musicales, a cargo de una sucesión de grupos sudaneses, y se prolongó incluso a lo largo del segundo y último día de congreso, a puerta cerrada, con guardias que pasaban a controlar en intervalos regulares, y en el que nos ordenaron que nos sentáramos y no nos moviéramos.

Fue entonces cuando John Garang hizo su entrada. Era el hombre que, más o menos, inició el conflicto que trajo la guerra a nuestros hogares, la guerra civil que provocó las muertes de nuestros parientes y nos puso en marcha, primero hacia Etiopía y luego hacia Kenia, hasta culminar con el proceso de emigración hasta Estados Unidos. Y aunque la gente de aquella sala albergaba sentimientos encontrados hacia John Garang, el que había sido catalizador y fuerza impulsora de la guerra civil y de la esperada independencia entró en la estancia y subió al estrado envuelto en un halo de admiración extática y de un puñado de guardaespaldas. Parecía totalmente emocionado por estar entre nosotros, y cuando ocupó la tarima era evidente —apuesto a que no fueron imaginaciones mías— que se consideraba nuestra mayor influencia, nuestro guía espiritual, y que empezaba donde había terminado, quince años antes aproximadamente, cuando se dirigió a nosotros por última vez en el campo de refugiados de Pinyudo.

Terminada la conferencia, mientras yo intentaba desentrañar las exigencias y obligaciones de las distintas facciones, y mientras intentaba, junto con Achor Achor y algunos otros, alcanzar un compromiso aceptable que asegurara la continuidad del consejo nacional, trabajé codo a codo con Bobby en la búsqueda de opciones que nos permitieran salvar la conferencia. Nuestra conversación fue derivando hacia temas de índole más personal: cómo era mi vida en Atlanta, qué progresos hacía en mis estudios, qué planes tenía para el verano siguiente. Y como había sido tan justo con todos nosotros, y dado que yo ardía en deseos de salir de la ciudad durante el tiempo que fuera, le pedí si podía ir a Los Ángeles y pasar el verano con él, trabajando en lo que él creyera adecuado. No era algo que tuviera pensado y me sorprendí al oírme, pero mi sorpresa fue aún mayor cuando él aceptó. De manera que me fui a pasar una temporada con él, en su cómoda casa, donde vivía con Deb, su mujer, y su familia. Tenía cuatro hijos, de edades que iban desde los diecisiete hasta los tres de Billi, y quiero pensar que encajé bien con ellos y que gané peso. Nadaba en su piscina, intenté aprender a jugar al tenis, ayudé en la cocina y en las compras, y vigilé a los pequeños siempre que me lo pidieron. También aprendí los límites de mis obligaciones. Yo dormía en la litera de abajo, en la habitación de James, y una

mañana me desperté tarde —en esa casa siempre dormí bien— y me di cuenta de que estaba solo. Todos estaban desayunando, así que hice mi cama y la de James, tal y como Gop Chol me había enseñado. Luego, cuando Deb vio ambas camas hechas, quiso saber por qué las había hecho. Le dije que James era mi hermano menor, y que el cuarto tenía mejor aspecto con las dos camas hechas. Ella aceptó la explicación, pero me dijo que no volviera a hacerlo. James tiene doce años, me dijo, y debía hacerse su propia cama.

Creo que la generosidad de los Newmyer rozaba la irracionalidad, incluso la imprudencia. Me acogieron en todas las actividades familiares, incluyendo un viaje turístico en caravana de Los Ángeles al Gran Cañón, con un grupo de parientes y amigos. Fue entonces cuando Teddy, el hijo adolescente de Bobby, y sus amigos me impusieron el apodo de V-Town, y cuando casi despeñé el coche por un precipicio. La fe que Bobby depositaba en mí era tan grande que ni siquiera me preguntó si tenía permiso de conducir o no. Yo no había conducido delante de él desde que me instalé en su casa. Él no me preguntó por mi experiencia como conductor, ni si me sentía cómodo manejando un trasto tan grande. Un día en Arizona me pasó las llaves, la familia se amontonó en la parte de atrás y yo me senté al volante. Bobby se sentó a mi lado, sonriente, mientras yo ponía en marcha el motor.

Cuando confundí el acelerador con el freno él se rió con ganas. En los tramos de carretera recta no había demasiadas diferencias entre conducir la caravana y mi Toyota, pero cuando empezaban las curvas, cuando aumentaba el tráfico, la dificultad no era poca. No quiero recordar lo cerca que estábamos del precipicio cuando conseguí enderezar el vehículo, pero en honor de Bobby puedo decir que este apenas abrió la boca. Mantuvo los ojos puestos en mí y cuando me reincorporé a la carretera volvió a dormirse.

Aquel verano me marché de Los Ángeles con la idea de volver para Acción de Gracias, y conservé el contacto con Bobby gracias al teléfono. Él y Phil me ayudaban en la matrícula de la universidad y había mucho trabajo por hacer. Ya casi tenía todos los créditos necesarios para recibir el título del Georgia Perimeter College, una universidad menor de Atlanta, y Bobby me ayudaba en el paso a una carrera superior. Hablábamos de ello casi todos los días y me enviaba folletos constantemente.

Pero el último verano y el otoño que le siguió las cosas se torcieron un poco; daba la impresión de que mucho de lo que yo había construido a mi alrededor se iba desmoronando. Phil y Stacey se mudaron a Florida por motivos de trabajo. Seguimos hablando por teléfono y nos enviamos cartas por internet, pero echo de menos su casa, echo de menos las cenas de los martes y añoro a los gemelos. La Fundación para los Niños Perdidos se clausuró en 2005. Mary ya no pudo soportar el estrés, y dadas las múltiples especulaciones sobre su gestión de la organización, las donaciones se habían desvanecido. Hoy en día la fundación no gestiona becas, no

busca patrocinadores a los refugiados, y no ayuda a sudanés alguno. Mary sigue colaborando con algunos Niños Perdidos en las tareas del instituto, pero ha pasado página. Actualmente está realizando un viaje en bicicleta por todo el país; cuando termine, se marchará de Atlanta para trabajar de guardabosque en un parque nacional.

John Garang murió en julio de 2005, un año después de conseguir el acuerdo de paz entre el Movimiento de Liberación del Pueblo Sudanés (el brazo político del ELPS) y el gobierno de Sudán, y justo tres semanas después de haber sido nombrado vicepresidente de Sudán. Viajaba en helicóptero de Uganda a Sudán cuando el aparato se precipitó contra la jungla y todos los que viajaban en él murieron. Aunque circularon rumores que apuntaban a un asesinato, no se halló ninguna prueba que apoyara esa idea, y su muerte ha sido aceptada como accidental por la mayoría de sudaneses, tanto aquí como en el resto del mundo. Podemos dar gracias al acuerdo de paz que se firmó antes de su muerte. Ningún otro líder del sur de Sudán habría tenido influencia suficiente para lograrlo.

Bobby murió en el invierno de 2005. Tenía cuarenta y nueve años, y sus hijos seguían teniendo las mismas edades que en el verano que pasamos juntos: diecisiete, doce, nueve y tres años. Estaba en Toronto produciendo una película y se hallaba entrenando en el gimnasio del hotel. Creo que estaba montado en la bicicleta estática cuando notó una punzada, un dolor agudo en el pecho. Bajó de la bici y se sentó. Cuando desapareció el dolor, él no hizo lo que debería haber hecho, que era irse del gimnasio y buscar ayuda médica. Siendo como era, volvió a montarse en la bici estática y minutos más tarde sufrió otro ataque. En esta segunda ocasión el ataque fue masivo y acabó con él.

Y después de todo esto, sigo en Atlanta, sigo en el suelo de mi apartamento, atado con un cable de teléfono, propinando patadas a la puerta.



No deberíamos haber tardado tanto en cruzar el Nilo. Pero en aquella orilla nos congregamos a centenares, a millares; solo disponíamos de dos barcas y era demasiada distancia para recorrerla a nado. Al principio hubo chicos que lo intentaron, chapoteando como perros, pero subestimaban la fuerza del río. La corriente era rápida y el río profundo. Tres chicos desaparecieron arrastrados por las aguas y no volvimos a verlos.

El resto nos dedicamos a esperar. Todos esperaban. El viaje hasta Etiopía se había prolongado durante unas seis semanas y en el río nuestro grupo se mezcló con otros viajeros: adultos, familias, ancianos y bebés. Fue la primera vez en que fui consciente de que no éramos solo chicos los que andábamos hacia Etiopía. En el río había cientos de adultos y de niños más pequeños, y nos dijeron que eran miles los que ya habían cruzado y miles los que venían por detrás.

El río estaba bordeado de arbustos densos, y como se hallaban tan cerca del agua, estaban infestados de mosquitos. No teníamos mosquiteras. Dormíamos a la intemperie y encendíamos hogueras con ramitas y bambú. Pero eso no ahuyentaba a los mosquitos. Por las noches se oían llantos. Los adultos gemían, los niños berreaban. Para los mosquitos era un festín: tenían a una persona para cada cien de ellos. Era irremediable. No cabe ninguna duda de que cientos contrajeron la malaria mientras esperaban para cruzar el río. Tardamos cuatro días en ir de una orilla a la otra.

Una vez efectuada la travesía nos encontramos en un pueblo que nos recibió con los brazos abiertos. Los habitantes del pueblo vivían cerca de la orilla arenosa y cultivaban maíz. Compartieron su comida con nosotros, haciendo gala de tal generosidad que estuve a punto de desmayarme. Nos sentamos en grupos y las mujeres del pueblo nos trajeron agua del pozo e incluso estofado: un trocito de carne para cada cuenco. Al rato de terminar de comer, los chicos se quedaron dormidos, tan saciados que no podían permanecer despiertos.

Cuando desperté el sol anaranjado había descendido hacia las copas de los árboles y oí una voz.

—¡Tú!

Frente a mí solo distinguí chicos: algunos se bañaban en el agua. A mi espalda solo había un sendero que se internaba en la oscuridad.

—¡Achak!

La voz me resultaba muy familiar. Levanté la vista. Había una sombra en un árbol. Se parecía mucho a la de un leopardo: una silueta estilizada y sinuosa.

—¿Quién es? —pregunté.

La forma saltó desde el árbol y cayó a mi lado, en la arena. Me estremecí, dispuesto a huir, pero era un chico.

—¡Eres tú, Achak!

—¡No puedes ser tú! —dije, y me puse en pie.

Era él. Después de tantas semanas, era William K.

Nos abrazamos sin decir nada. Noté un nudo en la garganta, pero no pude llorar. Ya no sabía llorar. Pero me sentí muy agradecido. Supe que Dios me regalaba la presencia de William K tras haberse llevado a Deng. No le había visto desde que los murahaleenes entraron en Marial Bai y me parecía imposible encontrarle allí, en la orilla del Nilo. Nos sonreímos; la emoción nos impedía sentarnos. Corrimos hasta el río y una vez allí paseamos por la arena, lejos de los demás.

—¿Qué hay de Moses? —preguntó William K—. ¿Ha venido contigo?

No se me había ocurrido que William K desconociera el destino de Moses. Le dije que estaba muerto, que los jinetes le habían matado. William K se dejó caer en la arena. Me senté a su lado.

—¿No lo sabías? —pregunté.

—No, ese día no le vi. ¿Le dispararon?

—No lo sé. Iban a por él. Miré hacia otro lado.

Permanecimos un rato sentados, contemplando las piedras lisas de la ribera. William K cogió unas cuantas y las lanzó a las pardas aguas.

—¿Y tus padres? —preguntó él.

—No lo sé. ¿Los tuyos?

—Me dijeron que nos veríamos de nuevo en casa en la estación de las lluvias. Creo que están esperando para volver. Así que en cuanto empiece a llover solo tengo que regresar a casa.

Aunque me sonó un poco ingenuo, no hice ningún comentario. Seguimos sentados, en silencio, y me sentí como si el viaje hasta Etiopía ya no fuera a ser difícil. Caminar junto a mi buen amigo William K lo haría tolerable. Estoy seguro de que él se sentía igual, porque en más de una ocasión lo pillé mirándome de reojo, como si quisiera asegurarse de que yo era real. De que todo eso era real.

Sorprendentemente tardamos mucho en acordarnos de preguntar cómo habíamos llegado hasta el río con los grupos que iban hacia el este. Le conté mi historia y luego él me explicó la suya. Como yo, él había corrido hasta el anochecer del día siguiente. Tuvo la suerte de toparse con un autocar que llevaba a la gente a Ad-Da'ain, donde él tenía parientes. Sabía que Ad-Da'ain estaba en el norte, pero todos los dinkas del autobús creían que allí estarían a salvo, ya que Ad-Da'ain era una gran ciudad en la que convivían dinkas, árabes, cristianos y musulmanes. Al igual que aquel grupo de ancianos con el que yo había caminado en las primeras etapas de mi viaje, estaban seguros de que una ciudad controlada por el gobierno tenía que ser un lugar más seguro.

—Estuvimos a salvo durante un tiempo —dijo William K—. Mi tío y mis tías vivían allí. Él era albañil y trabajaba para los rezeigats. Era un empleo decente y podía alimentarnos a todos. Vivíamos cerca de cientos de dinkas y hacíamos lo que queríamos. Nos sentíamos seguros porque estábamos entre unos diecisiete mil dinkas.

»Los rezeigats, pastores árabes, ostentaban el poder en la ciudad, pero también había gente del pueblo fur, del zaghawa, del jur, del berti, y de otras tribus. Era una ciudad bulliciosa, pacífica. O eso decía mi tío. Las cosas cambiaron poco después de mi llegada. Empezaron a brotar resentimientos. Los milicianos pasaban cada vez más tiempo en la ciudad, y contagiaban su aversión hacia los dinkas. Los musulmanes de la ciudad empezaron a tratar a los no musulmanes de forma distinta. Había una iglesia cristiana, que se construyó hace mucho tiempo con la ayuda de un jeque rezeigat. La iglesia se convirtió en una afrenta para los musulmanes. La gente estaba enfadada con dinkas y cristianos debido al ELPS, y se enfadaba más aún cuando corría la noticia de que el ELPS ganaba alguna batalla. En primavera los rezeigats se plantaron en la iglesia y le prendieron fuego. Había gente dentro, rezando, pero la quemaron de todos modos. Dos personas murieron en el incendio. Luego los rezeigats fueron a las casas de los dinkas y se pusieron a quemarlas. Tres personas más murieron allí.

»Estábamos aterrados. Los dinkas se habían percatado de que el lugar ya no era seguro. Una mañana mi tío nos llevó a la comisaría de policía, donde muchos centenares de dinkas se habían refugiado en busca de cobijo. La policía nos ayudó, y nos dijeron que nos reuniéramos en Hillat Sikka Hadid, una zona cercana a la estación de ferrocarril. Nos pasamos la noche allí, todos acurrucados juntos. Todos decidimos que por la mañana emprenderíamos viaje de regreso hacia el sur de Sudán, donde el ELPS pudiera protegernos.

»Por la mañana agentes del gobierno, con la ayuda de la policía, nos trasladaron a todos hasta la estación de tren. Nos dijeron que allí estaríamos más seguros y que nos sacarían de la ciudad en tren. Nos iríamos de la ciudad: podríamos volver al sur de Sudán o adondequiera que quisiéramos ir.

»Así que nos ayudaron a subir al tren, a los vagones donde transportaban el ganado. Había ocho vagones. La mayoría de la gente se alegraba de irse y de no tener que andar. Nos dijeron que querían a todos los hombres y chicos a bordo de un vagón, para poder vigilarlos, para asegurarse de que entre ellos no había nadie del ELPS. Esto me preocupó, pero mi tío dijo que no había de qué preocuparse, que era normal que quisieran asegurarse de que no había hombres armados. De manera que mi tío y mis primos subieron a uno de los vagones para hombres.

»Yo monté en otro distinto, con mis tías y mis primas más pequeñas. Mi tío viajaba en el primer vagón y nosotros en el quinto. Los vagones iban atestados. En el mío debíamos de ser casi doscientos, entre mujeres y niños. Apenas podíamos respirar; establecimos turnos para acercar las bocas a las rendijas por las que entraba el aire. Muchos niños lloraban, muchos estaban mareados. Una niña vomitó en mi espalda.

»Dos horas después oímos muchos gritos cerca del primer vagón, donde viajaba mi tío. Luego disparos. Desde donde estábamos no podíamos ver nada. No sabíamos si era el ejército que luchaba contra el ELPS o qué sucedía. Entonces oímos el ruido de algo que se quemaba: los crujidos de la madera al arder. Y entonces, como una ola,

llegaron hasta nosotros los gritos de cientos de hombres dinkas. Los rezeigats también gritaban, insultando a los dinkas. “¡Están ardiendo!”, gritó alguien en mi vagón. “¡Están quemando a los hombres!” Todos prorrumpimos en gritos. Todos gritábamos. Los gritos duraron mucho tiempo, pero estábamos atrapados.

»Ignoro cómo se abrió el vagón, pero de repente se abrió la puerta y todos huimos. Pero para la mayoría ya era demasiado tarde. Mil personas habían sido quemadas. Mi tío estaba muerto. Huimos de la ciudad, a cientos, y nos escondimos en el bosque hasta que llegamos a una ciudad dominada por el ELPS. Al final mis tías decidieron que yo debía unirme a la marcha de chicos.

William K ya llevaba días en el río cuando llegamos nosotros: había viajado parte del camino en autobús y luego se había unido a otro gran grupo de chicos que iban a pie. La mayoría había seguido adelante mientras William se quedaba en el río, disfrutando de la hospitalidad de las mujeres del pueblo. Estaba más sano que la mayoría de nosotros y encaraba el futuro con optimismo.

—¿Sabes si estamos muy cerca de Etiopía? —preguntó.

Yo lo ignoraba.

—He oído que no está muy lejos. Unos días más y estaremos a salvo. Solo hay que cruzar un desierto, y si corremos podemos hacerlo en un día. Tal vez tú y yo podríamos adelantarnos para llegar los primeros. Y cuando empiecen las lluvias volvemos a casa. Si tus padres no están en Marial Bai te vienes a vivir con los míos, podemos ser hermanos.

Por primera vez en mi vida aprecié las fantasías de William K. Aquella tarde contó muchas: por ejemplo, dijo que sabía que sus padres ya habían llegado a Etiopía porque durante el camino había ido preguntando a la gente si habían visto a alguien que respondiera a la descripción de sus padres y todos habían asentido enseguida. Aunque no hacía mucho que había recuperado esa convicción, seguía resultando asombroso oír hablar a un chico con tanto entusiasmo sobre cualquier tema. Durante semanas el resto de nosotros casi había sido incapaz de decir palabra.

—¿Es un chico nuevo, Achak?

Dut nos había encontrado sentados junto al río.

—Se llama William K. Es de nuestro pueblo.

—¿De Marial Bai? No.

—Sí, tío —dijo William K—. Mi padre era ayudante del jefe.

Dut pareció darse cuenta al instante de que William K era un embustero, aunque inofensivo. Asintió sin decir nada. Se sentó con nosotros y observamos cómo la gente cruzaba el Nilo. Preguntó a William K cómo él, siendo el hijo del jefe de Marial Bai, había acabado uniéndose a nosotros en el río, y William K le respondió con una versión parcial de su historia. Para no ser menos, aquella tarde Dut contó una historia aún más extraña que la que había explicado sobre los baggaras y sus armas nuevas.

—No me sorprende que tuvierais problemas en Ad-Da’ein, William K. La historia de las gentes del sur y las gentes del norte no es muy feliz. Los árabes

siempre han sido mejores que nosotros, los dinkas. Y también más listos. Por eso, en Etiopía, le daremos la vuelta a la tortilla. ¿Habéis oído hablar de los ingleses, chicos?

Negamos con la cabeza. Etiopía era el único país del que conocíamos la existencia.

—Son gente que vive en un lugar muy lejano. Son muy distintos de nosotros. Pero son muy poderosos, tienen más y mejores armas que cualquier baggara. ¿Os lo imagináis? Es un pueblo más poderoso de lo que os podéis imaginar.

Intenté imaginarlo: pensé en los murahaleenes, en versión aún más grande.

—Los británicos se involucraron en el sur de Sudán, esta tierra por la que andamos, en los primeros años del siglo diecinueve. Hace mucho tiempo. Fueron ellos quienes contribuyeron a instaurar el cristianismo entre los dinkas. Algún día os hablaré de un hombre llamado general Gordon que intentó abolir la esclavitud en nuestras tierras. Pero por ahora os contaré solo esto. ¿Me seguís hasta el momento?

Sí.

—La otra parte de la historia de esta tierra es el país de Egipto. Egipto es otro país poderoso, pero sus habitantes son similares a los del norte de Sudán. Son árabes. Tanto los británicos como los egipcios tenían intereses en Sudán...

—¿Qué quieres decir con intereses? —le interrumpí.

—Querían cosas de aquí. Querían tierras. Querían el río Nilo, este que acabamos de cruzar. Los británicos controlaban muchos países de África. Es complejo, pero querían influir sobre gran parte del mundo. De manera que británicos y egipcios llegaron a un acuerdo: pactaron que los egipcios controlarían el norte del país, donde vivían y aún residen los árabes, mientras que los británicos controlarían el sur, la tierra que conocemos, donde viven los dinkas y otros pueblos como el nuestro. Esto fue bueno para las gentes del sur porque los británicos eran enemigos de los traficantes de esclavos. De hecho, afirmaron que pondrían fin al tráfico de esclavos, que en esa época era muy activo. Se llevaban a muchos más de los que se llevan ahora, y los repartían por todo el mundo. Los británicos gobernaron el sur de Sudán con manga ancha. Construyeron escuelas, donde enseñaban a los niños el cristianismo y también inglés.

—¿Por eso se les llama ingleses? —preguntó William K.

—Bueno... claro, William. En cualquier caso, los ingleses ejercieron una buena influencia sobre esta tierra sobre todo en un aspecto: frenaron el avance del islamismo. Nos pusieron a salvo de los árabes. Pero en mil novecientos cincuenta y tres, hace mucho tiempo, antes de que yo naciera, más o menos cuando nació tu padre, Achak, los egipcios y los británicos firmaron un acuerdo en el que se comprometían a dejar Sudán en paz, a dejar que se gobernara a sí mismo. Esto fue después de la Segunda Guerra Mundial y...

—¿Qué? —pregunté.

—Oh, Achak, no puedo explicaros eso ahora. Pero los británicos se habían visto envueltos en una guerra propia, una guerra comparada con la cual la nuestra tiene

poca importancia. Pero como se habían extendido por todo el mundo y ya no podían mantener ese poder decidieron devolver el control del país a los sudaneses. Fue un momento muy importante. Muchos supusieron que el país quedaría dividido en dos, norte y sur, porque al fin y al cabo ambas regiones se habían fusionado bajo el gobierno de los británicos y porque ambas compartían muy pocos rasgos culturales. Pero fue entonces cuando los británicos plantaron la semilla del desastre para nuestro país, cuyos frutos se recogen aún a día de hoy. De hecho, mirad esto.

Dut se sacó un pedazo de papel del bolsillo. Hasta ese momento no supimos que además de la lista de chicos a su cuidado él también guardaba otros papeles. Pero tenía muchos, y fue pasando las páginas a toda prisa hasta llegar a una hoja amarillenta y arrugada que desdobló antes de enseñarme. La letra impresa no se parecía a ninguna que yo hubiera visto antes. Para mí era tan imposible leerla como convertir el papel en alas y salir volando. Al recordar que yo no sabía leer, me la arrebató.

—He tardado mucho en traducirlo así que os beneficiaréis de mi esfuerzo. Escuchad:

La política aprobada del gobierno es actuar sobre el hecho de que las gentes del sur de Sudán son claramente africanos y negros, y que por tanto nuestro deber obvio para con ellos es colaborar tanto como podamos en su desarrollo económico en las líneas africanas y negras, y no en las líneas de progreso árabes de Oriente Próximo que resultan adecuadas para el norte de Sudán. Solo mediante el desarrollo económico y educativo esta gente podrá sostenerse en pie en el futuro, aunque al final el grupo acabe unido al norte de Sudán, o a los países del este de África, o se divida entre ambos.

William y yo apenas entendimos nada de lo que decía Dut, pero él parecía muy satisfecho.

—Esto fue escrito por los británicos cuando intentaban decidir cómo manejar su salida de Sudán. Sabían que estaba mal dejar el país como un Sudán unificado. Sabían que no estábamos unidos en absoluto y que nunca podríamos llegar a estarlo. Esto les planteaba un grave conflicto. Lo llamaban la Cuestión del Sur de Sudán.

No entendí del todo lo que significaba eso.

—Vuestro destino, todos nuestros destinos, quedaron sellados hace años por un pequeño grupo de gentes inglesas. Tenían la capacidad de dibujar una línea entre norte y sur, pero los árabes los convencieron de que no lo hicieran. Los británicos tuvieron la oportunidad de preguntar a la gente del sur de Sudán si deseaban separarse del norte o seguir con ellos. Es imposible que los jefes del sur prefirieran seguir unidos al norte, ¿no creéis?

Asentimos, pero me pregunté si sería cierto. Pensé en los días de mercado en Marial Bai, en Saliq y en los árabes que visitaban la tienda de mi padre, en la armonía

que reinaba entre los comerciantes.

—Pues aceptaron —prosiguió Dut—. Los árabes los engañaron, les tomaron el pelo. Sobornaron a los jefes a base de promesas. Al final se convencieron de que vivir como una nación reportaría más ventajas. Era absurdo. En fin, ahora todo esto cambiará —dijo Dut mientras se ponía de pie—. En Etiopía habrá colegios, los mejores que hayáis tenido nunca. En ellos enseñarán los mejores maestros de Sudán y Etiopía, y recibiréis una educación. Se os preparará para una nueva era, en la que ya no os dejaréis engañar por Jartum. Cuando termine esta guerra, el sur de Sudán será una nación independiente y vosotros la heredaréis algún día. ¿Cómo os suena eso, chicos?

Dije a Dut que sonaba muy bien. William K, en cambio, se había dormido, y yo no tardé en dormirme también. Dut se marchó. Yo solo quería descansar al lado de William K. Tenía la impresión de que su llegada, su resurrección, se producía en un momento en el que no sé si habría podido seguir adelante sin él. ¿Me habría metido en un agujero como hizo Monynhial? No lo sé. Pero sin William K, me habría olvidado de que no había nacido en este viaje. De que hubo una vida anterior a esta. Sin William K habría terminado creyendo que había nacido entre esos arbustos, en los senderos que otros chicos habían recorrido antes que yo: como si nunca hubiera tenido una familia, nunca hubiera disfrutado de un hogar, nunca hubiera dormido debajo de un techo y hubiera comido hasta saciar el hambre. Como si nunca me hubiera acostado sintiéndome a salvo y seguro de lo que traería consigo el siguiente amanecer.

Cerré los ojos y me sentí feliz: aquel día, en la orilla del río, reunido con William K, mientras las nubes llegaban en intervalos perfectos, cargados de frescor, meciendo nuestro sueño con su compasiva sombra.

Pero por la noche los truenos pusieron fin a ese momento.

—¡Levantaos!

Dut nos gritaba. Dijo que la guerra se aproximaba. No nos informó de quién luchaba contra quién, ni de dónde se producía la lucha, pero oímos tiros a lo lejos, el zumbido del fuego de mortero. Así que no nos quedamos en aquel pueblo que, estoy seguro, quedó arrasado después de que empezaran los disparos. Nos fuimos cuando el sol enrojeció y se dispuso a ocultarse, y nos dirigimos directamente al desierto. Los del pueblo nos habían dicho que estábamos cerca de Etiopía, que lo único que nos faltaba era cruzar el desierto. Que en una semana nos encontraríamos en la frontera.

Primero dejamos todo lo que teníamos. Dut nos dijo que sería lo más seguro: si no teníamos nada, los bandoleros nos dejarían en paz. Dimos cuenta de la comida que habíamos encontrado o guardado y dejamos atrás todas las pertenencias que no podíamos llevar encima. Me comí unas semillas que había guardado en una bolsa que llevaba atada a la muñeca y muchos chicos se quitaron hasta la camisa. Maldijimos a

Dut por esta orden, pero no teníamos más elección que confiar en él. Siempre confiamos en Dut. En ese momento, nosotros éramos niños y él era Dios.

Caminamos durante toda la noche para alejarnos de la guerra, y de madrugada descansamos unas horas antes de ponernos de nuevo en marcha.

Aquellos primeros días la moral del grupo se mantuvo relativamente alta y anduvimos a buen paso. Los chicos creían que llegar a Etiopía era cuestión de días y la proximidad de nuestra nueva vida despertó al soñador que había en William K, que tejía el aire que nos rodeaba con el hermoso encaje de sus mentiras.

—He oído hablar a Dut y a Kur. Dicen que muy pronto llegaremos a Etiopía. En solo unos días. Pero tendremos problemas con la comida. Dicen que hay tanta comida que tendremos que dedicar medio día a comerla. Si no, se estropeará.

—Estás mintiendo, William —dije—. Cállate.

—No miento. Acabo de oírlo.

William K estaba a más de un kilómetro de Dut y Kur. William K no había oído decir nada a nadie. Pero prosiguió:

—Dut decía que tendremos que elegir entre tres casas. Nos enseñarán tres casas y tendremos que escoger una. Los suelos son de goma, como los zapatos, y las casas son frescas y limpias. Podremos elegir mantas, y tela de distintos colores para las camisas y los pantalones. La mayoría de problemas en Etiopía surgirán del exceso de opciones.

Intenté cerrar el paso a su voz, pero sus mentiras eran preciosas y le escuché en secreto.

—Allí nos esperan nuestras familias. Dut decía que unos aviones llegaron a Bahr al-Ghazal después de que nos fuéramos y llevaron a todo el mundo a Etiopía. Así que nos estarán esperando cuando llegemos. Deben de estar muy preocupados por nosotros.

Sus mentiras eran tan bellas que casi me hicieron llorar.

Pero no había ni agua ni comida. No estoy muy seguro de quién informó a Dut de que en el desierto encontraríamos comida y de que podríamos cruzarlo con una limitada cantidad de agua, pero se equivocó en ambos puntos. En unos días nuestro paso se volvió indolente y la locura empezó a cebarse en los chicos.

En la mañana del cuarto día desperté ante la sorpresa de que un chico llamado Jok Deng estaba meándose encima de mí. Fue de los primeros en perder la razón en el desierto. El calor era demasiado intenso y no habíamos probado bocado desde hacía tres días. Cuando desperté bajo la meada de Jok Deng, tiré de su pierna hasta derribarlo, mientras el pene seguía dibujando lazos de orina. Fui hasta el otro lado del círculo y volví a tumbarme, con el olor a orina metido en la nariz. Jok meaba cada día encima de alguien distinto. También estaba el caso de Dau Kenyang, que no podía ni responder cuando le llamaban y cuyos ojos se le hundieron tanto en el cráneo que



perdieron la luz. Abría la boca, pero no decía nada. Todos empezamos a reconocer el silencioso chasquido de sus labios al abrirse y cerrarse, sin que de ellos saliera nada.

William K fue el siguiente. Su locura se inició con una incapacidad de dormir. Permanecía despierto toda la noche, en el centro del círculo, dando patadas a diestro y siniestro. Era algo que molestaba pero que por sí solo no indicaba que William estuviera perdiendo sus facultades mentales. Pero luego empezó a arrojar arena a todos los chicos. Parecía llevar siempre un puñado de arena en la mano, y lo lanzaba a la cara de cualquiera que le hablara, refiriéndose a ellos con el nombre de su rematado enemigo de Marial Bai, William A.

Fui el primero en recibir el regalo de arena de William K. Le pedí prestado el cuchillo y me lanzó la arena. Se me metió en la boca y me escocía en los ojos.

—Disfruta del plato de arena, William A —dijo él.

Yo estaba demasiado fatigado para enojarme, para tener cualquier clase de reacción. Mis músculos estaban débiles, los calambres iban y venían. Me sentía bajo los efectos de un constante mareo. Todos hacíamos lo posible por caminar en línea recta, pero el equilibrio colectivo del que hacíamos gala era tan paupérrimo que parecíamos una procesión de borrachos, oscilantes y sin rumbo. El corazón parecía latir más rápido, de forma irregular, palpitando y estremeciéndose. Y la mayoría de chicos estaba aún peor que yo.

Solo comíamos lo que encontrábamos. El tesoro más buscado era un fruto llamado abuk. Era una raíz que podía arrancarse si el recolector veía su única hoja sobresaliendo del suelo. Algunos chicos demostraron ser expertos en esta búsqueda, pero yo no veía nada. Un chico podía salir zumbando en una dirección y empezar a cavar sin que yo hubiera distinguido nada. Cuando hubo suficiente para compartir, probé el abuk. Era amargo, insípido. Pero contenía agua y eso lo convertía en algo preciado.

Todos los días Dut nos mandaba de inspección a los árboles, si había árboles, en busca de cualquier cosa, aunque nos advertía que no nos alejáramos mucho.

—No os alejéis, ni os separéis del resto.

Según Dut, en aquella región moraban tribus capaces de secuestrar a chicos como nosotros. Los mataban o los usaban para atender el ganado.

Con suerte nos tocaba una cucharada de comida al día. Bebíamos tanta agua como nos cabía en las manos.

El quinto día empezaron las muertes.

—Fíjate en eso —dijo ese día William K.

Su mirada seguía los flacos dedos de los chicos que iban en fila delante de nosotros. Todos apuntaban hacia el cuerpo hundido de uno de nosotros, precisamente de nuestro tamaño, que no estaba ni a tres metros del sendero que seguíamos. Ese chico muerto pertenecía a otro grupo que nos llevaba unos días de ventaja. El chico iba desnudo, salvo por unos pantalones cortos rotos, y estaba apoyado en un árbol de

tronco fino, cuyos ramajes se doblaban sobre su cuerpo como si intentaran protegerlo del sol.

Kur no tardó en situarse entre la fila y el chico muerto para asegurarse de que todos seguíamos andando y no nos parábamos a observar el cadáver. Temía el contagio de cualquier enfermedad que hubiera contraído el chico, y en esos días difíciles cada momento era precioso. No cesaba de repetir que debíamos ponernos en marcha en cuanto despertáramos, porque cuanto más camináramos más pronto llegaríamos a algún lugar donde podríamos encontrar agua y comida.

Pero solo transcurrieron unas horas entre la visión del cadáver y el hecho de que uno de los nuestros también dejara de andar. Se limitó a sentarse en el camino; vimos que los chicos de delante lo rodeaban para pasar. William K y yo seguimos su ejemplo, sin saber qué otra cosa podíamos hacer. Dut se enteró por fin de que un chico se había parado y regresó a por él; le llevó auestas el resto de la tarde, pero luego supimos que gran parte de este tiempo ya estaba muerto. Murió en brazos de Dut y este solo buscaba un lugar apropiado para dejarlo.

A la tarde siguiente habíamos visto ocho cadáveres más en el camino, pertenecientes a grupos que iban por delante de nosotros, a los que se añadieron tres más de los nuestros. Ese día y en jornadas sucesivas, cuando un chico iba a morir lo primero que hacía era dejar de hablar. Se le secaba demasiado la garganta y hablar requería demasiado esfuerzo. Entonces los ojos se le hundían más, las sombras que los rodeaban se hacían más oscuras. No respondía a su nombre. Aminoraba el paso, sus pies se volvían torpes, y era de los chicos que descansaban más. Finalmente el chico agonizante encontraba un árbol, se sentaba apoyado en su tronco y se dormía. Cuando su cabeza tocaba el árbol, la vida que le quedaba se desvanecía y su carne volvía a la tierra.

La muerte se cobraba víctimas todos los días de un modo que ya nos resultaba familiar: con rapidez y contundencia, sin aviso previo ni exceso de ostentación. Para mí estos chicos eran caras, chicos con los que me había sentado a comer o a los que había visto pescando en el río. Empecé a preguntarme si eran todos iguales, si existía alguna razón que explicara por qué alguno moría mientras otro seguía vivo. Empecé a esperar muertes en cualquier momento. Pero había cosas que los chicos muertos habían hecho y que contribuían a su final. Tal vez habían comido las hojas que no debían. Tal vez eran perezosos. Tal vez no eran tan fuertes como yo, ni tan veloces. Era posible que no fuera solo el azar: que Dios se estuviera llevando a los débiles del grupo. Quizá solo los más fuertes debían llegar a Etiopía; quizá solo los mejores merecieran llegar a Etiopía. Esta era la teoría de William K. Había recobrado la cordura y hablaba aún más que antes.

—Dios está eligiendo quiénes van a llegar a Etiopía —dijo él—. Solo los más fuertes y los más listos podrán sobrevivir. En realidad solo hay espacio para la mitad

de nosotros. Solo para unos cien chicos. Así que morirán todavía más, Achak.

No podíamos llorar a los muertos. No había tiempo. Llevábamos diez días en el desierto, y o salíamos de él pronto o no acabaríamos nunca. Al mismo tiempo, la guerra se nos acercaba con creciente frecuencia. Durante el día veíamos helicópteros a lo lejos y Dut hacía lo que podía para ayudarnos a escondernos. A partir de ese día caminamos de noche. Fue durante una de esas caminatas nocturnas, mientras descansábamos unas horas, que creímos que un tanque había llegado para matarnos a todos.

Yo estaba dormido cuando oí un rumor en el suelo. Me incorporé y vi que no era el único despierto. Dos luces atravesaron la negrura de la noche.

—¡Corred!

No había ni rastro de Dut, pero Kur nos ordenaba que corriéramos. Yo confiaba en sus órdenes, así que busqué a William K, que ya no sufría insomnio y se hallaba lejos, profundamente dormido. Cuando se despertó y se levantó, ambos corrimos, tropezando en la noche, cercados por ruidos de vehículos y visiones de luces lejanas. Corrimos primero hacia las luces y luego nos alejamos de ellas. Había trescientos chicos corriendo en todas direcciones. William K y yo saltamos sobre chicos que se habían caído y sobre otros que se habían parado en los arbustos para esconderse.

—¿Paramos? —susurré mientras corríamos.

—No, no. Corre. No pares.

Seguimos corriendo, decididos a alejarnos lo más posible de las luces. Corríamos uno al lado del otro y presentí que avanzábamos en la dirección acertada. Los rumores amenazadores quedaban atrás y miré hacia mi derecha, donde antes había estado William K, pero ya no lo vi.

Me paré y lo llamé en un susurro. La noche viajaba llena de lamentos de chicos. Tendría que esperar a que amaneciera para saber lo que había sucedido aquella noche, quién gemía y por qué.

—¡Corre, corre! ¡Ya vienen!

Un chico pasó ante mí y lo seguí. Me dije que William K habría optado por esconderse. William K estaba a salvo. Seguí al chico, aunque no tardé en perderlo de vista a él también. Es difícil describir lo oscura que es la oscuridad que reina en el desierto.

Corrí durante toda la noche. Corrí porque nadie me había dicho que parara. Corrí escuchando mi propio aliento, fuerte como un tren, y corrí con los brazos extendidos para protegerme de la maleza y de los árboles. Corrí hasta que algo me detuvo. Había estado corriendo a toda velocidad y de repente me paré, atrapado cual insecto en la tela de una araña. Intenté liberarme pero noté un pinchazo. El dolor se extendía por todas partes. Unos dientes se me clavaban en la pierna y en el brazo. Caí inconsciente.

Cuando desperté estaba en el mismo sitio y la luz empezaba a atravesar el tejado desde el cielo. Me hallaba atrapado en una valla de alambres paralelos provista de espinos con forma de estrellas. La valla me había rasgado la camisa en dos puntos y una estrella se había alojado en mi pierna derecha. Desprendí la camisa y contuve el aliento mientras el dolor de la pierna empezaba a aclararse.

Me liberé, pero la herida de la pierna sangraba sin parar. La envolví con una hoja, pero era incapaz de andar y mantener la herida cerrada. El cielo se teñía de rosa y caminé en la dirección que, según supuse, habrían seguido los chicos.

—¿Quién anda ahí?

Una voz surgió de entre la maleza.

—Soy un chico —dije.

No se veía a nadie. La voz parecía salir del mismo aire de color rosa.

—¿Por qué vas hacia allí, y con la mano puesta en la pierna?

No me apetecía mantener una conversación con el aire, así que no dije nada.

—¿Eres un chico enfadado o un chico feliz? —preguntó la voz.

Apareció un hombre, de barriga redonda y provisto de un sombrero, una sombra azul que se recortaba sobre el cielo. Se me acercó despacio, como quien se aproxima a un animal atrapado. La voz del barrigón tenía un acento extraño, que apenas me permitía entender sus palabras. Como ignoraba cuál era la respuesta apropiada contesté a otra pregunta distinta.

—Voy con los chicos caminantes, padre.

El hombre se cernía sobre mí. Su sombrero lucía un estampado de camuflaje, como el del uniforme del soldado Mawein. Pero el camuflaje de este hombre era mejor: se fundía plenamente con el paisaje, con sus ocres y grises. Era de edad indeterminada, entre la de Dut y la de mi padre. En cierto sentido me recordó a este último: en sus hombros esbeltos y en la agilidad y decisión de sus movimientos. Pero el estómago de este hombre estaba lleno, más que lleno. Yo no había visto una barriga tan abundante desde el concurso de gordos de mi pueblo, un ritual anual que se perdió con el estallido de la guerra. Para ese acontecimiento hombres de toda la región se atracaban de leche durante meses y llevaban una vida tan sedentaria como podían. El ganador era el hombre más grande, el hombre que poseyera la barriga más impresionante. El concurso no resultaba viable durante la guerra civil, pero el hombre que tenía ante mí parecía un posible candidato.

—Déjame ver por qué te agarras la pierna —dijo él mientras se agachaba frente a mí.

Le mostré la herida.

—Ah, vaya. El alambre de espino. Tengo algo para eso. En casa. Ven.

Me fui con el hombre de barriga redonda porque estaba demasiado cansado para planear una huida. De repente vi su cabaña: parecía estar firmemente construida y se alzaba en medio de la nada. No había la menor señal de otros humanos por ninguna parte.

—¿Quieres que te lleve? —preguntó él.

—No. Gracias.

—Ah, ah, ah. Ya comprendo. Tienes tu orgullo. Eres uno de esos chicos que van hacia Etiopía para convertirse en soldados.

—No —repuse, convencido de que estaba equivocado.

—¿Los *jaysh al-ahmar*? —dijo él.

—No, no.

—Los *jaysh al-ahmar*, el Ejército Rojo... Sí. Os he visto pasar.

—No. Solo caminamos. Caminamos hacia Etiopía. Para ir al colegio.

—Al colegio y luego al ejército. Sí, creo que es lo mejor. Entra y siéntate un momento. Te curaré esa pierna.

Me paré un momento en la puerta de la robusta casa del hombre. Él no me conocía, pero creía saber algo de mí. Llevaba tiempo viendo pasar a chicos de mi edad y los llamaba Ejército Rojo, como había hecho Mawein. Había algo viscoso en aquel hombre y me dije que entrar en su casa era una idea peliaguda. Pero cuando a uno se le invita a una casa en Sudán, sobre todo si eres un viajero, cabe esperar que te ofrezcan comida. Y la perspectiva de ser alimentado superaba con creces cualquier duda que tuviera sobre mi seguridad. Entré en la penumbra de la gran cabaña y la vi. Dios, era la bicicleta. Parecía ser exactamente la misma. Juro que era idéntica: plateada, flamante, nueva, el mismo modelo que Jok Nyibek Arou trajo a Marial Bai. Esta, sin embargo, había sido despojada del plástico y por ello lucía aún más.

—¡Ah! Te gusta la bicicleta. Ya me lo imaginaba.

No pude hablar. Parpadeé.

—Coge esto.

El hombre me dio un trapo y fui a limpiarme la herida.

—No, no. Deja que lo haga yo —se ofreció él.

El hombre cogió el trapo y lo ató con fuerza en torno a mi pierna. El aullido de la herida quedó amortiguado y sentí ganas de reír ante la simplicidad de la solución.

El hombre me indicó que me sentara y eso hice. Permanecimos sentados durante un momento, evaluándonos mutuamente, y entonces vi que él poseía un rostro felino, de pómulos altos y pronunciados, y ojos grandes que parecían brillar de diversión en todo momento. Sus manos, apoyadas en su regazo y con las palmas hacia arriba, daban paso a dedos de notable longitud, con seis o más articulaciones cada uno.

—Eres la primera persona que entra en esta casa desde hace mucho tiempo —dijo él.

Asentí con seriedad. Deduje que aquel hombre de gran barriga había perdido a su esposa y a su familia. Sudán estaba lleno de hombres como él, hombres de su edad que estaban solos.

Con un movimiento rápido apartó la alfombra del suelo, revelando una puerta hecha de cartón y cuerda. La levantó y vi que debajo tenía un gran agujero lleno de

comida, agua y botellas con líquidos misteriosos. El hombre se apresuró a cerrar la portezuela de nuevo y recolocó la alfombra.

—Toma —dijo él.

Eché unas cuantas nueces en un plato.

—¿Para mí?

—¡Ah, ah, ah! Qué chico tan tímido. ¿Cómo puedes ser tan tímido? Estás demasiado hambriento para ser tímido. Come cuando tengas comida a mano, chico. Come.

Engullí las nueces a toda prisa, primero de una en una y luego a puñados. Era más de lo que había comido desde hacía semanas. Mordí, tragué y noté cómo la pasta de las nueces me fortalecía el pecho y los brazos, y luego me aclaraba las ideas. El hombre volvió a llenar el plato de nueces y seguí comiendo, aunque más despacio. Sentí la necesidad de tumbarme, y eso hice, pero seguí engullendo nueces, de una en una.

—¿De dónde la has sacado? —pregunté, señalando la bicicleta.

—La tengo, y eso es lo que importa. El Ejército Rojo, chico. ¿Has montado alguna vez?

Me incorporé y negué con la cabeza. El brillo de sus ojos se acentuó.

—Vaya. ¡Qué pena! Te habría dejado subir en ella.

—¡Pero sé hacerlo! —insistí.

Él se rió, echando la cabeza hacia atrás.

—El chico dice que sabe aunque no lo ha hecho nunca. Come algo conmigo y luego ya veremos lo que sabes o no sabes hacer, soldadito.

No sabría explicar por qué, pero me sentía muy cómodo en casa de aquel hombre. Me preocupaba pensar que el grupo reemprendería el camino cuando se elevara el sol, pero estaba comiendo y tenía que curarme la pierna, así que me planteé quedarme con aquel hombre, porque en su casa la muerte parecía improbable.

—¿Por qué estás aquí? —pregunté.

Él se repantigó en la silla y me lanzó una sonrisa; no parecía tener la menor intención de contestar a esa pregunta.

—¡Soy tan maleducado...! —Apartó de nuevo la alfombra, extrajo un contenedor de plástico y me lo pasó—. ¡Darte nueces sin ofrecerte nada que te ayude a tragarlas! Bebe.

Cogí el bidón y el frescor de su superficie hizo que un escalofrío surcara mis manos. Le quité el tapón blanco, lo dejé en mi regazo y acerqué el envase a mi boca. El agua estaba fría. Fantásticamente fría. No podía cerrar los ojos, apenas podía tragar. Bebí aquel agua helada y la sentí caer por la garganta, su frescor se extendió por debajo de mi piel y luego penetró en mi pecho, en mis brazos y en mis piernas. Era el agua más fría que había probado nunca.

Intenté formular otra pregunta.

—¿Dónde estamos?

El hombre volvió a guardar el envase en el agujero.

—Estamos cerca de una ciudad llamada Thiet. Por allí debía pasar tu grupo. Muchos grupos han pasado por Thiet.

—¿Vives en Thiet?

—No, no. Yo no vivo en ninguna parte. Esto no es ningún lugar. Cuando te vayas no sabrás de dónde sales. Insisto en que olvides este lugar ahora mismo. ¿Me entiendes? No estoy en ningún sitio, esto no es ningún lugar, y por eso sigo vivo.

Unos minutos antes me sentía agradecido hacia aquel hombre y me planteaba la posibilidad de preguntarle si podía quedarme con él por tiempo indefinido. Pero entonces decidí que aquel hombre había perdido la razón y que debía irme. Era raro que un hombre pudiera hablar como si fuera normal durante un buen rato y luego revelarse como un loco. Era como hallar un fruto podrido por debajo de una piel sin mácula.

—Debería volver con el grupo —dije, y me puse de pie.

La cara del hombre adoptó una expresión de alarma.

—Siéntate. Siéntate. Tengo más. ¿Te gustan las naranjas? Tengo naranjas.

Volvió a destapar el agujero y esta vez hundió el brazo hasta el hombro. Cuando lo sacó, su mano sostenía una naranja, redonda, perfecta y fresca. Me la dio y mientras yo la devoraba, él cubrió la cavidad subterránea con la alfombra.

—No vivo en ningún sitio, y deberías aprender una lección de esto. ¿Por qué crees que estoy vivo, chico? Estoy vivo porque nadie sabe que estoy aquí. Vivo porque no existo.

Cogió el envase con agua y lo devolvió al subterráneo.

—Ahí fuera todos se están matando, y a los que no se matan con armas y bombas, Dios intenta matarlos con malaria, disentería y otras mil cosas. Pero nadie puede matar a un hombre que no está, ¿no? Así que soy un fantasma. ¿Cómo se puede matar a un fantasma?

No supe qué replicar porque me parecía obvio que aquel hombre existía.

—Solo por mantener este contacto contigo ya me estoy buscando un sinfín de problemas. Te he dado de comer y te he visto la cara. Pero me siento seguro al saber que nadie debe de andar buscando a un chico como tú. ¿Cuántos hay como tú ahí fuera? ¿Miles?

Le dije que éramos tantos como podía imaginar.

—Así que no te echarán de menos. Cuando terminemos de hablar te enviaré con ellos pero no debes decirles dónde me encontraste. ¿Estamos de acuerdo?

Asentí. No me acuerdo por qué se me ocurrió preguntar a aquel hombre sobre el Qué, pero me pareció que si había alguien que tuviera una respuesta, aunque fuera solo una suposición, sería aquel tipo raro que vivía solo y había acumulado tantas cosas, e incluso prosperado, en medio de una guerra civil. Así que le pregunté.

—¿Disculpa? —dijo él.

Repetí la pregunta y le expliqué la historia. A pesar de que no la había oído nunca, el relato le gustó.

—¿Qué crees tú que es el Qué? —preguntó.

Yo no sabía qué pensar.

—¿El AK-47?

Negó con la cabeza.

—No lo creo, no.

—¿El caballo?

Volvió a sacudir la cabeza.

—¿Los aviones? ¿Los tanques?

—Por favor, para. No estás pensando bien.

—¿La educación? ¿Los libros?

—Creo que nada de eso es el Qué, Achak. Creo que deberías seguir buscando.  
¿Se te ocurre algo más?

Permanecimos un momento en silencio. Él notó mi decepción.

—¿Te apetece probar la bicicleta?

No pude expresar con palabras las ganas que tenía.

—No te lo esperabas, ¿eh, chico atento?

Hice un gesto de negación.

—¿Hablas en serio?

—Claro que sí. No sabía que te la ofrecería hasta que ya lo he hecho. Nunca me imaginé que le dejaría mi bicicleta a nadie, pero ya que te diriges a Etiopía y que tal vez mueras de camino, dejaré que la uses.

El hombre vio la cara que puse.

—No, no. Lo siento. ¡Era una broma! No vas a morir durante el camino. No. Sois muchos chicos y estarás a salvo. Dios os protege. Y ahora, con el estómago lleno de nueces, eres un chico fuerte. Solo bromeaba: es absurdo pensar que corres algún peligro. Absurdo. ¡Vas a estar bien! Y ahora te montarás en la bicicleta.

—Sí, por favor.

—Pero es la primera vez que lo haces.

—Sí.

El hombre de barriga redonda suspiró y se llamó a sí mismo imbécil. Sacó la bicicleta de la casa. El sol del exterior hacía centellear los pedales, la estructura brillaba. Me enseñó a sentarme y, mientras me acomodaba en el sillín, él mantuvo la bici en pie. Era la bicicleta más increíble nunca vista en Sudán y allí estaba yo, sentado en su lujoso sillín de cuero negro.

—Muy bien, ahora empujaré la bici para que se mueva. Tú tienes que empezar a pedalear. ¿Comprendido?

Asentí y las ruedas empezaron a girar. Iba demasiado rápido pero el hombre seguía sosteniendo la bicicleta, así que me sentí a salvo. Empujé los pedales, aunque estos parecían moverse por su cuenta.



—¡Dale, chico, dale!

El hombre corría junto a mí, entre jadeos, resoplidos y risas. Empujé los pedales, mis pies bajaron y luego subieron. Noté un vuelco en el estómago.

—¡Sí! Lo estás haciendo, chico. ¡Estás pedaleando!

Sonreí, miré al frente y traté de calmar el estómago, que amenazaba con devolver su contenido a la tierra. Tragué saliva, tragué saliva y mantuve la vista al frente, mientras ordenaba a mi estómago que se estuviera quieto. Me obedeció y eso me permitió pensar. ¡Estaba montando en bicicleta! Era casi como volar, pensé. Sentía la fuerza del viento en la cara. De repente, de forma inesperada, deseé que Amath pudiera verme. ¡Se habría quedado impresionada!

—Voy a soltarte —dijo el hombre.

—¡No!

Sin embargo, creí que podría hacerlo.

—¡Sí! Sí —insistió el hombre—. Te suelto.

Me soltó y se rió.

—¡Ya está! Sigue pedaleando, Ejército Rojo. ¡Mantente recto!

No podía ir en línea recta. En unos segundos la bicicleta se inclinó, la rueda giraba despacio y me caí, como los jinetes en Marial Bai, atrapado bajo el peso de la bici. La pierna fue a dar a una zona dura llena de tierra y raíces, y se me abrió la herida, más aún que antes. En cuestión de minutos volvía a estar en la cabaña del hombre de barriga redonda y él me curaba de nuevo la herida. Se disculpó muchas veces, pero le aseguré que la culpa era mía. Me dijo que lo había hecho bien para ser la primera vez y sonreí. Estaba seguro de que podría lograrlo si probaba de nuevo. Pero sabía que si no me reincorporaba al grupo los perdería definitivamente y que en ese caso quizá no me quedara otra solución que vivir con aquel hombre hasta el final de la guerra, llegara cuando llegara. Le dije que debía irme. Él no se mostró muy triste por perderme de vista.

—No le cuentes a nadie lo de la bicicleta, por favor.

Le aseguré que no lo haría.

—¿Me lo prometes? —dijo él.

Se lo prometí.

—Bien. Las bicicletas son un secreto en esta guerra. Las bicicletas son secretas, chico atento. Ahora vamos a devolvarte a tu ejército. Te llevaré con ellos. ¿De dónde venías?

La noche anterior me había parecido que corrí durante horas, pero nos reunimos con el grupo en mucho menos tiempo. Vi al grueso del grupo no muy lejos de la casa secreta del hombre. No había ni rastro de Dut, y aquella mañana nadie parecía preocupado por su ausencia, ni por mi desaparición. Pregunté qué había pasado y me enteré de que la escaramuza de la noche anterior había provocado la desaparición de

una docena de chicos. Tres habían caído en pozos; dos estaban muertos. Los centenares de chicos estaban dispersos e inquietos. Me despedí del hombre de barriga redonda y fui al encuentro de William K, que había hallado una gran lámina de plástico e intentaba doblarla para guardarla en el bolsillo. Incluso doblado una docena de veces el plástico seguía siendo tan grande como su torso.

—¿Hacia dónde corriste? —preguntó William K.

Señalé el camino por el que acababa de salir. William K había corrido en sentido opuesto, pero se había detenido poco después y se había escondido en las raíces de un baobab.

—¿Oíste lo que pasó? ¿Qué era aquel zumbido, las luces? —preguntó él.

Negué con la cabeza.

—Éramos nosotros. No era nada.

No se había producido ataque alguno. No hubo disparos, ni armas. Fue solo un Land Rover que surcaba la noche. Nadie sabía de quién era el coche, pero no pertenecía al enemigo. Tal vez fuera un vehículo de ayuda humanitaria.

Cuando llegó Dut, avanzada la mañana, y nos reunió a todos, estaba exasperado.

—No podéis salir corriendo cada vez que oigáis un ruido nocturno.

Estábamos demasiado perplejos para discutir.

—Anoche perdimos a doce chicos. Sabemos que tres han muerto porque cayeron en esos dos pozos. Demasiados chicos han caído en pozos. Es una mala forma de morir, chicos. Dios sabe dónde habrán ido a parar los demás.

Yo estaba de acuerdo en que caer a un pozo era una mala forma de morir, pero estaba seguro de que fue su lugarteniente, Kur, quien ordenó la desbandada nocturna. Pero en ese momento nada estaba claro. Una hora después de haber estado con el hombre de barriga redonda y su bicicleta ya ni siquiera estaba seguro de que hubiera sido real. No hablé con nadie de él.

La comida me había dado fuerzas, al igual que el secreto del hombre de barriga redonda, y sin embargo empezaba a convencerme de que me estaba muriendo. El corte de la pierna, el mordisco del alambre de espinos en el tobillo, era muy grande: un tajo en diagonal que iba de la rodilla a la mitad del gemelo. Sangró profusamente durante todo el día, e incluso William K admitió que eso podía significar que mi muerte estaba cerca. Según nuestra experiencia, muchos chicos con heridas grandes acababan muriendo. Aquel día, y algunos días más, los chicos no querían andar cerca de mí porque veían la herida y creían que la infección había echado raíces y me devoraba por dentro.

William K, al ver que yo estaba preocupado, intentó apaciguar mis temores.

—En Etiopía te curarán esa herida enseguida. Allí tienen los mejores médicos. Mirarás la pierna y te preguntarán: ¿Qué ha pasado? ¿Aquí no había una herida? Pero no la verás. Te la borrarán.

Sonreí, aunque ver a William K me sobrecogía. Era mi único espejo, y parecía muy enfermo. No podíamos vernos a nosotros mismos, así que para saber de mi propia salud confiaba en el aspecto de los demás en general, y de William K en particular. Comíamos lo mismo y éramos de complexión parecida, así que le observaba para hacerme una idea de lo delgado que debía de estar yo, de lo hundidos que debía de tener los ojos. Aquel día no tenía buen aspecto.

—De hecho, en Etiopía no hay enfermos —continuó William K— porque el agua y el aire allí son distintos. Es raro, pero cierto. La gente no cae enferma a menos que sean muy tontos. Y los médicos los ayudan de todos modos. Los médicos dicen: ¡Eres idiota por caer enfermo en un lugar donde no hay enfermos! Pero te voy a curar igual porque estamos en Etiopía y así son las cosas aquí. Oí que Dut lo decía la otra noche. Tú dormías.

William era un mentiroso redomado, pero sus mentiras me sentaban bien.

—¿Podemos descansar un segundo? —preguntó.

Me alegré de poder parar. En condiciones normales podíamos sentarnos el tiempo suficiente para reponer fuerzas sin perder de vista al grupo. Unos minutos después de ir viéndolos pasar, William y yo nos sentimos más fuertes y reemprendimos el camino.

—Hoy me siento distinto —dijo él—. Mareado.

Me cruzaban los huesos con cada paso y notaba una extraña comezón en mi pierna izquierda, un escalofrío punzante cada vez que el talón tocaba el suelo. Pero él me hizo sentir bien y le dejé hablar: de mi herida, de Etiopía, y también de lo fuerte que sería cuando fuera mayor. Era uno de sus temas favoritos y lo abordaba con profusión de detalles y una precisión científica.

—Seré un hombre muy grande. Mi padre no es muy alto, pero mis hermanos sí, así que seré como ellos, pero más alto aún. Es probable que llegue a ser uno de los hombres más altos de Sudán. Simplemente es así. No es algo que pueda elegir. Por lo tanto llegaré a ser un gran guerrero y podré llevar muchas armas a la vez. Y conduciré un tanque. A la gente se le saldrán los ojos de las órbitas cuando me vean. Mi madre estará orgullosa cuando estemos todos en casa para plantar cara a los baggaras. Defender la zona nos resultará fácil cuando tengamos armas. Mi hermano Jor es un tipo grande. Ya tiene dos esposas, a pesar de ser joven, así que aún tendrá más cuando consiga más cabezas de ganado. Pero lo tendrá porque es muy listo y sabe mucho de reses...

Yo iba andando, cabizbajo, siguiendo los pasos de William y escuchando su cháchara, de manera que tardé en percatarme de que todos los chicos se disgregaban y corrían hacia los árboles. Miré a derecha e izquierda y vi que corrían hacia ambos lados, y luego se subían a los árboles. Los que podían trepar, trepaban. Los que estaban más débiles se quedaban debajo, con la esperanza de que les cayera algo.

Los árboles estaban llenos de pájaros.

Corrí hacia un árbol vacío y me encaramé a él. Fui consciente de que me costaba más de lo habitual. William K me siguió y trepó detrás de mí.

—No puedo —dijo él—. Hoy creo que no puedo.

—Ya te los tiro yo.

En mitad del árbol encontré un nido con tres huevecitos en su interior. No esperé. Me comí dos encaramado al árbol. Me lo comí todo: la cáscara, las plumas de dentro. Lo devoré todo sin pensar. Me comí otro y luego me acordé de William K. Bajé de un salto y lo encontré recostado en el suelo, con los ojos cerrados.

—¡Despierta! —le dije.

Abrió los ojos.

—La carrera me ha mareado —dijo él—. No dejes que corra la próxima vez.

—No deberías correr la próxima vez.

—No, no. No te rías, Achak. Estoy agotado.

—Cómete un huevo. El sabor es asqueroso.

Otros chicos habían encontrado nidos con pajaritos recién nacidos y se los comieron, después de arrancarles las plumas que ya les habían salido. Se los comieron enteros: cabeza, patas y huesos. Kur escupía un pico cuando descubrí otro árbol, inexplorado.

—Te conseguiré uno. Quédate aquí, William.

Me sentí más fuerte. Corrí hacia el árbol más cercano y cuando ya estaba apoyado en sus ramas, disfrutando de otro huevo, oí el ruido. Era el sonido entrecortado y diáfano de un helicóptero. En cuestión de segundos todos habíamos descendido de los árboles y corríamos sin rumbo. No había a dónde dirigirse. Solo había árboles bajos, de ramas casi desnudas que ofrecían poca protección; el resto era todo desierto. Algunos chicos se quedaron donde estaban; en algunos árboles había una decena de chicos escondidos. Nos aferramos a las ramas, nos apoyamos en la corteza para dar la impresión de que formábamos parte de ella, apretamos brazos y cara contra su rugosa superficie. El ruido se hizo más fuerte y los helicópteros, tres, aparecieron en el cielo, negros y volando muy bajo. Los motores partían el aire y se cernían sobre nuestros árboles, pero no dispararon.

Poco después el ruido fue desvaneciéndose y los helicópteros desaparecieron.

Tanto para Dut como para el resto eso resultó aún más desconcertante que el bombardeo de los Antonovs. ¿Por qué acercarse tanto, y a un objetivo tan numeroso, y luego no abrir fuego? Nunca pudimos comprender la filosofía del ejército sudanés. Unas veces éramos dignos de sus balas y bombas, otras no.

Dut volvió a optar por avanzar de noche. De noche había menos helicópteros, de manera que aquella noche no descansamos. Dut creía que el refrigerio a base de huevos y pájaros nos había dado fuerzas suficientes para aguantar. De manera que

anduvimos toda la noche, sin parar, y al día siguiente dormimos hasta que volvió a anochecer.

—Hay más noticias de Etiopía —empezó a decir William K.

—Por favor, cuéntamelas —le dije.

—Sí: corre el rumor de que allí los sudaneses son muy ricos. Nuestra gente goza de gran respeto y se nos conceden todos nuestros deseos. Todos los dinkas pasan a ser jefes. Eso dicen. De manera que todos nos convertiremos en jefes y conseguiremos lo que se nos antoje. Cada uno de nosotros dispone de diez ayudantes que nos hacen la vida más fácil. Si queremos comida, ordenamos: «Tráeme esto» o «Tráeme eso», y ellos se apresuran a conseguirlo. Tampoco les cuesta tanto, porque hay comida de sobras. Pero adoran a la gente como nosotros. Creo que el lugar de donde vengas marca la diferencia. Como nosotros somos los que venimos desde más lejos, nos corresponde elegir dónde queremos vivir y nos asignan más criados. Tendremos veinte a nuestro servicio.

—Acabas de decir que eran diez.

—Sí, lo normal es que sean diez. Pero como nosotros venimos de más lejos, nos tocan veinte. Te lo acabo de decir, Achak. Hazme el favor de escuchar. Tienes que saber estas cosas o la gente de Etiopía se sentirá insultada. Lo único que me entristece es que Moses no esté aquí para verlo. Aunque quizá lo está. Quizá Moses ya haya llegado. Apuesto a que nos lo encontramos. Ha tenido más suerte: ha ido por otro camino más corto y nos está esperando.

Aunque me hallaba dispuesto a aceptar gran parte de las cosas que decía William K, sabía que Moses no estaba, ni estaría nunca, en Etiopía. El jinete le había dado caza y no cabían dudas sobre cuál había sido su destino.

—Sí —continuó William K—. Moses ya disfruta de todas esas cosas y debe de estar riéndose de nosotros. ¿Por qué tardáis tanto?, dice. Será mejor que nos apesuremos, ¿no crees, Achak?

La voz de William K sonaba alterada. Me alegré de que fuera de noche, de no tener que ver sus ojos hundidos, su estómago hinchado. Como me constaba que yo tenía la misma pinta, resultaba el doble de doloroso ver a William K y verme a mí mismo reflejado en William. La negra noche del desierto nos ahorraba la visión del sufrimiento y el aire era más fresco.

—Mira esto —dijo William K, cogiéndome del brazo.

A lo lejos el horizonte se elevaba y dibujaba una línea puntiaguda contra el cielo. Yo nunca había visto una cordillera montañosa, pero ahí estaba. William K estaba seguro de que eso significaba que el viaje tocaba a su fin.

—¡Eso es Etiopía! —susurró él—. No esperaba verla tan pronto.

William K y yo nos hallábamos en la cola de la fila y no podíamos preguntar dónde estábamos a Dut o a Kur. Pero las palabras de William tenían sentido. Ante nosotros se alzaba una gran silueta negra, mucho más grande que cualquier pedazo de

tierra que hubiéramos visto antes. Podía acoger a todos los elefantes del mundo. William K me rodeó el hombro con el brazo y seguimos andando.

—Cuando lleguemos a esa montaña estaremos en Etiopía —dijo él.

No pude disentir.

—Creo que tienes razón.

—Al final no ha sido tan terrible, Achak. No hemos andado tanto para llegar a Etiopía, ¿no crees? Ahora que estamos tan cerca, no ha sido tan malo, ¿verdad?

Estábamos cerca pero todo empeoraba. No llegamos a Etiopía ese día, ni al siguiente. Nos pasamos gran parte del día y de la noche durmiendo, porque ahora apenas podíamos andar; nos pesaban los pies, nuestros brazos parecían haberse desconectado del cuerpo. Se me había infectado la herida de la pierna y el único amigo que me quedaba era William K. Nadie quería estar cerca de mí, sobre todo después de lo del buitre. Una mañana desperté de una cabezada y me encontré con que una sombra obstaculizaba mi campo de visión, ocultando el sol. Al principio creí que me había metido en un lío con Dut, que me había dormido y que estaba a punto de ganarme una bronca. Pero entonces la figura alzó los brazos de repente y giró la cabeza, y comprendí que era un buitre. Saltó sobre mi pierna buena y empezó a inspeccionar la mala. Retrocedí y el buitre me siguió con un graznido. No me tenía ningún miedo.

Esto se convirtió en un problema para todos los chicos. Si permanecíamos demasiado tiempo en un lugar, crecía el interés por parte de los buitres. Dormir al sol durante más de una hora garantizaba la aparición de las aves carroñeras; teníamos que estar alerta, no fuera que comenzaran el festín mientras aún estábamos vivos.

Fue este día, después de zafarme del pájaro que quería comerme, cuando William K empezó a cambiar de aspecto. La cara se le llenó de marcas, círculos de un tono más claro que el de su piel. Se quejaba de calambres y de mareo general, pero también yo sufría ambas cosas. William K seguía hablando, y eso me hizo pensar que estaba tan fuerte como cualquiera de nosotros.

—Mira —dijo William K.

Seguí con los ojos la dirección que marcaba su dedo y vi un bulto oscuro delante de nosotros. Un buitre salió volando cuando nos acercamos. Era el cadáver de un chico un poco mayor que nosotros.

—¡Qué idiota! —exclamó William K.

Le dije que no debía hablar así de los muertos.

—¡Pero es idiota! Llegar tan lejos para morir aquí.

El paisaje estaba sembrado de cadáveres. Chicos, bebés, mujeres, hombres. A cada kilómetro veíamos cuerpos, de chicos y hombres, debajo de árboles, en los márgenes del camino. Poco después los cadáveres iban vestidos con uniformes del ELPS.

—¿Cómo puede morir así un soldado? —preguntó William K a Dut.

—No supo repartir el agua —dijo Dut.

—¿Estamos muy cerca, Dut?

—Ya llegamos. Estamos cerca de estar cerca.

—Bien, bien. La palabra «cerca» es una buena palabra.

Aquel día cruzamos el paraje más desolado de toda la caminata. El calor se intensificaba por momentos. Antes del mediodía el aire parecía transportar piel o pelo. Nuestro enemigo era el sol. Pero, a pesar de todo, mis sueños del esplendor de Etiopía ganaban en nitidez y detalle. En Etiopía tendría mi propia cama, como la que tenía el jefe de Marial Bai, rellena de paja y con una manta hecha de piel de gacela. En Etiopía habría hospitales y mercados donde se venderían toda clase de alimentos. ¡Caramelos de limón! Recuperaríamos el peso perdido y no tendríamos que pasarnos el día andando; algunos días no tendríamos que hacer nada. ¡Sillas! En Etiopía dispondríamos de sillas. Me sentaría en una silla a escuchar la radio, porque en Etiopía habría radios debajo de cada árbol. Leche, huevos... Habría comida en abundancia: mucha carne, nueces, venado. Podríamos bañarnos en agua limpia, y cada casa tendría un pozo, todos llenos de agua fresca para beber. ¡Agua fresca! Estaría tan fría que tendríamos que esperar para beberla. En Etiopía gozaría de una nueva familia: una madre y un padre que me abrazarían y me llamarían hijo.

Por delante vimos a un grupo de hombres sentado bajo la sombra de un pequeño dátíl del desierto. Eran once, dispuestos en dos círculos, uno dentro del otro. A medida que nos acercamos descubrimos que dos de los tres hombres estaban muy enfermos. Uno parecía muerto.

—¿Está muerto? —preguntó William K.

El hombre que se hallaba más cerca de William se abalanzó sobre él y le pegó en el pecho con el dorso de su huesuda mano.

—¡Tú también lo estarás a menos que sigas andando!

Los ojos amarillos del hombre centelleaban de rabia. Los demás no nos hicieron caso.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó William K.

—Lárgate —masculló el soldado.

—¿Le dispararon? —insistió William.

El hombre le lanzó una severa mirada.

—Muestra un poco de respeto, bicho desagradecido. ¡Estamos combatiendo por ti!

—Estoy agradecido —protestó William K.

El hombre soltó un bufido de desprecio.

—Créame, por favor.

Esas palabras suavizaron al hombre y, un momento después, creyó que William K estaba siendo sincero.

—¿De dónde eres, Ejército Rojo? —preguntó el soldado.

—De Marial Bai.

La expresión de su cara se relajó.

—¡Yo soy de Chack Chack! ¿Cómo te llamas?

—William Kenyang.

—Vaya, estaba seguro de que conocería a alguien de tu clan. Conozco a un tal Thiit Kenyang Kon, que debe de ser tu tío.

—Es mi tío. ¿Le has visto?

—No, no. Ojalá tuviera noticias para ti, pero me fui mucho antes que tú. Ahora no estás lejos. En unos días llegarás a Etiopía. Acabamos de volver de allí.

Estuvimos un rato sentados con los soldados; algunos chicos se alegraron al verlos, pero su presencia resultaba perturbadora. Esos hombres tenían armas y formaban parte de una unidad llamada El Puño, un nombre que a mis oídos sonaba lleno de fuerza. Pero, en cualquier caso, los hombres de El Puño estaban hambrientos, moribundos. ¿A qué clase de sitio nos dirigíamos, si unos hombres adultos provistos de armas habían preferido marcharse y pasar hambre para volver a Sudán?

El soldado muerto me turbó más que cualquier otra de las muertes que se habían producido durante el viaje, y la falta de confianza en nuestro destino afectó a mis pasos, volviéndolos lentos y vacilantes.

Si tomaba como referencia mi imagen reflejada en William K, aquel día tenía un aspecto terrible. Pómulos prominentes, ojeras azuladas. Tenía la lengua blanca y los huesos de la cadera se me marcaban en los pantalones cortos. Mi boca parecía llena de madera y hierba. Tragar saliva era una experiencia dolorosa. Los chicos caminaban con las manos en las gargantas, intentando suavizarlas con masajes. Seguimos andando, yo sin hablar. Aquella tarde fue muy lenta. El paso era cada vez más lento, no se parecía en nada al ritmo que llevábamos cuando partimos. Cubríamos muy poco terreno. Aquel día William K me pidió que nos detuviéramos bastantes veces.

—Será solo un momento —decía.

Nos deteníamos y William se apoyaba en mí, colocando la cabeza sobre mi hombro. Respiraba tres veces y afirmaba que ya estaba listo para seguir. No queríamos quedarnos atrás.

—Me cuesta tanto andar, Achak. ¿A ti también te cuesta?

—Sí. Sí, William. A todos nos pasa.

La tarde se enfrió y el aire era más fácil de respirar. Por la fila corrió la voz de que alguien había encontrado el cuerpo de un dik-dik. Habían alejado a los buitres e intentaban sacar algo de carne comestible de los huesos del animal.

—Necesito descansar otra vez —murmuró William K—. Deberíamos sentarnos un rato.

No estuve de acuerdo con la idea de sentarnos, pero antes de que pudiera decirlo William K ya había encaminado sus pasos hacia un árbol y se había sentado, con la



cabeza apoyada en el tronco.

—Tenemos que seguir —dije.

William K cerró los ojos.

—Necesitamos descansar. Descansa conmigo, Achak.

—Han encontrado un dik-dik.

—Qué bien.

Levantó la vista y me sonrió.

—Tenemos que conseguir un poco de carne. Se acabará enseguida, William.

Vi que le temblaban los ojos, sus párpados se cerraban poco a poco.

—Ya voy —dijo él—. Pero siéntate un momento. Esto me va bien. Por favor.

Me quedé de pie ante él para darle sombra y proporcionarle unos momentos de paz, y luego le dije que era hora de ponerse en marcha.

—Aún no —dijo él.

—Se acabará la carne.

—Ve tú a por ella. ¿Puedes traerme un poco?

Que Dios me perdone, creí que era una buena idea.

—Ahora vuelvo.

—Vale —dijo él.

—Mantén los ojos abiertos.

—Sí. —Me miró y asintió con la cabeza—. Necesito esto. Noto que me está ayudando.

Sus ojos se cerraron despacio y yo corrí en busca de la parte que nos tocaba del animal. Mientras tanto, la vida se escapó del cuerpo de William K y su carne regresó a la tierra.

Morir era más fácil ahora. Con Deng hubo una noche entre el Deng vivo y el Deng fallecido. Yo creía que la muerte siempre acontecía en esas largas horas de la noche. Pero en el caso de William K había sido distinto: él se limitó a detenerse, se sentó bajo un árbol, cerró los ojos y murió. Cuando volví con una ración mínima de carne para compartir con él su cuerpo ya estaba frío.

Conocía a William K desde nuestra más tierna infancia. Nuestras madres nos habían acostado en la misma cama cuando éramos críos. Juntos aprendimos a andar y a hablar. No podía recordar más de un puñado de días que no pasáramos juntos, que no hubiera corrido al lado de William K. Éramos simplemente amigos que vivíamos en el mismo pueblo y que esperábamos ser siempre chicos y amigos en él. Pero en estos últimos meses nos habíamos alejado tanto de nuestras familias, no teníamos casas, nos habíamos vuelto tan débiles que ya no nos parecíamos en nada a como éramos antes. Y ahora la vida de William K se había terminado y su cuerpo yacía a mis pies.

Me senté un rato a su lado. En mi mano, la suya recobró el calor y lo miré a la cara. Ahuyenté las moscas y me negué a levantar la vista; sabía que los buitres nos rodearían y sabía que no podría evitar que cayeran sobre William K. Pero decidí enterrarlo: lo enterraría aunque eso significara perder mi lugar en el grupo. Tras ver a los soldados de El Puño moribundos, ya no conservaba la menor fe en nuestro viaje o en nuestros guías. El curso de los acontecimientos parecía prefijado. Lo que había empezado debía continuar: caminaríamos y moriríamos hasta que no quedara ningún chico.

Cavé lo mejor que pude, aunque necesité frecuentes descansos; la actividad me provocaba vértigo y falta de aliento. No podía llorar; a mi cuerpo no le quedaba agua.

—¡Achak, ven!

Era Kur. Le vi a lo lejos, gesticulando. El grupo había vuelto a reunirse y estaba a punto de partir. Opté por no contar, ni a Kur ni a nadie, que William había muerto. Era mío, no quería que nadie lo tocara. No quería que me dijeran cómo enterrarlo, o cómo tapanlo, o que debía dejarlo donde estaba. No había enterrado a Deng, pero sepultaría a William K. Respondí a Kur con otro gesto y le dije que iría enseguida; luego reemprendí la tarea.

—¡Nos vamos, Achak!

El hoyo era mínimo y yo sabía que no serviría para cubrir a William K. Pero al menos mantendría a raya a esas aves carroñeras durante cierto tiempo, el suficiente para que yo no tuviera que verlas descender. Rellené el hueco de hojas, hice con ellas un cojín para apoyar su cabeza y para ocultar la tierra. Arrastré a William K al interior del agujero y le cubrí la cara y las manos con más hojas. Le doblé las rodillas y coloqué sus pies detrás de estas para ahorrar espacio. Sentí la necesidad de descansar de nuevo y me senté, embargado por la pequeña satisfacción de que, al final, había cabido en el agujero.

—¡Adiós, Achak! —gritó Kur.

Vi que los chicos ya se habían ido. Kur me esperó durante unos minutos y luego dio media vuelta.

No quería abandonar a William K. Quería morir con él. En ese momento estaba tan cansado, me dolían tanto los huesos, que sentí que podría dormirme como había hecho él, dormirme hasta que mi cuerpo se enfriara. Pero entonces pensé en mi madre y en mi padre, en mis hermanos y hermanas, y me descubrí invocando las míticas visiones de Etiopía pronunciadas por William K. El mundo era horrible, pero tal vez volviera a verlos. Eso bastó para que me incorporara de nuevo. Me levanté y escogí seguir andando, andar hasta no poder más. Terminaría de enterrar a William K y luego me uniría al resto.

No quería ver cómo el primer puñado de tierra caía sobre la cara de William, así que empujé la primera capa con el talón. Una vez hube cubierto su cabeza, eché más tierra y piedras, hasta conferirle el aspecto de una tumba de verdad. Cuando terminé, dije a William K que lo sentía. Le pedí perdón por no haber visto lo enfermo que

estaba. Por no haber hallado la forma de mantenerlo con vida. Por ser la última persona que él había visto en este mundo. Por no haberle dado la oportunidad de despedirse de su madre y de su padre, por ser yo el único que sabía dónde estaba su tumba. Comprendí que solo un mundo roto podía permitir que un chico como yo tuviera que enterrar a un amigo como William K.

Me reuní con el grupo, pero no hablaba y la tentación de abandonar era cada vez más fuerte. En cuanto veía los restos de una casa, o el hueco de un árbol, pensaba en parar, en rendirme y quedarme allí.

Seguimos adelante durante toda la noche, y a última hora de la mañana estábamos ya muy cerca de la frontera de Etiopía. La lluvia era un error. En esa época no cabía esperar lluvias en aquella zona de Sudán, pero llovió: llovió a cántaros durante gran parte del día. Bebimos las gotas de lluvia y recogimos el agua en los bidones que llevábamos a cuestas. Pero aunque la lluvia fue un regalo, no tardó en convertirse también en una maldición. Llevábamos meses pidiendo agua, pidiendo caminar sobre tierra húmeda, y en cambio ahora lo único que queríamos era suelo sólido y seco. Cuando llegamos a Gumuro podía decirse que no había ni un pedazo de tierra que no estuviera inundado, pantanoso. Pero había una zona más elevada y Dut nos condujo hacia allí.

—¡Tanques!

Kur fue el primero que los vio. Nos detuvimos y nos agachamos en la hierba. Yo no sabía si el ELPS disponía de tanques propios, de manera que al principio asumí que pertenecían a las fuerzas del gobierno de Sudán y que habían venido a matarnos.

—Este territorio debería estar tomado por el ELPS —dijo Dut mientras se encaminaba hacia el pueblo.

En el centro del pueblo había tres camiones militares. La ciudad había sido quemada hasta los cimientos y nos alegró ver a unos soldados del ELPS que salían de la parte trasera de un autobús. Dut avanzó con cautela.

—¡Bienvenidos, chicos! —nos gritó un soldado. Llevaba uniforme de faena y botas, pero iba sin camisa. Le sonreímos, convencidos de que nos alimentarían y cuidarían de nosotros—. Tenéis que irnos enseguida —añadió—. Marchaos, por favor.

Dut dio un paso al frente: insistió en que jugábamos en el mismo bando y en que necesitábamos comida y descansar en tierra seca hasta que amainaran las lluvias.

—No tenemos nada —replicó una voz débil. Era otro soldado, vestido únicamente con un pantalón corto. Presentaba el mismo aspecto que nosotros: desnutrido y derrotado.

—¿Esto no es territorio del ELPS? —preguntó Dut.

—Supongo que sí —dijo el segundo soldado—. No hemos sabido nada de ellos. Nos han dejado aquí para que muramos. Esta guerra está dirigida por idiotas.

Los soldados, los once que se hallaban en Gumuro, pertenecían a otro batallón perdido; un batallón que, a diferencia de El Puño, no tenía nombre. Esos hombres habían sido abandonados a su suerte en Gumuro, sin provisiones y sin medios de comunicarse con la comandancia de Rumbek o de ningún otro sitio. Dut explicó que no quería añadir más penalidades a las ya existentes, pero que tenía a su cargo a trescientos chicos que no podían andar durante toda la noche y necesitaban descansar.

—La verdad es que no me importa lo que hagáis —dijo el segundo soldado—. Limitaos a no coger nada. No hay nada que coger. Haced lo que queráis.

Así pues escogimos Gumuro como parada de descanso y nos dispersamos debajo de los camiones y a la sombra del tanque, nos metimos en cualquier lugar que nos resguardara de la lluvia. Al rato varios chicos se dispusieron a ir en busca de comida, o de pescado en los pantanos. El primer soldado, cuyo nombre era Tito, los instó a permanecer quietos.

—El suelo está sembrado de minas, chicos. No deambuléis por aquí. El ejército sudanés lo ha plagado todo de minas.

Los chicos no entendían el mensaje, así que intervino Dut.

—¿Todos sabéis lo que una mina puede hacerle a una persona?

Todos asentimos, aunque Dut no se quedó muy convencido. Nos hizo una demostración: se arrodilló en el suelo y pidió a un voluntario que fingiera pisarle la mano. Cuando este lo hizo, Dut imitó el sonido de una gran explosión, cogió al chico por el pie y lo tumbó de espaldas; el chico cayó con un golpe seco. El chico, con los ojos llorosos de rabia y de dolor, se levantó y fue a cobijarse debajo del autobús.

Los chicos no tardaron mucho en desobedecer. Docenas de chicos se dispersaron en todas direcciones. Muchos estaban hambrientos y decididos a encontrar comida. Tres se fueron hacia la maleza. Les pregunté adónde se dirigían, con la esperanza de que fueran a pescar y así unirme a su grupo. No me respondieron y caminaron colina abajo. Me senté debajo de un camión, con la cabeza apoyada sobre las rodillas, y pensé en William K y en las aves carroñeras que empezaría a sentir curiosidad por él. Pensé en Amath, en mi madre y en su vestido amarillo. Como estaba convencido de que no tardaría en morir, me dije que estaría bien que ella también hubiera muerto: así podríamos reunirnos. No quería tener que esperar para verla una vez muerto.

El ruido fue como el estallido de un globo. Seguido de un grito. No fui a investigar. No quería ver. Comprendí que los chicos habían topado con una mina. Muchos hombres se movieron para ayudar al muchacho. Llegó a mis oídos que uno de nosotros había perdido la pierna y que otros dos habían resultado muertos. Eran los chicos a quienes yo estuve a punto de seguir. El chico de la pierna amputada murió aquella misma tarde. En Gumuro no había médicos.

Algunos chicos descansaron pero yo decidí que no dormiría. No volvería a cerrar los ojos hasta que llegáramos a Etiopía. No me apetecía vivir, y al mismo tiempo estaba bastante seguro de que mi muerte era inminente. Había comido huevos del árbol, las nueces del hombre de la bicicleta; y aunque eso era más de lo que podían

decir muchos chicos, la herida de la pierna no se curaba y notaba cómo los insectos exploraban la grieta. Cuando estábamos en marcha, la masa de chicos que tenía delante se volvía borrosa y no discernía lo que decían sus voces. Tenía los oídos infectados, me fallaba la visión. Era un buen candidato para ser el siguiente en morir.

Después de que los soldados hubieron ayudado a Dut a encargarse de los cadáveres, uno de ellos me vio debajo del camión y se agachó frente a mí. La lluvia había cesado.

—Ven aquí, Ejército Rojo —dijo él.

No me moví. No es que sea maleducado por naturaleza, pero en ese momento me importaban muy poco tanto el soldado como sus órdenes. No quería colaborar en el entierro de cuerpos ni en cualquier otra tarea que me tuviera destinada.

—¡Es una orden, Ejército Rojo! —gritó.

—Yo no estoy en tu ejército —dije.

Con gesto rápido me agarró del brazo y de un tirón me sacó de mi escondite y me puso en pie.

—¿No estás con nosotros? ¿Esta no es tu causa? —preguntó.

Entonces vi que se trataba del soldado llamado Tito. Profundas cicatrices le surcaban la cara y las órbitas de sus ojos tenían un color amarillento, irritado.

Negué con la cabeza. Decidí que yo no era parte de nada. Ni siquiera formaba parte de esa marcha de chicos. Quería volver con el hombre de la bicicleta, con sus naranjas y el agua fría que tenía escondida.

—¿Prefieres morir aquí? —exigió Tito.

—Sí. —Incluso en ese momento me avergoncé de mi propia insolencia.

Tito me cogió con fuerza del brazo y me arrastró al otro lado del pueblo, hasta una pirámide de piernas y brazos; por detrás asomaban las piernas de un hombre. Las hojas ocultaban el resto de su cuerpo. Sus pies eran de color rosa, negro, blanco, y estaban cubiertos de gusanos.

—¿Ves a este hombre?

Asentí.

—Es un hombre muerto. Era un hombre como yo, de mi misma edad. Un tipo grande. Fuerte y sano. Derribó a un helicóptero. ¿Te lo imaginas, Ejército Rojo? ¿Un dinka derribando a tiros un helicóptero? Yo estaba allí. Fue un gran día. Pero ahora está muerto, ¿y sabes por qué? Porque decidió rendirse. ¿Quieres ser como este hombre muerto?

Estaba tan agotado que no pude reaccionar.

—¿Esto te parece aceptable? —gritó.

—Están muriendo todos —dije—. Nos encontramos a unos soldados moribundos de camino hacia aquí.

La noticia resultó una sorpresa para Tito. Quiso saber dónde los habíamos visto y cuántos eran. Cuando se lo dije, cambió de actitud: comprendió que no eran el único grupo de soldados perdido en el desierto, olvidado allí. Creo que saberlo volvió a darle fuerzas. Y verlo correr al autobús para comunicar el hecho a sus camaradas me devolvió las fuerzas a mí. Sé que es algo irracional.

A última hora de la tarde, mientras el azul del cielo se tornaba negro, nos dispusimos a dormir cuando una silueta se recortó en el horizonte. Dut le vio y se plantó en la entrada del pueblo, intentando distinguir quién era. La silueta resultó ser un chico.

—¿Es uno de los nuestros? —preguntó Dut.

Nadie contestó. Tito dormía a la sombra del tanque.

—¿Podría ser uno de los nuestros, Kur? —insistió Dut.

Kur se encogió de hombros.

Clavé la vista en el horizonte y descubrí que detrás de aquel chico iban apareciendo muchos otros, cientos de figuras. Me incorporé. Dut y Kur siguieron vigilando, con las manos en las caderas.

—Dios mío, ¿quiénes son?

Dut despertó a Tito y le preguntó si sabía algo de un grupo de chicos que se dirigía a Gumuro.

—No sabíamos nada de vosotros —dijo Tito con voz débil. Que le hubieran despertado le ponía de mal humor, pero parecía interesado en la masa de gente que se acercaba.

El grupo fue haciéndose más visible. Todos nosotros observábamos esta otra fila interminable de chicos. No tenía fin. La fila se ampliaba hasta acoger a cuatro chicos y enseguida aparecieron mujeres, niños de corta edad, hombres armados. Tito se puso nervioso.

—¿Qué coño es esto?

Era una riada de sudaneses en dirección a Gumuro. Parecían más fuertes y avanzaban a buen paso, decididos. Llevaban bolsas, cestas, maletas y sacos. Y lo más increíble de todo: un camión cisterna.

—Agua —dijo Tito—. Es el camión cisterna del ELPS.

—¿Un camión cisterna? —susurró Dut—. ¿Tenemos uno?

El grupo que surgía en el horizonte mojado ascendía a ochocientas personas, tal vez mil. Iban escoltados por unos cincuenta soldados, armados y saludables, que protegían a los caminantes. Los primeros empezaron a entrar en la ciudad. Dut estaba encantado. Vio la comida y el agua, y nos reunió a todos.

El primer soldado se plantó frente a Dut y Tito.

—¡Hola, tío! —dijo Dut. Estaba feliz, casi al borde de las lágrimas.

—¿Quiénes sois? —preguntó el nuevo soldado. Llevaba una gorra de béisbol y un uniforme completo.

—Somos un grupo de chicos —explicó Dut—. Como vosotros. Hemos llegado hace un rato. ¡Me alegro mucho de veros! ¡Tenemos tanta hambre...! Y no disponemos de agua limpia. Los chicos han tenido que beber de los charcos, en los pantanos. Al ver ese camión cisterna me he dicho que era un regalo de Dios. La necesitábamos tanto... Nos estamos muriendo, hemos perdido a muchos. ¿Cómo podríamos...?

—Daremos de comer a los soldados —dijo el rebelde recién llegado—, pero vosotros no deberíais estar aquí.

—¿En este pueblo? —Dut se mostró incrédulo. Le falló la voz.

—Venimos a tomar este pueblo. Traemos a mil personas.

—Bien, nosotros solo somos trescientos. Estoy seguro de que hay espacio. Y os juro que necesitamos ayuda. Hemos perdido a diecinueve chicos en el desierto.

—Tal vez sea así. Pero ahora tenéis que ir, antes de que llegue el resto de mi grupo. Son gente importante y estamos escoltándolos hasta Pinyudo.

Dut contemplaba la llegada del grupo. Entre la multitud había familias, adultos bien vestidos, pero también chicos, muchos chicos pequeños, muy parecidos a nosotros. La única diferencia era que este nuevo grupo venía mejor alimentado. Sus ojos no estaban hundidos, sus barrigas no estaban hinchadas. Llevaban camisetas y zapatos.

—Tío —insistió Dut—. Siento un gran respeto por vosotros y por vuestra misión. Solo pido que nos dejéis compartir la tierra esta noche. Está anocheciendo.

—Entonces será mejor que os mováis cuanto antes.

A medida que la postura del soldado quedaba clara, Dut se desesperó.

—¿Adónde? ¿Adónde nos vamos?

—No voy a dibujaros un mapa. En marcha. Aparta a esos mosquitos de nuestro camino.

Nos lanzó una mirada de disgusto: repasó con ella nuestros huesos visibles, nuestros ojos y nuestra piel cortada, nuestras bocas blancas.

—¡Pero, tío! ¡Somos iguales! ¿No somos iguales? ¿Acaso no estamos todos en el mismo bando?

—No sé en qué bando estáis.

—No puedo creerlo. Esto es absurdo.

El golpe que recibió en ese momento fue muy parecido al que se llevó mi padre en su tienda. Desvié la mirada. Dut yacía en el suelo: le sangraba la sien a consecuencia del culatazo. El soldado avanzó hacia él.

—Pues sí, doctor, es absurdo. Es una buena palabra. Y ahora largo de aquí.

El soldado levantó el arma y disparó al aire.

—¡Fuera de aquí, insectos! ¡En marcha!

Los nuevos soldados nos sacaron a golpes del pueblo. Los chicos caíamos ensangrentados. Corríamos. Corrimos sin parar, y creo que nunca he vuelto a sentir la misma furia. Mi ira era más intensa que la que había sentido contra los murahaleenes.

Nacía de comprender que incluso entre los desplazados seguía habiendo castas, y que nosotros ocupábamos el peldaño más bajo de la escala. No nos quería nadie: ni el gobierno, ni los murahaleenes, ni los rebeldes, ni los refugiados que se hallaban en mejor situación.

Nos detuvimos en un lodazal, a las afueras de Gumuro, donde intentamos dormir con el agua a la altura de los tobillos. Volvíamos a estar solos, formando un círculo, perdidos entre los ruidos de la selva, viendo las luces del camión cisterna que centelleaban a lo lejos.

Tardamos dos días más en llegar a Etiopía. Antes tuvimos que cruzar un afluente del Nilo, el río Gilo, ancho y profundo. La gente que vivía cerca del agua poseía botes, pero no nos permitieron usarlos. Nuestra única opción era cruzar a nado.

—¿Quién será el primero? —preguntó Dut.

A orillas del río había tres cocodrilos secándose al sol. Cuando los primeros chicos se metieron en el agua, los cocodrilos les imitaron. Los chicos salieron llorando del agua.

—Eh, tranquilos —dijo Dut—. Esos cocodrilos no nos atacarán. Hoy no tienen hambre.

Entró en el río y empezó a nadar; se movía con facilidad, sin sumergir la cabeza, sin que se le empañaran las gafas. Dut parecía capaz de todo. Al verlo en el agua algunos chicos rompieron a llorar. Esperábamos verlo desaparecer en cualquier momento. Pero él regresó a nuestro lado, intacto.

—Tenemos que hacerlo. Quien prefiera quedarse, que lo haga. Pero tan pronto como crucemos el río estaremos muy cerca de nuestro destino.

Intentamos discernir qué nos aguardaba al otro lado del río. Desde esa perspectiva, no se advertían grandes diferencias entre ambas orillas, pero confiábamos en que una vez hubiéramos cruzado el río todo sería distinto.

Eran pocos los que sabían nadar, así que Kur, Dut y los chicos que sí sabían iban llevando a los demás. Dos nadadores llevaban a un chico por viaje, de manera que tardamos bastante. Mientras eran transportados al otro lado, los chicos hacían gala de valor y calma, pero intentaban no hundir demasiado las piernas. Nadie murió aquel día en el río, pero esos mismos cocodrilos se acostumbrarían más adelante a comer carne humana.

Mientras aguardaba mi turno me asaltó un hambre voraz; hacía semanas que no la experimentaba de forma tan atroz. Tal vez fuera porque sabía que en aquel pueblo me esperaba comida de verdad y que debía existir la manera de conseguirla. Caminé de casa en casa, solo, tratando de idear un plan para obtener algo de comer, ya fuera a base de intercambios o robándolo directamente. No había robado nada en mi vida, pero la tentación era demasiado fuerte.

Oí la voz de un chico a mi espalda.



—¡Eh, tú! ¿De dónde eres?

Era de mi edad y no parecía muy distinto de nosotros, los dinkas. Hablaba una especie de árabe. Me sorprendió descubrir que lo entendía. Le dije que había venido andando desde Bahr al-Ghazal, pero eso no significaba nada para él. Bahr al-Ghazal no existía allí.

—Quiero tu camisa —dijo el chico.

Poco después apareció otro chico que parecía ser el hermano mayor del primero. Se me acercó y comentó que también él quería la camisa. Al momento cerramos el trato: les dije que les vendería la camisa a cambio de una ración de maíz y otra de judías verdes.

El chico mayor corrió a su cabaña y regresó con la comida. Les di la única camisa que tenía. Me reuní enseguida con el resto de chicos que esperaban junto al río. Otros habían hecho lo mismo que yo, y se disponían a dar cuenta de la comida conseguida. Desnudo salvo por los calzones, herví el maíz y me lo comí enseguida. Durante la espera para cruzar el río, los que aún no habían comido se dispusieron a intercambiar lo que tenían. Hubo quien vendió las prendas que le sobraban, o cualquier cosa que llevara encima: un mango, pescado seco, una mosquitera. Ninguno de nosotros sabía que a una hora de distancia se hallaba el campo de refugiados donde pasaríamos los próximos tres años. Cuando llegamos allí, a Pinyudo, maldije la decisión de cambiar la camisa por un puñado de maíz. Un chico vendió toda su ropa y se quedó totalmente desnudo: permaneció desnudo durante seis meses, hasta que llegó el primer envío de ropa usada procedente del otro confín del mundo.

A media tarde me tocó por fin cruzar el río. Había comido hasta saciarme. Dut y Kur, en cambio, parecían cansados. Se pasaron gran parte de mi trayecto tumbados de espaldas, dándome patadas sin querer, nadando despacio. Cuando llegué al otro lado fui a sentarme con los demás chicos. Descansamos y fuimos recobrando la calma. Por fin, al caer la noche, se acabaron las travesías. Les dimos las gracias por su ayuda y me situé al lado de Kur mientras este nos conducía hasta un claro a través de una arboleda.

—Ya estamos —dijo Kur—. Esto es Etiopía.

—No —dije, convencido de que bromeaba—. ¿Cuánto falta para llegar, Kur?

—Ya hemos llegado. Estamos aquí.

Recorrí el paisaje con la mirada. Parecía exactamente igual que el que habíamos dejado al otro lado del río, el lado que era Sudán, el lado del que veníamos. No había casas. No había hospitales. Ni comida. Ni agua potable.

—Esto no puede ser —dije.

—Claro que lo es, Achak. Ahora podemos descansar.

Ya había otros sudaneses adultos diseminados por los campos, refugiados que habían llegado antes que nosotros: estaban tendidos en el suelo, enfermos y

moribundos. Esta no era la Etiopía que yo buscaba. Estaba seguro de que aún nos quedaba un buen trecho.

No estamos en Etiopía, pensé. Este no puede ser el lugar.

## LIBRO SEGUNDO

Primero oigo su voz. Achor Achor está cerca. Habla por teléfono, en inglés. Con esa maravillosa voz aguda. Levanto la vista y reconozco su silueta al otro lado de la ventana. Las llaves arañan la puerta hasta insertarse en la cerradura.

Abre y deja caer la mano a un lado.

—¿Qué pasa? —pregunta en inglés.

Verle es demasiado. Albergaba el secreto temor de que no volvería a ver esa cara. Consigo emitir unos gemidos y gruñidos de gratitud antes de que se arrodille y me arranque la cinta de la boca.

—¡Achak! ¿Estás bien?

Necesito un momento para recuperarme.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —pregunta él.

—Me atacaron —digo por fin—. Nos han robado.

Se toma un largo minuto para hacerse cargo de lo sucedido. Sus ojos se posan en mi cara, en mis manos, en mis piernas. Pasea la mirada por la sala como si en algún rincón se agazapara una explicación mejor.

—¡Desátame! —le digo.

Enseguida va a por un cuchillo y se arrodilla a mi lado. Corta el cable telefónico que me oprime manos y pies. Empieza a hablar en dinka.

—¿Qué coño ha pasado, Achak? ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Le digo que llevo casi un día entero. Me ayuda a ponerme en pie.

—Vamos al hospital.

—No estoy herido —afirmo, aunque la verdad es que no lo sé a ciencia cierta.

Nos dirigimos al cuarto de baño y Achor Achor examina el corte bajo la potente luz. Lo limpia con cuidado, ayudándose de una toalla empapada de agua caliente. Durante el proceso acelera la respiración; luego vuelve a respirar con normalidad.

—Tal vez te hagan falta puntos. Vamos.

Insisto en llamar primero a la policía. Quiero que se encarguen del caso cuanto antes; estoy seguro de que preferirán seguir el rastro en caliente. Los asaltantes podrían no estar muy lejos.

—Te has meado encima.

—He estado un día atado. ¿Qué hora es? ¿Son más de las doce?

—La una y cuarto.

—¿Por qué has vuelto?

—He venido a coger dinero para esta noche. Tenía pensado ir a casa de Michelle en cuanto saliera del trabajo. Debo estar en la tienda dentro de diez minutos.

Achor Achor parece tan preocupado por su hora de entrada como por mí. Me dirijo al armario a buscar ropa limpia. Me doy una ducha y me cambio, e invierto en ello más tiempo del habitual.

—¿Estás bien? —pregunta Achor Achor después de llamar a la puerta del cuarto de baño.

—Me muero de hambre. ¿Tienes algo de comer?

—Bajaré a comprar.

—¡No! —Casi me caigo del retrete—. No te vayas. Comeré lo que haya en casa. No te marches.

Me miro al espejo. Se ha secado la sangre en la boca, en la sien. Salgo del cuarto de baño y Achor Achor me da medio sándwich de jamón que ha sacado de la nevera y ha calentado en el horno. Nos sentamos en el sofá.

—¿Estabas en casa de Michelle?

—Lo siento tanto, Achak. ¿Quiénes eran?

—Nadie conocido.

—Esto no habría pasado si yo hubiera estado aquí.

—Yo creo que habría dado igual. Míranos. ¿Qué habríamos hecho?

Discutimos el tema de llamar a la policía. Tenemos que hacer un repaso rápido de todo lo que podría implicar: ¿los documentos de inmigración están en orden? Sí. ¿Debemos alguna multa de aparcamiento? Yo debo tres; Achor Achor, dos. Calculamos si disponemos de suficiente dinero en el banco para satisfacer el total en caso de que la policía lo exigiera. Decidimos que así es.

Achor Achor hace la llamada. Explica lo sucedido: que me han asaltado y nos han robado. Se olvida de mencionar que el hombre iba armado, pero supongo que de momento no importa mucho. Cuando lleguen los coches patrulla dispondré de mucho tiempo para describir los acontecimientos. Me llevarán a comisaría a ver fotos de delincuentes que se parezcan a los que me han atracado. Por un instante me imagino testificando contra Tonya y Azul Pálido, señalándolos en medio de un juzgado repleto de gente airada. Caigo en la cuenta de que me enteraré de sus nombres completos, y de que ellos se enterarán del mío. Hacerles pagar por esto será muy satisfactorio, pero me obligará a mudarme de aquí, porque sus amigos sabrán dónde vivo. En Sudán un crimen contra una familia desemboca en una guerra sin cuartel, que abarca a clanes enteros, hasta que el asunto queda zanjado del todo.

Achor Achor y yo nos sentamos en el sofá, en silencio. La inminente llegada de la policía a nuestro apartamento nos genera una ansiedad creciente. No se me dan muy bien ni los coches ni la policía. Hace tres años que tengo coche y en ese tiempo he sufrido seis accidentes. El 16 de enero de 2004 me vi envuelto en tres accidentes en un período de veinticuatro horas. Todos fueron incidentes menores —en semáforos, calzadas y aparcamientos—, pero me hicieron cuestionar si una mano fantasmal se estaba divirtiendo a mi costa. Este año, en cambio, he pasado a los problemas con las grúas. Se me ha llevado el coche la grúa por dejarlo mal aparcado y por llevar la matrícula caducada. Esto último sucedió hace dos semanas y empezó cuando pasé por delante de un coche de policía al salir de un Kentucky Fried Chicken. Este me siguió, encendió las luces y me paré al instante. El hombre, blanco y muy alto, con los ojos

ocultos detrás de unas gafas de sol, se apresuró a decirme que podía meterme en la cárcel. «¿Quieres ir a la cárcel?», me preguntó de repente, en voz alta. Intenté decir algo. «¿Eso quieres?», me interrumpió. «¿Eso quieres?» Dije que no quería ir a la cárcel y pregunté a qué venía aquello. «Espera aquí», dijo él, y aguardé en mi coche mientras él volvía al suyo. Enseguida me enteré de que me había hecho parar porque llevaba el adhesivo de la matrícula caducado; necesitaba uno nuevo, de otro color. Al final me libró de ir a la cárcel —de hecho usó la expresión: «Voy a hacer la vista gorda esta vez, chaval»—, pero me obligó a abandonar el vehículo en la autopista, de donde se lo llevó una grúa.

—Creo que debo volver al trabajo —dice Achor Achor.

No respondo. Sé que está sopesando varias opciones. Sé que al final me acompañará al hospital, pero que antes necesita evaluar lo difícil que le resultará llamar a su encargado. Tiene la sensación de que podrían despedirlo cualquier día por cualquier motivo, y tomarse una tarde libre no es una decisión fácil.

—Podría contarles lo que ha pasado —dice él.

—No hace falta.

—No, los llamaré. Quizá me permitan recuperar las horas durante el fin de semana.

Llama, aunque la conversación no va del todo bien. Tanto Achor Achor como la mayoría de nosotros hemos aprendido las variadas y conflictivas reglas que rigen el mundo laboral aquí. Hay un componente estricto que nos resulta nuevo, pero que también es variable y poco equitativo. Cuando yo trabajaba en el almacén de telas, mi compañera parecía funcionar bajo reglas muy diferentes de las mías. Llegaba tarde todos los días y mentía sobre sus horas. Y mientras yo estaba presente no parecía hacer nada, dejando que yo —a quien llamaba su ayudante, aunque eso era totalmente falso— me ocupara de todo. A menos que me decidiera a denunciar su lamentable ética laboral, mi único recurso era trabajar el doble que ella por un tercio de su sueldo.

—Me pregunto si ponen en marcha las sirenas por algo así —musitó Achor Achor.

—Creo que sí.

—¿Crees que atrapan a esa clase de gentuza?

—Apuesto a que sí. Esos dos parecían delincuentes profesionales. Estoy seguro de que la policía los tiene fichados.

Pensar en Tonya y Azul Pálido perseguidos y atrapados me llena de gran satisfacción. Estoy seguro de que en este país no se toleran esta clase de cosas. Se me ocurre que será la primera vez que un agente de la ley actúe en mi nombre. La idea me confiere una fuerza no exenta de una leve sensación de vértigo.

Pasan diez minutos, luego veinte. Hemos confeccionado una lista de los artículos más importantes, pero ahora, como disponemos de más tiempo del que preveíamos, Achor Achor y yo iniciamos la tarea de anotar todo lo sustraído. Reunimos todos los

manuales de los electrodomésticos, por si la policía necesita los números de referencia. Esa información puede contribuir a que recobren los objetos robados, y también nos servirá para la compañía de seguros.

—Tendrás que volver a grabar todos los cumpleaños en la agenda del móvil — comenta Achor Achor.

Es uno de los escasos amigos que no se rió al saber que anotaba los cumpleaños de todos mis conocidos. A él le pareció una idea bastante lógica, dado que proporcionaba una sucesión de puntos notables en el largo transcurso de un año, momentos que te daban la oportunidad de apreciar a quién conocías, a cuánta gente tenías a tu lado.

Achor Achor se ha puesto a ordenar el apartamento: la lámpara, la mesa, los cojines del sofá que siguen en el suelo. Achor Achor es un hombre eminentemente práctico, capaz de organizarse sin esfuerzo. Termina los deberes un día antes de la fecha de entrega, porque así le queda tiempo extra para revisarlos. Cambia el aceite de su coche a los cincuenta mil kilómetros y conduce como si llevara al examinador sentado a su lado. En la cocina utiliza el utensilio adecuado para cada tarea. Anne y Gerald Newton, que son grandes aficionados a la cocina, a ver programas de televisión y a leer libros sobre el tema, nos regalaron un enorme juego de utensilios, cazuelas y otros objetos. Achor Achor sabe para qué sirve cada uno, los tiene ordenados y se esfuerza por encontrar el momento de usarlos. La semana pasada me lo encontré cortando cebollas con unas gafas puestas, unas gafas cuya correa llevaba la siguiente inscripción: LAS CEBOLLAS SON PARA LOS LLORONES.

Media hora después, Achor Achor empieza a plantearse que quizá la policía haya anotado mal la dirección. Abre la puerta para ver si hay algún coche patrulla en el aparcamiento; tal vez el agente se haya equivocado de piso. Le hablo del agente que estuvo aquí cuarenta minutos el día anterior, aunque sé que es un concepto que le resulta difícil de comprender. Achor Achor opta por volver a llamar a la policía. La respuesta es tajante: hay un coche en camino.

—Estoy maldito —digo. Es el pensamiento que cruza por las mentes de ambos—. Lo siento.

No se apresura a quitarme este peso de encima.

—No, no creo —miente él. No puede haber otra explicación para todo lo que me ha sucedido desde que llegamos a Estados Unidos. Solo cuarenta y seis refugiados tenían previsto viajar a Nueva York el 11 de septiembre, y uno de ellos era yo. He perdido a mi gran amigo Bobby Newmyer, Tabitha no está y ahora sucede esto. Lo cierto es que dan ganas de reírse. Y en el mismo momento en que se me ocurre, Achor Achor empieza a reírse. Sonríe; ambos nos entendemos a la perfección.

—Se han llevado hasta los relojes —dice él.

Achor Achor escogió mal conmigo. Hay tipos mucho peores, claro: sudaneses jóvenes demasiado interesados en divertirse, que se meten a todas horas en múltiples líos propios de la inmadurez. Yo no soy así, ni tampoco lo es Achor Achor. Pero no le

he traído buena suerte. Sentados en el salón, me cuesta mirarle a los ojos. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, y es probable que esta sea la situación más triste que hemos vivido juntos. Decido que somos patéticos. Él sigue trabajando en un almacén de muebles y yo asisto a tres clases de grado intermedio en la universidad. ¿Representamos el futuro de Sudán? Parece improbable. No con nuestra tendencia a atraer problemas, con la frecuencia en que caemos víctimas de la calamidad. Nos lo buscamos. Creo que vemos el mundo bajo un prisma equivocado. En Estados Unidos no conseguimos prever los problemas.

Han transcurrido cincuenta y dos minutos cuando alguien llama a la puerta.

Me dispongo a levantarme, pero Achor Achor me indica con un gesto que siga sentado. Va a abrir.

—¡Espera! —grito. No vacila. Por un momento he creído que podía ser Tonya. Él abre y se encuentra con una mujer menuda de origen asiático, con el pelo recogido en una coleta, que va vestida de uniforme solo a medias. No lleva gorra, los pantalones no hacen juego con la camisa. Achor Achor la hace pasar, sin dejar de mirarla con curiosidad manifiesta.

—Creo que han sufrido un incidente —dice ella.

Achor Achor cierra la puerta. Ella pasea la mirada por el salón sin ver la mancha de sangre del suelo. Sus pies rozan el borde. Achor Achor baja la vista hasta la mancha y ella le imita.

—Ajá —dice ella, y retrocede un paso—. ¿Quién de ustedes es la víctima? —pregunta, con las manos en la cintura.

Sus ojos van de mí a Achor Achor. Yo estoy sentado a un metro de ella, hay rastros de sangre en mi boca y en mi sien. Me presta toda su atención.

—¿Es usted la víctima? —me pregunta.

Achor Achor y yo respondemos afirmativamente a la vez. Él se levanta y señala mi rostro.

—Ha resultado herido, agente.

Ella sonrío, ladea la cabeza y lanza un profundo suspiro. Empieza a hacerme preguntas: cuántos, cuándo.

—¿Conocía a su asaltante? —pregunta.

—No.

Le relato los hechos acontecidos durante la noche y la mañana. Ella anota unas palabras en un cuaderno de tapas de piel. Es delgada, diminuta, morena y de altos pómulos, y los movimientos de sus manos se corresponden con su aspecto: son pulcros, suaves.

—¿Está seguro de que no conocía a esta gente? —pregunta de nuevo.

—No —repito.

—En ese caso, ¿por qué abrió la puerta?

Vuelvo a explicarle que la mujer necesitaba usar el teléfono. La agente niega con la cabeza. No le parece una respuesta convincente.



—Pero no la conocía.

Le digo que así es.

—¿Tampoco conocía al hombre?

—No.

—¿Nunca los había visto?

Le digo que vi a la mujer de camino a casa. Esto le resulta de interés. Escribe algo en el cuaderno.

—¿Tienen algún seguro? —pregunta ella.

Achor Achor dice que él sí y saca la tarjeta. Ella la coge y la mira con el ceño fruncido.

—No, no. Un seguro para inquilinos —dice ella—. Algo que cubra esta clase de situaciones.

Nos percatamos de que no tenemos nada parecido. Le digo que la mujer efectuó al menos una llamada desde mi móvil.

—Esto podría ser útil, señor Achor —dice ella, dirigiéndose a mí, pero no lo anota en el cuaderno.

—Achor Achor soy yo —dice Achor Achor—. Él es Valentino.

Ella se disculpa y comenta que nuestros nombres son interesantes. Lo ve como una puerta abierta hacia la inevitable pregunta sobre nuestros orígenes. Nos pregunta de dónde somos y se lo decimos. Sudán. Sus ojos relampaguean al oírlo.

—Esperen. Darfur, ¿verdad?

Es un hecho probado que la región de Darfur es ahora más conocida que el país en donde se halla. Le damos una somera explicación geográfica.

—¡Sudán, vaya! —dice ella mientras revisa la cerradura de la puerta principal—. ¿Qué están haciendo aquí?

Le decimos que trabajamos e intentamos ir a la universidad.

—¿Fueron parte del genocidio? ¿Víctimas de él?

Me siento, mientras Achor Achor trata de aclararle las cosas. Dejo que sea él quien se encargue de explicárselo, con la esperanza de que quizá eso la motive a abrir de nuevo el cuaderno y tomar más notas sobre el asalto. Achor Achor explica de dónde venimos y nuestra relación con la gente de Darfur, y es solo cuando menciona que hay residentes de esa región viviendo ahora en Atlanta que ella muestra cierto interés.

Llegaron un buen día a nuestra iglesia de Clarkston, agente. El sacerdote, el padre Ketachi Jangi, se fijó en los que ocupaban las filas traseras de la iglesia, y cuando nos volvimos, nuestros ojos se encontraron con ocho caras nuevas, tres hombres, tres mujeres y dos niños menores de ocho años, la mayoría con traje y ropa de vestir. El niño llevaba un suéter de los Carolina Panthers. Los saludamos entonces y al salir de la iglesia, sorprendidos de verlos con nosotros y curiosos por saber qué planes tenían. Los darfurianos, musulmanes en su mayoría, no tenían por costumbre mezclarse con los dinkas, y asistir un domingo a una misa cristiana era para ellos algo sin

precedentes. Históricamente los darfurianos se habían identificado más con los árabes que con nosotros, a pesar de que sus rasgos eran más parecidos a los nuestros que a los de la etnia árabe. Por nuestra parte, albergábamos hacia ellos sentimientos encontrados, complicados por el hecho de que la mayoría de Murahaleenes que asolaron nuestros pueblos eran de Darfur; tardamos bastante tiempo en saber que los que sufrían en el nuevo estadio de la guerra civil no eran nuestros opresores, sino víctimas como nosotros. Así que los dejamos en paz, y ellos hicieron lo mismo con nosotros. Pero ahora todo es distinto: las alianzas están cambiando.

Cuando Achor Achor termina el relato, la agente cierra el cuaderno con un suspiro.

—Bien —dice ella, y vuelve a mirar la mancha.

Me da un pedazo de papel del tamaño de una tarjeta de visita. En él dice HOJA DE RECLAMACIÓN. La coge Achor Achor.

—¿Esto significa que lo que le ha pasado es una reclamación? —pregunta Achor Achor.

—Sí —dice ella, casi con una sonrisa. Entonces se da cuenta de que el nombre que da al delito no nos sienta muy bien—. ¿Qué quiere decir?

Le digo que tener una pistola apuntándote a la cabeza parece algo más que una reclamación.

—Así es como definimos esta clase de casos —dice ella. Cierra el cuaderno. No ha escrito más de cinco palabras—. Ahora cuídense, chicos, ¿vale?

Se marcha, y no consigo que me importe. La sensación de derrota que me invade es absoluta. Durante los cincuenta minutos que esperamos la llegada de la policía hice acopio de tanta indignación y de tanta sed de venganza que ahora no sé qué hacer con esas emociones. Me echo en la cama y dejo que mi desolación empape las sábanas, el suelo, la tierra. No me queda nada. A nosotros, los refugiados, se nos felicita un día, se nos ayuda y se nos levanta la moral, pero en cuanto resultamos ser una molestia simplemente no nos hacen caso. Si tenemos algún problema es siempre por nuestra culpa.

—Lo lamento —dice Achor Achor. Se ha sentado en mi cama—. Deberíamos ir al hospital, ¿no crees? ¿Cómo te encuentras? ¿Te duele la cabeza?

Le digo que me duele mucho, que el dolor parece extenderse por todo el cuerpo.

—Entonces iremos —dice él—. Venga.

Achor Achor me lleva al hospital de Piedmont. Conduce mi coche y, a sugerencia mía, yo viajo detrás. Me tumbo, con la esperanza de que eso disipe el dolor de mi cabeza. Observo el cielo, los árboles desnudos que pasan junto a la ventanilla, pero el dolor lo único que hace es aumentar.

No es la primera vez que entro en este hospital. Poco después de llegar a Atlanta, Anne Newton me trajo a ver a un médico. Dijo que era el mejor hospital de Atlanta. Aquí operaron a su marido Gerald, a quien no conozco demasiado bien —es una especie de inversor que no siempre cena en casa—, cuando se fracturó el hombro practicando esquí náutico. Anne dijo que era el mejor, así que me alegro de estar aquí. En los hospitales puedo palpar el confort. Noto la experiencia, la habilidad, la educación y el dinero; los utensilios esterilizados, todo precintado y sellado al vacío. Mis miedos se evaporan en cuanto se abren las puertas automáticas.

—Vete a casa —digo a Achor Achor—. Esto puede llevar un rato.

—Me quedo —dice él—. Esperaré hasta que te llamen. Cuando termines me avisas y vengo a recogerte. Tal vez vuelva a trabajar, aunque sea por una hora.

Cuando nos dirigimos a recepción son las cuatro en punto de la tarde. Un afroamericano, de unos treinta años, vestido con una bata azul de manga corta, nos atiende en el mostrador. Nos observa con gran interés y una sonrisa de curiosidad se dibuja debajo de su poblado bigote. Mientras nos acercamos parece examinar las heridas que presento en la cara y la cabeza. Me pregunta qué ha pasado y le narro una versión resumida de la historia. Asiente y parece compasivo. Me embarga una gratitud casi irracional hacia él.

—Le atenderemos enseguida —dice.

—Muchas gracias, señor. —Extiendo la mano sobre el mostrador para estrechar la suya. Tiene la piel áspera y seca.

Me da una hoja prendida de una carpeta.

—Limítese a rellenar los espacios en blanco y... —Su mano traza una línea horizontal en el aire, desde su estómago hacia mí, mientras él cierra los ojos y sacude la cabeza como si dijese: esto es pan comido, no será nada.

Achor Achor y yo nos sentamos a rellenar los impresos. Enseguida llego a la línea que solicita el nombre de mi compañía de seguros y me paro. Achor Achor se muestra pensativo.

—Es un problema —dice, y sé que es verdad.

Tuve seguro durante dieciocho meses, pero he vivido sin él desde que empecé a estudiar. Gano 1245 dólares al mes; los gastos de estudios ascienden a 450 dólares y el alquiler a 425 dólares, y luego está la comida, la calefacción, tantas cosas... No había forma de encajar la cuota del seguro en la ecuación.

Relleno el formulario tan bien como puedo y lo devuelvo al mostrador. Leo su nombre en la bata: Julian.

—Puedo pagar en efectivo cualquier tratamiento —digo.

—No aceptamos efectivo —dice Julian—. Pero no se preocupe. Le atenderemos, con seguro o sin él. Como le he dicho: nada de agobios.

Vuelve a dibujar aquella línea horizontal en el aire y consigue tranquilizarme. Debe de ser capaz de recurrir a los resortes pertinentes. Se ocupará personalmente de que esto se lleve a cabo con rapidez y eficacia. Achor Achor sigue sentado cuando vuelvo del mostrador.

—Ha dicho que me atenderán de todas formas. Vete —le digo—. Deberías volver al trabajo.

—Tranquilo —dice Achor Achor sin levantar la vista de la revista que tiene en las manos; por alguna razón lee *Fish and Game*—. Esperaré hasta que te llamen.

Abro la boca para protestar, pero me reprimo. Lo cierto es que le quiero a mi lado, de la misma forma que él me quiso al suyo cuando se sacó el permiso de conducir y cuando fue a su primera entrevista de trabajo; de la misma forma que hemos querido contar con el otro en docenas de momentos distintos, cuando siendo dos nos sentíamos más fuertes y capaces que en solitario. Así que Achor Achor se queda: miramos la tele que cuelga del techo y yo hojeo una revista de baloncesto.

A los quince minutos me esfuerzo por disimular mi decepción. Quince minutos no suponen una espera excesiva para conseguir atención médica de primera clase, pero esperaba algo más de Julian. Siento la decepción —sé que es difícil de justificar pero no puedo evitarlo— de saber que ni Julian ni este hospital están lo bastante impresionados por mi herida como para lanzarme sobre una camilla y empujarla a velocidad de vértigo por pasillos y salas, entre órdenes proferidas a gritos. Por un instante se me ocurre la idea de que tal vez podríamos abrir de nuevo la herida de la cabeza, aunque fuera solo un poco.

Pasan veinte minutos, treinta, y nos ponemos a ver un partido de baloncesto de la liga universitaria que echan en ESPN.

—¿Crees que se debe al seguro? —pregunto en un susurro a Achor Achor.

—No —dice este—. Le dijiste que pagarías. Solo quieren asegurarse de que puedes pagar. ¿Le mostraste una tarjeta de crédito?

No se me había ocurrido. Achor Achor parece molesto.

—Bien, pues hazlo. Tienes la del Citibank.

Julian no se ha movido del mostrador desde nuestra llegada. He estado observando cómo rellenaba impresos, archivaba expedientes y atendía al teléfono. Voy hacia el mostrador y saco la cartera del bolsillo del pantalón cuando estoy frente a él.

Él prevé lo que voy a decir.

—Ya no falta mucho —dice, echando un vistazo a mi expediente—. Por cierto, ¿cómo dice su nombre? ¿El nombre propio es Deng?

—Mi nombre es Valentino; Deng es el apellido.

—Ah, Valentino. Me gusta. Siéntese un momento, si es tan amable, y...

—Disculpe —le digo—, pero me preguntaba si la demora en atenderme se debía a alguna duda referente a mi capacidad de hacer frente a los gastos.

Veo que Julian abre la boca, y decido que debo terminar antes de que me malinterprete.

—Y quería asegurarme de que está claro que puedo pagar. Sé que no aceptan efectivo, pero también tengo tarjeta de crédito. —Saco de la cartera la Citibank Gold—. Cubrirá los gastos. El pago está garantizado y dispongo de un crédito de dos mil quinientos dólares, así que no deben preocuparse de que me vaya sin pagar.

La expresión de su cara indica que he hecho un comentario culturalmente incorrecto.

—Nos ocupamos de todos los que vienen, Valentino. Lo establece la ley. No podemos rechazarle. Así que no hace falta que nos enseñe las tarjetas de crédito. Relájese, mire el partido del Georgetown; enseguida le haremos pasar a curas. —En ese momento esboza una sonrisa radiante, que muy pronto adopta un rictus de rigidez, señal inequívoca de que da el tema por zanjado.

Tras darle las gracias, vuelvo a mi asiento y se lo explico todo a Achor Achor.

—Ya te lo dije —afirma él.

—¿Me lo dijiste?

Suena un móvil y Achor Achor me hace señas de que deje de hablar. Es una persona verdaderamente exasperante. Responde y empieza a hablar en dinka. Es Luol Majok, uno de los nuestros, que ahora vive en New Hampshire y trabaja de conserje en un hotel. Se dice, aunque sobre todo lo dice él, que Luol Majok conoce Manchester como si hubiera nacido o se hubiera criado allí. Mantienen una conversación animada y salpicada de risas. Achor Achor me ve la cara y explica:

—Está en una boda.

En condiciones normales me interesaría saber quién se casa —no tardo en deducir que se trata de una boda donde ambos contrayentes son sudaneses, que se celebra en el gélido Manchester—, pero no consigo reunir entusiasmo suficiente para oír más detalles. Achor Achor empieza a explicar a Luol que estamos en un hospital, pero le hago un gesto de negación para que corte el rollo. No quiero que se entere Luol. No quiero que se entere nadie: les arruinaría la fiesta. Las llamadas no pararían. En cuestión de minutos los rumores me habrían situado postrado en una cama, a las puertas de la muerte, y nadie creería adecuado ponerse a bailar. Achor Achor no tarda en terminar y guarda el móvil en la funda que lleva prendida del cinturón. Al parecer en un día todos los sudaneses de Atlanta se han comprado una funda para el móvil.

—¿Te acuerdas de Dut Garang? —pregunta él—. Se casa con Aduei Nybek. Hay quinientos invitados.

En Sudán las bodas no tienen límite; nadie queda excluido, conozca o no a los novios. Todos pueden asistir, y los gastos, los discursos y las celebraciones no terminan nunca. Las bodas sudanesas son distintas en Estados Unidos, claro. No se sacrifican animales, por ejemplo, ni se examinan las sábanas inmaculadas en busca de rastros de sangre. Pero el espíritu se mantiene, y las bodas serán más frecuentes a partir de ahora. Los primeros Niños Perdidos están a punto de obtener la ciudadanía,

y cuando eso suceda se producirá una invasión de novias procedentes de Kakuma y Sudán; la población sudanesa de América se doblará en poco tiempo, y luego volverá a multiplicarse. La mayoría de hombres están listos para tener familia y no tolerarán objeciones por parte de sus nuevas esposas.

Achor Achor sigue hablando durante un rato y saluda a varios Niños Perdidos que conozco. No me apetece charlar con ellos. Hablar de bodas me hace pensar en Tabitha, en la boda que podríamos haber celebrado, y preferiría no recordarlo precisamente el día en que he sido atracado y apaleado.

Son las seis en punto, Julian. Llevamos dos horas en la sala de espera. Me sigue doliendo la cabeza, aunque el dolor es menos punzante. Esperaba ayuda por tu parte, Julian. No solo por tu ascendencia africana, sino porque el hospital está muy tranquilo, la sala de urgencias prácticamente vacía de pacientes, y soy el único hombre por aquí que presenta lo que, supongo, cabe calificar de heridas leves. No parece tan complicado atenderme y enviarme a casa. No me imagino para qué quieres tenerme aquí, mirándote.

—Ya no merece la pena volver al trabajo —dice Achor Achor.

—Lo siento.

—No pasa nada.

—¿No deberíamos llamar a Lino? Teníamos previsto verle esta noche.

Ambos estamos de acuerdo en llamar a Lino y solo a Lino. Achor Achor lo hace, y antes de informarle de dónde estamos insiste en que mantenga en secreto nuestro paradero.

—Viene hacia aquí —dice Achor Achor—. Ha pedido un coche.

La verdad es que no le veo el sentido a que venga, dado que estoy seguro de que me llamarán en cualquier momento y Lino tardará veinte minutos en llegar al hospital. Para colmo, digo en voz alta, es casi seguro que Lino se perderá, lo que le hará tardar el doble de tiempo. Pero en el caso improbable de que la espera se prolongue, Lino animará la sala con su presencia. Ha empezado a salir con mujeres que ha conocido a través de eHarmony.com, y tiene muchas historias que contar. Los relatos de sus citas, todas un fracaso, son muy entretenidas, pero la conversación no tardará en derivar hacia las bodas, y a los planes de Lino de volver a Kakuma a buscar esposa. Lino está a punto de emprender ese viaje, y ha depositado en él grandes esperanzas, aunque el proceso es complejo y cuesta una asombrosa cantidad de dinero.

Gabriel, el hermano de Lino de perenne sonrisa, emprendió ese viaje hace poco. No fue fácil. Gabriel llegó a Estados Unidos en 2002, pasó un año en el instituto y ahora trabaja en una planta de embotellamiento de cerveza situada a las afueras de Atlanta. El año pasado decidió que quería una esposa. Escogió buscar a su mujer en Kakuma, un método cada vez más popular entre los sudaneses exiliados en América.

Hizo correr la voz a través de los contactos que conservaba en el campo de refugiados —uno de sus tíos es un antiguo miembro del ELPS— de que planeaba casarse. Su tío inició la búsqueda en su nombre y fue enviándole fotos por internet. Gabriel conocía a algunas de las mujeres, a otras no. Gabriel prefería a una mujer de su región natal, el Alto Nilo, pero su tío le informó de que más bien escaseaban. Gabriel redujo la elección a cuatro mujeres, todas entre los diecisiete y los veintidós años. Ninguna asistía al colegio; todas trabajaban en casas de parientes en Kakuma. Y todas darían saltos de alegría ante la posibilidad de trasladarse a Estados Unidos como esposas de un Niño Perdido.

Los sudaneses de América son una especie de celebridad en Kakuma, y se rumorea que poseen fortunas incalculables. Y, en términos relativos, vivimos con cierta comodidad. Residimos en apartamentos calientes y limpios, poseemos televisores y reproductores de discos compactos. El hecho de que la mayoría de Niños Perdidos tengan coche es algo que los que siguen en Kakuma no pueden comprender, de manera que la posibilidad de casarse con uno de ellos resulta enormemente atractiva. Pero luego surgen los obstáculos. Tan solo diez años atrás habría resultado inaceptable que la mujer insistiera en ver una foto del futuro novio. ¿Una mujer inspeccionando a un hombre?

Pero ahora sucede, lo que me hace mucha gracia. Gabriel, un tipo muy decente aunque no precisamente guapo en un sentido convencional, perdió a dos de las posibles candidatas en cuanto se distribuyó su foto. Las otras dos, ambas de dieciocho años y amigas entre sí, parecían dispuestas a casarse con Gabriel aunque fuera un perfecto desconocido tanto para ellas como para sus familias. Entonces surgió el tema del precio de la esposa. Una de las mujeres, llamada Julia, vivía con unos quince parientes y era bastante atractiva: alta, bien formada, de cuello largo y ojos muy grandes. Su padre había muerto en Nuba, víctima de una granada, pero sus tíos se mostraban más que dispuestos a negociar el precio ya que ellos iban a ser los beneficiarios. Según la costumbre sudanesa, ninguna mujer puede recibir una dote, así que en ausencia del padre son los tíos los que entran en posesión del ganado.

De manera que el consorcio de tíos de la chica hacía tiempo que era consciente de que tenía una belleza entre manos y esperaba conseguir un buen precio por ella. La primera oferta que plantearon fue una de las más altas nunca oídas en Kakuma: doscientas cuarenta reses, que vienen a ser unos 20 000 dólares. Como es de suponer, un hombre como Gabriel, que cobra 9,90 dólares la hora en una fábrica de cerveza, había conseguido ahorrar como mucho 500 dólares en dos años. De manera que Gabriel esperó a oír la dote que pedían para la segunda opción: una chica muy dulce aunque de apariencia más corriente. Era más bajita que su rival, menos escultural, pero muy mona y, al parecer, muy hacendosa y bien dispuesta. Vivía con su madre y su padrastro, y sus demandas eran más razonables: ciento cuarenta vacas, es decir, unos 13 000 dólares.

A partir de ahí Gabriel tenía que pensárselo. Tampoco podía satisfacer este precio, pero en líneas generales son pocos los hombres que se hacen cargo solos del pago de la esposa; es un tema de alcance familiar, en el que colaboran tíos, primos y amigos. Gabriel acudió a sus parientes y amigos, tanto en Estados Unidos como en Kakuma, y llegó a la conclusión de que, contando con todos, solo alcanzaba a reunir el dinero para un centenar de reses: 9000 dólares. Una vez se hubo decidido por la novia menos cara, Gabriel transmitió su oferta a la familia de la chica en Kakuma a través de sus representantes. La rechazaron de plano sin proponer contraoferta alguna. Tendría que reunir las treinta vacas que faltaban o no habría novia. Apeló entonces a la única persona que conocía y creía capaz de satisfacer esa diferencia: un adinerado tío que aún vivía en Sudán. Gabriel efectuó una llamada vía satélite a Rumbek, un pueblo grande situado a un día de camino a pie de la aldea donde residía este tío en concreto. El mensaje era el siguiente: «Soy Gabriel, hijo de Aguto, y quiero casarme con una chica de Kakuma. ¿Puedes ayudarme? ¿Puedes proporcionarme treinta reses?» El tío en cuestión recibió el mensaje dos días después de que Gabriel lo mandara a Rumbek, y tres días más tarde llegaba la esperada respuesta: Gabriel recibió una llamada a Atlanta. Sí, el tío rico estaba dispuesto a aportar las vacas, y por cierto, ¿sabía Gabriel que su tío acababa de ser nombrado miembro del Parlamento en representación del distrito? El flujo de buenas nuevas circulaba en ambas direcciones.

De modo que se acordó el enlace, y ahora lo único que debía hacer Gabriel era lo siguiente: convertir el precio del ganado a chelines de Kenia; cerrar el acuerdo; encontrar un vuelo a Nairobi y pasaje a Kakuma; pasar tres meses tramitando el visado y un permiso de viaje para Kenia; una vez en Kakuma, conocer a la novia y a la familia de esta; visitar a todos sus parientes de Kakuma, llevándoles dinero, regalos, comida, joyas, zapatillas deportivas, relojes, iPods, tejanos Levi's de América; organizar la boda; celebrarla durante su estancia en Kakuma (en la iglesia luterana de techo de aluminio); y luego, a su regreso a Atlanta, iniciar el proceso para traer a su esposa a América. De entrada tendría que esperar dos años más, hasta que consiguiera la nacionalidad, y después empezar con el papeleo; y durante toda la espera, rezar para que la novia no cayera en la tentación de otros sudaneses o fuera violada por los turkanas cuando iba a buscar leña, porque si sucedía una de las dos cosas, ella ya no sería deseable y él habría perdido ciento treinta cabezas de ganado. Si se disolvía un matrimonio la devolución de la dote era un tema peliagudo.

Julian, yo no había ni pensado en el matrimonio cuando volví a encontrarme con Tabitha. Antes tenía que terminar la universidad, y para conseguirlo debía ahorrar dinero mientras asistía a clases de inglés en la facultad. Según mis cálculos me faltaban seis años antes de poder casarme con alguien, ya fuera sudanesa o de otro lugar. Así pues, cuando Tabitha me informó de que salía con otro hombre en Seattle, un ex soldado del ELPS llamado Duluma Mam Ater, la noticia no me hizo daño.



Sin embargo comenzamos a hablar. Charlamos al día siguiente de la primera conversación y a partir de entonces las llamadas no cesaron. Se infiltró en mi vida con gran aplomo. Me llamaba tres, cuatro, hasta siete veces al día. Llamaba por la mañana para darme los buenos días y a menudo también antes de acostarse. En muchos aspectos daba la impresión de que estábamos viviendo una especie de romance, pero lo cierto es que dedicábamos gran parte del tiempo de nuestras charlas telefónicas a hablar de Duluma. Yo no le había conocido en Kakuma. Había oído hablar de él: era un jugador de baloncesto de bastante renombre, pero aparte de eso todo lo que sabía de él era a través de Tabitha, que me expresaba las quejas que tenía de él, sus inquietudes, sus planes alternativos. Decía que era un hombre grosero. Que quería tratarla al estilo sudanés. Que no trabajaba y le pedía dinero. Yo escuchaba, daba consejos e intentaba disimular las ganas que tenía de que ella lo dejara.

Pero las tenía, porque me había enamorado profundamente de Tabitha en poco tiempo. Era imposible no hacerlo. Todas esas horas al teléfono, oyendo esa voz... te aseguro que cuesta describirla. Su musicalidad, la inteligencia y el ingenio que emanaban de ella. Hablaba con ella desde mi dormitorio, desde la cocina, desde el cuarto de baño, desde el patio del edificio. Parecía imposible que pudiera seguir saliendo con Duluma, porque se diría que nos pasábamos al menos seis horas al día al teléfono. ¿Qué rato le quedaba libre para Duluma?

—¿Te gustaría verme? —preguntó ella un día.

Y en ese momento supe que me estaba poniendo a prueba. Estaba lista para pasar de Duluma a mí, y antes quería ver si podía amarme en persona.

Dos semanas después estaba en Atlanta. Verla, descubrir la mujer en que se había convertido, fue una experiencia extraña. A todos los efectos era una mujer, una mujer de formas muy dramáticas. Abrió la puerta, sin esperarme, y al principio, aunque había venido a verme, por un instante dio la impresión de que no me reconocía. Habían transcurrido tres años desde la última vez que nos vimos en Kakuma. Más de tres años y muchos miles de kilómetros. Tras el primer momento de vacilación, la realidad de que era yo pareció caer sobre ella.

—¡Has engordado! —dijo, agarrándome de los hombros—. ¡Me gusta! —Notó mis nuevos músculos, el grosor de mi cuello. Muchos de los que me conocieron en el campo comentan el hecho de que mi cuerpo ya no parece el de un insecto.

Tan pronto como me cogió de los hombros, cuando nos miramos cara a cara —por difícil que fuera mirar de tan cerca una cara tan perfecta—, fuimos como marido y mujer. El hecho de que Tabitha pasara la noche aquí fue una fuente de gran fascinación para los sudaneses de Atlanta. En ese momento no era habitual que los sudaneses recibieran visitas femeninas en sus casas, sobre todo de mujeres de su país, y menos aún que estas se prolongaran noches y días. Esto sucedió antes de que Achor Achor conociera a su Michelle, y él se pasó gran parte del fin de semana encerrado en su cuarto, sin saber cómo manejar la situación. Para mí el fin de semana supuso también un punto de inflexión. Con Tabitha tan cerca durante tantas horas, despierta y

dormida, sentí que tenía todo lo que siempre había querido y que había empezado a vivir la vida que pretendía vivir.

El segundo día, en el sofá de casa, mientras veíamos *El fugitivo* —la eligió ella; yo la veía por tercera vez—, me dijo que había dejado a Duluma y que él se lo había tomado bastante mal.

En realidad él me llamó aquel fin de semana. Estaba muy nervioso. Me dijo que tenía que hablar conmigo, de hombre a hombre. Dijo que Tabitha era una puta. Que se había acostado con muchos hombres y que seguiría haciéndolo. Y mientras decía todo esto yo contemplaba a Tabitha, que estaba tumbada en mi cama leyendo un ejemplar de la revista *Glamour* que había comprado cuando salimos a desayunar. Dijo que Tabitha se había quedado embarazada. Embarazada de su hijo. Y que había abortado. Ella no quería al bebé y no quiso escucharle. A pesar de sus objeciones ella había matado al bebé. ¿Qué clase de mujer haría algo así? Está arruinada, dijo él, estéril. Entretanto yo veía a Tabitha tumbada boca abajo, en pijama, pasando lentamente las páginas, con los pies cruzados en el aire. La amaba más con cada palabra falsa e insultante que Duluma decía de ella. Colgué y fui hacia ella, me sumergí con ella en aquella mañana de pereza y sensualidad, y nunca le dije quién había llamado.

Achor Achor echa un vistazo a las revistas que hay en la mesita de la sala de espera. Encuentra algo de interés y me muestra una revista de actualidad cuya cubierta está dedicada a Sudán. Una mujer de Darfur, de labios resecos y ojos amarillentos, mira a la cámara en un gesto que muestra a la vez desesperación y desafío. ¿Sabes lo que quiere, Julian? Es una mujer que se encontró con una cámara ante sí y miró hacia el objetivo. No me cabe duda de que deseaba contar su historia, o parte de ella. Pero ahora que ha sido narrada, ahora que se han obtenido pruebas de los incontables asesinatos y violaciones o se han extrapolado los pocos casos denunciados, el mundo puede preguntarse cómo abordar la violencia de Sudán contra Darfur. Existen unos cuantos miles de soldados de la Unión Africana destinados allí, pero Darfur tiene el tamaño de Francia y sus habitantes preferirían disponer de tropas occidentales: se supone que están mejor entrenadas y que son menos susceptibles al soborno.

¿Esto te interesa, Julian? Pareces ser una persona bien informada y de talante compasivo, aunque seguro que tu compasión tiene un límite. Oyes la historia del ataque que he sufrido en casa y me estrechas la mano, me miras a los ojos y me prometes atención inmediata, pero luego me toca esperar. Esperamos a alguien: tal vez a médicos que se hallan al otro lado de cortinas y puertas, tal vez a burócratas instalados en remotos despachos. Esperamos a que decidan cuándo y cómo seré atendido. Llevas uniforme y trabajas desde hace tiempo en el hospital. Aceptaría que

me curaras, aunque no estuvieras muy seguro. Pero permaneces sentado, creyendo que no puedes hacer nada.

Achor Achor y yo echamos una ojeada al artículo sobre Darfur y vemos alguna mención de pasada al petróleo, al papel que ha jugado el petróleo en el conflicto de Sudán. Podemos afirmar que el petróleo no es la pieza central que explica lo sucedido en Darfur, pero Lino puede contarte el papel que jugó en su caso, Julian. ¿Sabes algo de esto? ¿Sabes que fue George Bush, padre, quien encontró los mayores pozos de petróleo bajo el suelo de Sudán? Sí, eso se dice. Fue en 1974, y por esa época el señor Bush era embajador de Estados Unidos en la ONU. El señor Bush era un hombre de petróleo, por supuesto, y al mirar unos mapas de Sudán trazados por satélite a los que tuvo acceso, o que le facilitaron sus colegas, barones del petróleo, se percató de que en la región había posibles yacimientos de oro negro. Habló de ello con el gobierno de Sudán, y se produjo la primera exploración significativa, que supuso el inicio de la relación con Estados Unidos, y, hasta cierto punto, el principio de la mitad de la guerra. ¿Habría durado tanto sin petróleo? No puede saberse.

Julian, el descubrimiento del petróleo sucedió poco después de que se firmara el acuerdo de Addis Abeba, el pacto que ponía fin a la primera guerra civil que había durado casi diecisiete años. En 1972, el norte y el sur de Sudán se reunieron en Etiopía y llegaron a un acuerdo de paz por el que, entre otras cosas, se accedía a repartir en partes iguales cualquier recurso natural del sur. Jartum había firmado dicho acuerdo, pero en ese momento creían que la única materia prima del sur era uranio. En Addis Abeba nadie sabía nada de petróleo, de manera que cuando este se halló, el desconcierto se apoderó de Jartum. Habían firmado un acuerdo por el que se comprometían a dividir todos los recursos en partes iguales... ¡Pero el petróleo no constaba en él! ¿Compartir el petróleo con los negros? ¡Ni hablar! Creo que fue terrible para ellos, y fue por aquel entonces cuando los miembros de la línea más dura de Jartum empezaron a pensar en cancelar el pacto de Addis Abeba y quedarse con el petróleo.

La familia de Lino vivía en la cuenca de Muglad, un área nuer situada cerca de la frontera entre norte y sur. Por desgracia para ellos, en 1978 Chevron encontró una gran reserva de petróleo allí, y Jartum, que había autorizado la exploración, rebautizó la zona usando la palabra árabe que significa unidad. ¿Te gusta ese nombre, Julian? Unidad implica entendimiento, pueblos que avanzan como si fueran uno solo. ¿No te parece de una ironía apabullante? Siguiendo con el chiste, en 1980 Jartum intentó alterar el trazado de la frontera entre norte y sur, para que los pozos petrolíferos quedaran en el norte. No se salieron con la suya, gracias a Dios, pero aun así había que hacer algo para eliminar del proceso a los nuers que residían allí, para separarlos del petróleo y asegurarse de que no se produjeran futuras interferencias por su parte.

Corría el año 1982 cuando el gobierno se tomó en serio la tarea de tratar con las familias que, como la de Lino, vivían sobre el petróleo. Entraron en escena los Murahaleenes, con sus armas automáticas, exactamente igual que más tarde harían en

Marial Bai. La idea era echar a los nuers y que las reservas de petróleo quedaran bajo la protección de los baggaras o de fuerzas de seguridad privadas; de paso se sofocaba cualquier intento de revuelta rebelde. Así que llegaron los murahaleenes, como siempre, con sus pistolas, sus asaltos y su violencia al azar. En esa primera ocasión no fueron muy duros. Era un mensaje dirigido a los nuers que vivían en la zona del petróleo: marchaos y no volváis.

La familia de Lino no se fue del pueblo. No captaron el mensaje o prefirieron no hacerle caso. Seis meses más tarde el ejército sudanés hizo una visita al pueblo para enfatizar la sugerencia. Se ordenó a los nuers que partieran ya: que cruzaran el río y se dirigieran al sur. Se les dijo que sus nombres quedarían registrados, que se les compensaría por las tierras, casas, cosechas y posesiones que tuvieran que abandonar en su marcha. De manera que aquel día la familia de Lino, como todas las del pueblo, dio su nombre a los soldados y estos se marcharon. Pero los nuers no se movieron. La familia de Lino era testaruda, Julian, como lo son muchos sudaneses. Estoy seguro de que has oído hablar de los mil sudaneses de El Cairo, los que fueron pisoteados. Sucedió no hace mucho. Un millar de sudaneses ocuparon un pequeño parque de El Cairo exigiendo la ciudadanía o un permiso para viajar a otras naciones. Pasaron los meses, no se iban; nadie podía convencerlos de que cesaran la protesta si no se les satisfacían las demandas. Los egipcios creen que no es problema suyo, y el parque ocupado por los sudaneses se ha convertido en una llaga, un lugar insalubre. Por fin el ejército egipcio toma cartas en el asunto y acaba con el asentamiento. La operación se salda con veintisiete sudaneses muertos, entre ellos once niños. Son testarudos, los sudaneses.

De manera que la familia de Lino se quedó. Ellos y cientos más decidieron no moverse de sus casas. Como era de esperar, un mes después un regimiento de milicianos y soldados del ejército se presentó en el pueblo. Entraron sin algarabía, igual que habían hecho la vez anterior, cuando fueron a anotar los nombres de las familias. No dijeron nada a nadie; una vez situados, abrieron fuego. Dispararon contra diecinueve personas en el primer minuto. Clavaron a un hombre en un árbol y arrojaron a un niño dentro de un pozo. Mataron a treinta y dos en total, y luego se montaron en sus camiones y se fueron. Ese día los supervivientes del pueblo recogieron sus pertenencias y huyeron en dirección al sur. Hacia 1984, el pueblo de Lino y los de los alrededores, todos los que se hallaban sobre el petróleo, estaban libres de nuers, y Chevron pudo empezar las excavaciones.

—¡Eh, enfermo!

Ha llegado Lino, vestido con un traje de milrayas y con tres cadenas de oro colgadas del cuello. Dios nos ayude, pero hay una tienda de ropa en Atlanta que se está convirtiendo en la favorita de la mayoría de sudaneses. Julian levanta la vista de la lectura, divertido por el aspecto de Lino, y muestra cierto interés al oírnos cambiar de idioma, de inglés a dinka, en cuestión de un segundo. Mi mirada se cruza con la suya y él vuelve a concentrarse en el libro.

Son las siete. Llevamos más de tres horas allí.

Lino se deja caer en una de las sillas y se apodera del mando a distancia. Mientras zapea a toda prisa pregunta por qué estamos tardando tanto. Intentamos explicárselo. Pregunta si tengo seguro y le digo que no, pero que me he ofrecido a pagar en efectivo o mediante tarjeta de crédito.

—No funcionará —dice Lino—. No se fían de ti. ¿Por qué iban a hacerlo? Creen que no puedes pagar y esperarán a que te canses y te vayas. Creo que deberías idear la forma de asegurarles que vas a pagar.

Que yo sepa, Lino no tiene más experiencia que yo en estos casos, pero sus palabras vuelven a sembrar la duda en mí. Dudo de Julian, de este hospital y de las posibilidades de conseguir tratamiento aquí.

—Llama a Phil. O a Deb —dice Achor Achor, refiriéndose a Deb Newmyer, la viuda de Bobby. Ya se me había ocurrido. Podría haber llamado a Phil, pero a estas horas de la noche, con los niños pequeños, no es una opción. Sé que los gemelos se acuestan a las siete; yo mismo los he acostado. Podría llamar a Anne y Gerald Newton, pero me lo pienso. Se preocuparían demasiado. Se presentarían al instante en el hospital, acompañados de Allison. No quiero que interrumpen su vida por mí. Solo quiero una llamada. Quiero que alguien que conozca el funcionamiento del sistema en esta clase de situaciones haga una llamada y nos explique las cosas a Julian y a mí. Deb vive en California y es probable que esté en casa. Marco el número de su casa; Billi, la benjamina de la familia, contesta al teléfono.

—¡Valentino! —dice la niña.

—Hola, amiguita. —Le pregunto por las clases de natación. La llevé a la piscina unas cuantas mañanas y me senté en el suelo mientras hacía sus primeros intentos de estilo libre. Le daba miedo hundir la cabeza y ver el suelo refractario de la piscina. Le sonreí, intentando transmitirle confianza, pero no funcionó. Se pasó toda la clase llorando y ahora no quiere hablar del tema.

Deb se pone al teléfono poco después. Le cuento una versión más larga de la historia. Deb, que lleva varios años trabajando en Hollywood y ha participado en una serie de televisión llamada *Historias increíbles*, se muestra incrédula. Dice que soy como el pastor que anunciaba la llegada del lobo, salvo que en mi caso el lobo siempre aparece de verdad. Deb me pide hablar con el hombre de recepción. Siento una punzada de orgullo cuando le paso el teléfono a Julian. Él responde con una mirada de soslayo.

—¿Quién es? —me pregunta.

—Es una patrocinadora. Llama desde Los Ángeles y quiere informarse de la atención que estoy recibiendo.

Julian hace una mueca y se lleva el teléfono al oído. Él y Deb hablan durante unos minutos; en ese tiempo la cara de Julian adopta una sucesión de expresiones que van del disgusto a la ironía. Cuando terminan de hablar él me devuelve el teléfono.

—Dice que disponen de poco personal —dice Deb—. Le he gritado, pero no sé qué más hacer. Ojalá pudiera ir a resolver esto, Val.

Le pregunto cuánto tiempo cree ella que tendré que esperar.

—Bueno, el tipo dice que te llamarán en cualquier momento. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Le digo que casi cuatro horas.

—¿Qué? ¿Está muy lleno? ¿Es una especie de manicomio?

Le digo que el lugar está tranquilo, muy tranquilo.

—Escucha, si no te han atendido en media hora vuelve a llamarme. Si no has visto a un médico me pondré seria con esa gente. Sé cómo hacerlo.

Le doy las gracias a Deb; presiento que su intervención ha servido de mucho. Ella exhala el suspiro intenso que le he oído tantas veces. Deb es una mujer enérgica, pero según ella la relación conmigo ha supuesto una dura prueba para su optimismo natural.

—La verdad es que no sé qué tiene Dios en tu contra, Valentino —dice ella.

Nos quedamos con ese pensamiento durante un momento. Ambos sabemos que esconde una pregunta que aún no ha sido contestada.

—Llama cuando tengas un diagnóstico —dice ella—. Si es algo grave te trasladaremos hasta aquí y te llevaré a mi médico. Pero no creo que sea nada. Llámame en cuanto sepas algo.

Este es el país de Deb: si ella afirma que me atenderán, que la espera no tiene nada que ver con el dinero o el seguro, la creo.

Me dirijo a la sala de espera a reunirme con Lino y Achor Achor, que vuelve a estar al teléfono, charlando con algunos asistentes de la boda de Manchester. Entre los gritos procedentes del teléfono y el hecho de haber tenido que dar explicaciones a Deb, el malhumor de Julian es ahora palpable. No quiero ser una molestia para él, ni para Deb, ni para nadie. Quiero ser independiente y moverme por el mundo sin tener que hacer preguntas. Pero por ahora aún tengo demasiadas, y eso resulta frustrante para alguien como Julian, que cree conocer las respuestas y conocerme a mí. Pero, Julian, la verdad es que aún no sabes nada de nada.

El viaje hasta Etiopía no fue más que el principio, Julian. Habíamos caminado durante meses a través de desiertos y marismas, menguando en número día a día. La guerra afectaba a todo el sur de Sudán, pero nos habían dicho que en Etiopía estaríamos a salvo y tendríamos comida, camas, colegio. Admito que durante el camino di rienda suelta a mi imaginación. A medida que nos acercábamos a la frontera mis expectativas contemplaban la posibilidad de disfrutar de una casa para cada uno, nuevas familias, cristal, cascadas, cuencos llenos de relucientes naranjas dispuestos sobre limpios manteles.

Pero cuando llegamos a Etiopía, la realidad era muy distinta.

—Ya estamos —dijo Dut.

—No puede ser esto —dije yo.

—Estamos en Etiopía —dijo Kur.

Parecía igual. No había edificios, ni cristal. No había cuencos llenos de naranjas dispuestos en manteles limpios. No había nada. Un río y poco más.

—Tenemos que habernos equivocado de sitio —dije de nuevo. Lo repetí muchas veces en los días siguientes. Los otros chicos se hartaron de oírlo. Algunos creyeron que había perdido la cabeza.

Debo admitir que al entrar en Etiopía sí hallamos cierta seguridad y pudimos descansar. Nos permitieron parar, lo que era extraño. Resultaba extraño no tener que andar. Aquella primera noche dormimos donde habíamos pasado el día. Yo estaba acostumbrado a caminar durante todo el día, a no parar ni de noche o a partir al amanecer, pero allí no nos movimos cuando salió el sol. Había chicos diseminados por toda la zona, y para algunos lo único que quedaba por hacer era morir.

Los gemidos llegaban desde todas partes. En la quietud de la noche, entre el zumbido constante de grillos y ranas, los gritos y sollozos planeaban por el campamento cual vientos de tormenta. Era como si muchos chicos hubieran estado aguantando hasta que llegara el momento de descansar, y ahora que nos habíamos instalado en Pinyudo, sus cuerpos se rindieron. Morían víctimas de malaria, de disentería, de mordeduras de serpiente, de picaduras de escorpión. No se nombraban otras enfermedades.

Estábamos en Etiopía y éramos demasiados. A los pocos días había miles de chicos, y al poco llegaron adultos, familias con niños: la zona se plagó de sudaneses. En cuestión de semanas surgió una ciudad de refugiados. Es una imagen impactante: toda esa gente sentada, rodeada de rebeldes y soldados etíopes, a la espera de ser alimentada. Esto se convirtió en el campo de refugiados de Pinyudo.

Como muchos habíamos perdido o intercambiado la ropa durante el viaje, solo la mitad llevábamos alguna prenda encima. De allí surgió un sistema de clases: los

chicos con camisa, pantalón y zapatos eran considerados los más ricos, a los que seguían los que disponían de dos de esas tres cosas. Yo —con una camisa, dos zapatos y un pantalón corto— tuve la suerte de ser clasificado como miembro de la clase media alta. Pero había demasiados chicos desnudos, y eso era un problema. No podían protegerse de nada.

—Esperad —nos dijo Dut—. Las cosas mejorarán.

Dut estaba muy ocupado esos días: entraba y salía del campamento, mantenía constantes reuniones con los mayores y desaparecía durante días. Cuando volvía venía a vernos, a los chicos que había traído consigo, y nos aseguraba que Pinyudo pronto se convertiría en un hogar.

Sin embargo durante algún tiempo la tarea de encontrar comida recayó en cada uno de nosotros; nos las apañábamos solos. Como muchos otros, fui a pescar al río, aunque no había pescado en toda mi vida. Llegué al agua y vi a chicos por todas partes, algunos con palos y cuerda, otros con burdas lanzas. En mi primer día de pesca llevé un palo torcido y un pedazo de alambre que había encontrado debajo de un camión.

—Eso no te servirá de nada —me dijo un chico—. No tienes ninguna posibilidad.

Era un chaval delgado, tan flaco como el palo que yo tenía en la mano; parecía no pesar nada, su cuerpo oscilaba hacia un lado en función del más leve viento. No le dije nada y arrojé el alambre al agua. Sabía que el chico estaba en lo cierto pero no podía admitirlo delante de él. Tenía una voz extrañamente aguda, melódica, demasiado agradable para confiar en él. Además, ¿de dónde había salido y quién se había creído que era para hablarme así?

Se llamaba Achor Achor, y aquella tarde me ayudó a encontrar un palo adecuado y un pedazo de cuerda. Ese día y los siguientes vadeamos juntos las aguas provistos de palos y de una lanza que él había tallado. Si uno de los dos veía un pez, intentábamos rodearlo mientras Achor Achor introducía el palo en el agua con la intención de clavárselo. No tuvimos ningún éxito. De vez en cuando hallábamos algún pez en un pantano poco profundo, y lo asábamos o nos lo comíamos crudo.

Achor Achor se convirtió en mi mejor amigo en Etiopía. En Pinyudo era menudo como yo, muy delgado, más flaco incluso que el resto, pero muy listo e ingenioso. Era un experto en encontrar cosas que necesitábamos antes de que yo fuera ni siquiera consciente de la necesidad. Un día dio con una lata vacía, llena de agujeros, y la guardó. La trajo hasta nuestro refugio y se dedicó a limpiarla y ponerle parches hasta convertirla en un vaso excelente. Y pocos chicos tenían vasos. Al final acabó encontrando un hilo de pescar y una gran mosquitera entera, y bolsas de sisal lo bastante grandes como para ser atadas y servir de manta. Siempre lo compartía todo conmigo, a pesar de que yo no estaba muy seguro de cuál era mi aportación a nuestra amistad.

Parte de la comida nos la proporcionaba el ejército etíope. Los soldados trajeron mazorcas de maíz y aceite vegetal, y nos comimos un plato cada uno. Me sentí mejor,



pero muchos chicos comieron demasiado y cayeron enfermos poco después. Cambiábamos cualquier cosa que teníamos por maíz o harina de maíz en el pueblo cercano. Enseguida aprendimos a identificar las verduras silvestres que eran comestibles y nos fuimos de expedición a buscarlas. Pero a medida que pasaban los días y llegaban más chicos, los recolectores eran tantos que las verduras empezaron a escasear y pronto se agotaron del todo.

Cada día llegaban más chicos, y también familias. Cada día los veíamos cruzar el río. Llegaban por la mañana, por la tarde y cuando me despertaba me encontraba con que durante la noche habían llegado más. Había días en que llegaba un centenar, otros días más. Algunos grupos eran como el mío, formado por cientos de niños demacrados, la mitad desnudos, y algunos adultos; otros eran solo mujeres, niñas y bebés acompañados de jóvenes agentes del ELPS provistos de armas. El reguero de gente era incesante, y con cada grupo que cruzaba el río sabíamos que la escasa comida de que disponíamos tendría que repartirse aún más. Llegué a odiar la visión de mi propia gente, a detestar esa riada de personas necesitadas, llagadas, de ojos hundidos y sollozantes.

Un día un grupo de chicos la emprendió a pedradas contra unos recién llegados. Los culpables fueron severamente azotados y el hecho nunca se repitió, pero en mi mente yo también lo hacía: lanzaba piedras contra las mujeres y los niños, y quería lanzarlas contra los soldados, pero no apedreaba a nadie.

Cuando en el campo se impuso el orden la vida mejoró. Nos organizamos, nos dividimos, se crearon grupos: el Grupo Uno, el Grupo Dos, el Grupo Tres. Así hasta dieciséis, con un millar de chicos por grupo. Y en esos grupos había subgrupos de cien chicos, y en estos, otros de cincuenta y en los de cincuenta, otros de doce.

Me pusieron a cargo de un grupo de doce, once chicos y yo. Éramos doce y yo los llamaba Los Once. Achor Achor era mi ayudante; vivíamos todos juntos, comíamos juntos y nos repartíamos las tareas entre nosotros: ir a buscar agua, comida, sal; reparar el refugio, la mosquitera. Nos habían agrupado porque todos procedíamos de la misma región y hablábamos dialectos parecidos, pero nos convencimos de que nuestro grupo era el mejor. Llegamos a creernos superiores al resto.

Además de Achor Achor estaba Athorbei Chol Guet, descarado y valiente. Era capaz de acercarse a cualquiera y no tardaba en hacer amigos; conocía al jefe de los refugiados de Pinyudo, a los trabajadores de la ONU y a los comerciantes etíopes. Gum Ater era increíblemente alto y peligrosamente delgado, amén de ser el primo lejano del segundo de a bordo del campo, Jurkuch Barach. Tanto Akok Anei como Akok Kwuanyin tenían la piel clara, de color cobre, y eran temidos por muchos chicos porque eran mayores y más brutos que el resto de nosotros. Garang Bol era un gran pescador y muy hábil a la hora de encontrar frutas y verduras comestibles. Había entrado en lugar de un chico sin nombre que formó parte de Los Once durante solo

unos días; un chico que bebió agua de un charco para mitigar la sed y murió de disentería poco después. Supongo que son demasiados nombres para ti, Julian.

¡Pero no puedo dejar de mencionar a Isaac Aher Arol! Era el único chico de Los Once que había venido desde tan lejos como yo. Los chicos que llegaron a Etiopía habían recorrido a pie todo el sur de Sudán, pero la mayoría procedía de un lugar llamado Bor, que no está muy lejos de la frontera etíope. Yo había caminado durante meses mientras muchos chicos habían andado solo días. De manera que Isaac Aher Arol era de mi región, Bahr alGhazal, y me llamaba Alejado y yo le llamaba Alejado, y todos nos llamaban Alejado a ambos. A día de hoy a veces me encuentro a chicos de Pinyudo que usan este nombre.

Pero también tengo otros nombres, Julian. Los que me conocían de Marial Bai me llamaban Achak o Marialdit. En Pinyudo la mayoría me conocían por Alejado, y más tarde, en Kakuma, fui Valentino y a veces de nuevo Achak. Aquí en América fui Dominic Arou durante tres años, hasta el año pasado cuando, legalmente y tras mucho esfuerzo, cambié mi nombre por una combinación de ellos: Valentino Achak Deng. Esto resulta confuso para los americanos que me conocen pero no para los chicos que caminaron conmigo. Todos nosotros tenemos media docena de identidades: están los apodos, los nombres de bautismo, los que adoptamos para sobrevivir o salir de Kakuma. Tener muchos nombres ha sido necesario por muchas razones que en su fuero interno todos los refugiados conocen bien.

En Pinyudo echaba de menos a mi familia, quería estar en casa, pero nos hicieron comprender que no quedaba nada en el sur de Sudán y que volver significaría una muerte cierta. Nos esbozaron imágenes espantosas, de destrucción absoluta. Era como si fuéramos los únicos supervivientes, como si con nosotros solos fuera a crearse un nuevo Sudán cuando regresáramos a una tierra estéril lista para regenerarse. Nos instalamos en Pinyudo, y encontramos la forma de agradecer lo que teníamos aquí: una vida segura, estable. Teníamos lo que habíamos venido buscando: comida, mantas, cobijo. Hasta donde sabíamos éramos huérfanos, pero la mayoría conservábamos la esperanza de que cuando terminara la guerra podríamos reunirnos de nuevo con nuestras familias, o con parte de ellas. No había ninguna razón para creerlo, pero nos acostábamos al calor de esta esperanza todas las noches y nos despertábamos con ella cada mañana.

Esas primeras semanas y meses en Pinyudo hubo solo chicos y obligaciones, intentos por poner orden en el campo. Al ser los más pequeños, la mayoría de los de mi grupo nos convertimos en los encargados del agua. Mi obligación consistía en ir al río a buscar agua potable para beber y cocinar, y bajaba todos los días a la orilla con un bidón para llenarlo y volver al campamento. Me dijeron que el agua de la orilla no era potable, que debía internarme hasta medio río para sacar agua más limpia.

Pero yo no sabía nadar. Medía apenas un metro treinta, quizá menos, y las aguas solían rebasar esa altura y se movían impulsadas por rápidas corrientes. Tenía que pedir ayuda a otros, chicos más altos, adolescentes, para que me ayudaran a sacar el agua más potable. Tenía que ir hasta el río cuatro veces al día, y cuatro veces tenía que pedir a un chico que entrara en el río a llenar el bidón. Deseaba aprender a nadar con todas mis fuerzas, pero no había tiempo, ni nadie dispuesto a enseñarme. De manera que, con ayuda, conseguía el agua dos veces por la mañana y dos por la tarde, y transportaba el bidón de seis litros hasta el campamento. El bidón pesaba bastante para un insecto como yo. Tenía que detenerme a descansar cada diez pasos, pequeños pasos que yo daba a toda prisa.

A veces me cruzaba con algún chico del pueblo —los anyuak, una gente que vivía a orillas del río— que jugaba cerca del agua a construir casas en la arena. Escondía el bidón entre la maleza y me unía a los chicos: los ayudaba a excavar trincheras y a construir pueblos con barro, palos y arena. Luego nos metíamos en el agua, entre risas y chapoteos. En esos ratos recordaba que solo unos meses atrás yo también había sido un niño como ellos.

Una mañana temprano, con el río todavía iluminado por una luz dorada, estuve jugando con los chicos anyuak y luego regresé al campamento. En cuanto llegué uno de los mayores me interpeló.

—¿Dónde está el agua, Achak? —preguntó.

No entendí de qué me hablaba. Yo era un chico olvidadizo, Julian, aunque quiero pensar que eso tenía algo que ver con la desnutrición.

—Te enviamos al río a buscar agua. ¿Dónde está el bidón?

Sin decir nada, di media vuelta y corrí hacia el río, saltando por encima de troncos y baches. Pocas veces había corrido tan rápido. La orilla estaba vacía; los chicos se habían ido. Me deslicé por la ribera con el bidón, y cuando llegué al fondo mi pie rozó una gran piedra. Retrocedí al instante. Era una roca enorme recubierta de una especie de moho oscuro. Resultaba difícil ver en la penumbra, así que me agaché para investigar si había algún animal debajo. Al acercarme percibí un fuerte olor. La roca era una cabeza de hombre. Había un cadáver flotando en el río, y llevaba tiempo muerto. El resto del cuerpo había sido escondido entre la hierba, al borde del río. Los ojos del hombre estaban encarados hacia el fondo del río; tenía los brazos a los lados y la corriente le sacudía levemente los hombros. Llevaba una cuerda alrededor de la cintura y su torso estaba hinchado, como si fuera a estallar.

Más tarde se identificó el cadáver como el de un joven sudanés, un recluta del ELPS. Lo habían apuñalado tres veces. Los sudaneses dedujeron que los anyuak eran los responsables: con toda probabilidad lo habían pillado robando. Usaron al muerto como ejemplo: si los sudaneses robaban, la gente del río los mataría.

Después de ese día no quise volver al río. Pensaba en el hombre a todas horas, sobre todo de noche. Aunque no puede decirse que la vida en Etiopía fuera en absoluto cómoda, en ella reinaba cierta seguridad: yo me había convencido de que no presenciaria más muertes violentas. Pero en Pinyudo también existía el mal; claro que existía. El día siguiente me lo pasé durmiendo, sin hacer caso a las voces de los mayores que me llamaban para que trabajara, comiera o jugara. Nada había cambiado. Nada era seguro. Etiopía no era nada para mí. No era más seguro que Sudán, y para colmo ni siquiera era Sudán, ni yo estaba cerca de mi familia. ¿Por qué habíamos venido hasta tan lejos? No me quedaban fuerzas, no me quedaba vida para soportar esto.

Los mayores me dijeron que no volvería a ver a otro hombre apuñalado, que esto no volvería a suceder. Pero no fue así. Murieron más soldados del ELPS, y más anyuak fueron asesinados en venganza, y las relaciones entre los anyuak y nosotros, los intrusos, se deterioraron a marchas forzadas. Se acusó a los soldados del ELPS de haber violado a mujeres anyuak, y a cambio estos fueron linchados hasta la muerte. El ELPS, mejor armado, agravó el conflicto quemando casas y matando a quienes se les resistían. Cuando, mucho después, los anyuak dispararon contra un par de soldados del ELPS cerca del río, el acto desembocó en lo que se conocería como la masacre de Pinyudo-Agenga. Se prendió fuego al pueblo anyuak de Agenga, mataron a mujeres, niños y animales. A partir de ese momento, los anyuak de Agenga partieron en busca de parajes más seguros, pero muchos de sus hombres permanecieron por los alrededores y formaron bandas armadas con un objetivo simple y con frecuencia conseguido: disparar contra soldados del ELPS o contra cualquier sudanés. Cuando los sudaneses fuimos expulsados finalmente de Etiopía, dos años después, los anyuak se lanzaron a dispararnos por la espalda mientras cruzábamos el río Gilo, y tiñeron sus aguas con nuestra sangre.

Pero durante un tiempo se mantuvo una relativa paz entre sudaneses y anyuak, y en el campo de refugiados se respiraba una sensación de seguridad. Meses después, cuando la comunidad de ayuda internacional reconoció Pinyudo, aumentaron las fuentes de alimentos para los anyuak, y el comercio entre nuestro campo y los pueblos de la ribera era vivo y provechoso para todos los implicados.

Aunque nos tenían dicho que no debíamos ir a los pueblos de la ribera por nuestra cuenta, Achor Achor y yo no hacíamos caso; él era atrevido y ambos estábamos aburridos. En los pueblos nos vigilaban decenas de ojos: todos sospechaban que habíamos ido a robar. Sin embargo, nos dedicábamos a explorar, a investigar la vida de esos pueblos cercanos al río: atisbábamos en las cabañas, olíamos la comida y esperábamos que alguien nos diera algo sin tener que pedirlo. Un día sucedió algo, aunque Achor Achor no estaba conmigo; había ido a la pista aérea para ver un aterrizaje que debía tener lugar aquella tarde.

—Eh, tú, ven aquí.

Una mujer que cocinaba delante de su casa se dirigió a mí en anyuak. Una de mis madrastras de Marial Bai era medio anyuak, así que conocía el idioma lo bastante como para entender a la mujer. Me paré y me encaminé hacia ella.

—¿Ya os dan de comer en el campamento? —preguntó. Era una anciana, mayor que mi propia madre, casi como una abuela. Tenía la espalda encorvada y su boca era como una caverna profunda y sin dientes.

—Sí.

—Entra, chico.

Entré en la cabaña y hasta mí llegaron efluvios de calabazas, sésamo y judías. De las paredes colgaba pescado seco. La mujer seguía atareada con su guiso, así que me senté contra la pared de la cabaña y apoyé la cabeza en un saco de harina. Cuando hubo terminado, vertió agua y harina en un cuenco. Me lo comí y entonces preparó otro plato de maíz foo-foo en el que echó un vaso de vino: era una mezcla que yo no había visto nunca. Cuando me lo comí, ella me brindó una sonrisa triste y desdentada. Se llamaba Ajulo y vivía sola.

—¿Adónde pensáis ir? —preguntó ella.

—Creo que no vamos a ninguna parte.

Esto la sorprendió.

—¿No vais a ninguna parte? ¿Por qué ibais a quedaros aquí?

Le dije que no lo sabía.

—Sois demasiados —dijo ella. Se la veía profundamente turbada; era obvio que esta no era la información que esperaba obtener. Ninguno de los habitantes de esos pueblos se había planteado que los sudaneses se convirtieran en residentes permanentes—. Hasta que os marchéis, ven siempre que quieras. Ven solo y podrás comer conmigo cualquier día, Achak.

Al decir estas palabras, la mujer me acarició la mejilla como haría una madre, y me vine abajo. Mis huesos se doblaron y me tendí en el suelo. Estaba frente a ella, sollozando: me temblaban los hombros y mis puños intentaban devolver las lágrimas a los ojos. Ya no sabía reaccionar ante estas muestras de amabilidad, Julian. La mujer me atrajo contra su pecho. Nadie me había tocado desde hacía meses. Añoré la sombra de mi madre al escuchar los sonidos que brotaban de su interior. No me había percatado del frío que había sentido durante tanto tiempo. La mujer me ofreció su cobijo y deseé vivir a su abrigo hasta que pudiera volver a casa.

—Deberías quedarte —me susurró Ajulo—. Podrías ser mi hijo.

No dije nada. Me quedé con ella hasta el anochecer, preguntándome si de verdad podía ser su hijo. La comodidad que conocería no tenía parangón con la vida en el campamento, rodeado de chicos medio desnudos. Pero sabía que no podía quedarme. Quedarme significaría abandonar toda esperanza de volver a casa. Aceptar a esta mujer como mi madre sería negar a la mía, que quizá aún viviera, que quizá me esperara el resto de sus días. Y entonces, acurrucado en el regazo de la anciana

anyuak, me pregunté qué aspecto tenía mi madre. Solo conservaba un recuerdo fugaz, ligero como el lino, y cuanto más tiempo pasaba con Ajulo más se difuminaba la imagen de mi madre. Le dije que no podía ser su hijo, pero me dio de comer de todos modos. Iba a verla una vez por semana y la ayudaba en lo que podía: le llevaba agua, parte de mis raciones, cosas que ella no habría conseguido de no ser por mí. Iba, y ella me alimentaba y me acogía en su regazo. Durante esas horas volvía a tener un hogar.

Un mes después mi estómago ya no gemía y cesaron los vértigos. Me sentía bien en muchos sentidos, me sentía como Dios quiere que se sienta una persona. Estaba casi fuerte, casi recuperado. Pero a los chicos sanos los esperaba otra clase de tareas.

—Ven aquí, Achak —me dijo un día Dut. Dut era uno de los líderes más importantes del campamento, y dado que habíamos hecho el viaje juntos siempre se aseguraba de que mis necesidades y las de Los Once fueran atendidas. Pero esperaba cosas a cambio.

Le seguí y me enteré de que nos dirigíamos a la tienda hospital, montada por los etíopes. En su interior estaban los heridos en la guerra de Sudán, y los enfermos y moribundos de Pinyudo. Nunca había entrado en esa tienda y solo la conocía por el olor, que el viento extendía: un hedor rancio, penetrante.

—Hay un hombre que ha muerto —me dijo—. Quiero que ayudes a sacarlo para que podamos enterrarlo,

No podía protestar. A Dut le debía la vida.

En el interior de la tienda brillaba una luz entre verde y azul; había un cadáver envuelto en muselina. A su alrededor había seis chicos más, todos mayores que yo.

—Acércate —dijo Dut, llevándome hacia los pies del cadáver.

Cogí el pie izquierdo del hombre; cada uno de los seis chicos alzó una parte de aquella forma rígida. Bajamos por el sendero. Dut llevaba al hombre por los hombros, caminando de espaldas. Yo miraba las nubes, la hierba y la maleza: cualquier cosa menos la cara del muerto.

Cuando llegamos al gran árbol nudoso, Dut nos dijo que empezáramos a cavar. No teníamos palas, así que arrancamos la tierra con las uñas, despejándola de piedras y de residuos. La mayoría cavábamos como perros, arañando la tierra entre las piernas. Encontré una piedra con forma de cuenco que me sirvió para apartar la tierra. En una hora habíamos cavado un hoyo de dos metros de largo y metro y medio de profundidad. Dut nos ordenó que rellenáramos el hoyo con hojas; así lo hicimos, y enseguida el agujero quedó forrado de verde. Entonces Dut y los chicos mayores depositaron el cadáver en la tumba, con la cara vuelta hacia el este. No estábamos seguros del porqué, pero nadie cuestionó las órdenes de Dut. Nos dijo que tapáramos el cuerpo con hojas, y una vez hecho, volvimos a cubrirlo de tierra hasta sepultar el cadáver por completo.

Ese fue el origen del cementerio de Pinyudo, y el primero de los muchos entierros en que participé. Seguían muriendo chicos y adultos, porque nuestra dieta era demasiado limitada y los peligros excesivos. La mayor parte de días disfrutábamos de una única comida: unos granos de maíz amarillo y un puñado de judías blancas. Bebíamos agua del río, que era impura, infestada de bacterias: se producían muertes por disentería, diarrea y varias enfermedades sin nombre. Había pocos conocimientos médicos en Pinyudo, y los únicos pacientes que eran trasladados a la Clínica General de Salud Pinyudo Uno eran aquellos que ya estaban demasiado cercanos a la muerte para salvarse. Cuando un chico no se levantaba de la cama, se negaba a comer o no respondía a su nombre, sus amigos lo envolvían en una manta y lo llevaban a la clínica. Todos sabían que los pacientes que entraban en la clínica ya no salían de ella, así que la tienda empezó a conocerse con el sobrenombre de Zona Ocho. El campamento constaba de siete zonas, donde los chicos vivían y trabajaban, y la Zona Ocho se convirtió en el último lugar al que uno iba en este mundo. «¿Dónde está Akol Mawein?», preguntaba alguien. «En la Zona Ocho», respondíamos. La Zona Ocho era el más allá, el fin del final.

Mi trabajo consistía en enterrar a los pacientes de la Zona Ocho. Junto a cinco chicos más enterrábamos de cinco a diez cadáveres por semana. Siempre cogíamos la misma parte del cuerpo del difunto: yo era el encargado de acarrear el pie izquierdo.

—Eres un enterrador —me dijo un día Achor Achor.

Sonreí; en ese momento tuve la impresión de que el trabajo conllevaba cierto prestigio.

—No creo que sea un buen trabajo —continuó Achor Achor—. Pienso que puede ser malo para ti. ¿Por qué lo haces?

Yo no tenía elección. Dut me lo había pedido y no tuve más remedio que acceder. Me había prometido ventajas a cambio de ser enterrador, ventajas que incluían raciones de comida extra e incluso otra camisa, lo que significaría que pronto tendría dos, algo que en Pinyudo era una extravagancia.

Sin embargo, poco después, el papel de supervisor de los entierros recayó en un tipo cruel y nervioso al que apodábamos comandante Hebilla. Encima del pantalón de trabajo llevaba siempre una hebilla de color plata y rojo, tan grande y ridícula que era casi imposible estar frente a él y no echarse a reír. Pero él estaba muy orgulloso de su tamaño y de su brillo; nunca estaba sucia y nadie le había visto nunca sin ella. Tenía a un chaval llamado Luol encargado de sacarle brillo todas las noches; en cuanto terminaba de abrillantarla, el comandante volvía a ponérsela. Corría el rumor de que siempre dormía boca arriba para no quitarse los pantalones que sostenían la hebilla; de haber dormido de lado o bocabajo se la habría clavado en el abdomen. No teníamos una opinión muy elevada ni del comandante Hebilla ni de sus complementos.

El comandante Hebilla impuso una serie de reglas sobre el transporte y el entierro de cadáveres; algunas eran sensatas, pero otras estaban absolutamente alejadas de cualquier lógica o sentido. Para salvaguardar la dignidad del fallecido, cuando trasladábamos el cuerpo debíamos mantenerlo lo más rígido posible: alguien tenía que ir debajo del cuerpo, agachado, para evitar que la espalda del cadáver tocara el suelo. Las esquinas de las tumbas debían formar ángulos de noventa grados exactos. Cuando depositábamos al muerto en la tumba debíamos colocar sus manos en las caderas y la cabeza levemente ladeada hacia la derecha. Luego cubrirlo con una manta y llenar la tumba de tierra. Nadie cuestionaba dichas reglas. No tenía ningún sentido hacerlo.

Yo me había acostumbrado a los entierros y puede decirse que ayudaba a enterrar a un muerto por día. Algunos días había dos, tres, cuatro personas, sobre todo chicos. Enterrar a chicos era a la vez una bendición y una maldición: una bendición porque pesaban menos que los hombres y mujeres adultos, pero resultaba más difícil cuando sabíamos, o conocíamos personalmente, al chico que enterrábamos. Pero gracias a Dios eso sucedía pocas veces. El comandante Hebilla tenía el suficiente sentido común para cubrir las caras de los ingresados en la Zona Ocho. Aunque solíamos saber quiénes eran, no preguntábamos su identidad. No queríamos saber quién era quién.

A los chicos los transportábamos entre cuatro; para los adultos éramos seis o más. A lo único que me negué en redondo fue a enterrar bebés. Dije al comandante Hebilla que prefería no enterrar niños, y a partir de ese momento quedé relevado de hacerlo. De todos modos no había muchos bebés, ya que los padres preferían ocuparse ellos del entierro. Los bebés que eran sepultados por los enterradores eran aquellos cuyas madres estaban muertas o desaparecidas. El cementerio creció en poco tiempo, extendiéndose en todas direcciones, y la calidad de los entierros empezó a resentirse.

Un día transportábamos a un chico muerto del hospital al cementerio cuando vimos a una hiena que luchaba con algo enterrado. Era como si intentara sacar una ardilla del suelo, y le arrojé piedras para alejarla. No se marchaba. Dos chicos se abatieron sobre ella, armados con palos y piedras. Al final la hiena se rindió y salió huyendo, y entonces vimos lo que masticaba: era el codo de un hombre. Fue en ese momento cuando nos dimos cuenta de que los otros equipos no enterraban bien a los muertos. Volvimos a enterrar a ese hombre y después Dut me llamó y fui a verle. Vivía en una casa grande con capacidad para cuatro personas.

—Siéntate, Achak.

Obedecí.

—Lamento mucho que tengas que desempeñar este trabajo.

Le dije que ya me había acostumbrado.

—Lo sé, pero no debería ser así. No es así como imaginaba el campamento, ni el viaje a Etiopía. Quiero que tengáis una vida mejor aquí. Quiero que vayáis al colegio.



Dut contemplaba el campo con sus pequeños ojos siempre entornados y sentí el deseo de reconfortarlo.

—No pasa nada —dije—. Es algo temporal.

Fue a decir algo, pero se calló. Me dio las gracias por el esfuerzo, y un par de dátiles que extrajo de un saco que tenía en su cama. Salí de la tienda de Dut preocupado por él. Ya le había visto perdido otras veces, pero este pesimismo resultaba nuevo. Dut era un hombre confiado, optimista por naturaleza, y verle así sembró la duda en mí. No es que albergara muchas esperanzas de que se llegaran a construir las prometidas escuelas, pero sí creía que nuestra estancia en Etiopía sería temporal. Vivía convencido de que un buen día, cuando finalizara la guerra, el grupo con el que había llegado volvería a Sudán. Iríamos pueblo por pueblo, dejando a los que vivían en cada uno hasta que la fila de chicos se redujera solo a los Alejados, que serían los últimos en llegar a casa. Yo sería el que más andaría, pero no tardaría en encontrar el camino a casa con muchas historias que contar.

Durante el día me asaltaban pensamientos curiosos. Sufría espejismos. Cuando me incorporaba o me giraba de repente, notaba un vértigo que me entorpecía las extremidades y me llenaba los ojos de puntos blancos; de vez en cuando, esta desorientación venía acompañada de visiones de personas que había conocido en el pasado. Veía a mi padre, o al bebé de mi madrastra, o la cama de mi casa. A menudo veía la cabeza del muerto del río, aunque en mis visiones veía su rostro, despellejado como el del hombre sin cara.

No era infrecuente que despertara convencido de que estaba en mi cama, y necesitaba un momento para caer en la cuenta de que no me hallaba en casa; de que pasaría mucho tiempo antes de que estuviera en ella, si es que volvía algún día. Me había habituado a las visiones, a esas caras que se me aparecían. Al principio me asustaban, pero con el tiempo llegaron a ser una especie de consuelo: sabía que se desvanecerían en cuestión de segundos. Me rodeaban los fantasmas y había llegado a aceptarlos y a aceptar la clase de mundo de sombras en el que habitaba esos días.

Pero un día hubo una visión que se resistió a abandonarme: era la de Moses. Yo estaba lavando mi segunda camisa en el río cuando apareció a mi lado, sonriendo como si guardara un secreto fabuloso. No era la primera vez que veía a Moses; a menudo le imaginaba a mi lado, dispuesto a protegerme con su fuerza y sus ganas de luchar. Pero aquel día, en el río, la imagen de Moses se movía; tenía los ojos muy abiertos e inclinaba la cabeza, como si quisiera darme a entender que era real. Pero ya hacía mucho tiempo que estas visiones no conseguían engañarme; ni de él, ni de nadie.

—¿Has perdido la lengua, Achak?

Seguí lavando, con la esperanza de que la visión se borrara en cualquier momento. El hecho de que me hablara era desconcertante, pero no inaudito. Un día,

al despertar, mi hermanastro pequeño, Samuel, me habló de caballos. Quería saber si había visto su nuevo caballo. Me acusó de robárselo.

—Achak, ¿no me conoces?

Sabía que el chico que tenía delante era Moses, pero el Moses real había muerto asesinado por un murahaleen. Lo había visto justo antes de su muerte.

—Achak, dime algo. ¿Eres tú? ¿Acaso estoy loco?

Cedí y me dirigí a la visión.

—No quiero hablar contigo. Lárgate.

Y entonces la visión de Moses se levantó y se fue. Era algo que nunca había visto hacer a una visión.

—¡Espera! —dije. Me incorporé y la camisa se me cayó.

La visión de Moses siguió andando.

—¡Espera! ¿Moses? ¿Eres tú?

A medida que me acercaba a la visión, esta se hacía más y más real. El corazón me dio un vuelco, como si buscara la forma de escapar de mi cuerpo.

Y por fin la visión de Moses se volvió hacia mí y era él de verdad. Le abracé, le di una palmada en la espalda y le miré a la cara. Era Moses. Había crecido, pero seguía con el mismo aspecto: parecía un hombre fuerte en miniatura. No cabía duda: era Moses.

Le expliqué las visiones que sufría, le hablé de lo que era real y lo que no; Moses se rió y yo le imité, y luego le propiné un suave puñetazo en el brazo. Moses me devolvió el golpe en el pecho, con más fuerza, y lo mismo hice yo. Al poco nos revolcábamos por el suelo, peleando en el polvo con más intensidad de la que habíamos previsto. Al final Moses me apartó; aullaba de dolor.

—¿Eh? ¿Qué te duele?

Se volvió y se levantó la camisa. Tenía la espalda surcada de profundas cicatrices rojas.

—¿Quién te hizo eso? —pregunté.

—Mi historia es tan extraña, Achak.

Caminamos hasta un árbol y nos sentamos a su sombra.

—¿Has visto a William? —preguntó.

No esperaba que me preguntara por William en ese momento.

—No.

Estábamos muy lejos de casa, así que me dije que una mentira así no importaba. No quería pensar en William K. En su lugar, pedí a Moses que me relatara su historia y él lo hizo.

—Recuerdo el fuego, Achak, ¿tú también? Pero no era de color rojo. ¿Lo viste, cuando quemaron el pueblo? El sol estaba en su cenit y el fuego tenía un color claro o gris. ¿Lo viste? ¿Viste el color claro del fuego?

No recordaba el color del fuego el día en que ardió el pueblo. En mi mente este era de color rojo anaranjado, pero supuse que Moses tenía razón.

—Recuerdo que me costaba respirar —prosiguió Moses—. Todo estaba lleno de humo. El aire de la cabaña era denso. Inspiraba un poco y me ponía a toser, pero lo hacía de todos modos. Seguí respirando y enseguida me sentí débil. ¡Estaba tan cansado! Me dormía, pero sabía que no era sueño. Sabía lo que estaba pasando. Sabía que me estaba muriendo. Mi madre estaba muerta, a la puerta de la cabaña. Lo sabía todo pero no recuerdo cómo lo supe. Quizá no lo sabía y ahora creo que sí.

Recordé haber visto a la madre de Moses. Iba desnuda de cintura para arriba; un lado de su cara estaba quemado y era irreconocible, pero, aparte de eso, el resto del cuerpo seguía intacto.

—Así que corrí. Salí por la puerta, salté por encima de mi madre y corrí. No quería mirarla porque sabía que estaba muerta. Y yo estaba enfadado porque me había abandonado en la cabaña. Pensé que era una imbécil por dejarme donde sabía que moriría asfixiado. Estaba tan enojado con ella por haber muerto dejándome dentro. Pensé que era tan débil, tan estúpida...

—Basta, Moses.

Reviví la imagen de Moses, de pie junto a su madre, gritándole. No le dije que lo había visto. Me avergonzaba no haber acudido en su ayuda.

—Lo siento, Achak, pero es lo que pensaba. Luego recé por ella y pedí perdón por mis pensamientos. Corrí, y a lo lejos vi la escuela.

—Pero también quemaron la escuela —dije yo.

—No creí que sus muros me protegieran, pero me dije que quizá habría más gente y que ellos me dirían qué debía hacer. Crucé el pueblo a toda velocidad, sin dejar de toser. Había humo por todas partes. Y gritos: gritos de gente que caía, ensangrentada. Salté por encima de otros dos cadáveres: viejos que bloqueaban mi camino. El segundo me agarró del tobillo. Estaba vivo. Me agarró y me dijo que debía tumbarme a su lado y hacerme el muerto. Pero estaba lleno de sangre: uno de sus ojos estaba quemado y sangraba por la boca. No quise yacer al lado de un hombre ensangrentado, así que seguí corriendo.

—Ese debía de ser el viejo borracho del mercado.

—Creo que sí.

—Yo también le vi.

—Murió.

—Sí, murió.

—No vi a ningún murahaleen, y durante un rato creí que se habían ido. Pero entonces oí a los caballos. Eran muchos: los jinetes iban por todo el pueblo gritando ¡Dios es grande! ¡Dios es grande! ¿Los oíste?

—Sí, yo también los oí.

—Miré a mi derecha, hacia el mercado, y vi a dos hombres a caballo. Estaban bastante lejos. Pensé que conseguiría llegar a la escuela. Pero no corría muy deprisa.

Me sentía débil y desorientado. El ruido de los caballos se acercaba. Hacían tanto estruendo: la violencia de esos cascos me llenó la cabeza. Creí que los caballos me derribarían, que me aplastarían la espalda y la cabeza. Algo me golpeó, y estuve seguro de que era la pezuña de un caballo. Caí de cara; me entró polvo en los ojos. Oí cómo un hombre bajaba del caballo y se dirigía hacia mí. Lo siguiente que noté es que estaba en el aire. El hombre me había izado del suelo: con una mano me agarraba de las costillas y con la otra me sujetaba las piernas. Por unos segundos creí que iba a morir. Esperaba recibir una bala o que un cuchillo acabara con mi vida.

Una vez más sentí deseos de contar a Moses que había visto cómo le perseguían los jinetes, pero no lo hice y enseguida ya fue tarde para decírselo. Y mi recuerdo de la persecución era distinto del de Moses. Me quedé callado y sustituí mi recuerdo por el suyo.

—Noté el roce del cuero en la cara. Me había tumbado sobre la silla y procedió a atarme. Sentí que una cuerda me rasgaba la piel de la espalda. Me estaba atando al caballo. Tardó unos minutos en hacerlo: un nudo tras otro. Cada nudo era otro corte en mi piel. Al final nos pusimos en movimiento. Supe que me había convertido en un esclavo.

—¿Viste a Amath?

—Al principio no. La vi mucho después, aunque solo fue un momento. En cuanto empezamos a cabalgar vomité. Nunca había estado encima de un caballo. Veía el suelo a mis pies, tenía los ojos llenos de polvo. El movimiento era como viajar dentro de un saco de huesos. ¿Has ido a caballo alguna vez?

—No en movimiento.

—Fue horrible. No mejoró. No me acostumbré a pesar de que cabalgamos durante muchas horas. Cuando el caballo se paró por fin, me quedé arriba. Estaba atado a él y notaba su aliento debajo. Oía a los hombres comer y charlar, pero no me bajaron de la silla. Dormí allí, y con el tiempo empecé a dormir cada vez más. No podía permanecer despierto. Me despertaba y veía el suelo corriendo debajo. Despertaba y era de noche, mediodía, atardecer. Dos días después me arrojaron al suelo y me dijeron que dormiría allí: entre los cascos de los caballos. Por la mañana soñé que alguien presionaba mi cabeza contra el sol. En mi sueño el sol era más pequeño, del tamaño de una sartén grande, y alguien empujaba mi cabeza contra ella. El calor era tan fuerte que parecía fundirme el pelo y el cráneo. Desperté y olí a quemado. Olía a carne chamuscada. Entonces me di cuenta de que el sueño no era un sueño: el árabe me quemaba la cabeza con una vara metálica. Estaba marcándome. Me marcó en la oreja con el número ocho, puesto de lado.

Moses me lo mostró. Era una marca difusa, el símbolo en relieve y amoratado, visible en la carne de detrás de la oreja, como si fuera una cicatriz.

—Ahora siempre sabrás a quién perteneces, me dijo ese hombre. El dolor era tan intenso que me desmayé. Desperté cuando me levantaban por los aires. Volvieron a colocarme sobre la grupa y él me ató de nuevo a la silla, con más saña que antes.

Cabalgamos durante dos días más. Cuando paramos estábamos en un lugar llamado Um el Goz. Era una especie de campamento militar del ejército del gobierno. Estaba lleno de chicos como yo, todos menores de doce años: chicos dinkas y nuers. Me metieron en un gran establo junto con todos esos chicos y nos encerraron. No había comida. El establo estaba infestado de ratas; nos mordían a todos. No había camas, pero por la noche no queríamos tumbarnos en el suelo; las ratas no nos tenían miedo y nos atacaban. ¿Te ha mordido una rata alguna vez, Achak?

Negué con la cabeza.

—Decidimos dormir en círculo para protegernos de las ratas. Teníamos palos y los chicos del exterior del círculo ahuyentaban a las ratas. Así dormíamos. ¿Sabes lo que es un círculo para dormir, Achak?

Le dije que lo había aprendido durante el viaje.

—Al día siguiente nos llevaron a un edificio y nos acostaron en camas. Era una especie de hospital. Había enfermeras que nos clavaron agujas en los brazos y nos sacaron sangre. Volví a vomitar cuando vi cómo salía sangre del brazo de otro chico. Sin embargo, las enfermeras eran muy comprensivas. Fue muy raro. Limpiaron el vómito y me dieron agua. Luego volvieron a acostarme en la litera y otra enfermera se me acercó. Se inclinó sobre mí: con una mano me sujetaba el brazo, la otra la tenía apoyada en mi pecho. Clavaron la aguja en el brazo y me sacaron dos bolsas de sangre. ¿Te han clavado una aguja alguna vez, Achak?

Le dije que no.

—Es así de larga, y hueca.

No quería oír más detalles de la aguja.

—Vale. Pero era enorme. Termina en forma de ángulo. Así es como te la clavan.

—Por favor.

—De acuerdo. Luego la enfermera me dio un zumo de limón dulce y me devolvieron al establo. Allí me enteré de que algunos chicos llevaban meses encerrados, y de que habían estado donando sangre una vez por semana o más. Se les usaba como donantes de sangre para los soldados del gobierno. Siempre que había una batalla contra el ELPS los chicos eran sacados del establo y obligados a dar sangre.

—¿Y te quedaste allí?

—Durante unos días. Pero fueron tranquilos. Al parecer no hubo más heridos, así que no nos necesitaban. Al menos no a todos. Así que a los cuatro días nos fuimos de Um el Goz: volvieron a colocarme sobre el caballo y partimos junto con un centenar de murahaleenes, esta vez hasta muy lejos. Fue en ese viaje cuando vi a Amath. Oí gritar a una chica en mi idioma, y la vi sobre otro caballo, muy cerca de mí. Su captor la golpeaba con el rifle y se reía. Nuestras miradas se cruzaron durante un instante y luego la perdí de vista. No volví a verla. Fue muy raro, verla a tantos kilómetros de casa.

Las cuerdas de mi interior se tensaron de nuevo, pero no dije nada.

—Cabalgamos durante muchos días. Nos detuvimos en una casa, una casa bien construida. Pertenecía a un hombre importante. Se llamaba capitán Adil Muhammad Hassan. El hombre que me trajo hasta allí era pariente del capitán. Los oí hablar y me enteré de que el hombre me regalaba a Hassan. Este se mostró muy agradecido y ambos entraron en casa a comer. Yo seguía afuera, atado al caballo. Estuvieron toda la tarde dentro mientras yo permanecía sobre el caballo. Tenía la vista fija en el suelo e intentaba adivinar dónde debía estar. Por fin me desataron y me llevaron a la casa. ¿Has estado alguna vez en la casa de un hombre como ese, un comandante del ejército del gobierno sudanés?

Negué con la cabeza.

—No puedes imaginártela, Achak. Suelos lisos y todo muy limpio. Cristales en las ventanas. Agua corriente dentro de la casa. Me convertí en su criado. El hombre tenía dos esposas y tres hijos, muy pequeños. Pensé que los niños se portarían bien conmigo, pero eran más crueles que sus padres. Les habían enseñado a escupirme y a pegarme. Para ellos yo era un animal más. Durante cuatro meses tuve que vigilar a las cabras y a las ovejas, y limpiar la casa. Fregaba el suelo y ayudaba en la cocina: a hacer la comida y a servirla.

—¿No había más criados?

—Otra sudanesa, una chica llamada Akol, de la edad de tu hermana Amel. Akol trabajaba sobre todo en la cocina, pero también era la concubina de Hassan. Esperaba un hijo suyo, así que la esposa del capitán la odiaba. Cuando descubría a Akol llorando porque echaba de menos a su madre, le gritaba y amenazaba con rajarle la garganta con un cuchillo. La llamaba puta, esclava, bestia de carga. Aprendí muchas palabras en árabe, y estas eran las que oía más a menudo. A mí me llamaba *jange*: sucio infiel, inculto. También me dieron otro nombre: Abdul. Me enviaron a una escuela coránica y allí me impusieron ese nombre, Abdul.

—¿Por qué enviaban al colegio a un esclavo?

—Los hombres como ese quieren que todos seamos musulmanes, Achak. Así que fingí ser un buen musulmán. Creí que serían más amables conmigo, pero no fue así. Me pegaban más de lo necesario. Los chicos eran los que más disfrutaban azotándome. El mayor, más pequeño que nosotros, solía azotarme sin tregua cuando nos quedábamos solos. Yo no podía enfrentarme a él; mi única opción era escapar, correr por el patio hasta que se cansaba. Quería asesinar a ese chico e incluso planeé cómo hacerlo.

Yo no podía apartar los ojos del ocho que Moses llevaba grabado en la cabeza. Su color cambiaba en función del sol.

—Pasaron tres meses hasta que decidí que intentaría escapar. Dije a Akol que iba a huir y ella creyó que estaba loco. Mi idea era escabullirme por la noche. La primera vez que lo intenté me atraparon casi de inmediato. Corrí hacia el jardín de al lado y un perro empezó a ladrar. El dueño salió de la casa con una linterna y me atrapó. Mi huida fue muy breve. Hassan se rió mucho de mí. Me llevó al patio y me dijo que me

agachara. Me agaché en medio del patio, como si fuera una rana, y él llamó a los niños y les dijo que saltaran encima de mí. Se sentaron en mi espalda, fingiendo que yo era un burro; se reían, ellos y Hassan. Me llamaban burro estúpido. Los niños me dieron basura para comer. Dijeron que tenía que comérmela, así que lo hice: todo lo que me dieron. Grasa animal, bolsas de té, verduras podridas.

—Lo siento tanto, Moses.

—No, no. No lo sientas. No, esto supuso mi pasaporte para huir. Después de comer todo eso empecé a vomitar. Aquella noche vomité durante horas y estuve dos días enfermo. No podía mantenerme en pie. No podía trabajar. Con la ayuda de Akol fui recuperándome. Pero cuando ya estaba mejor tuve una idea: decidí estar enfermo a todas horas.

—¿Fue así como escapaste?

—Resultó fácil. Me obligué a estar siempre enfermo. Siempre que comía pensaba en algo que me diera asco para provocarme el vómito. Pensaba en comer carne humana. Pensaba que comía culos de cebra y brazos de bebé. Vomitaba sin parar. Al poco, Hassan decidió que no me quería por allí. Dijo que yo había sido un mal regalo y que prefería venderme. Un día aparecieron dos hombres, montados en camellos. Iban vestidos de blanco, de la cabeza a los pies. Me arrojaron a grupas del camello y me llevaron muy lejos, a una ciudad llamada Shendi. De nuevo me metieron en un establo con otros chicos dinkas y nuers, aunque ese establo era más pequeño que el otro. Algunos llevaban allí más de una semana. Me dijeron que era una ciudad donde se vendían esclavos. Dijeron que los comerciantes compraban esclavos aquí para gente de muchos países distintos: Libia, Chad, Mauritania. Estuve dos días en aquel establo, sin comida, con solo un cubo de agua para los cincuenta que éramos.

—¿Te vendieron?

—¡Sí, Achak! Me vendieron dos veces. Primero a un árabe sudanés. Era un hombre mayor e iba con su hijo. Parecían gente muy rara. Me compraron y me fui con ellos; nos limitamos a irnos a pie, sin correa ni nada. Tenían un camello pero nos fuimos a pie. Viajamos durante muchos días, a ratos andando, a ratos los tres en el camello. Era muy incómodo, pero ellos no eran crueles. Apenas hablaban y yo no hice preguntas. Sabía que íbamos hacia el sur por la dirección del sol; mi plan era ver hasta dónde íbamos y luego intentar escapar.

—¿Adónde huiste?

—¡No me hizo falta, Achak! Te he dicho que me vendieron dos veces, y a la segunda quedé libre. Estuvimos tres días acampados en el bosque, sin hacer casi nada. Me dijeron que fuera a por leña, pero aparte de eso nos limitábamos a estar sentados; ellos dormían a la sombra. El segundo día, otro árabe vino a verlos; intercambiaron información y el hombre se fue. Al tercer día nos levantamos al amanecer y caminamos hasta el mediodía, hasta que llegamos a una pista de aterrizaje donde vi a otros veinte dinkas: chicos como yo, mujeres, niñas y un anciano. A su alrededor había diez árabes, algunos a caballo, algunos armados.

Parecían ser una mezcla de comerciantes y Murahaleenes, y los dos que me habían llevado hasta allí hicieron que me uniera al resto del grupo. ¡Tuve tanto miedo, Achak! Creía que me habían llevado hasta allí para matarme junto al resto de dinkas. Pero ese no era su plan.

—¿No mataron a nadie?

—No, no. Éramos valiosos para ellos. ¡Era una sensación increíble! Un avión aterrizó y de él bajaron dos personas de piel blanca. ¿Has visto a gente así, Achak?

Le dije que no.

—Eran un hombre muy gordo y una mujer muy alta. El piloto se parecía a los etíopes de aquí. Y entonces los blancos estuvieron hablando un rato con los árabes que poseían a todos los dinkas. Llevaban una bolsa, que luego descubrí que estaba llena de dinero. ¡Fue así como me compraron de nuevo, Achak!

—¿Esa gente te compró? ¿Por qué?

—Nos compraron a todos, Achak. Fue muy raro. Pagaron por todos y luego nos dijeron que éramos libres. Los veinte. Pero no teníamos ni idea de dónde estábamos. Los árabes dieron media vuelta y partieron hacia el oeste, y nosotros esperamos. Los blancos permanecieron con nosotros durante casi toda la tarde. Por fin aparecieron en un gran vehículo dos dinkas bien vestidos y con camisetas limpias. El coche parecía muy nuevo. Gran parte de los que habían sido esclavos subieron al vehículo y otros caminaron a su lado. Yo iba arriba, con otro chico. Viajamos durante muchas horas, hasta que anocheció y llegamos a un pueblo dinka. Allí comí y dormí unas cuantas semanas, hasta que me dijeron que me uniera a los chicos caminantes.

—¿Caminaste con un grupo grande?

—No estuvo mal, Achak. Incluso fuimos montados en un tanque.

En ese momento sentí celos de Moses, pero no se lo dije. Di gracias a Dios por haberle concedido esta pequeña muestra de misericordia. Entonces le conté a Moses lo de William K, y nos pasamos el resto del día sentados junto al río. Moses no dijo nada.

Historias como la de Moses empezaron a circular por Pinyudo, cuando chicos que habían sido secuestrados eran liberados o conseguían escapar y hallar el rastro hasta el campamento. Pero Moses era el único chico que yo conocía que recibió ayuda de blancos; por ello la información de sus actos escaseaba. Yo tendía a dudar de que la gente que había visto Moses fuera blanca de verdad hasta que vi al primero de esa raza. Esto sucedió unos tres meses después de llegar a Etiopía, y después de que Moses hubiera entrado a formar parte de Los Once. Para entonces, el resto del mundo, o al menos parte del mundo de la ayuda humanitaria, había tomado conciencia de los cuarenta mil refugiados, la mitad menores solos, que vivían justo al otro lado de la frontera etíope.

Me despertaron unas voces nerviosas, procedentes de la puerta del refugio.



—¿No lo has visto?

—No. ¿Dices que es blanco? ¿Que tiene el pelo blanco?

—No, su piel. Todo él. Es blanco como la tiza.

Me incorporé y salí al exterior, sin estar lo bastante despierto como para entender de qué discutían esos tres miembros de Los Once. Mientras me iba vi puñados de chicos por todas partes, entregados a intensas discusiones, en grupos de diez o más. Algo pasaba, y de algún modo guardaba relación con las tonterías que mis compañeros de tienda habían estado diciendo. Empezaba a integrar las distintas partes de la conversación cuando vi que cientos de chicos volvían la cabeza al unísono. Miré hacia donde miraban ellos y vi lo que parecía ser un hombre a cuya piel le hubieran dado la vuelta. Era la ausencia de hombre. Lo habían borrado. Un escalofrío involuntario me recorrió el cuerpo, la misma reacción que tenía al ver una quemadura, un miembro amputado: perversiones o mutilaciones de la naturaleza.

Me encaminé hacia el hombre borrado antes de darme cuenta de que no me había subido los pantalones. Lo hice, y seguí a la multitud de chicos que se congregaba en torno al hombre borrado. Busqué a Moses, para preguntarle si era como la gente que había visto, pero no lo vi por ninguna parte. El hombre blanco estaba a unos cientos de metros, y el murmullo entre los chicos iba acallándose a medida que nos acercábamos. Un chico de más edad se plantó frente a nosotros.

—¡Alto! No molestéis al *khawaja*. Se irá corriendo si os acercáis demasiado. Un centenar de chicos yendo hacia él le asustarán. Alejaos.

Volvimos a nuestros refugios, nos dedicamos a nuestras tareas, pero a lo largo del día siguieron circulando historias sobre el hombre blanco. La primera teoría afirmaba que era un enviado del gobierno sudanés para matarnos a todos: que contaría a los chicos y luego decidiría cuántas armas le harían falta para exterminarnos. Una vez lo supiera, las matanzas empezarían de noche. Esta teoría fue descartada enseguida en cuanto vimos que los mayores no le temían; de hecho, hablaban con él y le daban la mano. Como era de esperar, osciló el péndulo y la siguiente versión fue que el hombre era un dios, que había venido a salvarnos a todos, a llevarnos de regreso al sur de Sudán a vencer a los murahaleenes. Esta idea fue ganando adeptos a lo largo del día, y solo perdió fuerza cuando observamos las actividades que realizaba el dios. Pasó la mayor parte del tiempo con unos cuantos de los mayores, construyendo un almacén de comida, lo que parecía un trabajo demasiado vulgar para un dios o incluso para una deidad menor. A partir de ese momento, algunos de los chicos mayores empezaron a ofrecer opiniones más matizadas.

—Trabaja para el gobierno, pero en secreto. Por eso se esconde bajo una piel blanca.

—Le han dado la vuelta, y está en Sudán para descubrir cómo recuperar su forma normal.

Cuando me harté de tantas teorías fui a preguntar a Dut.

—¿No habías visto nunca a un hombre blanco? —preguntó él, riéndose.

Esto le interesó. Yo ignoraba dónde podía haber visto a un blanco. No me pareció divertido. Su expresión se suavizó y suspiró.

—Los blancos vienen a Sudán por muchos motivos, entre los que se incluye su deseo de hablarnos del Reino de Dios... Sé que no había blancos en Marial Bai, pero ¿tampoco viste misioneros blancos en la iglesia de Aweil?

Negué con la cabeza.

—Bien, de acuerdo. También vienen por el petróleo, lo que ha supuesto una fuente de problemas para la gente como nosotros; es una historia de otra época. Por ahora hablaremos de otra de las razones que los trae hasta aquí, que es para ayudar a la gente cuando es atacada, oprimida. A veces los blancos que vienen de inspección representan a los ejércitos de los blancos, que son los más poderosos de la Tierra.

Imaginé a los ejércitos de los murahaleenes, pero con hombres blancos en caballos blancos.

—¿Por qué ha venido este hombre a Pinyudo? —pregunté.

—Aún no lo sé —dijo Dut.

Decidí aguardar unos días para acercarme al hombre del revés, hasta que dispusiéramos de más información. Al día siguiente los hechos quedaron claros: el hombre tenía nombre, Peter o Paul, era francés y representaba a algo llamado el ACNUR. Había venido para ayudar a los mayores a construir almacenes de comida. Se decía que si le gustaba la gente de aquí, traería comida para llenar los almacenes. La mayoría de los chicos aceptaron dicha información, aunque muchos seguíamos mirando al hombre de reojo y esperábamos cualquier cosa de él: muerte, salvación, fuego.

Cuando el interés por el hombre se hubo apaciguado me acerqué lo bastante como para observarlo de cerca. Tenía una piel notable. Había días en que estaba realmente blanca como la tiza, y otros sonrosada, como la de un cerdo o la barriga de una cabra. Sus brazos y piernas aparecían cubiertos de mechones de pelo negro, que también recordaba al cerdo, pero era más largo.

Ese hombre sudaba más que cualquier otro que yo hubiera visto antes. Cada pocos minutos se secaba el sudor de la cara; esta parecía ser su principal ocupación diaria. Me descubrí sintiendo lástima por el blanco, por el sudor y por los múltiples detalles que tenía en común con un cerdo. No estaba hecho para el calor de Pinyudo y temí que empezara a arder. Se le veía frágil, abrumado por el sol; siempre llevaba consigo una botella de agua, prendida de la espalda con una especie de cinturón. Sudaba, se secaba el sudor, bebía agua, y poco después iba a sentarse bajo la higuera, solo.

Fui a ver a Ajulo y le pregunté por él. Hasta ella también había llegado la noticia del hombre blanco. Le pregunté si la presencia de ese hombre con la piel del revés era

buena o mala, lo que podía implicar. Ella dedicó un largo minuto a reflexionar sobre esto.

—El *khawaja* es algo interesante, hijo. Es muy listo. No te creerías lo que tiene en la cabeza. Sabe muchos idiomas, y los nombres de pueblos y ciudades, y sabe pilotar aviones y conducir coches. Los hombres blancos nacen con todos esos conocimientos. En este sentido es poderoso y muy útil, muy útil para nosotros. Cuando veas a un hombre blanco, puedes estar seguro de que las cosas mejorarán. Así que creo que este hombre será bueno para vosotros.

Al salir de la iglesia me dirigí al cura con la misma pregunta.

—Es algo muy bueno, Achak —dijo este—. El hombre blanco es un descendiente directo de Adán y Eva, ¿sabes? Has visto las imágenes de Jesús que aparecen en los libros, ¿verdad? Tanto Adán y Eva como Jesús y Dios, todos tienen esa piel. Son frágiles; el sol les quema la piel porque están muy cerca de ser ángeles. Los ángeles arderían igual si se los depositara en la tierra. Este hombre ha venido para entregarnos un mensaje de Dios.

Empecé a rondar en torno al hombre llamado Peter o Paul y él se percató de mi presencia enseguida. Un día Moses y yo estábamos paseando cerca del hombre, que estaba sentado bajo la higuera, aunque fingíamos no prestarle atención.

—¡El *khawaja* te ha sonreído! —dijo Moses.

Al principio esto me inquietó. Había decidido que algo malo pasaría si el blanco me ponía los ojos encima, así que siempre que el hombre se volvía hacia mí yo apartaba la mirada y luego caminaba deprisa hacia casa. Prefería observarle a cierta distancia; ver cómo trabajaba, verle descansar, siempre solo, bajo la higuera gigante. Tenía sentido que descansara a solas si tenía que recibir mensajes de Dios. Esos mensajes deben de ser difíciles de oír entre la multitud. Imaginaba esos mensajes como algo delicado. Eso parecía adecuado en el caso del hombre blanco, ya que parecía un hombre suave, un dios tranquilo, si es que realmente era un dios o un mensajero divino.

Pasé muchas noches despierto en el refugio, con la cara envuelta por la mosquitera, cercado por la noche y sus típicos ruidos, preguntándome si debía dirigirme a Peter o Paul para averiguar si sabía algo de Marial Bai, de mi familia, de sus destinos. Si el hombre era un auténtico descendiente de Adán y Eva y hablaba con Dios desde debajo de la higuera, tenía que saber algo de mis parientes: si estaban vivos, dónde se hallaban ahora. Tal vez incluso sería capaz de transportarme a Marial Bai. Si mis padres habían sido asesinados, podría resucitarlos y devolver la ciudad al estado en que se encontraba antes de que llegara la nube negra de los murahaleenes. Si podía hacer eso, algo que no parecía en absoluto improbable, ¿no podría también detener la guerra que asolaba el sur de Sudán? Tal vez no pudiera hacerlo solo, pero si recurría a su Dios y a otros dioses, ¿por qué estos no podrían interceder en nombre de todos los chicos de Pinyudo y permitirnos volver a casa? Decidí que por lo menos intentaría llevarlo a cabo y pedirle al hombre que, como mínimo, excluyera a Marial

Bai de la guerra. Si era necesario que siguiera la guerra, y yo sabía que los dioses a menudo dejaban luchar a los hombres, tal vez Marial Bai pudiera quedar exento. Pasaba muchas horas despierto todas las noches, mientras Los Once dormían a mi lado, enfrascado en planear cómo abordar al mensajero blanco y cómo pedirle esos favores sin resultar una molestia. Pero un día Peter o Paul se fue y ya no volvimos a verlo. Nadie nos dio explicación alguna.

Sin embargo no pasó mucho tiempo antes de que más personas blancas, así como colaboradores humanitarios de todo el mundo, empezaran a aparecer en Pinyudo. A lo lejos veía a las delegaciones caminando hacia el campamento, con vigor, siempre guiados con cuidado por uno de los sudaneses mayores. A veces se nos hacía cantar en honor de los visitantes o pintar enormes carteles de bienvenida. Pero ese era todo el contacto que teníamos con ellos. Los visitantes nunca se internaban en el campamento y la mayoría se marchaba el mismo día de su llegada.

Los camiones de provisiones venían tres veces al día; empezamos a disfrutar de doce comidas semanales (cuando antes eran siete). Ganamos peso, y se iniciaron proyectos por todo el campamento: se excavaban nuevos pozos, se abrían unidades médicas, llegaban más libros y lápices. En ese estado de relativa satisfacción y con el estómago lleno, empezamos a pensar en el regreso. Moses fue uno de los primeros que propuso volver a Sudán.

—Tenemos comida, la situación es estable —dijo—. Eso significa que en casa también están a salvo. Deberíamos volver ya. ¿Para qué quedarnos más? Ha pasado un año desde que nos marchamos.

Yo no sabía qué pensar. La idea parecía una locura, pero, del mismo modo que Ajulo había cuestionado nuestra permanencia en este lugar, también yo empecé a preguntarme por qué no debíamos cambiar de lugar, o incluso volver a casa.

—No tendríamos a los mayores con nosotros —dije—. Nos matarían.

—Ahora conocemos el camino —repuso Moses—. Formamos un grupo de veinte. Con eso bastaría. Nos llevaremos un arma. Cuchillos, lanzas. Bolsas de comida. No será como antes, como el viaje de ida. Tendremos todas las provisiones necesarias.

En realidad, los chicos no paraban de discutir sobre si la guerra había terminado o no. Muchos creían que había llegado la hora de volver y solo se echaron atrás cuando los rumores de regreso llegaron a oídos de los mayores. Un furioso Dut se plantó en el refugio una noche. Nunca había entrado en nuestra casa.

—¡La guerra no ha terminado! —gritó—. ¿Acaso os habéis vuelto locos? ¿Sabéis lo que os espera en Sudán? Las cosas están peor que nunca, imbéciles. Aquí estáis a salvo, se os da de comer, pronto iréis al colegio. ¿Y queréis ir, cruzar de nuevo el desierto solos? ¡Pero si algunos no sois más grandes que gatos! Ya nos hemos

enterado de que dos chicos han huido del campamento a medianoche. ¿Qué suponéis que les ha pasado?

Conocíamos a los chicos que se habían ido, pero ignorábamos cuál había sido su destino.

—Los bandoleros los mataron en el río. ¡Nunca conseguiréis ir más allá de los anyuak, críos!

Hacía gestos frenéticos. Se paró un momento para recobrar la compostura.

—Si alguno de vosotros es tan tonto como para pensar en irse, que se vaya. Sois demasiado estúpidos para quedaros. No os quiero aquí. Solo quiero a chicos con cerebro. Marchaos ahora; así cuando en otoño comience el colegio espero tener aquí solo a chicos lo bastante listos como para saber apreciar lo que tienen y lo que no tendrían en el desierto. Buenas noches.

Salió del refugio a toda prisa, temblando de ira incluso cuando ya estuvo lejos. Algunos de Los Once no se creyeron la historia de los bandoleros, porque no podían imaginar qué querrían los bandidos de unos chavales, pero, después del estallido de Dut, la inquietud general se redujo drásticamente. La perspectiva del inicio del colegio era una fantasía que deseábamos creer con todas nuestras fuerzas. Moses, sin embargo, no se quedó convencido. En él crecía un sentimiento de ira, que le conduciría a vivir aventuras peores que la que le había traído hasta Shendi.

—¡Valentino!

Un día, cuando me dirigía a misa, que siempre se celebraba a la sombra de un árbol concreto, cerca de donde vivían los etíopes, alguien pronunció este nombre al viento. Hacía mucho que no lo oía. Me volví, y una cara conocida, un sacerdote, vino hacia mí. Era el padre Matong, el cura que me había bautizado en Marial Bai. Dijo que había estado visitando otros campos de Etiopía y que ahora había venido a ver a los chicos de Pinyudo. Era la primera persona que veía en el campamento, aparte de Dut y Moses, a quien conocía de mi vida en casa. Permanecí en silencio durante un momento, mirándolo; por un instante tuve la sensación de que el mundo donde le había conocido, mi pueblo natal y todo lo que contenía, podría regenerarse a su alrededor.

—¿Estás bien, hijo? —Apoyó la mano sobre mi cabeza. Me sentía encantado. Pero seguía sin palabras—. Ven conmigo.

Durante ese día y otros más de las dos semanas que pasó en Pinyudo estuve paseando con el padre Matong. Ignoro por qué pasaba tantos ratos a solas conmigo, pero le agradecía el tiempo que me dedicaba. Le hacía preguntas sobre Dios y sobre la fe; quizá fuera único por la atención que prestaba a sus respuestas.

—¿Quién fue Valentino? —pregunté un día.

Estábamos dando uno de nuestros paseos y él se paró de repente.

—¿No lo sabes?

—No.

—¿No te lo he contado? ¡Si es mi santo favorito!

Nunca me lo había dicho. Ni me había dicho por qué me había puesto ese nombre.

—¿Quién era? —le pregunté.

En ese momento cruzábamos una pista de aterrizaje. Un grupo de soldados descargaba unos contenedores enormes de un avión. El padre Matong permaneció inmóvil durante un momento, observando, y luego dimos media vuelta y nos encaminamos hacia el campamento.

—Vivió hace mucho, mucho tiempo, hijo. Antes que el abuelo de tu abuelo. Antes que el abuelo y el abuelo de este. Antes de que hubiera más abuelos que estrellas hay en el cielo. Era un cura como yo, un cura corriente llamado Valentino. Trabajaba en Roma, un lugar que ahora se llama Italia, lejos de aquí, al norte, donde viven los blancos.

—¿Era blanco? —pregunté. La idea no se me había ocurrido.

—Sí. Un hombre muy bueno. Predicaba a su rebaño pero también se tomaba un interés muy especial por los prisioneros. En esa época muchos hombres en Roma eran encarcelados en circunstancias dudosas, y el padre Valentino no quería privarlos del evangelio. Así que iba a ver a los cautivos y les transmitía la palabra de Dios, y los presos acababan convirtiéndose. Pero los carceleros no apreciaban su obra: les molestaba su presencia y la luz que llevaba a las vidas de los prisioneros. Así que él también fue castigado. Fue encarcelado, azotado, desterrado. Pero una y otra vez encontró la forma de hablar con los prisioneros, e incluso convirtió a la hija del carcelero, que era ciega.

Mientras caminábamos nos habíamos acercado sin darnos cuenta a los barracones de las tropas etíopes. Oímos voces, y no tardamos en hallarnos frente a un grupo de soldados que presenciaban una pelea. Parecía un combate de lucha libre, aunque solo uno de los contendientes iba de uniforme y solo uno parecía moverse. Uno de los luchadores llevaba un atuendo del color de los anyuak y emitió un grito femenino. De nuevo alteramos el paseo.

—Visitaba a menudo a la chica; ella no era mayor que tú, hijo mío. Rezaban juntos y hablaban de su ceguera. Era ciega desde su más tierna infancia.

Volvió a apoyar la palma de su mano en mi cabeza y ese gesto volvió a hacerme sentir como si hubiera vuelto a casa.

—Pero cuando el carcelero se enteró de los esfuerzos del cura se enfureció. Su hija introdujo la palabra de Dios en la casa de su padre, y ese fue el final de Valentino. Lo encarcelaron, lo torturaron. Pero la hija sabía dónde estaba encerrado y fue a visitarlo. Él estaba encadenado al suelo, pero aun así rezaron, y ella durmió muchas noches a la puerta de su celda. Fue en una de aquellas noches, mientras rezaban antes de acostarse, cuando un resplandor inundó la celda. Penetró entre los barrotes y envolvió a Valentino y a la niña. El sacerdote no estaba seguro de si se

trataba de un ángel, pero atrajo a la chica hacia sí para protegerla; la luz flotó por la celda, dando vueltas como un tornado, y por fin se fue por la misma ventana enrejada por donde había venido. El cura y la hija del carcelero se quedaron a oscuras de nuevo.

—¿Qué era? —pregunté.

—Era un enviado de Dios, por supuesto. No cabe otra explicación. A la mañana siguiente, al despertar, la niña había recuperado la visión. Sus ojos habían estado ciegos desde que era un bebé, pero ahora podía ver. A raíz de este milagro el padre Valentino fue decapitado.

Pregunté al padre Matong por qué ese hombre era su santo favorito y por qué me había bautizado con su nombre. La respuesta no me quedó del todo clara, a pesar de que creo que el padre Matong esperaba que la entendiera. Apartó la mano de mi cabeza.

—Creo que tendrás el poder de hacer que la gente vea —dijo—. Creo que recordarás cómo era estar aquí, que aprenderás las lecciones que la vida te está enseñando en este lugar. Y algún día encontrarás a tu propia hija del carcelero, y a ella le llevarás la luz.

La mayoría de profecías no llegan a cumplirse. Las expectativas depositadas en mí por el padre Matong tardaron años en desvanecerse de mi mente. Pero lo hicieron, gracias a Dios. Libre de esa presión, mi cerebro estuvo, durante un tiempo, más despejado de lo que había estado en años.

Acabamos de sobrepasar la medianoche y Lino se ha dormido. Julian, sin duda cansado de vernos las caras e incapaz de prestarnos ayuda, ya sea por imposibilidad o falta de ganas, se ha retirado a un despacho que hay detrás del escritorio. Achor Achor está viendo un documental sobre Richard Nixon en la tele. Puede ver cualquier cosa que trate sobre política americana, o sobre política en general. Está convencido de que ostentará algún cargo en un nuevo Sudán del sur, si al final este se declara independiente. El gobierno de Jartum está repleto de sudaneses del sur, pero Achor Achor insiste en que solo regresará a Sudán si el sur vota por la secesión en 2011, tal y como autoriza el Acuerdo de Paz. Falta por ver si el Frente Nacional Islámico o Omar al-Bashir, el presidente de Sudán, permiten que esto ocurra.

El teléfono de Achor Achor empieza a vibrar sobre la mesa, entre nosotros, mientras gira despacio en el sentido de las agujas del reloj. Él busca en los bolsillos y yo levanto el teléfono y se lo paso. A estas horas tengo la práctica seguridad de que es una llamada desde África. Achor Achor se pone al teléfono y abre mucho los ojos.

—¿Dónde? ¿En Juba? —Achor Achor se levanta de un salto y se aleja, más allá de Julian. Lino ni se mueve. Sigo a Achor Achor y él me pasa el teléfono—. Es Ajing. Se ha vuelto loco. Habla con él.

Ajing es un amigo nuestro de Kakuma que ahora trabaja para el nuevo gobierno del sur de Sudán. Vive en Juba y está estudiando ingeniería.

Cojo el teléfono.

—¡Valentino! ¡Soy Ajing! ¡Llama a la CNN y diles que la guerra ha vuelto a empezar!

Está sin aliento. Le ruego que se calme.

—Acaba de estallar una bomba. O un mortero. Nos han bombardeado. Ha habido una gran explosión. Llama a la CNN y diles que envíen una cámara. El mundo tiene que saberlo. Bashir nos está atacando de nuevo. ¡La guerra ha vuelto! Te llamo luego... ¡Avisa a la CNN!

Cuelga, y Achor Achor y yo nos miramos. Hemos oído el caos de fondo, ruido de maquinaria y movimiento. No cabe duda de que Ajing, que vive en Juba, debería estar informado de lo que está pasando allí. El estómago me da un vuelco. No sé si podría soportar que la guerra empezara de nuevo, ni siquiera estando a salvo en Estados Unidos. Dudo que ninguno de nosotros pudiera. Vivimos con la conciencia de que el sur de Sudán se está reconstruyendo, de que nuestras familias están a salvo. Pero esto, el regreso a la sangre y a la locura, estoy seguro de que no podría soportar la carga.



—¿Deberíamos llamar a la CNN? —pregunta Achor Achor.

—¿Por qué nosotros? —digo yo.

—Vivimos en Atlanta. Tú has conocido a Ted Turner.

Es un punto a favor. Decido que empezaré por llamar a Mary Williams y procederemos a partir de ahí. Estoy marcando su número cuando de nuevo suena el móvil de Achor Achor. Contesto yo.

—Lo siento, Valentino, estaba equivocado. ¡Qué alivio! —Ajing sigue jadeando y parece haber olvidado el resto de la explicación.

—¿Qué? —grito—. ¿Qué ha pasado?

Me dice que ha sido una falsa alarma. Se produjo una explosión en los barracones, pero ha sido un accidente interno, un error, nada.

—Lamento haberte asustado, amigo —dice Ajing—. Por cierto, ¿tú cómo estás?

Lino duerme con la cabeza inclinada, apoyada en la pared que tenemos detrás, y observo cómo esta empieza a resbalar hacia la derecha, hasta que su peso ya es demasiado. Cae sobre el hombro y él se despierta sobresaltado, me ve y parece momentáneamente sorprendido al verme. Sonríe como si estuviera borracho y luego vuelve a dormirse.

Ha transcurrido una hora desde que llamé Ajing, y Julian ha sido reemplazado por una mujer blanca, mayor, con una gran nube de cabello gris que le cubre la frente y cae por su espalda. La miro. Cuando hago ademán de acercarme a ella, con la esperanza de darle lástima, ella se levanta y encuentra algo urgente que hacer en la sala contigua. Aquí ya no nos consideran pacientes. Nadie sabe qué hacer con nosotros. Somos muebles.

Así que me siento junto a Achor Achor.

Con Tabitha incluso las horas en las salas de espera eran algo eléctrico. Como les sucede a muchas parejas en los primeros meses de amor, estábamos contentos en las situaciones más vulgares. Hacíamos pocas cosas que pudieran considerarse especiales o tan siquiera imaginativas; ninguno de los dos teníamos dinero para restaurantes o espectáculos. Solíamos quedarnos en mi apartamento, a ver películas o incluso deportes por televisión. Una noche de verano, mientras Edgardo reparaba el Corolla, nos pasamos la noche esperando autobuses y paseando en ellos. Fue una noche llena de esperas y luces fluorescentes, y sin embargo se convirtió en una noche casi paradisíaca. Mientras esperábamos el autobús que nos llevara a casa desde el centro, donde habíamos dado un paseo por Olympic Park, me acarició el cuello y me susurró al oído que se moría por besarme, por quitarme la camisa. Su voz era seductora por teléfono, abrumadora en persona y explosiva cuando me rozaba la oreja. Las marquesinas de los autobuses de Atlanta no han conocido un romance mayor.

Pero cuando estábamos separados ella podía mostrarse caprichosa y exigente. Me llamaba siete veces en un día, y si por lo que fuera no atendía sus llamadas sus mensajes iban volviéndose más entrecortados, cargados de sospechas, llegando incluso a ser crueles. Cuando por fin recomponíamos la relación y las conversaciones telefónicas recuperaban la normalidad, ella desaparecía durante días. Su ausencia quedaba inexplicada, y cuando reaparecía me prohibía indagar por qué o dónde se había ido. Yo a menudo me esforzaba por intentar descifrar las escasas señales que me ofrecía. «¿Me estás acosando?», me preguntó un día, aunque a la semana siguiente se preguntaba si no era ella la acosadora. Su conducta me tenía tan desorientado que se lo comenté a Allison Newton, mi amiga adolescente. «Diría que tiene otro novio», dijo Allison, y no la creí. «Es la típica conducta en ese tipo de situaciones: te agobia cuando vuelve para compensar, y sospecha de ti por las cosas que está haciendo ella misma.» Esa fue la última vez que pedí consejo a Allison sobre estos temas.

Con la esperanza de encontrar algo de comer, salgo de la sala de espera y recorro los pasillos de paredes color salmón, pasando ante las fotografías de los antiguos administradores del hospital y ante las obras de jóvenes artistas. A la venta hay pasteles y acuarelas pintados por estudiantes de un instituto local. Los observo uno por uno. Abundan las mascotas, en cuatro aparece Tupac Shakur, y dos cuadros muestran un muelle desvencijado sobre un lago de plácidas aguas. La exposición de arte termina junto a un largo ventanal que da a la sala de espera. La sala es oscura con muebles estampados en borgoña y azul. Veo dos máquinas que venden comida y me dispongo a abrir la puerta. Pero hay una familia allí, durmiendo en el sofá. El padre está en un extremo, con la cabeza apoyada en una bolsa de lona que ha colocado sobre el brazo del sofá. A su lado hay tres críos pequeños, dos niñas y un niño, ninguno mayor de cinco años, tumbados uno al lado del otro. Diseminadas a sus pies distingo pequeñas mochilas de color rosa; sobre la mesita están los restos de la cena. Lo más probable es que sea la madre la que está ingresada. Fuera, en el aparcamiento, hay un árbol solitario iluminado desde abajo: sus ramas desnudas poseen un brillo sonrosado. Desde mi perspectiva la familia durmiente parece hallarse debajo del árbol, al abrigo de sus nudosas y largas ramas.

Aunque desearía entrar y comprar algo de comer no quiero despertarlos, así que me siento junto a la puerta y leo cartas de Tabitha. Saco de la cartera la hoja que guardo allí, tres correos electrónicos de Tabitha. Los imprimí una noche. Habíamos concertado una cita por teléfono; mi intención era abordar con ella el tema de sus cambios de humor y sus contradictorias reacciones y pretendía poner como ejemplo esos correos, escritos en el transcurso de una semana. Aquella noche no tuve valor para enfrentarme a ella, pero desde entonces los llevo en la cartera, y los leo para castigarme a mí mismo y para recordar cómo se expresaba Tabitha por escrito: en un tono mucho más efusivo que cuando estábamos juntos. Pocas veces me decía a la

cara «Te amo», pero en sus correos, escritos al amparo de la distancia, sí que era capaz de hacerlo.

El primer mensaje decía así:

Mi Val:

Solo quería decirte que te amo. Que el espíritu de Dios mantenga vivo y dulce nuestro amor. Te amo, cariño, y llevo tu sonrisa en mi corazón. Adoro tus hermosas sonrisas; creo que nunca me cansaré de ellas. Estoy tan enamorada que no puedo dejar de pensar en ti porque eres cariñoso, bueno, detallista, alegre, encantador, respetuoso y fantástico. Te he echado mucho de menos esta semana. Hablamos un ratito por teléfono pero eso no me basta.

Creí que volverías a llamarme, pero no he recibido ninguna llamada. No sé si lo has hecho o no.

Con todo, todo, todo mi amor,

Tabitha

El segundo mensaje estaba fechado dos días después:

Hola Val:

No sé si ayer me llamaste o no. Para tu información me robaron el móvil, el maquillaje y la colonia durante la clase de educación física. Por el momento he cancelado la línea, hasta que reponga el teléfono. No sé cuánto tardaré en tener otro.

Estoy bien, pero ando algo confusa con todo. Tengo dudas de si deberíamos o no seguir juntos. Atlanta está muy lejos y a veces creo que si de verdad me quisieras te trasladarías aquí. Sabes que no puedo irme: en Seattle tengo a mis hermanos, y la universidad. Pero si de verdad me amaras tanto como dices...

Supongo que tendremos que recurrir al correo electrónico hasta que tenga otro teléfono. Tal vez este descanso nos venga bien a los dos.

Con afecto,

Tabitha

Y una semana más tarde, cuando recuperó el teléfono, recibí el siguiente:

Cielo:

Ayer pensaba en ti, justo antes de dormirme. Luego tuve unos maravillosos sueños en los que aparecíamos tú y yo. No me preguntes qué pasaba en el sueño. Quiero contártelo por teléfono, quiero susurrártelo al oído cuando ambos estemos en la cama. ¿Podrías acostarte hoy más tarde para que pueda llamarte? Te llamaré a las 10 como mucho, las 11 en tu zona.

¿Te estoy acribillando a mensajes? Dime si es así, por favor. ¿Dónde te has metido? ¿Has estado evitándome? No juegues conmigo, por favor. Necesito saber

que me amas porque la vida ya es lo bastante dramática ahora mismo para añadirle incertidumbres sobre temas importantes como el amor.

Desesperada y anhelante,

Tabitha

Creo que a Tabitha le gustaba mucho la idea de ser conquistada, de saber que aunque yo estaba lejos, la esperaba, vivía por ella. La imagino diciendo a sus amigas lo «buen chico» que era yo mientras mantenía los ojos abiertos por si surgía alguien nuevo. No quiero decir que crea que ella me engañaba. Solo que era una joven deseable, ávida de aprovechar las oportunidades que le ofreciera este país, y tan necesitada de atención como de amor. Quizá incluso más.

En cualquier caso, Tabitha no era la primera mujer que me desconcertaba, que me confundía. En Etiopía hubo cuatro mujeres, hermanas, y encontrar a alguien así en un campo de refugiados como Pinyudo era toda una sorpresa. No era yo el único que estuvo obsesionado con ellas, aunque al final sí fui el único que triunfó. Cualquier miembro del campamento de Etiopía ha oído hablar de las Princesas de Pinyudo, pero me sorprendió que Tabitha también las conociera.

Aquel día hablábamos de mi nombre: Tabitha acababa de contarle a una amiga americana mayor que ella que se estaba viendo con un hombre llamado Valentino y esta amiga le había explicado las implicaciones de ese nombre. En cuanto oyó las historias de Rodolfo Valentino, Tabitha me llamó y, presa de un nuevo ataque de celos, exigió saber si yo tenía tanto éxito con las mujeres como mi homónimo. No alardeé, pero no pude negar tampoco que algunas chicas y mujeres habían encontrado mi compañía agradable.

—¿Cuánto tiempo llevas así, teniendo éxito con las mujeres? —preguntó ella, con una incómoda mezcla de anhelo y acusación.

Le dije que siempre había sido igual.

—¿Incluso en Pinyudo salías con chicas? —preguntó esperando que la respuesta fuera no.

—Hubo chicas, sí —le dije—. Estaban esas cuatro chicas en particular: unas hermanas llamadas Agum, Agar, Akon y Yar Akech, y...

Me interrumpió al momento. Conocía a esas chicas.

—¿Eran de Yirol? —preguntó.

Le dije que, efectivamente, así era. Y entonces caí en la cuenta. Claro que Tabitha conocía a esas chicas. No solo las conocía, prosiguió, estaba emparentada con ellas: era su prima. Y ese dato apaciguó los celos de Tabitha mientras yo le contaba la historia de las Princesas.

Corría el año 1998. Llevábamos unos meses en Pinyudo cuando sucedió algo raro: abrieron las escuelas. El campamento tenía un nuevo director llamado Pyang Deng,

un hombre al que todos considerábamos compasivo, íntegro, un hombre razonable que sabía escuchar. Jugaba con nosotros, bailaba con nosotros y, con la ayuda del brazo sueco de Save the Children y del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, abrió colegios para dieciocho mil niños refugiados. Un día organizó una asamblea, y como en aquella época el campamento no disponía de sillas, micrófonos ni megáfonos, nos sentamos en el suelo y él gritó a pleno pulmón.

—¡Las escuelas serán vuestras!

Lo celebramos.

—¡Seréis los sudaneses mejor educados de la historia! —bramó él.

Atónitos, seguimos aplaudiendo.

—¡Ahora construiremos las escuelas!

De nuevo aplaudimos, pero los aplausos se mitigaron enseguida: comprendimos que la tarea caería sobre nuestros hombros. Y así fue. Al día siguiente nos enviaron al bosque a talar árboles y recoger hierba. Nos dijeron que la selva era peligrosa. Nos advirtieron que había animales; además, prosiguieron, había gente oriunda del lugar que consideraba esa selva como suya y a la que era mejor evitar. Los peligros eran muchos, pero nos enviaron a la selva de todos modos y casi inmediatamente se produjeron las primeras víctimas. El primer día un chico llamado Bol se internó en el bosque y ocho días después se encontró parte de su pierna. Los animales habían dado cuenta del resto de su cuerpo.

Pero para entonces ya habíamos conseguido los materiales y las escuelas se materializaron: cuatro palos, un techo de paja, o a veces, cuando lo conseguíamos, de revestimiento de plástico. Construimos doce colegios en una semana, a los que llamamos: Colegio Uno, Colegio Dos, Colegio Tres, etcétera. Cuando terminamos con la construcción fuimos convocados en el campo que se había convertido en el escenario de desfiles y de proclamas importantes. Dos hombres se dirigieron a nosotros: un sudanés y un etíope, los codirectores educativos del campamento.

—¡Ahora tenéis colegios! —dijeron.

Aplaudimos.

—Lo primero que haréis cada día será desfilar. Después asistiréis a clase. Y, cuando salgáis de clase, trabajaréis hasta la hora de cenar.

Nuestro entusiasmo volvió a decrecer.

Pero en otros aspectos la vida en el campamento era cada día mejor. Con la intervención de la ONU llegaron los envíos de ropa, por ejemplo, un acontecimiento que fue muy celebrado por todos los chicos, sobre todo por aquellos que eran ya demasiado mayores para ir desnudos y que habían pasado sin ropa desde nuestra llegada a Etiopía. Siempre que llegaba un cargamento los mayores retiraban las bolsas más grandes, repletas de prendas, etiquetadas como «Regalo del RU», o «Regalo de los Emiratos Árabes», y las distribuían entre los grupos de los más pequeños. Cuando tuvimos acceso a la primera remesa fui yo el encargado de repartir la ropa entre Los Once, y para evitar discusiones nos sentamos en círculo y fui

entregando las prendas una por una en el sentido de las agujas del reloj. No importaba que la prenda en cuestión no fuera de la talla del receptor. Sabía que el intercambio se impondría entre Los Once y entre otros grupos. No había más remedio, ya que la mitad del primer cargamento que nos tocó en suerte era ropa de mujer. Habría resultado divertido si no hubiéramos estado tan desesperados por volver a tener el aspecto de siempre, con camisas, zapatos y pantalones. Sin ropa no podíamos ocultar las heridas, las costillas que sobresalían de nuestros cuerpos. Nuestra desnudez, los harapos, denunciaban a las claras el lamentable estado en que nos hallábamos.

Cuando empezaron las clases la mayoría de nosotros había logrado agenciarse ropa suficiente, y el primer día, al sentarnos, nos sentimos como estudiantes de verdad en un colegio real. Las clases eran cuartos techados, carentes de paredes, y en esa primera mañana de clases los cincuenta y un chicos nos sentamos en el suelo a esperar. Por fin entró un hombre y se presentó como el señor Kondit. Era alto, muy delgado, con un cráneo sorprendentemente reducido. Escribió su nombre en la pizarra, algo que nos dejó muy impresionados. Solo unos pocos de entre nosotros podíamos reconocer alguna letra, pero aun así contemplamos aquellas marcas blancas de la pizarra, y parpadeamos felices y expectantes ante lo que fuera a suceder a continuación.

La clase del primer día versaba sobre el abecedario. El señor Kondit hablaba en voz alta y dura, como si le impacientara tener que explicarnos estas cosas. Aquel primer día tuvimos la impresión de que deseaba que esa lección, todas las del abecedario y las que implicaban lengua y escritura en general, quedaran listas en una hora. Pretendía mostrarnos el alfabeto y acabar con él.

ABC

Escribió esas tres letras y las leyó en voz alta para enseñarnos cómo sonaban. Como no disponíamos de lápices ni de cuadernos el señor Kondit nos envió a la calle. Allí copiamos las letras en la tierra con la ayuda de palos o con los dedos.

—¡Haced las letras claras! —vociferó desde la pizarra—. Tenéis tres minutos. Si os equivocáis, borrad la letra y empezad de nuevo. Cuando hayáis dibujado tres letras que os parezcan satisfactorias levantad la mano y pasaré a verlas.

Las manos empezaron a alzarse y el señor Kondit inició su ronda de inspección.

Yo nunca había escrito antes; la primera vez que traté de escribir la letra B en la tierra, el señor Kondit la miró por encima de mi hombro y emitió un gruñido de desaprobación. Se inclinó, me cogió el dedo con aspereza y lo guió sobre la tierra hasta dibujar una B correcta: hizo tanta fuerza que la uña se me partió y empezó a sangrar.

—¡Hay que esforzarse más! —gritó por encima de nuestras cabezas—. Ahora no tenéis nada. Solo educación. ¿No lo veis? ¡Nuestro país está en ruinas y la única forma que existe de reclamarlo es aprendiendo! Nos robaron la independencia por

culpa de la ignorancia de nuestros antepasados y ahora es el momento de reparar ese error. Muchos de vosotros ya no tenéis madre. Habéis perdido a vuestros padres. Pero tenéis educación. Si sois lo bastante listos como para aprovecharlo, aquí se os educará. La educación será vuestra madre. La educación será vuestro padre. Mientras vuestros hermanos mayores luchan en esta guerra con rifles, cuando paren las balas, vosotros lucharéis en la siguiente guerra con vuestros lápices. ¿Comprendéis lo que os digo?

Para entonces estaba afónico y bajó la voz.

—Quiero que aprendáis, muchachos. Conseguir un nuevo Sudán depende de vosotros. Si alguna vez me muestro impaciente es porque no puedo esperar a que termine esta maldita guerra y a que asumáis vuestro papel en el futuro de una tierra en ruinas.

De camino hacia los refugios el señor Kondit se convirtió en tema de apasionado debate.

—¿Habéis oído a ese chiflado? —decíamos.

—¿«La educación es vuestra madre»? —decíamos.

Nos reímos y le imitamos. Estábamos convencidos de que, como tantos otros que habían cruzado el desierto para llegar a Etiopía, el señor Kondit había perdido la razón a lo largo del viaje.

No mucho después de que abrieran las escuelas se produjo otro hecho inesperado: aparecieron niñas en clase. En general había pocas niñas en Pinyudo, y, por lo que yo sabía, ninguna asistía al colegio. Pero una mañana, mientras los cincuenta y un chicos de la clase del señor Kondit nos instalábamos en el suelo frente a la pizarra, advertimos la presencia de cuatro personas nuevas, todas de sexo femenino, sentadas en la primera fila. El señor Kondit estaba agachado frente a las nuevas: hablaba con ellas y les acariciaba la cabeza con gesto afectuoso. Yo estaba atónito.

—Clase —anunció el señor Kondit después de incorporarse—, hoy tenemos a cuatro estudiantes nuevas. Se llaman Agar, Akon, Agum y Yar Akech. Desean ser tratadas con respeto y cortesía porque son muy buenas alumnas. También son mis sobrinas, así que espero que os comportéis con ellas con el debido respeto.

Y tras esas palabras dio comienzo la lección. Yo estaba tres filas por detrás de las niñas y me pasé todas las horas de ese día con la vista fija en sus nuca. Estudié sus cuellos y su cabello, como si pudiera desentrañar los secretos del universo en los giros de sus trenzas. Eché un vistazo a mi alrededor para ver si los demás chicos compartían mi reacción y descubrí que no era el único. Aquel día no aprendimos nada académico, y sin embargo los chicos compartimos la inexorable sensación de que el objetivo de nuestras vidas y de nuestras búsquedas había cambiado. Estas cuatro hermanas —Agar, Akon, Agum y Yar Akech— todas llenas de gracia, bien vestidas y

haciendo gala de una atractiva altivez, eran mucho más merecedoras de estudio que nada de lo que podía escribirse en una pizarra o en la tierra que rodeaba el aula.

Esa noche no comimos ni dormimos como hasta entonces. La cena se cocinó y se consumió, pero no se saboreó. El sueño llegó cuando el alba empezaba a filtrarse desde el otro lado del horizonte. Nos pasamos la noche entera en vela hablando de las hermanas. Al principio ninguno sabíamos quién era quién; la presentación del señor Kondit había sido demasiado rápida y amenazadora. Solo gracias a un intenso intercambio de información Los Once lograron recordar los cuatro nombres, y a través del mismo sistema amasamos un dossier sobre cada una de ellas. Agar era la mayor, eso parecía obvio. Era muy alta y llevaba el pelo peinado en trenzas; su vestido era de un vistoso color de rosa estampado con flores blancas. La seguía Akon: de cara redonda y pestañas muy largas, llevaba un vestido a rayas azules y rojas que hacían juego con los coleteros del cabello. A juzgar por su estatura, Agum podría haber sido de la misma edad que Akon, pero era, sin embargo, mucho más delgada. No se le veía el menor interés por los asuntos del colegio y parecía sumida en un constante estado de aburrimiento o frustración, de exasperación incluso, por todo y por todos. Estaba claro que Yar Akech era la más pequeña, varios años menor que Agum y Akon, y quizá un año más joven que Los Once y yo. No obstante, era más alta que nosotros, y este hecho, que todos fuéramos más bajos y menos maduros que las sobrinas, aumentó la fascinación que sentíamos por aquellas niñas de apariencia inalcanzable.

Después de haber consumido la noche diseccionando todos y cada uno de los detalles de las hermanas, entre nosotros flotaba una pregunta que no parecía tener respuesta: ¿Volverían las niñas al día siguiente? ¿Y al otro? Nos parecía algo demasiado bueno para mí, para Moses y para Los Once. O para los cincuenta y uno. ¿De verdad seríamos tan afortunados? Eso significaría un vuelco completo en relación al colegio y al mundo que conocíamos.

Todos nosotros, Los Once y yo, nos dirigimos al colegio aquella mañana como envueltos en una nube. Ninguno habíamos dormido lo suficiente como para tener la mente despejada. En cuanto entramos vimos a las sobrinas. Estaban sentadas en sillas, en la parte de atrás. Nosotros ocupamos los asientos de delante.

—Muy bien —dijo el señor Kondit—. Resulta evidente que estáis en una edad en la que os cuesta concentraros en presencia de jovencitas.

No dijimos nada. ¿Cómo lo había sabido? ¡Qué listo era el señor Kondit!, nos dijimos.

—He hecho unos cuantos cambios de asientos para que podáis concentraros mejor. Confío en que la lección de hoy será más cautivadora para vosotros, alumnos. Así que continuaremos con las consonantes...



No teníamos más opción que ver y escuchar al señor Kondit, aunque no era eso lo que habíamos planeado. Cada uno de nosotros había llegado a clase con otra idea en mente. De hecho ya habíamos repartido las tareas, asignando una chica a cada dos o tres chicos, para obtener de ellas la mayor cantidad de información posible gracias a una observación atenta. Pero a menos que nos diéramos la vuelta por completo, contemplar a las niñas era ahora una misión imposible. Los hallazgos, por tanto, quedaron reducidos a los períodos en que escribíamos fuera, al principio o al final de la clase.

Hacia el final de la primera semana, y gracias a la labor de reconocimiento que realizábamos antes de entrar en el colegio, después de salir o durante los ratos de ejercicios en el exterior, habíamos recabado información sobre la ropa de las hermanas, su cabello, sus ojos, sus brazos y sus piernas, pero ellas no habían hablado con chico alguno. No abrían la boca durante la clase ni trababan conversación con ningún niño. Lo que se sabía era que eran uniformemente bellas, muy listas y mejor vestidas que cualquier chico de los que vivíamos solos. La ropa de las sobrinas estaba limpia y no presentaba agujeros ni desgarrones. Lucían brillantes tonos rojos, púrpuras y azules, e iban peinadas con esmero. Yo nunca había tenido el menor interés por jugar con niñas, ya que tendían a romper a llorar enseguida y no solían querer luchar, pero durante muchas semanas, todas las noches, después de que la charla de Los Once se extinguiera y nos venciera el sueño, me descubría tumbado en el refugio preguntándome por qué disfrutaba de la gracia de tener a estas espectaculares princesas en mi clase. ¿A qué venía ese golpe de suerte? Entonces parecía que Dios tenía un plan. Dios me había separado de mi hogar y de mi familia, me había enviado hasta ese inhóspito lugar, pero ahora todo parecía obedecer a una razón. Me decía que había sufrimiento, pero también luz. Había sufrimiento y luego alegría. Había ido a parar a Pinyudo, ahora estaba claro, para poder conocer a estas niñas maravillosas, y el hecho de que fueran cuatro significaba que Dios pretendía enmendar todas las desgracias de mi vida. Dios era bueno, era justo.

Me descubrí levantando la mano en clase con más frecuencia. Mis respuestas solían ser acertadas. Por improbable que parezca, era más listo de lo que había sido días atrás. Me sentaba en primera fila. Aunque estaba más alejado de las niñas, necesitaba estar en un lugar donde llamara la atención del señor Kondit, y, por extensión, la de sus sobrinas. Respondía a todo lo que se me preguntaba y estudiaba con diligencia todas las noches. Quería destacar delante de esas niñas, y como solo las veía en clase —ya que vivían en el extremo más alejado del campamento, con la gente más importante— tendría que aprovechar ese lugar para impresionarlas.

Siempre que daba una respuesta correcta el señor Kondit me decía: «¡Muy bien, Achak!», y si podía hacerlo y pasar desapercibido, yo miraba de reojo a las sobrinas para ver si se habían percatado. Pero pocas veces parecían hacerlo.

Los Once sí que se habían percatado y me tomaban el pelo a todas horas y sin la menor piedad. Mi nuevo éxito en el colegio les restaba brillo y esto era motivo de

preocupación. Querían saber si seguiría siendo tan pelota.

—¿Por qué de repente te interesa tanto el colegio, Achak? —preguntaban.

—¿La educación es ahora tu madre y tu padre, Achak? —preguntaba Moses.

Sus pullas me obligaron a admitir mi estrategia.

—¡Me importa un pito si la educación es o no mi padre! —exclamé.

Los Once se revolcaron, entre risas.

—Ahora ya sabéis por qué levanto la maldita mano a todas horas. Ahora callaos.

Pero yo no había terminado lo que había empezado. Cuanto más me esforzaba, y cuanto más desapercibidos pasaban mis intentos a las sobrinas, mayores eran mis esfuerzos. Me quedaba después de clase a borrar la pizarra y a ordenar los libros y papeles del señor Kondit. Pasaba lista al principio de cada clase, algo que era a la vez una bendición y una maldición. Mientras pronunciaba los nombres tenía que enfrentarme a las irónicas miradas de Los Once, que me sonreían como posesos y parpadeaban en un amago de flirteo histérico. Sin embargo, cuando terminaba con ellos podía pronunciar los nombres de Agar, Akon, Agum y Yar Akech, y de este modo me convertí en el único chico al que miraban a los ojos y el único al que dirigían la palabra. Presente, decían las hermanas. Presente, presente, presente.

Eran las Sobrinas del Rey de Pinyudo. Uno de mis compañeros les puso ese nombre y a partir de ese momento el apodo cuajó —aunque también se las conocía como las Princesas— entre los cincuenta y uno de clase e incluso por todo el campamento. Había otras familias, otros grupos de hermanas, sí, pero ninguno tan excepcional en su conjunto. Las cuatro niñas tenían que haberse enterado del apodo y nadie dudaba de que no les disgustaba. Eran conscientes del modo en que las idolatrábamos, pero seguían mostrándose ajenas a mí.

A medida que avanzaba el semestre empecé a dudar de mi estrategia. Era el mejor estudiante de la clase, pero aun así no me hacían el menor caso. Empecé a preocuparme de que no les importaran nada los logros académicos, ya fueran míos o de cualquier otro chico. Era probable que no quisieran tener nada que ver con alguien como yo, un menor sin familia. Eso era muy distinto que ser la sobrina del señor Kondit. Los menores sin familia ocupaban el escalafón más bajo en la pirámide de Pinyudo: era algo que se nos recordaba a todas horas. Nuestra ropa era escasa y harapienta, y nuestras casas parecían haber sido construidas por chicos, lo que obviamente se correspondía con la realidad. Cuando llegué a Estados Unidos un amigo me compró un regalo, un juego de construcción. Las piezas del juego eran tan parecidas a los palos que usamos para construir los primeros refugios de Pinyudo que no pude menos que reírme. Achor Achor y yo montamos una imitación de la casa del Grupo Doce sobre la mesita de centro y nos reímos un poco más. El parecido con la real era asombroso.

Tuvo que pasar un semestre entero, pero por fin mis esfuerzos con las Princesas dieron sus frutos. A una semana de que las clases se interrumpieran durante un mes, Agum me paró a la salida del colegio y me dijo algo. Fue tan alucinante como si una cebra se hubiera plantado ante mí silbando. ¿Qué había dicho Agum? Tuve que unir las palabras. Era todo tan repentino, el paso de una vida a otra. Estaba tan impresionado que no oí nada. La había mirado a los ojos, a las pestañas, a la boca que estaba tan cerca de la mía.

—Achak, mi hermana quiere preguntarte algo —había dicho ella.

De repente la mayor, Agar, la más alta, apareció a su lado.

Su hermana la pisó y recibió un cachete a cambio. Yo ignoraba lo que sucedía, pero la cosa pintaba bien.

—¿Quieres venir a comer a nuestra casa? —preguntó Agar.

En ese momento caí en la cuenta de que me había puesto de puntillas. Me coloqué bien con la esperanza de que no lo hubieran notado.

—¿Hoy? —pregunté.

—Sí, hoy.

Lo pensé por un instante. Lo pensé lo bastante como para dar la respuesta equivocada.

—No puedo aceptar —dije.

No podía creer que hubiera dicho eso. ¿Podéis creer que dijera eso? Había rechazado una invitación de las Sobrinas del Rey de Pinyudo. ¿Y por qué? Pues porque me habían enseñado que un caballero se distingue por rechazar invitaciones. Mi padre me había enseñado esa lección una noche de verano mientras le ayudaba a cerrar la tienda, pero el contexto no podía aplicarse a este caso, aunque en eso reparé después. Mi padre había estado hablando sobre el adulterio, sobre el honor de un hombre, sobre el respeto por las mujeres, sobre la santidad del matrimonio. No hablaba, como recordaría yo luego, de rechazar una invitación a comer. Pero en ese momento, creyendo actuar como un caballero, rehusé el ofrecimiento.

Las alegres caras de Agum y Agar se ensombrecieron.

—¿No puedes aceptar? —dijeron.

—Lo siento. No puedo —repetí antes de retroceder.

Retrocedí hasta chocar con uno de los postes que apuntalaban el aula. Este amenazó con caérseme encima, pero me aparté, enderecé el poste y luego corrí hacia casa. Me pasé una hora sintiéndome muy satisfecho conmigo mismo, por el acertado control que había demostrado sobre mis emociones e impulsos. ¡Era un modelo de autodomínio, un auténtico caballero dinka! Y estaba seguro de que las Sobrinas del Rey se habían dado cuenta. Pero tras esa hora de reflexión la verdadera realidad se abatió sobre mí: había rechazado la invitación a comer de las mismas chicas a las que había intentado impresionar durante todo el semestre. Me habían ofrecido lo único que deseaba: pasar un rato a solas con ellas; oírla charlar en la intimidad, saber qué opinaban de mí, del colegio y de Pinyudo, y por qué se hallaban aquí; degustar una

comida preparada por su madre: ¡disfrutar de un plato cocinado de verdad, por una mujer dinka! Era un idiota.

Intenté recuperarme. ¿Qué podía hacer? Tenía que agarrar aquella invitación, que ahora se había convertido en polvo, y reconstruirla de algún modo. Me haría el tonto. ¿Podía fingir que mi negativa había sido una broma? ¿Me creerían?

Se acercaba el final del semestre, y con él los exámenes finales. Cuando terminara el colegio estaríamos un mes sin clases, y si no salvaba la situación no volvería a verlas hasta que la escuela reabriera sus puertas en primavera. Me encontré a la más pequeña, Yar, leyendo un libro de texto a la sombra de un árbol.

—Hola, Yar —le dije.

No contestó. Me miraba como si le hubiera robado el almuerzo.

—¿Sabes dónde están tus hermanas?

Sin decir palabra señaló a Agar, que en ese momento venía hacia nosotros. Me erguí y esboqué una sonrisa que pedía perdón a gritos.

—No debería haber rechazado la invitación —dije—. Quería ir a comer.

—En ese caso, ¿por qué dijiste que no? —preguntó Agar.

—Porque...

Mientras hablábamos, mientras yo vacilaba, Agum se unió al grupo. Y sometido a esa clase de presión se me ocurrió una idea maravillosa y repentina. En una semana de obsesión no había podido idear una excusa razonable, pero aquí, en un instante desesperado, di con la solución perfecta.

—Me preocupaba lo que vuestra madre pudiera pensar de mí.

Eso despertó el interés de Agum y de Agar.

—¿Qué quieres decir?

—Pertenezco a los dinkas malual giernyang. No hablo vuestro dialecto. Mis costumbres son distintas. No estaba seguro de que vuestra madre lo aceptara.

—¡Oh! —exclamó Agar.

—La verdad —dijo Agum— es que pensamos que eras retrasado mental.

Agar, Agum e incluso Yar compartieron una risita que denotaba a las claras que habían sostenido prolongadas discusiones sobre mi capacidad cerebral.

—No te preocupes por ser dinka malual —dijo Agum—. A ella no le importará de dónde eres. Le caerás bien.

Entonces Agar se apresuró a susurrar algo al oído de Agum.

—Pero, para no arriesgarnos —rectificó Agar—, tal vez sea mejor no decírselo.

Hubo otro intercambio de susurros.

—Y le diremos que eres del Bloque Dos, no del grupo de menores sin familia.

Permanecí callado durante un instante.

—¿Te parece bien? —preguntó Agar.

No podía importarme menos. Lo único que me importaba era que el truco había funcionado. Me había hecho la víctima, fingiendo que mi condición de dinka malual me hacía sentir inferior, indigno de su amistad. Y había salido bien. Daba pie a que

ellas hicieran gala de su generosidad al aceptarme y yo quedaba como un rey por haberme negado al principio. Me felicité por mi rapidez mental en momentos de presión. Sin embargo, tampoco podía mostrarme excesivamente ansioso. Tenía que mantener la calma, ser consciente de los posibles riesgos.

—Será mejor así —asentí con seriedad—. ¿Y vuestro tío?

—Él trabaja hasta tarde —dijeron ellas—. No llegará a casa hasta la cena.

En ese momento las dos niñas mayores parecieron advertir de repente la presencia de Yar, y la miraron como si fuera una espina que se les hubiera clavado en el talón.

—No digas ni una palabra, Yar.

La más pequeña entornó los ojos y les lanzó una mirada desafiante.

—Ni una palabra, Yar. O no volverás a dormir tranquila. Trasladaremos tu cama al río mientras estás soñando y despertarás rodeada de cocodrilos.

La redonda carita de Yar seguía mostrándose retadora, aunque su expresión reflejaba un atisbo de miedo. Agar dio un paso hacia ella y su sombra se cernió sobre el cuerpecillo de Yar. La hermana menor se encogió y, con un estremecimiento, prometió:

—No diré nada.

Agar se volvió hacia mí.

—Nos encontraremos a la salida de clase en el centro de coordinación.

Yo conocía el lugar. Era donde los chicos que no tenían que desfilar aguardaban entre una clase y otra, y después del colegio. En el centro de coordinación estaría rodeado de los niños con familia, aquellos cuyos padres residían en el campamento: los niños más ricos, hijos e hijas de maestros, soldados y comandantes.

Al finalizar las clases corrí hacia casa. Una vez allí, me percaté de que no tenía por qué haber ido. Allí parado me pregunté si había algo que podía hacer. Me puse la otra camisa que tenía, de color azul claro, y salí pitando hacia el centro de coordinación.

—¿Por qué te has cambiado? —dijo Agar—. Me gustaba más la otra camisa.

Me maldije en silencio.

—Pues a mí me gusta más esta —replicó Agum.

¡Se peleaban por mí! Era maravilloso.

—¿Estás listo? —preguntó Agum.

—¿Para almorzar? —pregunté yo.

—Sí, para almorzar —dijo ella—. ¿Seguro que estás bien?

Asentí. Asentí con fuerza porque lo cierto era que estaba listo para comer. Pero antes teníamos que cruzar el campamento y ese paseo fue —lo había anticipado y colmó con creces todas mis expectativas, todos los sueños y temores que había previsto durante los tres meses en que lo había planeado— el más extraordinario que había dado en mi vida.

Emprendimos el camino. Tenía a dos Sobrinas del Rey a la izquierda y a dos a la derecha. Caminé flanqueado por estas tres respetadas hermanas hacia su casa. Y sí, el

campamento entero se percató de ello. Me alegra decir que todos los de mi clase se morían de celos y de la impresión. A cada paso, mientras avanzábamos frente a los distintos bloques, los chicos y chicas contemplaban boquiabiertos el desfile, dejando claro que para ellos se trataba de alguna clase de cita, algo más importante que un paseo casual. Era una procesión, un desfile, una afirmación: las Princesas de Pinyudo estaban orgullosas de tenerme a su lado, y eso resultaba un hecho fascinante para todos. ¿Quién es ese?, se preguntaban los asistentes al desfile. ¿Quién va con las Princesas Hermanas de Pinyudo?

Era yo, Achak Deng. El mujeriego.

Miré de reojo a Moses, cuyos ojos estaban a punto de salirse de las órbitas, cosa que a William K le habría encantado ver. Sonreí y reprimí mis ganas de reír. Disfrutaba cada segundo, pero al mismo tiempo estaba hecho un manojo de nervios: mi cuerpo parecía ser una colección de partes que no se conocían. Había olvidado cómo andar. Estuve a punto de tropezar con una manguera, y luego me descubrí concentrado en mis piernas y pies. Levantaba las rodillas despacio, pero más alto de lo normal: las rodillas me rozaban la barriga. Agum se dio cuenta.

—¿Qué haces? —preguntó—. ¿Te estás burlando de los soldados?

Sonreí con timidez.

—¡Achak! —exclamó ella, con un deje de aprobación—. No deberías hacerlo.

Oírla reír me sirvió para relajar las piernas y volví a caminar como lo hace una persona que controla sus miembros. Pero justo entonces los brazos perdieron la conexión con mi sistema nervioso. No podía moverlos. Caían rígidos, pesados. Me rendí.

Pero me importaba un rábano. ¡Estaba con las Sobrinas del Rey de Pinyudo! Pasamos ante el Bloque 10, el 9, el 8, el 7, el 6 y el 5, mientras las chicas iban haciéndome preguntas que yo esperaba que no hicieran.

—¿Dónde están tus padres? —preguntó Agum.

Les dije que no lo sabía.

—¿Cuándo te separaste de ellos?

Les relaté una versión breve de mi historia.

—¿Cuándo volverás a verlos? —preguntó Yar, lo que le costó un puñetazo en el brazo propinado por Agar.

Estaba cansado de este tipo de preguntas. Les dije que ignoraba cuándo o cómo volvería a ver a mi familia, con la esperanza de que estas palabras, pronunciadas mirando al suelo, las animarían a buscar otro tema de conversación. Así fue y eso hicieron.

La casa era una de las más impresionantes del campamento. Estaba rodeada por un muro de piedra; un sendero llevaba hasta la puerta principal, y dentro había cuatro habitaciones: salón, cocina y dos dormitorios. Era la casa más grande que había visto desde que me fui de mi hogar. No era una cabaña como las que abundaban en Marial

Bai y en todo el sur de Sudán. Era un edificio de ladrillo, una estructura de apariencia sólida y permanente.

Cuando me hallé ante su puerta me flaquearon las piernas y tuve que apoyarme en la pared. Una mujer abrió.

—Hola, chicas —dijo su tía. Frente a nosotros se hallaba una mujer preciosa, muy parecida a todas sus sobrinas, pero en versión adulta. Posó los ojos en mí—. ¿Este es el chico del que hablabais? ¿El mejor de la clase?

—Se llama Achak —dijo Agar. Y pasó por delante de su tía, entrando en la casa.

—Hola, Achak. Mi marido dice que eres un joven ejemplar.

—Gracias —dije yo.

Me invitaron a entrar y me ofrecieron una silla. ¡Una silla! Desde que llegué a Pinyudo solo me había sentado una vez en otra silla. Enseguida llegó la comida: un sabroso y especiado caldo de carne, además de pan blando y leche. Sobre pasaba mis mejores sueños. Aún estaba apurando el último trago de leche cuando Agar me cogió del brazo y me levantó del asiento.

—Vamos a estudiar ciencias —dijo Agar. Y con esas palabras me llevó hasta el dormitorio que compartían las cuatro hermanas. Cerraron la puerta, dejando a Yar al otro lado. Esta la golpeó una sola vez y luego se fue.

Estaba solo en el dormitorio con las tres chicas mayores. Cada una tenía una cama; dos eran literas. Las paredes eran blancas y estaban decoradas con fotos de océanos y ciudades. Agum y Akon se sentaron en la cama, dejándome cara a cara con Agar. En ese momento tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no evacuar las tripas. Y eso antes de que sucedieran todas las cosas que vinieron después.

Agar tomó mi mano derecha entre las suyas y habló. Agum y Akon no nos quitaban los ojos de encima. Aunque ambas parecían familiarizadas con el guión que íbamos a seguir, contemplaban la escena con expectación.

—Ahora jugaremos al escondite —dijo Agar—. Para empezar tienes que encontrar algo que he escondido aquí.

Agar se señaló el pecho. Yo tomé aire. Incluso ahora, cuando lo pienso, no acabo de creerme que eso sucediera, que yo fuera el escogido para sus experimentos. Pero pasó así, exactamente como lo cuento, y lo siguiente que dijo fueron unas palabras que aún oigo a día de hoy cuando cierro los ojos y apoyo la cabeza en la almohada.

—Tienes que buscarlo. Con la mano.

Pedí ayuda con la mirada a las otras dos chicas. Ellas asintieron. ¡Estaban todas compinchadas! Me sentía tan capaz de meter la mano bajo su pecho como de provocar fuego de la cera. Me quedé inmóvil, con una sonrisa idiota en los labios. Mi sistema nervioso había dejado de funcionar.

—¡Aquí! —insistió Agar. Y con un gesto rápido me puso la mano debajo de su camisa.

¿Puedo sentir, aun hoy, el calor de su piel? ¡Pues sí! Tenía la piel cálida, tirante como un tambor, cubierta por una finísima capa de sudor. Al rozar esa piel contuve el

aliento. Su tacto me sorprendió. No parecía distinto del mío, o del de los chicos, pero aun así creí que iba a explotar.

—¡Tienes que buscar!

Obligué a mi mano a realizar exploraciones superficiales del torso de Agar. Yo no sabía qué era qué.

—Muy bien. Ha sido un buen intento —dijo ella—. Creo que lo has encontrado.

—Ahora nos toca buscar a nosotras —dijo Agum.

—Creo que está allí —dijo Agar, y señaló mi pantalón corto.

Se trataba de un paso muy distinto y no fui capaz de mirar. Sí, había manos dentro de mis pantalones. Mientras ellas iban tocando, yo fijé la vista en la pared situada detrás del hombro de Agar, dudando sobre si Dios me fulminaría en ese momento o en cualquier otro a lo largo del día.

Segundos después las tres chicas habían buscado el objeto perdido dentro de mis pantalones y, satisfechas de haberlo encontrado, me informaron de que ahora se había perdido algo debajo de sus vestidos. Les seguí el juego: busqué debajo del vestido de Agar, luego del de Akon. Por alguna razón, Agum decidió que no tenía nada escondido en su vestido.

En algún momento decidieron ir a nadar. Las chicas llevaron las toallas y me trajeron una. Fingí estar encantado con la idea, pero a medida que andábamos el miedo se apoderaba de mí. Me preocupaba algo, aunque luego encontré la solución y lo aparté de mi mente. Las chicas me condujeron a una parte retirada del río; en un recodo a la sombra se despojaron rápidamente de sus vestidos y se quedaron desnudas. Las tres Princesas se metieron en el río en ropa interior. Mi garganta estaba tan seca como cuando cruzamos el desierto. Todo era tan poco habitual... En Marial Bai, antes de la guerra, nunca hubiera sucedido algo así. Nunca un chico de mi edad —de ocho, nueve o diez años— habría sido invitado a nadar desnudo en el río en compañía de tres chicas como esas. Pero aquí todo era distinto, y mis pensamientos sobre la situación entraron en un grave conflicto. ¿Acaso habría sufrido lo que había sufrido, habría abandonado mi pueblo y caminado como había caminado, había visto morir a chicos, pasado por encima de los huesos calcificados de soldados rebeldes, de haber sabido que esa iba a ser mi recompensa? ¿Merecía la pena? Porque lo cierto es que en mi pueblo nunca habría vivido algo así. Las reglas que imperaban eran más estrictas; los rincones tenían ojos. Pero en este campamento, mientras estábamos en Etiopía, mientras nuestro país estaba en guerra y nosotros separados de nuestras costumbres, cosas como esta, como la búsqueda en el cuarto de las Princesas, se hicieron posibles y sucedieron a menudo: toda una variedad de experimentos. El placer que me embargó en aquel momento concreto en el río, al ver jugar a las chicas en las aguas poco profundas, quedó hasta cierto punto menguado por lo que pasó a continuación.

—Quítate los pantalones, Achak —dijo Agar.

La incredulidad, el terror, me paralizaron.



—Achak, ¿qué haces ahí?

—Nadaré con ellos puestos —balbucí.

—No. Estarías mojado todo el día. Quítatelos.

—Prefiero veros nadar —dije—. Me quedo aquí.

Señalé un claro de arena y fui a sentarme rápidamente. Hice lo que pude por parecer emocionado con el lugar donde estaba y con el estado general de las cosas. Incluso me cubrí las piernas de arena, para conectarme aún más con la tierra y dejar implícito que no tenía la menor intención de sumergirme en el agua.

—¡Ven aquí, Achak! —ordenó Agum.

La escena se prolongó durante un rato. Insistí en que los pantalones seguirían en su sitio, y las chicas no entendían por qué. ¿Por qué iba a nadar con los pantalones buenos puestos? Su tía también me miraba con curiosidad. La estrategia no funcionaba.

Necesitaba la oportunidad de explicar mi posición, pero este no era el lugar. No soy como los chicos a los que estáis acostumbradas, les diría. Creo que no lo notasteis cuando buscasteis en mis pantalones. Mi clan practicaba la circuncisión en los varones, y sabía que los dinkas de su distrito no lo hacían. Estaba seguro de que cuando las Sobrinas del Rey de Pinyudo me vieran, el *anguala* —el chico circuncidado—, saldrían gritando del agua.

Por fin Agar salió del agua y se encaminó sin vacilar hacia mí. Se plantó frente a mí luciendo una sonrisa en la que se adivinaba una velada amenaza. Luego me bajó los pantalones hasta los tobillos. No me resistí. No había tiempo y estaban demasiado decididas. Así que me quedé ante ellas, con el pene al aire, desenvainado.

Las chicas lo observaron durante mucho rato. Luego todos volvimos a comportarnos con normalidad, o al menos fingimos que eso era posible. Las chicas y yo seguimos jugando, aunque durante toda la hora siguiente, cada vez que tenían la oportunidad, me tocaban entre las piernas, totalmente desconcertadas ante lo que le había sucedido a mi pene. Nunca habían visto nada parecido.

—¿Así que ese es el aspecto que tienen los dinkas malual? —murmuró Agar.

Agum asintió. Yo fingí no haber oído la pregunta.

Seguimos jugando, pero yo sabía que todo había cambiado. Después regresé al Grupo Doce y las Sobrinas de Pinyudo volvieron al Bloque 4. Asumí que nunca volveríamos a jugar juntos. Los Once me pidieron que les relatara la experiencia con todo detalle y decidí no hacerlo: sabía que si lo hacía la historia estaría en boca de todos en cuestión de horas, y las Princesas dejarían de ser consideradas como tales. Las considerarían chicas de moral relajada, y no resulta exagerado afirmar que entre las decenas de miles de personas del campamento habría algún hombre, quizá más de uno, dispuesto a arriesgar la vida por desvirgar a una de ellas. Me limité a contar a Los Once que había disfrutado de una comida deliciosa en compañía de las Sobrinas, y lo bonita y bien decorada que estaba su casa. Eso fue suficiente para los chicos; incluso esos escasos detalles eran algo jugoso para ellos. Esa noche me tendí en la

cama, sin la más mínima esperanza de poder dormir, y me dediqué a revivir todos los momentos, a grabarlos en la memoria, convencido de que había sido una experiencia única e irrepetible.

Pero al día siguiente me invitaron a comer. Sorprendido y abrumado acepté sin dudar. Su invitación, y nuestra amistad, fue una victoria sobre los mezquinos prejuicios sociales que se daban entre clanes y entre regiones, y un triunfo sobre el sistema de castas que imperaba en el campo de refugiados de Pinyudo. Así que volví a su casa, al filete de carne, al dormitorio —a día de hoy aún podría describir todos los objetos que contenía aquel cuarto, todas las melladuras del suelo, todos los nudos de la madera de sus literas—, a jugar al escondite, algo en lo que, gracias a Dios, nuestra habilidad jamás mejoró. ¡Se me daba tan mal buscar cosas que tenía que buscar y buscar! Así fue mi vida durante muchos días de aquel año en Etiopía. Debo admitir que no fue uno de mis peores años.

—Vamos, Valentino.

Julian está plantado ante mí. Ha vuelto.

—Resonancia magnética. Sígueme.

Me levanto y salgo con Julian de la sala de urgencias, y juntos recorremos el pasillo. El suelo huele a heces humanas.

—Un pordiosero se ha cagado aquí —me dice Julian. Su paso es de una ligereza sorprendente. Llegamos a la zona de ascensores y presiona el botón—. Siento que te hayan atracado, tío.

Subimos al ascensor. Es la 1.21 de la madrugada.

—A mí me pasó lo mismo —prosigue—. Hace unos meses. Eran dos chavales; uno tenía una pistola. Me siguieron a casa desde una tienda y me pillaron en el descansillo. Una chorrada. Los dos juntos no debían de pesar más de ciento treinta kilos.

Miro a Julian de reajo. Es de complexión robusta, no parece la víctima propiciatoria de unos ladrones. Pero tal vez el uniforme del hospital, si lo llevaba puesto, le confería una imagen de bondad.

—¿Qué se llevaron? —pregunto.

—¿Llevarse? No se llevaron nada, tío. ¡Soy un veterano! Hacía cinco semanas que había vuelto de Irak cuando esos capullos intentaron robarme. Supe que me seguían durante todo el camino a casa. Dispuse de tiempo para decidir qué hacer, así que tracé un plan: le partiría la nariz a uno de ellos, luego le quitaría la pistola al tipo de la nariz rota y dispararía contra el otro. Retendría al tipo que no matara hasta la llegada de la policía. Se pasaría el resto de su vida acojonado. Eh, por cierto, ¿cuál es tu segundo nombre? ¿Cómo lo pronuncias?

—Achak —le digo, aunque la primera sílaba casi no se oye. En Sudán la A apenas resulta audible.

—¿Has oído hablar de Chaka Khan? —pregunta Julian.

Le digo que no.

—Olvídalo —dice él—. Era una chorrada.

Este hombre me hace sentir avergonzado por no haber plantado más cara a mis asaltantes. También yo he vivido una guerra, aunque supongo que nunca recibí la clase de entrenamiento al que fue sometido Julian. Le miro los brazos, musculosos y tatuados: son al menos tres veces más grandes que los míos.

Se abren las puertas del ascensor y llegamos a la planta de radiología. Un hombre de origen indio nos aguarda. No nos dirige la palabra. Pasamos ante él y entramos en una gran sala que contiene una tumba circular en el centro. Una cama sobresale del agujero del centro.

—¿Te han hecho esto alguna vez? —me pregunta Julian.

—No. Es la primera vez que veo esa máquina.

—No te preocupes. No duele. Pero no pienses en las cremaciones.

Me acuesto en la cama blanca.

—¿Mantengo los ojos abiertos o cerrados?

—Tú mismo, Valentino.

Decido dejarlos abiertos. Julian se aleja de mi lado y oigo sus pasos, casi silenciosos, que abandonan la sala. Estoy solo mientras la cama se desliza hacia la máquina.

La circunferencia que tengo encima vibra y gira alrededor de mi cráneo; pienso en Tonya y en Azul Pálido, y recuerdo que están en libertad y que no los arrestarán nunca. En estos momentos están vendiendo mis pertenencias en una casa de empeños y han dejado a Michael donde sea que él considere su casa. Creen haberme dado una lección y no se equivocan.

Encima de mí, la circunferencia de menor tamaño empieza a insertarse en la mayor.

Tengo muchas esperanzas puestas en esta prueba. He oído hablar de la resonancia magnética; ese nombre fue pronunciado varias veces por Mary Williams, Phil, y por otros que querían averiguar por qué persistían mis jaquecas. Y ahora por fin sabré lo que me pasa, obtendré la respuesta. Un día, en Pinyudo, bajo un cielo rayado de nubes, el padre Matong nos habló del Juicio Final. Cuando los chicos como yo aclaramos que nos daba miedo ser juzgados, él disipó nuestros temores. El juicio es alivio, dijo. El juicio es liberación. El padre Matong nos dijo que uno avanza por la vida sin saber si ha hecho bien o mal, pero solo el juicio de Dios puede proporcionar la certeza sobre cómo ha vivido cada uno. He pensado muchas veces en esas palabras desde ese día. He dudado de muchas cosas, pero sobre todo he dudado de si he sido o no un buen hijo de Dios. Me inclino a pensar que he hecho mucho mal, ya que de otro modo no me habría castigado tantas veces, y no habría considerado adecuado hacer daño a tantos de mis seres queridos.

La máquina emite un zumbido constante, un murmullo mecánico que me reconforta y a la vez transmite una absoluta certeza de sí mismo.

Sé que la resonancia magnética no es el juicio celestial, pero aun así promete liberarme de muchas de mis dudas. ¿Por qué sigue doliéndome la cabeza muchas mañanas? ¿Por qué me visto a menudo con un dolor penetrante que sale de mi nuca y cuyos tentáculos se extienden hasta los blancos de mis ojos? Albergo la esperanza de que, aunque el diagnóstico sea grave, conocer la respuesta a preguntas como esa implicará cierto alivio. La resonancia magnética explicará por qué mis notas del Georgia Perimeter College no pasan de mediocres cuando sé que debería y puedo sobresalir allí. ¿Por qué llevo cinco años en Estados Unidos y sin embargo mis progresos han sido tan escasos? ¿Y por qué tienen que morir prematuramente todas las personas que conozco, y de formas cada vez más impactantes? Solo sabes una pequeña parte de la muerte que he presenciado, Julian. Te he ahorrado los detalles de Jor, un chico al que conocí en Pinyudo, que fue capturado por un león a pocos

centímetros de mí. Nos habíamos internado en la maleza al anochecer, en busca de agua. Noté el aliento de Jor en el cuello y al instante siguiente percibí el olor a animal, aquel hedor sudoroso. Me volví y vi a Jor inerte, muerto en sus fauces. El león me miraba a los ojos con frialdad, y nos enfrentamos con la mirada durante días y noches. Luego el animal dio media vuelta y se marchó con Jor. Julian, no quiero considerarme tan importante como para merecer un castigo extraordinario por parte de Dios, pero debo admitir que no es posible omitir la circunferencia de desastres que me rodea.

El círculo interno ha realizado un giro completo y se para. La sala queda sumergida en un silencio absoluto. Luego se oyen pasos.

—No ha sido tan malo, ¿verdad? —Julian está a mi lado.

—No. Gracias. Ha sido interesante.

—Pues ya está. Volvamos abajo.

Me levanto; necesito apoyarme un momento en la máquina para no caerme. Está más caliente de lo que cabía esperar.

—¿Y ahora qué? —pregunto—. ¿Interpretas tú los resultados?

—¿Quién, yo? No, no. Yo no.

Pasamos ante el monitor que se halla detrás del cristal y veo, en la sala oscura, imágenes en la pantalla de una sección de cabeza —¿la mía?—, en tonos verdes, amarillos, rojos. Parecen fotos meteorológicas de otro planeta tomadas vía satélite.

—¿Ese soy yo?

—Ese eres tú, Valentino.

Nos quedamos frente al cristal, observando cómo la pantalla va mostrando lo que supongo son distintas secciones de mi cerebro, distintas vistas. Es una violación que ese extraño pueda observar mi cabeza sin conocerme siquiera.

—¿Ese hombre examina los resultados? —pregunto.

—No, tampoco lo hace él. Es solo el técnico. No es médico.

—Ah.

—Enseguida sabrás algo, Valentino. Ahora mismo no hay nadie aquí que sepa interpretar un escáner. El médico no llegará hasta dentro de un rato. Puedes esperar donde estabas antes. ¿Tienes hambre?

Le digo que no y me lanza una mirada cargada de dudas.

Volvemos a subir en el ascensor. Le pregunto si mató a uno de los chicos.

—Es lo único que no hice. En cuanto me llamaron hijo de puta, los embestí: lancé a uno de ellos de cabeza contra la pared y al otro le propiné una patada en el pecho. No le había dado tiempo ni de sacar el arma. El de la pared estaba inconsciente y el otro tendido en el suelo. Apoyé la rodilla en el pecho de este último, cogí la pistola y jugué con él durante unos minutos. Se la puse en la boca y todo eso. Se meó encima. Luego llamé a la pasma. Tardaron cuarenta y cinco minutos en llegar.

—Lo mismo conmigo. Tres cuartos de hora —digo.

—Uno se pregunta qué clase de problema los hace correr, ¿no crees?

Como veo que Julian sonríe, me obligo a emitir una carcajada ahogada.

—En fin —dice él—.  Qu  se puede pedir?

Vuelvo la cabeza rápidamente.

— Qu  has dicho?

—Ah, nada, t o. Solo pensaba en voz alta.

—Por favor.  Qu  acabas de decir?

—Nada. Solo dije:  Qu  se puede pedir? Como:  qu  le vas a hacer?  Qu  creías que había dicho?

Y así la corriente muere.

—Perdona. —No me sorprendería que Julian me preguntara por el Qué. Creo que el Qué tiene algo que ver con el hecho de que tanto él como yo esper amos durante casi una hora a que llegara la policía después de haber sido asaltados a punta de pistola. Tiene algo que ver con el hecho de que hayan necesitado nueve horas para hacerme una resonancia y con que ahora me lleven a una cama de Urgencias — pasando por delante de Achor Achor y de Lino, que se ponen en pie— a esperar que un médico se digne a venir para analizar los resultados.

—Ojalá pudiera acelerar el proceso, Valentino —dice Julian.

—Lo entiendo.

Me siento en la cama y Julian permanece all , de pie a mi lado, durante unos segundos.

— Estar s bien aquí?

—Sí.  Te importa informar a mis amigos de donde estoy?

—Claro que no. Tranquilo.

Julian me deja en la cama; corre la cortina, sujeta a una barra del techo, y cierra la zona donde estoy. Estoy casi seguro de que prefiere que est  aquí, donde no tiene que verme, a soportarme sentado ante sus ojos en la sala de espera. Pero cuando vuelva,  c mo conseguir  que se vayan Lino y Achor Achor?

— Julian!  Perdona!

Vuelve. Se abre la cortina y por ella aparece la cara de Julian.

—Disculpa.  Puedes decir a mis amigos que se vayan a casa, que estoy bien?

Asiente y esboza una franca sonrisa.

—Claro. Estoy seguro de que esperan noticias. Se lo dir .

Se vuelve para irse, pero no se va. Mira el informe durante un minuto largo y luego me mira a mí con el rabillo del ojo.

— Luchaste en esa guerra, Valentino?  En la guerra civil?

Le digo que no, que no fui soldado.

—Ah, bien —dice él—. Me alegro.

Y se marcha.

Casi fui soldado, Julian. Me salvó una masacre.

Pinyudo fue cambiando poco a poco, y luego me sentí como un tonto por no haberme percatado de cuál era el plan. Ahora creo que ellos, los miembros del ELPS, lo habían diseñado todo desde el principio. Si de verdad actuaron con esa deliberación, mi reacción es de asombro y horror a partes iguales.

Tal y como lo veo, la estrategia empezó un día, a principios del verano, cuando todos los chicos se entregaban a bailes y celebraciones. Yo me hallaba con Los Once; cenábamos bajo el techo de un cielo húmedo y gris.

—¡Viene Garang! —gritaban los chicos que pasaban frente a nuestro refugio.

—¡Viene Garang! —bramó otro chico, este adolescente. Corría como un crío.

—¿Quién viene? —pregunté a este último.

—¡Garang!

—¿Quién? —pregunté. Había olvidado los detalles de las lecciones que nos dio Dut.

—¡Chist! —me reprendió el adolescente, mientras miraba a su alrededor por si alguien nos escuchaba—. Garang, el líder del ELPS, idiota —susurró antes de irse.

Cierto: venía John Garang. Aunque había oído su nombre, sabía muy poco de él. Los mayores realizaron el anuncio oficial de dicha visita después de la cena. Visitaron todos los barracones —ahora vivíamos en edificios de ladrillo, grises y fríos pero sólidos— y a partir de ahí el campamento se sumergió en un estado de caos. Nadie durmió. Yo no disponía de mucha información sobre John Garang, solo la que me había proporcionado Dut tiempo atrás, pero en los días que precedieron a su visita esta fluyó de manera libre y sin censuras.

—Es doctor.

—No doctor en medicina, doctor en Agricultura. Estudió en Estados Unidos. En Iowa.

—Posee un título en Agricultura por una universidad de Iowa.

—Es el sudanés vivo más inteligente.

—Fue un soldado condecorado. El mejor soldado dinka.

—Es del Alto Nilo.

—Mide metro noventa y es fuerte como un rinoceronte.

Contrasté la información con el señor Kondit y descubrí que en su mayor parte era correcta. Garang había obtenido un doctorado en Iowa, algo que me pareció tan exótico que al instante me invadió una fe absoluta: este hombre sería capaz de llevar al nuevo Sudán hasta la victoria y el resurgimiento.

Antes de su llegada nos hicieron limpiar a fondo nuestras moradas y las de los maestros, y luego la carretera que llevaba a Pinyudo. Se decidió pintar las piedras que bordeaban el camino; se distribuyeron botes de pintura y las piedras fueron pintadas, alternativamente, en rojo y azul. El día de la visita el campamento estaba más bello

que nunca. Yo me sentía orgulloso. Aún recuerdo ese sentimiento; éramos capaces de hacer esto, de crear vida a partir de nada.

El día de la visita el frenesí se adueñó de Pinyudo. Nunca había visto a los mayores tan nerviosos y asombrados a la vez. La visita de Garang debía realizarse en la zona de desfiles, con todo el mundo presente. Mientras Moses y yo nos reuníamos por la mañana con el resto del campamento, la multitud rebasó todas mis expectativas. Era la primera vez que presenciaba el auténtico volumen humano: éramos cuarenta mil personas en un solo lugar, una visión difícil de asumir. Había soldados del ELPS por todas partes: centenares de ellos, desde adolescentes hasta los veteranos más encallecidos por la guerra.

Los dieciséis mil chicos que formábamos el grupo de los menores solos tomamos asiento justo frente al micrófono y, mientras aguardábamos a John Garang, los cuarenta mil refugiados de Sudán entonaron canciones. Cantamos melodías tradicionales del sur de Sudán y canciones nuevas compuestas para la ocasión. Uno de los chicos había escrito la letra de este tema:

*Presidente John Garang,  
presidente John Garang,  
un presidente valiente como el búfalo, el tigre y el león  
de la tierra de Sudán.  
¿Cómo se liberará Sudán si no es gracias al enorme poder que poseemos?  
Al inmenso poder que posee el presidente.  
¡Mirad a Sudán! Parece las ruinas de la Época Oscura.*

*¡Mirad al presidente: al Doctor!  
Lleva un arma sofisticada,  
mirad a John Garang,  
lleva un arma sofisticada*

*Las raíces se han desarraigado,  
Las raíces se han desarraigado.  
Sadiq El Mahdi persiste como única raíz  
y John lo arrancará de nuestra tierra*

*Lucharemos para liberar la tierra de Sudán.  
¡Lo haremos! Con el AK-47  
y los batallones del Ejército Rojo  
iremos  
armados con rifles en la mano izquierda  
y lápices en la derecha,  
¡a liberar nuestro hogar, oh, oh!*



Cuando acabó la canción, volvimos a cantarla desde el principio y por fin llegaron los guardias, los soldados que precedían al propio Garang. Treinta hombres avanzaron por la zona y rodearon el escenario, todos armados con AK-47 y mirándonos con la sospecha en los ojos.

No me gustó su presencia. Había demasiadas armas, y los hombres parecían inquietos y adustos. Mi ánimo, eufórico por los cantos y los aplausos, se ensombreció. Confié esos sentimientos a Isaac, el otro chico conocido como Alejado.

—Están aquí para proteger a Garang, Alejado. Relájate.

—¿Protegerlo de quién? ¿De nosotros? No está bien que haya hombres armados por todas partes.

—Si no estuvieran alguien lo mataría. Lo sabes.

Finalmente entró la cúpula: el comandante en jefe William Nyuon Bany, el comandante Lual Ding Wol, y por último el presidente Garang en persona.

Era sin duda un hombre grande, de amplio pecho y con una extraña barba gris, desaliñada y rebelde. Tenía una frente amplia y redonda, ojos pequeños y brillantes y un mentón prominente. Su presencia imponía; se adivinaba a la legua que era un líder nato.

—Es un gran hombre —susurró Moses.

—Este hombre es Dios —dijo Isaac.

Garang levantó las manos con aire triunfal y una fiebre de euforia se extendió entre los adultos, sobre todo entre las mujeres, que aullaron, levantaron los brazos y entornaron los ojos. Los adultos y reclutas bailaban, agitando los brazos como posesos. Se entonaron más canciones en su honor.

*Colocaremos la bandera de Sudán,  
cambiaremos la bandera de Sudán  
porque Sudán está confundido.*

*Sadiq El Mahdi está corrupto,  
Wol Wol está corrupto.  
El ELPS tiene un cuchillo, dispuesto en el cañón del AK-47,  
hombres valientes que no conocen el miedo,  
su sangre nos hará libres.*

*Ejércitos Rojos: soldados del Doctor,  
lucharemos hasta que Sudán quede libre.  
¿El que sufre picaduras de mosquito, sed y hambre?,  
ese es un auténtico liberador,  
su sangre hará de Sudán un país libre.*

Luego tomó la palabra John Garang.

—Aprovecho esta oportunidad para hacer extensivo mi saludo revolucionario y mi aprecio a todos y cada uno de los soldados del ELPS que luchan en los campos de batalla, y que, en condiciones adversas, han conseguido y siguen consiguiendo victorias gigantescas, contundentes contra los gobiernos de tiranos y opresores.

Un rugido brotó de los cuarenta mil congregados.

—Semidesnudos, descalzos, hambrientos, sedientos y enfrentados a un puñado de penalidades, los soldados del ELPS han demostrado al mundo entero que ningún obstáculo de la vida puede apartarlos de la causa del pueblo y de la justicia de su lucha. El soldado del ELPS ha puesto en evidencia una vez más esa antiquísima experiencia, tan antigua como la humanidad, que versa sobre la capacidad de resistencia y decisión ante los retos para lograr la dignidad y la justicia.

Pensé que era un orador brillante, el mejor que había oído nunca.

Escuchaba a John Garang, pero al mismo tiempo observaba a los soldados que le rodeaban. Sus ojos recorrían la multitud. Garang habló del nacimiento del ELPS, de injusticias, de petróleo, discriminación racial, sharía, de la arrogancia del gobierno de Sudán, de su expolio de las tierras del sur de Sudán, de los murahaleenes. Luego habló del menosprecio con que Jartum había tratado a los dinkas. De cómo el ELPS ganaba la guerra. El discurso duró horas, y por fin, cuando anochecía, su voz se fue extinguiendo.

—¡Por el soldado del ELPS —gritó—, dondequiera que esté, haga lo que haga, ya esté en acción o camuflado, enfrentado a retos, a sus propios sentimientos, cualquiera que sea su estado en este momento! Yo te saludo y te felicito, soldado del ELPS, por tus heroicos sacrificios y tu resolución de perseguir ese único objetivo de reconstruir un nuevo Sudán. ¡Miradnos! ¡Nosotros construiremos un nuevo Sudán!

El rugido pareció abrir la tierra en canal. Las mujeres volvieron a aullar y los hombres gritaron. Me tapé los oídos con las manos para amortiguar el ruido, pero Moses me las apartó de un manotazo.

—Pero queda mucho trabajo por hacer —prosiguió Garang—. Queda un largo trecho por recorrer. Vosotros, chicos —y en ese momento Garang señaló a los dieciséis mil chicos sentados frente a él—, vosotros lucharéis las batallas del mañana. Lucharéis en los campos de batalla y en las aulas. Las cosas cambiarán en Pinyudo a partir de ahora. Ahora debemos tomarlo en serio. Esto no es simplemente un campamento de espera. No podemos esperar. Vosotros, jóvenes, sois las semillas. Las semillas del nuevo Sudán.

Esa era la primera vez que nos llamaban Semillas, pero a partir de entonces el nombre cuajó. Todo cambió en Pinyudo después del discurso. Cientos de chicos partieron de inmediato para iniciar su entrenamiento en el cercano campamento militar de Bonga, dirigido por el ELPS. Los maestros se unieron a ellos, la mayoría

de hombres de entre catorce y treinta años se fueron a Bonga, y las escuelas se reorganizaron en torno al resto de alumnos y profesores.

También Moses creía que había llegado el momento.

—Quiero entrenarme.

—Eres demasiado pequeño —dije.

Yo me veía a mí mismo demasiado pequeño, y por tanto también a Moses.

—Se lo pregunté a un soldado y me dijo que ya era lo bastante mayor.

—¿Y me dejarás aquí?

—Puedes venir. Deberías venir, Achak. ¿Por qué estamos aquí sino?

Yo no quería entrenar. Pinyudo estaba lleno de chicos violentos, pero yo nunca había llevado la violencia en la sangre. Cuando los chicos querían luchar, boxear, como pasatiempo y prueba de su valor —y en Pinyudo, una vez hubimos recuperado las fuerzas, los chicos querían ponerlo a prueba sin motivo alguno—, yo no hallaba la inspiración dentro de mí. Si la lucha no era entre amigos, como gesto amistoso, no conseguía despertar en mí el menor interés. Quería ir al colegio, solo quería ver a las Princesas, disfrutar de las comidas que hacía su madre y encontrar lo que escondían debajo de la ropa.

—¿Quién luchará en la guerra si no los hombres como nosotros? —dijo Moses.

Pensaba que éramos hombres: había perdido la razón. No pesábamos ni cuarenta kilos y nuestros brazos eran como cañas de bambú. Pero nada de lo que dije pudo disuadir a Moses, que esa misma semana partió hacia el campamento militar. Se unió al ELPS, y no volví a verlo hasta tiempo después.

Fue un verano lleno de trabajo y convulso. Poco después de la partida de John Garang, otro carismático comandante joven del ELPS llegó a Pinyudo. Y venía a quedarse. Se llamaba Mayen Ngor y traía una misión consigo. Como Garang, era experto en técnicas agrícolas y se asignó la tarea de irrigar la tierra que rodeaba el río. Lo vimos un día, alto, vestido de blanco como un cisne, seguido de cuatro secuaces, más bajos y más vulgares, sus ayudantes, vestidos con uniformes de trabajo, que se encargaban de demarcar vastos terrenos de tierra sin cultivar. Regresó al día siguiente, con un grupo de etíopes y varios tractores, y a una velocidad increíble araron el suelo y lo dividieron en docenas de rectángulos precisos que partían desde el agua. Mayen Ngor era un hombre muy eficiente al que le gustaba hablar de su gusto por la eficiencia.

—¿Veis lo deprisa que está pasando esto? —nos preguntó. Nos había congregado a unos trescientos a orillas del río con el fin de explicarnos sus planes y el papel que jugábamos en ellos—. Toda esta tierra que tenéis delante de vosotros, absolutamente toda, es comida en potencia. Si conseguimos cultivar esta tierra con inteligencia, ella nos proporcionará toda la comida necesaria, gracias al río y al trabajo que invirtamos en ello.

Pensamos que era una buena idea, pero no nos cabía la menor duda de que los aspectos más difíciles del trabajo agrícola quedarían en manos de los menores, como así fue. Mayen Ngor dedicó semanas a instruirnos en el manejo de azadas, palas, carretillas, hachas y hoces, y nosotros pusimos manos a la obra en cuanto la gran maquinaria etíope desapareció. Mientras trabajábamos y finalmente plantábamos semillas de tomates, judías, maíz, cebollas, bellotas y sorgo, Mayen Ngor, con los ojos iluminados por las visiones del botín que nos daría esa tierra, caminaba entre nosotros, haciendo proselitismo.

—¿Cómo te llamas, *jaysh al-ahmar*? —me preguntó un día.

Los Once, que trabajaban conmigo, se percataron de la presencia de aquel gran hombre entre nosotros. Dije a Mayen Ngor cómo me llamaba, pero prefirió no usar mi nombre.

—*Jaysh al-ahmar*, ¿tienes idea del aspecto que tendrá esta tierra cuando hayáis terminado? ¿Ves que toda esta tierra es comida en potencia?

Le dije que sí, y que solo pensarlo me causaba una gran emoción.

—Bien, bien —dijo él. Su mirada recorrió las filas de centenares de chicos encorvados sobre palas y azadones. La imagen de todos esos chicos demacrados trabajando al sol le llenó de placer—. ¡Toda! ¡Toda es comida en potencia!

Y luego se alejó de nosotros a grandes zancadas.

Cuando ya no podía oírnos, las carcajadas estallaron a mi alrededor: Los Once apenas podían contenerse. Ese día Mayen Ngor fue rebautizado como el señor Comida en Potencia. Durante meses señalábamos cualquier cosa —una piedra, una pala, un camión— y exclamábamos: «¡Comida en potencia!». Achor Achor realizaba la mejor imitación y llevó su actuación aún más lejos. Señalaba objetos al azar y, con la mirada perdida en el horizonte, proclamaba: «¿Ves ese árbol, *jaysh al-ahmar*? Comida en potencia. ¿Esa rueda? Comida en potencia. ¿Esa montaña de estiércol, esa pila de zapatos viejos? ¡Comida en potencia!».

Con la llegada del otoño el campamento sufrió una transformación aún más completa: se había convertido en un lugar militarizado, regulado por rígidas normas; nosotros teníamos asignadas constantes y variadas tareas, y empezábamos a comprender que nos hallábamos allí con un único propósito: ser alimentados y engordados hasta que pudiéramos luchar cuando fuéramos lo bastante mayores o cuando el ELPS estuviera lo bastante desesperado como para recurrir a nosotros. Lo que sucediera antes. Muchos maestros habían vuelto del entrenamiento en Bonga, y empezaron los desfiles. Todas las mañanas salíamos al campo y nos colocábamos en filas, y entonábamos himnos a coro con los mayores. Luego, usando los aperos de labranza como si fueran AK-47, desfilábamos por toda la zona, siempre cantando canciones patrióticas. Cuando terminaba el desfile, se nos impartían las órdenes del

día y se nos informaba de las nuevas reglas. Abundaban las indicaciones y las prohibiciones.

—Sé que la mayoría de vosotros está aprendiendo inglés —dijo un día un nuevo maestro. Acababa de llegar de Bonga y con el tiempo recibiría el apodo de comandante Secreto—, y que a algunos se os da bastante bien. Sin embargo, debo advertiros que esto no significa que podáis usar ese idioma para hablar con ninguno de los cooperantes que hay por aquí. No estáis autorizados a hablar con nadie que no sea sudanés, ya sea blanco o negro. ¿Está claro?

Afirmamos que estaba muy claro.

—Si en algún momento un cooperante os hace una pregunta, seguid estas pautas: en primer lugar, mostraos lo más tímidos posible. Es mejor para este campamento y para vosotros personalmente que no habléis con los cooperantes, incluso en el caso de que os formulen una pregunta. ¿Está claro?

Asentimos a la pregunta del comandante Secreto.

—Una última cosa: si alguna vez os preguntan algo del ELPS, debéis decir que no sabéis nada de eso. No sabéis lo que es el ELPS, nunca habéis visto a uno de sus miembros, ni siquiera tenéis la menor idea de qué significan esas iniciales. Sois únicamente un grupo de huérfanos que vive y estudia aquí por cuestión de seguridad. ¿Está claro?

Esto no nos quedaba del todo claro, pero a medida que pasaban los meses la dicotomía entre la ONU y el ELPS se fue aclarando cada vez más. A medida que aumentaba la presencia de la ONU, y la subsiguiente llegada mensual de cargamentos de utensilios y equipamientos, la influencia del ELPS en el campamento también crecía. Y las dos facciones se repartían el día en partes iguales. Antes del anochecer, el campamento se dedicaba a la educación y la nutrición: nosotros asistíamos a clase, comíamos de forma saludable y ante los observadores de la ONU parecíamos ser una masa de menores sin padres. Pero por la noche el ELPS se apoderaba del campamento. Era entonces cuando el ELPS se apropiaba de una parte de nuestra comida y de la del resto de refugiados, y era entonces cuando se llevaban a cabo las operaciones y se hacía justicia. Cualquier chico que hubiera desobedecido o se hubiera portado mal era azotado, y para muchos de estos chicos tan esqueléticos, las palizas podían tener consecuencias muy graves, fatales incluso. Dichos castigos se realizaban por la noche, desde luego, a escondidas de los observadores internacionales.

Entre los chicos del campamento había división de opiniones sobre los líderes rebeldes. Muchos, tal vez la mayoría, se mostraban impacientes por iniciar el entrenamiento en Bonga, por tener un rifle en las manos, por aprender a matar, por vengar a sus pueblos, por matar árabes. Pero también había bastantes como yo, que se sentían al margen de la guerra, que solo querían aprender a leer y a escribir, y que esperaban que llegara el final de toda esta locura. Y el ELPS no ponía las cosas fáciles a los que querían luchar con ellos, en su ejército. Yo llevaba meses oyendo

cosas sobre la dureza que imperaba en Bonga, sobre lo difícil que era el entrenamiento, sobre lo tremendo y despiadado que resultaba. Yo sabía que había chicos que morían allí, aunque las explicaciones de esas muertes variaban. Era imposible confirmarlas. Agotamiento, palizas. Había chicos que intentaban escapar y recibían un tiro. Había chicos que perdían el rifle y recibían un tiro. Ahora sé que parte de esas noticias eran falsas, pero entre tanto misterio y tanta exageración había algo de verdad. Los que habían ido a luchar contra los árabes tenían que empezar luchando contra sus mayores. Pese a ello, todas las semanas había chicos que abandonaban la relativa paz y comodidad de Pinyudo por voluntad propia para irse a Bonga. Entre el verano y el invierno perdimos así a cuatro de Los Once, y todos acabaron muertos. Machar Dieny combatió y murió en el sur de Sudán en 1990. Mou Mayuol se unió al ELPS y murió en Juba en 1992. Aboi Bith se afilió al ELPS y murió en Kapoeta en 1995. Debía de tener catorce años. Los niños no son buenos soldados. Ese era el problema.

Nuestra rutina se había alterado por completo. Donde antes había horas de clase, fútbol, y tareas simples como ir a buscar agua, ahora imperaba el esfuerzo físico, además del agrícola, y otros trabajos que éramos simplemente demasiado jóvenes para realizar.

Todas las mañanas, después del desfile, los mayores repartían las tareas. Señalaban a un grupo y decían:

—Vosotros ayudaréis a la esposa del comandante Kon a construir un corral para las cabras.

Y a otro grupo:

—Vosotros iréis a la selva a por leña.

Otro:

—Ayudaréis a este superior a construir una casa nueva para sus primos.

Una vez finalizadas las clases y la comida, ya sabíamos lo que nos tocaba hacer.

Me pasé dos semanas construyendo una casa para un amigo de mi profesor de biología. Nos requerían para cualquier tarea, ya fuera grande o pequeña. Plantábamos semillas en los jardines, construíamos casetas. Hacíamos la colada de cualquier adulto que lo pidiera. Muchos miembros del ELPS habían traído consigo a sus familias a Pinyudo mientras ellos se sometían al entrenamiento en Bonga. Nosotros hacíamos sus coladas en el río, llevábamos agua a las esposas de los oficiales y realizábamos cualquier tarea que se les ocurriera. No recibíamos pago alguno por nuestro trabajo, y no podíamos pedir ni esperar siquiera un vaso de agua por parte de quien se beneficiaba de nuestro esfuerzo. Una vez se me ocurrió pedir algo de beber después de que yo y Los Once —en realidad diez porque Isaac se había hecho el enfermo— hubiéramos terminado la construcción de una casa para la familia de un oficial recién llegado. Nos acercamos a la puerta de la cabaña, una puerta que

acabábamos de colocar, y fuimos recibidos por la esposa del oficial que nos miró con expresión huraña.

—¿Agua? ¿Estáis de broma? Fuera de aquí, mosquitos. ¡Bebed de los charcos!

A menudo el trabajo se prolongaba hasta la noche. Otras veces, cuando quedábamos libres a media tarde, podíamos jugar. Se jugaba al fútbol por todas partes de Pinyudo, partidos que no solían tener porterías ni límites. Un chico cogía la pelota —siempre había nuevos balones disponibles que, según se decía, eran regalos de John Garang— y empezaba a jugar con ella, aunque enseguida le asaltaban cien chicos que solo querían tocarla. Sin embargo, incluso a esas horas uno de los mayores podía tener una inspiración repentina.

—¡Eh, vosotros! —gritaba a la masa de niños desnudos que perseguía la pelota entre nubes de polvo—. Vosotros tres, venid aquí. Tengo un trabajo para vosotros.

Y obedecíamos.

Nadie quería internarse en la selva, ya que en ella desaparecían los chicos. Las primeras dos víctimas fueron célebres por haber sido devorados por leones, y a partir de ahí ir a la selva en busca de materiales de construcción se convirtió en una tarea que todos intentábamos eludir. Había chicos que enloquecían al recibir la orden de ir a la selva a cumplir algún encargo. Se escondían en los árboles. Huían. Muchos se fueron a Bonga, a entrenarse para ser soldados, solo por evitar aquella selva que se tragaba a los chicos. La situación empeoró a medida que transcurrían los meses. El botín que salía de la selva se terminaba todos los días, de manera que los chicos que iban en busca de hierba, palos o leña tenían que aventurarse aún más lejos para obtenerlo. Muchos no volvían, pero el trabajo seguía: las obras de construcción crecían día tras día.

Un día se produjo un vendaval que derribó los tejados de docenas de las casas de los mayores. A seis de nosotros se nos asignó la tarea de reconstruirlos; Isaac y yo estábamos atareados con eso cuando nos encontró el comandante Secreto.

—Vosotros dos, a la selva. No tenemos leña.

Intenté adoptar el tono más formal y educado al contestar:

—No, señor. Podría ser devorado por un león.

El comandante Secreto se irguió, furioso.

—¿Quieres que te azote?

Eran las palabras más deliciosas que yo había oído nunca. Prefería gustoso una paliza si me salvaba del riesgo de morir devorado. El comandante Secreto me llevó a los barracones y me pegó en las piernas y el trasero con una vara, con fuerza pero sin maldad. Cuando hubo terminado, me esforcé por disimular una sonrisa; salí sintiéndome victorioso, incapaz de contener una canción que canté para mis adentros y al aire nocturno.

Poco después ningún chico quiso ir a la selva y las palizas se multiplicaron. Y, con el aumento de palizas, crecieron los métodos para minimizar su impacto. Se estableció un sistema de intercambio de ropa entre aquellos que iban a ser azotados.

Lo normal era que dichos castigos se anunciaran unas horas antes, y el destinatario de la paliza tenía tiempo para pedir tanta ropa interior y pantalones cortos como pudiera ponerse sin llamar la atención. Gracias a Dios, las zurras tenían lugar por la noche, así que el relleno adicional que llevábamos pasaba desapercibido.

Unas semanas más tarde, los maestros, por puro agotamiento o en un intento de fomentar una especie de disciplina militar entre nosotros, nos ordenaron azotarnos unos a otros por cualquier mala acción cometida. Aunque al principio hubo chicos que obedecieron esas órdenes con entusiasmo —y acabaron pagando por ello—, al final se instauró un sistema mediante el cual el azotador daba golpes al suelo, en lugar de al trasero de la víctima, mientras ambos emitían los jadeos de esfuerzo y dolor que se esperaba oír de ellos.

El nuevo orden militar era fastidioso, pero por otro lado estábamos fuertes y nadie moría. La mayoría seguíamos ganando peso, y podíamos trabajar y correr. La comida no escaseaba, y, de hecho, resultaba la única excusa perfecta para librarse del trabajo de las tardes. A cada uno de los miembros de los grupos de doce se le asignaba un día de cocina, en el que ese chico estaba autorizado a faltar a clase y al trabajo de la tarde porque estaba atareado cocinando para los otros once. La comida se distribuía una vez al mes, en camiones. La transportábamos al campamento, donde la almacenábamos en una serie de cobertizos desvencijados. Los sacos, llenos de harina de maíz, judías blancas, lentejas y aceite vegetal, eran tan grandes como muchos de nosotros y a menudo hacían falta dos chicos para cargar con ellos.

Cada doce días me tocaba un día libre, y ese era un buen día. La noche anterior me dormía con una sonrisa en los labios, y a medida que se acercaba el día mi humor se acercaba más a la alegría. Cuando por fin llegaba la ansiada jornada me quedaba durmiendo después de que Los Once se hubieran ido a desfilar y al colegio, y una vez despierto, pensaba en lo que haría de comer. Lo pensaba mientras iba al río a buscar agua y en el camino de regreso. La sopa era el plato básico del almuerzo, pero cuando me llegaba el turno intentaba hacer una sopa que no fuera de lentejas. La sopa de lentejas era el plato de cada día, y la mayoría de Los Once se conformaban con hacerlo y comerlo, pero, al ser el líder del grupo, yo intentaba hacer algo mejor, algo que hiciera que Los Once se sintieran extraordinarios.

Revisaba las provisiones que teníamos para ver si había algún excedente de algo que pudiera intercambiar. Por ejemplo, si disponíamos de un extra de arroz, podía cambiarlo en el río por un pescado y hacer sopa de pescado, algo que a Los Once les encantaba. Mientras ellos estaban en el colegio, yo me ocupaba de preparar la sopa, y pensaba en la cena. Pero no necesitaba todas las horas del día para hacer sopa, así que me quedaba tiempo libre. Incluso si uno de los mayores me encontraba descansando, yo podía decirle: «Hoy me toca cocina», y me dejaba en paz. Era esencial ser un cocinero bueno y responsable.



Yo era un cocinero excelente, pero al principio servir la sopa resultaba difícil. En los inicios del campamento no había platos ni cubiertos, así que la comida, sopa incluida, se servía en los sacos donde venía el grano. Los sacos eran sólidos y confeccionados a base de plástico grueso, así que la sopa no se filtraba. Muchos meses después llegó un cargamento de cubiertos y más adelante otro de platos: había un plato de aluminio para cada uno. Nadie desayunó nunca en todo el tiempo que permanecimos en Pinyudo, pero con el tiempo empezamos a tomar té por las mañanas, aunque el té no constaba en los repartos. Teníamos que cambiar parte de nuestra ración en la ciudad para conseguir azúcar y té. Cuando no había nada que cambiar por el azúcar, o las tiendas se quedaban sin, aprendíamos a cazar abejas y a extraer miel de sus colmenas.

Un día estaba yo cocinando cuando uno de mis vecinos, un chico de cara redonda llamado Gor, se me acercó corriendo. Era evidente que traía noticias, pero como no éramos amigos se le veía molesto de tener que compartirlas precisamente conmigo a falta de alguien mejor.

—¡Estados Unidos ha invadido Kuwait e Irak!

Yo no sabía qué eran Kuwait o Irak. Gor era un chico listo, pero me sorprendió el alcance de sus conocimientos sobre temas de actualidad mundial. Tenía entendido que en Pinyudo todos recibíamos la misma educación, y sin embargo había desigualdades que resultaban difíciles de explicar.

—¡Están rescatando Kuwait de las manos de Saddam Hussein! ¡Traen quinientos mil soldados y están recuperando Kuwait! ¡Se librarán de Hussein!

Al final, tras seguirle la corriente durante unos minutos, me tragué el orgullo y le pedí una explicación más exhaustiva. Gor me dijo que Saddam Hussein era el dictador de Irak, y había estado proporcionando armas y aviones al ejército sudanés. Hussein había dado dinero y gas nervioso a Jartum. Algunos de los helicópteros que destrozaron nuestros pueblos iban pilotados por iraquíes.

—¿Así que es bueno que Estados Unidos luche contra él? —pregunté.

—¡Sí! ¡Sí! —dijo Gor—. Eso significa que los americanos no tardarán en luchar contra Jartum. Significa que van a borrar del mundo a todos los dictadores musulmanes. Esto es lo que significa sin lugar a dudas. Te lo aseguro. Dios ha hablado a través de los americanos, Achak.

Y se marchó en busca de más chicos a los que aleccionar.

Esa teoría se mantuvo durante un tiempo: la guerra en Irak y Kuwait conllevaría, de forma inevitable, la caída de los fundamentalistas islámicos de Sudán. Pero eso no sucedió. Aquel año las perspectivas del ELPS no eran muy prometedoras. Se habían perdido batallas y territorios, y, como era de esperar, los rebeldes empezaron a devorarse entre sí.

Una mañana, a las diez, se anunció una asamblea. Se suspendieron las clases y todos salimos de las aulas.

—¡A la zona de desfiles! —ordenaron los maestros.

Pregunté a Achor Achor de qué iba la asamblea, pero él no estaba seguro. Pregunté a otro mayor, que me espetó:

—Limitaos a ir a la zona de desfiles. Lo disfrutaréis.

—¿Tenemos que trabajar esta tarde?

—No. La tarde se dedicará a educación.

Achor Achor y yo obedecimos, pletóricos. Cualquier cosa sería mejor que trabajar por la tarde, y no tardamos en estar sentados en la primera fila de un grupo cada vez mayor de chicos. Aquella semana había venido de visita un comandante del ELPS, Giir Chuang, y dedujimos que la asamblea se habría convocado en su honor.

Estaban presentes el comandante Secreto, el comandante Hebilla, el señor Comida en Potencia y el señor Kondit, así como todos los demás adultos del campamento. Busqué a Dut con la mirada, pero no lo encontré. No había pasado mucho tiempo en el campamento durante los últimos meses y los chicos que habíamos viajado con él especulábamos sobre diversas teorías: que ahora era un comandante del ELPS, que estaba estudiando en una universidad de Addis Abeba. En cualquier caso, todos le echamos de menos aquel día. Miré a mi alrededor y descubrí que la mayoría de los chicos eran de edades parecidas a la mía: tenían entre seis y doce años. Pocos de los allí reunidos eran mayores. Todos los chicos reían y sonreían, y tardamos poco en ponernos a cantar. Deng Panan, el mejor cantante de temas patrióticos y una celebridad entre los rebeldes, se plantó frente a nosotros provisto de un micrófono. Cantó canciones sobre Dios y sobre la fe, sobre la resistencia y el sufrimiento padecido por los sudaneses del sur a manos de los árabes. Se elevó un aplauso entre los asistentes cuando empezó a cantar la canción que había compuesto uno de los chicos de Pinyudo.

*Lucharemos para liberar la tierra de Sudán.*

*¡Lo haremos! Con el AK-47*

*y los batallones del Ejército Rojo*

*iremos*

*armados con rifles en la mano izquierda*

*y lápices en la derecha,*

*¡a liberar nuestro hogar, oh, oh!*

Mientras tanto, un batallón de quince soldados desfilaron por la zona y se colocaron en línea recta, hombro con hombro, de cara a nosotros. A continuación una fila de hombres, con grilletes en los pies y atados entre sí a base de sogas, fueron traídos a empujones. Eran siete; todos parecían desnutridos y algunos sangraban por las heridas que tenían en la cabeza o en los pies.

—¿Quiénes son? —murmuró Achor Achor.

Yo no tenía ni idea. Se habían arrodillado de cara a nosotros; no cantaban. Los soldados del ELPS se hallaban detrás de ellos, vestidos con uniformes limpios y con los AK-47 en las manos. Uno de los hombres, uno de aquellos hombres atados, estaba colocado justo frente a mí. Le miré a los ojos y me sostuvo la mirada: sus ojos despedían una furia descontrolada.

Cuando Deng Panan finalizó la canción, Giir Chuang tomó el micrófono.

—¡Chicos, vosotros sois el futuro de Sudán! Por eso os llamamos las Semillas. Sois las semillas de un Sudán nuevo.

Los chicos aplaudieron. Yo seguí mirando al prisionero.

—¡Sudán pronto será vuestro! —gritó Giir Chuang.

Los chicos respondieron a sus palabras con más muestras de euforia.

El comandante habló de nuestro potencial para reconstruir nuestro amado país una vez terminara la guerra. Dijo que volveríamos a un Sudán en ruinas, sí, pero a un Sudán que aguardaba a las Semillas: solo con nuestras manos, espaldas y cerebros lograríamos volver a construir el sur de Sudán. Y de nuevo le aplaudimos.

—Pero hasta que reine la paz en Sudán no podemos bajar la guardia. ¿Estáis de acuerdo?

Todos asentimos.

—¿Estáis de acuerdo? —repitió el comandante.

Dijimos que lo estábamos.

—¡Estos hombres son traidores! ¡Ladrones!

Entonces posamos la mirada en los hombres. Iban harapientos.

—¡Violadores!

Giir Chuang parecía esperar alguna reacción por nuestra parte, pero nos quedamos en silencio. Habíamos perdido el hilo. Éramos demasiado pequeños para saber qué era la violación, para comprender la gravedad de ese crimen.

—Han facilitado secretos del ELPS al gobierno de Sudán, y han revelado planes del ELPS a los *khawajas* de Pinyudo. Han puesto en peligro la seguridad del movimiento y han intentado arruinar todo lo que hemos conseguido juntos. ¡Han escupido sobre el nuevo Sudán que vais a heredar! Si se lo permitimos, envenenarán todo lo que tenemos. Si les concediéramos la oportunidad, colaborarían con el gobierno hasta convertirnos a todos al islam. ¡Hasta que pidiéramos clemencia bajo el yugo de los árabes y de su sharía! ¿Podemos dejar que lo hagan, chicos?

Gritamos que no. Me dije que los hombres serían castigados por sus traiciones. Los odié. Entonces sucedió algo inesperado: uno de ellos habló.

—¡No hemos hecho nada! ¡No hemos violado a nadie! ¡Esto es una farsa!

El hombre que protestó recibió un golpe con la culata de un rifle y cayó al suelo. Envalentonados, el resto de prisioneros empezó a suplicar.

—¡Os están mintiendo! —gimoteó uno, de muy baja estatura—. ¡Son todo mentiras!

La culata de un arma silenció a este también.

—¡El ELPS se come a los suyos!

Una patada al cuello de este hombre le tiró al suelo.

Giir Chuang parecía asombrado por su atrevimiento, pero aprovechó la oportunidad.

—¡Mirad cómo os mienten, Semillas de un nuevo Sudán! No tienen vergüenza. Si nos mienten a nosotros, mienten a todos. ¿Podemos dejar que nos mientan? ¿Podemos dejar que nos miren a los ojos y amenacen el futuro de nuestra nueva nación con sus traiciones?

—¡No! —gritamos.

—¿Podemos permitir que esa traición quede impune?

—¡No! —gritamos.

—Bien. Me alegra que estéis de acuerdo.

Y entonces los soldados dieron un paso al frente, situándose por parejas detrás de cada uno de los prisioneros. Apuntaron con sus armas a las cabezas y espaldas de aquellos hombres y dispararon. Las balas atravesaron los cuerpos de los hombres, levantando una polvareda.

Grité. Mil chicos gritaron. Los habían matado a todos.

Pero uno todavía vivía. El comandante señaló a un prisionero que aún respiraba y movía las piernas. Un soldado fue hacia él y volvió a dispararle, esta vez en la cara.

Intentamos escapar. Los primeros chicos que trataron de abandonar la zona fueron retenidos y azotados por los maestros. El resto permanecimos inmóviles, temerosos de realizar movimiento alguno, pero sin poder contener el llanto. Sollozábamos por los padres y madres a quienes llevábamos años sin ver; sollozaban incluso aquellos que los sabían muertos. Queríamos irnos a casa. Queríamos huir de ese lugar, de Pinyudo.

El comandante optó por clausurar la asamblea con brusquedad.

—Gracias. Hasta la próxima.

Los chicos se dispersaron corriendo en todas direcciones. Algunos se aferraron a los adultos, entre temblores y sollozos. Otros se quedaron donde estaban, hechos un ovillo y sin dejar de llorar. Me di la vuelta, vomité y hui, escupiendo mientras corría hacia la casa del señor Kondit, al que encontré ya sentado dentro, en su cama, con la vista fija en el techo. Nunca le había visto tan hundido. Estaba sentado, sin moverse, con las manos inertes sobre las rodillas.

—Estoy tan cansado... —dijo él.

Me senté en el suelo a sus pies.

—No sé por qué sigo aquí —añadió—. Todo se ha vuelto tan confuso...

Nunca le había oído expresar una duda.

—No sé si conseguiremos salir de esta, Achak. Así no. Esta no es la mejor opción. No estamos haciendo lo mejor.

Permanecimos sentados hasta el anochecer y me marché a casa, a reunirme con Los Once, cuyas filas habían disminuido. Nos habíamos quedado en Nueve. Dos

chicos se marcharon aquella tarde para no volver.

A partir de ese día muchos chicos dejaron de asistir a las asambleas, sin que importara cuál fuera el motivo de la convocatoria. Se escondían en sus refugios fingiéndose enfermos. Iban a la clínica, corrían hacia el río. Se inventaban cualquier excusa para evitar las reuniones, y como resultaba difícil controlar la asistencia, pocas veces había represalias.

Abundaban las historias sobre aquellas ejecuciones. Los hombres habían sido acusados de varios delitos, pero, según el rumor que circulaba por el campamento, eran inocentes de todo lo relacionado con la violación. Uno de ellos se había casado con una mujer a la que deseaba un oficial de alto rango del ELPS, que luego se vengó acusando al novio de violación. La madre de la novia, que no aprobaba el matrimonio, colaboró con los acusadores y declaró que los amigos del novio habían participado en la violación. Se cerró el caso y los hombres fueron condenados. Lo único que faltaba era ejecutarlos delante de diez mil adolescentes.

Yo estaba a punto de cumplir la edad en que me habrían enviado al campo de entrenamiento, Julian, pero me salvé de ese destino cuando las fuerzas que derrocaron al presidente Mengistu de Etiopía nos obligaron a abandonar Pinyudo, a mí y a los cuarenta mil refugiados. Más tarde me enteré de que ese golpe de Estado llevaba tiempo cociéndose y sería una fuente de problemas para Etiopía durante años. Pero empezó con una alianza entre distintos grupos de etíopes, con ayuda de los separatistas de Eritrea. Los rebeldes etíopes necesitaban la ayuda de los eritreos y viceversa. A cambio, se prometió la independencia para Eritrea si triunfaba el golpe de Estado. El golpe triunfó, pero a partir de entonces las relaciones entre ambas naciones se complicaron.

Yo salía de la iglesia cuando llegó la noticia. Mi iglesia quedaba cerca de la zona donde vivían los colaboradores etíopes, y cuando terminó la misa vimos que tanto las mujeres como los hombres lloraban.

—El gobierno ha sido derrocado. Mengistu se ha ido —exclamaron.

Nos ordenaron que recogiéramos nuestras cosas y que nos preparásemos para partir. Cuando llegué al refugio este ya estaba vacío; Los Nueve habían salido y me habían dejado una nota: «Nos vemos en el río. Los Nueve». En un saco de maíz guardé comida y mantas. En menos de una hora todos los chicos, familias y rebeldes se hallaban en campo abierto, listos para irse de Pinyudo. El paisaje aparecía cubierto de miles de refugiados: unos corrían, otros se mostraban tranquilos e indiferentes, como si se dispusieran a dar un paseo hasta el pueblo siguiente. Entonces el cielo se quebró.

Caía una lluvia torrencial. El plan consistía en cruzar el río Gilo y reinstalarnos al otro lado, posiblemente en Pochalla. En el agua resultó evidente que los grupos adolecían de falta de organización. La lluvia, el caos gris, barrió cualquier idea de

orden en la evacuación. Cuando llegué al río no encontré a Los Nueve. Vi a pocas personas conocidas. A lo lejos distinguí al comandante Hebilla montado en un jeep, con un megáfono roto en las manos por el que vociferaba instrucciones ahogadas. El área que rodeaba el río se había convertido en un lodazal, y la gente, empapada, se abría paso por las densas aguas. El río bajaba alto y la rápida corriente arrastraba consigo árboles y otros despojos.

Los primeros disparos sonaron fugaces y lejanos. Me volví para ver el origen del ruido. No vi nada, pero el ruido de las balas continuó, cada vez más fuerte: los atacantes se acercaban. Los tiros se multiplicaron y se oyeron los primeros alaridos. Una mujer escupió un chorro de sangre antes de desplomarse muerta en el agua. El disparo que la mató procedía de un asaltante invisible y la corriente arrastró el cadáver hacia mi grupo. Entonces cundió el pánico. Decenas de miles de nosotros chapoteamos hacia la parte menos profunda del río, incapaces de nadar. Permanecer en la ribera implicaba una muerte cierta, pero sumergirse en el río, caudaloso y rápido, era una locura.

Nos atacaban los etíopes, con la ayuda de sus secuaces de Eritrea y la colaboración de los anyuak. Nos querían fuera de su país, vengaban un millar de crímenes y delitos. El ELPS intentaba abandonar el país llevándose jeeps, tanques y una gran cantidad de provisiones que los etíopes consideraban suyas, de manera que les asistía cierta razón al reaccionar frente a las condiciones en que se llevaba a cabo la huida de los rebeldes. El cielo inundado de balas y de fuego de artillería marcó el principio del caos y de las muertes.

Yo titubeé en la zona menos profunda del río sin saber qué camino tomar. El agua me llegaba a la barriga. A mi alrededor la gente tomaba decisiones: saltar al río, dejarse llevar por la corriente, buscar una zona más estrecha, un bote, una solución.

—Cruza el río. Una vez lleguemos al otro lado estaremos a salvo.

Me volví. Era Dut. Una vez más, Dut me guiaba.

—Pero no sé nadar —dije.

—Quédate a mi lado. Yo te llevaré.

Encontramos una zona donde el río era más angosto.

—¡Mira!

Señalé al otro lado del agua: había dos cocodrilos en la orilla.

—No hay tiempo que perder —dijo Dut.

Grité. El miedo me paralizaba.

—No te comieron la otra vez, ¿lo recuerdas? Quizá no les gusten los dinkas.

—¡No puedo!

—¡Salta! ¡Empieza a nadar! Estaré justo detrás de ti.

—¿Qué hago con el saco?

—Suelta este saco. No puedes llevártelo.

Solté el saco, todo lo que poseía, y me sumergí en el río. Avancé con las manos cerradas como si fueran pezuñas manteniendo la cabeza fuera del agua. Dut estaba a

mi lado.

—Muy bien —susurró—. Bien. Sigue así.

Mientras me movía en el agua noté cómo la corriente intentaba arrastrarme. No conseguía apartar la vista de los cocodrilos. Permanecían inmóviles. Seguí chapoteando. Oí una gran explosión a mi espalda. Me volví y vi a los soldados que, arrodillados junto a la orilla, abrían fuego contra nosotros. Veía cabezas de chicos por todos lados, rodeadas de agua blanca, de basura, de impactos de lluvia y de balas. Todas las cabezas intentaban cruzar el río mientras sus cuerpos avanzaban bajo la superficie. Se oían gritos por todas partes. Chapoteé con manos y pies. Dirigí la mirada hacia el lugar donde había visto a los cocodrilos por última vez. Ya no estaban.

—¡Los cocodrilos!

—Sí. Tenemos que darnos prisa. Vamos. Somos muchos. Les sacamos una ventaja numérica. Nada, Achak, sigue nadando.

Oí un grito muy cercano. Me volví y vi a un chico en las fauces de un cocodrilo. El río se tiñó de rojo y la cara del chico desapareció.

—Sigue. Está demasiado ocupado para atacarte.

Estábamos a medio camino; en mis oídos resonaban el murmullo de la corriente subterránea y el silbido de las balas que cortaban el aire. Cada vez que sumergía las orejas el murmullo me llenaba la cabeza: parecía el sonido de los cocodrilos que iban hacia mí. Intenté mantener las orejas fuera del agua, pero temía recibir el impacto de una bala en el cráneo si asomaba demasiado la cabeza. Me sumergí de nuevo, solo para oír el sibilante murmullo del agua.

De la orilla de partida nos llegaban gritos de histeria. Me volví: un dinka provisto de un arma profería alaridos en dirección al río.

—¡Llevadme al otro lado! —gritaba—. ¡Llevadme al otro lado!

Había un hombre en el río, cerca de él, que huía a nado. Otro se sumergió y empezó a nadar. El hombre armado les gritaba a ambos:

—¡No sé nadar! ¡Ayudadme! ¡Llevadme al otro lado!

Los otros dos siguieron nadando. No querían detenerse a ayudar al hombre armado. Entonces este apuntó a los que nadaban y disparó. No estaban a más de cincuenta metros de donde yo me hallaba. El hombre armado mató a uno de ellos antes de que sus propios hombros explotaran; había sido alcanzado por balas de los etíopes. El hombre cayó allí, de lado, con la cabeza hundida en el lodo de la orilla.

Que yo lograra cruzar el río aquel día se lo debo a la pura suerte. Mis pies rozaron el suelo y me arrojé a la orilla. En ese momento una explosión resonó a mi espalda. No había ni rastro de Dut.

—¡Corre hacia la maleza!

¿Quién decía esto?

—¡Ya!

Ascendí por la ribera y un hombre me agarró del brazo. Era Dut. Me arrastró y me arrojó sobre la maleza, a su lado. Ambos yacimos, bocabajo, de cara al río.

—No podemos movernos de aquí —dijo él—. Nos verán y dispararán. En estos momentos están bombardeando la orilla del río. Estaremos más seguros aquí.

Seguimos tumbados durante treinta minutos mientras la gente ascendía por la ribera y nos dejaba atrás. Desde aquel altozano lo veíamos todo, veíamos demasiado.

—Cierra los ojos —dijo Dut.

Le dije que sí y hundí la cara en la tierra, pero contemplé a hurtadillas la matanza que se desarrollaba abajo. Miles de hombres, mujeres y niños cruzaban el río, y los soldados los mataban al azar, y a veces con esmero. Había pocas tropas del ELPS contraatacando desde nuestra orilla: la mayoría de soldados había huido dejando a los civiles sin protección, abandonados a su suerte. Los etíopes, por tanto, podían elegir entre una multitud de objetivos, desarmados en su mayoría. En medio del caos, los anyuak se habían unido a los etíopes en su guerra contra nosotros. Ese día los anyuak dieron rienda suelta a todo su odio acumulado, y echaron a los sudaneses de sus tierras con la ayuda de machetes y de los escasos rifles que poseían. Atacaron y dispararon a los que corrían hacia el río y a los que saltaban al agua. Las explosiones provocaban llamaradas blancas de seis metros de altura. Las mujeres dejaban caer a los bebés en el agua. Los niños que no sabían nadar simplemente se ahogaban. Una mujer que huía podía estar moviéndose, y al momento siguiente, abatida por una ráfaga de balas o por el impacto del mortero, se la veía inmóvil, flotando a merced de la corriente. Los cocodrilos devoraron algunos cadáveres. Aquel día el río bajó teñido de muchos colores: verde y blanco, negro, ocre y rojo.

Al amparo del anochecer, Dut y yo salimos de la ribera. No habíamos ido muy lejos cuando sucedió lo más inesperado: vi a Achor Achor. Estaba plantado en medio de un camino: miraba a derecha e izquierda sin saber hacia dónde encaminar sus pasos. Dut y yo estuvimos a punto de chocar con él.

—Bien —dijo Dut—. Ahora os tenéis el uno al otro. Nos vemos en Pochalla.

Dut regresó al río en busca de los heridos y los extraviados. Esa fue la última vez que vimos a Dut Majok.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo Achor Achor.

No estaba en absoluto claro. Seguíamos rodeados de maleza y me preocupaba la posible presencia de leones y hienas agazapados por allí. Poco después encontramos a dos chicos un poco mayores que nosotros. Eran de complexión fuerte, y ninguno sangraba.

—¿Adónde vais? —pregunté.

—A Pochalla. Todo el mundo está allí. Nos detendremos en Pochalla y luego ya veremos qué hacemos.



Nos unimos a ellos aunque no sabíamos ni sus nombres. Corrimos los cuatro, y Achor Achor y yo sentimos que esos chicos eran buenos compañeros de huida: se movían con rapidez y resolución. Atravesamos la noche, rodeados de hierba húmeda y del olor a fuego que flotaba en el cielo. Soplaban un fuerte viento que nos traía el humo y agitaba la hierba con violencia. Tuve la sensación de que mi vida consistía en eso, de que siempre tendría que correr, de que siempre podría correr. No me sentía cansado; mis ojos parecían capaces de ver en la noche. Con esos chicos me sentía a salvo.

—¡Venid aquí! —dijo una mujer. Busqué el origen de la voz. Me volví y vi a una mujer etíope vestida con uniforme de soldado—. Venid y os ayudaré a encontrar Pochalla.

Los otros chicos se encaminaron hacia ella.

—¡No! —dije—. ¡Mirad cómo va vestida!

—No me tengáis miedo —dijo ella—. No soy más que una mujer. Una madre que intenta ayudaros. ¡Venid a mí, niños! ¡Soy vuestra madre! ¡Venid a mí!

Los chicos desconocidos corrieron hacia ella. Achor Achor se quedó conmigo. Cuando estaban a seis metros de ella, la mujer se volvió, cogió un rifle del suelo y, con los ojos llenos de furia, disparó al chico más alto en el corazón. Vi cómo la bala le salía por la espalda. Cayó de rodillas y luego se desplomó a un lado: la cabeza dio contra el suelo antes que el hombro.

Antes de que pudiéramos escapar la mujer volvió a disparar. Esta vez la bala fue a parar al brazo del otro chico mayor. El impacto le hizo girar y cayó al suelo. Cuando se levantó para huir, una última bala, que le penetró por la clavícula y salió por su esternón, envió al chico al cielo en un santiamén.

—¡Corre!

Era Achor Achor, que salía corriendo. Yo no me había movido. Seguía fascinado por la mujer que ahora apuntaba el arma hacia mí.

—¡Corre! —dijo otra vez, y tiró de mi camisa por detrás.

Nos alejamos de ella: nos internamos en la maleza y avanzamos a gatas para no ser vistos por la mujer, que seguía gritando:

—¡Volved! Soy vuestra madre. ¡Volved aquí, hijos míos!

Fuéramos hacia donde fuéramos, la gente huía de nosotros. En la oscuridad nadie era de fiar. Nadie esperaba a ver quién era quién. Pero a medida que avanzaba la noche, las balas cesaron. Supusimos que los etíopes no nos perseguirían hasta Pochalla: se conformaban con expulsar a los sudaneses de su país.

—Mira —dijo Achor Achor.

Señaló dos altas briznas de hierba que habían sido atadas en medio del sendero.

—¿Qué significa eso?

—Significa que no debemos ir por ahí. Alguien nos advierte que el camino no es seguro.

En cuanto veíamos la señal de las hierbas cruzadas cambiábamos de dirección. La noche se colmó de silencio y el cielo se oscureció del todo. Achor Achor y yo caminamos durante horas, y dado que evitamos seguir muchas rutas pronto sospechamos que estábamos andando en círculo. Por fin llegamos a un camino ancho, donde se percibían las huellas, viejas y secas, de un coche o de un camión. Era un camino despejado y Achor Achor se mostró seguro de que nos conduciría hasta Pochalla.

Llevábamos una hora andando, bajo un viento fuerte y cálido, cuando oímos un gemido animal. Estábamos muy familiarizados con los sollozos y gruñidos de los adultos, y al instante supimos que se trataba de un bebé que lloraba. Me asusté al oír semejante sonido: gutural y asfixiante, como el aullido de un gato moribundo. Enseguida encontramos al bebé, de no más de seis meses, tumbado en el suelo junto a su madre, que estaba tirada en el camino, muerta. El niño trató de alimentarse del pecho de su madre durante un momento. Se rindió, llorando, las manitas convertidas en puños.

La madre había recibido un disparo en la cintura. Tal vez en el río. La bala la había atravesado y la mujer había conseguido arrastrarse hasta aquí antes de morir. Había un rastro de sangre en el camino.

—Tenemos que llevarnos al niño —dijo Achor Achor.

—¿Qué? No —repuse—. Los llantos del bebé harán que nos descubran.

—Tenemos que llevarlo con nosotros —repitió Achor Achor, y se agachó para coger al niño desnudo en brazos. Le quitó la camisa a la madre muerta y envolvió con ella al niño—. No es necesario dejarlo aquí.

En cuanto Achor Achor envolvió al bebé y lo atrajo contra su pecho, el niño se calmó.

—¿Ves? Es un bebé tranquilo —dijo él.

Caminamos un rato con el Bebé Tranquilo. Yo creía que estaba maldito.

—Todo bebé que se alimenta de una persona muerta está condenado a morir —dije.

—¡Menuda tontería! —dijo Achor Achor—. Eso no tiene ningún sentido. El Bebé Tranquilo vivirá.

Nos turnamos para llevarlo en brazos, y lo cierto es que apenas hizo el menor ruido durante la caminata. A día de hoy sigo sin saber si era varón o hembra, pero siempre he pensado en el bebé como si fuera una niña. La atraje contra mi pecho, colocando su cabeza entre mi hombro y mi barbilla. Pasamos frente a hogueras pequeñas y por largos tramos de oscuro silencio. Durante todo ese tiempo el Bebé Tranquilo seguía apoyado en mi pecho o en mi hombro, sin hacer ruido, con los ojos muy abiertos.

En mitad de la noche Achor Achor y yo encontramos a un grupo sentado en la hierba, al borde del camino. Eran doce, la mayoría mujeres y ancianos. Contamos a

las mujeres que habíamos hallado al Bebé Tranquilo. Una mujer con una herida en el cuello se ofreció a quedárselo.

—No se preocupe por el bebé —dije.

—Es un bebé muy tranquilo —añadió Achor Achor.

Cuando la separé de mis hombros, la niña abrió los ojos. La mujer la cogió y el bebé se quedó tranquilo. Achor Achor y yo seguimos andando.

Encontramos después a un numeroso grupo de hombres y chicos que se tomaban un descanso junto a la carretera y juntos caminamos hasta Pochalla. A nuestra llegada vimos a los que habían logrado sobrevivir a Pinyudo. De Los Nueve, ocho lo habían logrado. Había dos testigos que aseguraban que Akok Kwuanyin se había ahogado en el río.

Intentamos asumir esta información, pero era imposible. Actuamos como si no hubiera muerto; ya le lloraríamos más adelante.

Había miles de sudaneses dispersos por los terrenos que rodeaban una pista de vuelo abandonada. Achor Achor y yo escogimos una zona de hierba alta, al abrigo de los árboles. Aplastamos la hierba para poder dormir allí. En cuanto terminamos de aplastarla empezó a llover. No teníamos mosquitera, pero Achor Achor había encontrado una manta, así que nos tumbamos muy cerca uno de otro y la compartimos como hermanos.

—¿Te están picando los mosquitos? —pregunté.

—Claro —dijo Achor Achor.

Nos pasamos la noche tirando de la manta, despojando de ella al otro, y sin dormir. Dormir rodeados de mosquitos hambrientos era imposible.

—¡Deja de tirar de la manta! —susurró Achor Achor.

—No lo hago —protesté.

Debo admitir que sí tiraba de ella, pero estaba demasiado cansado para saber qué hacía.

Durante la noche Achor Achor y yo pedimos sacos de sisal a los mayores y nos dieron uno a cada uno. Los entrelazamos para confeccionar una mosquitera que fuera lo bastante grande como para protegernos a ambos. La atamos a la manta y pareció bastar. Estábamos orgullosos de nuestra obra y ardíamos en deseos de dormir a su abrigo. Acordamos no orinar cerca de la hierba aplastada para no atraer a los mosquitos.

Pero enseguida se puso a llover de nuevo y nuestros preparativos resultaron inútiles. El agua entraba por debajo de la red y nos incorporamos para izarla. En cuanto lo hicimos, una nube de mosquitos nos invadió. Nos pasamos la noche en vela, mojados y matando insectos con las dos manos, exhaustos, empapados y manchados por todo el cuerpo con nuestra propia sangre.

Fue aquella lluvia la que mató a muchos chicos. La lluvia nos debilitó y trajo consigo a los insectos, y estos, la malaria. La lluvia nos quitó las fuerzas. Hizo con nosotros lo mismo que hacía con las vacas de arcilla: aquella lluvia inmisericorde reblandecía la arcilla y borraba los contornos de la vaca hasta terminar quebrando el material. La lluvia tuvo ese efecto en la gente que sufría en Pochalla, sobre todo en los niños sin madre: se quebraron bajo su fuerza, se fundieron con la tierra.

Por la mañana, tumbados bocabajo, Achor Achor y yo contemplamos a la gente que había venido hasta Pochalla. La procesión seguía: duró todo el día, desde el amanecer hasta la noche. Vimos cómo el campo se llenaba de seres humanos hasta ocultar los árboles.

—¿Crees que Dut anda por aquí? —preguntó Achor Achor.

—No creo —dije.

Me parecía que si Dut estuviera cerca nos enteraríamos. Tenía que creer que Dut seguía vivo, guiando a otros grupos hasta la salvación. Sabía que Pochalla no era el único destino, y me dije que si había gente viajando durante la noche, Dut estaría con ellos.

—¿Crees que el Bebé Tranquilo está por aquí? —preguntó Achor Achor.

—Creo que sí. O si no, llegará pronto.

Aquel día buscamos al Bebé Tranquilo, pero todos los que encontramos estaban llorando. Sus madres debían atender a los bebés y a sus propias heridas. Había heridos por todas partes. Sin embargo, solo los heridos leves habían conseguido llegar a Pochalla. Miles murieron en el río Gilo y cientos más de camino a Pochalla. No hubo forma de ayudarlos.

—Estoy harto de ver a esta gente —dijo Achor Achor.

—¿A qué gente?

—A los dinkas, a toda esta gente —dijo él, señalándolos con la cabeza.

Cerca de donde estábamos una madre amamantaba a un bebé mientras abrazaba a otro hijo con los pies. Solo ella llevaba ropa. Tres críos más estaban sentados por allí, todos gritando. El brazo de uno de ellos me recordó a la cara del hombre sin rostro con quien me había cruzado cuando huía de Marial Bai.

—No quiero estar siempre con esta gente —dijo Achor Achor.

—Ni yo —convine.

—La verdad es que ni siquiera quiero ser parte de ellos. No para siempre.

La misma gente que partió de Pinyudo se reorganizó en Pochalla. La mayoría lo había perdido todo en el camino. El campamento era una mezcla ruinosa de plástico, pequeñas hogueras, mantas y ropa sucia. No había comida. Treinta mil personas buscaban comida en un campo que no habría podido alimentar ni a una jauría de perros.

Achor Achor y yo nos unimos a dos chicos del Bahr al-Ghazal y nos internamos en los bosques cercanos en busca de palos y hierba. Construimos una cabaña triangular, con el techo de hierba y las paredes de barro, y nos pasamos dentro la mayor parte del tiempo, secos y abrigados frente al fuego, que controlábamos de cerca para que se mantuviera lo bastante vivo como para calentarnos pero no tanto como para alcanzar el techo y asarnos a todos.

—Definitivamente, es mejor morir —dijo una noche Achor Achor—. ¿Por qué no hacemos algo para morir? ¿Qué os parece? Marchémonos de aquí, unámonos al ELPS... Lo que sea. Y muramos.

Aunque en el fondo estaba de acuerdo con él, elegí discutir.

—Dios nos llevará cuando quiera —dije.

—Oh, deja ya esa mierda —me espetó él.

—¿Quieres matarte?

—Quiero hacer algo. No quiero estar de brazos cruzados para siempre. La gente cae enferma. Lo único que nos espera es la muerte. Si nos quedamos, acabaremos contagiándonos de algo. Todos estamos muriendo; lo que pasa es que a ti y a mí nos afecta más despacio que al resto. Tal vez sería mejor unirse a la lucha y morir más deprisa.

Aunque esa noche tuve la sensación de que Achor Achor estaba en lo cierto, preferí no decir nada. Contemplé las paredes rojas del refugio; en el transcurso de las horas el fuego se fue apagando, y nuestro aliento se volvió cada vez más frío.

Ya es hora de irse del hospital. Esto es una tomadura de pelo. Julian no ha cumplido su promesa. Se ha ido. Achor Achor y Lino tampoco están ya en la sala de espera. Me aproximo al mostrador de admisiones donde se halla la nueva enfermera de turno, esta con una nube de pelo rubio.

—Me marchó ya —anuncio.

—Pero si no le han visitado —dice ella. Se muestra genuinamente sorprendida de que me plantee la posibilidad de irme después de solo catorce horas.

—Llevo demasiado tiempo aquí.

Va a decir algo pero se muerde la lengua. Esta noticia parece suponer una novedad para ella. Le digo que llamaré más tarde para saber los resultados de la resonancia magnética.

—Sí —dice ella—. Claro... —En una tarjeta de visita anota un número de teléfono al que puedo llamar. Desde que sufrí el asalto en mi casa me han dado dos tarjetas de visita. Creo que no he pedido cuidados médicos extraordinarios, ni especiales actos de heroísmo por parte de la policía. Cuando se despierten todos, me refiero a Phil y a Deb y a mis amigos sudaneses, se desatará la ira y se producirán llamadas y amenazas hacia esos médicos.

Pero por el momento es hora de irse de este sitio. No tengo aquí el coche, ni dinero para tomar un taxi. Es demasiado temprano para que alguien venga a buscarme, así que decido volver a casa a pie. Tengo que estar en el trabajo a las cinco y media, así que cruzo las puertas automáticas, salgo de la sala de urgencias y del aparcamiento, y empiezo a caminar en dirección a mi apartamento. Me ducharé, me cambiaré de ropa y me iré a trabajar. En el trabajo hay un botiquín rudimentario y ahí curaré mis heridas tan bien como pueda.

Bajo por Piedmont Road. Las calles están desiertas. Atlanta no es una ciudad hecha para peatones, y menos a estas horas. Los coches surcan la noche líquida e iluminan la carretera al igual que lo hicieron durante los últimos días de nuestra caminata, antes de llegar a Kakuma. Entonces, como ahora, me pasé el camino reflexionando sobre si quería seguir viviendo.

Estaba ciego, o casi ciego, cuando por fin nos dirigimos a Kakuma. Durante ese trayecto no albergaba ninguna de las ilusiones que me animaron cuando viajamos hacia Etiopía.

Era el final del año más duro. Había sido un año de vida nómada. Después del río Gilo pasamos a Pochalla, luego a Golkur, luego a Narus. Nos habíamos encontrado con bandoleros, con más bombardeos, y por fin, una mañana, desperté y no podía ver. Incluso el más leve intento de abrir los ojos me provocaba un dolor insoportable.

Uno de mis amigos me tocó los ojos.

—No tienen buen aspecto —me dijo.

En Narus no había espejos, así que tuve que aceptar su palabra de que mis ojos parecían enfermos. Hacia la tarde su diagnóstico se reveló acertado. Era como si alguien me hubiera echado arena y ácido debajo de los párpados. Nuestro paso por Narus era temporal; estaba a unos ciento sesenta kilómetros al norte de Kenia, pero compartían un clima similar, un aire preñado de polvo rojo.

Esperé que se me curaran los ojos, pero solo empeoraron. No fui el único chico que contrajo lo que llamaban *nyintok*, enfermedad de los ojos, pero mientras los demás mejoraron en poco tiempo, a los cinco días mis ojos estaban tan hinchados que no podía abrirlos. Los mayores propusieron variados remedios y me los lavaron muchas veces con agua, pero el dolor persistió y me hundió en la depresión. Ser ciego en el sur de Sudán en plena guerra sería muy difícil. Pedí a Dios que decidiera si quería quitarme o no la vista; lo único que yo deseaba era que cesara el dolor.

Una noche, mientras todos yacíamos en alpendes —en Narus no teníamos refugios propiamente dichos—, oímos el rugido de coches y camiones y supe que tardaríamos poco en volver a partir. El ejército del gobierno estaba de camino y pronto tomaría Narus. Los chicos debíamos andar hasta Lokichoggio, en Kenia, bajo la supervisión del ACNUR. Yo no quería levantarme, ni caminar, ni siquiera moverme, pero me sacaron a rastras del alpende y me obligaron a unirme a la fila.

Avanzaba a tientas, con los dos ojos vendados, las vendas convertidas en una especie de antifaz. Seguía el camino a base de coger el faldón de la camisa de quien fuera delante. Aunque sabía que estábamos a punto de cruzar la frontera hacia un país sin guerra, esta vez no soñaba con cuencos llenos de naranjas. Sabía que el mundo era igual en todas partes, que solo existían variaciones mínimas de sufrimiento entre un lugar y otro.

Cuando partimos de Etiopía muchos murieron en el camino. Éramos miles, pero había tantos heridos, el sendero estaba tan lleno de sangre... En ese momento vi más muertos que en cualquier otro. Mujeres, niños. Bebés del tamaño del Bebé Tranquilo que no podían sobrevivir. Nada parecía tener sentido. Al recordar ese año solo veo imágenes inconexas y borrosas, como si fueran escenas de un sueño. Sé que estuvimos en Pochalla; luego cerca de allí, en Golkur, a tres horas de camino. Una lluvia furiosa, gris y constante, nos azotó durante tres meses. En Golkur volvimos a encontrarnos con soldados del ELPS, cooperantes y comida, y, al final, incluso colegio. Fue allí donde nos enteramos de la escisión entre los rebeldes, que se produjo cuando un comandante nuer llamado Riek Machar decidió crear su propio movimiento, el ELPS-Nasir, un grupo que durante un tiempo puso en jaque al ELPS tanto como Jartum. Esta segunda guerra dentro de la guerra obligó a los rebeldes dinkas de Garang a luchar contra los rebeldes nuers de Machar. Se perdieron decenas de miles de vidas, y la lucha interna, la brutalidad que imperaba en ella, hizo que el mundo volviera la espalda a las matanzas de Sudán: para el mundo en general, la

guerra civil se transformó en un conflicto demasiado confuso para ser descifrado, una mezcla de pugnas tribales sin héroes ni villanos claros.

Pasamos la mayor parte de ese año en Golkur, y un día, en pleno conflicto y con el país sumido en el más absoluto caos, Manute Bol, la estrella del baloncesto, vino a vernos desde América: voló en una avioneta para saludar a los chicos que vivían en el campamento. Solo habíamos oído hablar de él en términos de leyenda, y ahora le teníamos delante, bajando de un avión que apenas parecía lo bastante grande para que cupiera en él. Nos habían dicho que se había vuelto americano y por tanto resultó toda una sorpresa que no fuera blanco. Poco después fuimos atacados por las milicias contratadas por el gobierno; nos informaron de que los bombardeos empezarían pronto. Así que un buen día los mayores nos dijeron que lo mejor era irse de Golkur, y eso hicimos. Partimos de nuevo y caminamos hasta Narus. Unas semanas más tarde, por exigencias de la ONU, anduvimos hasta Kenia. Nos dijeron que en Kenia estaríamos a salvo, por fin; nos dijeron que era un país democrático, un país neutral y civilizado, y que en él la comunidad internacional estaba creando un paraíso para nosotros.

Pero teníamos que movernos rápidamente. Debíamos abandonar Sudán, porque el ejército sudanés estaba al tanto de nuestro paradero. Veíamos helicópteros de combate durante el día, y cuando nos sobrevolaban, nos diseminábamos bajo los árboles y rezábamos entre el polvo. El viaje se realizó sobre todo de noche y duró más de dos semanas; como creíamos que nos hallábamos cerca de Kenia, que nuestra situación era desesperada y la tierra más inhóspita que nunca, caminamos con más agilidad y menos piedad de lo que lo habíamos hecho antes. A medida que nos acercábamos a la frontera el tiempo empeoraba. Luchamos contra el viento durante días, y eran muchos los que estaban seguros de que aquella fuerza constante del viento abrigaba el propósito de repelernos, nos instaba a dar media vuelta.

Por el olor del aire yo sabía que era un lugar polvoriento. Me quité la camisa y me envolví con ella la cabeza para protegerme la cara del polvo y del vendaval. La infección de los ojos, que ya sufría desde hacía días, solo me permitía distinguir sombras oscuras, partidas por mis pestañas.

A lo largo de ese camino nos cruzamos con camiones que transportaban a los viajeros más enfermos y que a veces nos traían agua y comida. Ni con mis ojos hinchados era candidato al camión, ya que mis piernas funcionaban y mis pies estaban intactos. Pero deseaba tanto que me llevaran... ¡La simple idea de no andar! Miré hacia los camiones y pensé en lo bueno que sería estar dentro, elevado, transportado hasta mi destino.

Cada vez que salían los camiones los chicos intentaban encaramarse en la parte de atrás, pero el conductor se apeaba y los echaba de allí, arrojándolos contra el suelo.

—¡Para! —gritó un día una voz—. ¡Para!



Fue así como uno de los chicos murió atropellado por los camiones de ayuda. Cuando llegué al lugar donde se había producido el accidente el cuerpo del chico ya no estaba: alguien debió de sacarlo de la carretera. Pero la mancha oscura de su sangre era tan visible como las siluetas de las montañas que se veían en el horizonte.

Dejo Piedmont Road y giro por Roswell Road, una calle que desemboca en mi casa. Este paseo de madrugada por Atlanta resulta largo, pero en absoluto desagradable. Distingo una tira purpúrea que aparece por el este y sé que esta se hará más grande a medida que me acerque.

Siempre que me descubro a punto de rendirme en este país, me asalta la manía de repasar todo lo que tengo aquí y no tenía en África. Es una manía que resulta bastante fastidiosa cuando me propongo evaluar las dificultades de mi vida actual. Se trata de un lugar miserable, desde luego, un lugar miserable y glorioso por el que siento un profundo cariño y del que he visto más de lo que cabía esperar. Llevo cinco años moviéndome con entera libertad. He volado por todo el país en treinta y nueve ocasiones, y he recorrido casi treinta y cinco mil kilómetros para ver a amigos y parientes, cañones y torres. He visitado Kansas City, Phoenix, San José, San Francisco, San Diego, Boston, Gainesville. Pasé dieciséis horas en Chicago, sin aventurarme a entrar en la ciudad. Iba a dar una charla a la Universidad del Noroeste, me perdí al salir del aeropuerto y por fin, de pie sobre una silla, me dirigí a una docena de estudiantes para hablarles mientras ellos salían del auditorio. En Omaha tuve la oportunidad de ver un partido de béisbol regional, y en otra ocasión contemplé cómo la nieve caía sobre la ciudad, cubriéndola con su manto en cuestión de minutos. En Oakland descendí a los túneles subterráneos sin terminar de creerme que existiera el metro; aún me parece imposible y no pienso volver a usarlo hasta que alguien me demuestre que es viable. He estado siete veces en Memphis para visitar a mi tío, el hermano de mi padre, y he entrado en una gran pirámide de vidrio. En Nueva York vi la Estatua de la Libertad desde un ferry, y me sorprendió observar que la mujer caminaba. Había visto al menos cientos de fotos, pero nunca había reparado en que sus pies estaban a medio paso; fue emocionante y mucho más bello de lo que creía. He estado en Carolina del Sur, en Arkansas, Nueva Orleans, Palm Beach, Richmond, Lincoln, Des Moines, Portland; hay Niños Perdidos viviendo en la mayoría de esas ciudades. Estuve en Seattle, en 2003, para hablar en una convención de médicos en el estado de Washington. Me contrataron para que relatara mis experiencias a sus miembros, y eso hice, y mientras estaba en Seattle el mismo amigo que en aquella ocasión le pasó el teléfono a Tabitha me llevó hasta ella.

Resulta extraño decirlo, pero amé a Tabitha sobre todo de lejos. Es decir, mi amor por ella crecía siempre que la observaba a cierta distancia. Creo que eso suena mal. La

amaba cuando estábamos juntos, en mi cuarto o en el sofá, cuando sus piernas y sus manos se entrelazaban con las mías. Pero lo que más recuerdo son los momentos en que la veía desde el otro lado de la calle, caminando hacia mí o subiendo por unas escaleras mecánicas rotas. Un día estábamos en el centro comercial —da la impresión de que nos pasábamos mucho tiempo en el centro comercial y supongo que así era— porque ella quería hacer unas compras. Me dirigí a la zona de restauración a buscar una bebida para cada uno. Habíamos quedado en encontrarnos en el punto de información de la primera planta. Me senté cerca y la esperé durante mucho rato; Tabitha nunca fue puntual. Pero cuando por fin apareció en lo alto de las escaleras mecánicas con dos bolsas en una mano, en su rostro estalló una sonrisa tan espectacular que por un instante el centro comercial se quedó paralizado. La gente dejó de caminar y de hablar, los niños no corrían ni comían, el agua se detuvo. Y en ese momento la escalera mecánica donde estaba ella dejó de moverse. Miró al suelo con expresión de sorpresa y se llevó la mano libre a la boca. Me miró desde arriba y se rió. Resignada al hecho de que había detenido el movimiento de las escaleras mecánicas, se dispuso a bajar a pie, descendiendo con el paso alegre reservado para aquellos que se sienten satisfechos y cómodos en el mundo. Llevaba una camiseta de color de rosa y unos tejanos negros ajustados; yo sabía que no podía apartar los ojos de ella. Sé que no lo hice mientras bajaba los veintiséis escalones que la separaban de mí. Ella se percató, y bajó la cabeza o desvió su mirada. Sabía que en cuanto llegara me daría una palmada en el brazo y me regañaría por haberla mirado así. Pero no me importaba. La devoré con los ojos mientras bajaba la escalera y guardé el recuerdo en mi memoria para poder conjurarlo eternamente.

Cuando regresó a Seattle empezó a preocuparse por Duluma. Las llamadas de este eran más frecuentes: se mostraba nervioso, dejaba mensajes amenazadores en el contestador. Una noche ella oyó ruido en la puerta de su apartamento y se encontró con que Duluma le había introducido una nota por debajo de la puerta: un discurso enloquecido rebotante de acusaciones y súplicas. Cuando me habló de estos acontecimientos la insté a que volviera a Atlanta, conmigo. Dijo que no podía. Se acercaban los exámenes finales, y, de todos modos, siempre podía recurrir a sus hermanos en caso de necesidad.

Decidí llamar al tal Duluma para hablarle de su conducta, y cuando lo hice obtuve unos resultados satisfactorios. Como supongo que siempre intento llegar a un acuerdo, que apelo a la calma y al entendimiento para paliar el rencor, le hablé con empatía y con el objetivo de lograr una reconciliación entre los tres. Y antes de que acabara la conversación debo admitir que el tono era amistoso. Sentí que podía confiar en él y que le había proporcionado un nuevo equilibrio. Dijo que por fin se había hecho a la idea de que ella saliera conmigo: había preguntado por mí y ahora que sabía que yo era un buen tipo estaba satisfecho. Dijo que estaba dispuesto a renunciar a ella y le di las gracias por ser tan buena persona en todo. Le dije que entendía que no era fácil renunciar a una mujer a quien amas, aunque seguí notándolo

desagradable y un poco tenso. Nos dimos las buenas noches como amigos y me pidió que volviera a llamarle algún día. Accedí, aunque no tenía la más mínima intención de hacerlo.

A continuación llamé a Tabitha y ambos nos reímos de la retorcida mente de Duluma: tal vez una explosión de gas nervioso le había mermado las facultades en sus días de soldado en el ELPS. Recuerdo que aquel día deseé con todas mis fuerzas estar con Tabitha. Se mostró alegre por teléfono, desdeñosa con Duluma y sus amenazas, pero tanto ella como yo seguíamos preocupados. Yo quería ir con ella o traerla conmigo, y siempre maldeciré que no me decidiera a hacerlo. Ella estaba en Seattle y yo en Atlanta, y no dimos ningún paso para reducir esa distancia. No me habría costado mucho cambiar esta ciudad por la suya; hay pocas cosas que me retengan aquí. Pero ella estaba en la universidad y yo quería terminar las clases del semestre, de manera que nos sentimos forzados a seguir donde estábamos. No puedo contar las veces que he maldecido nuestra falta de prisa. Si alguna vez vuelvo a amar, no esperaré para darlo todo por la persona amada. Nos creímos jóvenes, nos dijimos que ya habría tiempo para amar en el futuro. Es una forma de pensar horrible. Ese no es modo de vivir, esperar para amar.

Estoy en la puerta de mi apartamento y creo que al final no voy a entrar. No sé en qué estaba pensando cuando decidí ir a casa. Mi sangre sigue en la moqueta y estaré solo. ¿Podría ir a ver a Edgardo? No he estado nunca en su casa y no me parece la mejor hora para presentarme sin avisar.

Quiero irme, alejarme en mi coche de aquí, pero las llaves del vehículo están dentro de casa. Me debato unos segundos sobre si puedo o no soportar entrar en el apartamento el tiempo suficiente para encontrar las llaves. Decido que sí y le doy la vuelta a la llave.

Dentro flota el recuerdo a fresa de Tonya, y en segundo plano el del chico. ¿A qué huele? Es un olor dulce, un olor a niño, el olor de un niño que no puede dormir. Mantengo la cabeza en alto para evitar ver mi sangre en el suelo o en los cojines del sofá que tal vez estén aún dispersos por la moqueta. Encuentro las llaves en el armario de la cocina, las cojo y me voy a toda prisa. Incluso el ruido de la puerta al cerrarse es distinto.

Me subo en el coche. Decido que podría dormir aquí, en el aparcamiento, durante una hora, antes de tener que irme al trabajo. Pero estoy demasiado cerca de ellos: de los asaltantes, de su coche, de los vecinos cristianos, de todos los que participaron en el asalto por activa o por pasiva. Sopeso las alternativas: podría conducir hasta un parque y dormir; podría irme a desayunar; podría ir a casa de los Newton.

Esa parece ser la mejor idea. Cuando empecé a trabajar y estudiar a la vez, mis visitas a los Newton disminuyeron, pero dijeron que su puerta siempre estaría abierta para mí. Ahora, esta mañana, sé que necesito estar allí. Llamaré con suavidad a su

ventana, la que da a la cocina, donde desayunan, y Gerald, que siempre se despierta muy temprano, abrirá la puerta y me dejará entrar encantado. Echaré una cabezada en su sofá, el sofá de módulos marrón que hay en la sala de la tele: durante una hora me regodearé en el lujo, aspirando el aroma a perros, ajo y ambientador que flota en la casa. Me sentiré a salvo, querido, aunque el resto de los Newton no se entere de mi presencia hasta que me haya ido.

Conduzco hacia su casa, que está solo a unos kilómetros de distancia: dejo atrás el desarraigo en el que vivo, tomo la autopista y veo los grandes almacenes que la bordean: penetro en las sombrías y zigzagueantes calles de caros jardines, vallas inmaculadas y buzones con forma de establos en miniatura. Cuando empecé a tratar con los Newton pasaba dos o tres días por semana en su casa: cenaba con ellos, vivía allí fines de semana enteros. Fuimos juntos a los partidos de los Atlanta Braves, al zoo, al cine. Era una familia muy atareada —Gerald estaba en el consejo de administración de tres ONG y trabajaba a todas horas, Anne llevaba una vida muy activa en la parroquia— y empecé a sentirme culpable del tiempo que buscaban para mí. Pero también sentía que ayudaba a Allison a comprender ciertas cosas, sobre la guerra, sobre Sudán e incluso sobre Alessandro, de manera que tal vez el beneficio era mutuo. Los conocía desde hacía unos meses cuando nos hicimos una foto en el jardín de su casa: Allison sentada en el césped, yo de pie junto a Gerald y Anne.

—Para la felicitación navideña —dijeron.

¿Lo había oído bien? ¿Iban a incluirme en sus felicitaciones de Navidad? Me la enviaron diez días después: la foto pegada a una gran tarjeta verde, los cuatro sonrientes en su frondoso jardín. El interior de la felicitación rezaba así: «Felices vacaciones y paz para el Año Nuevo, de parte de Gerald, Anne, Allison y Dominic (nuestro nuevo amigo sudanés)». Me sentí muy orgulloso de tener aquella felicitación, y orgulloso de mi papel estelar en ella. La colgué en la pared de mi cuarto, sobre la mesita. Al principio la tenía en el salón, pero algunos amigos sudaneses que venían de visita se habían mostrado celosos. Exhibir estas amistades no es de buena educación.

Pensar en aquella felicitación me reconforta y anhelo cruzar el arco de la puerta de casa de los Newton, pero cuando llego el plan me parece ridículo. ¿Qué estoy haciendo? Son las 4.48 de la mañana y he aparcado frente a una casa que está a oscuras. Miro a ver si distingo alguna luz, pero no hay ninguna. Así funcionan los refugiados: sin saber dónde está el límite de la generosidad de sus anfitriones. ¿Voy a llamar a su puerta cuando aún no son las cinco de la mañana? He perdido el juicio.

Conduzco calle arriba hasta la manzana siguiente, para que no me vean si alguien de la casa se despierta. Decido que me limitaré a esperar aquí hasta que llegue la hora de ir a trabajar. Puedo llegar antes, ducharme, tal vez incluso comprarme una camisa y unos pantalones en una de las tiendas. Me hacen un treinta por ciento de descuento en todas las prendas y ya he aprovechado esa ventaja con anterioridad. Me lavaré, compraré la ropa, me pondré presentable y no le diré a nadie lo que ha pasado. Estoy

cansado de necesitar ayuda. Necesito ayuda en Atlanta, necesitaba ayuda en Etiopía y en Kakuma: ya estoy harto. Harto de ver familias, visitar familias, ser y no ser a la vez parte de esas familias.

Unas semanas después de mi conversación con Duluma, y de que Tabitha y yo nos riéramos de él, fui a ver a Bobby Newmyer a Los Ángeles. Celebraba una reunión de Niños Perdidos en la Universidad del Judaísmo. Catorce Niños Perdidos habían viajado hasta allí procedentes de varios estados para hablar sobre los planes de organización nacional, sobre una página web que iría siguiendo los progresos de todos los miembros de la diáspora, y quizá sobre una acción colectiva o algún pronunciamiento referente a Darfur. Estábamos ocupando nuestros asientos para comenzar los debates de la mañana cuando sonó mi teléfono. Como los Niños Perdidos parecemos tener problemas con el móvil —sentimos la necesidad de contestar al instante, en cualquier situación—, se habían impuesto reglas: no se permitían llamadas durante las reuniones. De manera que no atendí la llamada de Tabitha. Durante el primer receso escuché el mensaje del buzón de voz. Lo habían dejado a las diez y media de la mañana.

«Achak, ¿dónde estás? —preguntaba ella—. Llámame enseguida.» Le devolví la llamada y me salió el buzón de voz. Le dije que estaría ocupado todo el día. Te llamaré cuando terminen las reuniones. Ella volvió a llamar, pero para entonces yo ya había desconectado el teléfono. A las cuatro, cuando lo conecté de nuevo, la primera llamada fue la de Achor Achor.

—¿Ya te has enterado? —preguntó.

—¿De qué me tengo que enterar?

Hizo una pausa.

—Te volveré a llamar —me dijo.

Lo hizo unos minutos más tarde.

—¿Te has enterado de lo de Tabitha? —preguntó.

Le dije que no. Volvió a colgar. Supuse que Tabitha había estado intentando localizarme a través de Achor Achor y que al final se había enfadado; quizá había hecho algún comentario sobre mi lejanía, mi desapego. Era lo que solía decir siempre que no conseguía encontrarme.

El teléfono volvió a sonar. Era Achor Achor.

Me dijo lo que sabía: que Tabitha estaba muerta, que Duluma la había matado. Ella se había instalado en casa de su amiga Veronica para mantenerse a salvo del acoso de Duluma. Este la localizó, llamó y amenazó con presentarse allí. Tabitha se mostró retadora y pese a las protestas de Veronica le desafió a que fuera. Veronica no quiso abrir la puerta pero Tabitha no le tenía miedo. Con el bebé de Veronica en brazos, quitó la cadena. «Ya me ocupo yo de este desgraciado», le dijo a Veronica antes de abrir la puerta. Duluma se coló, cuchillo en mano. Apuñaló a Tabitha entre

las costillas, el bebé salió por los aires. Mientras Veronica recogía a su hijo, Duluma derribó a Tabitha contra el suelo. Impotente, Veronica contempló cómo Duluma asestaba a Tabitha veintidós puñaladas. Por fin, él se calmó y se paró; se puso de pie, jadeante. Miró a Veronica y le dedicó una sonrisa triste. «Debo asegurarme de que está muerta», le dijo, y allí se quedó, sin apartar los ojos del cuerpo de Tabitha.

Cuando se cercioró de que Tabitha había muerto, Duluma salió del apartamento y se arrojó por un puente. Pregunté a Achor Achor si estaba muerto. No lo estaba. Lo habían llevado al hospital, con la espalda rota.

Salí de la sala de conferencias y me pasé un rato caminando solo, hasta el extremo del campus que daba a la autopista. El tráfico era denso, transmitía una sensación de velocidad e indiferencia. Era demasiado pronto para creer, para sentir. Sin embargo en esa hora que pasé solo tuve la seguridad de estar absolutamente solo. Viví sin Dios, aunque fuera solo durante un rato, y los pensamientos que poblaron mi mente fueron los más tenebrosos que esta ha conocido nunca.

Regresé a la conferencia y expliqué lo sucedido a Bobby y a unos cuantos más. Pusieron punto final a la charla e intentaron consolarme. Yo quería volar directamente a Seattle, pero Achor Achor me aconsejó que no lo hiciera. La familia había recibido un golpe demasiado duro, me dijo, y sus hermanos no querían verme. Yo aún no podía hacerme cargo de que hubiera muerto de verdad, así que aquel primer día pensé en causas y soluciones, en la venganza y en la fe.

—Dios tiene un problema conmigo —dije a Bobby mientras nos dirigíamos a casa. Él esperó un rato antes de contestar, e interpreté su silencio como una muestra de asentimiento.

—No, no —dijo por fin—. Eso no es cierto. Solo...

Pero yo estaba seguro de que había un mensaje dirigido a mí.

—Siento mucho todo esto —dijo Bobby.

Le dije que no hacía falta que lo sintiera.

Bobby intentó encontrar algo que decir, y me instó a no culparme, ni a leer designios divinos en el asesinato de Tabitha. Pero durante el trayecto fueron muchas las veces en que golpeó el volante, y gritó, y se mesó los cabellos.

—Quizá sea este estúpido país —dijo—. Quizá volvemos loca a la gente.

Hoy se cumplen cuatro meses de ese día. Aunque mi mente sigue sembrada de dudas y aunque he pasado muchas horas alejado de Dios, mi fe no se ha visto alterada, porque nunca he sentido que Dios interviniera directamente en asunto alguno. Tal vez mis maestros no me impartieron esa clase de enseñanzas: que Dios mueve los vientos que nos derriban o nos empujan. Y, sin embargo, con esta noticia, mientras íbamos a casa, me sentí distanciado de Dios. He tenido amigos de quienes luego he pensado que no eran buenos amigos, sino gente que reportaba más problemas que alegrías, y he encontrado la forma de apartarme de ellos. Ahora pienso

lo mismo de Dios, de mi fe, que lo que pensé de esos amigos. Dios es mi vida, pero no dependo de él. Mi Dios no es un Dios en quien puedas confiar.

Tabitha, te amaré hasta que vuelva a verte. Estoy seguro de que hay algo pensado para los amantes como nosotros. En la otra vida, cualquiera que sea su forma, debe de haber algo pensado. Sé que no estabas muy segura de mí, que aún no me habías escogido del todo, pero ahora que te has ido deja que crea que te proponías elegirme para ser tu compañero. Aunque tal vez me equivoque: sé que recibías llamadas de otros hombres, además de mí y de Duluma. Éramos jóvenes. No habíamos hecho planes.

Tabitha, a menudo rezo por ti. He estado leyendo un libro escrito por la madre Teresa y el hermano Roger llamado *Seeking the Heart of God*, y siempre que lo releo encuentro diferentes fragmentos que parecen dedicados a mí, que describen lo que siento en tu ausencia. En el libro, el hermano Roger me dice lo siguiente: «Cuatrocientos años después de Cristo, un creyente llamado Agustín vivió en el norte de África. Había sufrido desgracias, la muerte de sus seres queridos. Un día fue capaz de decirle esto a Jesús: “Luz de mi corazón, no dejes que la oscuridad se apodere de mí”. En esas pruebas, san Agustín se dio cuenta de que la presencia de Jesús resucitado nunca le abandonó; era la luz en la niebla oscura».

Ha habido momentos en que esas palabras han sido una ayuda y momentos en que las he hallado huecas y poco convincentes. Pese al respeto que siento por estos autores, no tengo la impresión de que sepan cuáles son las dudas que se agazapan en los rincones más sombríos del alma. Con frecuencia aconsejan resolver esas dudas mediante la oración, lo que me parece tan frustrante como pensar que el hambre se alivia pensando en comida. Sin embargo, incluso en esos instantes de frustración, sigo buscando y leo otro fragmento que me transmite algo. Este es de la madre Teresa: «El sufrimiento, aceptado en su conjunto, asumido en su conjunto, es alegría. Recordad que la pasión de Cristo siempre termina con la alegría de la resurrección, así que cuando sintáis el sufrimiento de Cristo en vuestros corazones recordad que la resurrección está por llegar: la alegría de la Pascua debe surgir». E incluye una oración que he rezado muchas veces en estas últimas semanas, y que esta noche susurro en mi coche, en esta calle llena de árboles frondosos y de farolas ambarinas.

*Jesús, haz que nos demos cuenta  
de que solo a través de las frecuentes muertes de nosotros mismos  
y de nuestros deseos egoístas  
llegaremos a disfrutar de una vida plena;  
porque solo quien muere contigo  
se elevará a tu lado.*

Tabitha, en estos meses que he vivido sin ti, en los que primero me pregunté dónde estarías, si en el cielo, en el infierno o en algún purgatorio, he sido acosado por los pensamientos más intolerables, ideas de homicidio y de suicidio. He luchado con fuerza para contener el daño que querría infligir a Duluma y para vencer la futilidad que he percibido en mi existencia durante los momentos más amargos. He hallado cierto consuelo en el consumo nocturno de alcohol. Dos cervezas me ayudan a dormir, aunque sea un sueño intranquilo. Achor Achor ha estado muy preocupado por mí, pero ha visto que mejoraba. Sabe que ya he pasado por eso antes, que ya me he asomado en otras ocasiones al borde del abismo del suicidio y me he alejado de él.

Nunca te hablé de esos días oscuros, Tabitha, que ocurrieron cuando yo era mucho más joven. Achor Achor tampoco los conoce, y si hubiéramos estado juntos tal vez yo no me habría hundido tanto. Nos separaron en Golkur, aunque ambos nos dirigíamos a Kenia, a Kakuma. Íbamos por el mismo camino, pero a días de distancia. La última vez que había visto a Achor Achor, este se hallaba en una tienda médica de Save the Children, recibiendo tratamiento por deshidratación. Yo fui cobarde: creí que moriría y no pude soportarlo. Me escapé sin despedirme. Me fui del campamento con otro grupo; deseaba alejarme de esa muerte inminente, de cualquier muerte, así que me uní a uno de los primeros grupos que partieron hacia el viento y el desierto que nos aguardaban en Kenia.

En esos últimos días de camino, Tabitha, caminé en penumbras. Tenía los ojos casi cerrados; iba ciego, intentaba levantar los pies para no tropezar, pero casi no tenía fuerzas ni para arrastrarlos por la tierra. En mi cabeza imperaba la fatiga y la desorientación, exactamente igual que esta mañana, Tabitha, en que he sido golpeado y te echo de menos. Esa noche, cuando caminaba a trompicones como un crío pequeño, me pareció un buen momento para morir. Podía seguir viviendo, sí, pero mis días empeoraban en lugar de mejorar. Mi vida en Pinyudo empeoró con los años, y temía que Achor Achor hubiera muerto. Y ahora eso: un viaje hacia Kenia, un viaje sin promesas. Recordé los pensamientos de cascadas y edificios que alentaron el camino hasta Etiopía, y la decepción sufrida cuando, una vez cruzada la frontera, solo encontré la misma miseria que habíamos dejado atrás. Dios nos lo había dejado claro durante años a los chicos como yo. Nuestras vidas no valían mucho. Dios había encontrado innumerables maneras de matar a chicos como yo, y sin duda encontraría muchas más. El gobierno de Kenia podía ponerse en contra de nosotros como sucedió en Etiopía, y habría otro río Gilo. Me dije que no podría soportarlo. Sabía que si eso sucedía de nuevo, no hallaría en mí las fuerzas para correr, nadar o salvar a un bebé tranquilo.

De manera que aquella noche dejé de andar. Me senté y vi pasar a los chicos. Solo parar ya supuso un alivio enorme. Estaba tan cansado... Estaba mucho más cansado de lo que creía, y cuando me senté en la carretera caliente sentí un alivio mayor del



que había conocido nunca. Mi cuerpo acogió el descanso con tantas ganas que me pregunté si podía limitarme a cerrar los ojos y fallecer como había hecho William K. No me sentía tan próximo a pasar de este mundo al otro, pero tal vez tampoco lo había sentido William K. William K se había sentado a descansar, y a los pocos minutos había muerto. De manera que apoyé la cabeza en la carretera y miré al cielo.

—Hey, levanta. Te van a atropellar.

Era la voz de un chico que pasaba. No dije nada.

—¿Estás bien?

—Sí —dije—. Sigue andando, por favor.

Hacía una noche espléndida, las estrellas parecían haber sido desparramadas al azar por el cielo.

Cerré los ojos, Tabitha, e intenté evocar la imagen de mi madre. La imaginé vestida de amarillo, el amarillo del sol de la tarde, caminando por el sendero. Me encantaba verla descender por el camino hacia mí, y en mi visión la hice recorrer el sendero completo. Cuando llegó a mi lado le dije que estaba demasiado cansado para continuar, que sufriría más y vería sufrir a otros, para luego esperar a que llegaran nuevos sufrimientos. En mi visión no dijo nada: ignoraba qué habría dicho mi madre en esta situación, así que la dejé callada. Luego la borré de mi mente. Me parecía que para morir tenía que despejar la mente de todo pensamiento, toda visión, y concentrarme en ese último viaje.

Esperé. Aguardé a la muerte con la cabeza apoyada en la tierra. Todavía oigo el ruido de los pasos de los chicos, pero ellos pronto dejaron de molestarme, lo que me pareció una bendición. Quizá creyeron que ya estaba muerto. Quizá ni siquiera podían verme con la oscuridad y el viento. Me sentía como si estuviera al borde de algo, aunque solo fuera de un sueño profundo, cuando unos pies se pararon. Sentí una presencia que se cernía sobre mí.

—No pareces muerto.

No hice caso; era la voz de una niña.

—¿Estás dormido?

No respondí.

—Te he preguntado si estás dormido.

Aquella voz en mi oreja era un error. Me quedé inmóvil.

—Veo cómo aprietas los ojos. Sé que estás vivo.

La maldije con todo mi corazón.

—No puedes dormir en la carretera.

Seguí intentando abandonar la tierra cerrando los ojos.

—Ábrelos.

Los mantuve cerrados y los apreté aún más.

—No se puede dormir haciendo tanta fuerza.

Eso era verdad. Abrí los ojos lo bastante como para ver una cara, a no más de diez centímetros de la mía. Era una niña, un poco mayor que yo. Una de las pocas niñas

del grupo.

—Por favor déjame en paz —susurré.

—Te pareces a mi hermano.

Volví a cerrar los ojos.

—Está muerto. Pero te pareces mucho a él. Levántate. Somos los últimos.

—Por favor. Estoy descansando.

—No puedes descansar en la carretera.

—Lo he hecho otras veces. Por favor márchate.

—Entonces me quedaré contigo.

—No me moveré de aquí nunca.

Ella me cogió de la camisa y tiró.

—Vamos. No digas tonterías. Levanta.

Me levantó del suelo y caminamos. La niña se llamaba Maria.

Decidí que era más sencillo andar a su lado que discutir con ella en la oscuridad. Podía morir al día siguiente; ella no me vigilaría a todas horas. De manera que anduve con ella para complacerla, para acallarla, y al amanecer estábamos en mitad del desierto con diez mil personas más. Nos dijeron que ese iba a ser nuestro nuevo hogar. Nos quedamos en esa tierra y esperamos todo el día mientras los vehículos de la Cruz Roja llegaban cargados de más gente a un lugar tan polvoriento y desolado que ningún dinka se habría planteado nunca quedarse en él. Era un terreno árido, uniforme, azotado por un viento constante. Pero en mitad de ese desierto crecería una ciudad. Era Lokichoggio, que pronto se convertiría en el escenario de la ayuda internacional para la región. Una hora al sur estaba Kakuma, escasamente poblado por unos pastores de Kenia conocidos como turkanas, pero que en un año albergaría también a cuarenta mil refugiados sudaneses. Ese sería nuestro hogar durante un año, dos; luego cinco, diez. Diez años en un lugar donde nadie, nadie salvo los más desesperados, se plantearía la posibilidad de quedarse ni un día entero.

Tú estabas allí, Tabitha. Estabas allí conmigo entonces y creo que estás conmigo también ahora. De la misma forma en que una vez imaginé a mi madre caminando hacia mí, con un vestido del color de un sol gigantesco, ahora me consuelo imaginándote en las escaleras automáticas con la camisa rosa, tu cara ovalada iluminada por una sonrisa espléndida mientras el mundo entero se paraliza a tu alrededor.

## LIBRO TERCERO

Después de la muerte de Tabitha, Phil llamaba a menudo; también Anne y Allison: solo para charlar, decían, pero me constaba que estaban preocupadas por mi salud y mi estado mental. Sospecho que en parte ya no me entendían. Ahora sabían que los sudaneses de América eran capaces de asesinar, de suicidarse, y se preguntaban: ¿qué hará Valentino? Debo admitir que me pasé muchas semanas paralizado. Ni siquiera iba a clase. Pedí la baja en el trabajo y me pasé ese tiempo en la cama o viendo la tele. Me montaba en el coche y circulaba sin rumbo. Intenté leer libros sobre el duelo. Desconecté el móvil.

Bobby había sugerido que la locura de este país había posibilitado el asesinato de Tabitha, y en alguna ocasión, durante aquellas tenebrosas semanas que siguieron a su muerte, me permití el lujo de achacar a América parte de la responsabilidad de ese crimen. En Sudán no se ha oído nunca que un joven mate a una chica. Nunca había sucedido algo así en Marial Bai. Dudo que ningún miembro de mi clan pudiera recordar un hecho similar, en ningún lugar o en ningún momento. La presión de la vida de aquí nos ha cambiado. Hay cosas que se pierden.

En los hombres ha nacido una desesperación nueva, una nueva clase de histrionismo. No hace mucho un sudanés residente en Michigan, no sé en qué ciudad, mató a su mujer y a su hija inocente, y luego se suicidó. No conozco la historia completa, pero la que circula entre los sudaneses sostiene que la esposa de este hombre deseaba visitar a su familia en Athens, Georgia. Él se negó. No sé por qué, pero en la sociedad sudanesa el marido no necesita justificar sus decisiones: sobre la mujer siempre planea la amenaza de una paliza, quizá de meses de palizas. Así que discutieron, él le pegó y dio el asunto por zanjado. Pero al día siguiente la mujer se había ido. Semanas antes, antes incluso de haber discutido el tema con él, la esposa había comprado sendos billetes de avión a Athens para ella y para su hija. Supongo que creía que lograría convencer al marido, o bien que la opinión de este no le importaba demasiado. Pero al hombre de Michigan sí le importó. Mientras su mujer y su hija visitaban a tías y primos en Athens, él hervía de ira encerrado en casa. Tengo que decir que la pérdida de autoridad puede provocar cosas terribles en un hombre. Cuando volvieron su mujer y su hija, él las esperaba en el recibidor con un cuchillo que había comprado ese mismo fin de semana. Las mató allí y una hora más tarde se suicidó.

No puedo evitar pensar que Duluma sacó la idea de este hombre: el concepto de que podías castigar a la mujer que te había abandonado sin que eso te reportara castigo alguno. Eso nunca habría sucedido en Sudán. Un hombre no mata a su hijo, no se mata a sí mismo. En el sur de Sudán son muchas las esposas que sufren abusos: palizas, abandonos. Pero nunca esta clase de cosas.

Algunos dicen que es culpa de las mujeres de aquí, la colisión de sus nuevas mentalidades contra las antiguas costumbres de hombres que son incapaces de

adaptarse. Tabitha pudo o no someterse a un aborto —no se lo pregunté, no tenía derecho a hacerlo—, y desde luego abandonó a Duluma por decisión propia. Ambas acciones serían inconcebibles en la sociedad sudanesa tradicional e incluso raras en un contexto moral más relajado como el de Kakuma. En el sur de Sudán ni siquiera son habituales las relaciones prematrimoniales, y en los pocos casos en que eso sucede la mujer puede perder la posibilidad de casarse. La virginidad está muy valorada, y la familia de la novia percibe una dote mayor por una virgen. Este tipo de cosas suscita fascinantes reacciones en los americanos. No conciben cómo puede determinarse la virginidad de una mujer si no es a través de un examen ginecológico.

El estilo sudanés es sencillo. La víspera de la boda, dos o tres miembros de la familia de la novia, normalmente sus tías, preparan el lecho nupcial con las sábanas más limpias. La primera noche en que se permite al marido visitar a la esposa, estas mujeres se esconden en la casa o se quedan al otro lado de la puerta. Cuando el marido penetra a su esposa por vez primera, las mujeres aúllan, y en cuanto les es posible entran a inspeccionar las sábanas en busca de la sangre del himen roto, lo que probará que su sobrina había sido virgen hasta entonces. Con la prueba en las manos van a ver a los parientes de ambas familias.

Pero en mi caso hubo relaciones prematrimoniales y hubo una joven y decidida mujer que optó por romper una relación con un joven sudanés conflictivo. Él creyó que le abandonaba por dinero. Creyó que, como mi nombre era conocido en Kakuma, yo era un hombre rico en Atlanta. Y eso empezó a retorcerle la mente. La llamó por teléfono y le dijo cosas terribles. La amenazó y le advirtió que el hecho de escogerme provocaría en él una acción drástica, un acto irrevocable.

Es en este punto donde albergo cierto resentimiento hacia Tabitha. El hecho de que nunca se tomara sus amenazas en serio me parece una locura. Duluma había formado parte del ELPS, había disparado un rifle automático, había caminado entre cadáveres y entre balas. ¿Un hombre así no era capaz de cumplir sus amenazas? Pero ella no me habló de esas advertencias. Yo sabía que él llevaría a cabo esa amenaza, pero la conversación telefónica que mantuvimos me había tranquilizado: Duluma me había asegurado que había aceptado la nueva situación.

Cuando Phil me llamó se disculpó por lo que me había sucedido en este país con palabras parecidas a las de Bobby. Bobby no era un hombre religioso, pero Phil sí es un hombre de fe y hablamos muchas horas sobre las pruebas a las que se veían sometidas nuestras creencias. Era interesante oír hablar a Phil de esos temas, oír que su fe vacilaba en momentos de profunda crisis o de sufrimiento innecesario. No estoy seguro de si lo que yo he sentido son dudas. Tengo más tendencia a culparme de lo que sucede: ¿qué he hecho para propiciar tantas desgracias sobre mí mismo y sobre mis seres queridos? No hace mucho se organizó en Atlanta una reunión de Niños Perdidos procedentes del sudeste. En el trayecto un autobús que llevaba a los representantes de Greensboro, Carolina del Norte, se salió de la autopista. En el accidente murió el conductor y otros dos hombres resultaron heridos. Al día siguiente

otro Niño Perdido de Greensboro, alterado por el accidente y por alguna otra pena de su vida, se colgó en el sótano de su casa. ¿Acaso la maldición que recae sobre mí es tan grande que proyecta una sombra sobre todos mis conocidos, o es que simplemente conozco a demasiada gente?

No pretendo decir que esas muertes fueran solo pruebas dirigidas a mí, ya que sé que Dios no se llevaría a esas personas, no se llevaría a Tabitha en concreto, solo para evaluar la fortaleza de mi fe. No puedo adivinar cuáles fueron los motivos que Le impulsaron a llevársela consigo. Pero su muerte ha resultado ser un catalizador que me ha hecho plantear mi fe y mi vida. He revisado mi camino, los errores que he o no he cometido, si he sido o no un buen hijo de Dios. Y aunque he intentado mantenerme en el buen camino, he redoblado mis esfuerzos por rezar y asistir a menudo a misa, también me he percatado de que ha llegado el momento de empezar una nueva vida. No es la primera vez que lo hago: en cada ocasión ha terminado una vida y ha empezado otra distinta. Mi primera vida terminó cuando partí de Marial Bai, ya que desde entonces no he vuelto a ver ni mi hogar ni a mi familia. Mi vida en Etiopía también siguió su curso. Vivimos tres años allí y en ellos tomé conciencia del gran plan del ELPS y del futuro del sur de Sudán. Y, por último, la llegada a Kakuma marcó el inicio de una tercera y nueva vida.

Después del viaje hasta Kenia, cuando Maria me encontró en la carretera deseoso de reunirme con Dios, pasé muchos meses preguntándome por qué había llegado a nacer. Todo parecía ser un gran error, una promesa que nunca se cumpliría. Había un músico en Kakuma, el único músico de esos primeros tiempos, que solía cantar una canción día y noche con la ayuda de su rababa de cuerda. La melodía era alegre, pero no la letra. «Fuiste tú, madre, fuiste tú —decía—, fuiste tú quien me parió y eres tú quien tiene la culpa.» Seguía culpando a su madre, y a todas las madres de los dinkas, por haber tenido hijos solo para que vivieran sumidos en la pobreza en el noroeste de Kenia.

En Occidente se tiene la sensación de que los campos de refugiados son algo temporal. Cuando se muestran imágenes de los terremotos de Pakistán en las que los supervivientes aparecen en ciudades enormes llenas de pálidas tiendas de campaña, a la espera de comida y ayuda antes de que llegue el invierno, la mayoría de occidentales cree que estos refugiados volverán pronto a sus hogares, que los campamentos quedarán desmantelados en un plazo de seis meses, de un año a lo sumo.

Pero la verdad es que yo crecí en campos de refugiados. Viví en Pinyudo durante casi tres años, en Golkur uno y en Kakuma diez. En Kakuma, un pequeño grupo de tiendas de campaña dio lugar a una inmensa colcha de chozas y edificios construidos a base de palos, sacos de sisal y barro, y en ellos vivimos, trabajamos y estudiamos

desde 1992 hasta 2001. No debe de ser el peor lugar de África, pero se cuenta entre ellos.

No obstante, los refugiados desarrollamos allí una vida que se parecía a la del resto de seres humanos; una vida en la que comíamos, hablábamos, reíamos y nos hacíamos mayores. Se intercambiaban bienes, la gente se casaba, nacían bebés, los enfermos se curaban o, con la misma frecuencia, iban a parar a la Zona Ocho y de allí al reposo eterno. Los jóvenes asistíamos al colegio, intentábamos mantenernos despiertos y concentrarnos con una comida al día mientras nos distraíamos con los encantos de la señorita Gladys y de chicas como Tabitha. Hacíamos lo posible por evitar meternos en líos con otros refugiados —procedentes de Somalia, Uganda y Ruanda— y con los oriundos del noroeste de Kenia, mientras manteníamos los oídos alerta ante cualquier noticia que hablara de nuestra casa, de nuestras familias, de la posibilidad de abandonar Kakuma de una vez por todas.

Nos pasamos el primer año en Kakuma convencidos de que volveríamos a casa en cualquier momento. Íbamos recibiendo noticias de los triunfos del ELPS en Sudán y los optimistas nos convencieron de que la rendición de Jartum era inminente. Algunos chicos empezaron a recibir noticias sobre sus familias: quién estaba vivo, quién estaba muerto, quién había huido a Uganda, a Egipto o aún más lejos. La diáspora sudanesa prosiguió y se extendió por todo el mundo, y en Kakuma aguardé noticias, cualquier noticia, de mis padres y hermanos. Las luchas proseguían y la llegada de refugiados no tenía fin: aparecían centenares por semana, y llegamos a aceptar que Kakuma existiría siempre y que pasaríamos la vida entera en sus fronteras.

Era nuestro hogar, y Gop Chol Kolong, el hombre a quien consideraba mi padre en el campamento, estaba destrozado un día de 1994. Nunca le había visto tan aturullado.

—Tenemos que organizar este sitio de una vez por todas —dijo—. Tenemos que limpiarlo. Luego construir más habitaciones. Y después volver a limpiar.

Llevaba semanas diciendo lo mismo, cada mañana. Las mañanas eran el momento del día en que más se preocupaba. Decía que todas las mañanas se sentía acosado por las hienas hambrientas de sus múltiples responsabilidades.

—¿Crees que bastará con dos cuartos más? —me preguntó.

Le dije que me parecía que de sobra.

—Nunca parece bastante —dijo él.

Le parecía inconcebible que siguiera llegando gente.

—¡No puedo creer que aún vengan más! ¡A esta ratonera!

En ese momento yo llevaba tres años viviendo en Kakuma, con Gop Chol. Gop era de Marial Bai y había viajado hasta Kakuma vía Narus y tras varias paradas más. Kakuma había nacido con la llegada de diez mil chicos como yo que habían caminado a través del polvo y la oscuridad, pero el campamento creció a toda prisa,

albergando a decenas de miles de sudaneses: familias, familias rotas, huérfanos y, tiempo después, gente de Ruanda, de Uganda, de Somalia e incluso de Egipto.

Después de meses de vivir en refugios provisionales como los que solíamos construir cuando llegábamos a un campamento, el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados nos proporcionó palos, alquitrán y material para erigir casas más presentables, y eso hicimos. Al final muchos chicos como yo se instalaron con familias procedentes de sus regiones o pueblos natales, con el fin de compartir recursos y obligaciones y mantener vivas las costumbres de nuestros clanes. A medida que el campamento crecía hasta acoger a veinte mil personas, a cuarenta mil y más aún, a medida que extendía sus límites en aquella nada de vientos constantes, y a medida que continuaba la guerra civil, el lugar se hizo más permanente y muchos de los que, como Gop, creían al principio que Kakuma sería solo una parada temporal a la espera de una vida mejor en el sur de Sudán empezaron a considerar la posibilidad de traer con ellos a sus familias.

No dije nada cuando Gop me informó de su intención de traer allí a su esposa y a sus tres hijas, pero la cuestioné para mis adentros. Kakuma era un lugar terrible para vivir, para que crecieran los niños. Pero lo cierto es que no tenía opción. A su hija menor le habían diagnosticado una dolencia en los huesos en la clínica de Nyamlell, al este de Marial Bai, y el médico de allí había organizado su traslado al hospital de Lopiding, el más sofisticado de las cercanías de Kakuma. Gop no sabía con exactitud cuándo se produciría ese traslado, y por tanto dedicaba una increíble cantidad de tiempo a pedir información al personal de Lokichoggio, a cualquiera que tuviera alguna relación con la medicina o el tránsito de refugiados.

—¿Crees que serán felices aquí? —me preguntaba Gop.

—Serán felices por estar contigo —dije.

—Pero este lugar... ¿es un lugar donde se puede vivir?

No dije nada. A pesar de sus defectos, quedó claro desde el principio que este campamento sería distinto a los de Pinyudo, Pochalla, Narus, y al de cualquier otro lugar en el que hubiéramos estado. Kakuma estaba organizado de antemano, regulado desde sus inicios por la ONU, y operado casi completamente por oriundos de Kenia, al menos al principio. Esto contribuyó a crear una sensación de orden, pero el resentimiento planeaba por ambos lados. De un día para otro se pidió a los turkanas, los pastores que habían residido en el distrito de Kakuma durante mil años, que compartieran su tierra —que cedieran mil acres en un instante— con decenas de miles de sudaneses y más tarde de somalíes, con quienes compartían escasas similitudes culturales. Los turkanas nos miraban con malos ojos, y a su vez los sudaneses hacían lo propio con los kenianos, que parecían hacerse con todos los trabajos remunerados del campamento, realizando y cobrando un sueldo por tareas que nosotros, los sudaneses, habíamos desempeñado en Pinyudo. A cambio, los kenianos, en sus momentos menos caritativos, consideraban a los sudaneses parásitos, capaces solo de comer, defecar y quejarse cuando las cosas no salían de acuerdo con



sus deseos. Por allí había también un puñado de cooperantes europeos, del Reino Unido, Japón y Estados Unidos, que en su conjunto se mostraban cuidadosos de acatar la voluntad de los africanos y que se marcharon en los temporales estallidos de caos que sufrió el campamento. Esto no sucedió a menudo, pero con tantas nacionalidades, tantas tribus, tan poca comida, y tantas y tan variadas penalidades, el conflicto era inevitable.

¿Cómo era la vida en Kakuma? ¿Era vida? Se ha discutido mucho sobre esto. Por un lado estábamos vivos, lo que significaba que vivíamos y comíamos; que disfrutábamos de la amistad, la educación y podíamos amar. Pero estábamos en medio de ninguna parte. Kakuma no era nada. De entrada nos dijeron que *kakuma* era una palabra que se utilizaba en Kenia para designar la nada. Aunque el significado de la palabra no tiene mucha importancia, el lugar no era un lugar. Era una especie de purgatorio, más aun que Pinyudo, donde al menos había un río y en cierto sentido se parecía al Sudán que habíamos dejado atrás. Pero en Kakuma hacía más calor, soplaba más el viento y el paisaje era mucho más árido. Apenas había árboles o hierba en aquella tierra; no había selvas donde buscar materiales; parecía ser una extensión de kilómetros vacíos, de manera que nuestra dependencia de la ONU era absoluta.

En mis primeros días en el campamento Moses reapareció en mi vida para volver a irse. Mientras Kakuma aún estaba en proceso de construcción, yo solía rodear diariamente sus límites para ver quién lo había logrado y quién no. Presenciaba discusiones entre sudaneses y turkanas, entre cooperantes europeos y kenianos. Presenciaba la formación de nuevas familias, el forjamiento de nuevas alianzas, e incluso vi al comandante Secreto lanzar un apasionado discurso a un grupo de chicos, no mucho mayores que yo. Conocía sus intenciones, así que me mantenía alejado de él y de cualquier otro oficial del ELPS. En esas primeras semanas, mientras paseaba por los límites del campamento, me enteré de que Achor Achor había sobrevivido y que tres de los primeros miembros de Los Once estaban con él.

El reencuentro con Moses no fue una escena muy dramática. Una mañana temprano, en los primeros meses que estuve en Kakuma, me topé con un grupo de jóvenes que dormía bajo una larga manta, de la que solo sobresalían sus cabezas y pies, y simplemente le vi. Moses. Junto a otro chico de nuestra edad intentaba freír asida en una sartén, en un fuego que salía de una lata pequeña. Me vio al mismo tiempo que yo a él.

—¡Moses! —grité.

—¡Chist! —susurró, y vino enseguida a mi encuentro.

Me alejó de su compañero y dimos un paseo por los alrededores del campamento.

—No me llames Moses aquí —me dijo. Se había cambiado de nombre, como tantos otros chicos del campamento; en su caso, con el fin de eludir a los

comandantes del ELPS que pudieran estar buscándolo.

Era un chico distinto del que había visto la última vez. Había crecido muchos centímetros, tenía la complexión de un buey, y su frente parecía más dura y severa: la frente de un hombre. Pero en lo esencial, en su amplia y torcida sonrisa y el brillo alegre que despedían sus ojos, seguía siendo el mismo Moses. Al instante quiso relatarme su vida de soldado, y lo hizo con el mismo nerviosismo jadeante que uno usaría para describir a una chica especialmente guapa.

—No, no. No llegué a luchar. Nunca. Solo me entrenaron —dijo él, como respuesta a mi primera pregunta. Respiré aliviado—. ¡Pero el entrenamiento, Achak...! Era tan diferente de la vida aquí, de la vida en Pinyudo... Fue tan duro... Aquí tenemos que preocuparnos por la comida, el viento y los insectos, ¡pero allí intentaban matarme! Estoy seguro de que eso era lo que pretendían. Mataron a otros chicos.

—¿Les dispararon?

—No, no. Creo que no.

—¿No sucedió lo mismo que en Pinyudo? ¿Con los prisioneros?

—No, no fue así. No hubo balas, solo los llevaron hasta la muerte. A tantos chicos... Los apalearon, los tiraron al suelo, los persiguieron hasta llevarlos al cielo.

Pasamos por delante de una pequeña tienda de campaña; en su interior un fotógrafo blanco sacaba fotos de una madre sudanesa y de su demacrado hijo.

—¿Llegaste a disparar un arma? —pregunté.

—Sí. Fue un gran día. ¿Has disparado alguna vez?

Le dije que no lo había hecho.

—El día en que nos dieron los Kalashnikovs fue un gran día. Llevábamos tanto tiempo esperándolo y por fin teníamos la oportunidad de disparar contra objetivos. ¡Los rifles hacían daño, tío! ¡Disparan contra ti al mismo tiempo que lo hacen contra el objetivo! Lo llaman retroceso. Todavía tengo el hombro dolorido, Achak.

—¿Cuál de los dos?

Se señaló el hombro derecho y le di un puñetazo en él.

—¡No!

Lo hice de nuevo. Era difícil resistirse a la tentación.

—¡No! —exclamó, y saltó sobre mí.

Luchamos en el suelo durante unos minutos, y entonces nos dimos cuenta de que estábamos tan cansados y desnutridos que no nos quedaban fuerzas para pelear. Teníamos más hambre de la que habíamos padecido nunca en Pinyudo. Comíamos una vez al día, y con esto debíamos reponer fuerzas para lo que quedaba de día. No sé por qué la ONU lo tenía más fácil para alimentar a los refugiados en Pinyudo que en Kakuma. Nos incorporamos y seguimos andando; pasamos por delante de un conjunto de refugios donde vivían las familias de los soldados del ELPS.

—Nos dieron cinco balas a cada uno y nos sostenían mientras disparábamos. Nos tumbamos bocabajo para mantenernos inmóviles. Dolía mucho, pero me alegró ver

cómo las balas salían de mi rifle. No le di a nada. No sé dónde fueron a parar las balas. Las perdí de vista: debieron de perderse en el cielo o algo así.

Le dije que el entrenamiento parecía divertido.

—No, no, Achak, no era divertido. Nadie lo consideraba divertido. Y me administraron un castigo ejemplar para que sirviera de escarmiento. Cometí algún error a sus ojos, Achak. Un día llegué tarde a formar y me tomaron por un pendenciero. Más tarde descubrí que me habían confundido con otro Moses. Pero ellos pensaron que era un chico problemático, así que me castigaron. Me metieron en un corral, como los que se usan para retener al ganado. Tuve que estar allí durante dos días. No podía sentarme. Me mantuve de pie todo el tiempo hasta que me venció el sueño. Me dejaron dormir desde el amanecer hasta que subió el sol, dos horas a lo sumo. Era aún peor que la casa de los árabes. Cuando estaba con el árabe era fácil odiarlo, a él, a su familia y a aquellos críos. Pero esto era desconcertante. Fui a Bonga para aprender a luchar y a cambio eran ellos los que luchaban contra mí. Te juro que intentaban matarme, Achak. Decían que era entrenamiento. Decían que nos estaban convirtiendo en hombres, pero sé que su objetivo era matarme. ¿Has tenido alguna vez la sensación de que la gente intentaba matarte, a ti en concreto?

Valoré la pregunta y me percaté de que no estaba seguro de la respuesta.

—Nos pasábamos el día corriendo, Achak. Corríamos montaña arriba y luego la bajábamos. Corríamos espoleados por los golpes y gritos de los entrenadores. Pero los chicos no tenían fuerzas suficientes. Aquellos entrenadores no eran muy listos. Ponían en práctica los métodos de adiestramiento que conocían, sin darse cuenta de que los chicos estábamos muy enfermos, débiles y delgados. ¿Podrías subir corriendo una montaña mientras alguien te pega, Achak?

—No.

—Lo que sucedía era que los chicos acababan cayéndose. Se caían y se partían huesos. Vi caer a un chico. Bajábamos la montaña a todo correr y uno de los entrenadores se puso a gritarle a Daniel, que es como se llamaba ese chico. Era de mi estatura pero más delgado. En cuanto le vi supe que ese chico no debería haber ido a Bonga. ¡Era uno de los más jóvenes y era muy lento! Corría más despacio de lo que uno anda. Hacía gracia verlo, pero era real: su modo de correr era estúpido. Eso enojaba a los entrenadores. No le querían en el campamento, de la misma forma que tampoco me querían a mí. Así que le gritaban y le llamaban Mierda. Ese era su nombre en el campamento: Mierda.

Ambos nos echamos a reír. No pudimos evitarlo. Nunca habíamos conocido a alguien llamado Mierda.

—Siempre subíamos y bajábamos corriendo la misma montaña; un día se nos hizo casi de noche. Se ponía el sol y nos resultaba difícil ver. Había un entrenador llamado camarada Francis que nos trataba con especial crueldad, pero yo nunca le había visto coincidir con Daniel. Esa noche siguió a Daniel como una sombra. Corría

a su lado, corría de espaldas delante de él, sin dejar de hacer sonar un silbato. El camarada Francis tenía un silbato y no paraba de pitarle a Daniel en la cara.

—¿Y qué hacía Daniel?

—Se le veía tan triste... No se enfadó. Creo que se hacía el sordo. Ni siquiera parecía oírlo. Se limitó a seguir corriendo. Entonces el camarada Francis le propinó una patada.

—¿Una patada?

—Era una pendiente pronunciada, Achak. Así que en cuanto recibió la patada dio la impresión de salir disparado. Debió de volar por los aires unos seis metros; no estoy seguro porque ya llevaba cierta aceleración de la carrera. Cuando salió volando, Achak, disculpa, quería decir Valentino, cuando le vi en el aire sentí un vacío en el estómago. Me sentí tan mal... Todo se me cayó a los pies. Sabía que era fatal, que Daniel volaba por los aires sobre una montaña llena de rocas. El ruido fue como el chasquido de una rama al partirse. Se quedó inmóvil. Inmóvil como si estuviera muerto desde siempre.

—¿Estaba muerto?

—Murió del impacto. Vi sus costillas. No sabía que pudiera pasar algo así. ¿Sabías que las costillas pueden atravesarte la piel?

—No.

—Tres costillas le atravesaron la piel, Achak. Me acerqué a él unos instantes después de que diera contra el suelo. El entrenador no hizo nada. Pensaba que el chico se levantaría, de manera que siguió soplando el silbato, pero yo había oído el ruido y fui hacia Daniel: vi sus ojos abiertos, como si vieran a través de mí. Eran ojos muertos. Sabes qué aspecto tienen. Sé que lo sabes.

—Sí.

—Entonces vi las costillas. Eran como los huesos de un animal. Cuando descuartizas a un animal le ves los huesos: blancos y con sangre alrededor, ¿no es así?

—Sí.

—Era igual. Las costillas también eran muy afiladas. Se habían partido y los extremos que asomaban por la piel eran muy afilados, como cuchillos curvos. El entrenador me gritó que siguiera corriendo. Al darme la vuelta vi que había dos entrenadores más. Creo que sabían que había pasado algo grave. Me pegaron hasta que reemprendí la carrera y vi que se colocaban alrededor de Daniel. Tres días después nos dijeron que había muerto de fiebre amarilla. Pero todos sabíamos que era mentira. Fue entonces cuando los chicos empezaron a escaparse. Fue entonces cuando me marché.

Moses y yo habíamos dado una vuelta completa al campamento y nos hallábamos ahora en el punto de partida, donde se hallaba el fuego, su compañero y la asida.

—Nos vemos por aquí, Achak, ¿vale?

Le dije que claro que nos veríamos, pero en realidad no nos vimos tanto. Nos pasamos unas semanas dando paseos juntos por el campamento mientras hablábamos de las cosas que habíamos visto y hecho, pero una vez me hubo narrado su historia, Moses no pareció muy interesado en seguir discutiendo el pasado. Veía nuestra presencia en Kenia como una gran oportunidad y dedicaba casi todo su tiempo a sacarle el máximo provecho. En los primeros días se convirtió en comerciante de bienes: intercambiaba cubiertos, vasos, botones e hilo. Empezaba con algo que valía unos chelines y cuyo valor triplicaba en un solo día. Se movía más rápido que yo, y siguió haciéndolo. Un día, no mucho después de nuestro reencuentro, Moses me anunció que tenía noticias. Un tío suyo, que se había marchado de Sudán hacía mucho tiempo y ahora vivía en El Cairo, había localizado a Moses en Kakuma y estaba arreglándolo todo para enviarle a un colegio privado de Nairobi. No fue el único en beneficiarse de ello. Todos los años una docena de chicos eran enviados a pensionados de Kenia. Algunos habían ganado una beca, otros habían localizado a parientes bien situados o habían sido localizados por estos.

—Lo siento —me dijo Moses.

—No pasa nada —dije—. Escríbeme.

Moses nunca me escribió, porque los chicos no se mandan cartas, pero un buen día se marchó, justo antes de que para el resto empezara la escuela del campo de refugiados. No supe nada de él hasta diez años después, hasta que descubrimos que ambos vivíamos en Estados Unidos: yo en Atlanta, él en la Universidad de British Columbia. Me llamaba una vez al mes, o lo hacía yo, y su voz siempre me sirvió de asidero e inspiración. No había forma de derrotarlo. Fue al colegio en Nairobi y luego en Canadá, y siempre conservó el valor de mirar hacia delante, incluso con aquel 8 impreso en su piel. Moses no conocía la palabra «rendición».

Maria vivía con unos padres adoptivos, un hombre y una mujer procedentes de su ciudad natal, en la zona de Kakuma donde se habían instalado las familias más o menos intactas. Maria había vivido con otras tres chicas y un hombre mayor —el abuelo de una de ellas— hasta que este murió y las chicas optaron bien por casarse, bien por regresar a Sudán, dejando a Maria disponible para que alguien la reclamara. Un día dediqué la mañana entera a buscarla y al final la encontré en una esquina de Kakuma, tendiendo ropa de hombre.

—¡Maria!

Ella se volvió hacia mí con una sonrisa en los labios.

—¡Dormilón! La semana pasada te estuve buscando en el colegio.

Me llamaba Dormilón y no me importaba que lo hiciera. En Kakuma tenía muchos nombres y este era el más poético de todos. Habría dejado que Maria me llamara con el nombre que quisiera, ya que su presencia me sacó de la carretera aquella noche.

—¿A qué clase vas este año? —pregunté.

—Quinto curso —dijo ella.

—¡Ooh! ¡Quinto curso! —Le brindé una profunda reverencia—. ¡Eres una chica muy especial!

—Eso dicen.

Ambos nos echamos a reír. Yo no sabía que fuera una chica tan extraordinaria en el aspecto académico. Era más pequeña que yo, y ya estaba en quinto curso. Debía de ser la más pequeña de su clase.

—¿Es esta toda tu ropa?

Señalé unos pantalones que rozaban el suelo. Su propietario debía de medir casi dos metros.

—Son de mi padre de aquí. Trabajaba con bicicletas en mi pueblo.

—¿Las reparaba?

—Las reparaba, las vendía. Dice que era amigo de mi padre. Yo no me acuerdo de él. Ahora vivo con ellos. Me llama hija.

Había tanto trabajo, dijo Maria. Más trabajo del que había realizado u oído nunca. Entre el colegio y las tareas domésticas, cuando llegaba la noche estaba tan agotada que no podía ni hablar. El hombre con quien vivía esperaba que sus dos hijos vinieran también a vivir al campamento, y Maria sabía que con su llegada el trabajo se le multiplicaría por tres. Terminó de tender la ropa y me miró a los ojos.

—¿Qué opinas de este lugar, Achak?

Me miraba de un modo que no era habitual entre las chicas sudanesas, que tendían a desviar la mirada, a hablar con menos franqueza.

—¿De Kakuma?

—Sí, de Kakuma. Aquí no hay nada excepto nosotros. ¿No lo encuentras raro? ¿Que solo haya gente y polvo? Ya hemos talado los árboles y la hierba, para hacer casas y para hacer fuego. ¿Y ahora qué?

—¿A qué te refieres?

—¿Vamos a quedarnos aquí? ¿Viviremos siempre aquí, hasta la muerte?

No me había planteado la posibilidad de morir en Kakuma hasta ese momento.

—Nos quedaremos hasta que termine la guerra y luego volveremos a casa. —Era la frase optimista que Gop Chol repetía a todas horas, y supongo que había logrado convencerme. Maria se rió con ganas.

—No hablas en serio, ¿verdad, Dormilón?

—¡Maria!

Era una voz de mujer procedente del refugio.

—¡Ven aquí, niña!

Maria hizo una mueca y suspiró.

—Te veré en el colegio cuando empecemos de nuevo las clases. Hasta otra, Dormilón.

Gop Chol era maestro con una lejana afiliación al ELPS; era un hombre con visión de futuro y que planeaba bien las cosas. Juntos habíamos construido nuestro refugio, considerado como una de las mejores casas de la zona. Con los palos y el revestimiento de plástico proporcionados por la ONU, erigimos una casa y la cubrimos con hojas de palma, que la mantenían fresca durante el día y caliente por las noches. Las paredes eran de tierra; nuestras camas, un conjunto de bolsas de sisal. Pero en Kakuma la mayoría de noches eran tan calurosas que preferíamos dormir fuera. Dormíamos bajo el cielo, y yo estudiaba fuera, a la luz de la luna o de la lámpara de queroseno que compartíamos.

Al igual que el señor Kondit, Gop insistía en que debía estudiar a todas horas, para garantizar el futuro de Sudán. También creía que una vez terminada la guerra, una vez lograda la independencia para el sur de Sudán, los que hubiéramos recibido una educación en Pinyudo y Kakuma estaríamos preparados para dirigir el nuevo Sudán, siempre con la ayuda de los conocimientos y materiales de la comunidad internacional que nos alojaba.

Pero a nosotros nos costaba imaginar ese futuro, porque en Kakuma solo había polvo. Los colchones estaban llenos de polvo, los libros y la comida estaban plagados de polvo. No se podía comer nada sin notar los granos de arena entre los dientes. Cualquier bolígrafo que nos dieran o nos prestaran funcionaba solo a ratos; en una hora el polvo lo recubría y ya podías tirarlo. Los lápices eran lo más utilizado e incluso eso escaseaba.

Me desmayaba una docena de veces al día. Si me levantaba de repente, se me nublaba la vista y despertaba en el suelo, siempre, por extraño que parezca, intacto. Achor Achor lo llamaba caer en la oscuridad.

Achor Achor tenía más contacto con las expresiones que prevalecían entre los jóvenes del campamento ya que seguía viviendo con los menores solos. Compartía un refugio con seis chicos y tres hombres, todos antiguos soldados del ELPS. A uno de los hombres, de veinte años, le faltaba una mano. Le llamábamos Dedos.

No había suficiente comida, y los sudaneses, un pueblo eminentemente agrícola, no estaban autorizados a tener ganado en el campamento, y los turkanas tampoco les habrían permitido que lo tuvieran fuera de sus límites. Dentro de Kakuma no había espacio para ninguna clase de cultivos, y de todas formas era imposible cultivar algo en aquella tierra. Crecían algunas verduras cerca de las bocas de agua, pero esos diminutos huertos eran inútiles a la hora de satisfacer las necesidades de cuarenta mil refugiados, muchos de los cuales sufrían anemia.

En el colegio cada día había ausencias por culpa de enfermedades. Estábamos en edad de crecimiento, pero nuestra comida carecía de los nutrientes necesarios para el desarrollo de nuestros huesos. Así que los chicos caían víctimas de diarrea, disentería y tifus. En una primera época cuando un chico caía enfermo se notificaba al colegio y

desde allí se nos animaba a rezar por él. Cuando el chico se reincorporaba a las clases, le aplaudíamos, aunque había chicos que preferían mantenerse alejados de él por miedo al contagio. En los casos en que el chico no se recuperaba los maestros nos reunían a todos antes de que comenzaran las clases y nos decían que tenían malas noticias, que cierto compañero nuestro había muerto. Algunos llorábamos, otros no. En muchas ocasiones yo no estaba seguro de saber quién era el fallecido, así que me limitaba a esperar a que los que lloraban dejaran de hacerlo. Luego seguía la clase, mientras los que no habíamos conocido al chico ocultábamos nuestra pequeña satisfacción porque su muerte significaba que las clases terminarían antes ese día. Un chico muerto suponía medio día libre, y cualquier día que se nos concedía para volver a casa y dormir significaba más descanso y más fuerzas para luchar contra las enfermedades que nos acechaban.

Sin embargo, con el tiempo, los muertos eran tantos que no había tiempo para llantos. Los que conocían al fallecido le lloraban en privado y los sanos esperaban no caer enfermos. Las clases seguían; ya no había tardes libres.

Esto dificultaba mucho estudiar, y era casi imposible alcanzar el menor logro académico. La frustración alejó a muchos chicos de la escuela. De los sesenta y ocho chicos que empezamos la formación básica, solo treinta y ocho llegamos a la superior. A pesar de todo, era más seguro que estar en Sudán, y tampoco había ninguna otra opción. Yo pasaba hambre, pero daba las gracias todos los días en que seguía libre de alistarme en las filas del ELPS. Habían disminuido los castigos físicos, las represalias, el ambiente militar en general. Por un tiempo no fuimos Semillas, no se habló del Ejército Rojo. No éramos más que muchachos, y con el tiempo empezó el baloncesto.

En Kakuma descubrí el baloncesto, y enseguida llegué a la conclusión de que si destacaba mucho en él, como Manute Bol, me llevarían a Estados Unidos a jugar como profesional. En el campamento el baloncesto nunca desbancó al fútbol, pero aun así atraía a cientos de chicos, los más altos, los más veloces, los que preferían la oportunidad de tocar la pelota más veces de lo que lo harían en los multitudinarios partidos que pasaban por fútbol. A los de Uganda se les daba bien la estrategia del baloncesto —ya conocían el juego—, los somalíes eran rápidos, pero los sudaneses dominaban el juego: nuestros largos brazos y piernas simplemente no tenían rival entre el resto. Cuando se jugaba un encuentro espontáneo, y el equipo de sudaneses se enfrentaba a cualquiera de los otros, siempre ganaba: no importaba lo certero de sus lanzamientos, no importaba lo rápidos que fueran los placajes, no importaban las ganas de ganar que pusieran los oponentes. Nos llenaba de orgullo volver a pensar en nosotros como habíamos hecho antes, como los reyes de África, los monyang, el pueblo escogido de Dios.



En los días que precedieron a la llegada de su familia, Gop empezó a postular escenarios imaginarios que impidieran que su esposa e hijas alcanzaran Kakuma. Podían dispararles por el camino, por ejemplo. Yo le decía que no era posible, que aparecerían allí como tantos otros, sanas y salvas, tal vez incluso a bordo de un vehículo. Gop se mostraba satisfecho durante más o menos una hora, y luego volvía a la carga: movía la cama y la devolvía a su sitio, acosado por acuciantes temores.

—¿Y si mis hijas no me reconocen? —preguntaba seis veces al día.

Para esto yo no tenía respuesta, dado que no conseguía recordar cómo eran mis padres. Peor aún, las hijas de Gop eran más pequeñas, mucho más pequeñas, de lo que era yo cuando me fui de casa. En ese momento sus tres hijas tenían menos de cinco años y habían transcurrido ocho. Ninguna reconocería a Gop.

—Claro que sabrán quién eres —le decía—. Todas las niñas conocen a su padre.

Cada día Gop aguardaba noticias de los que llegaban a Kakuma. De vez en cuando nos enterábamos de la cercanía de algunos refugiados y podíamos prever su llegada y prepararnos para ella. Incluso tres años más tarde cualquier semana podía traer a un millar de personas, y el campamento seguía extendiéndose, hasta tal punto que podías caminar por una calle nueva cada mañana. Kakuma creció hasta albergar Kakuma I, II, III y IV. Era una ciudad de refugiados con sus propios barrios.

Pero la mayoría de recién llegados procedían de regiones de Sudán, y sobre todo de los pueblos más próximos a Kenia. Pocos eran de las cercanías de Marial Bai. La mayoría a quienes preguntaba nunca habían oído hablar de mi pueblo. Y si sabían algo del norte de Bahr al-Ghazal, eran desoladoras noticias de su eliminación del planeta.

—¿Eres del norte de Bahr al-Ghazal? —me dijo un hombre—. Allí todos han muerto.

Otro hombre, un anciano al que le faltaba la pierna derecha, fue más concreto.

—El norte de Bahr al-Ghazal es ahora la tierra de los murahaleenes. Se han apoderado de todo. Es su zona de pastos. No queda nada a lo que regresar.

Un día obtuve noticias de mi región gracias a un chico al que no conocía bien. Yo estaba junto a la fuente cuando el chico, de nombre Santino, corrió a mi encuentro para decirme que había un hombre ingresado en el hospital de Lopiding que era de Marial Bai. Otro chico ingresado en el mismo hospital por malaria había hablado con ese hombre, y este había mencionado el nombre de mi pueblo e incluso había dicho que se acordaba de mí, de Achak Deng. Pensé que tenía que encontrar el modo de ir hasta Lopiding, ya que era la primera vez en años que llegaba a Kakuma alguien procedente de Marial Bai.

Pero luego pensé en Daniel Dut, otro chico que había esperado noticias de su familia solo para terminar enterándose de que habían muerto todos. Daniel se pasó meses insistiendo en que habría preferido no saberlo: en que era más fácil pasar por la vida en la duda, pero alentado por la esperanza, que saber a ciencia cierta que no quedaba nadie. Saber que mi familia había muerto traería consigo imágenes de sus

muertes, de sus sufrimientos, de los abusos a los que podían haber sido sometidos sus cadáveres. De manera que no fui enseguida al hospital en busca del hombre de Marial Bai. Cuando una semana después me enteré de que se había ido, la noticia no me disgustó demasiado.

El anuncio del censo se efectuó mientras Gop esperaba la llegada de su esposa e hijas, y complicó aún más su paz mental. Para servirnos, para alimentarnos a todos, el ACNUR y otros grupos de ayuda presentes en Kakuma necesitaban saber cuántos refugiados había en el campamento. Así, en 1994 anunciaron su intención de contarnos. Dijeron que solo les llevaría unos días. Estoy seguro de que a los organizadores les pareció una medida sencilla, necesaria e indiscutible. Pero para los sudaneses mayores, era todo menos eso.

—¿Qué crees que tienen planeado? —se preguntaba Gop Chol.

Yo no acababa de entender a qué se refería, pero enseguida comprendí qué era lo que le preocupaba tanto, a él y a la mayoría de sudaneses mayores. Para algunos, los menos iletrados, la medida les traía ecos de la época colonial, de cuando los africanos debían llevar placas de identificación colgadas del cuello.

—¿Podría suponer un pretexto para un nuevo colonialismo? —mascullaba Gop—. ¡Es posible! Incluso probable.

Yo no decía nada.

Al mismo tiempo existían razones de índole más práctica, menos simbólica, para oponerse a ese censo, entre ellas el hecho de que muchos mayores creían que solo serviría para reducir, y no aumentar, las raciones de comida. Si averiguaban que éramos menos de los que pensaban, disminuirían las donaciones procedentes del resto del mundo. El temor más acuciante y extendido entre jóvenes y viejos de Kakuma era que el censo supusiera una estrategia de la ONU para exterminarnos a todos. Estos temores se exacerbaban aún más cuando se erigieron las vallas.

Los cooperantes de la ONU habían empezado a montar barreras, de tres metros de alto y dispuestas como corredores. Las vallas asegurarían que camináramos en fila de a uno durante el proceso del censo y que, por tanto, fuéramos contados solo una vez. Incluso los sudaneses que se habían mostrado más despreocupados ante el tema, sobre todo los más pequeños, sufrimos un estremecimiento al ver las vallas. Tenían un aspecto malévolo: un laberinto de vallas de color naranja opaco. Enseguida incluso los más cultos se dejaron llevar por la idea de que se trataba de un plan para eliminar a los dinkas. La mayoría de los sudaneses de mi edad habíamos oído hablar del Holocausto, y estábamos convencidos de que este plan se parecía mucho al que usaron los nazis para el genocidio judío que se produjo en Alemania y Polonia. Yo contemplaba esa creciente paranoia con ciertas reservas, pero Gop las creía con fervor. Por racional que fuera, su memoria evocaba remotas injusticias infligidas sobre el pueblo sudanés.

—¿Por qué no es posible, chico? —preguntaba—. ¿Ves dónde estamos? ¡Dime que algo no es posible en África en este momento!

Pero yo no veía razón alguna para desconfiar de la ONU. Llevaban años alimentándonos en Kakuma. No había suficiente comida, cierto, pero eran ellos los que nos la proporcionaban y me parecía absurdo que, después de todo ese tiempo, se decidieran a matarnos.

—Ya —razonaba él—, pero quizá la comida se haya acabado. No hay comida, no queda dinero, y Jartum ha pagado a la ONU para que nos mate. La ONU consigue así dos cosas: ahorra comida y recibe dinero por librarse de nosotros.

—Pero ¿cómo se saldrán con la suya sin consecuencias?

—Es fácil, Achak. Dirán que hemos contraído una enfermedad que solo afecta a los dinkas. Siempre hay enfermedades que se ceban solo en ciertos pueblos. Así lo harán: dirán que los dinkas han sucumbido a una plaga, que todos los sudaneses han muerto. Y así justificarán el exterminio.

—Eso no puede ser —dije.

—Ah, ¿no? ¿Ruanda también era imposible?

Yo seguía dudando de la teoría de Gop, pero también era consciente de que había mucha la gente que se alegraría con el exterminio de los dinkas. Así que tardé en decidir cuál era mi postura hacia el recuento de refugiados. Mientras tanto la opinión pública que se oponía a nuestra participación iba ganando adeptos, sobre todo cuando llegó a nuestros oídos que, después de ser contados, los dedos de cada uno de nosotros serían sumergidos en tinta.

—¿Para qué esa tinta? —preguntaba Gop.

Yo lo ignoraba.

—La tinta es una medida que garantizará el exterminio de los sudaneses.

Como no dije nada, él elaboró la teoría. Si la ONU no nos mataba a todos mientras estábamos en fila, lo harían a través de esa tinta en los dedos. ¿Cómo íbamos a quitarla? Estaba convencido de que penetraría en nuestros cuerpos cuando comiéramos.

—Esto se parece mucho a lo que hicieron con los judíos —dijo Gop.

Esos días la gente hablaba mucho de los judíos, cosa que era extraña teniendo en cuenta que poco antes la mayoría de chicos de mi entorno estaban convencidos de que los judíos eran una raza extinguida. Antes de que en el colegio nos hablaran del Holocausto, en la iglesia nos habían expuesto con bastante crudeza que los judíos habían colaborado en el asesinato de Jesucristo. De dichas enseñanzas nunca se había deducido que los judíos siguieran presentes en la faz de la Tierra. Los considerábamos criaturas mitológicas que no existían más allá de las páginas de la Biblia.

La noche anterior al censo, toda la hilera de vallas, de casi dos kilómetros de largo, fue derribada. Nadie asumió la responsabilidad de ese incidente, pero muchos mostraron una silenciosa satisfacción.

Al final, tras incontables reuniones con los líderes kenianos del campamento, los mayores se convencieron de que el recuento era legítimo y necesario para proporcionar mejores servicios a los refugiados. Se alzaron de nuevo las vallas y el censo se realizó unas semanas más tarde. Pero en cierto sentido los que tenían al censo resultaron estar en lo cierto, ya que no trajo nada bueno. Después del recuento hubo menos comida, menos servicios e incluso se cancelaron algunos programas poco importantes. Cuando terminaron de contar, la población de Kakuma se había reducido en ocho mil personas en un solo día.

¿Cómo había podido descontarse tanto el ACNUR antes de realizar el censo? La respuesta a esa pregunta se llama reciclaje. El reciclaje era una práctica muy popular en Kakuma, así como en la mayoría de campos de refugiados: cualquier refugiado del mundo está familiarizado con el concepto, aunque su nombre varía en función del lugar. La base de la idea es que uno puede abandonar el campamento y volver a entrar en él bajo otro nombre: así conserva la primera cartilla de racionamiento y luego obtiene otra con un nombre distinto. Esto implica que el reciclador puede comer el doble de lo que comía antes, o, si prefiere vender la ración extra, puede comprar o conseguir otros productos que la ONU no facilita: azúcar, carne, verduras. El comercio resultante de las cartillas de racionamiento suplementarias sentaba las bases de una inmensa economía sumergida en Kakuma, y mantenía inmunes a miles de refugiados de enfermedades como la anemia y similares. En un momento dado los administradores de Kakuma creyeron que alimentaban a ocho mil personas más de las existentes. Nadie se sintió culpable por este pequeño engaño numérico.

Esa economía sumergida hacía posible el comercio, y la capacidad de manipular y jugar con el sistema por parte de los distintos grupos pronto provocó una especie de jerarquía social en Kakuma. Como grupo, y debido a que dominaban el campo en cuestión de número, los sudaneses ocupaban la cumbre de la pirámide. Pero desde una perspectiva individual, los etíopes eran la casta social más importante, formada por unos miles de representantes de la clase media de ese país que se vieron obligados a huir con Mengistu. Vivían en Kakuma I y eran los dueños de la mayor parte de negocios prósperos. Sus rivales en temas comerciales eran los somalíes y los eritreos, que habían hallado la forma de convivir con los etíopes, a pesar del conflicto que enfrentaba a sus respectivos países. Mientras tanto la tensión crecía entre somalíes y bantúes, un grupo que acarrea siglos de sufrimiento a sus espaldas y que había sido trasladado a Kakuma desde otro campo keniano, Dadaab. Los bantúes habían sido esclavos en Mozambique y a principios del siglo XIX emigraron a Somalia, donde soportaron doscientos años de persecuciones. No se les permitía poseer tierras ni disfrutar de ninguna representación política. La guerra civil que estalló en Somalia en 1990 empeoró su situación: sus granjas y hogares fueron asaltados, mataron a sus hombres y violaron a las mujeres. En Kakuma debía de

haber unos diecisiete mil bantúes, y ni siquiera allí estaban a salvo, ya que ese elevado número les granjeó el resentimiento de los sudaneses que hasta entonces se habían considerado los amos del campamento.

Justo por debajo de los comerciantes estaban los comandantes del ELPS, y por debajo de estos, los ugandeses: un grupo de apenas cuatrocientas personas, afiliadas en su mayoría al Ejército de Resistencia del Señor de Joseph Kony, un grupo rebelde enfrentado al Movimiento de Resistencia Nacional que gobernaba el país. Los ugandeses no podían volver; en su país los conocían y habían puesto precio a sus cabezas. Diseminados por el campo había congolese, burundianos, eritreos y unos cuantos ruandeses sobre quienes recaía la sospecha de haber participado en el genocidio y que no eran, por tanto, muy apreciados en su país.

Y en algún lugar de la base de toda esa pirámide se hallaban los menores solos, los Niños Perdidos. No teníamos dinero ni familia, y disponíamos de escasos medios para obtener ambas cosas. Podía ascenderse un nivel si uno conseguía entrar a formar parte de una familia. Vivir con Gop Chol me había reportado cierto estatus y algunos privilegios, pero yo sabía que una vez llegada la familia de Gop resultaría difícil extender las raciones de la familia, y que los muchos artículos que íbamos a necesitar, con tantas chicas en casa, implicarían la necesidad de un aumento de ingresos en el hogar: una cartilla de racionamiento suplementaria supondría el principio de ese flujo de riqueza.

—Uno de los dos tendrá que reciclarse cuando lleguen las chicas —dijo Gop un día.

Y supe que tenía razón. Yo recibía mis raciones todas las semanas, y cuando llegaran su mujer y sus hijas Gop podría pedir una ración familiar. Pero las raciones serían insuficientes para una familia de cinco miembros, y sabíamos que el mejor momento para reciclarse de nuevo sería justo después del censo, cuando hubiera una vigilancia suplementaria en lo que a cantidad de comida se refería.

—Lo haré yo —dije, sin la menor vacilación.

Anuncié que me iría en cuanto llegaran su esposa e hijas. Gop fingió sorprenderse ante mi oferta, pero yo sabía que esperaba eso de mí. Eran los jóvenes de Kakuma los que practicaban el reciclaje y yo quería probar mi gratitud hacia esa familia, ganarme su respeto en cuanto llegaran.

Durante las siguientes semanas, Achor Achor y yo pasamos muchas noches tendidos a la puerta de mi refugio, haciendo los deberes bajo la luz azulada de la luna y planeando mi viaje de reciclaje.

—Necesitarás un par extra de pantalones —dijo Achor Achor.

Yo no tenía ni idea de a qué venía eso, pero él me abrió los ojos: necesitaba esos pantalones porque gracias a ellos obtendría una cabra.

—Creo que con un par te bastará —predijo él.

Le pregunté para qué quería una cabra.

—Tienes que conseguir una cabra para obtener los chelines.

Le supliqué que empezara por el principio.

Me dijo que necesitaba los pantalones porque cuando saliera de Kakuma viajaría a Narus, Sudán, y en Sudán no se encontraban esa clase de pantalones, hechos en China, que circulaban por Kakuma. Si me llevaba un par a Narus, podría cambiarlos por una cabra. Y la cabra era necesaria porque, si conseguía traer una cabra sana a Kakuma, donde más bien escaseaban, podría vender el animal por dos mil chelines o incluso más.

—Ya que vas a arriesgar tu vida, al menos podrías ganar dinero.

Era la primera vez que alguien mencionaba que el viaje podía ser peligroso. Mejor dicho, yo sabía que en el pasado, si uno se iba de Kakuma y tomaba la carretera hasta Lokichoggio, o hasta más lejos aún, cabía la posibilidad de que se cruzara en el camino con bandoleros, bandoleros turkanas y taposas que, en el mejor de los casos, te robaban todo lo que tenías y, en el peor, te lo robaban todo y te mataban después. Yo creía que esos peligros pertenecían al pasado, pero al parecer no era así. A pesar de eso el plan siguió adelante y Gop metió baza en él.

—¡Deberías llevar más pantalones! —resopló Gop una noche durante la cena. Achor Achor comía con nosotros, como hacía a menudo, porque Gop sabía cocinar y Achor Achor no—. ¡Más ropa, más cabras! Ya que vas a arriesgar tu vida al menos que merezca la pena.

A partir de ahí el plan fue ampliándose: me llevaría dos camisas, unos pantalones y una manta, todo nuevo, al menos en apariencia, y con todo ello podría conseguir al menos tres cabras, lo que en Kakuma reportaría unos beneficios de seis mil chelines: una cantidad que satisfaría las necesidades, e incluso algunos caprichos como el azúcar o la mantequilla, de la familia de Gop durante muchos meses. El dinero, combinado con la cartilla de racionamiento suplementaria, me convertiría en un héroe a ojos de la familia y yo soñaba con impresionar a mis futuras hermanas, con que me miraran con admiración y me llamaran tío.

—Puedes montar tu propia tienda —dijo una noche Achor Achor.

Era cierto. La idea me sedujo al instante, y a partir de ahí esta entró a formar parte de un plan más ambicioso. Hacía tiempo que quería montar una pequeña tienda de ropa, que además fuera cantina, en la puerta del refugio: en ella vendería comida y también lápices, bolígrafos, jabón, zapatillas, pescado seco, y cualquier refresco que cayera en mis manos. Como disfrutaba de la confianza de los que me conocían, esperaba que si ofrecía los productos a un precio justo las cosas me irían bien, y una vez dispusiera de capital el suministro para la cantina dejaría de ser un problema. Recordaba las lecciones comerciales que mi padre me impartía en Marial Bai y sabía que en ese tema lo crucial eran las relaciones con los clientes.

—Pero en ese caso necesitarás más de dos camisas y un pantalón —destacó Achor Achor—. Te harán falta tres camisas, dos pares de pantalones y al menos dos

mantas de lana.

Por fin el plan se hizo realidad. Partiría a la primera oportunidad, la próxima vez que las carreteras se consideraran seguras. El primo de Gop me facilitó una mochila, un trasto sólido lleno de cremalleras y compartimentos. Dentro coloqué los dos pantalones, las tres camisas, la manta de lana, y una bolsa con nueces, galletas y mantequilla de cacahuete para el viaje. Planeaba salir a primera hora de la mañana, escabullirme desde Kakuma IV y luego recorrer a pie el kilómetro y medio que nos separaba de la carretera de Loki, la que luego debía seguir intentando esquivar a la policía keniana, los guardias del campo y los coches que pasaran.

—¡Pero no puedes irte durante el día! —Gop lanzó un suspiro cuando oyó esta parte del plan—. Tienes que salir de noche, bobo.

Así que el plan sufrió una nueva modificación. Por la noche no me vería nadie. La forma oficial de abandonar Kakuma era con un permiso de viaje para refugiados, pertinentemente sellado. Pero yo no tenía ninguna excusa para justificar el viaje, e incluso aunque así hubiera sido, solicitar un documento como ese implicaba meses de espera. Si hubiera tenido contactos con la gente de ACNUR, habría podido acelerar los trámites, pero no conocía a nadie lo bastante como para que se arriesgara por mí.

Eso dejaba una única opción, la más popular y expeditiva, que era sobornar a los guardias kenianos con quienes me topara durante el camino. Kakuma nunca fue un campo cerrado; los refugiados podían salir de sus límites a su antojo, pero enseguida, en cuanto llegaban a la carretera principal, eran detenidos por la policía de Kenia, ya fuera en sus puestos de guardia o en las patrullas que efectuaban en Land Rover, momento en el que el viajero debía mostrar el citado permiso de viaje. Era entonces cuando un viajero sin documentación debía aportar un incentivo suficiente para que el agente mirara hacia otro lado. Se recomendaban los viajes nocturnos, por la sencilla razón de que los turnos de noche recaían en los agentes menos eficaces y de que, en cualquier caso, había menos.

Por fin estuve listo para la partida. Pero antes esperaríamos a que llegara la familia de Gop para asegurarnos de que seguían siendo una esposa y tres hijas. Aunque meses antes habían dado noticias de que viajaban las cuatro juntas, en Sudán no había garantías. Gop y yo no mencionábamos el asunto, pero ambos éramos conscientes de ello. En un viaje tan largo podía pasar cualquier cosa.

Al final llegaron intactas, aunque su aparición fue repentina. Una mañana Gop y yo bajamos a la fuente, a por agua, con el fin de tener reservas para varios días. Mientras nos acercábamos a la fuente, vimos de lejos un camión de la Cruz Roja que avanzaba entre una nube de polvo. Ambos nos pusimos de pie, sabíamos que las furgonetas no abundaban en esa parte del campamento. Al mismo tiempo nos preguntábamos: ¿podría ser? La semana anterior Gop había recibido la noticia de que su familia podía estar a punto de llegar, pero desde entonces no había sabido nada más. Vimos que la

furgoneta frenaba al aproximarse a nuestra casa y se paró justo delante de la puerta. Gop salió corriendo y yo corrí tras él. Gop no era muy veloz, así que lo adelanté enseguida. Cuando estábamos lo bastante cerca de la furgoneta como para ser vistos, Gop se puso a gritar. Parecía un demente histérico.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Ya estáis aquí! ¡Ya estáis aquí!

Aún no podían oírnos. Estábamos a unos cientos de metros de distancia.

Una niña, frágil y vestida de blanco, fue la primera en bajar de la furgoneta, seguida por dos niñas más, cada una más alta que la otra pero ambas menores de ocho años, y también de blanco. Se quedaron quietas, con los ojos entornados debido al sol, y se alisaron los vestidos. Tras ellas apareció una mujer hermosa, de verde, el mismo verde de las grandes hojas mojadas. También ella observó Kakuma protegiéndose los ojos del sol.

—¡Ya estáis aquí! ¡Ya estáis aquí!

Gop seguía gritando, pero la distancia impedía que le oyeran. Corrió, agitando los brazos como un poseso. Al poco se hallaba lo bastante cerca como para ser visto por la mujer de verde, aunque solo distinguiera una difusa silueta. Yo me había adelantado a él y veía a su familia con claridad.

—¡Hola! —gritó él.

Ella volvió la cabeza hacia él y le dedicó esa mirada de disgusto que reservamos para los borrachos y los locos de atar. El conductor las ayudó a bajar unas cuantas bolsas que sacó del maletero y las depositó en el suelo, frente a la casa.

—¡Soy yo! ¡Soy yo! —vociferaba Gop. Era obvio que ese hombre que corría hacia ellas hacía sentir incómodas tanto a la madre como a las niñas.

Gop estaba a unos cien metros cuando de repente cambió de opinión. Frenó, se detuvo y luego se apartó de la carretera. Le seguí mientras se internaba por el anárquico laberinto de casas. Era imposible que la familia de Gop nos viera desde donde estaba. Gop fue saltando las vallas de esas casas, pasó por debajo de los tenderos y se abrió paso entre los pollos tristes y anémicos de los vecinos hasta encontrarse en la puerta trasera de la casa donde vivíamos. Entró en su casa, seguido por mí. Oí que alguien llamaba a la puerta principal y supuse que era el conductor de la furgoneta de la Cruz Roja, cuyos golpes iban ganando en fuerza e impaciencia.

Gop estaba en su dormitorio.

—¡No abras! —me suplicó—. Espera a que me cambie de ropa.

Aguardé junto a la puerta.

—No quiero que sepan que era yo el que gritaba ahí fuera.

Eso ya lo había adivinado yo. Esperé junto a la puerta mientras Gop se aseaba, se enderezaba y se peinaba. Salió en un minuto, limpio y vestido con su mejor camisa blanca y unos pantalones verde caqui.

—¿Estoy bien?

Asentí y abrí la puerta. Gop salió a recibirlas con los brazos abiertos.

—¡Esposa mía! ¡Hijas mías!



Y fue levantando en el aire a las niñas, una tras otra, empezando por la mayor y terminando por la menor y más delicada, una niñita que tuvo en brazos casi todo el día, mientras deshacían las bolsas y comían. La familia había traído comida de Sudán y él y yo enseñamos a las mujeres la casa que habíamos construido para ellas.

—Vimos a un loco chillando en plena calle —comentó más tarde su esposa mientras hacía las camas de las niñas—. ¿No le oíste?

Gop suspiró.

—Aquí vive toda clase de gente, querida.

Llegué a estar muy unido a la esposa de Gop, Ayen, y a sus hijas: Abuk, Adeng y Awot. La reestructuración de la casa, que fue completa, cambió mi vida y nos benefició a todos. Como Gop y su esposa necesitaban un dormitorio para ellos, construimos otro, y las niñas se instalaron en el que él y yo solíamos compartir. Gop y su esposa no querían que yo durmiera con las niñas, de manera que se construyó un cuarto más, y cuando estábamos a media construcción se nos ocurrió una idea: no era habitual que un chico de mi edad tuviera una habitación para él solo, y Gop y yo conocíamos a muchos chicos que estarían encantados de venirse a vivir con nosotros, lo que redundaría en un aumento de ingresos y comida. Así pues, ofrecimos esa posibilidad a Achor Achor y a tres chicos más, todos alumnos de Gop, y mi dormitorio se construyó para que en él cupieran cinco chicos. Cuando terminamos, los habitantes de la casa habían pasado de dos a diez en una semana.

Los críos nos despertábamos todos los días a las seis y juntos bajábamos a la fuente a llenar los bidones para nuestras respectivas duchas. El agua empezaba a manar del grifo a las seis en punto, y era entonces cuando todos los residentes en nuestra zona del campamento, unas veinte mil personas, iban a buscar el agua para el aseo personal; el agua para cocinar y limpiar se retiraba después. La cola siempre era larga, hasta que la ONU hizo más grifos años después. Pero en esa época lo habitual era encontrarse con una cola de cien personas cuando se abrían los grifos. Ya en casa nos lavábamos y vestíamos para ir al colegio. En esos años no había desayuno en Kakuma —no fue hasta 1998 cuando hubo comida suficiente para poder tomar algo por las mañanas—, de manera que si consumíamos algo antes de salir de casa era agua o té; solo podíamos comer una vez al día, y solíamos hacerlo juntos, en la cena, una vez terminado el colegio y el trabajo.

Todos asistíamos al mismo colegio, que estaba a solo un paseo y que acogía a casi mil alumnos. Primero se organizaba una asamblea en la que se anunciaban cosas y se nos daba el consejo del día. Lo más frecuente era que ese consejo versara sobre temas de higiene y nutrición, un tema extraño dado lo escasa que era nuestra alimentación. Con la misma frecuencia se abordaban las fechorías y los consiguientes castigos. Si algún estudiante se había portado mal, el castigo se aplicaba allí mismo, unos cuantos varazos rápidos o una reprimenda verbal delante de todo el cuerpo estudiantil. Luego

pasábamos a las oraciones o a entonar algún himno, ya que todos los alumnos del colegio eran cristianos, al menos por lo que sabíamos. Si había musulmanes, se mostraban muy reservados con su fe y no protestaban, ni entonces ni durante las sesiones regulares de lo que llamaban instrucción religiosa cristiana.

En mi clase había sesenta y ocho alumnos. Nos pasábamos todo el día en un aula, sentados en el suelo, mientras los instructores, profesores de inglés, kiswahili, mates, ciencias, labores domésticas, geografía, agricultura, artes plásticas y música iban entrando y saliendo. Me gustaba el colegio y era apreciado por los profesores, pero muchos de mis amigos habían dejado de asistir a clase. Les había entrado cierta impaciencia, no le veían el sentido y preferían irse a los mercados a ganar dinero. Intercambiaban sus raciones de comida por ropa, vendían la ropa en el campamento y sacaban un beneficio. Y por supuesto seguían yéndose de Kakuma para unirse a las filas del ELPS, y no tardábamos en enterarnos de quién había recibido un tiro, quién había muerto quemado o quién había quedado mutilado por una granada.

Los días de reparto de comida, los niños éramos enviados a la zona de la ONU, donde nos colocábamos en fila. Los cooperantes de la ONU o de la FLM descargaban la comida de los camiones, después de comprobar la tarjeta de identidad de los que estábamos allí. En el camino de regreso llevábamos los sacos de grano o de sargo a lo largo del kilómetro y medio que nos separaba de casa, ya fuera sobre la cabeza o sobre los hombros, tomándonos frecuentes descansos. Todos nos quejábamos por ese sistema de distribución; en las contadas ocasiones en que alguien se perdía el reparto, porque se había dormido y había llegado tarde a la fila, la ración no llegaba a casa y la familia en cuestión se veía afectada. En esos casos había que trazar y llevar a cabo planes de contingencia para asegurarse los alimentos. Había llegado el momento de mi viaje de reciclaje.

Tenía la mochila, los zapatos buenos y...

—¿Llevas sombrero? —me preguntó Awot, la hija de Gop.

—¿Para qué quiero un sombrero?

—¿Y si alguien de Loki te reconoce cuando vuelvas?

Era un genio esta Awot. De manera que metí el valioso sombrero Houston Astros de Achor Achor en la mochila y por fin estuve listo. La familia me vio partir a medianoche. Gop no parecía temer por mi vida, así que se despidió de mí sin alharacas y lo mismo hicieron las niñas. Achor Achor me acompañó hasta la frontera de Kakuma y cuando me disponía a marcharme, me agarró del brazo y me deseó buena suerte.

—¿Llevas encima la cartilla de racionamiento? —me preguntó.

La llevaba, lo que era un grave error. Si me robaban los turkanas, o me interrogaba la policía keniana, o los oficiales de Loki me pedían que vaciara los bolsillos, se quedarían con la cartilla original, con lo que todo mi viaje no habría

servido de nada. De manera que se la entregué a Achor Achor, nos despedimos con unas palmadas en la espalda como si fuéramos hombres y me perdí en la noche, sin ningún documento que me identificara. Era alguien nuevo, no era nadie.

Me habían dicho que si me cruzaba con algún policía keniano por la carretera, un soborno lograría que siguiera adelante. Y esto es exactamente lo que sucedió: a unos pocos kilómetros de Kakuma me lo encontré en tres ocasiones. Cada pareja de guardias fue comprada con cincuenta chelines y abordaron la transacción con maneras exquisitas y un trato casi comercial. Podría haber estado comprando fruta a un vendedor ambulante.

Caminé durante toda la noche con los ánimos demasiado altos, creyendo que el viaje había empezado con buen pie y seguro de lograr mi objetivo. Con suerte volvería a Kakuma en tres días, provisto de seis mil chelines y de otra cartilla de racionamiento.

Llegué a Loki al amanecer: las carreteras de tierra estaban vacías y dormí en una zona dirigida por Save the Children, una ONG que conocíamos bien: llevaban años suministrando comida a los hambrientos en el sur de Sudán. Loki abarca esas zonas de ONG, que en su mayor parte no son más que pequeñas cabañas o casas de adobe rodeadas por vallas de madera o de acero inoxidable. Entonces y ahora Save the Children trabaja muy de cerca con los sudaneses, y sus miembros siempre están dispuestos a prestar su ayuda a los que van a Kakuma o parten hacia Sudán.

Al despertar vi los pies de un hombre que, frente a mí, charlaba con otro que estaba al otro lado de la valla. Me enteré de que el hombre que había estado a punto de pisarme se llamaba Thomas. Era un poco mayor que yo, había estado en el ELPS, pero lo dejó a raíz de la escisión entre Garang y Machar. Cuando acabó la conversación con el otro hombre, me brindó su atención.

—¿Cuál es la situación? —preguntó él.

Le conté una versión genérica de mi plan.

—¿Cuánto dinero llevas?

Le dije que solo me quedaban cincuenta chelines.

—Entonces, ¿cómo esperas conseguir los papeles del MLPS?

Nadie me había informado de que esos papeles costaban dinero. Sabía que si entraba en un territorio controlado por el ELPS necesitaría una tarjeta de identificación del ELPS/MLPS, pero pensaba que las daban gratis. Me habían dicho que el ELPS/MLPS hacía constar en el documento el nombre que quisieras, y yo tenía la intención de darles un nombre parecido al real, que sonara como procedente de mi misma región; así podría contestar cualquier pregunta que me hicieran sobre los clanes de la parte de Sudán donde yo había vivido. Con el documento nuevo en mi poder, regresaría a Loki, vendería las cabras y, en la oficina de inmigración de Loki, mostraría mis documentos y afirmarí que corría peligro si volvía a Sudán. Me harían constar como refugiado y me concederían la admisión en Kakuma bajo un nuevo nombre.

—¿No te queda dinero? —dijo Thomas—. ¿Y te fuiste solo anoche?

Thomas me brindó una sonrisa peculiar, con la cabeza inclinada.

—Un plan muy pobre, Achak. ¿Has elegido un nombre nuevo? No me cabe duda de que estarás contento de librarte de Achak.

Le dije que mi nuevo nombre sería Valentino Deng.

—No está mal. Me gusta Valentino. Hay más Valentinos por aquí. No parecerá sospechoso. Mira, aquí tienes cincuenta chelines. Ya me los devolverás la próxima vez que vengas. Yo estoy mucho por aquí; hago negocios por varios sitios. Coge los cincuenta chelines, únelos a los tuyos y tendrás cien. Eso debería bastarte si consigues darles lástima a los del MLPS. Pon cara de pena, Valentino Deng.

Hice un mohín con la boca y conseguí que los ojos se me llenaran de lágrimas.

—¡Eh! No está nada mal, Valentino. Impresionante. ¿Tienes quien te lleve?

No tenía quien me llevara.

—Señor. No me había cruzado nunca con un viajero tan poco preparado. Si vuelves a ponerme esa cara te diré cómo puedes llegar hasta Narus.

Volví a poner cara de pena.

—Una mirada patética, chico, sin duda. Te felicito. Muy bien. Hay un camión procedente de Sudán a punto de llegar. Está ahí abajo y el conductor es amigo mío, primo de mi mujer. Vuelve a Sudán en unos minutos. ¿Estás listo?

—Sí.

—Bien —dijo él—. Aquí llega.

Y ciertamente un camión subió en aquel momento, un camión normal, de esos que solía ver llenos de pasajeros. Parecía un sueño haber encontrado un viaje directo tan deprisa. Solo llevaba cinco minutos despierto. El camión frenó delante de Save the Children. Thomas habló con el conductor durante un par de minutos y luego me hizo una señal. El motor zumbó al ponerse en marcha y las ruedas aplastaron la grava.

—¡Corre, tonto! —me gritó Thomas.

Recogí la bolsa, corrí en pos del camión y me subí de un salto a la parte de atrás. Me volví para saludar a Thomas, pero este ya había vuelto a entrar en la tienda, había terminado conmigo. Descargué la mochila y me encaramé por la puerta trasera. Al saltar al interior pisé algo blando.

—¡Perdón! —exclamé.

Fue entonces cuando me percaté de que acababa de pisar a una persona. La parte trasera del camión iba llena de gente, quince personas o más. Pero estaban grises, blancos, cubiertos de sangre. Estaban muertos. Pisaba el pecho de un hombre que no emitía protesta alguna. Bajé del pecho y mi pie fue a parar encima de la mano de una mujer, que tampoco se quejó. Me sostuve sobre un solo pie, mientras el otro se quedaba suspendido por encima de las vísceras de un chico poco mayor que yo.

—¡Cuidado, chico! Algunos aún estamos vivos.

Me volví hacia la voz y vi a un hombre, un anciano, tumbado y retorcido como una raíz, situado cerca del final del camión.

—Lo siento —dije.

El camión pasó por un bache y la cabeza del anciano chocó contra la portezuela trasera. Gimió.

Nos movíamos y el camión aceleró enseguida. Me agarré a un lado y traté de no mirar hacia la carga. Posé la vista en el cielo, pero el olor me invadió. Me dieron arcadas.

—Enseguida te acostumbrarás, chico —dijo el hombre—. Es olor a humanidad.

Cuando intenté mover el pie me di cuenta de que estaba pegado; el suelo del camión estaba lleno de sangre. Quise saltar, pero el vehículo iba demasiado rápido. Miré hacia delante, en un intento de atraer la atención del conductor. Una cabeza apareció por la ventanilla del asiento. Era un individuo de aspecto alegre. Parecía ser soldado del ELPS, aunque no habría podido afirmarlo con seguridad.

—¿Cómo vas ahí atrás, Ejército Rojo?

—Me gustaría bajar, por favor —balbucí.

El posible rebelde se rió.

—Prefiero andar. Por favor, tío, por favor.

Se rió hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Ay, Ejército Rojo. Eres una máquina.

Y volvió a meterse en la cabina.

Un momento después el camión giró y perdí pie; durante unos segundos me descubrí con la rodilla apoyada en el muslo roto de un soldado muerto, que miraba al sol con los ojos muy abiertos. Mientras me incorporaba eché un vistazo al contenido del camión. Los cadáveres parecían haber sido arrojados sin miramientos. Se movían de un lado a otro.

—Es penoso, la verdad —dijo el anciano—. Muchos estábamos vivos cuando salimos de Sudán. He tenido que ir ahuyentando a los buitres. Ayer saltó un perro. Tenía hambre.

El camión dio otro salto y mi pie resbaló sobre algo viscoso.

—Ahora los perros han desarrollado un gusto por la gente. Van directos a la cara. ¿Lo sabías? Por suerte, uno de los hombres de la cabina oyó al perro. Pararon el camión y le pegaron un tiro. Ahora solo quedamos nosotros cuatro.

Había cuatro personas vivas a bordo, aunque resultaba difícil localizarlas y yo no estaba del todo seguro de que el anciano tuviera razón. Miré hacia el cuerpo que había a su lado. Al principio parecía que sus brazos quedaban ocultos. Pero luego, al fijarme en los huesos blancos de sus hombros, me quedó claro que a ese hombre le habían amputado los brazos.

El camión dio un fuerte bandazo. Mi pie derecho aterrizó encima del brazo de un adolescente que llevaba uniforme azul de camuflaje y una gorra.

—Creo que sigue vivo —dijo el anciano—. Aunque hoy no ha hablado.

Volví a incorporarme y oí unas potentes carcajadas procedentes de la cabina. Los bandazos eran deliberados, todos y cada uno de ellos. El hombre alegre volvió a asomar la cabeza por la ventanilla del copiloto.

—El conductor lo lamenta mucho, Ejército Rojo —me dijo—. Había un lagarto en la carretera y no le quedó más remedio que esquivarlo para no matar a una criatura divina tan bella.

—Por favor, tío —le dije—. No quiero estar aquí. Quiero irme. Solo tiene que frenar un poco y saltaré. No hace falta que pare.

—No te preocupes, Ejército Rojo —dijo el posible rebelde. De repente tanto su rostro como su tono habían adoptado una expresión seria, casi compasiva—. Solo tenemos que dejar a los heridos en el hospital de Lopiding, enterrar los cadáveres en la montaña y dispondremos de un camión vacío para seguir camino hasta Sudán. Dondequiera que necesites ir.

El camión pasó por un bache y la cabeza del hombre se estampó contra el marco de la ventanilla. Entró de nuevo y la emprendió a gritos con el conductor. Por un momento el camión aminoró la velocidad y pensé que esa era mi oportunidad.

—Aprovecha el viaje, chico.

Era el anciano.

—¿Cómo vas a llegar a Sudán si no?

Me miró, como si me viera por vez primera.

—¿Y por qué te ha dado por volver, chico?

No me planteé contarle la verdad: que intentaba reciclarme, conseguir otra cartilla de racionamiento. Alguien que se debatía entre la vida y la muerte pensaría que algo así era ridículo. La gente del sur de Sudán tenía sus problemas, y, en comparación con estos, los de Kakuma, donde todos estábamos alimentados y a salvo, eran irrisorios.

—Voy a buscar a mi familia —dije.

—Están muertos, chico —dijo él—. Sudán ha muerto. No volveremos a vivir allí. Este es ahora tu hogar. Kenia. Alégrate de eso. Es tu hogar y siempre lo será.

Un suspiro me llegó desde abajo. El adolescente se volvió; tenía las manos colocadas debajo de la oreja, como si se hallara cómodamente acostado en casa con la cabeza apoyada en una almohada de plumas. Posé la vista en él, decidido a concentrarme en él ya que parecía estar en paz. Mis ojos lo evaluaron —no podía controlarlos y los maldije por su velocidad y curiosidad— y me percaté de que le faltaba la pierna izquierda. Había quedado reducida a un muñón envuelto con un vendaje confeccionado a base de un trozo de tienda y gomas elásticas que se le entrelazaban en la cintura.

Ahora sé que el trayecto no duró más de una hora, pero es imposible imaginar lo largo que se me hizo aquel día. Aunque me había tapado la boca, las náuseas no cesaban; tenía escalofríos y el cuello parecía paralizado. Estaba seguro de que ese camión representaba la obra del diablo, que era un símbolo de su labor en la Tierra.

Sabía que se trataba de una prueba y seguí allí hasta que el camión por fin aminoró la velocidad al tomar el camino del hospital de Lopiding.

Sin vacilar di un salto y rodé por el suelo. Mi intención era adelantar al camión y hallar refugio en la clínica. Tras caer sobre la dura tierra necesité un momento para volver a conectar con el mundo, para saber que no había muerto, que no había sido arrojado al infierno. Me incorporé y vi que mis piernas y brazos funcionaban, así que eché a correr.

—¡Espera, Ejército Rojo! ¿Adónde vas?

Me alejé del camión, que había reducido la marcha para rebasar una serie de baches. Adelanté al vehículo sin problemas y me dirigí al edificio que se alzaba al final del camino.

Lopiding constaba de una serie de tiendas de campaña y unos cuantos edificios de ladrillo blanco y techos azul celeste, acacias, sillas de plástico dispuestas en el exterior para que los pacientes esperaran sentados. Corrí hacia la parte de atrás de un edificio y casi choqué con un hombre que llevaba un brazo falso.

—¡Mira por dónde andas, chico!

El hombre era un keniano de mediana edad. Me habló en kiswahili. Estaba rodeado de fragmentos de pies, piernas, brazos y caras ortopédicas.

—¡Eh, Ejército Rojo! ¡Ven aquí!

Era el soldado del camión.

El keniano me dio una máscara que era demasiado pequeña para mí. Hundí la cara en ella. Podía ver a través de los orificios que habían hecho para los ojos y el keniano la ató con fuerza.

—Gracias —dije.

Era un hombre de sonrisa perpetua, mentón fuerte y grandes hombros caídos.

—De nada —dijo—. ¿Todavía te buscan?

Atisbé por la esquina. Los dos hombres del camión se encaminaban al edificio. Entraron un momento y volvieron al camión provistos de una camilla de lienzo. Bajaron al anciano y lo llevaron adentro. Luego fueron a por el adolescente al que le faltaba una pierna, que se tendió en la camilla igual que lo había hecho en el camión, como si estuviera encantado. Fueron los dos únicos pasajeros que descargaron en Lopiding. El resto estaba muerto o iba a estarlo pronto. Los hombres arrojaron la camilla a la parte trasera del camión y el conductor subió a la cabina. El otro, el posible rebelde que me buscaba, permaneció con la mano apoyada en la manecilla de la puerta.

—¡Ejército Rojo! ¡Hora de irse! Esta vez puedes ir en la cabina —gritó.

Me asaltó la duda. Si no aprovechaba el viaje, tal vez no conseguiría otro. Salí del edificio. El posible rebelde me miró a los ojos. Apartó la mano de la manecilla e inclinó la cabeza. Tenía la vista puesta en mí, pero no se movió, ni yo tampoco. Me sentía seguro detrás de la máscara. Sabía que no me reconocería. Su mirada se posó en los árboles y siguió gritando, en busca del chico que había estado en el camión.

—¡Lo siento, chico! Te prometo que te llevaremos a Sudán. Sano y salvo. Es tu última oportunidad.

Di un paso adelante, hacia el camión. El keniano me agarró del brazo.

—No vayas. Sacarán dinero por ti. El ELPS estará encantado de tener un nuevo recluta. A esos individuos les darán dinero a cambio de que te entreguen.

Era imposible decidirse.

—Te llevaré a Sudán si hace falta —dijo el keniano—. No sé cómo, pero lo haré. Lo que no quiero es que te maten por ahí. Estás demasiado flaco para combatir. Sabes lo que hacen, ¿no? Te entrenan durante dos semanas y luego te mandan al frente. ¡Por favor! Guarda un segundo, hasta que se marchen.

Deseaba tan desesperadamente unirme a los hombres del camión, creer en su promesa de que me llevarían a salvo en la cabina y me depositarían en la frontera. Y sin embargo no podía evitar confiar más en un keniano desconocido que en mis propios compatriotas. Era algo que sucedía de vez en cuando y que siempre impactaba.

Yo seguía en pleno campo de visión del hombre del camión y este volvió a poner los ojos sobre mí. ¡Era tan agradable llevar esa máscara, ser invisible!

—¡Última oportunidad, Ejército Rojo! —dijo al chico que creía estar buscando.

El hombre se protegió los ojos del sol, intentando adivinar por qué ese chico de la máscara le resultaba tan familiar. Y allí seguí, rígido, hasta que por fin se volvió hacia el camión, se subió en él y partió dejando atrás una nube de polvo. El keniano y yo contemplamos cómo desaparecía dejando una estela anaranjada.

No me apetecía quitarme la cara nueva. Sabía que el keniano no me la daría y por un instante me pregunté si podría escapar con ella puesta. Quizá la máscara me permitiría huir —de regreso a Kakuma o hacia Sudán— y pasar desapercibido. Me regodeé en la idea de presentarme con esta nueva cara ante todo el mundo: una cara sin marcas, heridas, una cara que no revelaba nada.

—No te queda bien, chico —dijo el keniano. Tenía la mano sobre mi hombro y me agarraba con tanta fuerza que escapar habría sido imposible.

Me quité la máscara y se la devolví.

—¿Adónde llevarán los cadáveres? —pregunté.

—Se supone que los llevan de regreso a Sudán, pero no lo hacen. Los arrojarán por la montaña y aceptarán pasajeros de pago hasta Sudán.

—¿Los enterrarán en la montaña?

—No. ¿Qué más da? Si los entierran, son pasto de gusanos y escarabajos. Si no los entierran, se los comen los perros y las hienas.

El hombre se llamaba Abraham. Era una especie de médico, un ortopeda. Tenía el negocio detrás del hospital, bajo un árbol inmenso. Me prometió que me daría de comer si esperaba una hora. No me importaba esperar. No sabía qué comían los médicos a la hora del almuerzo, pero supuse que sería algo extravagante.

—¿Qué haces ahora? —pregunté.



Estaba moldeando algo parecido a un brazo o una muñeca.

—¿Dónde vives? —preguntó él.

—En Kakuma I.

—¿Oíste una explosión la semana pasada?

Asentí. Había sido rápida, un chasquido, como el sonido de una mina que cobrara vida.

—Un soldado del ELPS, uno muy joven, estaba en el campo de permiso, visitando a la familia. Fue en Kakuma II. Había llevado algunos recuerdos a casa para mostrárselos a sus hermanos. Uno de los recuerdos era una granada, así que aquí me tienes, haciendo un brazo nuevo para el hermano pequeño del soldado. Tiene nueve años. ¿Qué edad tienes tú?

No lo sabía. Supuse que rondaría los trece.

—Llevo en esto desde mil novecientos ochenta y siete. Estaba aquí cuando abrieron Lopiding. Entonces constaba solo de cincuenta camas y de una gran tienda. Creyeron que sería temporal. Ahora hay cuatrocientas camas y se añaden más cada semana.

Abraham talló el plástico mientras se enfriaba.

—¿Para quién es esto? —dije, y cogí la máscara que había llevado puesta.

—Para un chico que sufrió quemaduras en la cara. Es muy frecuente. A los críos les gusta mirar las bombas. El año pasado arrojaron a uno al fuego.

Contempló su obra a la luz. Era una pierna, pequeña, destinada a alguien menor que yo. Fue dándole vueltas y pareció satisfecho.

—¿Te gusta el pollo, chico? Es hora de comer.

Abraham me llevó hasta la cola del comedor, montado en el patio. Veinte médicos y enfermeras en fila, vestidos con sus uniformes azules y blancos. Formaban una mezcla variopinta: kenianos, blancos, hindúes; había una enfermera que parecía árabe de piel clara. Abraham me ayudó con el plato y lo llenó de pollo, arroz y lechuga.

—Siéntate aquí, hijo —dijo, señalando con la cabeza un pequeño banco que había a la sombra de un árbol—. Será mejor que no te sientes con los médicos. Hacen preguntas y uno nunca sabe cómo acabará la cosa. Aún no sé en qué clase de lío andas metido.

Me vio atacar el pollo con arroz; hacía meses que no comía carne. Mordió un pedazo de muslo y me miró.

—¿En qué clase de lío andas metido?

—No estoy en ningún lío.

—¿Cómo saliste de Kakuma?

Vacilé.

—Cuéntamelo. Soy un fabricante de brazos, no un agente de inmigración.

Le hablé de mi huida y de los sobornos a los agentes de policía.

—Es increíble lo fácil que sigue resultando, ¿eh? Amo a mi país, pero la corrupción forma aquí parte de la vida tanto como el aire o el suelo. No se vive tan mal en Kenia, ¿no crees? Cuando tengas edad suficiente saldrás del campo y te irás a Nairobi. Allí encontrarás un empleo, seguro; tal vez incluso puedas ir al colegio. Pareces listo y hay miles de sudaneses en la ciudad. ¿Dónde están tus padres?

Le dije que no lo sabía. El sabor del pollo me mareaba.

—Seguro que están bien —dijo él. Observó el pollo y eligió dónde dar el siguiente bocado. Asintió con la boca llena—. Seguro que sobrevivieron. ¿Viste que los mataran?

—No.

—Bien, entonces aún hay esperanza. Es probable que ellos también te crean muerto y mírate, en Kenia, comiendo pollo y bebiendo gaseosa.

Creí en las palabras de Abraham por la sencilla razón de que era una persona educada, keniano, y tal vez tenía acceso a información que no llegaba a nuestro campamento. La separación de la vida en Kakuma con la del resto del mundo parecía absolutamente impenetrable. Veíamos y conocíamos a gente de todo el mundo, pero no existía la menor esperanza de viajar a otro lugar, ni siquiera a la parte de Kenia que quedaba más allá de Loki. Así que me tomé las palabras de Abraham como las de un profeta.

Terminamos de comer; todo estaba delicioso y era mucho más abundante de lo que yo podía consumir: mi estómago no estaba acostumbrado a tanta comida de una sentada.

—¿Cómo volverás a Kakuma? —preguntó Abraham.

Le dije que seguía empeñado en llegar a Narus.

—Esta vez no, hijo. Ya has visto bastante en un viaje.

Era evidente que tenía razón. No me quedaban ganas. Estaba roto, el plan había fracasado y lo único que podía hacer era volver a Kakuma, sin ganancias ni pérdidas. Di las gracias a Abraham y prometimos reencontrarnos; me metió en una ambulancia que viajaba hacia Loki. Allí aguardé a que pasara un camión con destino a Kakuma cuyo conductor no hiciera preguntas. No vi ni rastro de Thomas y no me aventuré a entrar en la zona de Save the Children. Subí y bajé por las polvorientas calles de Loki, con la esperanza de que surgiera alguna posibilidad antes de que anocheciera; sabía que en ese momento los turkanas me verían como un objetivo a abatir.

—Eh, chaval.

Me volví. Era un hombre de nariz bulbosa y rota. Parecía turkana, pero podría haber sido cualquier cosa: keniano, sudanés, ugandés. Me hablaba en árabe.

—¿Cómo te llamas?

Le dije que Valentino.

—¿Qué llevas ahí?

Estaba muy interesado en el contenido de mi mochila. Le dejé echar un vistazo rápido.

—¡Ah, ya! —dijo él. Esbozó una sonrisa súbita, una sonrisa amplia como una hamaca. Dijo que había oído hablar de un joven sudanés muy listo que poseía ropa de Kakuma. Parecía un hombre amable, incluso encantador, así que le conté lo del viaje, el camión, los cadáveres, Abraham y el plan truncado.

—Bueno, quizá no lo hayas perdido todo —dijo él—. ¿Cuánto pedirías por todo el lote, pantalones, camisas y manta?

Regateamos un rato hasta fijar un precio de siete mil chelines. No era lo que había esperado, pero sí mucho más de lo que habría sacado en Kakuma y el doble de lo que había pagado por las prendas.

—Eres un buen negociante —dijo él—. Muy avisado.

Hasta ese momento nunca me había creído un buen negociante, pero el hombre parecía sincero. Acababa de doblar la inversión.

—Así que siete mil chelines —dijo—. Te los daré, me tienes pillado. No había visto pantalones como estos en Loki. Esta noche te traeré el dinero.

—¿Esta noche?

—Sí. Ahora debo esperar a mi mujer. Está en el hospital, la están tratando por una infección. Se ha llevado a nuestro hijo; nos da miedo la tos que tiene. Pero me han dicho que volverá en unas horas y luego iremos hacia Kakuma. ¿Estarás por allí a las ocho?

Mientras hablaba el hombre iba cogiendo la mochila y me descubrí diciendo que sí, por supuesto, a las ocho estaría allí. El hombre tenía algo que te hacía confiar en él, o tal vez yo estaba demasiado cansado para actuar con sensatez. En cualquier caso, me despedí de él, le di recuerdos para su esposa y su hijo y les deseé que se recuperaran pronto de sus enfermedades. El hombre se fue con mi ropa.

—¿No debería saber dónde vivo? —le pregunté mientras él se sumergía bajo la luz carmesí de una de las tiendas.

El hombre se volvió, sin aparentar la menor sorpresa.

—¡Pensé que bastaría con preguntar por el célebre Valentino!

Le di la dirección de todos modos y luego salí a la carretera que llevaba a Kakuma. Tras dar unos cuantos pasos me percaté de que me habían timado y de que ese hombre nunca volvería a Kakuma. Acababa de regalar mi ropa a un desconocido y había echado a perder cualquier posible beneficio. Caminé toda la distancia que me separaba de Kakuma viendo pasar camiones; no les pedí que me llevaran y tampoco tenía dinero para sobornos. Me moví al amparo de las sombras, ya que sabía que si me pillaban todo estaría perdido, incluso las ventajas que tenía como refugiado. Fui de arbusto en arbusto, de zanja en zanja, a gatas, arañando la tierra, jadeando como la primera vez que me escapé de casa. Cada exhalación sonaba como un árbol derribado y el ruido me volvía loco, pero merecía el castigo. No merecía nada mejor. Quería estar solo con toda mi estupidez, que maldije en tres idiomas y con todas mis vísceras.



El sueño se me repetía una vez al mes, con asombrosa regularidad. Solía darse los domingos por la tarde, cuando disfrutaba de la posibilidad de echar una siesta. La semana se componía de colegio y trabajo, pero los domingos no había responsabilidades y era entonces cuando leía, deambulaba por el campamento y, a media tarde, apoyaba la cabeza a la sombra del refugio, dejaba las piernas al sol y echaba una cabezada profunda y reparadora.

Pero el río me robaba el descanso. Cuando soñaba con él, despertaba agobiado, nervioso.

En el sueño yo era más de una persona de esa forma que solo se da en los sueños y que permite ser mucha gente a la vez. Era yo, era mi maestro, el señor Kondit, y era Dut. Lo sabía como uno sabe quién es o no es cuando sueña. Era una combinación de ambos hombres y flotaba en el río. El río era en parte el río de mi pueblo, Marial Bai, y en parte el río Gilo, y en él había docenas de chicos.

Eran chicos que yo conocía. Algunos eran los que tenía a mi cargo en Kakuma, algunos habían nacido en el campamento, y había chicos que nunca habían pasado de la infancia: William K, Deng, los chicos que Dios se había llevado a lo largo de nuestro viaje. Estábamos todos en el río y yo intentaba enseñar a mis estudiantes. Todos los alumnos, unos treinta chicos, chapoteaban en el agua, al igual que yo: chapoteaba mientras gritaba la lección sobre la conjugación verbal inglesa a los chavales que flotaban en el río. La corriente era fuerte, e intentar llegar hasta los chicos en esas circunstancias era algo que me resultaba frustrante. Por su lado, los chicos hacían todo lo posible por concentrarse entre las aguas y las olas que los cubrían y que interrumpían con fastidiosa regularidad la calma del río. Los chicos desaparecían bajo una ola y reaparecían una vez esta había pasado. Y durante todo ese tiempo yo sabía que el agua estaba fría. Estaba tan maravillosamente fría como el agua que me dio el hombre que no existía en el desierto con cercados de alambre.

Flotaba en lo alto de una potente ola de agua fría y entonces, por unos instantes, podía ver al conjunto de mis alumnos mientras ellos se esforzaban por verme y por oírme, pero luego, cuando descendía montado en la ola, solo distinguía un muro de agua color café. En este punto del sueño, cuando las aguas se convertían en paredes, yo siempre volvía a recuperar mi auténtica identidad, y a partir de ahí el sueño se desarrollaba bajo las aguas color café. Me hallaba en el fondo del río, entre los tentáculos verdes de las plantas submarinas: un fondo que estaba lleno de cuerpos. Los chicos que intentaban escucharme se encontraban ahora en el fondo del río y era tarea mía devolverlos a la superficie. Sabía que era mi trabajo y lo desempeñaba con una eficacia digna de un profesional. Encontraba a un chico sumergido, no muerto sino sentado en el suelo del río, lo cogía por las axilas y lo subía hacia la superficie. Era un trabajo sencillo.

Veía a otro y repetía la operación, a sabiendas de que eso significaba que el chico estaría a salvo. Viviría y respiraría sin problemas en cuanto yo lo sacara a la superficie. Pero mientras lo hacía, mi temor era que me afectara el cansancio. Había tantos por subir, y yo llevaba tanto rato bajo el agua: acabaría cansándome y perdería a algún chico. Pero mis temores eran infundados. En el sueño nunca llegaba la fatiga y no me hacía falta respirar. Me movía bajo el agua, de chico en chico, y los elevaba hacia el aire y la luz.

—Achak —susurraban, y yo tiraba de ellos hacia fuera.

—Valentino —susurraban, y yo tiraba de ellos.

—Dominic —susurraban, y yo tiraba de ellos más y más.

Tenía dieciocho años. Llevaba seis viviendo en Kakuma. Seguía residiendo en casa de Gop Chol y su familia, y durante ese tiempo debí de tener ese sueño alrededor de cien veces. El mensaje que transmitía estaba claro: yo era responsable de la siguiente hornada de chicos. Todos íbamos en el mismo río, y yo debía enseñarles. De manera que me convertí en maestro en Kakuma y, al mismo tiempo, pasé a ser Dominic.

El nombre de Valentino había quedado suplantado, al menos en los cerebros de muchos, por el de Dominic, y aunque no lo prefería el nombre se me pegó con tenacidad. Fue mi asociación con la señorita Gladys, mi maestra y a todos los efectos la mujer más deseada de Kakuma, lo que me rebautizó como Dominic, así que no tenía queja alguna. La señorita Gladys, una joven poseedora de una gracia y un encanto extraordinarios, era la profesora de teatro y luego pasó a darme también clases de historia. Fue la señorita Gladys la que me puso en contacto con Tabitha, y fue la señorita Gladys quien me llevó a las luces de Nairobi, hacia la huida posible del viento y la sequía de Kakuma. Cogido de la mano de la señorita Gladys escuché las palabras de Deborah Agok, una comadrona ambulante que estaba enterada del destino sufrido por mi familia y mi pueblo. Fue una época muy significativa para mí y para muchos otros jóvenes de Kakuma, aunque aquel mismo año, en el sur de Sudán, los dinkas que aún vivían allí sufrieron una hambruna terrible, creada por Dios con la ayuda de Jartum.

El Niño había provocado dos años de sequía y el sur necesitaba ayuda con desesperación. En Bahr al-Ghazal cientos de miles de personas se enfrentaban a la hambruna, y Bashir aprovechó la oportunidad para prohibir todos los vuelos hacia el sur de Sudán. La medida fue eficaz y el sur se vio privado de alivio, y cuando este consiguió abrirse paso fue interceptado por el ELPS y los jefes locales, que no siempre se ocupaban de realizar un reparto equitativo. Todo ello dotaba de mayor atractivo a la vida en Kakuma y la población del campamento aumentó. Pero en cuanto una persona escapaba del horror de Sudán, conseguía el reconocimiento

legítimo como residente en Kakuma y se hacía merecedora de sus servicios y protección, le quedaba poco que hacer para pasar el tiempo. Además del colegio, había clubes, producciones teatrales, programas de concienciación del VIH, marionetas... incluso amigos por correspondencia de Japón.

Los japoneses estaban interesados en Kakuma a muchos niveles, y empezaron con el proyecto de amigos por carta. Las cartas de los colegiales japoneses llegaban escritas en inglés y resultaba difícil decidir quién lo dominaba menos. Resulta discutible qué cantidad de información se transmitió realmente de Kenia a Tokio y Kioto, pero fue importante para mí y para los otros centenares de participantes. Después de un año de cartas, los niños y niñas japoneses que habían tomado parte en el proyecto llegaron un día a Kakuma, con los ojos entornados, por culpa del polvo, y las manos como visera para protegerlos del sol. Se quedaron durante tres días, visitaron nuestras aulas, presenciaron danzas tradicionales de sudaneses y somalíes, mientras yo me preguntaba si el campamento podría volverse un lugar aún más raro. Había visto a alemanes, canadienses, personas tan blancas que parecían velas. Pero los japoneses siguieron llegando y realizando donaciones: mostraban un interés especial por los más jóvenes del campo, que desde luego conformaban el sesenta por ciento de la población de Kakuma. Los japoneses construyeron el hospital de Kakuma, que podía tratar los casos que no podían esperar a ir a Lopiding. Construyeron la biblioteca y donaron miles de pelotas de baloncesto, fútbol, voleibol, y los equipos correspondientes para que los jóvenes pudieran practicar dichos deportes con cierto grado de dignidad y decoro.

La Federación Luterana Mundial era la administradora de muchos de los proyectos culturales y reclutaba monitores sudaneses y kenianos. Me uní al club de debate y exposición pública de la FLM con la esperanza de que contribuyera a mejorar mi inglés. Poco después me apunté al programa de Juventud y Cultura, lo que acabó convirtiéndose en un trabajo. En 1997 me nombraron líder juvenil de Kakuma I. Se trataba de un empleo remunerado, algo que poseían muy pocos amigos y ninguno de los niños de mi familia de Kakuma. La juventud en Kakuma comprendía a todos los que se hallaban entre los siete y los veinticuatro años, lo que en nuestra parte del campamento suponía un total de seis mil personas. Yo era el vínculo entre el ACNUR y esos chavales, y Achor Achor se sentía más impresionado por ese trabajo que por el que desempeñé como enterrador años atrás.

—Si necesitas consejo aquí estoy —me dijo.

Achor Achor acababa de conseguir unas gafas, que le conferían un aire más estudioso y más serio que antes. Todas sus palabras parecían de repente teñidas de una profunda reflexión, como si salieran de una mente preclara.

—Claro —le dije.

Como líder juvenil y coordinador de las actividades para jóvenes de Kakuma I entré en contacto con la señorita Gladys, que pronto sería conocida, y evocada por las noches, por todos los chicos de Kakuma.

Era la profesora del grupo de teatro, del cual yo era miembro y destacado director estudiantil. El primer día había doce miembros presentes, diez chicos y dos chicas, y yo actuaba de director en funciones. Los de la FLM nos informaron de que el patrocinador adulto y monitor del grupo llegaría en el segundo encuentro. El hecho de ser director en funciones hizo que lograra convencer a Maria para que asistiera. Fui a verla una tarde a la salida del colegio, dos días antes de que tuviera lugar la primera reunión. La encontré tendiendo la colada detrás del refugio de su familia adoptiva.

—Hola, Dormilón —dijo ella.

No ocultaba su mal humor. Nunca lo hacía. Cuando estaba deprimida, se le hundían los hombros y su cara adoptaba una mueca casi cómica. Llevaba semanas sin ir al colegio; el hombre que había asumido las funciones de su padre había decidido que era demasiado complicado para ella asistir al colegio y ocuparse como era debido de las tareas domésticas. Su esposa estaba embarazada, y él insistió en que Maria debía andar cerca por si ella necesitaba algo. Dijo que a medida que el bebé crecía dentro del útero de su mujer, esta necesitaría más ayuda. El colegio, concluyó, era un lujo fuera del alcance de una huérfana como ella.

Ni Maria ni yo albergábamos esperanzas de que su permanencia en el grupo de teatro se prolongara demasiado, pero la convencí de que asistiera al primer encuentro. Llegamos juntos, y con los demás miembros leímos en voz alta las primeras escenas de una obra que había escrito la señorita Gladys. Maria asumió el papel principal, una mujer maltratada por su marido, y demostró sus facultades enseguida. Me constaba que era una persona con espíritu, ya que me había salvado la vida aquella noche de estrellas desparramadas. Pero no sospechaba que tuviera madera de actriz.

Aunque Maria asistió al segundo encuentro del grupo, no recuerdo demasiado bien lo que dijo o hizo, ya que la llegada de la señorita Gladys lo eclipsó todo. En cuanto apareció yo le cedí toda la autoridad y a partir de ahí casi no abrí la boca.

La señorita Gladys era una joven keniana, de largo cuello, que solía llevar faldas largas hasta los pies que oscilaban con elegancia cuando andaba. Admitió al instante su falta de experiencia teatral, y sin embargo era una actriz en toda regla, una mujer que conocía el poder que poseían todas y cada una de sus palabras, todos y cada uno de sus gestos. En su mente, y en la realidad, se sentía observada en todo momento.

Nos enteramos de que se le daba muy bien escribir, ya que había estudiado dos años en la Universidad de East Anglia, en Inglaterra, donde había pulido el inglés que había aprendido en los mejores colegios de Nairobi.

—¿Qué acento es ese? —nos preguntamos a la salida.

—Suenan muy fino.

—Algún día será mi esposa —dijimos.

No comprendíamos que alguien tan exquisito y limpio como la señorita Gladys —¡que ni siquiera sudaba!— quisiera gastar su tiempo con refugiados como nosotros. Que disfrutara de verdad de nuestra compañía, tal y como parecía, escapaba de lleno



a nuestra comprensión. Sonreía a los chicos del grupo de un modo que solo podía describirse como coqueto y era evidente que apreciaba la atención de que era objeto. Las chicas, entretanto, pusieron todo su esfuerzo por encontrarla simpática a pesar de todo.

El objetivo del club bajo su dirección era escribir y representar obras de un acto que reflejaran problemas de Kakuma y ofrecieran soluciones alejadas de la pedantería. Si, por ejemplo, existían dudas sobre los riesgos de infección del VIH, no podíamos imprimir folletos ni montar campañas de anuncios por televisión. Teníamos que empezar por comunicarlos a través de la dramatización, y luego esperar que el mensaje resultara entretenido, y fuera aprendido, interiorizado y transmitido de persona a persona, boca a oreja.

Pero la señorita Gladys no conseguía recordar quién era quién. Entre los diez chicos había uno llamado Dominic Dut Mathiang, que era de lejos el chico más divertido de Kakuma. Al menos el sudanés más gracioso; yo no sabía cómo era el sentido del humor de los ugandeses. Muy pronto, durante la primera reunión del grupo bajo la dirección de la señorita Gladys, esta prestó atención a Dominic Mathiang y le rió todas las gracias.

—¿Cómo has dicho que te llamabas? —preguntó ella.

—Dominic.

—¡Dominic! ¡Qué nombre tan bonito!

Y así quedó sellado el destino de los diez chicos de la compañía dramática, ya que ella no fue capaz de aprenderse ningún otro nombre. Decía que no se le daban bien los nombres, y parecía verdad. Pocas veces se refería a las chicas llamándolas por su nombre y daba la impresión de que el único que le venía a la cabeza era Dominic. Conclusión: todos nos convertimos en Dominic. Al principio fue por error. Un día me llamó, despistada, con el nombre de Dominic.

—Perdona —se disculpó ella—. Pero los dos tenéis nombres italianos, ¿verdad?

—Sí —dije—. El mío es Valentino.

Se disculpó, pero al día siguiente volvió a llamarme Dominic. No me importó. No me importó nada. Estaba de acuerdo con ella en que ambos nombres se parecían mucho. De hecho estaba muy de acuerdo con todo lo que decía, aunque no siempre escuchaba las palabras que le salían de esa preciosa boca. Así que me llamó Dominic, a mí y a los demás chicos, y nosotros optamos por no corregirla. Simplemente nos llamaba igual a todos. No nos importaba, y además tampoco necesitaba usar los nombres muy a menudo. Nunca apartábamos la mirada de ella, así que solo tenía que dirigir los ojos, protegidos por pestañas de notable longitud y curvatura, a quienquiera que se dirigiera.

Los chicos hablábamos de ella a todas horas. Celebrábamos reuniones especiales, en casa del auténtico Dominic, Dominic Dut Mathiang, para discutir sus méritos.

—Sus dientes no son de verdad —comentó uno.

—Sí. He oído que se los hizo arreglar en Inglaterra.

—¿En Inglaterra? Estás chiflado. La gente no hace esas cosas en Inglaterra.

—Pero no pueden ser de verdad. Mira los nuestros y luego los suyos.

Nuestra primera obra se llamó *Matrimonio forzado*, y buscaba dramatizar y ofrecer alternativas al estilo tradicional sudanés. Mi papel era el de un anciano al que no le gustaba la idea de obligar a las chicas a que contrajeran matrimonios sin amor. En la obra, mi postura era rebatida por muchos otros ancianos, que creían que el sistema existente era el mejor. Al final ganaba la mayoría, y la chica de la obra en cuestión era entregada en matrimonio. Dejábamos a la audiencia la facultad de decidir si la pervivencia de este sistema era inaceptable.

Esta primera obra se representó docenas de veces por todo Kakuma, y como tenía momentos de humor y, sobre todo, la señorita Gladys realizaba una breve aparición —en el papel de hermana de la novia—, fue muy bien recibida y se nos instó a continuar. De manera que escribimos y representamos dramas sobre el sida y cómo prevenirlo. Escribimos una obra sobre el manejo de la ira y la resolución de conflictos. Otra versaba sobre las castas y la discriminación social en el campamento, otra sobre los efectos de la guerra sobre la infancia. Representamos una obra de un acto que propugnaba la igualdad de géneros —que los chicos y chicas de Sudán, como los de Kenia, recibieran el mismo trato— y, para nuestra constante sorpresa, el éxito nos acompañó y se opuso poca resistencia a los mensajes, al menos de manera abierta.

Pero algunos mayores no apreciaban nuestra irreverencia, y el hombre bajo cuyo techo vivía Maria era uno de los que no alentaba nuestros esfuerzos. Un día Maria no vino al ensayo, y cuando llevaba tres días sin aparecer fui a buscarla. La encontré a las puertas de su casa, al anochecer, agachada junto al fuego y cocinando asida.

—¡Ahora no! —susurró ella, y corrió hacia dentro.

Esperé unos minutos y luego me marché. No fue hasta muchos días después cuando volví a verla, junto a la bomba de agua.

—No me deja ir —dijo ella.

Al parecer, su padre adoptivo se había enfurecido al saber que Maria no estaba en casa por las tardes, ya que era a esa hora cuando las mujeres preparaban la comida e iban a por el agua que necesitarían por la noche y durante la mañana siguiente. No se esperaba que las mujeres salieran de casa después de que oscureciera, así que las horas comprendidas entre la salida del colegio y la puesta del sol resultaban vitales para el cumplimiento de sus obligaciones.

—Puedo hablar con él —me ofrecí.

Desde mi nombramiento como líder juvenil había hablado con otras familias. A menudo se me pedía que mediara cuando se producían problemas intergeneracionales. «El chico que tiene las manos limpias come con los mayores», me había enseñado Gop, y esta lección guiaba mis pasos todos los días y me servía de mucho. Intervine cuando otra chica del grupo, una actriz flacucha llamada Adyuei, anunció que sus padres le prohibían seguir asistiendo a nuestras reuniones. Ella dijo a

sus padres que yo quería hablar con ellos, y cuando estos accedieron a recibirme, me presenté a la tarde siguiente con un paquete de cuadernos y bolígrafos de regalo y me senté con ellos. Les expliqué que Adyuei era esencial para nuestro grupo y que estaba desempeñando una labor muy importante para la juventud del campamento. Como sabía que sus padres, al igual que los de Maria, dependían del incremento de su precio como esposa, apelé a sus intereses más mercenarios. Le dije a su padre que las habilidades de actriz convertirían a Adyuei en una esposa más atractiva, y que su creciente notoriedad solo redundaría en un puesto más destacado en el mercado cuando llegara la hora de casarla. Su padre se creyó todos mis argumentos a pies juntillas; se los creyó incluso más de lo que cabía esperar. No solo permitió a Adyuei que siguiera asistiendo a los ensayos, sino que a menudo la acompañaba e insistía en que se le otorgaran papeles principales y en que recibiera clases especiales de la profesora. Si había funcionado antes, me dije que también funcionaría para el hombre que llamaba hija a Maria, pero ella no quiso.

—No, no. Olvídalo. No es de esa clase de hombres —me dijo.

Dijo que no había remedio. No tenía la menor intención de desafiar a su padre adoptivo, ya que sabía que el resultado sería una paliza. Y, la verdad, dijo ella, no poder seguir actuando en el grupo era su menor preocupación. Como prueba de su franqueza y confianza en mí aquel día, junto a la bomba de agua, me contó que hacía solo tres días que había tenido su primera regla. Por mi puesto como educador de jóvenes tenía acceso a mucha información sobre higiene y salud, así que sabía lo que eso significaba para Maria. Más importante aún: sabía que en la sociedad sudanesa se la consideraba ya una mujer. En cuanto una chica sudanesa tiene su primera menstruación, se la considera apta para el matrimonio y a menudo se pide su mano en cuestión de días.

—¿Lo sabe alguien? —pregunté.

—¡Chist! —susurró ella—. Aún no.

—¿Estás segura? ¿Cómo puede no saberlo tu madre?

—No lo sabe, Dormilón. Me pregunta por ello pero no lo sabe. De todos modos, soy demasiado joven para tenerla. Ninguna de mis amigas la ha tenido ya. Y ahora cállate. No debería habértelo dicho. Olvídalo.

Y se marchó.

Aquel día Maria insistió en que no hablara con nadie de su situación; aún no había decidido cómo mantenerlo oculto ante sus padres adoptivos, pero estaba decidida a guardar el secreto durante el mayor tiempo posible. No era algo sin precedentes en Kakuma, pero desde luego no era lo habitual. La mayoría de chicas no oculta su paso a la madurez, aunque esté decidida a luchar contra la posibilidad de un matrimonio concertado. La mayoría lo acepta y algunas lo celebran. Hay algunos clanes del sur de Sudán que celebran el primer período de una chica con una fiesta a la que asiste la familia y posibles novios de los pueblos vecinos, próximos y lejanos. Es como una especie de puesta de largo que avisa a los solteros de la región de que

una niña se ha convertido en mujer. Para algunos, la elección de una esposa en ese momento es ideal, ya que su pureza queda fuera de dudas.

Si tuviera que adivinar la edad de Maria en ese momento diría que tenía catorce años. Pero en Sudán lo importante no es la edad, sino la forma y la madurez del cuerpo de una mujer. E incluso yo, que conocía a Maria desde que era niña, me había percatado de las señales de cambio. En otra vida, en una donde ella no estuviera al cuidado de un hombre malhumorado que esperaba recuperar la inversión, quizá habría intentado salir con ella. No había ninguna otra chica con la que me entendiera mejor, ninguna otra a la que considerara hasta tal punto una prolongación de mi propia alma. Pero los menores solos como yo no se consideraban compañeros viables para jóvenes como Maria. Solo servíamos para complicar los planes de quienes las tenían a su cargo: el hecho de que un joven como yo rondara a una chica como Maria suscitaba al instante dudas sobre su virginidad. Las personas como Maria y yo solo podíamos ser amigos, e incluso en ese caso, amigos que se vieran poco.

Los soldados y comandantes del ELPS se contaban entre los más numerosos a la hora de buscar novias jóvenes y deseables en Kakuma. Recorrían el campamento y confirmaban a través de rumores y de lo que veían qué joven mujer podían añadir a su familia. Los rebeldes también venían hasta Kakuma y a otros campos circundantes en busca de reclutas. Miles de soldados potenciales vivían tranquilamente en nuestro campamento, lo que causaba una gran consternación a los rebeldes, y un sinfín de discusiones por parte de los chicos de mi edad.

Los Dominics del grupo de teatro habían empezado a hablar en serio sobre la posibilidad de unirse al ELPS; muchos se sentían inútiles en Kakuma. Esto sucedía periódicamente, sobre todo cuando se daban grandes avances o grandes pérdidas en el bando rebelde. Los jóvenes que asistían al colegio o que holgazaneaban en el campo hablaban de alistarse con distintos grados de intensidad, ya fuera para colaborar en los denodados esfuerzos del ejército rebelde o para estar con ellos cuando el trabajo tocara a su fin.

Como si estuvieran al tanto de lo que pensaban los hombres de mi edad, una falange de soldados y comandantes llegó un día a Kakuma, en busca de tantos jóvenes como pudieran llevarse a la guerra. Desde un punto de vista oficial no existía presencia del ELPS en el campo, pero ex comandantes y comandantes se movían por sus inmediaciones sin problemas. Llegaron con suficientes camiones como para trasladar a cientos de jóvenes, si conseguían convencerlos de que abandonaran el campo y regresaran al sur de Sudán para combatir.

Se convocó una reunión a las diez de la noche en un edificio hecho a base de barro y calamina. Había cinco oficiales del ELPS sentados a la mesa, y ante ellos, doscientos jóvenes que habían recibido peticiones y coacciones para que asistieran a dicha reunión informativa. El ELPS gozaba de muy mala fama entre muchos jóvenes

y eran muchos los que veían su presencia con escepticismo. Había quienes se sentían traicionados porque aunque el ELPS había reclutado a muchos soldados del norte de Bahr alGhazal, habían hecho poco para proteger la zona de posteriores ataques. Otros desaprobaban su utilización de niños soldados, mientras que algunos estaban simplemente insatisfechos por lo mucho que les costaba ganar esa guerra contra el gobierno de Sudán. De manera que Achor Achor y yo, y todos los conocidos de nuestra edad, fuimos a la reunión aquella noche, en parte por curiosidad ante lo que tenían que decirnos, a ver qué estrategia usaban para intentar convencernos de que tomáramos las armas y abandonáramos la relativa seguridad del campo. La sala estaba llena, y aunque Achor Achor encontró un asiento libre en primera fila yo tuve que conformarme con sentarme junto a la ventana. Lo cierto es que la sala estaba rebosante de gente, pero muchos optaron por mantenerse lo más lejos posible. Durante muchos años el ELPS había dictado sentencias de muerte contra los desertores, y no cabía duda de que en Kakuma vivía un gran número de ellos.

El comandante al mando aquella noche, un hombre rechoncho y mandón llamado Santo Ayang, entró, se sentó a la mesa azul frente a nosotros y empezó su charla por este punto en concreto.

—Si aquí dentro hay chicos que abandonaron el ejército, que no se preocupen —dijo él—. Las leyes sobre desertión son distintas ahora. Se os dará la bienvenida al ejército sin castigo alguno. Decídselo a vuestros amigos, por favor.

Esto suscitó un murmullo de aprobación entre los asistentes.

—Estamos en un nuevo ELPS, un ELPS unido —dijo el comandante Santo—. Y estamos ganando. Vosotros sabéis que estamos ganando. Hemos ganado en Yambio, Kaya, Nimule y Rumbek. Ahora controlamos las ciudades más importantes del sur de Sudán y solo nos hace falta terminar el trabajo. Vosotros elegís, chicos... Bueno, ya no sois chicos. Muchos sois ya hombres, hombres fuertes que habéis recibido una educación. Y ahora podéis elegir. ¿Cuántos deseáis quedaros en Kakuma durante el resto de vuestras vidas?

Nadie levantó la mano.

—Muy bien. ¿Cuántos creéis que saldréis de este lugar?

Nadie dijo palabra.

—Supongo que esperáis volver a casa cuando se haya ganado la guerra. Pero ¿cómo va a ganarse? ¿Quién la ganará? ¿Quién combate en esta guerra? Os lo pregunto a vosotros. Estáis en Kakuma, os dan de comer, compráis zapatos caros...

En ese momento señaló a un chico que estaba de pie sobre una de las sillas del rincón. Llevaba unas zapatillas nuevas, de piel inmaculada, blanca como el hueso.

—Esperáis aquí, sanos y salvos, a que terminemos el trabajo. Luego volveréis y os beneficiaréis de la sangre que hemos derramado. De vuestro silencio deduzco que ese es vuestro plan. No puedo negar que es un plan sagaz, pero ¿acaso creéis que el ejército está compuesto por mujeres y conejos? ¿Quién combate en esta guerra? Son los hombres los que luchan. No me importa si aquí os llaman Niños Perdidos. Ya sois

hombres y tenéis la obligación de luchar. Si no combatís, la guerra está perdida, el sur de Sudán está perdido, y tendréis que criar a vuestros hijos en Kakuma, y ellos a los suyos.

Un joven llamado Mayuen Fire se levantó de un salto.

—¡Contad conmigo!

El comandante sonrió.

—¿Estás listo?

—Estoy listo —gritó Mayuen Fire.

Todos reímos.

—¡Silencio! —ordenó el comandante. La sala se quedó en silencio en parte porque el comandante así lo había exigido y en parte porque nos dimos cuenta de que Mayuen Fire hablaba en serio. El comandante prosiguió—: Al menos en todo este grupo hay un hombre. Me alegro de saberlo. Nos marcharemos dentro de tres días. El jueves por la noche los camiones saldrán por la puerta oeste. Te veré allí. Trae tu ropa y el resto de tus pertenencias.

El nuevo recluta estaba tan nervioso que no sabía qué hacer, así que optó por salir del edificio. Fue raro: la sala estaba tan abarrotada que tardó unos minutos en abrirse camino y cruzar la puerta. Luego, al caer en la cuenta de que podía perderse información importante, volvió y siguió observando la reunión desde la ventana.

—Bien —dijo el comandante Santo—. Esta noche tenemos a un invitado especial.

Un hombre que estaba sentado detrás del comandante dio entonces un paso adelante; en las manos llevaba un cayado. Era un anciano robusto, de pelo canoso y sin dientes, con el mentón débil y los ojos muy pequeños. Llevaba una americana negra y pantalones de pijama azul claro, y en su pequeña y arrugada cabeza, un sombrero de camuflaje. El comandante Santo le dio la mano y nos los presentó.

—El hombre que tenéis ante vosotros, un jefe de Nuba, os explicará lo despreciables que son los métodos de Bashir y de su ejército. Tal vez logre convencer al resto para que sigáis el ejemplo del joven que ya se ha alistado. Kuku Kori Kuku era un hombre poderoso y respetado. Pero cometió un error: confió en el gobierno de Jartum. Está aquí para relatarnos cuál ha sido el resultado de ese acto de confianza.

—Gracias, comandante Santo.

—Cuénteles la traición que sufrió.

—Con su permiso, comandante, así lo haré.

—Cuénteles la decepción y el asesinato que presencié.

El jefe abrió la boca para hablar, pero no pudo. Aún no.

—Cuando esté preparado, hable, jefe. Tómese su tiempo —añadió Santo.

El jefe optó por esperar, con las manos apoyadas en el cayado y los ojos cerrados. Cuando se convenció de que el comandante Santo no volvería a interrumpirle abrió los ojos y empezó.

—Chicos, yo era el jefe de un pueblo llamado Jebel Otoro. Como sabéis, en Nuba fuimos víctimas de repetidos ataques del gobierno y los Murahaleenes. En uno de

ellos perdí a mi hijo; murió quemado en casa mientras yo viajaba a otro pueblo para mediar en una disputa. Y como también sabéis, miles de personas de Nuba han sido enviadas a los «pueblos de paz», los campos de internamiento de los que habéis oído hablar.

En este momento me percaté de la cara de Achor Achor, que estaba sentado en las primeras filas. Observar su cara se volvió más interesante que ver cómo las palabras salían de la boca de Kuku Kori Kuku. Achor Achor escuchaba fascinado desde la primera frase.

—De este modo el gobierno puede tenernos vigilados y asegurarse de que no vamos a presentar batalla. Estos campos han atraídos a muchos de los nuestros que no quieren participar en el conflicto. Allí se hallan bajo el control de los guardias y se les alimenta mal. En estos pueblos de paz las mujeres sufren secuestros y violaciones. El gobierno ha dejado claro que si el pueblo de Nuba no se aviene a vivir en los pueblos de paz, eso significa que se ponen de parte del ELPS y, por tanto, se convierten en enemigos. Como vosotros, el pueblo de Nuba llevaba años sufriendo, y anhelaba el modo de terminar con esto.

Achor Achor se relamió los labios, como si saboreara el aire antes de que el anciano pasara al siguiente fragmento de la historia.

—Así pues nos alegramos mucho cuando el gobierno nos pidió una reunión. Se decía que Bashir en persona había solicitado un encuentro con todos los jefes de Nuba. Y debo admitir que eso afectó a nuestro orgullo: estábamos impresionados. Nos llamaron desde Jartum y acudimos voluntariamente, como corderos. Confiamos cuando no deberíamos haberlo hecho. ¿Aprenderemos alguna vez una lección de esta guerra, de la historia de este país? ¡Confiamos! Como hicieron nuestros abuelos y los abuelos de estos, y mirad a qué nos ha llevado.

El jefe iba alzando la voz y, al hacerlo, esta temblaba y se perdía. Recordé la historia de los jefes que habían accedido a la unión del sur de Sudán con el norte, un error que muchos habían lamentado después.

—Así pues, orgullosos, acudimos a la reunión. Los sesenta y ocho jefes de Nuba llegamos al encuentro en el día señalado. Muchos tuvieron que recorrer una gran distancia para llegar hasta allí, y algunos lo hicieron a pie. Cuando llegamos nos percatamos de que no nos habían convocado para entrevistarnos con los mandatarios de Jartum. Era una trampa. Todos nosotros, los jefes de docenas de pueblos, fuimos apiñados en camiones y llevados a una nueva cárcel, en lo que había sido un antiguo hospital; yo había estado en él cuando era joven. Nos tuvieron dos días encerrados en dos pequeños cuartos, con poca agua y poca comida. Exigimos que nos liberaran. Pensamos que tal vez esa acción se debiera a un grupo de soldados insurrectos. Supusimos que el gobierno, que había convocado la conferencia, se sentiría furioso al enterarse e intervendría enseguida en nuestro nombre. Pero no todos los jefes se mostraban tan optimistas.

Miré a mi alrededor, y las caras de los chicos que había en la sala parecían adivinar ya el destino de los jefes encerrados. También se les veía listos para el combate. La cara de Achor Achor se había contraído hasta adoptar una mueca horrible.

—Intentamos hablar con los guardias, explicarles que éramos jefes tribales que no habíamos cometido delito alguno. Sois enemigos del gobierno y eso ya es bastante crimen, nos dijo uno. Fue entonces cuando comprendimos que estábamos en peligro. Pero creímos que lo máximo que nos harían sería internarnos en una especie de campo de paz solo para jefes: quizá más estricto, quizá simplemente un lugar donde tenernos separados de nuestra gente. Cabía esperar que nos tuvieran allí durante años, hasta el final de la guerra incluso. Pero el gobierno tenía otros planes. En las primeras horas de aquella noche nos levantaron y nos sacaron del antiguo hospital. Nos hicieron subir a camiones militares; al subir en ellos el miedo se apoderó de nosotros. Nos habían atado las manos a la espalda y nos sentíamos indefensos. En el camión tratamos de ayudarnos, de desatarnos unos a otros. Pero el camión subía por una escarpada montaña y todo estaba muy oscuro. No veíamos nada y los vaivenes de aquel camino empinado nos arrojaban unos contra otros. Tened en cuenta que la mayoría de aquellos jefes éramos ancianos y no muy fuertes. Así que esa era la situación: éramos los líderes de Nuba y no podíamos hacer nada. Fue humillante.

Achor Achor negaba despacio con la cabeza, los ojos anegados en lágrimas.

—Los camiones se pararon. ¡Salid!, nos gritó el oficial al mando. Fuimos bajando uno a uno y los soldados no tardaron en perder la paciencia. Sacaron a los últimos a empujones y uno de ellos, un hombre muy anciano, cayó de bruces sobre la carretera porque tenía las manos atadas. Cuando nos tuvieron a todos fuera, nos hicieron andar. Había una brillante luna creciente. Vimos las caras de los soldados, y entre ellas la de un dinka. Recuerdo haberle mirado durante mucho rato, intentando discernir qué le había pasado. Supuse que se había convertido al islam, y que le habían convencido de que éramos los enemigos de su país y de su fe. Sin embargo, me pareció que desviaba la mirada, como si no quisiera vernos. Pensé que tal vez se sintiera avergonzado. Aunque todo eso podrían ser imaginaciones mías. Yo quería que estuviera avergonzado, pero quizá estuviera tan entregado a la tarea como el resto de los soldados.

Achor Achor era la viva imagen de la ira contenida.

—Nos llevaron hasta un promontorio y nos pusieron en fila. Había veinte soldados armados con rifles automáticos. Un jefe intentó huir montaña abajo y fue abatido de un disparo al instante. En ese momento los soldados abrieron fuego. Dispararon contra todos y cada uno de los jefes, a poder ser en la nuca. Unos cuantos intentaron resistirse a patadas y recibieron disparos en el pecho, la cara y en cualquier otra parte del cuerpo. Fue lo peor que había presenciado en mi vida: ver a esos hombres luchando por sus vidas, pataleando y saltando con las manos atadas. No era forma de morir. Era un horror.



—¿Duraron mucho tiempo las ejecuciones? —preguntó el comandante.

—No, no. Todo acabó enseguida. En unos minutos.

—Pero a usted no le dispararon. ¿Por qué no?

El jefe emitió un bufido.

—¡Claro que me dispararon! ¡Me dispararon como a todos los demás! ¡Era un jefe, y por tanto debía morir! Me dispararon en la nuca, sí, pero la bala me atravesó y salió por la mandíbula.

Algunos chicos de la sala no se lo creyeron; el jefe se dio cuenta.

—¿No me creéis? Mirad.

Nos mostró una cicatriz dentada que le cruzaba la mandíbula.

—Por aquí salió la bala. Y aquí la tenéis.

Del bolsillo sacó un objeto redondo y oxidado, que no parecía haber penetrado por el cráneo de un hombre.

—No me hizo daño. Creí que estaba muerto, así que apenas noté el dolor. Me quedé tendido en el suelo, extrañado por las cosas que veía y pensaba. Aunque estaba muerto, podía ver. Veía el cadáver de otro hombre, otro jefe, y oía las pisadas de las botas de los soldados. Oí cómo el camión volvía a arrancar. Y mientras tanto no dejaba de preguntarme por qué oía todo eso. No esperaba ver y oír así una vez muerto.

»Luego me dije que tal vez no hubiera muerto. Que debía de estar agonizando. Así que me quedé allí, tumbado, esperando a que llegara la muerte. Pensé en mi familia, en la gente de mi pueblo. Aquí yacía su jefe, junto con otros sesenta y siete hombres, todos muertos. Un puñado de idiotas confiados. Pensé en lo vergonzoso que era esto: en todos estos jefes asesinados en un solo lugar a manos de esos jóvenes soldados del gobierno que lo ignoraban todo de la vida. Maldije nuestra estupidez. Habíamos sido tan ingenuos y tontos como nuestros antepasados cincuenta años atrás. Pensé que ese sería nuestro final. Si matar a los jefes era tan fácil, matar a los niños lo sería más aún.

»Hasta más tarde no me di cuenta de que seguía vivo. Amaneció, y yo aún veía y pensaba, y eso me hizo creer que tal vez no hubiera muerto. Intenté mover los brazos. Para mi sorpresa, reaccionaron. Se me ocurrió que tal vez los soldados pensaban volver para enterrarnos, para ocultar la evidencia de la masacre, así que me incorporé y me marché. Me limité a volver andando a mi pueblo. Tardé tres días y en el camino me crucé con poca gente. Cuando llegué al primer pueblo el segundo jefe me recibió y me saludó con gran entusiasmo. Quería saber cómo había ido la reunión. Tuve que decirle que no había ido bien.

»Él y su gente cuidaron de mí y me llevaron a un hospital cercano, donde me cosieron el agujero de la cara. Una semana después reemprendí el camino de vuelta a mi pueblo, acompañado por el jefe. Allí, donde ya estaban enterados de lo sucedido, no estaba a salvo, así que permanecí escondido durante una semana hasta que pude

escapar. Por fin encontré a otros viajeros que se dirigían a Kakuma. Se decidió que este era el único lugar seguro para mí.

»Chicos, no podemos seguir unidos al norte, a Jartum. No podemos confiar en ellos. No habrá paz hasta que el sur sea independiente, hasta que nazca un nuevo Sudán. No podemos olvidarlo. Para ellos somos esclavos, y aunque no trabajemos en sus casas o en sus granjas, siempre nos considerarán inferiores. Pensad en ello: el objetivo último de su plan es convertir el país entero en un estado islámico. Pretenden convertirnos a todos. Ya lo están consiguiendo poco a poco. Tres cuartas partes de este país ya han abrazado la fe musulmana. Así que recordad: la única forma en que podemos existir como pueblo es logrando la independencia. Someterán a los que puedan y matarán al resto. No podemos seguir unidos a ellos, ni confiar en ellos. Nunca más. ¿Me lo prometéis?

Asentimos.

—¡Entonces luchad contra esos monstruos! —gritó—. Os lo ruego.

Doce chicos más se alistaron en las filas del ELPS aquella misma noche. Diez de ellos partieron el jueves, junto con catorce más que no habían asistido a la reunión: en su mayoría hijos, hermanos, primos y sobrinos de comandantes del ELPS. No puedo decir que no me tomara en serio la posibilidad de unirme al ELPS en ese momento. Mis obligaciones en el campo me tenían muy ocupado, y estaba el grupo de teatro y la señorita Gladys. Pero Achor Achor se pasó dos días acosado por las dudas y acudía a mí por las noches para que le ayudara a decidir.

—Creo que debo ir. ¿No? —me preguntaba.

—No lo sé. No sé si eso cambiará algo.

—Crees que no podemos ganar la guerra.

—No lo sé. Ha durado tantos años... No sé si nadie se daría cuenta de que se ha ganado la guerra. ¿Cómo íbamos a saberlo?

—Si lográramos la independencia.

—¿De verdad crees que eso pasará?

Dedicamos un momento de reflexión a esa idea.

—Creo que debo ir —dijo él—. Soy yo quien debería combatir en esta guerra. Soy de Aweil. Si no vuelvo para luchar, ¿quién lo hará?

—No te destinarán a Aweil.

—Entonces conseguiré mi propio rifle y volveré a Aweil.

—No encontrarás a nadie allí. Ya no hay nadie en Aweil.

—El comandante Santo dijo que ahora el ELPS es distinto.

—Quizá lo sea. Quizá no. Pero mírate: no has luchado en toda tu vida; llevas gafas. ¿Cómo vas a disparar si se te rompen?

No creía que este argumento funcionara pero lo hizo. Le convenció al instante y ese fue el final de la carrera militar de Achor Achor. Estoy bastante seguro de que en

el fondo buscaba una buena razón que le impidiera unirse a los rebeldes, algo que alegar si alguien se lo preguntaba algún día. Nunca volvió a mencionar el ELPS.

No quiero mostrarme indecoroso, pero me parece importante destacar que en esa época estábamos en plena pubertad, y que algunos de los chicos más jóvenes de la clase notaban los efectos del cambio hormonal y empezaban a tomar más conciencia de la existencia del sexo opuesto. Por eso lo que hizo a continuación la señorita Gladys sirvió para agitar nuestros jóvenes cuerpos en un momento en que ya estaban en constante tumulto. Acababan de salirme los primeros pelos, bajo la ropa interior y en los sobacos. Yo iba más retrasado que otros chicos, pero nos decían que todos presentábamos un desarrollo tardío, debido al trauma que habíamos soportado y a nuestro prolongado estado de desnutrición. Pero en aquella coyuntura de nuestro desarrollo, la señorita Gladys supuso un gran impacto en nuestras vidas. Con su sexualidad franca y llena de aplomo, era el detonante perpetuo de cualquier llama que ardiera en nuestro interior. Nos bastaba verla dos veces por semana con el grupo de teatro, pero cuando se hizo cargo de la clase de historia llevó las cosas demasiado lejos.

—¡Ah, Dominic! Me alegro de verte —dijo.

Esto sucedía un semestre después de su incorporación al Grupo de Teatro Napata. Nadie nos había informado de que habría una nueva profesora de historia. El profesor anterior, un keniano llamado George, parecía capacitado y permanente.

—¿Va a dar esta clase? —pregunté.

—No parece muy contento de verme —dijo ella, con un mohín dramático.

No supe qué decir. Su presencia en el grupo de teatro era soportable, dado que podía ocultar los nervios y la debilidad de estómago bajo el disfraz de la actuación. Pero al tenerla de profesora de historia supe al instante que sería incapaz de concentrarme y que mi rendimiento caería en picado. Los problemas inherentes a su presencia se vieron duplicados por un nuevo rasgo de su personalidad: había algo en la historia que hacía aflorar su lado más provocativo, y que en definitiva destruyó a los cincuenta y ocho alumnos que se sentaban en el suelo frente a ella.

No es que abordara el tema del sexo de forma directa, pero siempre parecía encontrar la manera de incluir en sus clases los hábitos sexuales de las personas de quienes hablaba, viniera o no al caso.

—Genghis Khan fue un dictador implacable —decía por ejemplo—. Trataba a sus enemigos con extrema crueldad, pero era un gran amante de las mujeres. Se decía que era insaciable. Se rumorea que dejó embarazadas a doscientas mujeres y que a menudo visitaba a tres o más mujeres en una sola noche. También se sabe que solía llevarse a la cama ciertos juguetes con los que...

El primer día un chico se desmayó. El discurso sobre los apetitos sexuales de alguien, y especialmente que dicho discurso saliera de labios de una diosa llamada

Gladys, nos pilló por sorpresa. ¿Por qué lo hacía? Nos controlaba a todos, a los cincuenta y ocho, nos poseía de forma completa y a veces sin el menor atisbo de piedad. La discusión sobre las costumbres sexuales de Genghis Khan y similares se prolongó durante todo el período y nos dejó agotados.

La expresión de anhelo y perplejidad de nuestras caras causaba un efecto en ella: un efecto alentador, hasta el punto de que se las apañaba para abrir un paréntesis en la lección para incluir algún detalle sexual, algo que sucedía todos los días, y lo adornaba con todo lujo de detalles. El chico que se desmayó traía consigo pedazos de papel para taparse los oídos cuando ella empezaba a divagar sobre el tema, ya que sus padres estaban en el campamento y él estaba seguro de que si volvía a casa con esa información metida en la cabeza ellos lo sabrían.

Las chicas de clase tendían a mostrarse fastidiadas por las historias de la señorita Gladys y la obsesión de los chicos por ella. Pero había una, más pequeña que las demás, a quien la señorita Gladys parecía caerle bien y que se reía de sus chistes incluso cuando el resto no los reconocíamos como tales. Esta niña era Tabitha Duany Aker. Yo no la había visto desde el último semestre, antes del verano, cuando asistimos juntos a la clase de economía doméstica, pero me alegré de volver a verla, sobre todo al comprobar que era la única que se rió cuando la señorita Gladys contó el chiste de Idi Amin en la sauna. El chiste fue recibido con un silencio sepulcral, solo interrumpido por una fuerte carcajada procedente de la fila lateral. Tabitha se tapó la boca y brindó a la señorita Gladys una mirada de franca admiración; a partir de ese día me interesé por ella e hice todo cuanto estaba en mi mano para verla a la salida de clase, aprovechando cualquier excusa. En muchos aspectos me recordaba a Maria —en su ingenio, su elocuencia y su cara ovalada—, pero era más femenina que Maria. Poseía una feminidad salvaje que creo que fue domando y controlando a través de la atenta observación de los gestos de la señorita Gladys.

Entretanto, los demás chicos, los que acababan de conocer a la nueva profesora de historia, dedicaban una gran cantidad del tiempo que pasaban a solas a pensar en ella y en sus variadas lecciones. La señorita Gladys se convirtió en la maestra más famosa y perseguida de Kakuma, y con ella creció la fama de los Dominics. Había cuatro Dominics en la clase de historia, y como ella parecía conocernos, el resto de los chicos nos lanzaban miradas asesinas, ya que resultaba obvio que teníamos acceso directo a su corazón. Siempre que se mencionaba el nombre de la señorita Gladys, se destacaba a sus preferidos: los cuatro Dominics del grupo de teatro. Nuestros auténticos nombres quedaron suplantados por el de Dominic. Cuando nos veía por el campo, la gente decía: «Allá van los Dominics». Y el número de chicos que sintió un súbito interés por actuar —y por estudiar historia en nuestra clase, sin que importara en qué zona del campo vivieran— crecía sin parar. La señorita Gladys les negó el acceso porque no nos hacían falta más chicos.

Ya éramos demasiados varones, y la escasez de chicas —solo dos— provocaba el problema de que la mayoría de papeles femeninos de nuestras obras tuvieran que ser

representados por chicos. En particular, uno de los cuatro Dominics, cuyo nombre auténtico era Anthony Chuut Guot, asumía los papeles femeninos. No le importaba enfundarse en un vestido o en cualquier otra prenda femenina, ni hablar y moverse como una mujer. Ese valor le granjeó el apodo de Madame Zero, en honor a un personaje de un cómic de espías que se travestía. Al principio el apodo le gustó, pero cuando dicho nombre se popularizó fuera del grupo de Dominics empezó a molestarle. Eso contribuyó a la insistencia, por su parte y por parte de la señorita Gladys, de que buscáramos la forma de incorporar al menos a otra chica en el club.

Y entonces, una tarde gloriosa, Tabitha se unió al Grupo de Teatro Napata.

Tabitha era amiga de Abuk, la primogénita de Gop, así que había tenido ocasión de observarla fuera de las clases de economía doméstica e historia y sabía varias cosas de ella. En principio sabía que la habían autorizado a unirse al grupo porque su madre había sido actriz, y era una mujer educada que quería que Tabitha aprovechara todas las oportunidades que brindaba el campo. También sabía que su cara era de una perfección perturbadora. Cuando conocí a Maria albergué sentimientos hacia ella, pero mirarla, hablar con ella, nunca supuso un desafío para mí. Era más una hermana que otra cosa, y cuando la tenía delante sentía que era una joven como yo, que ambos éramos refugiados, que nada de ella me intimidaba en modo alguno.

Pero Tabitha no era así. No era yo el único en darme cuenta de que su cara poseía una simetría inaudita. Tenía una piel perfecta y sus pestañas alcanzaban una longitud que superaba cualquier comparación. Todo esto ya lo sabía de lejos, y tras observarla más de cerca me percaté de que al andar su paso era lento y deliberado, sin que ninguna parte de su cuerpo diera la sensación de realizar el menor esfuerzo. Desde cierta distancia parecía flotar: su cabeza no oscilaba, el movimiento de sus piernas pasaba casi desapercibido bajo sus faldas. Sabía esto, y sabía que tenía la costumbre de tocar el antebrazo de sus amigas mientras hablaban. Era un gesto que repetía con frecuencia, y cuando se reía se cogía de ese antebrazo y le daba dos palmadas suaves.

Sabía todo esto, y sabía que durante cierto tiempo me mostré hosco y torpe en su presencia. Yo le llevaba al menos unos años, y era mucho más alto que ella, y sin embargo a su lado me sentía como un crío, un crío que debería estar jugando con muñecas a la sombra de su falda. Me asaltaban sucesivos deseos de estar cerca de ella, de tenerla siempre a la vista, y, un segundo después, de vivir en un mundo donde ella no existiera. Parecía la única forma en que podría recuperar la concentración.

Las primeras veces que asistió a las reuniones del grupo de teatro, Tabitha, como todo el mundo, quedó fascinada por los chistes del divertido Dominic. Se reía de todo lo que él decía, apoyaba la mano en su antebrazo a todas horas, e incluso lo pellizcó en una o dos ocasiones. A pesar de que me constaba que el afecto de Dominic iba por otro camino, me resultaba difícil contemplarlo. Estaba seguro de que si la veía de la mano de otro hombre nunca me recuperaría. Mi único alivio era saber que la vería

todas las semanas, a puerta cerrada, mientras escribía y producía nuestras obras, aunque ni me hablara ni me mirara. Hasta el momento no había hecho ninguna de las dos cosas.

El grupo de teatro iba viento en popa, en parte gracias a los esfuerzos de Tabitha, los Dominics y nuestra libidinosa profesora, pero también debido a los generosos fondos que empezamos a disfrutar. El programa de Juventud y Cultura empezó a recibir ayuda directa de una organización llamada Proyecto Wakachiai, una ONG japonesa. Su objetivo era instruir a la juventud de Kakuma en deportes, teatro, primeros auxilios y manejo de catástrofes, pero también hallaron el modo de organizar una banda de refugiados proporcionándoles ropa e instrumentos, amén de un profesor a media jornada especializado en instrumentos de viento. Al inicio del proyecto enviaron a uno de los miembros de la ONG a Kakuma, un joven de veinticuatro años llamado Noriyaki Takamura, que se convertiría en uno de los hombres más importantes de mi vida y del que aprendería cómo intentar amar a distancia a alguien que era muy frágil.

Poco después de la implantación del proyecto fui escogido como mano derecha de Noriyaki. Yo llevaba dos años trabajando en el proyecto de Juventud y Cultura y era muy conocido tanto entre los jóvenes sudaneses como entre los cooperantes de las ONG. De entrada, el hecho de ocupar ese puesto no parecía algo controvertido, pero el nombramiento no sentó muy bien entre los kenianos que, es de suponer, querían apropiarse de todos los empleos. No me importó: acepté el trabajo con entusiasmo, ya que me reportaba un sueldo mayor e incluso un despacho. ¡Un sudanés trabajando en un despacho! Nos cedieron una pequeña oficina del edificio de Naciones Unidas, en el que disponíamos de un teléfono satélite y de dos ordenadores, uno que Noriyaki había traído consigo y otro que pidió para mí. Lo hizo el primer día en que trabajamos juntos.

—Bien, pues ya estamos aquí, Dominic —me dijo.

Como ya os he dicho, todos habíamos sido rebautizados como Dominic.

—Sí, señor.

—No me llames señor. Soy Noriyaki.

—Sí. Lo siento.

—¿Estás nervioso?

—Sí, señor.

—Noriyaki.

—Sí. Ya lo sé.

—Vamos a necesitar un ordenador para ti. ¿Sabes usarlos?

—He visto a la gente trabajando con ellos.

—¿Sabes escribir a máquina?

—Sí —mentí, aunque no sé por qué.

—¿Con qué aprendiste? ¿Con una máquina de escribir?

—No. Lo siento. Le había entendido mal. No sé escribir a máquina.

—¿No sabes?

—No, señor.

Noriyaki exhaló aire como para vaciar tres pulmones.

—Pero aprenderé.

—Tenemos que conseguirte un ordenador.

Noriyaki se puso a hacer llamadas. Una hora más tarde había hablado con la oficina del proyecto de Nairobi y había pedido un ordenador portátil para mí. No creí que el mundo de la informática llegara a Kakuma, y menos a mis manos, pero aprecié el gesto de Noriyaki.

—Gracias —dije.

—No hay de qué —dijo él.

Y aquel día hicimos poco más aparte de charlar sobre la novia que había dejado en su país, de la cual tenía una foto en su mesa. Noriyaki acababa de desenvolver la foto: en ella la chica iba vestida con una camiseta y un pantalón corto de color blanco y sostenía una raqueta de tenis entre las manos. Lucía una sonrisa pequeña y valerosa, como si quisiera tragarse las lágrimas que poco antes le habían empañado los ojos.

—Se llama Wakana —dijo él.

—Parece una chica muy guapa.

—Estamos prometidos.

—Oh, bien —dije. En uno de los textos de la clase de inglés había aprendido que no es de buena educación decir «felicidades» en ese contexto.

—Aún no es oficial —prosiguió él.

—Ah. ¿Piensan fugarse?

—No, celebraremos una boda de verdad. Pero debo declararme en persona.

Yo no estaba muy al tanto de cómo iban las cosas en Japón y tenía solo una ligera idea sobre las costumbres matrimoniales en el mundo occidental.

—¿Cuándo lo hará? —pregunté.

No estaba seguro de cuántas preguntas podía formular sobre el tema, pero Noriyaki no parecía ofenderse por nada.

—Supongo que cuando vuelva a casa. Ella no puede venir a verme aquí.

Nos sentamos frente a la foto durante un instante, contemplando la triste sonrisa de la chica.

Eché de menos a Noriyaki desde ese primer día. No se me había ocurrido la idea de que algún día se marcharía de Kakuma, aunque sabía que los únicos que se quedaban en Kakuma eran los kenianos, e incluso ellos se iban después de unos cuantos años. Noriyaki se convirtió en un buen amigo desde ese día, pero no solo para mí: todos querían a Noriyaki. Era bastante más bajo que cualquier otro sudanés, pero a la vez

era atlético, muy rápido y se le daba bien cualquier deporte de los que se practicaban en Kakuma. Jugaba al fútbol, voleibol, baloncesto. Daba la impresión de que cada semana reemplazaba la canasta de baloncesto; parecía disponer de un sinfín de redes de nailon. Y como seguía reemplazándolas todos llegamos a la evidente conclusión de que las redes desaparecían para ser vendidas en la ciudad de Kakuma, a sabiendas de que siempre habría un repuesto rápido gracias al fuerte japonés cuyo nombre sabía todo el mundo, aunque no siempre pudieran pronunciarlo.

—¡Noyaki!

—¡Noki!

Noriyaki se relacionó desde el principio con los sudaneses: andaba por los caminos, se interesaba por nuestras necesidades. Comía con los refugiados, se movía entre ellos. Cuando iba al volante de su coche solía parar y recoger a quien se lo pidiera. Acababa llevando a todos los que se dirigían hacia allí, hasta llenar el camión de sonrientes pasajeros que querían a Noriyaki... o como se llamara.

—¡Nakayaki!

—¡Norakaka!

Nada de eso preocupaba a Noriyaki, que se movía por Kakuma con una sonrisa tímida, alegre por estar realizando un trabajo importante y, es de suponer, también porque sabía que en Kioto le esperaba una chica preciosa.

Una semana después de que llegara Noriyaki y pidiera el ordenador para mí, sucedió algo interesante: llegó el ordenador. Aquel día llegó un avión procedente de Nairobi, cuya carga principal eran suministros médicos de emergencia, pero que también contenía una caja, de esquinas perfectamente cuadradas, en la que viajaba el portátil que se había pedido para mí.

En Kakuma era raro encontrar una caja tan bien hecha, de esquinas tan afiladas, pero ahí estaba, en el suelo de la oficina: Noriyaki me sonrió y yo hice lo mismo. Siempre sonreía delante de Noriyaki; era casi imposible no hacerlo.

La llegada de la caja nos pilló allí, almorzando, y cuando Noriyaki la abrió, porque yo tenía miedo de estropearla, me dieron ganas de abrazarle o, en su defecto, de estrecharle la mano, cosa que hice con gran entusiasmo.

Noriyaki abrió dos Fantas de naranja y brindamos por el nuevo ordenador. Brindar con Fanta se convirtió en una tradición entre nosotros, y ese día nos bebimos las Fantas despacio, con la vista puesta en la caja y en su extraordinario contenido, envuelto en plástico y encajado en una especie de espuma blanca. El valor del portátil era quizá diez veces mayor que el de todas mis pertenencias y las de mis hermanos de Kakuma juntas. Que alguien me confiara algo así me llenó de un sentimiento de eficacia que no tenía desde que a los seis años mi padre me dejó coger su escopeta china. Volví a darle las gracias a Noriyaki y luego fingí que sabía usar el ordenador.

—Llévatelo a casa y practica —dijo por fin Noriyaki.



—¿Que me lo lleve adónde?

—A casa, para practicar.

Desde la llegada del portátil, Noriyaki se había dado cuenta de que yo no tenía ni idea de cómo funcionaba. Dedicaba una hora al día a ponerlo en marcha. Y cuando lo lograba, escribir con él me llevaba una cantidad enorme de tiempo, mi trabajo se complicaba más aún debido al sudor nervioso que me empapaba frente, brazos y dedos, y también las teclas del portátil. Eso hacía que cualquier clase de aprendizaje, y aún más de trabajo, fuera imposible.

—Tendrás que asistir a clases de informática —dijo él.

—¿Dónde?

—En Nairobi. Lo incluiremos en el presupuesto.

Noriyaki era un mago. ¡Nairobi! ¡Incluido en el presupuesto! No entendía por qué Noriyaki había decidido viajar a Kakuma, ni por qué se quedaba, sobre todo teniendo una familia y una novia en Japón. Durante mucho tiempo intenté averiguar cuál era su problema, qué le había impedido encontrar un empleo de verdad en su país. ¿Qué podía haberle llevado a emprender un viaje tan largo para ocupar un puesto tan mal pagado y difícil como el que desempeñaba aquí? Pero me constaba que Noriyaki lo hacía todo bien, así que no era lógico que se hubiera visto obligado a aceptar un empleo en un campo de refugiados. Era muy hábil con los ordenadores, tenía don de gentes y mantenía excelentes relaciones con kenianos, europeos, británicos y americanos, sin contar con los sudaneses que le adoraban sin fisuras. No poseía deformidades físicas discernibles a primera vista. Una noche, durante la cena, abordamos el tema con Gop y su familia. Yo me había llevado el portátil a casa y Gop había insistido en mantenerlo a la vista mientras cenábamos. Lo cierto es que era un objeto de lo más raro en ese entorno: como un lingote de oro apoyado en una montaña de estiércol.

—Podría tratarse de un delincuente japonés —sugirió Ayen.

—Japón es un país muy competitivo —murmuró Gop—. Tal vez se hartó de esa vida.

Pero ellos no querían estropearlo, ni yo tampoco. Era un asunto raro: las ONG y el ACNUR ofrecían pocos trabajos a adultos sudaneses, pero como necesitaban a alguien joven que estuviera al tanto de las necesidades de la juventud, yo ganaba un salario más alto que cualquier refugiado de Kakuma. En principio, los fondos para el proyecto eran limitados en el tiempo, pero Noriyaki siempre decía que los prolongarían.

—El gobierno japonés tiene mucho dinero —decía.

Decía que él y yo teníamos que asegurarnos de aprovechar al máximo la financiación, de involucrar a todos los sudaneses y de sacar partido de cada dólar.

Le pregunté por qué decidió venir a Kakuma. ¿Por qué ayudar a los sudaneses?

—Cuando estaba en el colegio el profesor nos mandó un trabajo sobre un país de África. Estaba muy interesado en el continente, así que supongo que dedicó mucho

tiempo a África. Tengo que admitir que yo no era uno de sus alumnos favoritos. De manera que cuando se paseó por el aula y fue preguntando a los alumnos qué país habían elegido; yo fui el último y para entonces solo quedaba Sudán.

No es que me sorprendiera, pero aun así el hecho me dolió. Durante los años siguientes pensé muchas veces que ningún escolar japonés había escogido Sudán.

—Debo decir que no había mucha información de este país. Fue un trabajo muy corto —dijo.

Se rió, y logré imitarle. Ese parecía ser uno de sus objetivos. Estoy seguro de que entraba en la oficina todos los días decidido a hacerme reír de lo que fuera. Hablaba de su familia y de su novia, su prometida. Echaba de menos a Wakana con una agonía que podía palpase. Muchos días yo llegaba al trabajo y le encontraba sentado debajo de la mesa, hablando por teléfono. No tengo claro por qué prefería sentarse en el suelo para hablar con ella, pero es lo que solía hacer. Cuando terminaba, a menudo quedaban apuntes en el suelo, como si hubiera estado consultando qué cosas decirle. Cuando se lamentaba de la distancia, yo le escuchaba hasta que ya no podía más.

—¿Tu novia? —le decía—. ¿Te quejas porque echas de menos a tu novia? ¡Yo ni siquiera tengo una familia!

Él se reía y decía:

—Sí, pero ya te has acostumbrado.

Ambos nos reímos mucho con esta frase, que acabó convirtiéndose en un chiste privado: Sí, pero ya te has acostumbrado. Y aunque me resultaba graciosa, también hacía que me preguntara hasta qué punto era verdad. Parecía obvio que él echaba de menos a su novia más que yo a mi familia, porque él estaba seguro de que ella vivía. Mis sentimientos hacia mi familia eran más lejanos, más difusos, ya que no conseguía evocar sus caras: no sabía si estaban vivos o muertos, si estaban en Sudán o en cualquier otro sitio. Noriyaki, en cambio, tenía padre, madre y dos hermanos, y sabía a ciencia cierta dónde se hallaban.

—Ahora mi familia es tu familia —me dijo un día.

Me dijo que les había contado muchas cosas de mí y que tenían muchas ganas de conocerme. Añadió a la mesa una foto de sus padres y de su hermana menor e insistió en que pensara en ellos como si fueran parientes. Fue de lo más extraño que el plan funcionara; llegué a creer que esta familia era gente que cuidaba de mí, que esperaba de mí grandes cosas. Contemplaba la foto de sus padres —ambos vestidos de negro, cogidos de la mano, frente a la enorme estatua de un soldado a punto de disparar— y creía que algún día nos reuniríamos en su casa, tal vez con motivo de la boda de Noriyaki y Wakana, cuando yo fuera un hombre próspero y pudiera viajar a Japón. No confiaba mucho en que llegara ese día, pero me complacía pensar en ello.

Un buen día Noriyaki recibió una visita. Se trataba de un anciano sudanés, un hombre educado que gozaba de un gran respeto entre los dinkas. Había estudiado durante tres

años en la Universidad de Jartum y se le consultaba en un variado número de temas, sobre todo de índole política. Ese día, sin embargo, se mostraba nervioso y pidió hablar con Noriyaki al instante. Noriyaki le hizo pasar y le ofreció una silla.

—Preferiría quedarme de pie —dijo el hombre.

—Muy bien —dijo Noriyaki.

—Necesito seguir de pie porque vengo a decir algo de una gran importancia y muy perturbador.

—Bien. Le escucho.

—Tiene que hablar con su gente, con su gobierno, señor Noriyaki. Los chinos y los malasio están empeorando esta guerra. Estos dos países poseen el sesenta por ciento de las acciones del petróleo de Sudán. ¿Sabe cuánto petróleo extraen? ¡Millones de bidones por año, y la cantidad sigue aumentando! ¡En dos mil diez China espera conseguir la mitad del petróleo que necesita solo de Sudán!

—Pero, señor...

—Y todos sabemos que es el petróleo lo que impulsa esta guerra. Bashir solo quiere mantener al sur inmerso en el caos y al ELPS alejado de los pozos de petróleo. ¿De dónde saca las armas? De China, señor Noriyaki. China quiere que la inseguridad reine en el sur, porque eso aleja de aquí a otros países que no quieren ensuciarse las manos con los abusos de los derechos humanos que rodean a estas extracciones de petróleo. Su gobierno proporciona armas que se usan contra civiles, además de adquirir ese petróleo por el que cientos de miles de sudaneses han pagado con sus vidas. He venido a verle, a apelar a usted, como representante de su gobierno, para que denuncie estas injusticias.

Cuando Noriyaki tuvo oportunidad de meter baza, informó al hombre de que él no era chino. Este dedicó cinco minutos a digerir la información.

—No quiero ser grosero, pero parece usted chino.

—No, señor. Soy japonés. Y no es que seamos muy amigos de los chinos.

El hombre se marchó, perplejo y decepcionado.

La culpa de lo que nos sucedía a los sudaneses se repartía por todas partes. Y cuanto más comprendíamos la forma en que estábamos conectados a tantos problemas del mundo, cuanto más entendíamos la red de dinero, poder y petróleo que posibilitaba nuestro sufrimiento, más aumentaba nuestra certeza de que se haría algo para salvar al sur de Sudán. Y creímos que una serie de bombas nos pondrían ante los ojos del mundo entero.

Yo estaba arbitrando un partido de fútbol juvenil cuando un par de chicos que pasaban en bicicleta me dieron la noticia.

—¡Han bombardeado Nairobi! ¡Y Dar es Salaam!

Alguien había colocado bombas en las embajadas estadounidenses de Kenia y Tanzania. El campo se paralizó. Los kenianos dejaron de trabajar. Todos los televisores y radios, y los primeros no es que abundaran, estaban rodeados de gente. Los reportajes hablaban de cientos de muertos, cinco mil heridos. Durante días vimos

cómo se extraían cadáveres de los escombros. Los kenianos de Kakuma, airados, pedían respuestas. Cuando se supo que había sido obra de fundamentalistas islámicos, en Kakuma estallaron los problemas. No era buen momento para ser somalí o etíope. Esos días los musulmanes de cualquier nacionalidad optaron por esconderse y por dejar constancia de su oposición a la labor de esos terroristas, a Osama bin Laden. Fue la primera vez que oí su nombre, pero este se popularizó enseguida: se sabía que vivía en Sudán. Gop no se despegaba de la radio y me mantenía informado durante la cena.

—Es obra de Bin Laden. Y Sudán acabará pagando por este crimen. Le ayudaron y lo pagarán. Y ya es hora de que lo hagan.

Gop parecía casi satisfecho de este vuelco en los acontecimientos. Estaba seguro de que las bombas de Bin Laden atraerían la atención mundial hacia Sudán, y que esto solo podía comportarnos beneficios.

—¡Acabarán capturando a ese hombre! Ha estado metido en todo. Estuvo en el centro de la revolución islámica, Achak. ¡Proporcionó mucho dinero a Sudán! Este hombre lo financió todo: maquinaria, aviones, carreteras. Estaba metido en agricultura, negocios, bancos, todo. Y llevó a miles de operativos de Al Qaeda a Sudán, para que se entrenaran y decidieran estrategias. Las empresas que montó en Sudán se usaban para financiar al resto de células terroristas del mundo. ¡Y todo con la cooperación de Jartum! Si el gobierno no lo hubiera patrocinado, a Bin Laden le habría costado mucho más: no se conforma con volar por los aires agencias de turismo. Posee una constructora en Sudán, y eso le permite comprar explosivos a quien quiera, en las cantidades que necesite. Parece legítimo, ¿no? Y luego, con la ayuda de Jartum, envía estos explosivos a Yemen, Jordania o a cualquier otro país.

—Pero no era el único terrorista en Sudán, ¿no? —pregunté.

—No, había grupos de todas partes. Hezbolá tenía a gente allí, la *yihad* islámica... Muchos más. Pero Osama es el peor. Presumía de haber entrenado a los individuos de Somalia que mataron a los soldados americanos. Había dictado una *fatwa* contra la presencia americana en Somalia. Y luego financió el ataque al World Trade Center de Nueva York. ¿Conoces ese edificio?

Negué con la cabeza.

—Es un edificio altísimo, alto hasta el cielo. Bin Laden pagó para que alguien estrellara un camión contra la base del edificio con la intención de derribarlo. Y luego trató de matar a Mubarak en Egipto. Todos los hombres involucrados en la trama eran de Sudán, y Bin Laden pagó por todo. Este hombre es un gran problema. Antes de él los terroristas no podían hacer mucho. Pero tiene tanto dinero que consigue que pasen cosas. Trae a más terroristas porque puede pagarles, proporcionarles una buena vida. Hasta que se matan, claro.

Unos días más tarde las expectativas de Gop parecieron hacerse realidad. De nuevo estaba yo arbitrando un partido de fútbol cuando desde un camión de la ONU, donde viajaban dos cooperantes kenianos, llegó la noticia.

—¡Clinton ha bombardeado Jartum! —gritaban—. ¡Jartum está siendo atacado!

Una explosión de júbilo puso fin al partido. Ese día y esa noche reinó una gran emoción en las zonas sudanesas de Kakuma. Se hablaba de lo que esto podía significar, y había cierto consenso a la hora de señalar que esto indicaba que Estados Unidos estaba claramente enojado con Sudán, que los culpaba de las bombas de Kenia y Tanzania. Todo el mundo creía que eso demostraba, más allá de toda duda, que Estados Unidos se aliaba con el ELPS, que desaprobaba al gobierno de Jartum. Por supuesto, algunos refugiados eruditos hacían gala de ideas más ambiciosas. Gop, por ejemplo, creía que la independencia para el sur de Sudán era inminente.

—¡Ya está, Achak! —decía—. ¡Es el principio del fin! Cuando Estados Unidos decide bombardear a alguien, ya está. Mira lo que pasó en Irak después de que invadieran Kuwait. Si Estados Unidos quiere castigarte, estás metido en un lío. Bien. Ahora derrocarán al gobierno de Jartum, y obtendremos dinero del petróleo, y se establecerá una frontera entre el sur y el norte: empezará a existir un nuevo Sudán. Concédeles un plazo de dieciocho meses y verás.

Yo amaba y admiraba a Gop Chol, pero en temas políticos —de hecho en cualquier tema que afectara al futuro de Sudán—, siempre se equivocaba.

Pero a otros niveles los sudaneses del sur vivieron muchos cambios, y se producían avances que podrían considerarse alentadores. En Kakuma se moldearon, e incluso rompieron, algunas costumbres sudanesas con más frecuencia de lo que habría sucedido de no haber existido la guerra, de no ser porque había ochenta mil personas en un campo de refugiados dirigido por un consorcio internacional con ideas progresistas. Es evidente que mis propias actitudes e ideas no habrían sido tan modernas, pero el hecho de trabajar como educador juvenil me proporcionó conocimientos sobre temas de salud y de desarrollo físico, sobre enfermedades de transmisión sexual y medidas profilácticas. A menudo hablaba con las mujeres en un tono demasiado desenfadado, y confundía el lenguaje de la clase con el lenguaje del amor. En una ocasión eché a perder todas mis posibilidades con una joven llamada Frances por preguntarle si se estaba desarrollando adecuadamente para su edad. Mis palabras exactas fueron:

—Hola, Frances. Acabo de salir de la clase de ciencias de la salud y me preguntaba cómo va el desarrollo de tus partes femeninas.

Es algo que uno dice cuando es joven, y una vez lo has dicho ya no puedes echarte atrás. A partir de ese momento ella y sus amigas me tuvieron en un concepto muy bajo y esas palabras me han perseguido durante años.

Aprendí muchas lecciones importantes: la primera fue el hecho de que pronunciar frases atrevidas en inglés se consideraba más aceptable que si las decía en dinka. Como nuestro dominio del inglés era más bien difuso, el tono y el significado preciso de las palabras en ese idioma eran amorfos y cambiantes. Yo nunca podría decir «Te

amo» a una chica nueva en dinka, ya que ella captaría el significado de forma precisa, pero en inglés esas mismas palabras podían considerarse como una muestra de encanto. Así pues usaba mucho el inglés, siempre con la intención de resultar encantador, lo que no siempre funcionaba.

Lo cierto es que dedicaba mucho tiempo a pensar cómo abordar a las chicas, y cuando me sentí listo para indagar en el interés que Tabitha sentía por mí, no me mostré exactamente lanzado. Por aquel entonces ya sabía que Tabitha pertenecía al escasísimo grupo de chicas a las que aún se permitía asistir a clase, y que su madre estaba en Kakuma y era lo bastante educada como para proporcionarle toda una serie de oportunidades, académicas, e incluso sociales, que facilitaban su relación con chicos como yo.

Cada año se celebraba el Día de los Refugiados, y estoy bastante seguro de que ese día empezaban o terminaban la mitad de las relaciones entre los jóvenes de Kakuma. Ese día, el 20 de junio, la fiesta duraba de la mañana a la noche: todos los refugiados participaban en ella, la supervisión adulta se relajaba, y se producía más mezcla de nacionalidades y de castas que en cualquier otro momento del año. No es que se celebrara el hecho de ser refugiados o de vivir en el noroeste de Kenia, sino simplemente la existencia y supervivencia de nuestra cultura, aunque fuera a jirones. Había exhibiciones de arte, bailes étnicos, comida, música y, por parte de los sudaneses, muchos discursos.

Esa era la oportunidad que esperaba para hablar con Tabitha: me pasé el día entero siguiéndola. La observé mientras presenciaba una danza de Burundi. La observé desde detrás de un expositor de arte y artesanía somalí mientras probaba los alimentos de El Congo. Y cuando ya terminaba el día, y quedaban pocos minutos para que ella y todas las chicas tuvieran que volver a sus respectivas casas, me encaminé hacia Tabitha haciendo gala de un aplomo que me asombró incluso a mí. Me dije que yo era cuatro años mayor que ella. Que se trataba de una chica joven, alguien con quien no debería sentirme como un crío. Me dirigí a ella con la cara seria, y cuando estuve detrás de ella —ella me daba la espalda mientras me acercaba, cosa que lo puso todo bastante más fácil— le di un golpecito en el hombro. Se volvió hacia mí, muy sorprendida. Miró a derecha e izquierda, sorprendida de encontrarme solo.

—Tabitha —le dije—, llevo mucho tiempo queriendo hablarte de algo, pero nunca se ha presentado la oportunidad. No estaba seguro de cómo reaccionarías a lo que quería proponerte.

Me miró fijamente. En esa época no era muy alta. Apenas me llegaba a la barbilla.

—¿De qué hablas?

No hay sentimiento más desolador que el que te embarga cuando te rechazan de plano una propuesta que llevas muy ensayada. Pero proseguí, impulsado por la adrenalina y una franca tozudez.

—Me gustas y me apetecería quedar un día contigo.

Así era como decíamos las cosas en esa época, pero no significaba que nunca fuera a darse la cita real. Era inaceptable que un chico y una chica salieran solos, a un restaurante o tan siquiera a dar un paseo. Entonces una cita significaba un encuentro en la iglesia o en otro espacio público, donde solo Tabitha y yo sabríamos que eso era de verdad una cita.

—Ya te lo diré más adelante —dijo ella.

No me sorprendió. Era costumbre que la chica no contestara de forma inmediata. Lo habitual era quedar a una hora, unos días después, y que la chica interesada o un enviado dieran la respuesta. Si esa cita no se producía, significaba que la respuesta era no.

En este caso me enteré al día siguiente a través de Abuk de que la respuesta me llegaría el domingo, en la puerta sur, a la salida de la iglesia. Los días que siguieron fueron una tortura, pero no intolerables, y cuando llegó el momento ella estaba exactamente en el lugar prometido.

—¿Cómo han ido los deberes que te impusiste?

Eso era lo que yo entendía por encanto.

—¿A qué te refieres?

Me refería a que podía considerarse gracioso que en lugar de contestar a mi primera pregunta en la que le pedía una cita cuando se la formulé, ella se fuera a casa a pensárselo durante cinco días. Pero tal y como lo dije no sonaba en absoluto gracioso.

—Nada. Disculpa. Olvídalo —dije.

Ella se avino a olvidarlo. Olvidaba gran parte de lo que le decía. Era su modo de ser compasiva.

—He pensado sobre tu pregunta, Achak, y he tomado una decisión.

Siempre tuvo tendencia al drama.

—He preguntado a la gente por ti... y nadie me ha dicho nada malo.

Al parecer no había hablado con Frances.

—Así que acepto la cita —dijo ella.

—¡Oh, gracias a Dios! —dije, tomando el nombre de Dios en vano por primera, aunque no última, vez en mi vida.

No estoy seguro de cuál podría considerarse nuestra primera cita. Después de ese día en la iglesia nos vimos a menudo, pero nunca a solas. Hablábamos en la iglesia y en el colegio y, a través de mi hermanastra Abuk, le enviaba mensajes que detallaban el alcance de la admiración que suscitaba en mí y el tiempo que dedicaba a pensar en ella. Tabitha hacía lo mismo, así que Abuk andaba muy ocupada con tanto mensaje. Cuando se trataba de un recado urgente, venía corriendo por el campamento, agitando los brazos y sin aliento. Por fin se recuperaba y luego me transmitía la información:

—Tabitha te manda una sonrisa.

No podía existir demasiado contacto privado entre jóvenes como nosotros, aunque estuvieran locamente enamorados, como era el caso de Tabitha y yo. Al igual que la mayor parte del noviazgo, cualquier interacción debía hacerse a plena luz, para no atraer miradas inquisitivas o murmuraciones por parte de los mayores. Pero incluso a plena luz, de día y en público, conseguíamos hacer lo necesario para satisfacer nuestros modestos deseos. Los que me conocían de Pinyudo, y sospechaban qué sucedía en el cuarto de las Princesas, se mostraron asombrados por el casto noviazgo que manteníamos Tabitha y yo. Pero ahora lo sucedido en Pinyudo parecía algo pasado: juegos realizados por críos que no les daban el significado que tenían.

La primera vez que pude abrazar a Tabitha fue un sábado por la mañana, entre docenas de personas, durante un partido de voleibol. Esa mañana en concreto yo jugaba en un equipo con los Dominics contra un grupo de confiados somalíes, y había una docena de chicas dinkas, de nuestra edad y más jóvenes, animándonos desde los alrededores del campo. En Kakuma no había equipos de animadoras oficiales, y aunque muchas chicas practicaban deportes, ese día Tabitha había asistido al encuentro tanto para animarme como para abrazarse a mí. En cualquier cultura existen huecos que pueden ser aprovechados por adolescentes hormonalmente desesperados, y nos habíamos percatado de que en Kakuma, bajo el pretexto de haber ganado un partido, el reparto de abrazos entre jugadores y animadoras se consideraba hasta cierto punto aceptable.

Aquel día éramos cinco Dominics jugando a voleibol, y cuatro de nosotros habíamos informado a nuestras respectivas amigas de que, si nos alentaban, podríamos abrazarnos entre un partido y otro, o después de haber marcado algún tanto decisivo. Así fue como conseguí abrazar a Tabitha. Ella nunca se había dedicado a animar al equipo, pero captó la idea enseguida y lo hizo muy bien. La primera vez que anoté un tanto delante de las narices de un engreído somalí, Tabitha aplaudió la jugada con tanto entusiasmo que parecía a punto de estallar, fue corriendo hacia mí, saltó y se dejó caer en mis brazos con cierto abandono. Nadie se dio cuenta, aunque Tabitha y yo saboreamos esos instantes como si fueran las horas sagradas de la luna de miel.

Cuando todo el mundo se enteró de que esa clase de abrazos quedaba reservada a los atletas, los chicos que menos éxito tenían con el sexo opuesto alteraron sus prioridades. «Debo aprender algún deporte», decían, y ponían manos a la obra. Durante un tiempo el número de aficionados a los deportes creció hasta cotas nunca vistas. Por supuesto, como tenía que suceder, enseguida se produjo la debacle, cuando la proporción entre deportes y abrazos rondó demasiado el 1 a 1. Pero fue genial, maravillosamente genial, mientras duró.

—¡Cuéntamelo todo!



La avidez de detalles de Noriyaki era insaciable.

—¡Cuéntame, cuéntame, cuéntame!

Era desconcertante, porque yo nunca le había preguntado por los aspectos físicos de su relación con Wakana —con quien se había comprometido hacía poco—, pero en cambio él no sentía el menor reparo en pedirme que le relatara todos mis encuentros con Tabitha. Yo le seguía la corriente, hasta cierto punto. Hubo varias semanas en que llegué a preocuparme por la juventud de Kakuma, ya que los dos miembros del Proyecto Wakachiai hacían poco más que charlar de mis citas con Tabitha. Por suerte no me presionaba para que le hablara de olores y otras sensaciones.

Pero eran extraordinarias. A los tres meses, Tabitha y yo habíamos hecho acopio de suficiente valor como para ir a vernos a nuestras respectivas casas en las escasas ocasiones en que estaban vacías. Dichas oportunidades eran muy raras, dado que en la suya habitaban seis personas y en la mía, once. Pero una vez por semana nos encontrábamos a solas en una habitación: nos cogíamos de la mano o nos sentábamos encima de la cama, con los muslos en contacto, y poco más.

—Pero todo esto cambiará durante el viaje con la obra, ¿no? —insistía Noriyaki.

—Eso espero.

¿Lo esperaba de verdad? No estaba seguro. ¿Deseaba disponer de más tiempo en privado con Tabitha? La idea me mareaba. Ya me preguntaba si no pasábamos demasiado tiempo solos, aunque fuera en público. Su tacto era mucho más poderoso de lo que ella creía, o quizá lo sabía y le daba igual. Cuando me rozaba, todo mi cuerpo entraba en ebullición, y eso tal vez la divertía: se volvía adicta al control que ejercía sobre mí.

Pero nos íbamos a Nairobi, y yo no debía ni podía desaprovechar esa oportunidad. Las clases de informática propuestas por Noriyaki aún no se habían llevado a cabo, debido a los horarios del campamento y a los permisos necesarios. Yo nunca había visto una ciudad: hacía cinco años que no salía de Kakuma, donde no tenía la sensación de pertenecer a la verdadera Kenia. En cierto sentido, Kakuma era un país en sí mismo, un espacio vacío creado en ausencia de otra nación. Para muchos de los refugiados en Kakuma, el deseo de volver a Sudán había sido reemplazado por otro de índole más práctica: irse a vivir a Nairobi, trabajar allí, montar una nueva vida, llegar a ser ciudadanos kenianos. No puedo decir que estuviera próximo a conseguirlo, pero sí gozaba de más oportunidades que la mayoría.

El grupo de teatro había escrito una obra llamada *Las voces*, que había sido representada en Kakuma durante varias semanas. Un autor de teatro de Nairobi que se hallaba visitando a un primo que trabajaba en el campamento vio la obra y nos invitó enseguida a representarla en la capital, a participar en un concurso que congregaba a los mejores grupos de teatro de aficionados del país. Viajaríamos a Nairobi en representación de los refugiados de Kakuma; sería la primera vez en la historia de la competición —que, según nos dijeron, tenía una trayectoria larga y

sólida a sus espaldas— en que un grupo de refugiados participaba. Así que iríamos todos, entre ellos Tabitha, y con la señorita Gladys como única supervisora.

Tabitha y yo apenas hablamos del viaje durante las semanas previas a nuestra partida. Lo cierto es que daba miedo solo pensarlo: tal vez podríamos quedarnos solos, tal vez podríamos darnos nuestro primer beso. Creo que ambos estábamos abrumados por las posibilidades. Yo dormía fatal. Caminaba por el campamento, nervioso y sonriendo como un bobo, mientras mi estómago parecía dar vueltas sin control.

Noriyaki empezó a llamarme Primer Beso. Por las mañanas, en cuanto me veía, esas eran sus primeras palabras: Hola, Primer Beso. A cualquiera de mis preguntas, él contestaba: Sí, Primer Beso; No, Primer Beso.

Tuve que hacer acopio de seriedad y pedirle, por favor, que parara.

Un día, obedeciendo órdenes de Gop Chol, Abuk se plantó en la oficina con un recado urgente: decirme que debía ir a cenar a casa directamente a la salida del trabajo. Le dije que sí, pero con la condición de que me contara a qué venía eso.

—No puedo —dijo ella.

—Entonces no podré ir.

—¡Valentino, por favor! —protestó—. Tuve que *jurar* que no lo contaría. ¡No me metas en un lío, *por favor!* ¡Si te lo *digo*, se *enterarán!*

Abuk estaba atravesando un período muy dramático de su vida, y enfatizaba demasiadas palabras, subrayándolas mucho más de lo que era necesario.

La dejé marchar sin darle una respuesta y aquella noche me dirigí a casa haciendo esfuerzos por no pensar en lo que me esperaba allí. Estaba bastante seguro de que Gop me endosaría un sermón sobre tener cuidado con Tabitha con la excusa del viaje. Aún no me había dado una de esas charlas.

Cuando llegué a casa, Gop y Ayen ya estaban, al igual que todos los miembros de mi familia de Kakuma y un puñado de vecinos, desde los niños más pequeños a los adultos de más edad. Y entre ellos había dos personas que parecían especialmente fuera de lugar en nuestro refugio: en primer lugar, estaba la señorita Gladys. Verla en la sala donde comíamos fue todo un impacto. Y aunque cabía suponer que su belleza se resentiría en ese entorno, lo cierto era que brillaba con más fuerza que nunca. La encontré hablando con una mujer desconocida, una sofisticada dinka que tenía a una niñita en brazos. Según me dijo Ayen, se trataba de Deborah Agok.

Adeng me informó de que era una mujer muy importante, portadora de noticias que cambiarían nuestras vidas. Adeng insistió en que esas habían sido las palabras de su padre, pero como Gop era bastante propenso a la exageración, no dediqué mucho tiempo a meditar sobre cuáles podían ser esas noticias. En una ocasión, Gop nos había congregado a todos, como si fuera a decirnos algo de una importancia capital, solo para anunciar que había comprado sábanas nuevas para su cama.

En cualquier caso, ver a tanta gente en un lugar resultaba abrumador. También dificultaba bastante los movimientos, ya que los refugios no estaban hechos para multitudes. Yo seguía sin tener ni idea de qué habría sacado a toda esa gente de sus casas, pero un aroma familiar me distrajo al instante. Era el olor de un plato, cuyo nombre había olvidado.

—¡Kon diong! —dijo Ayen—. ¿No te acuerdas?

Me acordaba. Era un plato que no había probado y del que no había oído hablar desde hacía años. El kon diong es un plato típico de mi región que se reservaba para ocasiones especiales. Se trata de unas gachas densas hechas a base de harina de sorgo blanco, queso y leche agria desnatada: cosas que no son fáciles de conseguir. Es un plato que solo se come en las familias adineradas, y únicamente en la estación lluviosa, cuando las vacas producen leche en abundancia.

—¿A qué viene todo esto? —pregunté por fin. Mis hermanas de Kakuma me miraban de forma extraña, y el resto no dejaba de rondarme, de mostrarse solícito y respetuoso. No estaba muy seguro de que aquel ambiente fuera de mi agrado.

—Enseguida lo sabrás —dijo Gop—. Pero antes, comamos.

Yo aún no había hablado con la señorita Gladys, a quien las mujeres de la casa no dejaban en paz. Y en cuanto a nuestra invitada especial, Deborah Agok, ni siquiera me miraba. Se dedicaba a charlar con mis hermanas y a atender a la niña que tenía en su regazo: su hija, según supe entonces, llamada Nyadi. Era una niña muy delgada, vestida con un trajecito de color rosa claro y con unos ojos que parecían ocuparle la cara entera.

La cena se consumió a un ritmo desesperadamente lento. Me constaba que el propósito de aquella cena, y de la visita de Deborah Agok, no se revelaría hasta después de cenar, después de que los mayores bebieran araki, un vino hecho de dátiles. Todo esto, esta atmósfera dramática, es bastante propia de los dinkas, pero esa noche tuve la sensación de que se excedían.

Por fin se terminó la comida, se bebió el vino, y Gop se puso en pie. Miró a Deborah Agok, que estaba sentada en el suelo con el resto de nosotros, e insistió en que se le cediera la única silla de verdad que teníamos en casa. La señorita Agok rechazó el ofrecimiento, pero él se empeñó. Un vecino de avanzada edad se levantó de la silla y ocupó el hueco que la señorita Agok dejó en el suelo. Gop continuó:

—La mayoría de vosotros no conoce a Deborah Agok, pero se ha convertido en una gran amiga de nuestra familia. Es una reputada comadrona, experta tanto en los métodos tradicionales sudaneses como en las técnicas más avanzadas de alumbramiento. Ha trabajado en el hospital de Kakuma, donde conoció a la estimada señorita Gladys, de quien tanto hemos oído hablar a Achak, quien le está muy agradecido por... sus enseñanzas.

Todos se rieron y sentí que me ardían las mejillas. La señorita Gladys estaba más hermosa que nunca. Ese día quedó más claro que nunca que disfrutaba siendo el centro de las miradas.

—La señorita Agok fue enviada hace poco al sur de Sudán por el Comité Internacional de Rescate para que enseñara nuevos métodos de alumbramiento a las comadronas locales. Y resulta que uno de los pueblos que visitó en su viaje se llamaba Marial Bai.

Todos los ojos se posaron en mí. No supe cómo reaccionar. Se me encogió la garganta; no podía respirar. Así que era esto: esta era la razón de tanto misterio, del plato típico de mi región. Pero la idea de recibir noticias de mi casa así parecía totalmente equivocada. No me apetecía saber nada de mi familia en medio de tanto público. Deborah era la primera persona que había conocido en todos mis años en Kakuma que poseía información precisa y reciente de Marial Bai, y en mi mente se agolparon todas las posibilidades. ¿Correría el río como antes? ¿Habrían arrasado los árabes todas las tierras de pasto y los árboles? ¿Sabría algo de mi familia? ¡Pero que para esto hubiera que montar tanto teatro! Era inadmisibile.

Busqué la puerta con la mirada. Tenía que pasar por encima de doce cuerpos para llegar hasta ella. Irse requeriría demasiado esfuerzo, daría lugar a una escena impropia de mí y sería una falta de respeto hacia mi familia adoptiva. Clavé la vista en Gop, con la esperanza de disimular mi incomodidad mediante esta treta. Aunque hasta el momento el ambiente había sido alegre, parecía absolutamente posible que la señorita Agok trajera malas noticias de mi auténtica familia y que Gop los hubiera reunido a todos para alentarme una vez hubiera recibido el golpe.

Entonces Deborah Agok se puso de pie. Era una mujer alta y fuerte, cuyo rostro revelaba pocas pistas sobre su edad. Podía ser una mujer joven o una anciana, tan contradictorias eran las señales que transmitía su piel tersa y los ojos brillantes rodeados de finas arrugas. Volvió a sentarse en la silla, con las manos en el regazo, y agradeció a Gop y Ayen la hospitalidad y amistad que le brindaban. Cuando habló, su voz sonó áspera y ronca. De su voz uno podría deducir que aquella mujer había vivido tres vidas sin descansar.

—Amigos míos, he viajado por Bahr al-Ghazal, visitando Nyamllell, Malual Kon, Marial Bai y los pueblos circundantes. Traigo un cálido saludo de las gentes de Marial Bai, incluyendo el del comandante Paul Malong Awan, el oficial del ELPS de mayor rango.

Todos los asistentes a la cena me miraron como si supusiera un gran honor para mí que el comandante Paul Malong Awan me hubiera enviado sus saludos.

—Sí —prosiguió ella—. He estado en vuestro pueblo, y he visto en qué se ha convertido. Por supuesto ha sufrido múltiples ataques de los murahaleenes y del ejército del gobierno. Y como consecuencia de dichos ataques la población ha sucumbido víctima de la desnutrición y de otras enfermedades infecciosas. Como sabéis, el hambre está alcanzando su cota máxima: cientos de miles de personas morirán este año de hambre en Bahr alGhazal.

Era un discurso típico sudanés en todo su esplendor: una sucesión de rodeos hasta llegar al tema. ¿Cómo podía hacerme esto? Lo único que quería era oír hablar de mi

familia. Era una muestra de crueldad, cualesquiera que fuesen sus intenciones.

Notando mi ansiedad, una sombra apareció frente a mí en ese momento para luego ocupar el espacio que quedaba a mi lado. Era la señorita Gladys, con su aroma a fruta, flores y a sudor femenino; antes de que yo fuera consciente de la nueva situación —nunca había estado tan cerca de ella antes—, me cogió la mano. No me miraba: sus ojos estaban fijos en Deborah Agok, pero la sentí a mi lado. Estaría conmigo cualesquiera que fuesen las noticias. El momento de este contacto íntimo con el objeto de mis innumerables fantasías no podía ser menos adecuado.

—En mis labores como comadrona —prosiguió Deborah mientras yo hacía un esfuerzo por escucharla—, llegué a conocer a una comadrona de Marial Bai, una mujer muy fuerte que solía llevar un vestido amarillo pálido, el amarillo de un sol fatigado.

Todos los ojos estaban de nuevo fijos en mí, y luché por sofocar las lágrimas que amenazaban con inundar los míos. Me debatía en dos direcciones distintas. Tenía la mano empapada de sudor, entrelazada con los dedos de la mujer divina que estaba a mi lado, y al mismo tiempo mis orejas acababan de oír que mi madre podría estar viva, que Deborah había conocido a una comadrona que llevaba un vestido amarillo. Los ojos se me humedecieron antes de que pudiera evitarlo. Con la mano libre, tiré de la piel de debajo de los ojos para devolver las lágrimas al interior de mi cuerpo.

—Esa comadrona y yo pasamos mucho tiempo juntas, comparando historias de partos. Ella había asistido a más de cien nacimientos y había obtenido grandes éxitos en evitar las muertes prematuras de esos bebés. Compartí con ella los nuevos avances científicos y técnicas de alumbramiento, y ella demostró ser una aprendiz rápida y ávida de conocimientos. Enseguida nos hicimos buenas amigas y me invitó a su casa. Cuando llegué, preparaba este plato que hemos tomado hoy en Kakuma y me habló de la vida en Marial Bai, de los estragos que la hambruna estaba provocando en el pueblo, de los últimos ataques de los murahaleenes. Yo le hablé del mundo de Kakuma, y al hablar de mi vida aquí mencioné por casualidad a mis buenos amigos Gop y Ayen, y a los chicos que habían adoptado. Cuando le mencioné el nombre de Achak, la mujer se quedó atónita. Preguntó qué aspecto tenía ese chico. ¿Qué edad tiene?, preguntó. Me dijo que había conocido a un niño con ese nombre mucho tiempo atrás. Me preguntó si podía esperar un momento, y cuando le dije que sí, salió de casa a todo correr.

La señorita Gladys apretó mi mano con más fuerza.

—Regresó con un hombre al que me presentó como su marido, y él explicó que ella era su primera esposa. Ella me pidió que repitiera lo que acababa de decirle: que conocía a una familia en Kakuma que había adoptado a un chico llamado Achak. ¿Cómo se llama ese hombre?, preguntó el marido. Le dije que su nombre era Gop Chol Kolong. El marido demostró mucho interés por este dato, insistiendo en que ese hombre también era de Marial Bai. Pero no tenían forma de confirmar que el Achak que yo conocía en Kakuma fuera su hijo Achak. No fue hasta que volví a Kenia y

conté la historia a Gop que todo quedó aclarado. Así que ahora debo formularos un par de preguntas para saberlo todo con certeza. ¿Cuál es el nombre del padre de Achak? —preguntó, mirando a Gop.

No sé por qué lo hizo. No me había mirado a los ojos ni una sola vez.

—Deng Nyibek Arou —dijo Gop.

—¿Y el de su madre? —preguntó ella.

—Amiir Jiel Nyang —contesté.

—¿Era el padre de Achak un comerciante de Marial Bai?

—¡Sí! —respondieron al unísono casi todos los presentes.

Sus pausas teatrales eran insufribles.

—¡Dinos! ¿Eran esas personas los padres de Achak? —preguntó Gop por fin.

Ella tardó en contestar, molesta por aquella intervención que quebraba el suspense.

—Son ellos. Los padres de Achak están vivos.

En los días siguientes, antes de mi planeado viaje a Nairobi, Gop, Ayen, Noriyaki y los demás tuvieron que poner todo su esfuerzo para retenerme en Kakuma. Ahora que sabía que mis padres habían sobrevivido me parecía imposible seguir lejos de ellos. ¿Por qué no limitarme a volver a Marial Bai y seguir en el negocio con mi padre? El propósito de todos mis viajes había sido salvar la vida y recibir una educación, y ahora que estaba a salvo y educado, ahora que era un adulto sano, ¿cómo podía no volver con ellos? El último ataque sobre Marial Bai había sucedido hacía solo unos meses, pero eso no me importaba, no me importaba nada.

Dedicaba horas a pensar en mi llegada a casa: cruzaba el río, me abría paso entre la maleza, salía de los matorrales y entraba en el pueblo, dirigiéndome hacia la casa de mis padres mientras ellos salían para verme. Al principio no me reconocerían, pero a medida que me acercara sabrían que era su hijo. Era dos veces más alto que cuando partí de Marial Bai, pero ellos sabrían que era yo. Yo no podía conjurar su imagen, ni la de mi madre ni la de mi padre. Mis hermanos eran también personas sin rostro. Me había formado una imagen de mi familia a base de retazos de las personas que conocía en Kakuma. La cara de mi madre tenía los rasgos de la señorita Gladys, aunque envejecidos. La de mi padre era la de Gop, con más años de privaciones y vejez.

Una vez nos habíamos abrazado y mi madre había roto a llorar, nos sentábamos durante todo el día y toda la noche, y hablábamos hasta que me ponían al tanto de todos sus días, todas las semanas transcurridas desde que me fuera. ¿Creíais que había muerto?, preguntaba. No, no, decían ellos. Siempre supimos que encontrarías la forma de sobrevivir. ¿Creíais que volvería?, preguntaba. Sabíamos que volverías, decían ellos. Era tu obligación.

—¿Olvidas que el país está en medio de una hambruna? —preguntaba Gop.

Gop sabía muy bien cuáles eran mis planes y amenazaba con atarme a la cama, con cortarme los pies si hacía falta, para evitar que saliera andando de Kakuma.

—¿Olvidas que tendrías que cruzar el territorio dominado por las fuerzas nuers de Riek Machar, a quienes no les hará ninguna gracia ver a un chico dinka con edad de luchar? Dejas atrás la educación y la comodidad para volver... ¿a qué?

Nunca había visto a Gop tan nervioso. Me seguía a todas horas; recabó aliados en su misión de impedir mi partida: otros profesores, los ancianos del campo. Me vigilaban en todo momento: amigos y extraños me felicitaban por las noticias de mi casa y al mismo tiempo me instaban a tener paciencia, a actuar con prudencia, a esperar hasta que llegara el momento propicio de regresar.

—Al menos no te precipites —dijo Ayen una noche mientras cenábamos—. Piénsatelo. Ve a Nairobi y piensa en todo esto. Y recuerda: en el viaje a Nairobi estarás con Tabitha y con la señorita Gladys.

Cuando dije esto y se dio cuenta de que yo no respondía de inmediato, la vi intercambiar una mirada con Gop. Sabían que habían sembrado la duda.

—¿Por qué no ir a Nairobi y dejar la decisión para después? —prosiguió Ayen—. Así, si vuelves a casa podrás contarles a tus padres el viaje a la ciudad.

Ayen era una mujer muy convincente.

Cuando por fin llegó el día del viaje, ver a Tabitha a bordo del vehículo de Naciones Unidas tuvo efectos devastadores. Me acerqué al autocar cuando este ya estaba en marcha y vi la cara de Tabitha, ovalada y simétrica, al otro lado de la ventanilla. No me hizo el menor caso: estaba sentada junto a otra chica sudanesa, y por fin me miró, sin dar la menor muestra de reconocermme, y luego siguió charlando con su amiga. Debo resaltar que eso obedecía a un plan prefijado. Habíamos decidido no dar ninguna señal externa de nuestros sentimientos, aunque algunos de los que viajaban en el autocar estaban al tanto de nuestras intenciones. Representé mi papel: subí al autocar y me senté junto al gracioso Dominic, consciente de que me distraería durante el trayecto que, según nos habían dicho, era largo y agotador.

—Eh, Madame Zero, ¿vas a comprarte algún vestido nuevo en Nairobi? —preguntó Dominic.

Todos nos reímos y Anthony logró esbozar algo que se parecía a una sonrisa.

Resulta difícil transmitir lo increíble que era viajar a Nairobi después de pasar siete años en el campo de refugiados. Es algo imposible de explicar. Y eso que la mayoría de los que formaban el grupo estaban mucho peor que yo. Yo vivía con Gop Chol, tenía un empleo remunerado en una ONG, pero la mayoría de los miembros del grupo de teatro —veintiuno en total, entre somalíes y sudaneses, todos entre los doce y los dieciocho años— no tenían nada. Había ocho chicas más aparte de Tabitha, la mayoría sudanesas, y esto hizo que el viaje resultara especialmente agradable y en absoluto agotador para el resto de Dominics. Íbamos en el típico autocar de la ONU,

con las ventanillas abiertas, y animamos los dos días de viaje con la brisa fresca y constantes canciones.

El paisaje era asombroso: picos y valles, niebla y sol. Cruzamos la región keniana de Kapenguria, montañosa, fresca y lluviosa. Vimos aves de brillantes plumajes, vimos hienas y gacelas, elefantes y cebras. ¡Y maíz! Tantas cosechas, todo crecía. Ver esta parte de Kenia volvía aún más deprimente e inconcebible el lugar donde habían decidido instalar el campo de refugiados. Con las caras pegadas a los cristales nos preguntábamos: ¿Por qué no montaron Kakuma aquí? ¿O allí, o allí? No creáis que se nos escapaba que los kenianos y todos los cuerpos internacionales que se ocupan de los desplazados suelen instalar a los refugiados en las regiones menos atractivas de la tierra. Eso hace que dependamos de ellos para todo: somos incapaces de cultivar la tierra, de atender el ganado propio, de mantenernos por nuestros propios medios. No juzgo al ACNUR ni a cualquier otra nación que acepte a los expatriados, pero la pregunta sigue en el aire.

A medida que el paisaje pasaba ante mis ojos, mis padres, o la imagen aproximada que me había formado de ellos, aparecían en cada montaña, en cada recodo. Parecía lógico que estuvieran allí, en medio de la carretera. ¿Por qué no podían estar allí, por qué no podíamos reunirnos de nuevo? Mi padre conseguiría buscarse la vida en Kenia, estaba seguro. La simple idea de tener a mi madre conmigo, caminando por esos verdes caminos, junto al río, cerca de esas jirafas... Durante unas horas de ese viaje todo eso me pareció posible.

Nos hospedamos en Ketale, en un hotel con camas, sábanas, electricidad y agua corriente. Aunque la ciudad era más pequeña que Nairobi, consiguió asombrarnos. No estábamos acostumbrados a las luces que salpicaban el cielo negro. Algunos somalíes las habían visto antes, pero los que veníamos del sur de Sudán no habíamos visto nada de eso; nuestras casas, nuestros pueblos, no tenían tuberías, ni siquiera antes de la guerra, y comodidades como sábanas y toallas eran lujos reservados para unos pocos. Cenamos en el restaurante del hotel de Ketale, bebimos refrescos fríos sacados de la nevera, nos metimos cubitos de hielo —desconocidos para parte del grupo— en la boca. Si hubiéramos vuelto al día siguiente, solo la experiencia de la noche en Ketale ya habría compensado el largo viaje. Durante todo el tiempo que pasamos en Ketale, Tabitha y yo apenas nos dirigimos la palabra, reservando cualquier interacción para más adelante. Sabíamos que la oportunidad surgiría, y que solo teníamos que esperar y estar alerta.

Proseguimos el trayecto a la mañana siguiente; nos ocupó la tarde, la noche, y por fin, en la mañana del tercer día, llegamos a Nairobi. Debo hacer un esfuerzo por comunicar la impresión que causó un lugar como Nairobi, una de las ciudades más grandes de África, en un grupo de jóvenes como nosotros. No teníamos con qué compararla. En el autocar reinaba un silencio sepulcral. Imaginad a un grupo de



adolescentes gritando asombrados ante la visión de edificios, coches, puentes y parques. Pero los jóvenes de este autocar no dijimos nada. Teníamos las caras pegadas a las ventanillas pero no sabíamos qué decir. Nos resultaba imposible entender parte de lo que veíamos. Casas sobre casas, ventanas sobre ventanas. El edificio más alto que yo había visto hasta ese día tenía dos pisos. Y la idea de que los edificios no estuvieran amenazados por ataque alguno, que permanecerían intactos... Aquella sensación de estabilidad era algo que yo no había sentido desde hacía años.

A nuestra llegada a Nairobi nos dejaron en una iglesia, donde conocimos a nuestros patrocinadores. Cada uno de nosotros tenía asignada una familia de anfitriones, que en su mayoría estaban afiliados al teatro nacional. Yo fui asignado a un hombre llamado Mike Mwaniki, un individuo que me pareció muy atractivo y sofisticado. Debía de tener unos treinta años y era uno de los fundadores del Grupo de Teatro Mavuno, con base en la ciudad. Representaban obras originales de jóvenes autores kenianos.

—Así que este es nuestro hombre, ¿eh? —dijo—. ¡Nuestro invitado!

Me estrechó la mano con calidez y me dio una palmada en la espalda. Luego me dio un trozo de pastel. Yo nunca había probado un pastel, y viéndolo en perspectiva no tiene mucho sentido que me recibiera a las nueve y media de la mañana con un pedazo de tarta, pero lo hizo, y la encontré deliciosa. Un pastel de crema con virutas de naranja.

Los demás miembros del grupo se fueron con sus respectivos patrocinadores. Tabitha hizo lo mismo: los suyos eran una pareja mayor que vestía de forma extravagante y conducía un Land Rover. La señorita Gladys desapareció enseguida con un keniano muy guapo y aparentemente rico —no la vimos hasta la función, dos días después—, y yo me fui con Mike. Compartía un apartamento con su novia, una chica radiante y diminuta llamada Grace, en una zona de la ciudad llamada BuruBuru Fase 3. Era un barrio frenético, más bullicioso que cualquier lugar que yo hubiera visto antes. Kakuma acogía ochenta mil personas, pero había muy poco barullo: pocos coches, ninguna bocina, escasa electricidad, y, en definitiva, poco ruido. Pero en BuruBuru Fase 3 de Nairobi el rumor del tráfico lo llenaba todo. A todas horas circulaban coches, motos y autobuses, y por todas partes flotaba ese dulce olor tóxico de gasolina. Incluso dentro del apartamento, de suelos y cristales impolutos, seguía presente la calle, el olor de la calzada y el ruido de la gente que pasaba bajo la ventana. Había coches de muchos colores, una variedad cromática que yo no sabía que existía. En Kakuma todos los vehículos eran blancos, idénticos, con el emblema de Naciones Unidas.

Me cedieron la habitación donde dormían Mike y Grace; el colchón era enorme y firme, y la primera vez que entré en el cuarto las sábanas eran tan blancas que deslumbraban. Dejé la bolsa en el suelo y me senté en una sillita de mimbre que había

en un rincón. Sufría un terrible dolor de cabeza. Pensé que estaba solo en el cuarto, así que apoyé la cabeza en las manos e intenté darme masajes en el cráneo, a ver si eso me aliviaba. Pero mi cabeza tendía a acusar la presión, y los mejores momentos de mi vida a menudo venían acompañados de jaquecas de origen inexplicable.

—¿Ya estás instalado? —preguntó Mike.

Levanté la cabeza. Estaba en la puerta.

—Estoy bien —dije—. Muy bien. Estoy muy contento.

Me obligué a esbozar una sonrisa convincente.

—Esta noche vamos a ver una peli —me dijo—. ¿Te apuntas?

Le dije que sí. Él y Grace tenían que ir al trabajo. Trabajaban en un concesionario de automóviles situado en la misma calle, pero vendrían a recogerme a las seis. Mike me enseñó dónde estaba el televisor y el cuarto de baño, y me dio llaves del apartamento y de la puerta del edificio. Él y Grace bajaron corriendo las escaleras y me quedé solo.

¡Solo en un lugar así! Aunque me habían dado la llave me pasé un rato sentado junto a la ventana, viendo pasar a la gente. Era la primera vez que estaba en un segundo piso. Resultaba algo desconcertante, pero no se diferenciaba mucho a cuando nos encaramábamos en el árbol —Moses, William K y yo— para captar las conversaciones entre Amath y sus hermanas.

Después de una hora de observar la calle, el tramo que se veía desde la ventana, decidí probar la televisión. Hasta ese momento solo había tenido oportunidad de verla en ocasiones aisladas, así que ahora que estaba a mis anchas, con doce canales para mí solo, la experiencia fue total. Me avergüenza admitir que no me moví durante tres horas. ¡Pero vi un montón de cosas! Vi películas, noticias, fútbol, programas de cocina, documentales sobre naturaleza, una película en la que el cielo tenía dos soles y un reportaje sobre los últimos días de Adolf Hitler. Encontré un canal educativo, dirigido a gente de mi edad, donde usaban el mismo libro de texto que yo tenía en Kakuma. Me llenó de orgullo pensar que lo que estudiábamos los refugiados era bueno también para los kenianos de Nairobi.

Por la tarde, un poco cansado de tanta tele, oí el ruido de los estudiantes al salir de la escuela. Usé la llave para cerrar la puerta y bajé a la calle para ver a los niños y niñas de uniforme, que me miraban y susurraban:

—¡Turkana!

—¡Sudán!

—¡Refugiado!

Me señalaban y se reían, pero lo hacían sin malicia, y los aprecié por ello. Aquí las estudiantes caminaban libremente y llevaban impecables camisas blancas, faldas plisadas y pañuelos a juego. Era demasiado. Yo también quería llevar uniforme. Quería ser uno de ellos, saber lo que debía ponerme cada día; ser keniano, ir al colegio andando por calles asfaltadas y reírme por tonterías. Comprar caramelos al volver a casa, comérmelos y reírme. Eso quería. Que mi casa tuviera paredes, y que

con solo abrir el grifo pudiera lavarme las manos con tanta agua como me diera la gana, fría como el hielo.

Recuerdo perfectamente que la película que vi aquella noche con Mike y Grace fue *Men in Black*. Comprendí la trama hasta cierto punto, pero no estaba seguro de qué era real y qué no. Era la primera vez que entraba en un cine. La película me resultaba confusa, pero hice lo que pude por imitar las reacciones del público. Me reí cuando se reían. Me asusté cuando fingían asustarse. Pero durante todo el tiempo me costó mucho separar lo que era real de lo que no. Terminada la película, Mike y Grace me llevaron a tomar un helado y me preguntaron mi opinión sobre *Men in Black*. No podía admitir que no había entendido la mayor parte del argumento, así que alabé la película con fervor y asentí a todos sus comentarios. Eran grandes fans de Tommy Lee Jones: según dijeron, habían visto *El fugitivo* cuatro veces.

Aquella noche paseamos por las calles de Nairobi, de camino a su apartamento, y pensé en lo que sería vivir así. ¡Tomar helado! ¡De hecho pudimos elegir entre dos vendedores ambulantes! Recuerdo haber sido consciente de la naturaleza efímera de aquella noche, de que en dos días estaría de nuevo en Kakuma. Aunque intenté disimularlo, aminoré el paso. Deseaba con todas mis fuerzas prolongar la velada. Hacía una noche maravillosa, de aire cálido y viento amable.

Ya en el apartamento, Mike y Grace me dieron las buenas noches y me animaron a que cogiera lo que quisiera de la nevera, a que viera un rato la tele si me apetecía. Tal vez fuera un error. No cogí más comida, tenía el estómago a punto de reventar, pero aproveché la segunda parte de su ofrecimiento. No sé cuándo me dormí. Cambié tanto de canal que al final me dolía la muñeca. Sé que cuando por fin me fui a la cama la luz había empezado a teñir el cielo. Me pasé la mayor parte del día siguiente adormilado.

Por la mañana me encontré con Grace. Estaba sentada en el sofá, llorando. Entré de puntillas en el salón. Ella tenía un periódico en las manos.

—¡No, no, no! —exclamaba Grace—. ¡No puedo creerlo!

Mike vino a ver qué sucedía. Me mantuve al margen, algo tenso, por temor a que hubieran bombardeado de nuevo la embajada. A medida que me acercaba al periódico vi la foto de una mujer blanca en un coche. Era muy guapa, con el pelo rubio ceniza. Había más fotos de esa mujer dando flores a un niño africano, bajando de aviones, a bordo de descapotables. Supuse que la mujer, quienquiera que fuera, había muerto.

—Es horrible —dijo Mike, y se sentó junto a Grace y la abrazó por los hombros, atrayéndola hacia sí. Yo seguía sin saber qué había pasado.

Grace se volvió hacia mí. Tenía los ojos llenos de lágrimas, hinchados.

—¿No sabes quién es? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

—Es la princesa Diana. ¿De Inglaterra?

Grace me explicó que esa mujer había recaudado mucho dinero y ayuda para Kenia, que trabajaba para prohibir las minas antipersonas. Dijo que era una bella persona.

—Ha tenido un accidente de coche. En París —dijo Mike. Se había colocado detrás de Grace y la rodeaba con los brazos. Era la pareja más cariñosa que yo había visto nunca. Sabía que mi padre amaba a mi madre, pero en mi pueblo no se veían estas muestras de afecto.

Durante todo el día vimos a gente llorando. Diez de nosotros, entre ellos Tabitha, los somalíes y la mayor parte de los Dominics, fuimos a dar un paseo por la ciudad y dondequiera que fuimos encontramos a gente llorando: en mercados, iglesias, por la calle. Daba la impresión de que el mundo entero conocía a esa tal Diana, y, si ese era el caso, la conexión existente entre las personas de la Tierra era más estrecha de lo que yo había supuesto. Me pregunté si la gente de Inglaterra lloraría las muertes de Mike y Grace. En ese momento de confusión imaginé que así sería.

La falta de sueño me embotó los sentidos, y quizá fue lo mejor. Después de comer fuimos al teatro a ensayar la función de la noche siguiente, y de haber estado más despierto tal vez me hubiera desmayado. El teatro era inmenso, un espacio profusamente decorado. La última vez que habíamos representado la obra lo hicimos sobre el polvo de Kakuma, con el público sentado en el suelo frente a nosotros. En el campo no había escenarios como el de Nairobi, hecho de listones de madera de cerezo, con vistas a los mil doscientos asientos de la sala. Ensayamos todo el día, aunque el pesar flotaba en el aire. Los miembros de nuestro grupo habían sido informados de la muerte de Diana y de quién era esa mujer, y fingieron o adoptaron una pose de tristeza.

En cuanto nos dejaron solos hablamos de quedarnos en Nairobi. Nadie quería irse: queríamos vivir allí para siempre. Nadie quería volver a Kakuma, ni siquiera los que teníamos familia allí, y teorizamos sobre cómo podríamos evitarlo. Surgieron planes de huir, de desaparecer en la ciudad, de esconderse hasta que nos dieran por perdidos. Pero sabíamos que pillarían a algunos, y que estos recibirían un severo castigo. Y si alguien conseguía huir, ese sería el final de cualquier otro viaje a Nairobi para todos los que vivían en Kakuma. Al final llegamos a la conclusión de que la única solución era que alguien nos costeara la estancia. Si un ciudadano keniano accedía a patrocinar a cualquiera de nosotros, o a cualquier refugiado de Kakuma, esa persona podía vivir del patrocinador, asistir a una auténtica escuela keniana y vivir como vivían allí.

—Deberías pedírselo a Mike —me instó un Dominic—. Apuesto a que lo haría.

—No puedo pedirle eso.

—Es joven. Puede hacerlo.

No creí que fuera una buena idea. Muchos, tanto en Kakuma como después, tenían la costumbre de aprovecharse de la generosidad de una persona y estrujarla hasta que se rompía.

Pero en algún momento de debilidad me lo planteé. Podría decírselo, ¿no? Podía preguntárselo la noche antes de que nos fuéramos. En ese caso no se produciría el menor daño: no se sentiría incómodo por decir que no.

De manera que ese fue mi plan. Hasta el último día mantendría una actitud amable y alegre, que mostrara lo simpático que era, y entonces, la última noche, mencionaría a Mike que un joven como yo sería muy útil en Nairobi; que haría cualquier cosa por Mike, Grace y por el Grupo de Teatro Mavuno.

Finalizados los ensayos, Mike y Grace se ofrecieron a llevarme a cenar a un restaurante chino, con el acompañante que escogiera. Elegí a Tabitha, aunque sin muchas esperanzas de que accedieran: lo más probable era que consideraran que dicha elección era inapropiada. Pero como en Kenia no era raro que la gente como Tabitha y yo quedaran, Mike y Grace aceptaron encantados. Creo que mi elección los intrigó, ya que cuando íbamos a buscarla no paraban de hacer preguntas. «¿Quién has dicho que era? ¿La que iba de rosa?».

Cenamos en un restaurante de suelos de cerámica y las paredes llenas de retratos de antiguos dignatarios de Kenia. Tabitha y yo tomamos cordero con verduras y gaseosa. En esos días gané peso, al igual que todos. Nunca habíamos comido tan bien. Durante toda la cena, Mike y Grace nos vieron comer, sonriendo con tristeza, y cuando nos saciamos y pudimos charlar sin que nos distrajera la comida, estoy seguro de que ambos notaron que estábamos enamorados. Sus miradas pasaron de mí a Tabitha y luego volvieron a mí, y en sus caras apareció una sonrisa que lo decía todo.

Del restaurante fuimos paseando hasta un centro comercial de cuatro plantas, lleno de tiendas, gente, escaparates y con un cine. Tabitha y yo fingimos estar familiarizados con un lugar como ese e intentamos disimular la impresión que nos causaba.

—¡Dios mío, estoy muerta! —dijo Grace, bostezando de forma exagerada.

Mike se rió y le apretó la mano. Se paró frente a una tienda de revelado de fotos. Un hombre de barriga prominente salió del establecimiento y saludó con afecto a Mike y a Grace.

—Vale —dijo Mike, dirigiéndose a Tabitha y a mí—, supongo que os apetece pasar un rato solos, y nosotros no tenemos nada que objetar. Pero antes organicemos un poco las cosas. Este es mi amigo Charles.

El hombre de barriga prominente nos saludó con un gesto.

—Trabaja aquí hasta las diez. Os dejaremos que os quedéis en el centro comercial, sin carabinas, siempre y cuando os reunáis con Charles a las diez en punto en la puerta de su tienda. Él cerrará y os acompañará a casa.

Nos pareció un trato magnífico y nos apresuramos a aceptarlo. Mike me metió en la mano un puñado de chelines y me hizo un guiño de complicidad. En cuanto sentí aquel dinero en una mano y la mano de Tabitha en la otra, supe que estaba viviendo el momento más feliz de mi vida. Tabitha y yo disponíamos de casi dos horas para estar juntos, y no importaba que tuviéramos que quedarnos en el centro comercial.

—Quiero veros aquí a las diez en punto —dijo Charles, y miró a Tabitha.

—¿Estaréis bien? —me preguntó Mike.

—Sí, señor —dije—. Puede confiar en nosotros.

—Confiamos plenamente —dijo él, y volvió a guiñarme el ojo.

—¡Y ahora marchaos! ¡Sois libres! —exclamó Grace, y nos empujó con el dorso de su diminuta mano.

Mike y Grace se fueron del centro comercial, y Charles volvió a su tienda de fotos. Tabitha y yo nos quedamos solos, y las opciones donde elegir eran muchas. Empecé a pensar cuál sería el rincón más apropiado para abrazarla, para acariciarle la cara. Gop me había dicho que para besar a una mujer debía acariciarle antes la cara y estaba decidido a seguir su consejo.

No sabía nada del centro comercial, pero era consciente de que en una situación así el hombre debía aparentar decisión, de manera que conduje a Tabitha hasta dos pisos más arriba y entré en la tienda más iluminada que vi. Ignoraba lo que vendían. Cuando por fin reparé en que se trataba del supermercado, ya era demasiado tarde para cambiar de idea. Tenía que asumir la elección con dignidad.

Al recordarlo parece poco romántico, pero nos quedamos en el supermercado prácticamente las dos horas. Era inmenso, radiante, y estaba lleno de tanta comida que Kakuma podría alimentarse con ella durante una semana entera. Además también vendía otras cosas: perfumería y objetos varios. Muchas cosas en un solo lugar. Había doce pasillos, algunos con refrigeradores rebosantes de pizzas y helados, otros que mostraban electrodomésticos y cosméticos. Tabitha examinó los pintalabios, los productos para el pelo, las pestañas postizas y las revistas femeninas; ya entonces le gustaban los cosméticos. Las tiendas de Kakuma exhibían estantes de madera llenos de productos de aspecto viejo; nada estaba envuelto en colores brillantes, nada era tan luminoso y apetecible como los contenidos de aquel supermercado de Nairobi. Recorrimos todos los pasillos, maravillándonos ante una cosa u otra: un anaquel lleno de zumos y refrescos; un estante que solo contenía caramelos y juguetes, otro, con ventiladores y aparatos de aire acondicionado; un área al fondo donde había nuevas y relucientes bicicletas. Tabitha soltó un gritito y fue corriendo a las que estaban pensadas para niños.

Se sentó en un triciclo pequeño e hizo sonar la bocina.

—Val, tengo que hacerte una pregunta importante —dijo ella, con los ojos brillantes.

—¿Sí? —dije. Me preocupaba mucho que quisiera de mí algo que no me sentía preparado para darle. Hacía tiempo que temía que Tabitha estuviera más versada que

yo en el tema amoroso, y que en cuanto nos quedáramos solos querría avanzar con demasiada rapidez. Eso dejaría en evidencia mi absoluta inexperiencia. Verla montada en aquel triciclo despertaba en mí sentimientos fuertes e inexplicables.

—Huyamos —dijo ella.

Eso no era lo que yo esperaba.

—¿Qué? ¿Huir? ¿Adónde?

—Escapar. Quedarnos aquí. Irnos de Kakuma. No volver.

Le dije que había perdido la cabeza. Se quedó un minuto callada y pensé que había entrado en razón. Pero aún le quedaba mucho que decir.

—¿No lo ves, Val? Mike y Grace esperan que nos marchemos esta noche, juntos. Por eso nos han dejado solos.

—Mike y Grace no esperan que nos vayamos.

—¡Ya has oído a Grace! ¡Nos empujó! Podemos irnos y ser como ellos. ¿No te gustaría llevar esa clase de vida? Podemos hacerlo, Val, tú y yo.

Le dije que no podía. No estaba de acuerdo con ella en que Mike y Grace esperaran que huyéramos esa noche. Más bien pensaba que nuestra desaparición les causaría un montón de problemas con la policía y los agentes de inmigración. Le recordé que nuestra huida también pondría punto final a las excursiones para todos los refugiados de Kakuma. Nuestro viaje a Nairobi sería el último que se realizaría entre la juventud de Kakuma.

—¡Vamos, Val! No podemos pensar en eso —dijo ella—. Tenemos que pensar en nosotros. Tenemos que vivir, ¿no? ¿Qué derecho tienen a decirnos dónde podemos vivir? Tú sabes que lo de Kakuma no es vida. Allí no somos humanos, y lo sabes. Somos animales, estamos encerrados como si fuéramos ganado. ¿No crees que mereces algo mejor? ¿Que ambos lo merecemos? ¿A quién obedeces? ¿Reglas impuestas por kenianos que no saben nada de nosotros? Todo el mundo lo entenderá, Val. Nos aplaudirán desde Kakuma y lo sabes. Nadie espera vernos volver.

—No podemos, Tabitha. Las cosas no se hacen así.

—Solo se vive una vez, Val. ¿Vas a pasarte esta única vida siguiendo las órdenes de esa gente? ¡No te consideran una persona! ¡Eres un insecto para ellos! Toma el control.

Me pisó con fuerza.

—¿Quién eres, Valentino? ¿De dónde vienes?

—De Sudán.

—Ah, ¿sí? ¿De verdad? ¿Qué recuerdos tienes de ese lugar?

—Algún día volveré —dije—. Siempre seré sudanés.

—Pero antes que eso eres una persona, Val. Eres un alma. ¿Sabes lo que es un alma?

Podía mostrarse condescendiente hasta la desesperación.

—Eres un alma que se encarnó en el cuerpo de un chico de Sudán. Pero no estás atado a él, Val. No eres solo un chico sudanés. No tienes por qué aceptar sus

limitaciones. No tienes por qué obedecer las leyes que dicen cuál es tu sitio, que establecen que el hecho de tener piel de sudanés y rasgos de sudanés te convierte obligatoriamente en producto de la guerra, en parte de toda esta mierda. Te dicen que te marches de casa y viajes a pie hasta Etiopía y obedeces. Te dicen que abandones Etiopía, que abandones Golkur, y obedeces. Caminan hasta Kakuma y tú vas con ellos. Te limitas a seguirlos. Y ahora te dicen que debes quedarte en el campo de refugiados hasta que te autoricen a irte. ¿No lo ves? ¿Qué derecho tiene esta gente a poner fronteras a tu vida? ¿Quién les ha otorgado ese derecho? ¿Solo el hecho de haber nacido en Kenia mientras tú eres sudanés?

—¡Mis padres están vivos, Tabitha!

—¡Ya lo sé! ¿No crees que te sería mucho más fácil reunirte con ellos desde Nairobi? Podrías trabajar, ganar dinero: te resultaría mucho más fácil llegar a Marial Bai desde aquí. Piénsalo.

Ahora puedo volver la vista atrás y ver la sabiduría que destilaban sus palabras de aquella noche, pero entonces lo único que sentía ante Tabitha era una gran frustración: tenía una opinión muy pobre de sus puntos de vista y de ella misma. Le dije que su discurso no me convencería para desobedecer las leyes ni para disminuir la calidad de vida de miles de jóvenes de Kakuma.

—No tengo el derecho de complicarle la vida a nadie —dije.

Y ese fue el final de nuestra charla. Deambulé un rato por la tienda; no estaba seguro de querer volver a estar con Tabitha, ni esa noche ni nunca más. Era una persona distinta de como había imaginado. Me parecía egoísta, irresponsable, irreflexiva e inmadura. Decidí que me limitaría a ir a la tienda de Charles a las diez, con la esperanza de que Tabitha estuviera allí. Pero no quería ser yo quien impidiera su huida si escogía esa opción. Aunque deseaba con todas mis fuerzas que no huyera, no quería decírselo. No tenía derecho a hacerlo. Estaba seguro de que esa noche marcaría el final de nuestro romance. A partir de ahí ella me vería como a alguien tímido y obediente. Desde el principio había albergado el temor de que Tabitha se sintiera atraída por hombres más desafiantes que yo. Ese día, como tantos otros, me debatí contra ese rasgo de mi personalidad que me impulsaba a acatar la ley. A lo largo de los años ese anhelo por complacer a quienes ostentan la autoridad me ha creado muchos problemas.

Sin embargo era demasiado pronto para admitirlo, tanto ante mí mismo como ante Tabitha, así que me dediqué a mirar las bicicletas y recordé al hombre del desierto que guardaba agua fresca en un agujero del suelo. Pensé en ese hombre y sin darme cuenta me toqué la parte del tobillo arañada por el alambre de espinos. Fue entonces cuando vi que Tabitha había vuelto. Venía hacia mí a toda prisa, por el pasillo de los ventiladores, las cafeteras y las toallas, y enseguida la tuve delante, a centímetros de distancia.

—¡Imbécil! —me gritó.

No tenía respuesta a una acusación que era absolutamente cierta.



—Ahora bésame —exigió ella.

Nunca la había visto tan enojada: en su frente se percibían unos músculos que yo no sabía que existieran. Sin embargo fruncía los labios, cerró los ojos y acercó su cara a la mía. Y al instante todas mis opiniones sobre ella se desvanecieron como por ensalmo. Mi estómago chocó contra mi corazón, pero busqué los labios de Tabitha con los míos y la besé. La besé y ella me besó hasta que un dependiente nos dijo que nos fuéramos. Iban a cerrar, nos dijo mientras señalaba el reloj. Eran las diez. Llevábamos cuarenta minutos besándonos rodeados de bicicletas, con sus manos apoyadas en un manillar y las mías sobre las suyas.

No recuerdo nada del día siguiente. Tabitha se vio obligada a dedicar todo el tiempo a sus anfitriones, y como Mike y Grace trabajaban yo me pasé gran parte de la jornada en su piso. Salí a dar un paseo por el barrio, intentando pensar, aunque fuera solo durante un par de segundos, en algo distinto al beso que habíamos compartido. Pero era inútil. A lo largo de aquellas horas reviví aquel beso unas mil veces. Besé la nevera, besé todas las puertas, las almohadas y todos los cojines del sofá, en un esfuerzo por recuperar aquella sensación.

Debería haber estado preocupado por Tabitha, por si aparecería aquel día en el ensayo, pero lo cierto es que aún no había logrado procesar la noche anterior. Cuando Tabitha se presentó en el teatro por la tarde, yo estaba tan hechizado por los recuerdos de la última noche que apenas si me percaté de la presencia de la Tabitha real, que por alguna razón se esforzaba por demostrarme la más absoluta indiferencia. En algún momento de la noche había decidido volver a enfadarse conmigo. Seguiría furiosa durante semanas.

La noche de la función el teatro se llenó. Participaban dieciocho grupos, todos de Kenia. La nuestra era la única compañía formada por refugiados. Doy gracias a Dios porque aquella noche actuamos bien; nadie se olvidó de su papel, y a pesar de los focos y del numeroso público, encontramos la forma de dotar de fuerza las palabras de la obra que habíamos escrito. Lo hicimos bien, y nos dimos cuenta de ello. Al final, el público aplaudió y algunos incluso se pusieron en pie. Nuestro grupo quedó el tercero. No hubiéramos podido pedir más.

Después se celebró una cena y luego nos fuimos a nuestras respectivas casas. Incluso durante el camino mi cara reflejaba los efectos de la lucha que me reconcomía por dentro.

—¿Te pasa algo? —preguntó Grace—. Parece que hayas comido algo en mal estado.

Le dije que no era nada, pero estaba hecho un manojo de nervios. Sabía que esa era mi última posibilidad de pedirles que me ayudaran a quedarme.

Pero no le comenté nada a Grace, ni a ninguno de los dos mientras se duchaban antes de acostarse. Grace se fue a la cama y Mike hizo lo mismo, pero un rato más

tarde volvió al salón.

—No podía dormir —dijo.

Nos pasamos muchas horas de aquella noche sentados en el sofá viendo la tele, y mientras yo le hacía preguntas sobre lo que aparecía en pantalla —¿quiénes son esos hombres de sombrero curvado?, ¿quiénes son esas mujeres con plumas en la cabeza? —, no dejaba de preguntarme: ¿Podría hacerlo? ¿Podría pedirle algo así? No podía pedirselo. Era demasiado, y lo sabía. Mike estaba demasiado ocupado para cargar con un refugiado. Pero al mismo tiempo me decía que podía serle útil. Había tantas cosas que podría hacer para ganarme el sustento: podría cocinar, limpiar, y desde luego ayudar en el teatro en lo que hiciera falta. Ya había demostrado que era una persona organizada y de trato fácil: podría limpiar el teatro después de la función, o antes. De hecho podría hacer las dos cosas, y luego irme a casa y prepararles la cama. No me cabía duda de que Mike era consciente de lo que podía hacer por ellos. Él sabía que yo estaba dispuesto a trabajar para pagarme el alojamiento y la manutención, que tenerme en su casa le reportaría ventajas.

Maldije mi propia estupidez. Mike no quería ni necesitaba ayuda alguna. No deseaba cargar con el peso de un adolescente sudanés y desgarrado. Su buena obra había consistido en acogerme durante una semana, y no se le podía pedir más. Si mi madre supiera que estaba planteándome la posibilidad de exigir algo así a alguien se moriría de vergüenza.

—Bueno, para mí se ha acabado la noche —dijo él, y se levantó del sofá.

—Vale.

—¿Te quedas? No sé cuándo duermes.

Sonreí y abrí la boca. Un puñado de palabras se me agolparon en ella, palabras que expresaban agradecimiento y necesidad. Pero no dije nada.

—Buenas noches —dije—. Vuestra hospitalidad ha significado mucho para mí.

Él sonrió y se fue a la cama, a reunirse con Grace.

Partimos hacia casa a la mañana siguiente, todos los refugiados de Kakuma. Todos estábamos fatigados; yo no era el único que se había aficionado a la tele. No me senté cerca de Tabitha, ni le dirigí la palabra en todo el viaje de regreso. Era mejor así. Una multitud de pensamientos me invadía el cerebro y necesitaba descansar de ella, de cualquier cosa que me recordara las opciones que había descartado. Apoyé la cabeza en el cristal e intenté dormir. Esa vez no paramos en Ketale; fuimos directos a Kakuma. Me pasé el trayecto medio adormilado, viendo a ratos los frondosos paisajes kenianos, las grandes montañas verdes, las extensiones de granjas de cultivo. Lo dejamos todo atrás para penetrar de nuevo en el clamoroso desastre de Kakuma.

Estoy en el aparcamiento del Century Club y faltan veinte minutos para que el gimnasio abra sus puertas. No es bastante para echar una cabezada, aunque tuviera ganas, así que pongo la radio y escucho las noticias de la BBC. Este programa ha formado parte de mi vida desde hace años, desde Pinyudo, cuando los comandantes del ELPS retransmitían las noticias de África por todo el campamento. En los últimos años da la impresión de que no hay un solo día en que no den alguna información sobre Sudán. Esta mañana empiezan con una historia previsible sobre Darfur; un experto en temas africanos destaca que siete mil soldados de la Unión Africana que patrullan por una región del tamaño de Francia se han mostrado ineficaces para prevenir el terror constante de los *janjaweed*. Los fondos para esas tropas están a punto de agotarse, y parece que nadie, ni siquiera Estados Unidos, está dispuesto a invertir más dinero o a aplicar ideas nuevas que detengan las matanzas y las migraciones. No es ninguna sorpresa para los que vivimos veinte años de opresión bajo el yugo de Jartum y de sus milicias.

La segunda historia de Sudán es más fascinante; trata de un yate. Al parecer, la Unión Africana debía reunirse en Jartum, y al-Bashir, el presidente de Sudán, quiso impresionar a los jefes de Estado con un barco extravagante que permanecería anclado en el Nilo y llevaría a los dignatarios de crucero durante su estancia allí. El bajel se adquirió en Eslovenia, y Bashir pagó cuatro millones y medio de dólares por él. No hace falta decir lo que podría hacerse con cuatro millones y medio de dólares para paliar el hambre en Sudán.

El yate fue transportado desde Eslovenia hasta el mar Rojo, donde se hizo a la mar en dirección al puerto de Sudán. Una vez allí tenía que ser transportado por tierra hasta Jartum, a tiempo para la conferencia. Pero hacerlo llegar hasta la capital se reveló más complicado de lo que se esperaba. Las ciento setenta y dos toneladas que pesaba el barco suponían todo un reto para los puentes sobre los que debía pasar, y el trazado de los cables eléctricos resultaba un problema añadido: hubo que cortar ciento treinta y dos de esos cables y volver a ensamblarlos una vez el yate hubiera pasado. Para cuando el yate avistaba el Nilo, los líderes africanos ya habían regresado a sus casas. Habían conseguido sobrevivir sin el yate y sus televisores vía satélite, sin la porcelana y los camarotes de lujo.

Pero antes de que el barco llegara a Jartum ya se había convertido en un símbolo de la decadencia y la crueldad de Bashir. Le surgen enemigos por todos lados: los sudaneses del sur ya no son los únicos que lo desprecian. El desprecio se ha extendido a los musulmanes moderados, que han formado una serie de partidos políticos y coaliciones para oponerse a él. Al fin y al cabo, fue un grupo de musulmanes no árabes los que se rebelaron en Darfur contra el gobierno y exigieron cambios en la región. Si el genocidio no incita a la gente de Sudán a derrocar a este

loco, y al Frente Islámico Nacional que controla Jartum, tal vez el barco sea la gota que colme el vaso.

Mientras escucho las noticias tengo la vista fija en una cabina telefónica que hay al otro lado del aparcamiento, y esa visión me ha dado una idea. Decido llamar a mi propio móvil, llamar al teléfono que me han robado. No tengo nada que perder.

Uso una de las tarjetas que le compré al primo de Achor Achor en Nashville. Vende tarjetas telefónicas de cinco dólares que conceden al usuario la posibilidad de gastar cien en llamadas a larga distancia. No entiendo cómo funciona, pero todos los refugiados que conozco las compran. La que tengo es muy rara y no parece hecha por africanos. Muestra un dibujo extraño: un nativo maorí vestido de gala, lanza en mano, con un búfalo americano al fondo. Sobre las imágenes aparecen las palabras AFRICA CALIFORNIA.

Tardo un momento en recordar cuál es mi número; no lo he marcado muchas veces. Cuando por fin me viene a la cabeza marco los primeros seis dígitos a toda prisa y respiro hondo antes de introducir los últimos. A menudo no me creo mis propios actos.

Suena. Se me cierra la garganta. Dos tonos, tres. Un clic.

—¿Diga? —Es la voz de un chico. Michael. El chico de la tele.

—Michael, soy el hombre al que atracasteis anoche.

Un respingo rápido seguido de silencio.

—Michael, no cuelgues. Solo quería decirte que...

El chico suelta el teléfono y le oigo hablar en una habitación con eco. Oigo voces lejanas y luego una orden: «Dame eso». Alguien aprieta un botón y corta la llamada.

Di este número a la policía y ahora sé que ni siquiera han intentado llamar. El teléfono sigue en poder de las personas que lo robaron, los que me asaltaron y golpearon, y todavía está dado de alta. La policía no se ha molestado en investigar el delito, los delincuentes sabían que la policía no haría nada. En este momento, más que en cualquier otro, me pregunto si aún existo. Si uno de los bandos involucrados, ya fuera el de la policía o el de los ladrones, creyera que yo tengo algún valor, que mi voz significa algo, se habrían ocupado de este móvil. Pero parece evidente que ninguna de las partes ha reconocido mi existencia.

Cinco minutos después, ya en el coche y habiendo recobrado el aliento, decido volver a la cabina y llamar de nuevo. No me sorprende lo más mínimo que la llamada vaya directa al buzón de voz. Por pura costumbre marco el código de acceso y escucho los mensajes grabados.

Hay tres. El primero es de Madelena, la responsable de admisiones de una pequeña universidad jesuita que visité meses atrás y donde prácticamente dieron mi

admisión por hecha. Desde entonces parecen haber descubierto una docena de motivos para rechazar mi solicitud. Primero adujeron que el impreso no reunía los requisitos necesarios: les había enviado una copia y necesitaban un original certificado. Luego resultó que no había superado un examen que antes habían calificado de prescindible. Y durante todo este tiempo me ha resultado imposible hablar con Madelena por teléfono. Sin embargo, suele devolver mis llamadas regularmente, siempre a horas en que sabe que no puedo contestar. No estoy seguro de cómo lo hace. Es un genio en esto. Este mensaje es más informativo que cualquier otro:

«Valentino, he hablado con mis colegas de la facultad y hemos llegado a la conclusión de que te haría falta cursar algunos créditos más en el...», se oye ruido de papeles mientras busca el nombre, «Georgia Perimeter College. Lo último que deseáramos es que vinieras hasta aquí solo para fracasar en el intento. Así que será mejor que volvamos a hablar dentro de unos semestres a ver cómo te va...». El discurso prosigue en un tono parecido y cuando cuelga casi puedo oír el alivio en su voz. No tendrá que tratar conmigo hasta, como mínimo, dentro de un año.

Al igual que sucedió en Kakuma, la gente se ha quedado atónita ante mis dificultades para alcanzar ciertos objetivos que en principio parecían pan comido. Llevo cinco años en Estados Unidos y no estoy mucho más cerca de la universidad de lo que estaba cuando llegué. Gracias a la ayuda de Phil Mays y de la Fundación de los Niños Perdidos pude dejar el empleo de muestras de tela y dedicarme por completo al estudio en el Georgia Perimeter College, donde me matriculé en las clases que eran necesarias para luego iniciar una carrera de cuatro años. Pero nada ha salido según lo planeado. Mis notas oscilan y mis profesores no siempre son alentadores. ¿De verdad estoy hecho para la universidad?, preguntan. No he respondido a la pregunta. Se me agotó el dinero de la fundación y tuve que aceptar este trabajo en el gimnasio, pero sigo decidido a asistir a la universidad. A una facultad respetada donde pueda ser un alumno legítimo. No descansaré hasta lograrlo.

Este otoño parecía que por fin había alcanzado mi objetivo. Tenía a cuestas cuatro sólidos semestres de instituto y mis notas eran correctas en conjunto. Bajaron después de la muerte de Bobby Newmyer pero no creí que esos escasos tropiezos empañaran las solicitudes. Y sin embargo así fue. Pedí plaza en facultades jesuitas de todo el país y sus respuestas fueron confusas y contradictorias.

Primero realicé una visita de prospección. Visité siete universidades y en todos los casos me esforcé por tomar apuntes, por asegurarme de que sabía exactamente qué buscaban en un aspirante. Gerald Newton me aconsejó que lo preguntara sin ambages: «¿Qué necesitaría para asegurarme una plaza aquí el próximo otoño?». Pronuncié exactamente la misma frase en todas las universidades que visité. Y ellos se mostraron muy alentadores. Eran simpáticos, daba la impresión de que me querían. Pero mis solicitudes fueron rechazadas en todos y cada uno de esos centros, y en algunos casos los responsables de admisiones ni siquiera se molestaron en contestar.

Cuando por fin hablé con el responsable de admisiones de un centro, un hombre que accedió a ser franco conmigo, este me dijo varias cosas interesantes.

—Tal vez seas demasiado mayor.

Le pedí que se explicara. Representaba a otra universidad de arte de talante progresista con una pequeña población estudiantil. Yo había visitado el centro, sus cuidados setos recortados en forma de animales, sus edificios que se parecían mucho a los del catálogo que nos habíamos pasado unos a otros mientras esperábamos a que saliera el vuelo que nos sacaría de Kakuma.

—Míralo desde esta perspectiva —dijo—. Aquí tenemos dormitorios comunes. Hay chicas jóvenes. Algunas de apenas diecisiete años. ¿Ves por dónde voy?

No, no veía por dónde iba.

—Tu solicitud dice que tienes veintisiete años.

—¿Y?

—Bien, pues imagínate a una familia media. Se gastan cuarenta mil dólares en enviar a su joven y rubia hija a la universidad; esta nunca se ha separado de ellos, y el primer día en el campus se encuentra con un tipo como tú en los dormitorios.

En su opinión, no hacían falta más explicaciones. Intentaba darme un consejo sincero y definitivo; supuso que me rendiría. Pero me niego a creer que este sea el final de mi carrera universitaria, aunque ahora tengo la impresión de que debo aplicar la creatividad. En Kakuma podíamos inventarnos un nombre nuevo, una nueva historia con el propósito que fuera, siempre que las circunstancias lo demandaban. «Debes innovar», me dijo Gop muchas veces, y se refería a que en Kakuma existían pocas reglas que fueran inquebrantables. Sobre todo cuando la alternativa era el hambre.

Hay otro mensaje en el buzón de voz de un tal Daniel Bol, al que conozco desde Kakuma. Estaba en el Grupo de Teatro Napata, y aunque no lo reconoce abiertamente sé que llama porque vuelve a necesitar dinero. «Ya sabes para qué te llamo», dice, antes de exhalar el aire de forma dramática. En circunstancias normales no le devolvería la llamada, pero de repente se me ocurre algo que puede resolver de una vez por todas mi problema con Daniel. Le llamo.

—¿Diga? —Es él. Está despierto. Donde vive son las 3.13 de la madrugada. Charlamos un rato sobre trivialidades, sobre su nuevo matrimonio y su última hija, que nació hace tres meses. Se llama Hillary.

Daniel no se distingue por su elocuencia, y siento cierto placer al notar la torpeza con que saca el tema de su llamada.

—Bueno... —dice él. Luego se calla. Se supone que de ahí debo deducir que necesita mi ayuda, y se espera de mí que le pregunte qué banco de Western Union le queda más cerca de su casa. Decido obligarle a que explique su situación de forma más clara.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Ay, Achak, como sabes, tengo otro bebé en casa.

Le recuerdo que acabamos de hablar de ella.

—Sí, y la semana pasada estuvo enferma, y luego yo hice una tontería. Me avergüenzo mucho de lo que hice, pero ya está hecho. Así que...

Y por segunda vez se supone que debo inferir el resto de la historia y enviarle el dinero. Pero no se lo pienso poner tan fácil. Le echo un poco de teatro, por los viejos tiempos.

—¿Qué has hecho? ¿Qué ha pasado? ¿La niña sigue enferma?

Sé que su hija no está enferma ni lo ha estado nunca, pero me sorprende que retire ese anzuelo.

—No, no se trata de la niña. Ya está bien. Es una estupidez que cometí un fin de semana. Hace dos semanas. Ya sabes de qué te hablo.

Siempre me ha parecido curioso su empeño por evitar la palabra «juego», como si no quisiera contaminar la conversación con ella. Pero le presiono un poco más y acaba explicándome lo que yo sabía desde que oí su voz en el contestador del móvil. Daniel tiene la costumbre de abandonar a su mujer y a su hija durante varios días y recorrer los cuarenta y cinco minutos de trayecto que le separan de una reserva india, donde se halla su casino favorito. En los últimos seis meses ha perdido allí un total de once mil cuatrocientos dólares. Todos los que le conocemos hemos intentado ayudarle de distintas formas, pero ningún método ha resultado eficaz. Durante algún tiempo algunos cometimos el error de enviarle dinero sin más. Yo le di doscientos dólares, todo lo que pude reunir, y solo porque me dijo que no tenía un seguro que le cubriera el parto de la niña y que tenía que abonar los gastos de su bolsillo. Los americanos de su parroquia y los sudaneses de todo el país realizaron sus aportaciones económicas para esa causa, solo para terminar averiguando que siempre había tenido seguro y que hasta el último dólar de los cinco mil trescientos que recaudó, entre veintiocho de nosotros, fue invertido en el casino. Desde ese momento ha estado abordando con tiento a los que considera que aún estamos dispuestos a realizar donaciones. Esta mañana opta por una declaración de buenos propósitos, de salvación.

—Se acabó, Dominic. Por fin me he librado de este vicio.

Sigue sin pronunciar palabras como «juego» o «blackjack». Le escucho durante diez minutos más sin oírlas.

—Si no puedo pagarlo —dice él, antes de realizar una pausa dramática—. La única solución será... terminar con todo. Me rindo, joder. Se acabó.

Por un momento no entiendo a qué se refiere. ¿Se acabó el juego? Pero luego veo por dónde va, aunque sé que la amenaza es un farol. Daniel debe de ser la última persona que conozco capaz de quitarse la vida. Es demasiado débil, demasiado vanidoso. Aguanto la amenaza latente durante un momento, y luego decido que ha llegado el momento de jugar el as que tengo en la manga.

—Daniel, ojalá pudiera ayudarte en esta situación de necesidad, pero anoche fui atracado.

Y le endoso toda la historia, le cuento el mal trago desde el principio. Aunque sé que es un hombre egocéntrico, me sorprende lo poco que parece importarle. Mientras hablo va haciendo sonidos de asentimiento, en señal de que me escucha, pero no pregunta cómo estoy, ni dónde estoy, ni por qué estoy despierto a las 5.26 de la madrugada. Pero le queda claro que no puede seguir pidiéndome dinero. Su único deseo es colgar el teléfono: esta conversación supone para él una pérdida de tiempo cuando debería estar pensando a quién llamar a continuación.

Muchos nos han calificado de experimento fracasado. Éramos los africanos modelo. Esa fue nuestra etiqueta durante mucho tiempo. Nos aplaudían por nuestra diligencia y nuestras buenas maneras, y sobre todo por la devoción que mostrábamos hacia su fe. Las iglesias nos adoraban, y los líderes financiados y controlados por ellas nos codiciaban. Pero el entusiasmo ha menguado. Somos jóvenes, y los tipos jóvenes tienen tendencia al vicio. De entre los cuatro mil están los que se han acostado con prostitutas, los que han perdido semanas y meses por culpa de las drogas, muchos más que han invertido su energía en la bebida, docenas que se han convertido en jugadores inexpertos, que se han metido en broncas.

La historia que terminó con esa imagen circuló por todas partes y desgraciadamente era cierta. Una noche, no hace mucho, tres sudaneses residentes en Atlanta, a los que yo conocía desde Kakuma, salieron de juerga. Bebieron en tugurios y luego en la calle, y acabaron despiertos y borrachos a unas horas en que el resto de la ciudad dormía. Dos de ellos empezaron a discutir por dinero; había diez dólares en juego, que habían sido prestados y no devueltos. Enseguida llegaron a las manos, una pelea torpe y aparentemente inofensiva. El tercero intentó mediar, pero los tres estaban borrachos, aturdidos, y uno de ellos intentó propinar una patada en el pecho de su deudor: perdió el equilibrio y se dio de cabeza en el suelo. Eso puso fin a la discusión por aquella noche. Los tres se dispersaron, aunque el mediador ayudó al caído a llegar a casa, donde se le hinchó la cabeza. Doce horas después este amigo llamaba a una ambulancia, pero para entonces ya era tarde. El herido había entrado en coma y murió a los dos días.

¿A los americanos también les suceden estas cosas? ¿Un hombre intenta dar una patada a otro y muere? ¿Existe algo más patético? ¿Tenía que ser por un billete de diez dólares? Yo acabo echándole la culpa al tercero, al amigo, por no llevarle antes al hospital y por contar a todo el mundo que el motivo de la discusión era tan nimio. Ahora todo el mundo puede decir que los sudaneses son capaces de matarse por diez dólares.

Envío dinero a muchos. Como todo el mundo en Kakuma sabía que yo tenía un empleo allí, asumen que en América nado en la abundancia. De manera que recibo llamadas de conocidos del campo, y de Nairobi, El Cairo, Jartum y Kampala. Envío lo que puedo ahorrar, aunque gran parte de mi dinero va a parar a mis hermanos



pequeños y a mis hermanastros, tres de los cuales estudian en un colegio de Nairobi. Eran tan pequeños cuando me fui de Marial Bai que casi no los recuerdo. Ahora han crecido y tienen sus propios planes. Samuel, el mayor y el más bajo, acaba de terminar el instituto y está intentando estudiar empresariales en Kenia. Peter estudia en una escuela privada llevada por británicos en Nairobi; Phil me ayudó a pagar sus estudios. Peter es tal vez el que más se me parece: está muy metido en las actividades escolares, es delegado de curso, juega al baloncesto y es cinturón negro de kárate. Es un chico callado, pero sus compañeros y maestros le respetan. Como es el más responsable de todos mis hermanos, le envío a él el dinero para que lo reparta entre Samuel y Philip, que a sus dieciséis años ha decidido que quiere ser médico. Estoy contento y orgulloso de poder enviarles dinero, a veces hasta trescientos dólares en un mes. Pero nunca es suficiente. Hay tantos por quienes no puedo hacer lo que me gustaría... La hermana de mi padre vive en Jartum, tiene tres hijos y pocos medios de subsistencia. Su marido murió en la guerra y sus hermanos también han muerto. Le envío dinero, unos cincuenta dólares mensuales, y me gustaría que pudiera ser más.

El último mensaje es de Moses. El Moses de Marial Bai, el Moses que fue llevado al norte como esclavo. El Moses que fue marcado y huyó, y que más tarde se entrenó para ser rebelde. El Moses que asistió a una escuela privada en Kenia, a la Universidad de British Columbia, y que ahora vive en Seattle. No le he visto desde Kakuma y su voz me provoca un sentimiento de profunda gratitud. Es la suya una voz firme, siempre positiva, que mira hacia delante con esperanza.

«¡Alejado, amigo mío!», dice en inglés. Siempre le gustó ese apodo. Luego empieza a hablar en dinka. «Lino me ha llamado para contarme lo que ha pasado. Antes que nada, no te enfades con Lino. Dijo que no se lo había contado a nadie más. Y yo tampoco lo haré, te lo prometo. También me ha dicho que estabas bien y que las heridas no eran graves. Así que te deseo que tengas una pronta recuperación».

Siempre que me asaltan dudas sobre adónde vamos y quiénes somos, y por casualidad hablo con Moses, recobro la seguridad. ¡Ojalá estuvieras a mi lado ahora, Moses! Serías lo bastante fuerte como para arrastrarnos a los dos hasta el final de esta mañana horrible.

«Bueno... quizá este no sea el mejor momento para hablar de esto... —dice él y contengo la respiración—. Pero estoy organizando una marcha...» Exhalo. Me cuenta que está organizando una marcha para llamar la atención sobre las reivindicaciones de la gente de Darfur. Su idea es caminar desde su ciudad, Seattle, hasta Tucson, Arizona.

«Achak, quiero hacerlo y sé que servirá para algo. ¡Piénsalo! ¿Y si camináramos todos juntos de nuevo? ¿Y si pudiéramos lograr que toda nuestra gente emprenda una marcha parecida, esta vez en carreteras y a la vista del mundo entero? ¿La gente no haría algo? Conseguiríamos que la gente tomara conciencia de lo que pasa en Darfur,

de lo que significa ser desplazado, perseguido, caminar en dirección a un futuro incierto, ¿no crees? Llámame cuando tengas un momento. Me gustaría contar contigo en esto».

Hay una pausa, en la que Moses parece haber colgado el teléfono. Luego lo coge de nuevo, a toda prisa.

«Y siento mucho lo de Tabitha, Achak. Lo lamento muchísimo. Sé que encontrarás a otra chica. Eres un hombre muy atractivo. —Se calla y se corrige—: Bueno, para las mujeres, no para mí. Yo no te encuentro atractivo en ese sentido, Alejado».

Se ríe en silencio antes de colgar.

—¡Míralo!

Empujo la puerta principal del Century Club y me encuentro con Ben, el responsable de mantenimiento de las instalaciones. Es un hombre delgado, de manos pequeñas, ojos grandes y comprensivos, y una frente que parece una bóveda.

—Hola, Ben —le digo.

—Vaya, pareces agotado, chico. —Deja la carpeta sobre el mostrador y se viene hacia mí. Toma mi cara entre sus manos—. ¿Dónde te has metido? Da la impresión de que no has dormido desde hace semanas. ¡Y esto! —Su dedo roza el corte que atraviesa mi frente—. ¡Y el labio!

Sin apartarse observa mi rostro con atención.

—¿Te has metido en una pelea?

Suspiro, y deduce que eso es un sí. Da un paso atrás y adopta una expresión de disgusto.

—¿Por qué los sudaneses siempre andáis a la greña?

Apoyo la mano en su hombro y me abro paso. No me apetece explicarle todo lo que ha sucedido. Tengo que lavarme.

—Ven a hablar conmigo cuando te hayas duchado, ¿vale? —me grita.

Estoy solo en el vestuario. Cojo una toalla limpia y blanca del montón que hay junto a la puerta y abro mi taquilla. Quitarme los zapatos es un milagro. Mis pies respiran, yo respiro. La sensación de alivio es instantánea. Los meto dentro de la taquilla y me desnudo despacio. Estoy magullado por todas partes; mi cuerpo parece haber envejecido décadas en una noche.

El agua supone un impacto a cualquier temperatura. A medida que se calienta, mi cuerpo y mis huesos también entran en calor. Agacho la cabeza bajo la lluvia y observo cómo la sangre resbala por mi cuerpo y cae sobre las losetas del suelo. No hay mucha: solo un hilo sonrosado que desaparece enseguida por el sumidero.

En el espejo mi aspecto no es muy distinto. Tengo un corte en el labio inferior y un moretón con forma de hoz que va de mi mejilla hasta la sien. Un pequeño punto rojo ocupa ahora el extremo de mi ojo izquierdo: una gotita en el centro del blanco.

Me pongo una camiseta que está casi limpia y la sudadera y las zapatillas que guardo en el club. En cuanto abra la tienda del club me compraré otro polo de tenis y me lo pondré. A pesar de que no he dormido, el solo hecho de cambiarme de ropa ha creado una línea divisoria entre el día de ayer, sus acontecimientos, y el de hoy. Respiro hondo y me mareo. Me dejo caer en la butaca que hay en un rincón. Mi cuello ha cedido y la barbilla me roza el pecho. Por un momento me siento derrotado. Cierro los ojos, no veo nada: ni colores, nada. No consigo hacer acopio de fuerzas para volver a levantarme. Mi columna vertebral parece haberme abandonado. Soy un invertebrado, y la idea me reconforta un poco. Me dejo llevar por ella: si sigo su

curso podré permanecer tirado en esta silla para siempre. Por un momento me resulta atractivo, pero luego parece menos deseable que ponerme a trabajar.

Cierro la taquilla y enseguida me recupero. Debo estar en el mostrador en un minuto; mi turno empieza a las cinco y media.

Cuando llego al mostrador me alivia ver que Ben no está. Es de esas personas que creen que sus consejos y opiniones son más útiles de lo que de verdad son. Si se enterara de lo que me sucedió ayer se pasaría horas proponiendo los pasos a seguir, las personas a las que llamar, los lugares donde presentar quejas y reclamaciones legales. Me siento en el desierto vestíbulo y pongo en marcha el ordenador. Mi trabajo consiste en registrar la entrada de los socios actuales y entregar folletos a los socios futuros. Los lunes solo trabajo cuatro horas, y a estas horas casi nunca hay nadie. Sin embargo hay algunos que no fallan; reconozco sus caras aunque no siempre recuerde sus nombres.

El primero es Matt Donnelley, que a menudo entra al mismo tiempo que yo. Corre en la cinta de 5.30 a 6.05, hace doscientas flexiones, se ducha y se va. Aquí llega ahora, unos minutos más tarde de lo habitual: es un hombre de complexión robusta, con una boca que parece un latigazo. Cuando empecé a trabajar en el club, una mañana dedicó un rato a hablar conmigo. Me preguntó por la historia de los Niños Perdidos y por mi vida en Atlanta. Era un hombre culto y demostró un interés sincero por Sudán; conocía los nombres de Bashir, Turabi, Garang. Dijo que era abogado y se ofreció a ayudarme si alguna vez necesitaba consejo legal. Pero no he tenido ningún motivo para llamarle y desde entonces nos limitamos a intercambiar saludos compulsivos.

—Eh, Valentino —dice él—. ¿Qué hay de bueno hoy?

Las primeras veces que lo dijo pensé que buscaba oír una determinada palabra, algo que resultara apropiado a aquel día en concreto. «La vida», dije en esa primera ocasión. Él me explicó la expresión, pero sigo sin saber cómo contestar.

Le digo hola y él me da su carnet de socio. Lo paso por la máquina y su foto aparece en pantalla, cinco centímetros de alto y de un color desvaído.

—Tendré que hacerme una foto nueva —dice él—. Parece que me hayan desenterrado, ¿verdad?

Sonrío, él se dirige a los vestuarios. Pero la foto permanece en pantalla. Hay un fallo en el sistema informático que hace que las fotos de los socios se mantengan hasta que pasa el siguiente. Supongo que debe de haber una forma de quitarla de la pantalla, pero no la conozco.

Así que me quedo mirando a Matt Donnelley.

Al principio fue solo un rumor, Matt Donnelley. Bajo los vientos de Kakuma la gente hablaba de América. Cierta día del mes de abril de 1999 por la mañana la gente hablaba de temas diversos —fútbol, sexo, un cooperante que había sido despedido por tocar a un niño somalí— y al atardecer el único tema de conversación era América. ¿Quién iría? ¿Cuál sería el criterio de decisión? ¿Cuántos irían?

Empezó con uno de los Dominics. Estaba en la oficina del ACNUR y oyó a alguien que hablaba por teléfono. La persona había dicho algo así: «Es una gran noticia. Estamos encantados, y estoy seguro de que los chicos también se alegrarán mucho. Sí, los Niños Perdidos. Cuando sepáis cuántos os vais a llevar informadme, por favor».

En unos días esas palabras se habían repetido cientos de veces, tal vez miles, entre los menores solos de Kakuma. Nadie podía concentrarse en otra cosa, nadie podía jugar al baloncesto, las clases eran un desastre. Por todas partes se veían grupos de chicos, de veinte a cincuenta jóvenes, apiñados alrededor de cualquiera que poseyera nueva información. Un día circulaba la noticia de que todos los Niños Perdidos serían enviados a América. Al día siguiente se hablaba de América y Canadá, y al otro de Australia. Nadie sabía mucho de Australia, pero suponíamos que los tres países estaban cerca o que tal vez eran regiones de una misma nación.

Al principio, Achor Achor se declaró a sí mismo una autoridad en términos de reasentamiento, aunque no tenía experiencia de primera mano.

—Cogerán solo al primero de cada clase —decía Achor Achor—. Creo que yo iré, pero muchos de vosotros os quedaréis aquí.

Muchos chicos contradecían esta opinión, y los hechos no tardaron en darles la razón. Estados Unidos planeaba aceptar a cientos de jóvenes de Kakuma, quizá miles. Se convirtió en mi único pensamiento. El reasentamiento no era algo raro entre los refugiados que vivían en campos como el nuestro, pero siempre se daba en condiciones extremas y singulares, y se reservaba para los disidentes políticos conocidos, las víctimas de violaciones y personas que vivían bajo una amenaza constante. Pero en este caso daba la impresión de que todo sería distinto: se trataba de un plan por el cual la mayoría de los jóvenes solos volaríamos sobre el océano para instalarnos en América. Era la idea más extraña que había oído en mi vida.

Nos pasamos días discutiendo por qué Estados Unidos podía querernos a todos. Es un hecho obvio que ese país no tenía la obligación de acoger a cuatro mil jóvenes que residían en un campamento de Kenia. Se trataba de un acto de generosidad por su parte, un acto que no le reportaba ningún beneficio material. No éramos científicos, ni ingenieros; no éramos expertos en nada ni habíamos recibido una educación especial. Ni proveníamos de un país, como Cuba o incluso China, que se sintiera avergonzado por nuestra deserción. Éramos jóvenes pobres que nos esforzaríamos por ir a la universidad y convertirnos en hombres mejores. Nada más. Dichas consideraciones aumentaban nuestro desconcierto ante el tema.

No sabíamos mucho de América, pero nos constaba que era un país en paz y que estaríamos a salvo allí. Tendríamos casa y teléfono. Podríamos completar los estudios sin tener que preocuparnos de la comida o de cualquier otra amenaza. Nuestras mentes conjuraron una América que era una amalgama de lo que habíamos visto en las películas: rascacielos, colores brillantes, increíbles choques de coches, pistolas que solo se usaban entre la policía y los criminales. Playas, océanos, lanchas a motor.

En cuanto asumimos que la posibilidad era real, yo vivía con la esperanza de ser escogido en cualquier momento. No se nos había facilitado información sobre fechas, así que entraba dentro de lo posible que cualquier mañana, al salir de clase, me encontrara sentado en un avión. Achor Achor y yo nos decíamos que teníamos que estar listos en cualquier momento, porque el autocar que nos llevaría al aeropuerto y de allí a América podía presentarse cualquier día. Nos habíamos jurado unos acuerdos que garantizaban que no nos olvidaríamos el uno del otro.

—Si cuando llegue el autocar estás en el colegio, vendré corriendo a decírtelo —le dije—. ¿Harás tú lo mismo por mí?

—Claro —dijo Achor Achor.

—¿Si estoy en el trabajo vendrás a buscarme?

—Sí. Sí. No me iré sin ti.

—Bien, bien —dije—. Yo tampoco me iré sin ti.

En clase intentaba concentrarme pero era imposible. No paraba de mirar hacia la carretera, por si venía el autocar. Confiaba en Achor Achor, pero temía que nos despistáramos ambos. Se nos ocurrió la posibilidad de que solo hubiera un autocar y que solo los que consiguieran un asiento en él lograrían llegar a América: nadie más. Esto dificultaba nuestra vida cotidiana, ya que ambos estábamos alerta durante las veinticuatro horas del día. Durante semanas nuestro único momento de tranquilidad llegaba por la noche, cuando estábamos seguros de que el autocar no iba a venir. Nuestro razonamiento decía que los aviones no vuelan de noche, así que no tendría sentido que el autocar viniera a buscarnos. También llegamos a la conclusión de que el autocar no aparecería los fines de semana, así que nos relajábamos los sábados y domingos. Todo era de lo más raro, claro, porque nadie nos había hablado de autocar alguno y mucho menos de cuándo tenía previsto venir. Nuestros planes y teorías no se basaban en nada real, pero aquellos días todos teníamos nuestras propias teorías, todas igual de probables, ya que nada parecía imposible.

Fue una sorpresa para mí, para Achor Achor y para el resto de nosotros, cuando, dos semanas después, seguía sin haber ni rastro del autocar. Nos preguntábamos si existía algún impedimento y en qué consistía. Al margen de los factores desconocidos e incontrolables había otros de los que éramos muy conscientes. Los sudaneses mayores de Kakuma, gran parte de ellos al menos, no querían autorizar nuestro viaje a Estados Unidos.

—Olvidaréis vuestra cultura —decían.

—Os pondréis enfermos, pillaréis el sida —advertían.

—¿Quién dirigirá Sudán cuando termine esta guerra? —preguntaban.

Como muchos jóvenes solos suponían que eran estos mayores los que impedían que se llevara a cabo el proyecto se organizó una reunión entre nuestros líderes y los suyos. Asistieron cientos de personas, aunque solo una parte cabía en la iglesia donde se celebraba la reunión. Unas doce filas de jóvenes rodeaban el pequeño edificio de calamina, y cuando llegamos Achor Achor y yo, que debíamos figurar entre los representantes juveniles, no hubo forma de abrirnos paso hasta dentro. De manera que escuchamos con los que se habían congregado en el exterior. De la iglesia salían gritos y discusiones, y se expresaron los temores que ya habíamos oído: el olvido de nuestras costumbres y nuestra historia, las dudas de que la emigración llegara a producirse y lo que significaría la pérdida de cuatro mil jóvenes.

—¿Cómo va a recuperarse el país si perdemos a la juventud? —decían—. Vosotros sois la esperanza del país, chicos. ¿Qué será de él cuando se instaure la paz? Hemos arriesgado nuestras vidas para llevaros a Etiopía a que recibierais una educación, luego os trajimos hasta Kakuma. Ahora habláis varios idiomas, sabéis leer y escribir, y estáis aprendiendo muchas otras cosas. Estáis entre las personas mejor preparadas de nuestro pueblo. ¿Cómo podéis marcharos ahora que estamos tan cerca de la victoria, de la paz?

—¡Pero no hay paz y no la habrá! —replicó uno de los jóvenes.

—No tenéis ningún derecho a retenernos aquí —añadió otro.

Etcétera, etcétera. La reunión se prolongó hasta bien entrada la noche, y Achor Achor y yo nos fuimos después de ocho horas de estar allí de pie, escuchando los argumentos circulares y retóricos que giraban en una docena de direcciones distintas. Esa noche no se decidió nada, pero los mayores entendieron que no podían controlar a estos cuatro mil jóvenes. Éramos demasiados y estábamos demasiado ávidos por partir. Nos habíamos convertido en un pequeño ejército: éramos altos, saludables y dispuestos a abandonar aquel campamento, con su bendición o sin ella.

El primer paso para salir de Kakuma fue escribir nuestra autobiografía. El ACNUR y Estados Unidos querían saber de dónde veníamos, qué habíamos tenido que soportar. Debíamos redactarla en inglés, y si no dominábamos lo bastante el idioma hacer que alguien nos la escribiera. Nos pidieron que escribiéramos sobre la guerra civil, sobre la pérdida de nuestras familias, sobre nuestra vida en los campamentos. ¿Por qué queréis ir de Kakuma?, preguntaban. ¿Os da miedo volver a Sudán, aun cuando se instaure la paz? Sabíamos que aquellos que se sintieran perseguidos en Kakuma o en Sudán recibirían un trato especial. ¿Tal vez nuestra familia en Sudán había hecho algo contra otra y temíamos una venganza? ¿Tal vez habíamos desertado del ELPS y temíamos el castigo? Podían ser muchas cosas. Fuera cual fuera nuestra estrategia,

sabíamos que las historias tenían que estar bien contadas, que debíamos recordar todo cuanto habíamos visto y hecho; cualquier privación contaba.

Escribí mi historia en un cuaderno de páginas blancas y líneas azules. Era la primera vez que relataba mi vida y me resultó muy difícil saber qué era relevante y qué no lo era. Mi primer borrador tenía solo una página, y cuando se lo mostré a Achor Achor este se echó a reír. El suyo constaba de cinco páginas y ni siquiera había llegado a Etiopía. ¿Y Gilo?, preguntó. ¿Y Golkur? ¿Y aquella vez que corrimos hacia los aviones pensando que tiraban comida y lo que soltaron fueron bombas que mataron a ocho niños? ¿Qué me dices de eso?

Yo había olvidado ese momento y muchos otros. ¿Cómo podía consignarlo todo en un papel? Parecía imposible. Pusiera lo que pusiera, la mayor parte de mi vida quedaría fuera de esas páginas, de esa versión astillada de mi vida. Pero lo intenté de todos modos. Rompí el primer esbozo y empecé de nuevo. Trabajé en ello durante cuatro semanas más, pensando en todo lo que había visto: en todos los caminos, árboles, ojos amarillentos; en todos los cuerpos que enterré.

Al final el relato constaba de nueve páginas. Cuando lo entregué, Naciones Unidas me sacó una foto para adjuntarla a mi expediente. Era la primera vez que veía una foto mía. Había aparecido en fotos de grupo anteriormente en las que mi cara era una mancha entre la multitud, pero esta nueva imagen de mí mirando a la cámara fue toda una revelación. La contemplé durante horas y me aferré al expediente durante días, debatiéndome interiormente sobre si esa foto, esas palabras, eran mías de verdad.

Ahora creo que fue un error, pero un día le mostré la foto a Maria. Quería que la viera. Quería que la viera todo el mundo. Quería hablar y hablar de quién era yo ahora, el joven a quien habían hecho una foto y que se hallaba camino a Estados Unidos. La encontré en la puerta de su casa, tendiendo la colada.

—Nunca te había visto sonreír así —dijo ella. Contempló la foto durante un rato; esa clase de fotos no eran habituales en esa época—. ¿Puedo quedármela?

Le dije que no, que la necesitaba para el expediente, que era vital para la solicitud. Me la devolvió.

—¿Crees que nosotras también iremos? ¿Las chicas?

No estaba preparado para esta pregunta. No había oído mención alguna de las chicas en esta ronda de reasentamientos. No me parecía posible.

—No lo sé.

Maria esbozó su sonrisa dura.

—Pero estoy seguro de que puede pasar —dije, y casi me lo creí.

—Solo bromeaba —dijo ella—. De todos modos, tampoco querría ir.

Era una mentirosa terrible, siempre transparente.



Me decidí a averiguar si las chicas también presentaban solicitudes, y pocos días después me enteré de que sí era posible, de que muchas chicas, docenas de ellas, habían empezado a rellenar los formularios. Corrí a decírselo a Maria, pero no la encontré en casa. Los vecinos me dijeron que estaba en la fuente y cuando por fin la vi le conté lo que sabía: que las chicas también gozaban de esa posibilidad, y que los únicos requisitos que se les pedían eran que no tuvieran familia y fueran solteras. Al oírlo una luz asomó a sus ojos, pero ese resplandor se apagó enseguida.

—Quizá mire qué puedo hacer —dijo ella.

—Puedo acompañarte mañana —dije—. Cogemos una solicitud.

Accedió a reunirse conmigo frente a las oficinas de Naciones Unidas por la mañana. Pero al día siguiente, cuando llegué, ella no estaba allí.

—Está en la fuente —me dijo su hermana.

La encontré en la cola, sentada con los dos bidones.

—Esperaré a ver qué pasa con vosotros —dijo ella—. Iré más adelante.

—Creo que deberías solicitarlo ahora. Tal vez lleve tiempo.

—Quizá vaya la semana próxima.

Parecía poco motivada para emprender el proceso. Quizá fuera el día, demasiado cálido y ventoso, un día que no invitaba a salir. Aquel día Maria no me miró, no tenía ganas de escapar de allí. Aquel día su actitud me decepcionó y la dejé en la cola, sentada en el polvo. La fila avanzó. Maria cogió los bidones vacíos y dio unos pasos hacia delante. Luego volvió a sentarse.

—¿Qué se sabe de tu solicitud? —me preguntó Noriyaki—. ¿Alguna noticia?

Habían transcurrido muchos meses desde la oleada de nerviosismo inicial que rodeó a los reasentamientos. Todos habíamos hecho entrega de nuestras historias y desde entonces muchos jóvenes habían sido llamados a las oficinas de Naciones Unidas para ser entrevistados. Pero a mí aún no me habían avisado. Le dije a Noriyaki que no había noticias, que no me habían dicho nada desde que entregué la autobiografía. Él asintió y sonrió.

—Bien, bien —dijo—. Eso significa que las cosas siguen su curso.

Noriyaki era un mago a la hora de convencerme de las cosas más improbables, y ese día logró persuadirme de que a pesar de no saber nada de Naciones Unidas yo viajaría en el primer avión con destino a América. Dijo que debía empezar a trazar planes en función de eso: empezar a decidir qué equipo de la NBA era mi preferido, ya que no le cabía ninguna duda de que me pedirían que fuera jugador profesional. Me reí, pero luego me pregunté si podría jugar al baloncesto profesional para ganarme la vida. Tal vez pudiera jugar en el equipo de la universidad donde estudiara. Cualquier jugador medianamente decente de Kakuma imaginaba el día en que fuera descubierto y elevado a los altares de la gloria, como Manute Bol. Ese día también yo me permití un momento de autoengaño.

—Debo decirte algo —prosiguió Noriyaki ese día—. También yo me voy de Kakuma. Dentro de dos meses. Quería que fueras el primero en saberlo.

Dijo que ya llevaba allí demasiado tiempo. Deseaba volver a casa con su prometida. Y había decidido que, ya que yo me iba, era el momento oportuno para dejar el Proyecto Wakachiai en manos de otro equipo. Me pareció lógico. Ambos nos alegrábamos mucho por el otro: terminaba una fase de nuestras vidas y los dos pasábamos a otra, aunque fuera en extremos opuestos del mundo. Nos pasamos el día hablando de cómo seguir en contacto, de lo fácil que nos sería con nuestros nuevos y opulentos estilos de vida. Podríamos llamarnos o escribirnos emails todos los días, enviarnos chistes, recuerdos y fotos. Abrimos dos Fantas, brindamos y nos las bebimos.

—¡Ven a mi boda! —dijo de repente, como si la idea se le hubiera ocurrido en ese momento.

—¡Sí! —dije. Luego pregunté—: ¿Cómo?

—Es fácil. Tendrás estatus de inmigrante. Podrás viajar a donde te apetezca. Ya hemos fijado la fecha, Valentino: será hoy mismo, dentro de un año. Vendrás a Japón y estarás allí cuando me case con Wakana.

—¡Sí! —En ese momento me lo creí totalmente—. ¡Estaré allí!

Mientras apurábamos las Fantas saboreamos aquella idea, los lujos y lo bien que saldría todo: aviones, ciudades, coches, esmóquines, pastel, diamantes, champán. El día en que volveríamos a reunirnos, ya como hombres de provecho, bien aposentados y prósperos, parecía muy cercano.

En esos días se respiraba euforia en el campamento por muchos motivos, entre los que destacaba la primera canonización por parte del Vaticano de una mártir sudanesa. Josephine Bakhita, que había sido vendida como esclava, murió en Italia como miembro de la orden de las canosianas a finales de la década de los cuarenta, y ahora era santa. Eso supuso una fuente de orgullo y fascinación para todos nosotros, ya que a muchos ni se nos había pasado por la cabeza que un sudanés pudiera llegar a ser santo. Se invocaba su nombre en la iglesia todos los días, y todos los dinkas católicos de Kakuma hablaban de ella. Fue un momento extraño para todos, un momento en el que por primera vez desde hacía años los dinkas nos sentimos fuertes, queridos por Dios y por las naciones lejanas. Una mujer del sur de Sudán podía ser santa, y los Niños Perdidos podían volar por encima del océano para representar a Sudán en América. Si un acontecimiento así podía suceder, también sería posible el otro. Nada parecía inalcanzable.

Cuando partieron los primeros vuelos, hubo celebraciones por todo Kakuma, y fui con Achor Achor a la pista de aviación a despedirme de los que se iban. Estaba encantado por esos chicos, convencido de que no tardaría en reunirme con ellos en América. Pero a medida que iban saliendo los vuelos, a medida que iba recibiendo la

noticia de la suerte de un chico u otro, me volví indiferente a su alegría y solo podía cuestionarme mis propios defectos. Quizá partieron unos quinientos jóvenes, y a medida que pasaban los meses y yo seguía sin recibir noticias de Naciones Unidas me sentía menos contento por los elegidos. Estallaban fiestas cada vez que aparecían las listas. Cada semana traía una alegría incalculable para algunos y desolación para el resto.

Mi partida no estaba ni siquiera cerca. No me habían llamado para una entrevista. La entrevista suponía el primer paso, y transcurría mucho tiempo entre ella y que tu nombre apareciera en la lista. Algo parecía ir muy mal.

—Lo siento mucho —me dijo un día Achor Achor.

Ya me había enterado: el nombre de Achor Achor había aparecido aquella mañana.

—¿Cuándo te marchas? —pregunté.

—En una semana.

La noticia siempre iba igual de rápido. Aparecía el nombre de alguien en la lista y esa persona se marchaba en cuestión de días. Todos teníamos que estar preparados.

Conseguí felicitarle, pero el placer que sentía por su buena suerte quedaba menguado por mi asombro. Creía haberlo hecho todo bien. Incluso conocía, a través de mi trabajo, a varios miembros del personal de Naciones Unidas que me estaban ayudando en el proceso de reasentamiento. Nada parecía darme ventaja. No había sido soldado, tenía un historial ejemplar en Kakuma, y yo no era el único que expresaba su asombro ante el hecho de que tantos otros me precedieran en el viaje a América. Nadie lo entendía, pero abundaban las teorías. La más plausible de todas sostenía la existencia de un importante soldado del ELPS llamado Achak Deng: tal vez me confundieran con él. El hecho nunca se confirmó. Achor Achor sostenía su propia teoría.

—Quizá no quieran perderte aquí.

Esto no me animó.

—Eres demasiado valioso para el campamento —bromeó.

No quería ser tan valioso en ese lugar. Me pregunté si debía mostrarme menos responsable durante un tiempo. ¿Podía rehuir mis obligaciones, parecer menos eficaz?

—Se lo preguntaré a la gente de Naciones Unidas la próxima vez que los vea —dijo él.

Todos los chicos que vivían en casa de Gop habían sido embarcados y transportados: a Detroit, San Diego, Kansas City. Pronto me encontré entre los pocos de mi edad que quedaban en el campamento. Aquellos cuyas solicitudes habían sido denegadas o archivadas eran conocidos comandantes del ELPS o criminales. Yo era el único que conocía que tenía un historial impoluto y que ni siquiera había acudido a la entrevista. Me habían citado, sí, pero siempre sucedía algo que obligaba a posponerla o cancelarla. Un día se produjeron disturbios entre sudaneses y turkanas,

que se saldaron con un muerto por cada lado, y Kakuma se cerró a los visitantes. En otra ocasión el abogado americano que debía estar presente en todas las entrevistas tuvo que irse a Nueva York en el último minuto. Nos dijeron que volvería tres meses después.

No hay sentimiento comparable al rechazo unido a la sensación de abandono. Yo había oído hablar del Éxtasis, gracias al que sesenta y cuatro mil almas serían llevadas al paraíso antes del Apocalipsis, cuando la tierra ardería en llamas. Y durante los últimos seis meses del año 2000 me sentí abandonado en Kakuma mientras todos mis conocidos eran rescatados del purgatorio y llevados al Reino de Dios. Los poderes fácticos me habían examinado y me habían condenado al fuego eterno.

Achor Achor se marchó una mañana y no dejamos que el dramatismo empañara la despedida. Llevaba un abrigo de invierno, porque alguien le había dicho que en Atlanta hacía mucho frío. Nos dimos la mano y le palmeé su flácido hombro, mientras ambos fingíamos que volveríamos a vernos muy pronto. Partió junto a otro de Los Once, Akok Anei, y mientras los veía avanzar hacia la pista, Achor Achor se volvió a mirarme con ojos que delataban su tristeza. Él estaba seguro de que me quedaría en Kakuma para siempre.

Después de Achor Achor partieron cientos de jóvenes más. Docenas de aviones surcaron los cielos, llenos de Niños Perdidos como yo, muchos de los cuales yo ni siquiera conocía.

Todo el mundo se reía de mi permanencia en Kakuma.

—¡Te irán citando hasta que no quede nadie más en Kakuma! —me dijo Dominic, el gracioso. Era el último de los Dominics que seguía conmigo, pero ya le habían entrevistado y estaba muy animado—. ¡Alejado, no te vas a ir a ninguna parte!

Se rió. No pretendía ser cruel, pero había perdido la capacidad de hacerme reír.

Noriyaki intentó mantener el optimismo.

—No seguirían citándote si no quisieran que fueras.

Había prolongado su estancia en Kakuma, con la excusa de varios detalles técnicos organizativos y directrices tomadas por sus superiores desde Japón. Pero yo tenía la terrible sensación de que esperaba que yo me fuera antes de irse él. Al final me enteré de que se trataba precisamente de eso.

—Quizá están esperando que te marches tú antes —le dije. Deseaba con todas mis fuerzas que fuera a reunirse con su prometida. Ella ya le había esperado durante demasiado tiempo.

—Me temo que eso no está en mis manos —dijo él, sonriente—. Solo obedezco órdenes.

Por fin, en un día sucedió todo. Yo había rezado para que llegara ese día y llegó. En una misma mañana recibí la noticia de que tenía cita para la entrevista y de que Tabitha y sus hermanos habían sido incluidos en las listas de reasentamiento. Fue una especie de día tumultuoso que empezó cuando Tabitha se plantó en la puerta de mi casa justo al amanecer.

—¡Nos vamos! —gritó.

Yo aún no había abierto la puerta. Era inaudito que apareciera en mi casa antes de que hubiera salido el sol. Se lo dije en un susurro ansioso. Nos arriesgábamos a la reprobación por parte de la comunidad. Estaba seguro de que ya habíamos tensado demasiado la cuerda.

—¡Me importa un rábano! —dijo ella, en voz más alta—. ¡Me da igual, me da igual!

Bailaba, saltaba y gritaba.

Cuando estuve lo bastante despierto para oír y procesar la noticia, ella ya se había ido a despertar a la siguiente persona a quien quería decírselo. No me sorprendió que me comunicara la noticia de un modo tan impetuoso. Es un hecho que ningún amor nacido en Kakuma podía competir con la posibilidad de abandonar ese lugar. Después me enteré de que su fecha de partida estaba prevista para dos semanas después, y fui consciente de que no volvería a verla por el campamento: al menos no de un modo significativo. Tras haber presenciado las partidas de cientos de sudaneses, sabía que en los días que iban entre la recepción de la noticia y el viaje apenas si había tiempo para nada, y menos aún para romanticismos. La vería rodeada de gente, yendo de un lado a otro a toda prisa con sus hermanos y amigas, ocupándose de los últimos detalles. Supongo que conseguimos pasar unos momentos a solas, pero ella ya se había ido. En esos días las constantes partidas ponían fin a todos los romances. Incluso cuando nos sentamos juntos en su casa vacía o en la mía, Tabitha solo sabía hablar de Estados Unidos, de Seattle, de lo que la esperaba allí: ¡Nairobi multiplicado por mucho! Se reía, satisfecha ante el calidoscopio de posibilidades.

La mañana en que ella me comunicó la noticia, yo recibí la mía. En el aire aún flotaba el aroma de Tabitha cuando oí otra voz, al otro lado de la pared del refugio.

—¡Achak!

Eran pocos los que aún me llamaban Achak.

—¿Qué pasa?

Era Cornelius, un vecino de ocho años que nació en Kakuma durante un día de lluvia y que siempre parecía ser el primero en enterarse de todo. Meses atrás había sabido quién era el responsable del embarazo de una chica turkana, y esa mañana me informó que yo había sido citado para una entrevista con el OIM. Era de sobras conocido que Cornelius no se equivocaba nunca.

Y así fue. Era julio de 2001, dieciocho meses después de que se iniciaran los reasentamientos, y por fin me hallaba en una sala de paredes blancas frente a dos personas: un americano de raza blanca y un intérprete sudanés. El americano, de cara redonda y fríos ojos azules, se presentó como abogado y luego se disculpó.

—Lo sentimos mucho, Dominic. Sé que te ha extrañado tanta demora en tu solicitud. Supongo que estarás preguntándote qué diantre ha pasado.

No le contradije. Casi había olvidado que rellené la solicitud con el nombre de Dominic.

Sus preguntas oscilaron entre las más fáciles, referentes a mi nombre y mi ciudad de nacimiento, a indagaciones más complejas sobre los peligros a los que me había enfrentado. Muchos Niños Perdidos me habían advertido de las preguntas que cabía esperar, pero las mías fueron levemente distintas. La mayoría de sudaneses insistía en que lo mejor era adornar la historia tanto como fuera posible, asegurar que se estaba seguro de la muerte de los miembros de tu familia y de otros parientes. Contra el consejo de muchos, yo había decidido responder a todas las preguntas con la mayor sinceridad posible.

—¿Tus padres están vivos? —preguntó el abogado.

—Sí.

Sonrió. Parecía ser una respuesta nueva para él.

—¿Y tus hermanos y hermanas?

—Lo ignoro.

De allí las preguntas pasaron a profundizar en mis experiencias como refugiado: ¿Qué grupos habían querido matarte y por qué razones? ¿Qué clase de armas usaban? Antes de abandonar tu pueblo, ¿viste morir a gente por culpa de esos ataques? ¿Qué te motivó a abandonar Sudán? ¿En qué año te fuiste? ¿Cuándo llegaste a Etiopía y con qué medios? ¿Luchaste alguna vez en las guerras de Sudán? ¿Sabes algo del ELPS/MLPS? ¿Fuiste reclutado por el ejército rebelde? ¿Te enfrentas a problemas de seguridad en Kakuma? Y por último: ¿Has oído hablar de un país llamado Estados Unidos de América? ¿Conoces a alguien allí? ¿Prefieres ser reasentado en algún país que no sea Estados Unidos?

Contesté a todas las preguntas sin vacilar y la entrevista se acabó en veinte minutos. Les estreché la mano y salí de la sala, confuso y deprimido. No me parecía la clase de entrevista que sirva para decidir si un hombre viajaba o no a otro país para convertirse en ciudadano de otra nación. Mientras me alejaba, perplejo, el intérprete abrió la puerta y me cogió del brazo.

—Lo has hecho muy bien, Dominic. No te preocupes. Pareces agobiado. Estoy seguro de que todo se arreglará enseguida. Sonríe, amigo. Y empieza a hacerte a la idea de irte de este lugar.

Yo no sabía qué creer. Todo se había retrasado tanto que me incomodaba la simple idea de tener esperanzas. Sabía que nada era una realidad hasta que el nombre

de uno aparecía en las listas, y que mientras tanto debía seguir trabajando y asistir al colegio.

Noriyaki, sin embargo, se mostraba mucho más confiado.

—Ah, te vas.

—¿De verdad? —dije.

—Claro. Es cuestión de semanas. Días. Nada.

Le agradecí el ánimo, pero no hice plan alguno. Pero él sí. Por fin realizó los preparativos necesarios para irse del campamento. Lo había retrasado un año, pero por fin volvía a casa. Sentí un enorme alivio. Se había quedado mucho más tiempo en Kakuma por mí, y cada uno de esos días de permanencia eran como una espina clavada en mi piel. Yo quería que retomara su vida, quería que se casara ya con su paciente novia. Brindamos por su inminente partida con Fanta de naranja y señalamos los días que faltaban en el calendario. La verdad es que quedaba poco por hacer: solo los partidos habituales, clases y entregas de equipamiento. Y un viaje a Kenia central con el equipo de baloncesto juvenil. Seríamos los entrenadores y supervisores; decidimos que ese sería el colofón del Proyecto Wakachiai, al menos bajo nuestra dirección.

Estábamos a finales de julio y hacía un día despejado. Noriyaki y yo viajábamos en la cabina de una furgoneta, los dos delante mientras los jugadores del equipo de baloncesto, doce entre sudaneses y ugandeses, iban detrás. Íbamos a Lodwar, a cuatro horas de distancia, a jugar un encuentro contra el equipo de una universidad keniana.

El día era espléndido. Era de esos días en que uno percibe la presencia de Dios; un día de esos que las mujeres, cuando se levantan y empiezan a hacer sus tareas, califican de glorioso: una mañana por la que uno daría las gracias.

Salimos muy temprano, sobre las cinco de la madrugada. Todos los chicos, amén de Noriyaki y de mí, estábamos eufóricos por la excursión: los refugiados de Kakuma siempre se alegraban de salir de allí, de abandonar el lugar por el espacio de tiempo que fuera, por la razón que fuera. De hecho, aquel día salimos con demora porque como era habitual hubo muchos personajes de Kakuma que intentaron colarse en el vehículo, aduciendo que formaban parte del equipo. Sin embargo, enseguida estuvimos a una hora de Kakuma: íbamos catorce y el sol ascendía en el cielo. Yo estaba en la cabina de la furgoneta, con Noriyaki, mientras los doce jugadores, todos menores de dieciséis años, viajaban detrás, sentados en bancos, saltando con cada bache de aquella carretera terrible. Lodwar estaba a unos ciento noventa kilómetros y, dado el estado de las carreteras, el trayecto duraría unas cuatro horas. A pesar de eso, todos estábamos de buen humor y amenizamos el viaje con canciones tradicionales y otras de invención propia.

El segundo cliente de los habituales de primera hora entra ahora.

—¡Valentino, *mon amour!* ¿Cómo estás?

Se trata de Nancy Strazzeri, una elegante mujer de cincuenta y tantos años de cabello blanco y corto, que lleva una sudadera de terciopelo de color rojo sangre. En una ocasión me trajo una tarta de café de elaboración casera.

—Bien, gracias —le digo.

—¿Has roto algún corazón estos días? —me pregunta mientras me da el carnet.

—Creo que no.

Paso la tarjeta; la cara de Matt Donnelley queda reemplazada por la suya.

—Te veo en una hora, *mon frère* —dice ella en tono melodioso, y entra. Su cara, una cara cansada de ojos que revelan travesuras pasadas, permanece en pantalla.

Nancy, la carretera hacia Lodwar estaba salpicada de baches y llena por todas partes de grietas que se habían convertido en pequeños y retorcidos cañones. Noriyaki hacía lo que podía con la furgoneta: solo la había conducido una vez y en un trayecto mucho más corto. El cambio de marchas era manual, mientras que los demás vehículos que había manejado por Kakuma poseían transmisión automática. En cuanto a mí, esa era la primera vez que viajaba en el asiento delantero de un vehículo y traté de mantener la calma, aunque el dominio del volante por parte de Noriyaki me parecía poco sólido.

En cuanto doblamos la curva y vimos el obstáculo todo sucedió muy despacio: en el carril derecho había una gran montaña de tierra. No debería haber estado allí. No había ninguna razón que explicara su presencia allí.

Noriyaki gritó en japonés y dio un volantazo hacia la izquierda para esquivarla.

La furgoneta osciló con fuerza; por la ventanilla vi que varios cuerpos pasaban volando. Algunos jugadores salían despedidos hacia la carretera. Noriyaki volvió a virar, esta vez a la derecha, pero había perdido el control. La furgoneta avanzó sobre dos ruedas.

Noriyaki volvió a gritar una palabra desconocida para mí. Se oían gritos en la parte de atrás. Tres jugadores más salieron disparados. La furgoneta derrapó y se salió de la carretera; volcó y fue rodando por la pendiente. Cristales rotos, crujidos de piezas. La caída no fue rápida, pero sí irreversible, y cuando fue evidente que el impacto era inevitable Noriyaki colocó el brazo sobre mi pecho. Pero luego lo perdí.

La furgoneta se paró por fin, volcada de costado. Yo seguía dentro, y por la ventanilla vi a dos chicos tendidos en el suelo. Busqué con la mirada a Noriyaki. Había salido despedido, y la furgoneta, al rodar, le había aplastado el pecho. De su cabeza manaba sangre como si fuera agua. Había fragmentos de cristal en su mejilla y en su frente, cascotes por todas partes, teñidos de su sangre.

—¡Ah! —dijo él, antes de cerrar los ojos.

—¡Noriyaki! —grité, con voz más débil de lo que habría deseado. Saqué el brazo por la ventanilla y le toqué la cara. No reaccionó.



De repente vi que había alguien en el exterior de la furgoneta, tirando de mí. Fue entonces cuando recordé la existencia del resto del mundo. Y que estaba vivo.

Me ayudaron a salir del vehículo y me quedé de pie durante un momento. Había gente por toda la carretera, gente desconocida. Eran kenianos que viajaban en otro camión, un camión de comida. Habían visto el accidente. Los jugadores de baloncesto estaban diseminados por todas partes, en la carretera y en la pendiente. ¿Cuántos habían muerto? ¿Quién estaba vivo? Todos sangraban.

—¡Dominic! —dijo una voz de chico—. ¿Qué ha pasado?

Este chico parecía estar bien. ¿Quién era? Yo sentía los brazos y piernas débiles, como desconectados. Me dolía el cuello, mi cabeza parecía independiente del resto del cuerpo. Permanecí de pie bajo el sol. Los ojos me escocían por el sudor. Todo pesaba mucho. Observé.

—¡A la una, a las dos, a las tres! —Los kenianos levantaron la furgoneta para liberar a Noriyaki. Mecieron el vehículo primero en un sentido y luego en otro, y cuando este dejó de aprisionar el cuerpo de Noriyaki, uno de los hombres pudo deslizarse debajo y tirar del japonés. La furgoneta volvió a caer, en el lugar donde antes yacía Noriyaki. Los hombres lo trasladaron a la carretera: era un cuerpo inerte, su cabeza ya no sangraba.

Fue lo último que vi antes de desmayarme.

Me subieron al camión de comida y me llevaron a Kakuma. Desperté a medio camino.

—¡Vive!

—¿Lo ves, Simon?

—No las teníamos todas contigo, Sudán.

—Habrías muerto si no llegamos a pasar por allí.

—No te duermas, chico. Nos queda una hora.

—Reza, Sudán. Nosotros rezamos por ti.

—No necesita rezar. Hoy Dios ha estado de su lado.

—Creo que debería rezar. Debería dar gracias y seguir rezando.

—De acuerdo, Sudán, reza. Reza, reza, reza.

Dos personas más, una pareja, entran en el club. No recuerdo sus nombres. Me sonríen sin decir nada, él tiene la mano apoyada en la espalda de ella. Llevan ropa de vestir y me entregan sus carnets de socios. Jessica LaForte. Malcolm LaForte. Vuelven a sonreír y se van.

Contemplo la cara de Malcolm LaForte deseando haber pasado las tarjetas en orden inverso. Su esposa es una morena de ojos oscuros, y su cara es dulce y comprensiva, pero él tiene un aire severo. Un aire impaciente. Los hombres impacientes han complicado mi vida. Él me brinda una sonrisa tensa, que pretende ser sincera, y entra en el club.

Malcolm LaForte, para el campamento yo había muerto. Durante muchos días, y entre mucha gente, me consideraron fallecido. Las víctimas del accidente variaban en cuestión de horas, en cuestión de días. Al principio se creyó que todos los que viajaban a bordo de la furgoneta habían muerto. Luego los jugadores de baloncesto empezaron a llegar a Kakuma, y quedó claro que todos los chicos se habían salvado. Todos dijeron que era un milagro.

Pero yo estaba muerto, la mayoría lo aseveraba. Valentino Achak Deng había muerto.

Gop y su familia se enteraron de la noticia, lloraron y gritaron. Todos mis conocidos maldijeron a Noriyaki, a Kakuma, al baloncesto y a las terribles carreteras kenianas. Mis colaboradores del ACNUR estaban abatidos. El Grupo de Teatro Napata organizó una ceremonia en mi honor, dirigida por la señorita Gladys y con discursos a cargo de Dominic, de Madame Zero y de todos los miembros. Tabitha lloró y no se levantó de la cama en tres días, hasta que se enteró de que, en verdad, yo no estaba muerto.

Desperté en el hospital de Lopiding. Una enfermera tenía la mano apoyada sobre mi frente. Me dijo algo mientras consultaba el reloj.

—¿Sabes lo que ha pasado? —preguntó.

—Sí —respondí, aunque sin estar del todo seguro.

—Todos tus amigos están vivos —dijo ella.

Me sentí aliviado. Tenía la imagen de Noriyaki, con mal aspecto y cubierto de cristales, pero la mujer parecía estar diciendo que había sobrevivido.

—Pero el conductor japonés ha muerto —añadió, antes de ponerse de pie.

Se marchó y me quedé solo.

¡La familia de Noriyaki! ¡Pobre gente! ¡Señor! Esto era demasiado. Había presenciado muertes sin sentido, pero ahora llevaba mucho tiempo sin ver algo así.

Yo era responsable de la muerte de Noriyaki. Eran los chicos como yo los que habían forjado un campamento como Kakuma. De no existir Kakuma, Noriyaki nunca habría venido a Kenia. Estaría en casa, con su familia y su prometida, llevando una vida normal. Japón era un país tranquilo, y la gente de países tranquilos no debería involucrarse en los asuntos de los países en guerra. Era absurdo que este hombre tuviera que viajar hasta tan lejos solo para morir. Estaba mal. ¿Morir mientras transportaba a unos refugiados a jugar al baloncesto? ¿Morir porque quería verme salir del campamento? Dios había cometido un acto malvado esta vez. Yo tenía una pobre opinión de Dios y una opinión más pobre aún de mi pueblo. Los sudaneses éramos una carga para toda la Tierra.

Habiendo visto cómo el mundo entero lloraba la muerte de Diana, conservaba cierta esperanza de que la muerte de Noriyaki provocara homenajes y desesperación por todo el campamento, por toda Kenia y por todo el mundo. Pero no sucedió nada

de eso. Pregunté a la enfermera si la televisión había emitido algún reportaje del accidente; dijo que no había visto ninguno. Los cooperantes de Kakuma estaban apenados, por supuesto, pero la noticia no tuvo ninguna repercusión mundial, su esquila no apareció en primera página de los periódicos. A los dos días de su último aliento, Noriyaki fue trasladado a Nairobi donde fue incinerado. No sé por qué.

—¿Qué haces aquí?

Había un hombre frente a mí: su rostro quedaba oscurecido por el sol que penetraba por la ventana. Se acercó y vi que era Abraham, el fabricante de prótesis. Las lágrimas cayeron por mis mejillas al instante. Llevaba días en el hospital, en un estado entre el sueño y la vigilia.

—No te preocupes —dijo él—. Tus miembros están intactos. Solo he venido como amigo.

Intenté hablar pero tenía la garganta demasiado seca.

—No hables —dijo él—. Sé lo de tu cabeza, y los medicamentos que llevas encima. Me sentaré un rato a hacerte compañía.

Y eso hizo. Se puso a cantar la misma canción que tarareó aquel día, tanto tiempo atrás. Me dormí y ya no volví a verle.

Estuve nueve días en el hospital. Me hicieron pruebas en la cabeza, examinaron mi oído, mi visión y mis huesos. Me dieron puntos en la cabeza y me vendaron los brazos. Me pasaba la mayor parte del día adormilado, y Tabitha se marchó mientras yo yacía en la niebla de los analgésicos.

Supongo que en el fondo era consciente de la proximidad de la fecha, pero no estuve seguro hasta que un día, después del desayuno, alguien me trajo una nota. No sé cómo se las arreglaría Tabitha para encontrar un sobre rosa en el campamento, pero lo consiguió. Incluso despedía su aroma. La nota estaba escrita en inglés; supongo que había recabado la ayuda de algún profesor de idiomas para que la carta fuera lo más correcta y elocuente posible:

Querido Valentino:

Sentí una gran consternación cuando me enteré de lo del accidente. Y cuando creí que habías muerto me quedé destrozada. Imagina la alegría que sentí cuando supe que no era verdad, cuando supe que habías sobrevivido y que te recuperarías. Intenté ir a verte, pero no admitían visitas de personas ajenas al hospital. De manera que aguardé con ansiedad las noticias sobre tu salud, y me alegré mucho cuando supe que tu restablecimiento sería completo. Lamento mucho el fallecimiento de Noriyaki. Era un hombre muy querido y estoy segura de que estará en el cielo.

Como sabes, mi vuelo no espera. Dicto esta carta a escasas horas de que el avión salga hacia Nairobi. Siento un peso en el corazón, pero ambos sabemos que

no queda más remedio. Este campamento no puede decirnos dónde debemos vivir. No puedo dejar escapar la posibilidad de marcharme de aquí. Sé que me entiendes.

Volveremos a vernos, querido Valentino. No sé qué nos deparará la vida en América pero sé que ambos triunfaremos allí. La próxima vez que nos veamos iremos al volante de nuestros coches y cenaremos en un restaurante limpio y caro.

Tu amiga que te quiere,

Tabitha

Un grupo de socios entra en el club a las seis menos diez. Las primeras son dos mujeres de unos setenta años, ambas provistas de sendas gorras de béisbol. Luego aparece una mujerona con el pelo como un sacacorchos, despuntado en todas direcciones, seguida por dos mujeres más, bastante más jóvenes, que están muy en forma y llevan el pelo recogido en coletas. Se produce una pausa en el flujo de gente y miro hacia el aparcamiento, donde veo el sol dorado que se eleva sobre los coches. Un hombre de pelo blanco entra en el club, camina con el cuerpo inclinado hacia delante. Es el último del grupo: Stewart Goodall, con los ojos pequeños y la sonrisa aviesa.

¿Te imaginas una carta así, Stewart Goodall? Todos mis conocidos habían partido hacia un lugar del que se decía que era un paraíso sin límites, mientras yo me quedaba atrás. Ahora incluso Tabitha se había ido: se había marchado mientras yo dormía.

Después de una semana de recuperación me reincorporé al Proyecto Wakachiai. Dado que el personal éramos solo dos personas, debía volver a trabajar cuanto antes o el proyecto se extinguiría. Las pertenencias de Noriyaki seguían allí: las cartas, la sudadera, el ordenador, la foto de Wakana vestida con el equipo de tenis. No estaba preparado para enfrentarme a estar allí sin él. Metí todas sus cosas en una caja, pero aun así su presencia seguía inundando la sala. Supe que tendría que marcharme muy pronto.

Me encargaron encontrar a un sustituto de Noriyaki. Los japoneses querían continuar con la financiación del proyecto y mantenerlo en activo. Tuve que entrevistar a un nuevo ayudante. Entrevisté a muchos candidatos, la mayoría kenianos. Era la primera vez que un sudanés entrevistaba a un keniano para darle un empleo en Kakuma.

Al final contraté a un keniano llamado George. Con su ayuda seguimos planeando actividades para los jóvenes de Kakuma, y poco después de mi regreso recibimos un gran cargamento de pelotas de fútbol, equipos de voleibol y zapatillas deportivas enviado desde Tokio. Noriyaki había insistido durante meses para recabar los fondos de ese envío y verlo diseminado por el despacho, ver tantas cosas nuevas... fue muy difícil.

El médico me visitaba una vez por semana. Yo seguía teniendo dolores en huesos y articulaciones, pero no sufrí los síntomas que le preocupaban: vértigo, visión borrosa, náuseas. Solo las jaquecas, de severidad variable según el día, siempre peores por las noches. Yo hundía la cabeza en la almohada y, al hacerlo, aumentaba el dolor. Mis amigos y parientes me observaban a todas horas. Había perdido cinco kilos en Lopiding, así que me proporcionaban raciones extra y cualquier cosa que se les ocurriera para distraerme: un ajedrez artesano, cómics. Cuando me dormía, el sueño era profundo y mi respiración apenas audible. En más de una ocasión me desperté y encontré a Gop a mi lado, zarandeándome con suavidad el hombro para asegurarse de que estaba vivo.

Un mes después mi cuerpo se había restablecido totalmente, pero mi mente se hallaba sumida en una especie de atontamiento difícil de explicar para mí y de detectar para el resto. Exteriormente desempeñaba mis obligaciones tanto en casa como en el trabajo, y había recuperado el hambre. Solo yo sabía que había decidido seguir un nuevo rumbo. Unos cuantos días antes había tomado la decisión definitiva, aunque fuera en contra de los consejos de casi todo el mundo, de regresar a Sudán y reunirme con mi familia. No había ninguna razón para permanecer en Kakuma y mi vida allí suponía un castigo constante. Dios y los poderes terrenales parecían estar de acuerdo en que eso era lo que merecía, en que esta vida era lo mejor a que podía aspirar ese insecto llamado Valentino Achak Deng. La carta de Tabitha había quebrado algo en mi interior, y ahora me importaban un rábano Kakuma, mis obligaciones y lo que se esperaba de mí. Decidí que empezaría por ir hasta Loki y luego compraría la forma de llegar a Marial Bai. Intuía que disponía de dinero suficiente para sobornar a quien fuera y conseguir un billete en un avión de cooperantes. Había oído hablar de gente que lo había hecho, y con menos dinero del que yo tenía ahorrado.

Sin saberlo, Gop reforzaba mi idea de abandonar el campamento. No paraba de comentar que la paz en el sur de Sudán era algo inminente. Señalaba muchos avances positivos, entre ellos la Iniciativa Conjunta de Libia y Egipto sobre Sudán. Aunque luego se invalidó, propició el establecimiento de un gobierno provisional, un reparto de poderes, una reforma constitucional y la convocación de nuevas elecciones. Y pocos días antes el presidente Bush había designado a John Danforth, antiguo senador, enviado presidencial para la paz en Sudán. Se decía que creía que la paz era necesaria y que, con el poder de América, se aseguraría de alcanzarla.

—Hoy tienes mejor aspecto —me dijo un día George, mi nuevo ayudante. Nos dirigíamos a cambiar las redes de las canchas de baloncesto y George llevaba un silbato colgando del cuello. Le encantaba llevarlo.

Cuando le expliqué mi plan, estuvo a punto de pegarme. Levantó la mano y luego se detuvo, con el silbato en la boca.

—¿Estás loco? —dijo.

—Tengo que hacerlo.

Hizo sonar el silbato en mi cara.

—¡Sudán sigue en guerra, tío! Tú mismo dijiste que los murahaleenes seguían activos en tu región. ¿Cómo piensas luchar contra ellos? ¿Les leerás algo? ¿Les escribirás una obra de teatro? Nadie en el mundo, ni una sola persona del sur de Sudán, abandonaría este lugar para volver allí. Y pienso ocuparme en persona de que no lo hagas. Te ataré con esas redes. Te cortaré un pie si hace falta.

Sonreí, pero George no me había hecho cambiar de opinión. La gente seguía regresando a Sudán. Los jóvenes fuertes como yo podían lograrlo, y yo era mayor y más listo entonces que cuando intenté el reciclaje. Quedarse en Kakuma era una idea insoportable. Todos me veían como a un rechazado: cuatro mil habían sido acogidos en América, y a mí no me consideraban merecedor de ello. No podría vivir con ese estigma.

George volvió a hacer sonar el silbato, esta vez para llamar mi atención.

—Escucha, apuesto a que Wakachiai te contrataría a jornada completa si quisieras. Ganarás diez mil chelines al mes, podrás comer en los restaurantes de Naciones Unidas, conducir uno de sus Land Rovers. Elige a una chica guapa y dedícate a vivir.

—Ya —dije, y sonreí.

—No seas tonto.

—De acuerdo.

—No seas idiota.

—No —dije.

—Este es tu hogar.

—Vale.

—Acéptalo y vive aquí.

Asentí y nos pusimos a colocar las redes nuevas.

A las seis y media el Century Club está en pleno apogeo. Se llenan las salas, las máquinas se ocupan, la gente se pone tensa. Los socios vienen decididos a entrenar y se frustran cuando no pueden hacerlo en el tiempo previsto. Doy acceso a una docena de personas en un intervalo de cinco minutos. Todos tienen aspecto de profesionales liberales. Me sonrían y con alguno intercambio cuatro palabras. Un hombre de mediana edad, que me ha dicho que enseña historia en una facultad, me pregunta cómo me van las clases. Miento y le digo que muy bien.

—¿Listo para la universidad? —pregunta él.

—Sí, señor.

La última de esa tanda es Dorsetta Lewis, una de las pocas afroamericanas que entrena en este gimnasio. Tiene unos cuarenta años y es muy atractiva: combina el aplomo con cierta timidez. Siempre inclina la cabeza levemente hacia la derecha.

—Hola, Valentino —me dice, y me da el carnet.

—Hola, Dorsetta. —Paso la tarjeta por la máquina. En la foto parece estar partiéndose de risa. Tiene la boca muy abierta, se le ven todos los dientes. Nunca la he visto reír y alguna vez se me ha ocurrido la idea de contarle un chiste.

—¿Aún sigues por aquí? —pregunta.

—Sí, gracias.

—Muy bien —dice ella—, encantada de oírlo.

Desaparece en dirección al vestuario.

Lo cierto es que yo no estoy tan encantado de seguir aquí. Creo que nací para hacer algo más. O quizá sobreviví para hacer algo más. Dorsetta está casada, tiene tres hijos y dirige un restaurante. Ella hace algo más que seguir por aquí. Es una frase que detesto: seguir por aquí.

El club se queda tranquilo durante unos minutos y, sin darme cuenta, me descubro abriendo mi correo electrónico. Hay un mensaje de mi hermano Samuel.

«¿La llamarás? —me pregunta—. Aquí tienes su foto».

Samuel acaba de desplazarse de Nairobi a Jartum, para reunirse allí con mi padre. El viaje tenía el objetivo de que mi padre pudiera comprar bienes para reconstruir el negocio en Marial Bai. Phil Mays le envió cinco mil dólares, y con este dinero mi padre planeaba comprar suficientes productos como para abrir de nuevo la tienda. Durante su estancia en Jartum, Samuel oyó hablar de una chica joven y soltera, perteneciente a una familia próspera, que estudiaba inglés y empresariales en Jartum. Samuel fue a verla y al instante pensó que estaba hecha para mí. No me cabe duda de que primero la cortejó él, pero a pesar de todo no ha parado de insistirme desde entonces: está empeñado en que la llame, para que así ambos podamos percatarnos de que estamos hechos el uno para el otro. Miro la foto que ha adjuntado al correo: es una chica atractiva, desde luego. Cabello largo, cara ovalada, una sonrisa en forma de V, unos dientes preciosos. Samuel me asegura que esta mujer daría saltos de alegría ante la perspectiva de instalarse en Estados Unidos para ser mi esposa.

Ya que estoy conectado, aprovecho para enviar un correo a todos los conocidos de los que recuerdo la dirección. Los llamaría, pero todos los números estaban guardados en la agenda del móvil robado; he memorizado solo unos pocos. Doy con las direcciones de correo electrónico de Gerald y Anne, de Mary Williams y de Phil, de Deb Newmyer y de Achor Achor; este se encargará de reenviar el mensaje al resto. Llegados a este punto, ya me da igual quién se entere.

Hola amigos:

Os escribo para informaros de que he sido atracado por dos delincuentes peligrosos en mi apartamento. Los atacantes me pidieron que les dejara usar el teléfono y en cuanto abrí la puerta, me apuntaron con un arma, me golpearon en la cara y la frente, y me patearon la espalda hasta dejarme inconsciente. Se han llevado mi móvil, la cámara digital, los talonarios y quinientos dólares en

efectivo. Gracias a Dios, no me dispararon. Durante un rato estuve vigilado por un chico, Michael, que creo que es su hijo.

Os mando este correo porque, al haber perdido el móvil, he perdido también vuestros números. Enviádmelos, por favor, y os llamaré mañana. Necesito reunir de nuevo toda la información que poseía.

Que Dios os acompañe.

Siempre vuestro,

Valentino Achak Deng

PD: Por favor, recordadme las fechas de vuestros cumpleaños.

Dorsetta, finjo saber quién soy pero lo cierto es que no es así. No soy americano, y ahora mismo tampoco sería apropiado llamarme sudanés. Allí pasé solo seis o siete años, y era muy pequeño cuando me marché. Sin embargo, podría regresar a Sudán. Tal vez debería hacerlo. El país no ha parado de proclamar que necesita que los Niños Perdidos vuelvan al sur de Sudán. «¿Quién reconstruirá este país si no sois vosotros?», preguntan. Resulta de lo más increíble que nosotros, unos niños que fuimos rebotando de campamento en campamento, unos niños que fuimos muriendo durante el proceso, nos hayamos convertido ahora en la esperanza de nuestra nación. Aunque estemos desempeñando trabajos como este, a ocho dólares y medio la hora, seguimos siendo bastante más ricos que la mayoría de los residentes de nuestro país. Vivimos en apartamentos, en casas, que allí seguirían reservados para los comandantes del ejército rebelde y sus familias. Y, a pesar de los peligros que acecharon nuestro periplo, al final nos hemos convertido en el grupo de jóvenes más preparados que ha tenido nunca el sur de Sudán.

Los amigos míos que han vuelo a Sudán, a visitar a sus familias y a buscar esposa, reaccionan con asombro ante la naturaleza primitiva de la vida allí. Una vida sin coches, carreteras, teléfonos, aires acondicionados, supermercados. En mi pueblo la electricidad sigue siendo escasa; la que tienen procede de generadores o de energía solar. Ciertas comodidades, como los teléfonos móviles, se están popularizando en las ciudades más grandes, pero en conjunto el país se halla a años de distancia por detrás de la vida a la que estamos acostumbrados ahora. Un conocido mío bebió agua del río, como hace allí todo el mundo, y se pasó una semana en cama, vomitando todo lo que había comido en un año. Tal vez la vida en América nos haya vuelto más débiles.

Dorsetta, ¿qué hacía yo montado en otro vehículo, de nuevo en dirección a Kitale, poco tiempo después del accidente? Aún me dolían todos los huesos y no sentía el menor deseo de volver a tomar esa carretera, pero el viaje llevaba meses planeado y no podía decepcionar a los chicos. Treinta muchachos, dos equipos de chavales de nueve años, viajaban a Kitale para jugar contra los equipos locales. Lo habitual era



que se tratara de partidos de exhibición; nuestros chicos perdían invariablemente cuando se enfrentaban a los equipos kenianos. Pero el resultado no importaba: solo importaba salir del campamento, así que ahí estaba yo, el 5 de septiembre, pocas semanas después del accidente, montado otra vez en el autobús.

En la puerta del vehículo, un autobús cerrado de Naciones Unidas esta vez, acompañado por George, vimos cómo venían los chicos desde todos los rincones del campamento. Eran buenos chicos, sonrientes: alrededor de un tercio había nacido ya allí, en el campamento. ¡Nacer allí! Nunca lo habría creído posible. El resto procedía de distintas regiones de Sudán, muchos habían llegado siendo bebés, medio muertos de hambre. De vez en cuando me preguntaba si alguno de ellos sería el Bebé Tranquilo, ahora crecido. Quizá el Bebé Tranquilo era un niño después de todo. Era posible, claro que lo era. En cualquier caso, los quería a todos por igual.

Mientras iban subiendo, ansiosos y pasando las manos por todo el autobús, fui pasando lista y anotando los nombres de los presentes.

Faltaban dos.

—¿Luke Bol Dut? —dije en voz alta.

Los niños se rieron. En días así todo les hacía gracia.

—¿Luke Bol Dut?

Miré por la ventanilla. Hacía un día espléndido, claro como el lino. Dos chicos venían corriendo hacia el autobús. Eran Luke y Gorial Aduk, el otro que faltaba. Iban de uniforme y corrían hacia nosotros como si el autobús fuera a salvarles de una muerte cierta.

—¡Dominic!

Era Luke. Entró en el autobús de un salto, al borde del histerismo. No podía ni hablar.

—¡Dominic! —repitió.

Tardó otros quince segundos en recobrar el aliento.

—¿Qué pasa, Luke?

—¡Tu nombre está en la lista!

Me reí y negué con la cabeza. No era posible.

—¡Sí! Y no solo en la lista. También está en la otra, en la de orientación cultural. ¡Lo has conseguido! ¡Te marchas!

Las clases de orientación cultural suponían el último paso. Pero antes de ese había muchos otros: una carta, otra entrevista, el nombre en la lista. Y luego una segunda lista, donde figuraban los nombres de los asistentes a las clases de orientación cultural. Era un proceso que solía llevar meses. Pero este chaval me decía que en el tablón de anuncios estaba todo.

—No puede ser —dije.

—¡Sí! ¡Sí! —gritó Gorial, mientras intentaba darme palmadas en la espalda.

—Esperad —murmuré.

Pedí al conductor que esperara unos minutos y ordené a los chicos que no bajaran del autobús. Me volví hacia George. Apenas me salían las palabras cuando le pedí que me esperara un momento mientras...

Hizo sonar el silbato.

—¡Vete de una vez!

Corrí hacia el tablón de anuncios. ¿Podía ser cierto? ¡Noriyaki había tenido razón! ¡Me querían! ¡Claro que sí! ¿Por qué no iban a quererme? No habrían esperado tanto tiempo si no hubieran deseado aceptarme.

Corrí.

A medio camino me frené. ¿Qué estaba haciendo? Paré. Parecía un imbécil, corriendo hacia el tablón de anuncios solo porque un par de críos de nueve años me habían dicho que mi nombre aparecía en las listas. Los avisos falsos se habían convertido en una broma; sucedía a todas horas y nunca era divertido. Allí parado me planteé la posibilidad de dar media vuelta.

En cuanto me detuve, oí gritos. Me giré y vi a Luke y a Gorial, seguidos por una masa de críos, corriendo hacia mí.

—¡Ve! —chillaban—. ¡Ve hacia el tablón de anuncios!

Daba la impresión de que iban a arrollarme, así que reemprendí la carrera con los chicos pisándome los talones. Todos corríamos, los chicos saltaban y se reían a mi alrededor. Gop Chol, que volvía del caño de agua, vio la comitiva.

—¿Adónde vais? —gritó.

Su cara me devolvió el sentido común. ¿Debía informarle de lo que decían los chicos, de por qué corría?

Sonreí y seguí corriendo. Corría con unas ganas que no conocía desde que era pequeño.

—¡Está en la lista! —le dijo Gorial a gritos—. ¡Dominic está en la lista!

—¡No! —exclamó Gop, asombrado—. ¡No!

Soltó el bidón con el agua y se unió a nosotros. Ahora éramos quince.

—¿De verdad lo habéis visto en la lista? —preguntó Gop, jadeando.

—¡Sí, sí! —respondió Luke—. ¡Sé leer!

Corrimos, con las caras inundadas de lágrimas porque reíamos y quizá también llorábamos y quizá incluso delirábamos. Por fin llegamos al tablón, al local de información de la Federación Luterana Mundial, donde realizaban las exhibiciones de artesanía de los refugiados.

Recorrí la lista con los ojos. Gop estaba doblado, apretándose el costado. Había tantos nombres, el sol brillaba tanto, la tinta era tan débil...

—¡Ahí está! —gritó Gorial. Colocó el dedo en la lista, de manera que no me dejaba ver. Se lo aparté y leí mi nombre.

DOMINIC AROU, 9 DE SEPTIEMBRE, ATLANTA.

Gop lo leía conmigo.

—¿El nueve de septiembre? —dijo él—. Eso es el domingo. Faltan cuatro días.

—¡Oh, Dios mío! —suspiré.

—¡Cuatro días! —repitió él.

Los chicos lo convirtieron en una canción:

—¡Cuatro días! ¡Cuatro días! ¡Dominic se va en cuatro días!

Abracé a Gop y él dijo que se lo comunicaría a la familia. Salió corriendo y lo mismo hice yo, en dirección al autobús.

—¡Me voy! —dije a George.

—¡No! —exclamó él.

Se lo conté a los chicos.

—¿Adónde vas? ¿Con nosotros?

—No, no. A América. ¡Mi nombre está en la lista!

—¡No! —gritaron todos—. ¡No puede ser!

—¿De verdad te marchas? —preguntó George.

—Creo que sí —dije, no muy convencido.

—¡No! —bromeaban los chicos—. ¡Tú tienes que pasarte la vida aquí!

Pero al final todos asumimos la noticia. No los acompañaría de excursión aquel día, y era probable que no volviera a verlos. Algunos parecían dolidos, pero encontraron la manera de alegrarse por mí. George me dio la mano, los chicos saltaron en los asientos y empezaron a darme palmadas en la espalda, en la nuca, y se abrazaron a mi cintura y a mis piernas con sus bracitos y sus huesudos dedos. No estaba seguro de si volvería a verlos antes de partir. Abracé a todos los que pude alcanzar, y reímos y lloramos juntos ante la magnitud de la locura.

Era miércoles por la noche y me iba el domingo. Tenía centenares de cosas que hacer antes de tomar el vuelo hacia Nairobi. Repasaba mentalmente todas las tareas que debía acometer. No había tiempo. Al haber visto partir a tantos amigos sabía que debía hacerlas. Dos de los siguientes tres días estaría ocupado en las clases de orientación cultural, lo que no me dejaría tiempo para nada. El sábado me despediría de mi familia de Kakuma y de mis amigos, pero antes de que llegara ese momento sería la locura.

Aquella noche volví al tablón de anuncios para ver mi nombre otra vez. Allí estaba. Ya no cabía la posibilidad de un error. No podían quitar mi nombre de esa lista. Bueno, de hecho me constaba que sí podían —podían hacer cualquier cosa y a menudo la hacían—, pero yo tenía la impresión de que al menos eso me daba cierta base para luchar si intentaban retirar su promesa. Aquella noche, mientras contemplaba el tablón de anuncios, vi que mi nombre aparecía también en la lista de las cartas del INS. No habían enviado la carta; solo tenía que recogerla: esa sería la última parte de mi liberación. Todo sucedía a la vez. No acababa de entender la lógica que guiaba los pasos de Naciones Unidas, pero tampoco importaba. Me marcharía en tres días. Todos se enteraron enseguida.

Yo se lo contaba a cualquiera con quien me cruzaba, y cada uno de ellos transmitía a su vez la noticia a diez o veinte más. La reacción mayoritaria era de alegría, pero también de cierta preocupación. La familia de Gop y muchos de mis amigos, aunque expresaban satisfacción delante de mí, se preguntaban a mis espaldas si sería conveniente que me fuera de viaje habiendo sufrido un accidente en fecha tan reciente. Parecía tentar al destino emprender un viaje después de haber estado tan cerca de la muerte. Pero nadie dijo nada. Yo estaba demasiado contento, demasiado despreocupado, y ellos no querían empañar mi optimismo. En su lugar, optaron por rezar. Yo recé. Todos rezamos. Y en medio de toda aquella vorágine yo me decía: Esto no está bien. Acabo de saber que mi familia está viva. ¿Cómo puedo irme al otro extremo del mundo? ¿Por qué no esperar en Kakuma hasta que Sudán esté de nuevo en paz? Había esperado quince años para ver a mi familia, y ahora daba un paso que me alejaría voluntariamente de ella. Sin embargo, ese era el plan de Dios. No podía tomármelo de otra forma. Estaba seguro de que Dios me había colocado esta oportunidad delante de los ojos, y me convencí de su presencia en la secuencia de mi vida cuando me enteré de las posibilidades que ofrecía el señor CB.

En esos días se instauró un nuevo servicio en Kakuma: gracias a la inventiva de un empresario somalí, los que tenían medios podían contactar, o al menos intentarlo, con los parientes que habían dejado en las zonas azotadas por la guerra del este de África. El somalí, que entre los refugiados que hablaban inglés recibía el sobrenombre de señor CB, sabía cómo ponerse en contacto con las ONG que actuaban en la región, y de vez en cuando conseguía que los que vivían cerca fueran llevados hasta la radio para hablar con los parientes que tenían en Kakuma. Para encontrar a alguien del sur de Sudán podíamos ir a ver al señor CB y, a cambio de cuatro minutos de radio, pagarle doscientos cincuenta chelines: una suma considerable para la mayoría de residentes del campamento. Entonces él intentaba averiguar cómo encontrar al pariente en cuestión. Si había una emisora del ELPS en la zona empezaba por allí; si había una ONG, iniciaba las negociaciones con ellos. Esto complicaba las cosas, porque las ONG solían poner restricciones a usar los radios para comunicaciones personales. En cualquier caso, si se salvaban todos los obstáculos, el señor CB o uno de sus agentes —tenía empleados en representación de todas las naciones que convivían en Kakuma— decían: Estamos buscando a fulano y a mengano, ¿podéis traerlos hasta la radio? Y al otro lado de la línea alguien partiría hacia el pueblo, campamento o región donde residiera esa persona. A veces se hallaba a cien metros, otras a cien kilómetros.

Yo disponía del dinero para pagar una conexión con Marial Bai y me enteré de que había un trabajador cooperante con una ONG en el Comité Internacional de Rescate. Sabía que ahora más que nunca debía hablar con mi padre, para ponerle al tanto del rumbo que tomaba mi vida: para decirle que había sido escogido para ser

reasentado en Estados Unidos. Así que poco después de que el señor CB abriera su operativo, me planté allí con doscientos cincuenta chelines en la mano.

El despacho del señor CB, una sala rectangular de paredes de barro y techo de tejas, siempre estaba abarrotado. Esposas que buscaban maridos, padres que buscaban a sus hijos. La clientela prioritaria del somalí estaba formada por dinkas, pero el día que fui yo había un adolescente ruandés que buscaba a su tía, el único pariente que le quedaba vivo, y una mujer bantú que intentaba localizar a su marido y a sus hijos. Me senté entre otros dos Niños Perdidos, más jóvenes que yo, que habían ido solo para ver cómo funcionaba, para evaluar su eficacia antes de invertir el dinero en llamar.

Ocupábamos unos bancos de madera a ambos lados de la sala mientras el señor CB estaba sentado en una silla, frente a la tosca mesa donde se hallaba la emisora de radio, flanqueado por dos ayudantes —un dinka y un etíope— listos para traducir cuando fuera necesario.

Después de dos horas de escuchar solo energía estática y gemidos de decepción, me llegó el turno. No puedo decir que albergara demasiadas esperanzas. Durante la espera nadie había logrado contactar con ningún familiar, así que fui hacia la mesa con el ánimo más bien sombrío. Me senté y oí cómo el señor CB y sus ayudantes se ponían en contacto con el operador del CIR de Marial Bai. Para sorpresa general, la conexión se estableció a los pocos minutos. A mis espaldas los Niños Perdidos ahogaron un suspiro al oír una voz dinka que contestaba desde el otro lado de la línea. Todo sucedía demasiado rápido. Yo no estaba preparado.

En un árabe básico, el señor CB explicó que buscaba a mi padre, Deng Nyibek Arou. El ayudante dinka lo tradujo y oí cómo el cooperante de la ONG afirmaba haber visto a mi padre aquel mismo día, en la pista de aterrizaje. Había llegado un avión con provisiones aquella mañana y prácticamente el pueblo entero había acudido a ver qué contenía el envío. El señor CB pidió que localizaran a mi padre, Deng Nyibek Arou, y lo llevaran hasta a la radio; volvería a llamar en una hora. El hombre de Marial Bai accedió. Volví a sentarme en el banco de madera mientras los dos Niños Perdidos me felicitaban, nerviosos solo ante la perspectiva. En cuanto a mí, estaba paralizado. Estaba seguro de que había perdido la capacidad de hablar. La idea de hacerlo con mi padre en una hora me parecía imposible. Ni siquiera había planeado qué le diría. ¿Se acordaría de mí? Tenía tantos hijos, y se estaba haciendo mayor... Fue una hora terrible, una hora de espera en aquel estrecho despacho mientras el somalí gritaba por radio.

Una pareja de Burundi fueron los siguientes: intentaban localizar a un tío que creían que podía enviarles dinero, pero no tuvieron suerte. Pronto volvió a llegarme el turno. El señor CB, algo jactancioso al saber que al menos este intento, mi conexión, funcionaba, cogió mi dinero y volvió a llamar al operador de Marial Bai.

—¿Hola? —dijo él—. ¿Está aquí? De acuerdo.

Me cedió el micrófono. Lo miré. Estaba mudo como una tumba.

—¡Habla, chico! —me instó el ayudante dinka.

Me acerqué el micrófono a la boca.

—¿Padre?

—¡Achak! —dijo una voz. Una voz que me era totalmente desconocida.

—¿Padre?

—¡Achak! ¿Dónde diablos estás?

La voz se transformó en una potente carcajada. Era mi padre. ¡Mi padre, pronunciando mi nombre! Tenía que creer que era él. Sabía que era él. Y en cuanto tuve esa seguridad, se cortó la comunicación. El somalí, con el orgullo en juego, volvió a llamar. A los pocos minutos la voz de mi padre volvió a resonar a través de la caja.

—¡Achak! —gritó—. ¡Habla si puedes! ¡Rápido como una ardilla!

—Padre, me envían a Estados Unidos.

—Sí —dijo él—. He oído que mandan a chicos allí. ¿Cómo es eso?

Y la comunicación volvió a cortarse. Cuando el señor CB se puso en contacto con Marial Bai reanudé mi discurso donde lo había dejado.

—No estoy en América. Estoy en Kakuma. Quiero preguntarte qué debo hacer. Quiero veros. No estoy seguro de querer irme tan lejos ahora que sé que tú y madre estáis vivos. Quiero volver a casa.

La conversación se cortó de nuevo. Esta vez el somalí necesitó veinte minutos para recuperar la conexión con el operador del CIR y cuando lo logró la voz llegaba mucho más débil.

Cuando mi padre y yo pudimos oírnos de nuevo, él seguía hablando como si nadie le hubiera interrumpido. Me sermoneaba, en tono serio, en voz alta.

—¡Tienes que ir, chico! ¿Estás loco? Esta ciudad todavía está en ruinas por el último ataque. No vengas. Te lo prohíbo. Vete a Estados Unidos. Vete mañana mismo.

—Pero ¿y si no vuelvo a veros?

—¿Qué? ¡Claro que nos verás! Pero solo nos verás si llegas a Estados Unidos. Vuelve cuando hayas triunfado allí.

—Pero, padre, ¿qué...?

—Sí. El Qué. Atrápalo. Eso es. Ve. Soy tu padre y te prohíbo que vengas aquí...

La conexión se cortó una vez más. El somalí no pudo recuperarla.

Y eso fue todo.

Me pasé los últimos días corriendo. El día siguiente era mi primer día de orientación y el último de trabajo en el Proyecto Wakachiai. Corrí a clase y me encontré con otros cincuenta chicos más, en su mayoría más jóvenes y a los que no conocía. Todos los de mi edad ya se habían ido. Había dos profesores más, un americano y un etíope; el americano se fundía por el calor. Este aula, la mejor de Kakuma, se hallaba en un edificio, el del centro de Organización Internacional de Emigración. Tenía techo y

suelo de verdad, y nos sentamos en sillas. Escuchábamos, pero estábamos demasiado azorados para prestar la atención debida, para procesar la información de un modo que nos resultara útil.

Hablaban de la vida en Estados Unidos. De cómo encontrar empleo, cómo ahorrar dinero, cómo llegar a tiempo al trabajo. Hablaban de pisos, de comprar comida y pagar el alquiler. Nos ayudaron con los cálculos: nos dijeron que ganaríamos entre cinco y seis dólares la hora, lo que parecía una buena suma de dinero. Luego nos dijeron lo que costaba la comida y el alquiler de un apartamento. Una vez hechos los cálculos nos percatamos de que no podíamos vivir con cinco o seis dólares la hora. Me parece que no se nos ofreció ninguna solución práctica, pero estábamos demasiado emocionados para preocuparnos por los detalles. Intentamos escuchar todo lo que decían, pero nos traicionaban los nervios. Intentar aprender números y hechos aquel primer día era como atrapar murciélagos que salieran de un agujero. Por fin captaron nuestra atención cuando el americano sacó una nevera y pasó entre nosotros un gran cubito de hielo. Yo había visto hielo antes, pero de tamaño más pequeño; para el resto era la primera vez, y se reían y gritaban y se lo pasaban de mano en mano como si sostenerlo durante mucho rato pudiera cambiarlos para siempre.

Ese día, en el trabajo, intenté enseñar a George todo lo que sabía, ya que ahora él se haría cargo del proyecto en su totalidad. Estuvo muy atento, pero ambos sabíamos que una marcha tan precipitada causaría problemas. El proyecto había perdido a sus dos miembros principales en el período de un mes.

—Tal vez envíen a otro japonés —dijo George.

—Espero que no.

Yo no quería a más extranjeros en Kakuma, a menos que no tuvieran ninguna otra opción. Quería que fuéramos capaces de arreglarnos solos, de resolver nuestros problemas sin ayuda, en lugar de arrastrar a más inocentes al agujero que habíamos excavado. Parecía un plan sensato, al menos aquel día, y después de cerrar el despacho por la tarde sentí la satisfacción de haber zanjado otro de los asuntos pendientes que tenía en el campamento.

Mientras caminaba a casa, aún bañado por la luz de la tarde, vi que mi hermanastra Adeng se dirigía hacia mí a toda prisa. Se abrazaba el torso con las manos y su cara tenía una expresión extraña.

—Ven, rápido —me dijo.

Me cogió de la mano. Nunca lo había hecho antes.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —pregunté.

—Hay un coche —explicó—. En la puerta de casa. Preguntan por ti.

Solo se había parado otro coche en la puerta de nuestra casa: el que trajo a Abuk. Caminamos deprisa hacia casa.

—¿Lo ves? —dijo ella.

Cuando llegamos vi cuatro coches, vehículos con el emblema de Naciones Unidas, negros y limpios entre una nube de polvo. Me quedé junto a Adeng. Se abrieron las portezuelas de los coches y una docena de personas bajó a la vez. Había dos blancos, dos kenianos. El resto eran japoneses, y todos iban elegantemente vestidos: americanas, corbatas, camisas blancas. Un joven japonés, alto y vestido con un traje de color tostado, se adelantó y se presentó a sí mismo como traductor. Y entonces lo supe.

—Son los padres de Noriyaki Takamura —dijo el hombre, señalando con el brazo a una pareja de mediana edad—. Ella es la hermana de Noriyaki. Han venido desde Japón para conocerte.

Me flaquearon las piernas. Qué mundo tan difícil.

Los padres de Noriyaki me saludaron, estrechándome la mano. Se parecían mucho a su hijo. Su hermana me cogió la mano. Era idéntica a Noriyaki.

—Dicen que lo lamentan mucho —dijo el traductor—, pero Wakana, la prometida de Noriyaki, no se encuentra bien. Quería conocerte, pero lo está pasando muy mal. Está en la cama, en las oficinas de Naciones Unidas. Te manda sus mejores deseos.

El padre de Noriyaki se dirigió a mí y el hombre del traje color tostado tradujo sus palabras.

—Dicen que sienten mucho el dolor que has padecido durante tu vida. Saben muchas cosas de ti y saben que has sufrido mucho.

—Dígales que no es culpa suya, por favor.

El traductor les dijo mis palabras en japonés. Ellos volvieron a hablar.

—Dicen que lamentan añadir otra tragedia a tu vida.

La madre de Noriyaki había roto a llorar; tampoco yo pude controlar el llanto.

—Siento tanto que hayan perdido a Noriyaki —dije—. Era un gran amigo. Todo el mundo aquí le quería. Les ruego que no lloren por mí.

Todos llorábamos. El padre de Noriyaki se sentó en el suelo y sepultó la cabeza entre las manos. El hombre del traje color tostado había dejado de traducir. Allí mismo, delante del refugio, bañados por la luz y el calor de Kakuma, los padres de Noriyaki y yo lloramos por él.

Faltaban dos días para partir hacia Nairobi, luego volar a Amsterdam y desde allí a Atlanta. Aquella noche dormí mal y me desperté temprano, horas antes de que empezara el segundo día de clases de orientación. En la luz azulada que precede al amanecer caminé por el campamento, seguro de que ya no volvería a verlo. Nunca había vuelto a ver Sudán, ni Etiopía, después de las respectivas huidas. Hasta ese momento toda mi vida se movía en una misma dirección: la huida.

Tenía tantas cosas por hacer en aquellas cuarenta y ocho horas... Sabía que haría pocas bien. La clase de orientación terminaba a las dos, y en las horas que quedaban



de día tenía que cancelar la cartilla de racionamiento, hacer la maleta y despedirme de cientos de personas a las que no vería nunca más.

Sabía que acabaría regalando la mayoría de mis pertenencias, ya que cuando alguien está a punto de irse del campamento le salen amigos por todas partes: se convierte en una persona muy popular. La costumbre indica que debe repartir sus posesiones entre la gente que se queda en el campamento. Sin embargo, antes del reparto existen las peticiones: todos los que conocen a un refugiado que se va piden los objetos que desean de él.

No había pasado un día desde que circulara la noticia de mi marcha y todo lo que yo poseía estaba reservado. Deng Luol me pidió el colchón. Mabior Abuk, la cama. Cornelius, mi vecino, se reservó la bici. El reloj fue asignado a Achiek Ngeth, un amigo mayor que siempre había comentado lo mucho que le gustaba. Invertí parte de mis ahorros en ropa nueva, pantalones con bolsillos laterales, ligeros y modernos.

A lo largo de aquella noche y de la mañana siguiente fui de un lado a otro montado en mi bici, y cuando la gente me veía no podían creer que me fuera.

—¿Te marchas de verdad? —preguntaban.

—¡Eso espero! —decía yo. Lo cierto era que no tenía ni idea de si todo esto era real o no.

Era sábado y me iba a la tarde siguiente. Aún no estaba seguro de marcharme porque las falsas alarmas habían sido muchas y todas crueles. Y además, cuando pensaba en ello, no había nada que me aguardara en Estados Unidos: nada tenía sentido. Era mucho más lógico que todo el asunto se cancelara. Solo al ir de un lado a otro del campamento, despidiéndome de los conocidos, la idea de partir empezó a parecerme posible. Incluso probable. Con cada persona que sabía de mi marcha y me deseaba suerte, me convencía un poco más. Tanta gente no podía equivocarse.

Cuando llegué a casa, a pasar mi última noche en Kakuma, disfruté de una comida triste y alegre a la vez con Gop y la familia que me había adoptado. Ayen y sus hijas lloraban porque me iba. Estas hermanas adoptivas, todas tan merecedoras de ello como yo, lloraban porque no tenían la menor posibilidad de irse, a menos que se casaran con prósperos hombres de Sudán. Naciones Unidas no las tomaba en cuenta para el reasentamiento porque tenían familia, y por tanto no corrían peligro. Al parecer ningún país de acogida quería familias, así que Gop, su esposa y sus hijas siguen en Kakuma a día de hoy.

Después de cenar metí en la bolsa las escasas pertenencias que me llevaba: los pantalones nuevos que me había comprado y los muchos documentos que había ido guardando: los informes escolares, el diploma que aseguraba mi curso de arbitraje, el certificado del CPR, el carnet de miembro del club de teatro. En total eran doce. Encontré dos trozos de cartón de la medida justa y los metí en la bolsa, para asegurarme de que los documentos no se estropearan durante el viaje. Luego sucedió

algo totalmente inesperado: Maria apareció en mi cuarto. Yo tenía previsto ir a despedirme de ella por la mañana, pero estaba aquí, ahora.

No sé cómo se las apañó para salir de su casa aquella noche. No sé qué debió de decirles a Gop y a su esposa para que la dejaran ir a mi habitación. Pero ahora estaba con aspecto indeciso en el umbral, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Creo que no deberías irte.

Le dije que sentía mucho abandonarla, que yo también la echaría de menos.

—No es porque te vaya a echar de menos. Bueno, eso también, Dormilón. Pero creo que Dios quiere decirnos algo. Se llevó a Noriyaki y creo que tiene un plan para ti. Tengo una premonición.

La abracé y le di las gracias por preocuparse.

—Parece que esté chiflada, ya lo sé —dijo ella. Negó con la cabeza, como si quisiera expulsar esos temores del mismo modo que desdeñaba sus propias esperanzas e ideas. Pero su expresión volvió a endurecerse y me miró a los ojos con una furia nueva.

—No te vayas mañana —dijo ella.

—Te veré por la mañana —dije—. Iré a verte y si aún crees que no debería irme ya pensaremos algo.

Accedió, aunque me creyó solo a medias. Salió de mi refugio aquella noche y ya no volví a verla. No le dije que yo compartía sus mismos temores, que mis propios miedos eran más inmediatos y vívidos que los suyos. No se lo dije a nadie, pero tenía la certeza de que algo saldría mal en ese viaje. Pero no podía seguir viviendo en aquel campamento ni un día más. Había estado diez años en Kakuma y no pasaría el resto de mi vida ahí. Cualquier riesgo que implicara la marcha me parecía aceptable.

El vestíbulo del Century Club queda sumido en la tranquilidad a partir de las ocho. Los socios se entrenan en la sala, al otro lado del cristal: saltan, corren y levantan pesas. Yo los observo mientras pienso en los ajustes que debería realizar a mi propia tabla. Hace dos meses empecé a entrenar algunos días, al terminar el turno. La directora, una mujer menuda y musculosa llamada Tracy, me ofreció un cincuenta por ciento de descuento en el horario parcial y he aprovechado la oportunidad. En estos dos meses he ganado seis kilos y creo que he aumentado el volumen del pecho y los bíceps. No quiero volverme a poner frente a un espejo y ver al insecto que fui.

Entra una socia nueva, alguien a quien nunca había visto. Es blanca, muy grande, atractiva en su exceso. Parece asombrada de verme.

—Hola —dice ella—. Es la primera vez que te veo. Tienes una sonrisa preciosa.

Hago un esfuerzo por fruncir el ceño, por parecer duro.

—Soy Sidra —dice, y extiende la mano—. Soy nueva. Es mi tercer día. Estoy haciendo algunos cambios, ¿sabes?

Pasea la mirada tímida por su ancha cintura, y siento la urgente necesidad de decirle algo. Quiero que se sienta mejor. Quiero que sea consciente de su suerte. Quiero que sepa que ha sido afortunada. Estar aquí ahora, estar viva, haber vivido siempre en este país: eres una mujer con suerte, Sidra.

Me da el carnet y lo paso por el control. Aparece su foto, la sonrisa triste e inclinada, y ella entra en el gimnasio.

Sidra, aquella última mañana me desperté a las cuatro: quería asegurarme de no encontrar cola en el caño de agua. Fui el primero en llegar y lo interpreté como un buen augurio. Llevé agua a casa y me di una ducha. Cuando salía de la ducha, Deng Luol, el que había pedido mi cama, estaba en la puerta de mi cuarto.

—Sí aún no ha amanecido —dije.

—Nunca he tenido un colchón —dijo él—. Mi esposa estará encantada. Con esto seré su héroe.

Me deseó buen viaje y se fue con el colchón sobre la cabeza.

Me puse la ropa nueva y metí mis cosas en una bolsa de plástico. Solo llevaba los útiles de baño, una muda y los documentos. No había nada más.

La gente de casa empezó a despertarse. Todos lloraban.

—Deja en buen lugar a los sudaneses —dijo Gop.

—Lo haré —dije. Y en ese momento lo dije convencido.

Me despedí de todas mis hermanas de Kakuma, y de Ayen, que había sido mi madre durante muchos años en el campamento. Fue una despedida rápida; prolongarla me desconcertaba. Me fui con tanta prisa que me olvidé una de mis camisas nuevas y los zapatos. Caí en la cuenta más tarde, pero no quise volver.

Al salir a la calle me encontré a Cornelius, el vecino que se había reservado la bici. Era una buena bici, fabricada en China y con diez marchas, y Cornelius ya estaba montado en el asiento de vinilo, con el freno de pie bajado, practicando el pedaleo, empujando los pedales hacia delante y hacia atrás.

—¿Listo? —dijo Cornelius.

—Venga, vamos.

El cielo conservaría un azul sin mácula durante todo el día. Yo estaba deseoso de ir andando hasta el edificio desde donde salía el autobús hacia el aeropuerto, pero Cornelius se empeñó en llevarme en su nueva bici. Así que ocupé el pequeño asiento trasero, sobre la rueda, con la bolsa en mi regazo.

Tardó un rato antes de enderezar la bici correctamente conmigo encima.

—¡Dale, chico, pedalea! —le dije.

Por fin se mantuvo erguido y salimos hacia la carretera principal que llevaba a nuestro destino. Al entrar en la carretera vimos al resto de gente. Cientos. Miles.

Daba la impresión de que la mitad de Kakuma caminaba por aquella vía para despedir a los cuarenta y seis chicos que partíamos ese día. Por cada uno que se marchaba había cientos de amigos andando a su lado. No era fácil distinguir al que se iba de sus amigos. Era una procesión enorme. Los vestidos de las mujeres, entristecidas, resaltaban sobre el polvoriento tono ocre de la carretera que llevaba al aeropuerto.

Cornelius avanzaba a gran velocidad entre la multitud. Hacía sonar el timbre para que nos dejaran pasar.

—¡Cuidado! —gritaba—. ¡Apartaos, apartaos!

Los que se iban sentían pena por los que se quedaban y los que se quedaban sentían pena por quedarse. Pero yo no podía dejar de sonreír. El paseo en bici despejó momentáneamente la jaqueca y cuando crucé el campamento, montado en la parte de atrás de mi propia bici, la gente se paraba a mirarnos y gritaba:

—¿Quién se va?

—¡Yo! ¡Valentino!

Cornelius iba cada vez más rápido. La procesión de miles de personas se convirtió enseguida en una mancha multicolor. Algunos salían de sus casas y nos perseguían corriendo, deseándome suerte en todos mis nombres.

—¿Quién se marcha? ¡No puede ser! —decían—. ¿Eres tú? ¿Achak?

—¡Sí! —gritaba yo, sin parar de reír—. ¡Me voy! ¡Achak se va!

Y ellos saludaban y se reían conmigo.

—¡Buena suerte! ¡Te echaremos de menos, Achak!

—¡Adiós, Dominic!

—¡No se te ocurra volver a este basurero, Valentino!

Al contemplar sus caras, sentado sobre la rueda trasera de mi flamante bicicleta, deseé que esa gente también lograra irse del campamento, aunque sabía que pocos lo conseguirían. El sol brillaba con fuerza cuando llegamos a nuestro destino. Cornelius se paró y salté de la bici. Ya le había dado la vuelta a la bicicleta y había emprendido el regreso a casa cuando se acordó de decirme adiós. Me estrechó la mano y se fue. ¿Un chaval tan pequeño con una bici como esa? Era algo inaudito en ese campamento.

Crucé la verja. En la zona de partida el resto de chicos que viajarían conmigo se habían agrupado bajo la reconfortante sombra del mayor árbol de Kakuma. El vuelo debía salir a las dos de la tarde, pero nosotros, mentalmente, ya nos habíamos ido: nos habíamos marchado ya de Kakuma, de Kenia, de África. Pensábamos en la clase de trabajo que tendríamos en Estados Unidos; pensábamos en el colegio, y muchos suponíamos que, en cuestión de semanas, habríamos ingresado en alguna universidad americana. Uno de los chicos tenía un catálogo de centros superiores y nos lo fuimos

pasando, admirando los preciosos campus, los estudiantes de muchas etnias distintas que paseaban bajo los árboles frente a los edificios de piedra tosca.

—Creía que Jeremiah Dut también venía —dijo uno de los chicos.

—No aprobaron su solicitud. Averiguaron que había sido soldado.

Los chicos se pasaron un rato debatiendo el tema en voz baja y comparamos las mentiras que habíamos dicho. Muchos habían afirmado que sus padres estaban muertos, a pesar de que solo algunos lo sabían con seguridad. Después de estar una hora a la sombra, un avión apareció sobre las montañas: parecía pequeño, frágil.

—¿Es ese el avión? —preguntó alguien.

—No —respondí.

En ese momento, mientras veía cómo iba descendiendo hasta aterrizar, me invadió la absoluta certeza de que ese avión sería mi tumba.

Subimos al avión, pilotado por un francés que no era mayor que una adolescente. Éramos cuarenta y seis pasajeros, todos habían recorrido más o menos mi mismo camino. No conocía a ninguno bien; todos mis amigos se habían ido hacía ya tiempo. En cuanto se pusieron en marcha los motores del avión, un chico vomitó sobre mis zapatos. El chico que iba sentado delante de mí, mareado por el olor a vómito, expulsó el desayuno. Cuando el avión despegó los vómitos se habían extendido a tres más, aunque dos consiguieron encontrar la bolsa a tiempo. Lo único que se oía eran las arcadas. Los que podíamos ver por la ventanilla estábamos fascinados.

—¡Mira eso! ¿Es un puente?

—No, ¡es una casa!

Y en el interior del avión la luz era intensa. Tuvimos que bajar las persianas para descansar los ojos.

El avión aterrizó tarde el domingo. Ninguno de nosotros había estado antes en el Aeropuerto Internacional de Kinyatta, y todos nos quedamos asombrados. Era inmenso. Mucho más grande que el de Kakuma, mayor que cualquier otro lugar que yo hubiera visto; daba la impresión de no tener fin.

Mientras caía la noche, esperamos en el aeropuerto a que llegara el autobús que nos llevaría a Nairobi, a Goal, un centro de tránsito de refugiados dirigido por la Organización Internacional de Emigración. Allí esperaríamos hasta el día siguiente, a tomar el vuelo hacia Amsterdam y luego hacia América.

En la penumbra que rodeaba al aeropuerto nos costaba distinguir lo que veíamos. ¿Qué eran esas luces? ¿Eran luces sueltas o formaban parte de una estructura? Por la noche Kakuma está casi completamente a oscuras porque hay poca electricidad. Pero allí, en Kinyatta, todo el mundo seguía despierto. Nadie dormía.

—¡Y los coches!

En Kakuma era raro ver más de uno a la vez.

—¡Tío, esto es grande! —dijo uno de los hombres.

Todos nos reímos porque eso era precisamente lo que pensábamos. Mientras nos trasladaban del aeropuerto a Nairobi, el asombro creció. Yo era el único que había estado en una ciudad.

—¡Esos edificios! —dijo un chico—. No me gustaría andar por debajo.

Ningún otro de los allí presentes había visto edificios de más de tres plantas y tenían poca fe en que esos cuyas sombras se proyectaban en las aceras fueran a mantenerse en pie.

En Goal nos registramos, nos entregaron los itinerarios y nos sirvieron una cena a base de judías, maíz y *marague*, una mezcla de maíz, judías y repollo. Nos mostraron nuestras habitaciones: seis camas en cada una dispuestas en tres literas.

—¡Eh, mirad eso!

La mayoría de los chicos no había dormido nunca en sábanas limpias. Un chico llamado Charles saltó encima de la cama y fingió nadar. Los demás le imitaron, y yo también lo hice. Todos nadamos sobre las sábanas blancas y nos reímos hasta quedarnos afónicos.

Aquella noche dormí mal: mis compañeros no paraban de hablar.

—¿Adónde has dicho que vas?

—A Chicago.

—Ah, sí, Chicago. ¡Los Bulls!

Y todos nos reíamos de nuevo.

—¿Hace frío en San José?

—No, no. Creo que hace calor.

—¡Peor para ti, Chicago!

Y nos reíamos.

Amaneció un lunes claro y húmedo. Una vez desayunados, no teníamos nada que hacer. No se nos permitía abandonar el hotel. Estaba vallado y vigilado por soldados kenianos. No estábamos seguros de por qué.

La noche siguiente tampoco dormimos. Apagaron las luces de la habitación, pero no paramos de contar chistes y de hacer las mismas preguntas.

—¿Quién iba a Chicago?

—Yo. Soy el toro.

Resulta difícil explicar por qué nos hacía tanta gracia, pero en aquel momento era así. El otro chiste favorito de la noche era referente a San José. Tres de los chicos que dormían en mi cuarto iban allí, pero nadie era capaz de pronunciar el nombre.

—¡Vamos a Saint Joe's! —decían.

—Sí, Saint Joe's será fantástico.

Al día siguiente nos dirigiríamos por fin al aeropuerto, a embarcar en el avión de verdad, el que nos llevaría a Amsterdam y de allí a Nueva York. Desde Nueva York

nos repartirían por doce ciudades distintas: Seattle, Atlanta, Omaha, Fargo, Jacksonville... y tantas otras.

Una vez montados en el autobús el cansancio nos venció por fin. Era martes, habíamos pasado treinta y seis horas en Goal y nadie había dormido más de unos minutos. Por fin nos íbamos al aeropuerto, todos vestidos con nuestras camisetas de la OIM, y cada ventanilla del autobús soportaba el peso de alguna cabeza. Un bache situado justo a la entrada de Kinyatta nos despertó a todos y la alegría se apoderó de nuevo de nosotros. Intenté mantenerme inmóvil: la cabeza me pesaba tanto, el dolor era tan intenso que me pregunté si me pasaría algo grave. Por un instante me planteé la posibilidad de decir algo al keniano que nos acompañaba en el autobús, pedirle alguna medicina, pero al final decidí no hacerlo. No era muy inteligente hacerse notar en esa clase de situaciones. Mete ruido y tal vez te quiten la oportunidad. Quéjate de algo y quizá no consigas nada.

Aquel día había miles de personas en el aeropuerto, una increíble mezcla de kenianos y negros de piel más clara, además de un centenar de blancos, la mayoría quemados por el sol. Vimos a grupos de blancos formados por cincuenta personas — nunca habíamos visto a tantos blancos juntos— esperando junto a sus enormes equipajes mientras buscaban los pasaportes. Yo quería hablar con ellos, practicar el inglés, decirles que pronto formarían parte de su mundo. No tenía ni idea de su procedencia, pero estaba convencido de que en ese momento estaba a punto de abandonar un mundo para penetrar en otro, de que el mundo americano era blanco y de que todos los blancos, incluso esa gente de Nairobi, eran parte de él.

Esperamos junto a la puerta intentando no llamar la atención. Todos temíamos que, si llamábamos la atención de la policía o las autoridades del aeropuerto, nos enviarían de nuevo al campamento. Así que nadie se movió de su asiento. Nadie fue al servicio. Esperamos durante una hora, con las manos sobre nuestras rodillas, hasta que llegó el momento. Embarcamos en un avión que era cinco veces más grande que el que nos había traído a Nairobi y mucho más lujoso en todos los sentidos. Nos abrochamos los cinturones de seguridad. Aguardamos. El dolor de mi cabeza aumentaba por momentos.

La espera se prolongó hasta que todo el mundo hubo embarcado, y luego durante treinta minutos más. Nosotros ocupábamos toda una zona en el centro del avión y nos mantuvimos muy quietos. Pasó una hora. No dijimos nada porque no sabíamos cuánto tardaban en despegar los aviones que iban a Amsterdam y luego a Nueva York. Pero el resto de pasajeros de a bordo, blancos y kenianos, habían empezado a hacer preguntas y a través del altavoz se les iba tranquilizando.

—Esperamos el permiso de la torre de control.

—Estamos listos para el despegue y a la espera de instrucciones.

—Muchas gracias por su paciencia. Por favor, manténganse sentados con los cinturones de seguridad abrochados.

Pasaron treinta minutos más. El altavoz revivió una vez más.

—Se ha producido un incidente en Nueva York. Este avión no puede dirigirse allí. A eso siguieron unos minutos de silencio.

—Por favor, vayan desembarcando en orden. Ningún vuelo saldrá de Nairobi. Vuelvan a las puertas de embarque y esperen instrucciones.

Nuestro autobús fue el segundo en llegar al hotel, y en el vestíbulo vimos a un centenar de personas, el personal keniano y sudanés, incluso los cocineros y los trabajadores de mantenimiento, agrupados en torno al televisor, viendo cómo las torres ardían como chimeneas para luego desplomarse. Luego aparecieron imágenes del Pentágono. Ninguno de nosotros había visto nunca esos edificios que ahora eran atacados, pero comprendimos que Estados Unidos estaba en guerra y que al final no iríamos allí.

—¿Quién es el enemigo? —pregunté a un portero keniano.

Se encogió de hombros. Nadie sabía quién era el autor.

Comimos y dormimos en la medida de lo posible; estábamos varados en Goal mientras el mundo decidía qué hacer. Como yo predije, como había predicho Maria, Dios me estaba enviando un mensaje. Yo no pertenecía a este avión ni a ningún otro.

Esperábamos ser devueltos a Kakuma de inmediato, pero eso no sucedió ese primer día. Ni el segundo. No sabíamos nada de nuestra situación, ni qué planes tenían para nosotros, pero a medida que pasaban los días fuimos recobrando el ánimo. Quizá nos reasentarían en Nairobi. A un chico se le ocurrió que podríamos trabajar en el hotel de Goal, al menos aquellos que supiéramos hacer algo que sirviera allí. Él se declaraba un gran cocinero.

Algunos no querían ir a América en estas circunstancias. Para ellos Sudán les parecía un lugar más seguro que Nueva York. Suponían que las cosas solo podían ir a peor: en cuanto se emprendiera la venganza el conflicto se haría mayor. Todos coincidíamos en creer que una guerra en la que tomara parte Estados Unidos sería la mayor guerra que ha conocido el mundo. Yo extrapolaba las explosiones que había visto en las películas. La guerra que se avecinaba sería así: el fuego llenaría el cielo, cubriría el mundo. O quizá los edificios, todos los edificios de América, caerían sobre sus cimientos como había pasado con los de Nueva York. Se resquebrajarían y luego se desplomarían.

No tuvimos ninguna noticia de la OIE ni de nadie a lo largo del miércoles, el jueves y el viernes, pero el sábado sucedió algo inoportuno: llegaron más refugiados de Kakuma. Otro avión había llegado a Nairobi desde el campamento y en el hotel había cuarenta y seis sudaneses más. A ese grupo le siguió otro esa misma tarde. Y el domingo dos aviones más transportaron a otras cien personas. Eran vuelos regulares,



como el que habíamos tomado nosotros, y no habían sido cancelados. Dadas las circunstancias, había trescientos refugiados en Goal, un espacio pensado para albergar a un tercio de ese número. Compartíamos las camas. Se trajeron colchones de tiendas y hospitales, y enseguida no hubo ni espacio para andar en los pasillos. Todo el suelo estaba lleno de mantas y sábanas, y dormíamos en ellas a todas horas, siempre que podíamos.

Fue a través de uno de esos recién llegados que tuve noticias de Maria. Poco después de que fuera a verme aquella noche para pedirme que no me marchara había intentado quitarse la vida. Se tragó una mezcla de desinfectante y aspirinas, y habría muerto de no haber sido porque su padre adoptivo la halló inconsciente en la cama, con un hilo de líquido blanco goteándole de la boca. La llevaron a Lopiding, donde seguía ingresada, pero estable. La noticia me dejó hecho polvo, Sidra, pero, gracias a Dios, su historia tiene un final feliz. En el hospital conoció a una doctora ugandesa, una mujer que escuchó su historia y decidió que Maria no debía volver a casa de un hombre que lo único que quería era sacar de ella la mayor dote posible. Esta doctora se ocupó de ella y al final lo arregló todo para enviarla a un colegio de Kampala, una escuela con bolígrafos y lápices, con paredes y uniformes. Ahora Maria vive en Londres y estudia en la universidad. Estamos en contacto por correo electrónico y mensajes de texto, y puedo llamarla Dormilona, porque intentó dormirse para siempre aunque ahora parece contenta de estar despierta.

Durante el segundo día en Goal la lluvia empapó Nairobi y un hedor fétido invadió el hotel. Los servicios estaban sucios. No había suficiente comida. Queríamos usar el dinero que teníamos —muchos habíamos traído nuestros ahorros— para comprar comida en Nairobi, pero el control era más severo que antes. Nadie podía entrar o salir. La competencia por la comida que se servía en Goal desencadenó malas conductas. En las escasas ocasiones en que había carne se producían amargas discusiones; solo unos pocos la probaban.

No había nada que hacer. Rezábamos por la mañana y por la noche, pero yo me sentía inútil y mareado. Me había pasado la mayor parte de mi vida embargado por un sentimiento de impotencia, pero este era mucho peor. Algunos chicos culparon al conductor del autobús, aduciendo que había ido demasiado despacio: de haber ido más rápido, decían, habríamos tomado el avión anterior y habríamos salido del aeropuerto antes de que se cancelaran los vuelos. Todo eso era fruto de la desesperación; lo cierto era que pocos creíamos en la posibilidad de que acabáramos viajando a Estados Unidos. Tal vez fuéramos a parar a Australia o Canadá, pero no a esa nación que había sido atacada. Éramos muy conscientes de que nuestra aceptación en Estados Unidos pendía de un hilo muy frágil, no la dábamos por sentada, y comprendíamos que en cualquier momento podían cambiar de opinión si

tenían motivos para ello. ¿Para qué iba a querer a gente como nosotros un país en guerra? Solo supondríamos un problema añadido a los que ya tenía.

La lluvia amainó la tarde del octavo día y Nairobi se caldeó bajo un cielo sin nubes. Me senté en la cama que compartía con un chico llamado Daniel y contemplé las paredes y el techo.

—Ojalá nunca hubiera sabido nada de América —comentó el chico que dormía en la litera inferior.

Me pregunté si también yo compartía ese sentimiento. No recuerdo haber hecho nada aquel día. Creo que ni siquiera me moví.

Los trescientos esperábamos. Nos enteramos de que los vuelos que transportaban a Niños Perdidos que habían salido antes que nosotros habían sido desviados a Canadá y Noruega. Había viajeros encallados en aeropuertos de todo el mundo.

—El mundo se ha parado —dijo un keniano. Y todos asentimos.

Pronto cesaron también los vuelos desde Kakuma, pero los refugiados siguieron llegando a Goal. Un grupo de setenta somalíes procedentes del otro campamento de Kenia, Dadaab, se instaló también en Goal, y la dirección del centro se vio obligada a permitir que pasáramos más tiempo fuera. Nos turnábamos para respirar el aire del patio.

Rodeado del resto de jóvenes desterrados en Goal yo veía las noticias, con la esperanza de oír que el presidente americano decía algo sobre la guerra, sobre quién era el enemigo. Nos animaba el hecho de que los ataques no habían continuado. Sin embargo parecía imposible que todo se redujera a un solo día. No era la clase de guerra a la que estábamos acostumbrados. Permanecíamos pegados al televisor, pero solo esperábamos malas noticias.

—¡Vosotros, los sudaneses, queréis ir a América!

Un somalí, más viejo que cualquier otro que yo hubiera visto nunca, se dirigió a nosotros desde el extremo opuesto de la sala. Nos observaba mientras veíamos las noticias. Nadie sabía nada de él, pero alguien dijo haberlo visto en Kakuma.

—¿Adónde vais a ir? ¡Están en guerra! —dijo el somalí.

Yo había oído hablar de ese hombre. En Goal le llamaban el Hombre Perdido. El Hombre Perdido tenía la facultad de enojarme muy deprisa.

—¿Creíais que estaríais mejor allí? —gritó él, mientras las imágenes de televisión mostraban el choque de los aviones contra el cristal negro de las torres desde otro ángulo.

Nadie le contestó.

—¡No será mejor! —prosiguió—. ¿Creíais que no tendríais problemas? ¡Solo tendréis problemas distintos, imbéciles!

No le escuché. Me parecía un hombre destrozado, equivocado. Yo estaba convencido de que en Estados Unidos, incluso a pesar de los ataques, nos aguardaba

una vida plena de oportunidades y comodidad. No me cabía la menor duda. Estábamos preparados para superar cualquier obstáculo que se nos pusiera delante. Estábamos listos. Yo estaba listo. Había triunfado en Kakuma y encontraría la forma de triunfar en América, ya estuviera el país en paz o en guerra. Llegaría y lo primero que haría sería matricularme en la universidad. Trabajaría por las noches y estudiaría durante el día. No dormiría hasta haber entrado en una carrera superior, y estaba seguro de que conseguiría sacarme el título en poco tiempo para luego pasar a otra carrera de estudios internacionales que me posibilitara hallar un empleo en Washington. Conocería a una chica sudanesa, que también estaría estudiando en América; nos prometeríamos, nos casaríamos y formaríamos una familia, una familia sencilla con tres hijos y mucho amor. A su manera, América nos proporcionaría un hogar: cristal, cascadas, cuencos llenos de naranjas dispuestos en mesas limpias.

El Hombre Perdido seguía rezongando, y uno de mis compañeros de Kakuma no pudo soportarlo más y exclamó:

—¡Pero si tú también vas a América, viejo loco!

Eso era lo más raro del Hombre Perdido: él también debía viajar a América.

Ya conocíamos los ataques a las embajadas de Kenia y Tanzania, y a medida que iban pasando los días el mundo fue asumiendo que todos eran obra del mismo hombre. Sin embargo, cuando vimos que los ataques no proseguían, nos dimos cuenta de que América era un país relativamente seguro, de que no estaba en guerra. Fue entonces cuando nuestros anhelos por ir se hicieron más fuertes que nunca.

Después de nueve días organicé a un contingente de cuatro hombres, formado por sudaneses y somalíes, para que fueran a preguntar por nuestro destino. Pedí una reunión con el delegado de la OIM que se movía por Goal. Por increíble que parezca, se nos concedió la reunión.

Era un sudafricano mestizo. Cuando llegó, y antes de que pudiera abrir la boca, yo solté mi discurso: ¡Lucharemos!, dije. Haremos lo que se nos pida para ir a América. ¡Hemos esperado tanto! ¡Hemos esperado veinte años solo para saber que nos espera algo bueno! ¿Se lo imagina? No nos quite esta oportunidad. No puede hacerlo. Estamos dispuestos a cualquier cosa, a lo que sea. Mis compañeros me miraban con caras serias y sospeché que mis palabras estaban haciendo más mal que bien. Estaba agotado y debía de sonar como un demente.

El hombre salió de la sala sin decir nada. Dejó un pedazo de papel en el que constaba una directriz de la OIM: los vuelos se retomarían en cuanto los aeropuertos de Estados Unidos volvieran a abrirse. En la mitología de Goal, mi discurso se convirtió en el factor decisivo de la reanudación de los vuelos. Me felicitaron durante días, a pesar de las veces en que negué haber tenido mérito alguno.

Las listas empezaron el 19 de septiembre. Cada día, en la ventana que había junto al televisor, aparecía una lista con los nombres de veinte refugiados, que esa misma tarde eran recogidos en el hotel y llevados al aeropuerto. El primer día, los hombres cuyos nombres habían salido en la lista recogieron sus cosas, bastante incrédulos, y se montaron en el autobús a las dos y media. El autobús partió y eso fue todo. El resto no podíamos creer lo fácil y rápido que se había vuelto todo. Al ver que los tres primeros grupos no volvían, nos convencimos de que en cuanto nos tocara subir en el autobús nos iríamos de Goal para siempre.

Nunca me he alegrado tanto de ver desaparecer a sudaneses. Cada día había menos gente en Goal: primero trescientos, luego doscientos sesenta, luego doscientos veinte. El cuarto día me instalaron en otra habitación, un cuarto pequeño provisto de una ventana situada a gran altura y con barrotes de metal. Tenía una cama para mí solo, pero compartía la habitación con catorce más. Cada noche que sabía que no me iría al día siguiente dormía bien, al arrullo de los aviones que despegaban de Nairobi.

El quinto día mi nombre apareció en la lista. La tarde siguiente me subiría al autobús. Aquella noche yací en la cama con los ojos puestos en los demás jóvenes de mi cuarto: todos eran sombras, solo algunos dormían. La mitad partiría al día siguiente, conmigo, y los que nos íbamos no podíamos conciliar el sueño. El humor era muy distinto al que reinaba ocho días atrás. Por lo que sabíamos, los sudaneses estábamos repartidos por todo el mundo, encallados, redirigidos; algunos que debían instalarse en un país se hallaban ahora reasentados de forma indefinida en otro. Volaríamos hacia todo eso al día siguiente. No estábamos seguros de si volveríamos a ver la tierra. ¿Volar desde África, cruzar el océano, hacia la ciudad donde los aviones chocaban contra los edificios? No se trataba solo de que el país estuviera en guerra: abandonábamos todo lo que conocíamos o creíamos conocer; nuestras posesiones cabían en una pequeña bolsa, no teníamos dinero, ni nos esperaba nadie en nuestro punto de destino. El viaje era un insensato acto de fe.

La pequeña habitación estaba a oscuras, el ventilador del techo estaba quieto. El más joven de nosotros, un chico llamado Benjamin, se había vuelto de cara a la pared, despierto y temblando.

—No tengas miedo —le dije.

Siendo el mayor del grupo, sentí que era responsabilidad mía tranquilizarlo.

—¿Valentino? —dijo él.

—Sí. No tengas miedo, Benjamin. Ni esta noche, ni mañana.

Los hombres de la habitación expresaron su asentimiento en un murmullo. Bajé de la cama y me acerqué a la litera de Benjamin. Al verlo de cerca me pareció que no tenía más de doce años.

—Ya hemos visto muchas más cosas que nuestros antepasados. Aunque desapareciéramos durante el vuelo deberíamos estar agradecidos, Benjamin. ¿Recuerdas el vuelo a Nairobi? Tuvimos que cerrar las ventanillas para que el brillo no nos deslumbrara. Hemos visto la tierra desde el cielo, hemos visto las luces de

Nairobi y a toda la gente del mundo paseando por sus calles. Esto es más de lo que nuestros antepasados pudieron ni siquiera soñar.

La respiración de Benjamin se calmó un poco, y el resto convino conmigo en que eso era cierto. Animado, seguí hablando con Benjamin y con las sombras de esos hombres. Dije que los errores de los dinkas que nos habían precedido habían sido producto de la timidez, de escoger lo que teníamos delante en lugar de mirar más allá. Dije que nuestro pueblo había sido castigado durante siglos por sus errores, pero que ahora se nos concedía la oportunidad de rectificarlo todo. Nos habían sometido a una prueba mayor de las que nadie había soportado nunca. Nos habían enviado a lo desconocido, una vez, otra y otra. Nos habían lanzado hacia todos lados, como gotas de lluvia de una tormenta frenética.

—Pero ya no somos lluvia —dije—. Ya no somos semillas. Somos hombres. Capaces de ponernos de pie y decidir. Esta es nuestra primera oportunidad de escoger nuestro propio destino, aunque sea desconocido. Estoy tan orgulloso de todo lo que hemos logrado, hermanos míos; y si tenemos la suerte de volar y aterrizar en un lugar nuevo, debemos continuar. Por imposible que parezca, hay que seguir andando. Y sí, ha habido mucho sufrimiento, pero ahora llegará el consuelo. Ha habido dolor, pero ahora habrá serenidad. Nadie ha soportado lo que hemos soportado nosotros, y esta es nuestra recompensa, ya sea el cielo o algo menos bueno que eso.

Cuando terminé de hablar, Benjamin parecía complacido. De la oscuridad salieron susurros de asentimiento. Volví a mi cama, pero me sentí como si flotara sobre ella. Todo mi cuerpo parecía cargado de electricidad. Me dolía el pecho, en mi cabeza latían las enormes e ilimitadas posibilidades que traería consigo la mañana siguiente, y cuando por fin esta llegó, el cielo amaneció teñido de un blanco limpio, todo era nuevo y yo no había dormido en toda la noche.

Termina la mañana y con ella mi trabajo en el Century Club; me voy, consciente de que me marcho del trabajo y de Atlanta. Salgo a la calle: hace un día como cualquier otro. Sé que no echaré de menos el cielo que cubre esta ciudad. Estos cielos han sido una tortura para mí, y en cuanto pueda me iré a un lugar más tranquilo. Un lugar donde pueda dedicar un poco de tiempo a pensar. Debo trazar algunos planes sin sentir los ojos de esas nubes fijos en mí.

De momento todo está en el aire, pero hay ciertas cosas de las que estoy seguro. No volveré a clasificar tejidos. No instalaré televisores ni barreré virutas doradas del suelo de un bazar chino. No descuartizaré animales en Nebraska o en Kansas. No tengo nada en contra de estos empleos, ya que los he desempeñado casi todos. Pero no pienso volver a caer en esa clase de trabajo. Quiero ascender. Lograr algo mejor. No seré una carga para los que ya me han ayudado tanto. Siempre agradeceré los placeres que ya he disfrutado y los gozos que aún me quedan por vivir. Aprovecharé las oportunidades tal y como se presenten, pero al mismo tiempo no me fiaré de la gente con tanta facilidad. Miraré quién está al otro lado de la puerta antes de abrirla. Intentaré ser asertivo. Discutiré cuando haga falta. No me asustará la lucha. No sonreiré de forma espontánea a todo el mudo. Viviré como un buen hijo de Dios y le perdonaré todas las veces que se lleve a otra de las personas que amo. Perdonaré e intentaré entender los planes que me reserva y no caeré en la autocompasión.

Al principio de este día como cualquier otro me dirijo a casa en el coche. Achor Achor y yo cubriremos las manchas de sangre del suelo con una planta, una lámpara, quizá una mesa, y reemplazaremos los objetos robados. Comunicaré a Achor Achor mis planes de dejar el apartamento; él lo entenderá. Tardará poco en encontrar un nuevo compañero de piso. Muchos de mis conocidos de Atlanta apreciarán el lugar, y al siguiente ocupante no le preocupará lo que pasó allí.

Hoy tengo varias opciones. Un amigo mío ha tenido un hijo. De hecho, es uno de los Dominics; él y su esposa viven en Macon. Tal vez vaya hasta allí, para saludarlos y llevarles un regalo. Podría ir a Macon, ver al recién nacido y luego, si tengo fuerzas, ir hasta Florida para visitar a Phil, Stacey y a sus gemelos. El océano estará frío en esta época del año, pero aun así tal vez me dé un baño. Pero ¿y si voy en dirección opuesta? Podría conducir todo el día y llegar hasta Seattle, donde vive Moses; quedarme con él y unirme a su marcha. Me apetece mucho volver a andar junto a Moses, y lo haré: prometo que lo haré a menos que proponga que caminemos descalzos. ¿Sería Moses capaz de hacer algo así: andar descalzo hasta Arizona en señal de protesta? En ese caso que no cuente conmigo; sería una locura.

Paseo la mirada por los techos de los coches y hacia el campo que se extiende más allá. Cierro los ojos ante el blanco cielo y distingo el amarillo del sol descendente. Ahora la veo con claridad: se mueve deprisa por el sendero en dirección a mí, caminando con paso brioso. Debería estar en casa. Me parece un error no estar

en casa con ella. Podría dejar atrás esta lucha e irme con ella, con mi padre, refugiarme en la cuna que constituye la gran familia que tengo en Marial Bai. Tal vez permanecer aquí, seguir luchando, con la cabeza sometida a tanta presión, no sea mi destino. Me he pasado años prometiendo que volveré a casa, pero cuando haya finalizado la carrera. Me veía bajando de un avión, ataviado con un traje, con una maleta que contiene el diploma enmarcado en cuero, y fundiéndome en un abrazo con mi pueblo y mi familia. Le conté el plan a mi padre y a él también le gustó mucho, aunque insistió en que esperara a que también él hubiera recuperado su posición. No quería que lo viera hasta tener el negocio organizado y haber reconstruido la casa donde yo nací.

Creo que ese día llegará. Solo se retrasa un poco más de lo que esperaba.

Haga lo que haga, viva como viva, seguiré contando estas historias. He hablado con todas las personas con quienes me he cruzado en estos últimos y difíciles días, y con todas las personas que han entrado en el club durante las espantosas horas de esta mañana, porque si no lo hiciera no sería humano. Hablo a esa gente, y os hablo a vosotros, porque no puedo evitarlo. Me da fuerza, una fuerza casi increíble, saber que estáis allí. Codicio vuestros ojos, vuestros oídos, el frágil espacio que hay entre nosotros. ¿No tenemos mucha suerte de tenernos? Estoy vivo, estáis vivos: llenemos el aire con nuestras palabras. Lo llenaré hoy, mañana, todos los días que me queden hasta ser llevado en presencia de Dios. Contaré historias a gente que me escuche y a gente que no quiera escucharme, a gente que me acepte y a gente que me rehúya. Y durante todo el tiempo sabré que estáis allí. ¿Cómo puedo fingir que no existís? Sería casi tan imposible como que vosotros fingierais que yo no existo.

## AGRADECIMIENTOS

Tanto al autor como a Valentino Achak Deng les gustaría dar las gracias a las siguientes personas y organizaciones por su apoyo, análisis y ánimo, y a los siguientes textos, que les han servido de guía e inspiración: Lueth Mou Mou y Bol Deng Bol; Deng Nyibek Arou, Amiir Jiel Nyang, Adut Kuol, Achol Liai, Fatuma Osman, Atak Mayuol, Adeng Garang Ngong, Amath Dut, Aguil Apath, Amin Deng y Ayen R. Lonyo; a todos los Arous, Adims, Gurtungs, Achaks, Dengs, Piols, Agouds, Achols, Aduts, Jors, Nyijurs, Nyibeks, Ahoks y Mayens; Mary Williams; John Prendergast del Grupo Internacional de Crisis; Simon Kuot; Malual Geng; Isaac Mabior; Tito Achak; Akoon Ariath; Kuek Mzee; William Kuol Bak; Deng Kur; Leek Akot; Manut Kon; Tong Achuil; Mabior Malek; Francis Piol Bol; Monynhial Dut; Ayuen y Lual Deng; Lual Dau Marach; Bol Deng; Lino Diadi; Luach Luach; James Alic Garang; William Kolong Pioth; Deng Colobus; Yai Malek; Boll Ajith; Garang Kenyang; James Dut Akot; Kenyang Duok; Santino Dut Akot; Joseph Deng Akon; Katherine Kuei; Manyangdit; Mador Majok; Madame Zero; Gat-kier Machar; Sam Rout; Helena A. Madut; Akuol Nyuol; Ajok Geng; Matter Machar; Angok Agoth Atem; Achol Deng; Anne Ito; Lual Thoc; Dominic Dut Mathiang; Isaac Chol Achuil; Angelo Uguak Aru; Awak Kondok; Awak Ring; David Nyuol; William Machok; Sisimayo Faki Henry; Angelo Ukongo; Anthony Ubur; Ferew Demalesh; Faith Awino; George Chemkang Mabouch; Hannington Nyamori; Tutbang; Machien Luol; Abraham Telar; Mangor Andrew; Kumchieng; Kon Alier; Garang Dhel; Garang Aher; Garang Kuot; Aluel Akok; Yar Makuei; Adeng Maluk; Rebecca Ajuoi; a toda la oficina del MLPS en Nairobi; Jason Mattis de Nairobi; Peter Moszyinski de Nuba; Peter Dut Adim de Marial Bai; Daniel Garang Deng (Marial Bai); Dierdre O'Toole y Joseph Kalalu, de CONCERN; John Dut Piol; Aweng Aleu y Gisma Hamad; Geoffrey Beaton; William Anei Mayep; Joseph Deng Akoon; Simon Wol Mawein; Akaran Napakira, Veronica Mbugua, George Omandi, Maurice Onyango, Augustus Omalla, Jackson Karugu, Gillian Kiplagat, Thomas Agou Kur, Dominic Dut Mathiang, Khamus Philip Paulino, Cosmas Chanda (ACNUR) de Kakuma; Janie, Robert, Wesley, Anne y Wes French; Harper, Colton, Stacey y Phil Mays; Billi, James, Teddy, Sofia, Deborah, y al difunto Robert Newmyer; Bar Bersche, Eli Horowitz, Jordan Bass, Andrew Leland, Heidi Meredith, Angela Petrella; Mac Barnett, Jim Fingal y Jess Benjamin; Ayelet Waldman; Sarah Vowell; Brian McGinn; Marty Asher, Jennifer Jackson y toda la gente de Vintage; Simon Prosser, John Makinson, Juliette Mitchell, Francesca Main y todo el equipo de Penguin Books; Giuseppe Strazzeri y la gente de Mondadori; Andrew Wylie; Sally Willcox; Debby Klein; Devorah Lauter; Evany Thomas; Peter Ferry; Christopher Oram; Erika Lopez; Peter Orner; Lala, Sophia, Steven, Susan y Fred Sabsowitz; Jane Fonda; Dan Moss; Jane Bilthouse; Randy Grizzle; Gary Mann; Princess Swann; Peg James; Susan



Black; Peggy Flanagan; Gerry, Bradford y Jessica Morris; John Jose; Noel y Daris McCullough; Jermane Enoch; Andrew Collins; Justin y Lindsey Springer; Michael Glassman; Kelly McGuire; Dough Calderwood; Luke Sandler; *War of Visions*, de Francis Deng; *War and Slavery in Sudan*, de Jok Madut Jok; Gayle Smith del Center for American Progress; *Emma's War*, de Deborah Scroggins; *Acts of Faith*, de Philip Caputo; al Comité Internacional de Rescate; Save the Children; el Grupo Internacional de Crisis; la Cruz Roja; *A Problem from Hell*, de Samantha Powers; Amnistía Internacional; Human Rights Watch; Manute Bol; Ann Wheat; Andrew O'Hagan; Kevin Freeney; Nicholas Kristof; *They Poured Fire on Us from the Sky*, de Benson Deng, Alephonsion Deng, Benjamin Ajak y Judy Bernstein; Thiep Angui; Centro de Estudios Árabes; Martha Saavedra, U.C. Departamento de Estudios Africanos de Berkeley; *Sudan Mirror*; MLPS Today.com; *Sudan Monthly*; *Sudan Update*; *Al-Ahram Weekly*; Refugees International; *The Sudan: Contested National Identities*, de Ann Mosely Lesch; AllAfrica.com; *Making Peace and Nurturing Life*, de Julia Aker Duany; *The Root Causes of Sudan's Civil Wars*, de Douglas H. Johnson; *Politics of Liberation in South Sudan: An Insider's View*, de Peter Adowk Nyaba. Y a Vendela, Toph y Bill.

Todos los beneficios de este libro se destinarán a la Fundación Valentino Achak Deng, que distribuye fondos entre los refugiados sudaneses de América; a la reconstrucción del sur de Sudán, empezando por el pueblo de Marial Bai; a organizaciones que trabajan por la paz y la ayuda humanitaria en Darfur, y a la educación universitaria de Valentino Achak Deng.

Para más información visiten: [www.valentinoachakdeng.com](http://www.valentinoachakdeng.com)

Acerca del autor: Dave Eggers es autor de tres libros previos: *Una historia conmovedora, asombrosa y genial*, *Ahora sabréis lo que es correr* y *Guardianes de la intimidad*. Es editor de McSweeney's, una revista cuatrimestral y empresa editorial, y es cofundador de 826 Valencia, una red de escuelas de escritura gratuitas para jóvenes. Su trabajo periodístico ha sido publicado en *The New Yorker*, *Esquire* y *The Believer*. En 2004 coimpartió una clase en la Facultad de Periodismo de Berkeley, donde surgió la idea de la serie de libros llamada Voice of Witness (Testimonio en viva voz), pensada para ilustrar las crisis contemporáneas de la humanidad a través del relato oral. La primera obra de la serie, *Surviving Justice: America's Wrongfully Convicted and Exonerated* se publicó en 2005. *Voices from the Storm*, basada en los residentes de Nueva Orleans que sobrevivieron al huracán Katrina, apareció en otoño

de 2006. El siguiente título dará voz a los antiguos esclavos en Sudán. Dave Eggers vive en la zona de la bahía de San Francisco con su esposa y su hija.



DAVE EGGERS (Boston, 1970). Además de ser uno de los autores más destacados de la reciente literatura norteamericana, ha lanzado su propio sello editorial y es fundador y editor de las revistas *McSweeney's* y *The Believer*, que en poco tiempo se han convertido en objetos de culto literario. Asimismo, es cofundador de 826 Valencia, un centro de voluntariado que ayuda a niños y adolescentes con programas extraescolares y clases de escritura. Todo esto hizo que en 2005 la revista *Time* lo incluyera en su lista de las cien personas más influyentes de Estados Unidos. En 2007 fue galardonado con el premio Heinz, en reconocimiento tanto a sus logros literarios como a su labor humanitaria.

En Literatura Random House hemos publicado *Ahora sabréis lo que es correr* (2004), *Guardianes de la intimidación* (2005), *Qué es el qué* (2008, finalista del premio del National Book Critics Circle), *Los monstruos* (2009), sus memorias *Una historia conmovedora, asombrosa y genial* (2010), *Zeitoun* (2010), *Un holograma para el rey* (2013), y *El Círculo* (2014).

# NOTAS

[1] Juego de palabras intraducible. En inglés, el inicio de la palabra *hamburger*, *ham*, significa «jamón». (N. del T.) <<

# Índice de contenido

Prefacio

Libro primero

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Libro segundo

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Libro tercero

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Agradecimientos

Sobre el autor

Notas